TUCÍDIDES

HISTORIA DE LA GUERRA DEL PELOPONESO

LIBROS I - II

EDITORIAL GREDOS

TUCÍDIDES

HISTORIA DE LA GUERRA DEL PELOPONESO

LIBROS I-II

INTRODUCCIÓN GENERAL DE
JULIO CALONGE RUIZ

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JUAN JOSÉ TORRES ESBARRANCH



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 149

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por ESPERANZA RODRÍGUEZ MONESCILLO.



© EDITORIAL GREDOS, S. A.

Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1990.

Depósito Legal: M. 46011-1990.

ISBN 84-249-1442-2. Obra completa.
ISBN 84-249-1443-0. Tomo I.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1990. — 6400.

INTRODUCCIÓN

El lector no especializado en el campo de la cultura griega pensará que desde hace mucho tiempo las opiniones expuestas en los comentarios de los estudiosos acerca de Tucídides y de su obra han de ser poco más o menos coincidentes. Los hechos no confirman esta supuesta opinión. Desde mediados del pasado siglo se han emitido numerosos y diversos juicios acerca de la personalidad del autor, de las incidencias en la redacción de su obra, de las influencias supuestamente perceptibles en su contenido y, sobre todo, del pensamiento y opiniones de Tucídides. El conjunto de los trabajos que contienen estas diversas opiniones constituyen un *corpus* muy considerable, si bien una parte notable de él ha perdido su valor porque algunos de los temas han dejado de constituir el campo de interés de los estudiosos. Pero en los temas que siguen siendo fundamentales hay opiniones diversas, tanto que según aceptemos unas u otras tendremos diferentes imágenes de la personalidad y de la obra de nuestro autor. No hay que ir a buscar estas diferencias de opinión en revistas muy especializadas o en trabajos monográficos puesto que el lector las puede encontrar en obras generales de gran difusión tanto de Historia como de Literatura.

Incluso en una cuestión un tanto marginal como es la de los antecedentes familiares de Tucídides es necesario que las cosas estén tan claras como debieron haberlo estado siempre. No se puede comprender la confusión que en ocasiones se da respecto a la indiscutible condición de ciudadano ateniense de su padre Óloro.

Datos sobre su vida

Las circunstancias que acabamos de señalar nos obligan a dedicar más líneas de las necesarias a este tema que no requeriría más que unos pocos datos concretos. Las informaciones biográficas que sobre sí mismo proporciona el propio Tucídides son las siguientes. En I 1 da su nombre y su condición de ateniense. Por IV 104 sabemos que en el invierno de 424 se encontraba en Tasos y que era uno de los dos estrategos destinados en Tracia cuando el espartano Brásidas estaba a punto de apoderarse de Anfípolis. En esta ocasión indica el nombre de su padre, Óloro, y se identifica como autor de la obra. A continuación (IV 105) nos informa de que era el propietario de la explotación de minas en la zona de Tracia situada frente a la isla de Tasos y que por ello tenía gran influencia sobre los personajes importantes de aquel territorio. En V 26 (el llamado «Segundo Prólogo», escrito después de 404), declara que es él mismo el que escribe los hechos que se produjeron después de la inefectiva Paz de Nicias de 421 y todo lo referente a la continuación de las hostilidades hasta la derrota de Atenas. En ese mismo párrafo nos dice que vivió hasta el fin de la guerra, que, a consecuencia de lo sucedido en Anfípolis, estuvo desterrado durante veinte años; y que, en la plenitud de sus facultades, pudo informarse

de los hechos de ambas partes, especialmente de los del lado peloponesio en razón de su destierro. En II 48 dice que él mismo padeció la llamada 'peste' y que vio sufrirla a otros. Esto es todo lo que Tucídides manifiesta acerca de sí mismo. Aunque no es mucho, es suficiente para que, sin contar con otras fuentes biográficas, podamos contrastar estas referencias con los datos sobre Atenas que nos son conocidos. Otras fuentes son la *Vita* de Marcelino (quizá del siglo v d. C., que se encuentra en un códice del siglo xi), otra *Vita Anonima* y el artículo sobre Tucídides en la *Suda* (siglo x) [1].

Fechas de nacimiento y muerte

Tucídides manifiesta que en 424 era estratego. Para acceder a este cargo (el único importante que se alcanzaba por elección y no por sorteo) se necesitaba haber cumplido treinta años, por lo que la fecha más tardía para fijar el nacimiento del autor es la de 455. Para su muerte sabemos con certeza que no pudo producirse hasta después de 404 porque partes de su obra son posteriores a dicha fecha y porque, como hemos dicho, él mismo lo escribe así. Una

[1] La más importante es la *Vita* de Marcelino, sacada de los escolios de Tucídides. Es más bien extensa en comparación con la brevedad propia de estas biografías que servían para introducir a los autores para las clases de retórica. Tal como nos ha llegado, está contaminada y se distinguen al menos tres trozos de distinta procedencia 2-44; 45-53; 54-58. La contaminación afecta también al contenido de estos trozos, lo que la hace muy desigual. No obstante, sus constantes referencias a Dídimo y algunos otros datos importantes nos hacen ver que dentro de esa desigualdad que produce desconfianza hay también en ella fuentes antiguas que hay que valorar en cada situación.

indicación llena de probabilidad aunque no plenamente segura se deduce de II 100, donde Tucídides habla de los trabajos llevados a cabo en Macedonia por el rey Arquelao. Se refiere a reformas y obras totalmente terminadas y compara lo realizado por él con lo hecho por los ochos reyes que le precedieron. Del contenido es sensato deducir que Tucídides se refiere a una persona ya desaparecida. Arquelao ocupó el trono de Macedonia en 413 en condiciones anómalas [2] que no le permitirían llevar a cabo inmediatamente sus proyectos, si entonces tenía alguno. Murió en 399. Si, como suponemos, Tucídides se refiere a una persona ya fallecida, la muerte de Tucídides es posterior a 399. Quizá la suposición más acertada sea la de que Tucídides murió hacia 398 [3]. Esta fecha no contradice la afirmación de Marcelino[4] de que Tucídides murió *hypèr tà pentḗkonta étē,* es decir, en la cincuentena.

Familia

La pertenencia de Tucídides por parte de su padre Óloro a la familia de los Filaidas no fue nunca puesta en duda en la Antigüedad. Tampoco lo ha sido hasta hace unas decenas de años, pero sin saber por qué se ha ido produciendo un paso de la certeza a la probabilidad y de la probabilidad a la vacilación; en casos extremos se ha llegado a suponer que esa vinculación es por vía materna, exclu-

---

[2] Cf. Platón, *Gorgias* 471.

[3] No es probable que el Licas que aparece en una inscripción de la isla de Tasos, referida al año 397, sea el mismo del que habla Tucídides en VIII 84, cf. S. Hornblower, *Tucidides,* Baltimore, 1987, pág. 151.

[4] *Vita* 34.

yendo la paterna [5]. No puede explicarse la tendencia a hacer de Óloro un tracio siguiendo el cómodo razonamiento de que la naturaleza de una persona está indicada por su nombre cuando éste es extranjero. Los atenienses no conocían tales ecuaciones y sabían que Óloro era ateniense del demo de Halimunte. La tradición no nos habla de Óloro más que como padre de Tucídides, pues es el único título que tiene para ser citado, pero los atenienses conocían su

[5] Sería imposible traer aquí todas las referencias en las que se habla del origen tracio de Óloro sin que lleven la indicación de que era ateniense del demo de Halimunte y descendiente de Milcíades. Unas pocas de ellas serán suficientes para ilustrar la cuestión. Con el propósito de evitar la sospecha de prejuicio en la traducción de las citas de otras lenguas, doy el texto original. La cursiva es mía: «Th., Sohn des Oloros *stammte,* wie der Vatersname und seine Besitzungen und Beziehungen in Thrakien bezeugen, *aus einer Familie, die thrak. Blut hatte; anderseits stehen verwandtschaftl. Beziehungen zur Familie Kimons und Miltiades fest:* er gehörte also zur athen. Aristokratie ... so bedeutet dies dass Th. mit der polit. Linie seiner Familie gebrochen hat». (H. R. Breitenbach, *Der kleine Pauly,* 5, col. 792). No se indica aquí que es Óloro la única vinculación con Milcíades y Cimón. «The family of Thucydides's father Olorus had Thracian connections which brought him wealth through access to the rich gold and silver mines of that region. *He was also related to the illustrious Philaide ...*» (Stephen Usher, *The historians of Greece and Rome,* Londres, 1969, pág. 23). También se desconoce aquí que Tucídides era Filaida en razón de que lo era su padre Óloro. Un último paso en la dirección de quitar a Óloro su condición de Filaida es atribuir dicha condición a la madre de Tucídides: «Por el nombre de su padre, Óloro, así como por sus posesiones y relaciones personales sabemos de su origen tracio; *por parte de su madre* estaba entroncado con los círculos más aristocráticos de Atenas, y los más alejados de la política de Pericles, *pues estaba emparentado con la familia de Cimón y Milcíades,* de modo que las simpatías y admiración hacia el estadista que Tucídides deja traslucir en su obra *suponen una ruptura con su familia materna*» (Luis M. Macía Aparicio, *Tucídides. Historia de la Guerra del Peloponeso,* «Introducción», 1989, pág. 9). Quizá esta afirmación se deba a una interpretación abusiva del texto de Breitenbach, que se acaba de citar.

parentesco directo con Milcíades y sabían que el padre de este Óloro era ateniense [6]. Poco antes del derrocamiento del tirano Hipias, había contraído matrimonio Milcíades, el futuro vencedor de Maratón, con Hegesípila, hija de Óloro príncipe tracio de los sapeos, en la parte occidental de Tracia, junto al Estrimón (así se introdujo el nombre de este príncipe en la familia de los Filaidas). De este matrimonio nació Cimón. También de Milcíades y Hegesípila proceden Óloro y su hijo Tucídides. Si Óloro no hubiera tenido por nacimiento la ciudadanía ateniense, tampoco la habría podido tener Tucídides. Como ya se ha dicho, una mujer, hija de ciudadano ateniense, casada con un extranjero nunca podía conferir a sus hijos la ciudadanía ateniense [7].

---

[6] Hay que tener en cuenta que las mujeres no eran capaces legalmente de constituir una familia; pasaban de la familia del padre a la del marido. Antes de que Pericles hiciera aprobar la ley sobre el derecho de ciudadanía de 451, si un ciudadano se casaba con la hija de un meteco o de un extranjero, los hijos adquirían la ciudadanía del padre. Son los casos, por ejemplo, de Temístocles y Cimón. Pero ningún extranjero podía contraer matrimonio legítimo con la hija de un ciudadano ateniense, es decir, los hijos de estas uniones y sus descendientes nunca podían alcanzar la ciudadanía por no proceder de matrimonio legítimo. Después de 451 sólo los hijos de los matrimonios entre ciudadanos e hijas de ciudadanos adquieren la ciudadanía ateniense. Esta ley fue desastrosa para las hijas de los metecos, que nacidas tal vez en Atenas, y quizá también sus padres, veían cerrado el camino de que sus hijos fueran ciudadanos. La ley de 451 alteró poco la situación social de la mujer ateniense, si bien antes de ella no podía influir nada respecto a conferir a sus hijos la condición de ciudadanos. En cambio, después de dicha ley, los varones no podrían tener hijos con derecho a la ciudadanía más que si se casaban con hijas de ciudadanos atenienses.

[7] Para la situación legal de la mujer y para lo referente a la adquisición de la ciudadanía, cf. G. Glotz-R. Cohen, *Histoire Grecque*, II, París, 1948, págs. 229-34 y 574-84.

La suposición de que Tucídides no era plenamente griego de sangre se aprovecha hasta para justificar rasgos de carácter en su personalidad. Incluso se llega a equipararlo con Heródoto, que ciertamente era hijo de cario y griega (no debe suponerse que las leyes de ciudadanía de Atenas eran iguales a las de otras ciudades), es decir, sólo griego de sangre en un cincuenta por ciento [8]. Naturalmente sus contemporáneos tenían otros criterios. El tío abuelo de Tucídides, Cimón, no sólo era hijo de mujer tracia sino que pasó su niñez y primera juventud en Tracia. Los atenienses, aunque observaban en él comportamientos no habituales en los ciudadanos, no lo consideraron extranjero, y fue con Temístocles y Aristides creador de la grandeza de Atenas.

Vinculación económica con Tracia

Respecto al tema de la explotación de las minas de oro, podemos suponer que este beneficio no estaba en la dote de Hegesípila. Aun en el caso de que sí formara parte de ella, no se habría podido aplicar a pagar la multa impuesta a Milcíades; en Grecia era casi general el régimen dotal del matrimonio, único existente en Atenas. Milcíades murió en prisión sin haber podido pagar la multa impuesta por su fracasada expedición a la isla de Paros. Es cierto

[8] En una obra tan valiosa como la ya citada de S. Hornblower (pág. 16), se dice: «That Herodotus was only partially Greek is true; but Thucydides, as we have seen, probably had royal Thracian blood. That at least is the obvious inference from his father's name Olorus». No es lo mismo la primera que la tercera generación; no es lo mismo ser hijo que ser bisnieto.

que Cimón pagó posteriormente esta multa impuesta a su padre, pero lo hizo con el dinero de su cuñado, el rico Calias, que se había casado con su hermanastra Elpinice. Es evidente que el beneficio de la explotación de las minas es consecuencia del parentesco de los Filaidas con la familia del príncipe tracio, pero este dato aparece por vez primera en Tucídides. Si el indicado beneficio de las minas hubiera estado en la herencia de Cimón, éste y sus descendientes habrían sido los poseedores, no Tucídides. Cabe suponer más bien que fuera la dote de la hermana de Cimón (hija de Milcíades), dote que de buena voluntad reforzaría el abuelo tracio teniendo en cuenta la apurada situación de la familia tras la ruina y muerte de Milcíades. Sería razón muy poderosa también para el abuelo que la muchacha, más quizá que Cimón, habría pasado hasta entonces la mayor parte de su vida en Tracia. Refuerza esta opinión el hecho de que el ciudadano de Halimunte, padre de Óloro, renunciara en beneficio de su suegro, a la tradición ateniense de poner a los niños el nombre del abuelo paterno. Puesto que Óloro es el primer Filaida del demo de Halimunte, es evidente que la hija de Milcíades, madre de Óloro y abuela de nuestro autor casó con un ciudadano del demo de Halimunte [9], de nombre desconocido para nosotros. En estas circunstancias ni siquiera tendría interés conocer si la madre de Tucídides era hija de ciudadano ateniense o si no lo era. En cualquiera de estos casos el historiador fue legítimo ciudadano ateniense porque nació antes de 451, hijo de padre ateniense.

---

[9] Conviene recordar que Óloro, el padre de Tucídides, habría sido ciudadano ateniense no sólo por haber nacido hijo de ciudadano antes de 451. Reunía también los requisitos que más tarde iba a exigir la Ley de 451 al ser su madre hija de ciudadano ateniense.

Marcelino [10] dice: «se casó con una mujer de Escaptesila, muy rica, que poseía minas en Tracia» [11]. Este supuesto matrimonio de Tucídides debe ser analizado más de cerca. Tucídides habla de su influencia en Tracia en el año 424; tendría en esas fechas treinta y uno o treinta dos años, según nuestra opinión. Conseguir una influencia como la de que él habla exigiría bastantes años y nos pondría el matrimonio de Tucídides en una edad no habitual entre los varones atenienses que se casaban después de los treinta [12]. La mayor interrogante que presenta esta posibilidad es la de si Tucídides, antes de su desafortunada actuación militar en Anfípolis, en los comienzos de una carrera prometedora, habría cerrado definitivamente a sus futuros hijos la posibilidad de ser ciudadanos atenienses. La suposición de que realmente el matrimonio se llevara a cabo, pero sólo después del destierro, sería contradictoria con lo afirmado por el propio Tucídides respecto a las minas y a su influencia en Tracia en 424. Nadie habla de la hija y del hijo de Tucídides como no atenienses. No podrían serlo si este matrimonio se hubiera realizado.

Relación con otras familias atenienses

Otras relaciones con familias notables de Atenas proceden de los matrimonios de las mujeres de la familia de

---

[10] *Vita* 19.

[11] Si esta referencia al origen de la posesión de las minas hubiera sido la única en Marcelino habría que haberse detenido a considerarla. Por apuntar a otra versión que la de la herencia llamaría la atención. Pero unas líneas más arriba Marcelino atribuye toda esta riqueza a la herencia.

[12] Cf. ARISTÓTELES, *Política* VII 16, 9, que dice que los hombres deben casarse a los treinta y siete años o poco menos.

los Filaidas; hemos visto antes cómo Cimón y Calias eran cuñados. Quizá el parentesco más interesante sea el de Tucídides, hijo de Melesias, casado con una hija de Cimón [13].

Aunque su rivalidad con Pericles data de hacia 450, las inclinaciones de este político debieron de afirmarse después de 462 cuando Efialtes y Pericles arruinaron el poder político del Areópago y establecieron la democracia radical [14]. Seis o siete años después nacía nuestro autor y no es una suposición excesivamente aventurada la de que el niño recibiera el mismo nombre de su tío en razón del prestigio de que el político debía de gozar en el ámbito familiar por la defensa de las ideas tradicionales. En el décimo día de su nacimiento, en una animada fiesta familiar, el padre debía poner el nombre al niño. Es probable que más tarde, cuando el historiador tenía ya más de veinte años, no aprobara las acciones que el político, al regresar en 433, tras haber cumplido los diez años de ostracismo, emprendió contra el ya sexagenario Anaxágoras.

En cuanto al posible parentesco con los descendientes de Pisístrato (que vivían en Atenas) no hay datos para afir-

[13] Parece más adecuado que pertenezca a esta generación y no a la anterior. Aunque este Tucídides fue hombre longevo no es posible llevarle a la generación de Cimón. Si lo hiciéramos así, su ostracismo y el proceso de Anaxágoras, en el que intervino, habría que situarlos en sus sesenta y setenta años respectivamente. Cualquiera que sea la manera con la que hagamos cálculos, resulta un desplazamiento de este político a una época que no es la suya. No aparecería en la política activa hasta después de los cincuenta años, lo que no es muy probable en el jefe de la oposición frente a Pericles.

[14] Durante más de medio siglo los oligarcas sintieron la herida producida por este hecho y procuraron inútilmente restablecer la situación. Cf. *Sobre Temístocles, Tucídides y Pericles*, de Estesímbroto de Tasos, y la *Constitución de Atenas*, del Pseudo-Jenofonte, etc. La propaganda panfletaria de los oligarcas debía de ser muy abundante.

mar o negar nada. No obstante, en el excurso sobre los tiranicidas, en VI 55, Tucídides manifiesta que sobre ese tema «posee una información más segura que otros» [15]. Esta afirmación y el trato suave que da a Pisístrato no tiene que ser necesariamente una señal de parentesco. Aunque había pasado mucho tiempo, los Filaidas recordarían que Pisístrato hizo matar al padre de Milcíades.

La guerra: características de los contendientes

Las partes que van a enfrentarse en 431 parecen ser los mismos pueblos que, unidos en 480, derrotaron a los persas. En realidad, son políticamente y en potencial militar distintos de lo que cada uno de ellos era cincuenta años antes. Ha evolucionado mucho menos Esparta. Ciertamente es más poderosa que entonces, porque la Liga Peloponesia, a cuyo frente está siempre, es también más fuerte, pero ninguna renovación, ningún cambio se ha producido en el mecanismo interno de su estructura política, idéntico a como era en 480. La enorme ventana que se abrió tras la derrota persa proyectó muy poca luz sobre Esparta. Ella era una potencia militar que había luchado gloriosamente en una guerra defensiva. Ganada la batalla y alejado el agresor, la paz estaba restablecida y la búsqueda de esta paz había sido la sola razón para combatir. La única aspiración política de Esparta en la época anterior al comienzo de las hostilidades entre peloponesios y atenienses era la

---

[15] Véase sobre este punto S. Hornblower, *op. cit.*, págs. 77 y 84. Supone Hornblower que Tucídides polemiza con Helánico, pero subraya con razón que Tucídides no suele hacer juicios de valor sobre su propia información y que es extraña la firmeza con que lo hace en este caso.

de conservar el orden establecido. No pudo mantener sus propósitos ya desde muchos años antes, porque estos propósitos se encontraban fuera de la nueva realidad que los acontecimientos políticos habían creado. El instrumento que servía de cauce a la dinámica de los hechos, y también en buena parte su motor, era Atenas. La casi totalidad de los acontecimientos reseñables tras la derrota persa tienen como agente a Atenas. Otras ciudades se ven afectadas por la actividad de los atenienses, que están siempre en agitación dando respuesta más o menos acertada a unos hechos que se concatenan entre sí con independencia muchas veces de la propia voluntad de los atenienses.

La Guerra del Peloponeso es el resultado de la defensa militar de su imperio [16] que los atenienses llevan a cabo al no aceptar las condiciones de la Liga Peloponesia, que representaban por sí mismas la disolución de dicho imperio. Lo mismo que hemos dicho que Esparta estaba al frente de la Liga Peloponesia, podríamos decir que Atenas estaba al frente de la Liga Delo-Ática, pero esto no es cierto más que nominalmente. Incluso es característico el vocabulario, es decir, el modo como unos y otros se nombran y son nombrados. Los representantes de un bando son *hoi Peloponnḗsioi* (los peloponesios), los del otro bando son *hoi Athēnaîoi* (los atenienses). En todo caso, la oposición básica es la de peloponesios y atenienses. Los espartanos se incluyen ellos mismos entre los peloponesios, según el nombre de la Liga; los atenienses se nombran por sí mismos, sin tener en cuenta su Liga. La Liga Delo-Ática no es ya, pasados los primeros años de su existencia, un tratado por el que los firmantes se obliguen a prestar auxilio militar contra los persas. Los atenienses han hecho de ella

---

[16] Tuc., I 139.

un instrumento de su poder militar y económico. Todos los que forman parte de ella son súbditos de Atenas y han ido perdiendo todas las prerrogativas de que disfrutaban cuando eran realmente autónomos. En boca de los atenienses de la segunda mitad del siglo v las palabras *sýmmachoi* (aliados) e *hypékooi* (súbditos) tienen el mismo significado. Los oradores políticos pueden usar indiferentemente una y otra palabra en contextos referentes a la soberanía. Estaban tan convencidos los atenienses de que los miembros de la Liga eran súbditos que no tenían reparo en explicar el dominio que ejercían sobre ellos como una tiranía [17]. Como contraste entre los dos contendientes de esta guerra se puede afirmar que los aliados de Esparta estaban interesados en la victoria y luchaban ardientemente por ella. En cambio, con escasas excepciones, los llamados aliados de Atenas no aceptaban la condición a la que ésta les había llevado y estaban dispuestos a sublevarse si se presentaba una ocasión favorable. Más aún, no consideraban la posible derrota de Atenas como una desgracia común, sino más bien como el signo de su propia liberación.

Origen del imperio ateniense

Como es sabido, la Liga Delo-Ática se formó a partir del acuerdo entre numerosas ciudades, especialmente del Egeo, que trataban de alejar de su proximidad al enemigo persa. A la hora de crear la Liga todas eran independientes, si bien el poder militar variaba mucho de unas a otras.

---

[17] Así en boca de Pericles en II 63, 2, y de Cleón en III 37, 2. En ambos casos se usa no sólo el mismo término sino también el mismo concepto.

Atenas transformó en muy poco tiempo esta Liga. Los socios, los aliados, perdieron esta condición y pasaron a ser dominados: su cuota social se transformó en tributo; no había más voluntad que la de la Asamblea ateniense. Naxos, Tasos, Samos y otras numerosas ciudades conocieron para su infortunio el alto precio que había que pagar por el intento de recuperar la autonomía. Cada uno que lo intentaba sucesivamente lo pagaba más caro.

Al firmarse en 446 una paz de treinta años entre Esparta y Atenas, nadie podría afirmar cuál de los dos Estados era más poderoso. Sin embargo, era evidente que Atenas era activa, emprendedora, audaz, en tanto que Esparta era inmóvil y sin ninguna apetencia por lo nuevo. La realidad era que Esparta y sus aliados representaban la tradición, en la medida en que ello era posible tras una guerra tan decisiva como la librada contra los persas.

Estructura militar de Esparta

Esparta, impulsada por sus aliados, especialmente por Corinto [18], se decidió por la guerra. Acusada de debilidad por éstos, que la amenazaban con buscar otros socios más seguros, tuvo que decidirse por las hostilidades. El objetivo de Esparta no era el del dominio sobre nuevas ciudades, sino el de poner fin al incremento progresivo del poderío ateniense, marcadamente imperialista. Puesto que todo el poder de Atenas venía de los tributos de sus súbditos, el pretexto que dio Esparta para combatir era el de la liberación de todas las ciudades griegas. Al empezar la guerra

[18] Corinto, que empujó ardientemente a Esparta a comenzar la guerra, no supo ver que su hora había pasado y que para ella habría sido mejor una paz dudosa que la guerra abierta.

Esparta disfrutaba no sólo del reconocimiento de sus aliados, que no estaban sujetos a tributo, sino también de la simpatía de muchos de los súbditos de Atenas.

Hacía ya mucho tiempo que Esparta representaba muy poco en la vida cultural de Grecia. Su fama procedía del perfecto y eficaz funcionamiento de su ejército de hoplitas. El ciudadano con plenos derechos, el espartiata, no tenía otro quehacer en su vida que el entrenamiento militar y estaba imbuido de un espíritu en el que la derrota era incompatible con la vida. Después del combate para un espartiata no había más que dos modos igualmente dignos de volver a su patria: victorioso o yacente sobre su propio escudo, que portaban sus conmílites. Su comportamiento en la guerra era conocido por todos los griegos; los espartanos lo dejaban claramente documentado en todas sus acciones. Leónidas en las Termópilas lo testimonió para la sucesión de los siglos. Los errores estratégicos de los griegos en Platea fueron enmendados por la disciplina espartana que contribuyó decisivamente a la victoria. Los hoplitas espartanos decidían siempre los combates y acababan victoriosos. La victoria era deseada, pero nunca la gloria que llevaba consigo era comparable en intensidad al deshonor de la derrota, infinitamente peor que la muerte. Dos citas serán suficientes.

Demarato, uno de los reyes de Esparta, en discordia con el otro rey, Cleómenes, tuvo que exiliarse. Se dirigió a Persia, todavía en vida de Darío. Heródoto nos ofrece [19] este diálogo entre él y Jerjes [20].

---

[19] HERÓD., VII 102-04.

[20] El rey persa Darío le había concedido tierras en la Tróade. JENOFONTE nombra a Eurístenes y Procles descendientes de Demarato, a los que encontró Tibrón con motivo de la campaña en Asia *(Helén.* III 1, 6).

Después de haber revistado sus tropas antes de partir para Grecia, Jerjes hizo llamar a Demarato y le preguntó si los griegos se atreverían a ofrecerle resistencia. Demarato preguntó a Jerjes si debía decir la verdad y Jerjes le contestó que así debía hacerlo. Entonces habló de este modo:

Oh, rey ... lo que voy a decir no se refiere a todos los griegos, sino sólo a los lacedemonios. En primer lugar, debes saber que jamás aceptarán tus condiciones que llevarían la esclavitud a Grecia, además saldrán a combatirte en el campo de batalla, aunque los demás griegos se pongan de tu lado. No preguntes cuántos han de ser para obrar así; si son mil, esos mil lucharán contra ti, y harán lo mismo si son menos o si son más.

Jerjes tomó a broma esta contestación y razonó, desde su mentalidad persa, sobre lo absurdo de las palabras de Demarato, que le respondió:

Los lacedemonios, en combates singulares no son inferiores a ninguno, mientras que en formación cerrada son los mejores guerreros de la tierra. Aunque son libres no lo son enteramente, ya que sobre ellos gobierna un dueño, la ley, a la que temen mucho más que tus súbditos te temen a ti. Cumplen todos sus mandatos y el más firme de ellos es el de no huir en el campo de batalla, sino permanecer en sus puestos hasta vencer o morir.

La otra cita es posterior en poco más de un siglo. Son las horas inmediatamente siguientes a la derrota en Leuctra en el año 371, que marca el fin de la supremacía militar de Esparta [21].

Había algunos lacedemonios que, considerando la derrota insoportable, manifestaron que era preciso impedir que los enemi-

[21] JENOF., *Helén.* VI 4, 14-15.

gos erigieran un trofeo y que había que intentar recoger a los muertos no por medio de una tregua sino en combate. Pero los polemarcos, viendo que habían muerto cerca de mil lacedemonios, viendo que de los setecientos espartiatas que aproximadamente estaban allí, habían muerto unos cuatrocientos...

Esos lacedemonios (espartiatas, periecos y demás habitantes de Lacedemonia con capacidad legal para combatir) estimaban que no debían admitir la derrota [22]. Pensaban que no habían de permitir que el enemigo levantara su trofeo y que debían recoger sus muertos tras un nuevo combate (después de una derrota tan absoluta como la sufrida, esto significaba entregarse de modo voluntario a la muerte a través de las armas tebanas). El espíritu que alentaba aquí era el mismo de siempre. Respecto a cómo combatieron los espartiatas dice bastante el que muriera en el combate el sesenta por ciento de los presentes. Con referencia a la Guerra del Peloponeso, los espartanos que la comenzaron se encontraban casi en el centro del tiempo real entre estas dos citas.

Atenas, su inagotable actividad

Rivales de estos espartanos eran los atenienses. Su poderío militar era muy reciente. Sesenta años antes del comienzo de esta guerra, sus hoplitas se habían cubierto de gloria en Maratón. Ellos solos, con la ayuda de su pequeña aliada, Platea, rechazaron el enorme contingente de la expedición persa y le obligaron a regresar a Asia. Esta acción quedó grabada para siempre en la mente de los ate-

[22] Se confesaba la derrota permitiendo que el enemigo colocara el signo de su victoria, trofeo, y solicitando de él la autorización para recoger los muertos propios.

nienses, de todos los griegos y de las generaciones que se sucedieron. Cuando diez años más tarde volvieron los persas, estos atenienses soportaron el saqueo y destrucción de su ciudad, previamente evacuada. Fue decisiva su contribución al aniquilamiento de la escuadra persa en Salamina. Doce años más tarde de esta última acción, estando ya a la cabeza de la Liga Delo-Ática, en plena estrategia ofensiva, llevada hasta Panfilia, destruyeron en la desembocadura del río Eurimedonte toda la marina persa allí reunida y un poderoso contingente de fuerzas de tierra. En años sucesivos toda Grecia conoció la audacia y la pericia de la marina ateniense. Sus naves eran las más marineras, sus remeros los más expertos y sus estrategos los mejores conocedores de las tácticas y de las condiciones del mar en las diferentes regiones [23].

Éstos iban a ser los protagonistas de la guerra que Tucídies decidió escribir. De los párrafos anteriores puede deducirse que Esparta no tenía poder para decidir de modo

---

[23] Un caso ilustrativo es el sucedido en 429. El estratego ateniense Formión se encontraba en el Golfo de Corinto con veinte naves. Desde Corinto en dirección oeste navegaban de paso cuarenta y siete naves. Pensaban los corintios que los atenienses, con sólo veinte naves, no se atreverían a cerrarles el paso y a entablar combate. Cuando observaron que, por el contrario, iban a atacar, formaron un círculo con las proas hacia fuera. Formión conocía que al amanecer se levantaba un viento del este que pensaba aprovechar. Con sus veinte naves en fila una tras de otra pasaba velozmente rozando las proas que formaban el círculo, dando la impresión de que en cualquier momento iniciaría el ataque. Para evitar el encuentro con las naves atenienses que pasaban velozmente rozando las suyas, los corintios fueron reduciendo poco a poco el círculo formado por ellas, con lo que corrían el riesgo de que éstas se aproximaran peligrosamente entre sí. Cuando el viento empezó a soplar, hizo que las naves chocaran unas contra otras. Entonces Formión ordenó el ataque, destruyó varias naves y capturó doce de ellas. (Resumen de lo expuesto por Tucídides en II 83-84).

absoluto dentro de la Liga Peloponesia, aunque su opinión fuera muy respetada. En cambio, Atenas (no sus magistrados, sino la Asamblea) decidía prácticamente en los asuntos de la Liga Delo-Ática. Aunque de la lectura de la obra se pueden deducir estas cuestiones, Tucídides no trata de las relaciones de las cabezas de las dos Ligas con sus aliados, ni sobre situaciones jurídicas importantes establecidas por Atenas entre ella y los miembros de su Liga. Seguramente estas cuestiones quedaban fuera de los límites de lo que él había proyectado [24]. Su tarea era la narración de la guerra.

El ambiente cultural de la época

Es sabido que la publicación de la *Guerra del Peloponeso* se llevó a cabo después de la muerte del autor, es decir, en los primeros años del siglo IV. La época no podía ser menos oportuna por la conmoción y ruina que siguió a la derrota. Es un mérito de Jenofonte y del círculo cultural próximo a Tucídides que la obra de este autor no se perdiera para siempre. Parece evidente que al menos un grupo reducido conocía el trabajo de Tucídides antes de su publicación. Decimos que conocía no en el sentido de que sabía de su existencia, sino en el de que había oído o «leído» al menos partes del contenido del libro. Las personas próximas a Tucídides tenían que conocer de forma semejante a la indicada el contenido de la obra más o menos parcialmente. Desde 424 hasta 404 Tucídides no pudo pisar Atenas, años en los que ésta era un foco cultural cuya atracción pocas veces ha sido igualada por otros cen-

---

[24] Más detalles en A. W. GOMME, A. ANDREWS AND K. J. DOVER, *A Historical Commentary on Thucydides*, 5 vols. (Oxford, 1945-81), I, pág. 25.

tros en la historia de la humanidad. Es impensable que nuestro autor no estuviera al tanto de todas las corrientes y acontecimientos culturales que se producían durante su destierro. Su curiosidad y su dinero eran suficientes para suplir las carencias de información a que le sometía su obligada ausencia. Pero si pasivamente participaba en aquella vida, él no podía ser de modo directo agente y parte de ella. Pudo leer a algunas personas a las que visitaba o le visitaban trozos importantes de su obra. (Queda dicho implícitamente que no participamos en la creencia de la redacción después de 404.) El Tucídides que podemos abstraer de su obra no es un hombre culturalmente aislado de Atenas desde 424, fecha en la que sólo tenía poco más de treinta años.

Las gentes que formaban el núcleo intelectual contemporáneo de Tucídides habían nacido alrededor de la fecha del establecimiento de la democracia radical en 462. Sus maestros son de la generación del propio Pericles. Son muchas las circunstancias que, unos años más tarde, contribuyen a señalar que se está produciendo un cambio de época. La estabilización de la política imperialista (la política de Pericles respecto a la Liga fue la misma o más rígida que la de Cimón, como sería después aún más dura la de Cleón) creó grandes recursos procedentes del comercio. La centralización de los tribunales en Atenas y la institución de la *misthophoría* (remuneración por el ejercicio de funciones públicas) transformó la economía familiar de una gran parte de la población. Muchos atenienses modestos debían de darse cuenta de que su bienestar dependía básicamente de la continuidad en la dominación sobre los aliados sin pensar si ésta era justa o injusta. Atenas, que con la existencia ya tradicional de los metecos dejaba abiertas sus puertas a los extranjeros, tenía ahora que ser continua-

mente visitada por misiones políticas y comerciales de toda Grecia. Era, en suma, una ciudad cosmopolita.

El saber como valor en la vida social

Las circunstancias indicadas eran propicias para la apertura de la mente, sujeta hasta entonces por criterios y hábitos tradicionales, a ideas menos rígidas y más racionales. No es probable que la evolución intelectual de los atenienses hubiera sido la misma sin contar con la notable circunstancia de que la cultura se convirtiera en el elemento básico de la vida social de las clases superiores. No hay duda de que en esto la figura central había sido Pericles. El sofista Damón y el filósofo Anaxágoras no fueron sólo sus consejeros políticos, formaban parte también de su círculo social. (Ciertamente ambos tuvieron que abandonar Atenas, el primero, como ciudadano, por ostracismo durante diez años, el segundo, a consecuencia de una acusación de impiedad, hubo de retirarse a Lámpsaco). Ambos coincidieron al lado de Pericles durante la casi totalidad de los años 30, aunque uno y otro fueron en cierto modo sus mentores durante muchos años. En este círculo social se encontraban las figuras más destacadas de la época: el sofista Protágoras, el escultor Fidias, el arquitecto Hipódamo de Mileto, el autor trágico Sófocles, el historiador Heródoto, etc., sin olvidar a Aspasia de Mileto, la segunda esposa de Pericles. Los afanes de este núcleo se extienden socialmente y perviven después de la muerte de Pericles. Así puede explicarse el efecto que producía en los jóvenes la llegada a Atenas de un sofista famoso, cuya representación tan conocida nos da Platón [25]. Gracias a

[25] *Prot.* 310 y sigs. El hecho de que este diálogo probablemente lo haya escrito Platón cerca de cuarenta años después de muerto Protágoras

ella nos es conocido el hecho real de que la presencia en Atenas de ciertos sofistas podía alterar la vida de algunos jóvenes dispuestos a comprometer sus propios recursos y los de sus amigos para recibir sus enseñanzas [26].

La dureza de la guerra no apagó el afán de saber que animaba a los atenienses. La creencia en el progreso continuo, en el que Damón confiaba, fue un hito que la humanidad no volvió a alcanzar hasta casi la segunda mitad del

no quita valor probatorio a la cita. Los diálogos platónicos están concebidos como piezas literarias no como relatos históricos. Las fechas dramáticas, es decir, las que son deducibles del contenido del diálogo son literarias y no coinciden con las fechas reales.

[26] Muy de madrugada, el joven Hipócrates llama con grandes golpes a la puerta de la casa de Sócrates para decirle que Protágoras se encuentra en Atenas. Entra sin saber si Sócrates duerme aún y tras las primeras voces, ya más tranquilo dice:

> «Cuando [anoche] regresé, mi hermano me dijo que Protágoras estaba aquí. Intenté venir entonces a tu casa, pero luego me pareció que la noche estaba demasiado avanzada, pero apenas me he levantado he venido.
>
> Como me daba cuenta [el narrador es Sócrates] de su energía y su apasionamiento, le dije:
>
> —¿Qué te pasa? ¿Es que te debe algo Protágoras?
>
> Él sonrió y dijo:
>
> —¡Por los dioses! Sócrates, sólo en cuanto que él es sabio y a mí no me lo hace.
>
> —Pues bien, ¡por Zeus!, si le das dinero, también a ti te hará sabio.
>
> —¡Ojalá sucediera así! No escatimaría nada de lo mío ni de lo de mis amigos. Por eso mismo vengo a verte, para que le hables de mí. Yo, por una parte, soy demasiado joven y, por otra, tampoco he visto nunca a Protágoras ni lo he oído jamás. Sin embargo, Sócrates, todos elogian a ese hombre o dicen que es muy sabio. ¿Pero por qué no vamos donde se aloja para encontrarlo? Descansa, según he oído, en casa de Calias el hijo de Hipónico. Vamos ya ...»

siglo XVIII. La fama intelectual que le era reconocida a esta ciudad, aumentada aún el en siglo IV, unida al recuerdo de su gloriosa ejecutoria militar frente a los persas, la iba a salvar en numerosas ocasiones de calamidades que cualquiera otra habría sufrido. La ira de sucesivos vencedores se embotaba ante su prestigio.

El prestigio de Atenas, escudo de su preservación

Vencidos los atenienses en esta guerra que escribió Tucídides, tuvieron finalmente que pedir la paz. Se temía la destrucción de la ciudad y la reducción a la esclavitud de sus habitantes. Los peloponesios no aceptaban negociadores y sólo admitieron emisarios con plenos poderes para que oyeran la decisión de su Asamblea.

Cuando Terámenes y los miembros de su embajada llegaron a Selasia fueron preguntados en qué concepto venían. Respondieron que como plenipotenciarios en lo referente a la paz. Después de esto los éforos los mandaron llamar. Cuando llegaron, se reunió la asamblea en la que corintios y tebanos especialmente, pero también muchos otros griegos se opusieron a pactar con los atenienses, sino solamente destruirlos. Pero los lacedemonios se negaron a reducir a la esclavitud a una ciudad griega que había hecho gran bien en los mayores peligros acontecidos a Grecia, por lo que harían la paz bajo la condición de que ... [27].

Esta misma realidad suscitó en el famoso orador Isócrates, a cuya familia arruinó esta guerra, las frases famosas que parecen una profecía sobre el concepto moderno de cultura.

[27] JENOF., *Helén.* II 2, 19-20.

Hasta tal punto aventaja nuestra ciudad al resto de los hombres en cuanto a pensar y hablar que los discípulos de ella se han convertido en maestros de los otros y ha hecho que el nombre de griego no parezca ya ser propio de la raza sino del pensamiento y que se llame griegos a los que participan de nuestra cultura más acertadamente que a los que forman parte de nuestra misma sangre [28].

Tucídides y sus predecesores

La posición de Tucídides en la historiografía griega está condicionada por su relación con Heródoto. Hay, sin embargo, una línea de sucesión en la que se insertan Hecateo, Heródoto y Tucídides. Los dos últimos pudieron aprovechar sucesivamente los avances realizados por su respectivo antecesor. Con Hecateo, por su extensa producción, se consagró la prosa como medio para la exposición de temas geográficos, etnográficos, genealógicos, mitográficos, etc., de los que había de surgir lo que después iba a ser la Historia como género propio. Hecateo da al conjunto de estos temas un tratamiento nuevo [29]. Tiene como mérito su interés inicial por un marco cronológico para la genealogía al fijar un cálculo por generaciones. Un punto de coincidencia con Heródoto es la afirmación de que intenta contar sólo lo que cree digno de crédito, con lo que elimina la propia imaginación y lo que le parece absurdo de la tradición. Otro punto de coincidencia es el de la descripción de los lugares visitados en sus largos viajes.

[28] Isóc., *Panegírico* 50.

[29] Para este autor, así como para los anteriores a Tucídides, cf. F. Jacobi, «Über die Entwicklung der griechischen Historiographie und den Plan einer neuen Sammlung der griechischen Historikerfragmente», *Klio* IX (1909), págs. 82-123. Cf. también Pearson, *Early Ionian Historians*, 1939.

Respecto a la tradición historiográfica dice: «las narraciones de los griegos son diversas y necias, según me parece» [30]. No obstante esta afirmación, Heráclito incluye a Hecateo entre aquellos a los que no ha ayudado nada la *polymathía* (erudición). Si la historia, en el sentido moderno de esta ciencia, toma su forma en Heródoto, éste se encuentra en algún modo iniciado por su predecesor [31].

Aunque sí el más importante, no es Hecateo el único antecedente próximo para Heródoto. Janto escribió una historia de Lidia y tuvo la misma inclinación que Heródoto por las narraciones de ambiente oriental, más explicable en Janto, de origen lidio. También lo es Caronte de Lámpsaco que escribió sobre las guerras de los persas. Ambos, con escasa diferencia de edad sobre él, son contemporáneos de Heródoto [32]. No obstante, la posible influencia de estos dos autores sobre el último se encuentra en discusión [33].

Diferencias producidas por el carácter de sus obras

Algunas de las diferencias formales entre Heródoto y Tucídides, aunque sean siempre significativas, están impuestas por el proyecto de obra de cada uno de los respectivos autores. Por ejemplo, en Heródoto, los *lógoi,* excursos que describen la vida y las costumbres de diferentes pueblos: Lidia, Egipto, Escitia, Cirene, etc., o bien hechos o suce-

---

[30] Jacobi, *Die Fragmente der griechischen Historiker,* I, F1.

[31] «Hekataios markiert ... den Beginn einer wissenschaftlichen Betrachtung gesch. Vorgänge... Erster wirklicher abendländ. Gesch.schreiber in eminentem Sinn ist jedoch Herodotus», W. Spoerri, *Der kleine Pauly,* II, col. 980.

[32] Según Klaus Stiewe, *Der kleine Pauly,* I, col. 1139, aunque F. Jacobi coloca a Caronte en la época de Tucídides y Helánico.

[33] Cf. S. Hornblower, *op. cit.,* pág. 19, n. 14.

sos referidos a personas, aparecen normalmente cuando los persas van entrando en contacto con estos pueblos, siguiendo el crecimiento del poderío persa. Es lógico, por tanto, que estas descripciones se produzcan especialmente en los cuatro primeros libros. Sin embargo, cuando los persas se enfrentan a los griegos, tema fundamental de la obra [34], se reduce la frecuencia de estos excursos, que habían sido en ocasiones de extensión desmesurada. No obstante, aun tratándose de griegos cree Heródoto que es necesaria alguna explicación, como en efecto hace en el libro VI, donde habla sobre los reyes de Esparta, o en el libro VIII, sobre Macedonia. El hecho de que estos excursos sean tan frecuentes en los primeros libros y se reduzcan progresivamente, no es, pues, una evolución del pensamiento de Heródoto, sino la necesaria relación entre el material histórico y el objeto de la obra. A diferencia de lo que sucede con Heródoto, la narración de Tucídides enfrenta griegos con griegos, es decir, gentes de vida y costumbres cercanas. Es puntual, se desarrolla en toda Grecia al mismo tiempo, no necesita explicar profusamente, como hace Heródoto, las características de pueblos desconocidos que van siendo incluidos sucesivamente en las fronteras del nuevo imperio. Los excursos en la obra de Tucídides no tienen en general la misma motivación que los de su antecesor. Las diferencias entre ambos historiadores respecto a estos excursos están producidas tanto por los distintos temas tratados como por las características de sus autores.

La personalidad de Heródoto y la de Tucídides

Un elemento distintivo que no viene dado por el movimiento interno de la obra, sino por la diferencia de pensa-

[34] Heród., I 1.

miento de los dos autores es lo que Tucídides llama *tò mythôdes*[35] (lo mítico). No hay que entender esta expresión como algo referido a los mitos que forman parte del patrimonio cultural de los griegos, sino a cualquier tipo de narración fabulosa, frecuente en Heródoto pero ausente en Tucídides. Las diferencias entre los dos historiadores no provienen sólo de los treinta años que separan el nacimiento de uno y otro, sino, sobre todo, de los datos biográficos que las caracterizan. Sin hacer diferencias de capacidad intelectual, que en este caso no son posibles en absoluto, Heródoto ha nacido y pasado su primera juventud en territorio helenizado, pero no griego. Por el nombre de su madre deducimos que era griega, pero la familia de su padre era caria. No hay que dudar de su educación griega, pero tampoco desconocer el fondo oriental en que ésta se mueve. Algunas de sus narraciones fabulosas son de procedencia oriental y, en general, tienen sabor oriental. Nada semejante puede encontrarse en Tucídides. Quizá en él lo más próximo a los relatos de Heródoto sea la súplica de Temístocles a la mujer de Admeto[36]. Sin embargo no hay razón suficiente para pensar que este hecho no se produjera tal como lo narró Tucídides. En apoyo de esta probabilidad está la circunstancia de que es ésta la única aparición individualizada[37], aparte de la sacerdo-

---

[35] Tuc., I 21, 1.

[36] Tuc., I 136-37.

[37] Las mujeres de Platea en II 4, 2, no están individualizadas, incluso están mezcladas con los esclavos, una de ellas innominada, proporcionó un hacha a los tebanos. En el sitio de Platea aparecen ciento diez mujeres que hacen la comida a los sitiados (II 78, 3). Son nombrados colectivamente las mujeres en III 74, 1. Ya no hay más mujeres en la obra de Tucídides.

tisa de Hera en Argos [38], de una mujer en la obra de Tucídides.

Las extraordinarias dotes de narrador que muestra Heródoto, unidas a la línea de credibilidad general ganada en la última parte de su obra, disimulan el elemento mítico y no permiten que su inclusión conlleve el descrédito para su obra. Así lo vemos nosotros y lo vieron las generaciones que, tras su muerte, conocieron su obra. Pero el efecto negativo de ese elemento mítico debía de agrandarse enormemente ante los ojos de Tucídides, convencido de que su presencia sólo podía dañar la verosimilitud de los hechos narrados [39], más aún, que era incompatible con una búsqueda real de la verdad histórica.

Quizá fuera exagerado a este respecto el punto de vista de Tucídides. La inclusión de una narración fabulosa, a la que el autor se abstiene de dar crédito [40], no tiene que dañar necesariamente la veracidad del resto de lo narrado, pero tampoco la favorece. Este último era el criterio de Tucídides que evitó totalmente la inclusión de fábulas de este tipo. No es posible confundir con ellas los excursos de Pausanias y Temístocles [41]. Si bien por su estilo y por su concepción están cerca de Heródoto y también por la evocación mítica que supone la muerte de Pausanias en un recinto sagrado [42], lo cierto es que nos encontramos ante hechos reales, no legendarios, aunque sea evidente que se trata de excursos.

---

[38] Tuc., IV 133, 2.

[39] Tuc., I 21, 1.

[40] Heród., II 123, 1, y VII 152, 3.

[41] Tuc., I 128-38.

[42] Para los posibles rasgos que presumiblemente delatan una primitiva redacción jonia de estos excursos, cf. H. D. Westlake, *Clas. Quart.* XIII (1977), pág. 106.

Valoración de la Pentecontecia

Resulta un poco forzado considerar la Pentecontecia como un verdadero excurso puesto que se encuentra en una parte introductoria anterior al comienzo de la narración de la guerra. Sería difícil comprender los motivos del enfrentamiento si nos faltara esta explicación previa del crecimiento del poder de Atenas, crecimiento que no fue tolerado por los peloponesios y se convirtió en causa del conflicto. Tampoco está muy clara la afirmación admitida casi de forma general [43], de que, como homenaje a su predecesor, tal como posteriormente hicieron con él mismo Jenofonte, Cratipo y Teopompo, iniciara Tucídides la Pentecontecia en el mismo punto en que acababa la narración de Heródoto. Es cierto que la Pentecontecia comienza donde termina la obra de este historiador, pero, a diferencia de Jenofonte, que inicia las *Helénicas* con la frase «después de esto» para enlazar con el punto en que Tucídides dejó su narrración, éste empieza su exposición con la frase siguiente: «Los atenienses llegaron a la situación en la que creció su poder del siguiente modo». Es justamente en ese momento que relata Tucídides, y no antes ni después, donde se producen las circunstancias por las que Atenas se convertirá en un imperio. El hecho de que el momento en que Leotíquidas al frente de los espartanos decidió dar por terminada la actuación victoriosa de Esparta en la guerra y regresar a su patria coincidiera con los primeros pasos firmes de la que iba a ser una nueva potencia militar podría explicar la razonable y adecuada decisión de Heródoto de poner precisamente ahí el fin de su obra. Distinguió perfectamente que se cerraba una época y empezaba

---

[43] Cf. A. W. Gomme..., *op. cit.*, I, pág. 1.

otra y decidió terminar en ese punto. Si Heródoto hubiera seguido adelante, Tucídides habría tenido que explicar los motivos del crecimiento de Atenas partiendo exactamente del mismo punto en que lo hizo. No es seguro que se trate de una deferencia de Tucídides hacia su predecesor. Si la causa de la guerra entre peloponesios y atenienses era el crecimiento del poderío de Atenas y se deseaba explicar cómo había empezado ese poderío, no había otro momento de iniciar la narración de la Pentecontecia que el elegido por Tucídides.

Contraste entre la obra de ambos historiadores

Es importante contrastar y analizar la exposición de motivos para sus respectivas obras que ofrecen Heródoto y Tucídides. Dice el primero [44]:

> Esta es la exposición de las investigaciones de Heródoto de Halicarnaso a fin de que el paso del tiempo no borre el recuerdo de las acciones humanas y no queden sin gloria las potentes y maravillosas hazañas de griegos y bárbaros...

Las resonancias épicas son evidentes: el tiempo no puede hacer que se pierda el recuerdo de las acciones de los hombres y con ello puedan dejar de ser glorificadas las gestas admirables de griegos y de bárbaros. La vinculación de la historia con la épica es genética. No hay género literario más próximo a la épica que la historia en sus orígenes. No importa que Homero fuera el educador de Grecia y que sus versos pudieran ser citados de memoria en cualquier ocasión. Todos los griegos llevaban imbuido el espíritu de Homero, pero más importancia que esta realidad

[44] HERÓD., I 1, 1.

tiene el hecho de que la historia tome de la épica la misión de perpetuar hazañas y glorificar héroes. Heródoto está en su sitio y la afirmación de los fines de su obra es un documento en la línea de la creación de un nuevo género por separación de otro más antiguo. Una genealogía más elaborada que los constantes atisbos homéricos, la etnografía, la geografía y el uso de la prosa iban a caracterizarlo decisivamente.

Pero Heródoto no se queda ahí. Tiene la intención de establecer la causa de la lucha y por eso completa el párrafo citado con la frase: «y en especial la causa de su mutuo enfrentamiento». Cierto que la épica se interesa por el causante o los causantes, especialmente en el sentido heroico o el de responsabilidad. No es eso lo que pretende Heródoto, sino la causa sin implicación de responsabilidad. Con ello da a su obra un valor nuevo, puesto que la causa objetiva no puede hallarse sin la búsqueda, sin la investigación, lo que ya es totalmente ajeno a la épica. No se trata de aportar referencias numerosas, sino de descubrir, de encontrar la causa. La investigación dirigida a un fin tiene que examinar y contrastar los datos y por tanto hacerse crítica. La simple acumulación de esos datos, incluso su preservación para evitar su pérdida, como hicieron los logógrafos, es una obra de mérito pero no es investigación *(historíē)*. En este punto Heródoto dio un paso definitivo para poder ser considerado el creador del nuevo género literario de la historia y para que se le atribuya el propósito científico inicial que esto llevaba consigo.

Intención metodológica de Tucídides

No obstante, esa declaración programática de Heródoto está muy lejos aún de la que hace Tucídides al analizar

las dificultades que hay que vencer hasta que esa investigación lleva a averiguar el dato verdadero:

Consideré que no debía escribir los hechos sucedidos en la guerra tomando la información de cualquiera, ni tampoco según me parecía a mí, sino que he relatado los hechos en los que estuve presente y aquellos otros cuya información recibí de otras personas con la mayor exactitud posible en cada caso. Fue laboriosa la investigación [45] porque los que habían estado presentes en cada una de las ocasiones no decían lo mismo acerca de los mismos hechos, sino según su simpatía por unos o por otros, o según su memoria [46].

Es la manifestación del método que ha seguido en la elaboración de la obra en la que están mezcladas la recepción de los datos y la selección de los mismos. Nos da una idea de la escrupulosidad de Tucídides y también de su interés por buscar la verdad. No obstante, no podemos saber nada más sobre cómo Tucídides seleccionó la información recibida. Su narración casi nos da a entender que no hay puntos cuestionados y parecería que los informes recibidos eran coincidentes, si no fuera por lo que él mismo nos dice en el párrafo que acabamos de citar. Nunca nos comunica otra opinión que la que él expone. Ciertamente Tucídides no nos permite ver esa dificultad para encontrar la verdad que, según nos dice, tanto trabajo le dio. Su narración no ofrece huellas de una elaboración costosa. A diferencia de lo que ocurre con Heródoto no encontramos en Tucídides dos informaciones diferentes como fuentes para determinar la veracidad de un hecho. No nos ofre-

[45] Tucídides no emplea para el concepto de investigar el sustantivo *historíē,* sino el verbo *heurískein.*

[46] Tuc., I 22, 2-3.

ce la dificultad real en la elección entre dos datos diversos. Él ha hecho ya la elección. Cuando nos dice [47] «... los tebanos afirman eso y dicen que ellos [los plateos] lo juraron, pero los plateos... niegan haber jurado», no se trata de dos opiniones entre las que el historiador pueda seleccionar la verdadera. El hecho histórico como tal es precisamente la existencia de esas dos opiniones [48]. Tiene importancia el contraste de estas dos citas (la del texto y la de la nota), ya que la primera podría aparecer como una excepción en lo que, según hemos visto, se ofrece como norma en el autor, pero, como podemos observar, no es excepción [49].

Composición de la obra

Las aportaciones más valiosas para hacer deducciones acerca de la composición de la obra de Tucídides son las que encontramos en el texto de la misma. Aunque hay una afirmación explícita del autor sobre el comienzo de su trabajo, se hallan también en éste otras manifestaciones cuyo análisis resulta fructífero. Además de lo que Tucídides indica expresamente, el estado general de la obra, tal como la dejó el autor o como ha llegado a nosotros, nos permite hacer conjeturas razonables referidas al proceso de su composición.

---

[47] TUC., II 5, 6.

[48] No es comparable con lo que dice HERÓDOTO (VI 14) acerca del comportamiento de los jonios en la batalla de Lade: «Es difícil saber la verdad acerca de qué jonios combatieron bien y qué otros combatieron mal porque se acusan unos a otros». El hecho histórico preferente no es la diferencia de opinión, sino el comportamiento en el combate. Quizá para Heródoto era cómodo no enfrentarse con algunos de los jonios.

[49] Cf. S. HORNBLOWER, *op. cit.*, pág. 155.

Tucídides comenzó su obra al iniciarse la guerra

En I 1, 1, nos dice el autor que empezó a escribir cuando la guerra comenzó. Aunque esta es la primera frase de la obra, resulta muy difícil admitir que fuera ella la que encabezara la redacción desde el primer momento. Este tipo de prólogos suelen escribirse bien cuando la obra está acabada o cuando una parte de ella ha alcanzado un estado satisfactorio [50]. Solamente las primeras palabras son parte de una expresión formular dentro del género pero el contenido de toda la frase tiene una intención comunicativa personal. Aun suponiendo, lo que es poco creíble en Tucídides, que hubiera escrito esas líneas antes del párrafo que las sigue en el texto definitivo, tuvo después muchas oportunidades de rectificarlas. Por las adiciones, constatablemente posteriores a la fecha de la primera redacción, sabemos que Tucídides releyó su obra. Si no era cierto lo que ahí manifestaba, se daría el caso curioso de que el historiador a cuyas afirmaciones la posteridad ha dado más crédito había comenzado su obra con una manifestación que no era verdadera. Debemos concluir que realmente comenzó a escribir al comienzo de la guerra.

El núcleo del problema se encuentra en la frase participial *arxámenos euthýs kathistaménou,* «iniciándola en el momento en que comenzó». Su posición en la oración permite suprimirla puesto que en nada afecta al contenido del resto de la frase. Igualmente podría haber sido introducida en fecha posterior. Tiene, sin embargo, una significación muy precisa: Tucídides empezó a escribir en el momento en que la guerra comenzó. Por nuestra parte, admitimos

---

[50] Si esta deducción general, sacada de lo que suele suceder con afirmaciones de este tipo en los prólogos, fuera aplicable a este acaso sería difícil poner en duda la afirmación del autor.

el significado del texto y consideramos que la frase está escrita por el autor y no introducida después de la muerte de éste. Con respecto al verbo principal *xynégrapse* no vamos a entrar a precisar si empezó entonces la redacción propiamente dicha [51]. Inevitablemente la recogida de información, su contraste y selección preceden a la redacción que debió de seguir sin que haya necesidad de suponer una interrupción en el proceso. El hecho de que Tucídides iniciara su trabajo antes o después no añadiría mérito a su obra ni tampoco lo reduciría. Si él indicó el momento en que comenzó su labor, es posible que no intentara dar valor a este dato y que esta afirmación saliera de su pluma simplemente como expresión de un hecho real. Es también posible que intentara destacar la importancia que prestaba a su narración la circunstancia de coincidir con los acontecimientos narrados. La primera interpretación avala más que la segunda lo genuino de la afirmación del autor, si bien ambas tienen el mismo valor en lo que se refiere a la época en que Tucídides comenzó su trabajo. Según nuestro punto de vista, Tucídides empezó a ocuparse de la guerra desde el primer momento con el propósito de narrarla en su totalidad aunque entonces no fuera previsible su duración [52]. No pudo llevar a cabo su intención puesto que la obra quedó interrumpida en el año 411. Lo que Tucídides dice [53] no es un proyecto sino lo que ya se puede deducir del análisis de la obra misma. Natural-

---

[51] Ese verbo parece sólo atribuible a la pluma de Tucídides y deja pocas dudas sobre el comienzo temprano de la redacción.

[52] Los conceptos de Guerra Arquidámica y de Guerra Decélica no son imaginables al comienzo de las hostilidades y aparecen como incompatibles con una decisión tomada por Tucídides al empezar la guerra.

[53] Tuc., I 1, 21-22.

mente esto puede y debe coincidir con lo que el autor se propuso, pero se ofrece al lector como algo ya realizado. No dice Tucídides en V 26, ni se deduce de la lectura de este capítulo, que «el destierro le sugirió la idea de historiar la guerra» [54].

Las referencias al fin de la guerra

Teniendo en cuenta que Tucídides hace referencia repetidas veces al fin de la lucha y a sus consecuencias, parece que nunca dejó de intentar llevar a cabo su propósito de historiar todos los acontecimientos del período de las hostilidades y que sólo la muerte (o la enfermedad o accidente que la produjera) causó la interrupción definitiva de su trabajo. En la parte biográfica (pág. 9) se ha indicado la fecha de 398 como la más probable para su muerte. La referencia a Arquelao ya citada [55] es de especial importancia. Aparece en un texto correspondiente al año 429. Tiene claro carácter parentético; su supresión no daña la narración. Tucídides señala que la situación allí descrita varió «más tarde» en el reinado de Arquelao. Pero éste llegó a ser rey en 413 y Tucídides parece conocer bien, quizá personalmente, las mejoras introducidas por este rey para la defensa militar de Macedonia por la que hizo «más que los ocho reyes que le precedieron». No se deduce que este texto sea necesariamente posterior a 399, pero parece poco presumible que, no teniendo relación con los hechos narrados, introdujera esta frase en el curso de la exposición de hechos pertenecientes al año 429, es decir, dieciséis años

---

[54] Cf. J. ALSINA, «Tucídides», *Anthropos,* Supl. 20: *La historiografía griega,* pág. 28, Barcelona, 1990.

[55] TUC., II 100, 1.

antes de que Arquelao llegara a ser rey [56]. No es una suposición gratuita la de que fuera precisamente la muerte de este rey la que sugiriera a Tucídides la idea de incluir estas frases acerca de su reinado en un texto referido a Macedonia. Por otra parte, aunque es pura suposición indemostrable, parece imposible que Tucídides no visitara Pela invitado por Arquelao [57]. El juicio elogioso que Tucídides hace de él está en franca oposición al que más de treinta años después nos ofrece Platón [58] donde relata los sucesivos y dolosos asesinatos realizados en las personas de su tío Alcetas, de su primo Alejandro y de su hermanastro. Más tarde dice de él [59] que «había cometido los mayores delitos.»

Elaboración incompleta de algunas partes

Así pues, es posible que Tucídides estuviera ocupado con su obra desde 431 hasta quizá 398. Es mucho tiempo y son demasiadas las incidencias para que no se hayan producido alteraciones más o menos forzadas por los aconte-

---

[56] Esta frase revela casi mejor que ninguna otra el hecho de que Tucídides en una nueva lectura de su obra, o circunstancialmente en puntos concretos de ella, ha añadido trozos referidos a situaciones posteriores a las existentes en la época que estaba narrando. Los que opinan que Tucídides comenzó la redacción después de 404 pueden argüir que el autor indica la situación que él conocía en el tiempo en que escribía y no tienen que admitir que ya hubiera muerto Arquelao. Es difícil que Tucídides comparara este reinado con el de los ocho reyes anteriores sin saber si a Arquelao le quedaban menos de cuatro años de vida o podía vivir quizá treinta años más.

[57] No se puede olvidar que Arquelao hizo de su residencia de Egas un centro cultural al que fueron llamados personajes famosos como Agatón, Timoteo y Zeuxis entre otros.

[58] Plat., *Gorgias* 471a-d.

[59] Plat., *Gorgias* 479d.

cimientos y para que éstas no hayan dejado alguna huella en la composición de la obra.

Es necesario señalar que la división de la obra en ocho libros no procede de Tucídides y que, por tanto, carece de sentido cualquier conclusión que se apoye en la indicada división. No hay razón alguna para deducir de la sucesión cronológica de los hechos que en la composición de los mismos por el autor no se haya usado de la libertad de escribir unos posteriores antes que otros precedentes, aunque luego cada uno ocupara el lugar que cronológicamente le correspondía. Las hostilidades no comienzan hasta el libro II, pues el primero es un libro introductorio. Los libros II, III y IV, que narran casi en su totalidad la Guerra Arquidámica (431-421), pueden ser considerados como una de las partes de la obra que su autor debió estimar suficientemente elaborada. Lo mismo podemos decir de los libros VI y VII que relatan la expedición a Sicilia. Los libros V y VIII se distinguen de los cinco que se acaban de citar en aspectos importantes, aunque el más característico es el puramente formal de la ausencia de discursos. El libro V contiene una arenga de Brásidas (V 9) y el Diálogo de los Melios (V 85-111). Este Diálogo está compuesto en un estilo semejante al de los discursos, aunque su disposición es distinta, y revela una fuerte influencia del género trágico. Hay partes de él (V 92-96) que con cierta concesión pueden compararse con una esticomitia.

La incidencia de la expedición a Sicilia

En nuestra opinión, la clave para la cronología de la composición de la obra se encuentra en la expedición a Sicilia. No podemos conocer hasta qué punto de su trabajo había avanzado el autor cuando llegaron a él noticias

sobre el ataque que los atenienses iban a llevar a cabo sobre la isla. Tucídides no era ya un joven de veinticuatro años con fundado optimismo respecto a su futuro como quizá lo fuera en 431. Tendría ya cuarenta años y las circunstancias de su vida habían acumulado sobre él experiencias más numerosas y profundas que las habituales en otras personas; era además un desterrado. No obstante, debió de sentir, más reforzado que entonces, el mismo impulso de narrar esta acción que el que experimentó en 431 cuando concibió el propósito de escribir la guerra que empezaba. Su situación de desterrado le permitía adquirir una información excelente. No iba a verse obligado a distraerse de esta ocupación por la prestación de servicios a su patria, como el de estratego, de amargos recuerdos. La exposición estaba próxima a los hechos, condición que Tucídides ingenuamente estimaba necesaria para conocer la verdad. A su condición de investigador de esta verdad debía añadirse la ilusión de estar escribiendo una crónica de actualidad. No pudo ver la grandiosa concentración de las fuerzas en el Pireo que tan detalladamente describe [60]. Sin duda, buscó la información necesaria, aunque como ateniense y como estratego conocía bien el puerto y los diferentes tipos de naves. No se le ocultaba que el resultado de la acción que se iniciaba iba a decidir la guerra.

Es lo más probable que Tucídides interrumpiera el proceso de comparación y selección de datos e igualmente la redacción misma de la parte anterior de la obra en el momento en que empezó a ocuparse de Sicilia. Los libros VI y VII, dedicados a esta campaña, parecen «recientes», es decir, próximos a los hechos [61]. En el plano de las suposi-

---

[60] Tuc., VI 30-32, 2

[61] Cf. S. Hornblower, *op. cit.*, pág. 143.

ciones cabe admitir que en el conjunto de estos dos libros empleó Tucídides mucho menos tiempo que en cualquier otra parte de su obra de una amplitud semejante. Pero lo único importante para el caso que nos ocupa es el hecho de que probablemente Tucídides no continuara el proceso normal de su trabajo y pasara a ocuparse de este acontecimiento. ¿En qué momento sucedió esto? Es absolutamente imposible intentar fijar siquiera un punto concreto dentro de la obra ni suponer varios posibles. Lo que sí puede afirmarse es que el estado en que ha llegado a nosotros el que llamamos libro V es consecuencia de esa interrupción sin que esto suponga afirmar que ésta se produjera precisamente en este libro [62].

Forma de los libros V y VIII

Como ya hemos indicado, los libros V y VIII tienen en común el que ambos no contienen discursos. Este hecho ha sido considerado normalmente como manifestación de que el autor no sólo dejó interrumpida su obra en 411 sino también de que estos dos libros no llegaron a recibir la forma que él dio a los libros restantes, que solemos considerar acabados. Si a partir de un momento preciso de la obra se interrumpieran definitivamente los discursos, sería posible pensar en una decisión del autor de no usar ya en adelante este recurso. El argumento podría mantenerse para el libro VIII, pero no para el V, puesto que después de él hay dos libros que contienen discursos. Parece más

---

[62] Cabría pensar que en un principio Tucídides pudo creer que la Paz de Nicias en 421 (V 18) podría suponer el fin de la guerra, pero una cosa son los acontecimientos reales y otra la fecha de la narración de los mismos.

acertado pensar que, si bien el libro V presenta un estado más avanzado que el VIII, fue la misma causa la que produjo que uno y otro ofrezcan el aspecto de un proceso de redacción inacabado aunque en distinto grado.

Puesto que admitimos que Tucídides empezó su obra en 431, tenemos que aceptar también que este trabajo le ocupó mucho tiempo. Además la obra quedó sin terminar, la narración se interrumpió inesperadamente en el verano de 411. La última frase es banal e impropia por su contenido para indicar que con ella iba a finalizar el relato: «cuando llegó a Éfeso [Tisafernes] ofreció un sacrificio a Ártemis». Alguien posteriormente introdujo en el texto esta adición: «cuando termine el invierno que siga a este verano se cumplirá el año vigésimo primero». Es decir, casi los siete últimos años de la guerra no forman parte de la obra de Tucídides contra lo que él se había propuesto en V 26, 1 [63].

Debemos recordar que no estamos tratando de los hechos, sino del proceso de la redacción de la obra. El propio Tucídides llama a los diez años del período anterior a la Paz de Nicias *ho prôtos pólemos,* «la primera guerra». Lo hace dos veces, una en V 24, 2, y otra en V 26, 3.

---

[63] Este párrafo, y todo el resto de V 26, escrito después de 404 (pero no inmediatamente por la situación general en Atenas y la personal de su regreso a la ciudad tras veinte años de destierro), podría suprimirse sin que en la ilación entre V 25 y V 27 se notara hueco alguno. Llama la atención el hecho de que Tucídides, después de 404, afirme que ha escrito «de forma seguida, según las cosas sucedieron, contando por veranos e inviernos, hasta que los lacedemonios pusieron fin al imperio ateniense». Da la impresión de que el autor estaba satisfecho de la gran cantidad de datos recogidos y que no se sentía inquieto porque su salud u otra circunstancia le impidiera terminar. Es interesante observar que en el «Prólogo» (I 1, 1) usó el aoristo *xynégrapse* y que en este llamado «Segundo Prólogo» emplea el perfecto *gégraphe.*

Esto lo dice cuando a la vez afirma que la paz fue ficticia. Cuando se refiere al segundo período de la guerra no lo hace ya con un ordinal sino con el demostrativo neutro *gégraphe taûta*, «ha escrito estos hechos». Pero no hay que olvidar que esto lo dice después de 404, acabada ya la guerra. Ciertamente la Paz de Nicias supuso un corte en la marcha de los acontecimientos y tuvo que suponerlo también, como se puede deducir de los trozos citados, en la composición de la obra de Tucídides, pero no puede llegar a explicarnos el estado en que quedó el libro V. Lo que está claro para el libro VIII, puesto que el autor murió sin dar fin a su obra no se puede aplicar al libro V ya que admitimos que los libros VI y VII están acabados [64]. Otro dato que tiene en común el libro V con el VIII es que contiene documentos originales, como son los tratados entre ciudades. Pero también debe tenerse en cuenta que este libro V y el fin del IV desarrollan un período de gran actividad diplomática.

S. Hornblower [65] cita otras razones por las que considera que el libro V está inacabado y que su redacción es de época tardía. Por nuestra parte, pensamos que la razón de ello es que en la última época de su vida Tucídides estaría tratando de dar forma definitiva a este libro V [66], y

---

[64] A. Rehm, «Über die sizilische Bücher des Thukydides», *Philologus* 89 (1934), 133 sigs., expresaba la opinión de que el autor no los había dejado totalmente acabados.

[65] *Op. cit.*, págs. 139 y 143.

[66] Debemos pensar que Tucídides consideraba el «Diálogo de los Melios» como parte terminada y que este apartado no habría sufrido reelaboración en una revisión posterior. No hay en el libro VIII ninguna redacción especial fuera de la narración. Sin embargo, este libro está lleno de circunstancias incitantes. Sobre todo en el plano político acerca de las cuales Tucídides habría tenido ocasión de elaborar discursos de gran interés.

de, a la vez, avanzar en la narración de la guerra de la que el libro VIII quedó en estado de primera redacción.

No sólo se han observado insuficiencias que resultan de la comparación del libro V con los otros libros que, en nuestra opinión, el autor daba por acabados. S. Hornblower [67] señala tres notables omisiones de contenido en el mismo libro V.

Con respecto a este problema de la redacción de la obra anotamos las líneas generales de la síntesis de S. Usher [68]. Dice que se justifica el estado del libro VIII por el hecho de ser el último cuya revisión no pudo realizar el autor. Afirma que algunos pasajes importantes de toda la obra fueron compuestos después de la derrota de Atenas. Dice también que muchos discursos fueron escritos en época bastante posterior a la parte narrativa que los engloba. Por nuestra parte, creemos, no obstante, que el hecho de que la redacción provisional del libro VIII llegue sólo a 411 no excluye que Tucídides hubiera recogido ya datos hasta 404. Sería inútil hacer suposiciones sobre el grado de elaboración en que estos materiales quedaron a la hora de su muerte. Además, de hecho, ya no pertenecen a la obra

[67] *Op. cit.*, pág. 140. Las omisiones a que se refiere son la ruptura *de facto* de la Paz de Calias por parte ateniense al prestar ayuda militar y económica al sátrapa Pisutnes sublevado en 420 y, tras la ejecución de éste por el rey, al favorecer y mantener la rebelión de su hijo Amorges. Persia no habría intervenido quizá si Atenas no hubiera cometido este grave error. También la omisión del ostracismo de Hipérbolo. Tucídides debía de sentir desprecio por este hombre como persona y como demagogo, pero Hipérbolo manejaba en aquel momento hilos importantes en la política ateniense. Finalmente, falta la referencia a la recuperación por los espartanos de Heraclea Traquinia ocupada por los beocios en 420.

[68] *The historians of Greece and Rome*, Londres, 1970, pág. 25.

de Tucídides. Las *Helénicas* de Jenofonte enlazan con la *Historia* de Tucídides exactamente en el punto en que ésta quedó interrumpida. Como es sabido, dicha obra comienza con la frase *méta taûta,* «a continuación». Nos parece, por otro lado, sólo una conjetura poco convincente la idea de Usher de que, tras de llevar a cabo la primera redacción hasta 411, se aplicara Tucídides a escribir los discursos.

Cuestión tucidídea

El hecho de que en la obra de Tucídides se encuentren frecuentemente frases que fueron escritas con conocimiento del resultado final de la guerra [69], es decir, de la ruina del imperio de Atenas, dio lugar, ya el pasado siglo, a que surgiera la pregunta de si ese tipo de referencias representaría simplemente las adiciones introducidas posteriormente en el original ya redactado o si era un indicio de que la redacción total de la obra se llevó a cabo después de 404. Naturalmente, la primera posibilidad traía consigo el que durante tan largo período el pensamiento de Tucídides hubiera evolucionado y que de este hecho quedaran huellas manifiestas en la obra y también el que se hubieran producido hechos importantes para el desarrollo de la guerra como, por ejemplo, la expedición a Sicilia o la intervención persa que eran imprevisibles al comienzo de las hostilidades. Las discusiones acerca del proceso de redacción de la obra dieron lugar a la llamada «cuestión tucidídea» de la que se ocuparon los estudiosos durante muchos años y que salió de la corriente viva de la investigación hace más de un cuarto de siglo. Curiosamente, el que este

[69] Cf. Tuc., II 65, 12; V 26, 1; VI 15, 3.

tema haya dejado de ser objeto de estudio no quiere decir que haya sido resuelto, simplemente supone que no se ha alcanzado un resultado satisfactorio y que la necesidad de alcanzarlo y su mismo planteamiento no aparece hoy como algo necesario para la interpretación de este autor. Los esfuerzos realizados en este campo no han sido inútiles puesto que se ha proyectado mucha luz para el conocimiento de la composición de esta monumental pieza histórica. No obstante, como, al tratar de Tucídides, no se puede dejar de exponer la propia opinión sobre los problemas que suscita la redacción y no todos los puntos de vista coinciden, es éste un tema que está latente aunque el valor que se le atribuye sea hoy limitado.

Abrió esta cuestión F. W. Ulbrich [70] al indicar la indeterminación en que nos encontramos acerca del período que el autor proyectó abarcar y que quizá sólo alcanzaba hasta la *Paz de Nicias*. En escritos sucesivos fue Ulbrich ampliando y adaptando sus puntos de vista. Quizá no habría alcanzado esta cuestión tanta amplitud si no hubiera intervenido en ella con el gran prestigio de su opinión Eduard Schwartz [71]. Estaba entonces este erudito inmerso en la llamada «cuestión homérica» y era natural que él viera un posible paralelo en la composición de la obra de Tucídides y que se le ofrecieran numerosos cauces de reflexión. Schwartz creyó ver comprobada una evolución del pensamiento de Tucídides durante la redacción de su obra e introdujo además la idea, constatable según él en la obra, de que Tucídides, llevado por la impresión de la derrota de Atenas, había evolucionado desde la posición de puro historiador a la de defensor de la *Machtpolitik* que había

[70] *Beiträgen zur Erklärung des Thukydides*, 2 vols., Berlín, 1845-46.

[71] *Das Geschichtswerk des Thukydides*, Bonn, 1919; reed. 1929.

seguido Pericles. Intervino otro famoso estudioso que se había dedicado también a la «cuestión homérica», Schadewaldt [72] que, distinguiendo diferentes estratos, creyó ver también en Tucídides una evolución desde cuidadoso investigador de los hechos hasta convertirse en filósofo de la historia. La reacción no se hizo esperar muchos años, influida también por el curso de la investigación en la «cuestión homérica». El grupo «unitario» parte de la idea de una sola redacción seguida, realizada después de 404. Aunque su primer representante es K. W. Krüger [73], en nuestro siglo, inicia esta corriente con gran energía Patzer [74] basado sobre todo en la frecuencia de datos tardíos a través de toda la obra. Se afirma también en la idea de una redacción posterior a 404 John H. Finley [75]. Si la discusión ha perdido su vigor, no deja de ser un tema de cierto interés. Los lectores de Tucídides no podrán evitar el plantearse esta cuestión y adquirir una posición personal sobre ella.

Como no es posible, ni tiene interés, insistir en este tema, hacemos a continuación algunas reflexiones que expresan nuestro punto de vista. Tucídides afirma que la duración de la guerra fue de veintisiete años (V 26, 3-4) y distingue con precisión los tres períodos: *ho prôtos pólemos,* que duró diez años, la tregua, que duró seis años y diez meses, y la guerra que siguió a la tregua. Considera que la tregua fue ficticia pero no agrega su tiempo de vi-

---

[72] *Das Geschichtsschreibung des Thukydides,* Berlín, 1929; 2.ª edic., Zurich, 1971.

[73] *Untersuchungen über das Leben des Thukydides,* Berlín, 1832.

[74] *Das Problem des Geschichtsschreibung des Thukydides und die thukydideische Frage,* Berlín, 1937.

[75] «The unity of Thucydides' history», *H.S.C.Ph.,* Supl., Vol. I, 1949, págs. 255-97, y también en su libro *Thucydides,* 1942, Cambridge, Mass.

gencia a «la primera guerra» cuya duración queda siempre establecida. La descripción de «la primera guerra» [76], es decir, la Guerra Arquidámica, es independiente en la obra. En cambio, Tucídides reúne en un conjunto lo sucedido después de esta guerra y relata de forma seguida «las desavenencias durante la tregua, la ruptura de esta tregua y la guerra que siguió» (V 26, 6). Parece claro que en la mente de Tucídides la Guerra Arquidámica se impuso como realidad propia e independiente. Diríamos que escribir esas hostilidades fue su intención inicial en I 1, 1, que consideró terminada en V 25. La nueva situación planteada tras la ruptura de la tregua le impulsó a continuar su trabajo. Las palabras inicial y última de V 26, ambas con Tucídides como sujeto, enmarcan un párrafo en el que, desde su comienzo, está expresa la decisión de seguir adelante con su obra. A nadie, excepto al propio Tucídides, se le hubiera podido ocurrir la idea de introducir ahí ese párrafo como un dique separador de la «primera guerra» y el resto. Una reflexión cuidadosa sobre estos datos nos hace excluir la posibilidad de que el autor escribiera la Guerra Arquidámica después de 404.

Los discursos

La inclusión de discursos en la obra de Tucídides no representa una innovación literaria, sino que forma parte del desarrollo de la tradición histórica. Se encuentran los discursos bien representados en Homero y alcanzan un elevado nivel estructural y literario en Heródoto. En resumen, explicar la inclusión de discursos en la *Historia* de

[76] Cf., para esta denominación, TUC., V 24, 2, y V 26, 3.

Tucídides no es cuestión que merezca un tratamiento especial. Tucídides no siente necesidad de explicar ni de justificar la introducción de discursos en la obra histórica. Él sólo se expresa respecto al contenido de los que incluye en su *Historia*. En todo caso, esta cuestión no mereció por parte de Tucídides la crítica que en otros puntos dirige a sus predecesores, sino que él aceptó la tradición y la aprovechó además para hacer de sus discursos la parte más característica de su obra.

Quizá lo más admirable de este apartado, en el orden del pensamiento, es haber conseguido transmitir, como si formaran casi un *corpus* propio, las inquietudes y los problemas políticos que sustentaban ideológicamente las posiciones mantenidas por uno y otro bando y también, por otra parte, las diferencias radicales que existían dentro de la política ateniense. Es importante considerar que, incluso en el caso de decisiones tan importantes como el castigo de Mitilene o la aprobación de la expedición a Sicilia, el autor concede menos espacio a la presentación del tema y a la importancia de la propuesta que el que ocupa su fundamentación teórica con la que es congruente la exposición que hace el orador. Precisamente uno de ellos, Cleón, se queja [77] de que los debates en la Asamblea estén establecidos de manera que el hábil o capaz para hablar pueda llevar acabo su exposición de tal manera que, en virtud

[77] Tuc., III 38: «Los responsables sois vosotros [la Asamblea] que habéis establecido desacertadamente estos certámenes, vosotros que habéis adquirido la costumbre de convertiros en espectadores de los discursos y en oyentes de los hechos; que sabéis considerar factibles acciones futuras juzgándolas por lo que dicen los que son hábiles para hablar, y que dais menos crédito a los hechos que habéis visto con vuestros ojos que a lo que acerca de ellos oís a los que son considerados buenos oradores».

de su elocuencia, el tema central pierda su posición oscurecido por una bella exposición.

Selección entre los discursos pronunciados

Interesa señalar que Tucídides ha podido haber enfocado la relación de los discursos con los temas generales y ha podido haber intensificado por medios literarios el efecto de las afirmaciones en ellos contenidas para alcanzar ese elevado nivel de pensamiento elaborado que es característico de los mismos. No creemos que ninguno de los discursos que figuran en la obra haya dejado de ser pronunciado por la persona y en el lugar indicados por Tucídides, aunque durante la guerra se producirían otros muchos discursos que no recogió en su obra. No tenemos duda de que Tucídides hizo decir a cada uno de sus oradores lo que realmente dijo. Siguiendo esta línea no sería prudente atribuir a Tucídides (aportándolos como elemento de juicio sobre su personalidad y su pensamiento) ninguna de las ideas y conceptos que aparecen en los discursos. No entra en cuestión el negar o afirmar que alguna de esas ideas pueda ser del autor. Lo que no admitimos es la posibilidad de atribuírsela como insertada por él en el discurso porque carecemos de la base suficiente para atribuirle lo que quizá fue sólo en realidad una afirmación del orador que pronunció el discurso. Seguimos a S. Hornblower que repite más de una vez esta idea y cuya frase más explícita reproducimos [78].

---

[78] *Op. cit.*, pág. 72: «Si Tucídides reflejó lo que se había dicho, inventó los discursos o los arregló, los sentimientos contenidos en esos discursos nunca pueden ser usados como prueba de sus propias opiniones.

No hay duda de que precisamente en los discursos se debaten puntos centrales del pensamiento político tanto de política interior como exterior. Casi todos ellos están asignados a las personas concretas que los pronunciaron, lo que no autoriza a atribuir sus contenidos a la libertad creativa del autor. Están incluidos como parte integrante de la descripción histórica. Las personas que figuran como oradores en la obra de Tucídides no son, en modo alguno, comparables a los que intervienen en los diálogos de Platón. En la obra de Tucídides habría sido escandaloso cualquier anacronismo, en tanto que Platón reúne en un mismo diálogo a personas de distinta edad, en lugares en que nunca pudieron encontrarse y en fechas deducibles en las que algunos de ellos no estaban vivos. Nada de esto llama la atención en Platón, porque sus diálogos son obras literarias en las que el autor tiene libertad para disponer las cosas a su gusto. Los oradores cuyos discursos introduce Tucídides debieron pronunciarlos necesariamente en las ocasiones que el autor señala. No parece que se pueda admitir, y en todo caso sería indemostrable, que Tucídides hiciera intervenir como orador a alguien que realmente no hubiera pronunciado el discurso que le atribuye.

Como hemos dicho, durante la guerra se pronunciarían muchos más discursos de los que Tucídides recoge. Tenemos que pensar que sólo una parte muy pequeña de ellos pasó la última criba de la selección. Es incluso probable que la inclusión o exclusión de algunos discursos haya sido motivo de larga vacilación y no es rechazable la suposición de que algunos ya elaborados fueran finalmente excluidos.

Tampoco una identificación acertada de influencias intelectuales en sus oradores nos indica que él las aprobara, sino simplemente que estaba dispuesto a dar curso a la idea, al uso o a la actitud en cuestión».

La libertad de Tucídides en esta cuestión fue casi absoluta. Las dos limitaciones más evidentes resultan, por una parte, del sistema cronológico que él se impuso, que obligaba a que cada discurso ocupara un lugar fijo determinado por la secuencia de la narración y, por otra parte, del carácter del autor que no habría incluido un discurso que repitiera una exposición de ideas ya tratadas en otro anterior. Sin duda, un gran mérito de Tucídides ha sido el de la selección pues, gracias a ella, ha podido dar entrada a un variado conjunto de ideas políticas. Es presumible que recogiera de modo inmediato aquel discurso que aportara una posición política nueva con los argumentos necesarios para defenderla. Es casi seguro que el *corpus* coherente de ideas políticas que se ofrece en los discursos sea sobre todo el resultado de la inteligente selección realizada por el autor de la obra sobre las ideas y puntos de vista defendidos realmente por los políticos a quienes se atribuyen.

El «Programa»

En I 22 nos informa Tucídides del método que ha seguido para llevar a cabo su obra. Este capítulo ha recibido el nombre de *Programa* y ha sido y sigue siendo objeto de inevitables análisis en todos los estudios que tratan de Tucídides de una manera general [79]. La intención de dichos análisis no era la de deducir un sentido exacto que fuera aceptado por todos, lo que parecía difícil, sino penetrar en este texto y familiarizarse con su contenido. El comienzo del famoso capítulo en cuestión está dedicado a los discursos. En él indica Tucídides la dificultad para retener «la exactitud misma de lo que se dijo» (*tèn akríbeian*

---

[79] Una obra dedicada plenamente a este fin es la de A. GROSSKINSKY, *Das Programm des Thukydides,* Berlín, 1936.

autèn tôn lechthéntōn). Ciertamente no es éste el lugar para tratar debidamente esta cuestión, pero tampoco es posible dejar de exponer aquí la opinión propia y ofrecer una traducción, en nuestra opinión, satisfactoria. Es imprescindible oponer la frase recién citada a la que aparece unas líneas después: *echoménoi hóti eggýtata tês xympásēs gnómēs tôn alethôs lechthéntōn,* «ajustándome lo más posible al sentido general de lo realmente dicho». Se deduce de esta última frase que Tucídides poseía para cada discurso «el sentido general de lo dicho», luego la primera de las dos frases que hemos opuesto no se refiere al sentido, a diferencia de la segunda, en la que esta noción está introducida expresamente (*gnómēs*). De aquí resulta que la primera de las frases no puede tener otra traducción que la de «las expresiones exactas que se dijeron». Es decir, que la primera aparición de *tôn lechthéntōn* está referida sólo al orden de los significantes y no al de los significados.

El punto central para la comprensión de esta frase está en el valor que hay que dar a *tà déonta* [80]. Este sintagma ha sido, y puede seguir siendo, el causante de todas las diferencias de interpretación de esta frase del *Programa* de Tucídides, cuyo significado exacto puede dejar despejadas las nieblas que lo han venido privando de claridad. Hay que admitir que la frase estaba clara para Tucídides. Si él hubiera encontrado alguna contradicción o ambigüedad la habría evitado. Se trataba precisamente de una de las frases más importantes de toda su obra. Tampoco parece que fuera escrita al comienzo de la redacción sino que da la impresión de ser una frase ya definitiva (*eíretai*) escrita en un momento avanzado de la redacción. Insistimos

[80] Sobre esta cuestión, cf. S. Hornblower, *op. cit.*, pág. 46 y sigs., y también sus comentarios sobre el uso en la retórica de *tà déonta* y el empleo que de ella hacen Gorgias e Isócrates.

en nuestra opinión de que para Tucídides, y durante la Antigüedad, la comprensión de la frase no ofrecía dificultad alguna; sobre esta realidad no debería haber discusión. Partiendo, pues, de este hecho habría que buscar una interpretación que no ofrezca contradicción interna y responda al texto griego transmitido, sobre cuya autenticidad tampoco debe haber duda.

En nuestra opinión todo el párrafo I 22, 1, está dedicado a justificar el empleo de palabras y expresiones (siempre del plano de los significantes) cuya exactitud *le* era difícil recordar, pero no se refiere al significado general que, sin duda, Tucídides tenía recogido con las máximas garantías como manifiesta en la frase: *tôn alēthôs lechthéntōn*. Insistimos en nuestra afirmación anterior de que «el punto central es el valor de *tà déonta*». Si mantenemos *tà déonta* entre los significantes, como parece obligado, la frase resulta clara, pues ese sintagma significaría «las palabras adecuadas», «las palabras apropiadas», o «las expresiones adecuadas o apropiadas». Todo el problema en la interpretación de este párrafo ha surgido por haber incluido *tà déonta* en el plano de los significados donde naturalmente había de entrar en colisión con *tês xympásēs gnómēs*. Si se lee con cuidado el texto griego se comprobará que, a excepción de la frase participial, todo él se refiere a significantes. Tucídides no pudo decir que él no se acordaba del «sentido» de los discursos que él escuchó y no se merece que nosotros le asignemos tal incapacidad, pero es completamente natural que ni él ni sus informantes recordaran las palabras o expresiones exactas, literales, usadas en cada ocasión. Nuestra interpretación es la siguiente:

Respecto a lo que cada uno expresó de palabra cuando iban a entrar en guerra o cuando ya estaban en ella, era difícil para

mí recordar las expresiones exactas que fueron dichas y que yo escuché; también lo era para los que desde cualquier parte me dieron información. Lo he escrito según creí yo que cada uno habría usado en cada ocasión más precisamente las expresiones adecuadas aunque ajustándome al máximo al sentido general de lo que realmente fue dicho [81].

Dialecto y amplitud de los discursos

Todos los discursos incluidos en la obra de Tucídides están en dialecto ático, dialecto cuya utilización en la historiografía griega inicia Tucídides, aunque muchos de los oradores a quienes se asignan tales discursos no los pronunciaran en ático [82] y estos últimos sean proporcionalmente una parte muy considerable. No es imaginable, ni entonces ni ahora, que un autor que ha elegido una lengua para dirigirse a un público utilice en su obra las lenguas de los personajes que ella incluye, como si en vez de una obra literaria recogiera textos originales.

Es cierto que los discursos que figuran en la obra son considerablemente breves [83] y que quizá hay que admitir una nivelación por parte de Tucídides [84]. De todos modos,

---

[81] Dado el carácter de esta Colección dirigida a no especialistas, debemos finalizar aquí, aunque el texto griego permite una explicación mucho más amplia.

[82] A uno de ellos, Brásidas, que debía dirigirse a gentes no dorias, Tucídides lo elogia con la expresión en lítote «no malo para hablar siendo lacedemonio», TUC., IV 84, 2.

[83] Cf. SCHWARTZ, *Das Geschichtswerk des Thukydides*, pág. 25 y sigs.

[84] No se puede admitir una comparación entre la magnitud de los «discursos» en la obra de Tucídides con la de los discursos de Demóstenes, p. ej. Sería monstruoso que un historiador interrumpiera su descripción para introducir «íntegros» discursos que arruinarían la eficacia de su obra.

no cabría en los conceptos de la época que Arquídamo hubiera pronunciado un largo discurso de la extensión de los de Demóstenes. Los oradores de Tucídides no son profesionales, aunque los atenienses, como Pericles, Cleón o Alcibíades, por su práctica constante, llegaran a adquirir gran maestría. Tampoco los lugares ni las circunstancias permiten la misma extensión; una arenga no puede ser muy larga, pero el discurso de Diódoto en III 42-48 no podía ser breve. En cualquier caso, el equilibrio interno de la obra, la proporción entre parte narrativa y discursos y la magnitud comparada de estos entre sí son competencia del autor. Tenía que concebir su obra con arreglo a su concepto de la historia y del inevitable componente literario. También tenía que responder a las exigencias de su época y a sus propias posibilidades de adquirir la información. Es ingenuo reducir todo a que Tucídides compendió, lo que se puede dar por seguro, o amplificó la información que poseía.

Ciertamente en la selección de los discursos puede haber mucha subjetividad e incluso prejuicio. Parece evidente la prevención de Tucídides hacia Cleón [85]. Quizá correspondía a la destacada situación política de este personaje mayor proporción en los discursos, pero en III 37-40 Tucídides pone en su boca una gran pieza oratoria, aunque

[85] La opinión que tenemos de Cleón no procede sólo de Tucídides. Sin duda, Aristófanes ha ejercido mayor influencia y lo ha caracterizado con tintes indelebles. Parece que Cleón intervino de modo activo en la condena de Tucídides después de Anfípolis. Hay que pensar que sin esa circunstancia, ciertamente grave, la persona y la actividad política de Cleón tenían que repugnar al carácter de nuestro autor. No obstante, la objetividad que generalmente concedemos a Tucídides se resiente cuando leemos los párrafos IV 28, 5, y V 7, referidos a Cleón.

antes de empezar lo ha calificado como «el más violento de los ciudadanos».

El problema de la caracterización de los oradores es algo más complejo [86] porque supone que no es el orador el que se manifiesta, sino que es el autor el que deja que se vean rasgos específicos de su personalidad. Apuntamos tres posibilidades: 1.ª) el discurso escrito reproduce fielmente las frases del orador. En este caso no hay caracterización literaria, el orador está caracterizado por su propia actuación; 2.ª) el autor conserva algunas frases que el orador pronunció realmente. También es poco apropiado hablar de caracterización literaria puesto que el discurso conserva expresiones que son propias del orador y lo caracterizan por sí mismo; 3.ª) el autor caracteriza literariamente al orador con rasgos que deben suponérsele y que es de dominio público que le son propios. No es imaginable que Tucídides caracterizara en un discurso a un personaje real con rasgos que no le correspondieran. Lo más normal es que las tres diferencias expuestas alternen o se mezclen. Lo cierto es que los oradores de la obra de Tucídides suelen ofrecer rasgos individuales: Cleón en III 37 y Alcibíades en VI 16 están caracterizados a lo largo de sus discursos y lo están tan bien que es inevitable suponer una autocaracterización sin duda involuntaria.

La disposición de los discursos en parejas, expresando cada uno de ellos puntos de vista contrapuestos ha sido siempre considerada como una influencia de la sofística. No hay duda de que esa era la norma habitual, como lo demuestra la parodia de Aristófanes en las *Nubes*. Esta disposición antitética era en todo caso una tradición litera-

---

[86] F. M. CORNFORD niega terminantemente esa caracterización en su *Thucydides Mythistoricus*, Londres, 1907, pág. 146 y sigs.

ria griega, pero los sofistas hicieron de ella uno de sus rasgos característicos. Es innegable que esa influencia se reconoce en Tucídides, pero esta disposición se da ya en Homero y en Heródoto de forma frecuente. Tenemos que ver en Tucídides la fusión de la corriente literaria que viene ya desde Homero reforzada con las directrices de la sofística y de la retórica.

La «dificultad» de los discursos

La dificultad para una comprensión cabal que atribuimos a los discursos puede ofrecerse como un testimonio del posicionamiento que a veces inconscientemente tomamos para la recepción de los hechos de otras épocas. Es evidente que todo el texto de Tucídides no ha sido objeto de la misma elaboración y que en determinadas partes, en general en los discursos, el autor ha buscado formas de expresarse que requerían un mayor esfuerzo de redacción y también de comprensión. Esta observación es objetiva y fácilmente demostrable. No es admisible, sin embargo, llegar a afirmar que los discursos «estarían destinados a ser leídos, porque sería muy difícil entenderlos al sólo oírlos». Parece como si este punto de vista procediera de una interpretación abusiva de la conocida frase de Tucídides sobre su obra [87]. No hay que deducir de ella que Tucídides renunciara a una *epídeixis* (lectura pública) sino que esa eventualidad no se había tenido en cuenta al escribir la obra. Pero dejando de lado esta mínima circunstancia, nadie se atrevería a fijar el grado de lo que es comprensible

[87] Tuc., I 22, 4: «Quizá la ausencia de narraciones fabulosas la haga aparecer poco agradable para una audición pública... Está concebida como una posesión para siempre más que para ser oída circunstancialmente como pieza para un certamen».

e incomprensible entre los discursos de Tucídides y largos trozos de lírica coral o de algunos coros trágicos, como los de Esquilo. Sin embargo, es seguro que la mayor parte de la gente que oyó a Píndaro no dispuso de texto antes de que Píndaro cantara en público sus odas ni tampoco lo tendría después. Más grave sería aún en el caso de los actores que representaban a Esquilo que tendrían en el teatro un público previsiblemente menos cultivado que el que acudía a los juegos. Es impensable que líricos y trágicos escribieran partes de sus obras en la idea de que el público oyente no llegaría a entenderlas.

De todos modos, como se indicaba en el párrafo anterior, los modernos tenemos dificultades para comprender lo que los antiguos podían captar por el oído. No conocemos con precisión la velocidad de las diferentes formas de elocución en el siglo v, pero, sobre todo, no nos podemos imaginar la capacidad de retención acústica habitual en los hombres de esa época. Partamos del conocido hecho de que en el siglo v a. C. y muchos siglos después el verbo leer tenía un significado muy distinto del que tiene hoy para nosotros. «Leer» era someter a un proceso de manifestación oral lo que estaba escrito ante un auditorio acostumbrado a tales lecturas, un público ávido y atento, capaz de entender lo que se leía o declamaba.

El oído única vía de recepción

Todo discurso o texto escritos, si estaban destinados a ser comunicados tenían necesariamente que ser «leídos», es decir, vocalizados, bien por otra persona, bien por el que debía recibir la comunicación. Cuando de los discursos de Tucídides se dice que «están escritos para ser leídos, no pronunciados», quizá haya que interpretar que se afir-

ma que no son asequibles en la vocalización que otro hace de ellos, al menos en una primera vocalización, que necesariamente debe oralizarlos la persona que quiere entenderlos y también probablemente que tiene que hacer esta operación más de una vez. Sabemos que nuestro actual sistema de lectura permite una fragmentación ilimitada del texto escrito pero desconocemos el grado de fragmentación que en la Antigüedad permitían los textos «leídos». No debemos olvidar que la escritura era continua, sin separación de palabras, que no había acentos, signos de puntuación, ni diacríticos, que no se anotaba la repetición de los signos, es decir, si una palabra terminaba con una letra y la siguiente comenzaba con la misma, esta letra se escribía una sola vez, etc. No hay duda de que los «lectores» dominaban todas estas supuestas dificultades, pero al ser menos frecuente y más incómodo «leer» que escuchar, es decir, recibir por el oído la vocalización de un texto realizada por otra persona, tampoco debe haber duda de que tendrían también una elevada capacidad para comprender un discurso «escuchado».

Al ser el oído el único medio de recepción de cualquier mensaje era imprescindible que el autor se sometiera no sólo a las exigencias estéticas impuestas por la lengua en cuanto a ritmo y cantidad, sino, sobre todo, a los hábitos retóricos de la época. No tener en cuenta esto último era condenarse de antemano a ser reprobado y a pasar inadvertido como escritor. De hecho en los tiempos de Tucídides esta exigencia no era precisamente menor que lo fue durante algunos siglos posteriores, en Grecia y en Roma. El hecho de que los discursos de Tucídides no hubieran podido ser entendidos en una primera «lectura», al menos ante un grupo reducido como el de un *sympósion,* significaría que el autor renunciaba a que el público, incluso un

público limitado, entrara en contacto con su obra. Creemos más bien que fue el contenido de la obra de Tucídides el que perdió muy pronto su interés. Las circunstancias históricas redujeron a la nada la motivación para el conocimiento del contenido de su obra. Los hechos relatados en la obra de Tucídides se convirtieron en muy poco tiempo en sucesos de escaso interés referidos ya al pasado. Antes de haber transcurrido treinta años desde que la obra llegara al conocimiento del público, uno de los contendientes, Esparta, dejaba de ser para siempre primera potencia militar en Grecia. Pocos años más tarde, la política expansionista de Filipo inquietaba más a los griegos que todo lo acontecido en el relato de Tucídides. Las campañas de Alejandro y sus consecuencias creaban un amplísimo hiato con el pasado. En cambio, el valor literario de la obra de Tucídides venció todos los avatares de los tiempos.

Sistema de fijación del tiempo

La preocupación de Tucídides por fijar con fidelidad el tiempo en que se desarrollaron los acontecimientos cobra evidencia a través de la lectura de su obra. Pero no se trata de una preocupación destinada a evitar distracciones o faltas de puntualización en los momentos adecuados. Lo que busca es hallar los medios que le permitan señalar períodos de tiempo limitados que encuadren las acciones descritas [88]. En I 97, 2, expresa su disconformidad por la imprecisión en la fijación del tiempo que aparece en la *Atthís* de Helánico de Mitilene [89]. Pero donde insiste en expli-

[88] Para mayor información, cf. A. W. Gomme..., *op. cit.*, I 2-8 y III 699-715.

[89] Esta referencia es importante porque es el único nombre citado por Tucídides entre sus predecesores y coetáneos. También tiene interés

car su método de datación es en V 20, 2-3. Desestima el procedimiento de identificar los años con el nombre de los magistrados en razón de que la duración de sus cargos solía ser anual y los hechos referidos podían suceder en cualquier tiempo de su magistratura. Además, la fecha de entrada en ejercicio difería de una ciudad a otra [90]. Por tanto prefiere y adopta una división fundada en lo que nosotros llamamos años solares y que él indica con la expresión *katà chrónous* [91]. Así como la división por meses estaba ya naturalmente establecida por las fases de la luna, la fijación de un año solar ajustado no ha sido, como sabemos, tan fácil para los seres humanos [92]. Aunque los

---

el hecho de que el propio Tucídides nos haya informado de que conoció la narración histórica de este autor sobre el Ática. No entramos en la fecha de publicación de esta obra porque nos implicaría en otras cuestiones al margen del propósito obligadamente limitado de esta Introducción.

[90] No debe ser citado como contrario a su propia tesis el uso de nombres de magistrados que Tucídides hace en II 2, 1. Era necesario fijar un punto de partida para poder contar a partir de él los años de duración de la guerra. Aun así, Tucídides no deja de consignar otros datos para precisar la época del año en que comenzó la guerra: «la paz para treinta años establecida tras la toma de Eubea duró catorce años», «seis meses después de la batalla de Potidea». No se limita a decir que Pitodoro era el arconte epónimo, sino que añade que aún le quedaban «dos meses de ejercicio». Ya, como en cualquier otra ocasión en que precisa una fecha, añade la expresión que después, junto con otras semejantes, va a ser habitual en su obra: «al comienzo de la primavera». Cuando ya ha quedado establecida la fecha del comienzo de la guerra con la referencia a los magistrados que cita, no necesita volver a usar este procedimiento. No es necesario aclarar que en este párrafo es tan importante para Tucídides fijar una fecha para, a partir de ella, hacer uso de su sistema de cómputo como señalar la fecha real del comienzo de la guerra lo que necesariamente se produce como consecuencia.

[91] TUC., V 20, 2.

[92] Baste sólo recordar que en la Revolución Rusa de 1917 el asalto al Palacio de Invierno se produjo el día 25 de octubre, según el calenda-

cálculos de los astrónomos habían establecido la equivalencia bastante ajustada de diecinueve años solares con 235 meses [93] esta averiguación no tuvo entonces ni después ninguna aplicación real. Además del uso efectivo que Tucídides hace de su división del año en dos partes, *katà thérē kaì cheimônas,* insiste mucho en recordar que es ese su sistema. En I 1, 1, es decir, en las primeras palabras de su obra [94] aparece ya la expresión «por veranos e inviernos». Hay que tener en cuenta que la explicación completa no aparece hasta V 20, pero en V 26, 1, insiste en que ha utilizado ese sistema usando una frase casi idéntica a la empleada en I 1, 1 [95]. Lo que dice en I 92, 2, no se refiere para nada al sistema de fijación del tiempo, sino que indica sólo que él no está de acuerdo con los tiempos que señala Helánico. Puede ser que parte de lo que Tucídides dice en V 20 esté referido indirectamente a Helánico [96]. Para terminar, conviene dejar claro que citar estaciones del año sin someterlas a un sistema no es establecer una cronología histórica, tales citas no pueden tener más que un valor descriptivo. En Tucídides la indicación de vera-

---

rio ruso entonces vigente, es decir, el juliano. (Rusia, como país ortodoxo, no adoptó el gregoriano en 1582). Introducido el calendario gregoriano, la revolución indicada sigue siendo para los soviéticos la *Revolución de Octubre (Oktiabr'skaia Revoliutsia),* pero la conmemoración de dicho asalto se celebra el día 7 de noviembre.

[93] Cf. A. W. Gomme..., *op. cit.,* I 5.

[94] No obstante, pienso que la frase *gégraptai...* es tardía pero, sin duda alguna, del propio Tucídides.

[95] Aunque no tiene relación con su sistema de fijación del tiempo es interesante la información que nos da Tucídides en II 28 de que el eclipse de sol parece sólo posible en la fase de luna nueva. Lo que él no podía suponer es que al informar sobre la existencia de ese eclipse nos estaba dando una fecha absolutamente segura.

[96] Cf. Hans Gärtner, *Der kleine Pauly,* II, col. 1005.

nos e inviernos se refiere a años que han sido ya fijados a partir de una fecha determinada en II 2, 1, son por tanto sólo cronología. Es cierto que antes de la época de Tucídides y también durante su vida, como lo vemos en Helánico, los logógrafos habían sentido la necesidad de expresar que los hechos narrados hubieran sucedido en un tiempo determinado. Es posible que el sistema adoptado por Tucídides añadiera poco a un proceso en evolución, pero no lo podemos saber. Como su sistema cronológico es satisfactorio, es él quien lo razona debidamente y no tenemos datos sobre otro que lo hubiera podido introducir, a él se lo debemos asignar. La adhesión que Tucídides expresa hacia él hace pensar que sin duda es suyo.

Tucídides tuvo que pagar un precio por sujetarse a su propio sistema de fijación cronológica. El cuadro en el que se inscribe su narración es el tiempo. Si un hecho dura más de un verano o un invierno él se encuentra obligado a fragmentarlo para poder incluirlo en el momento adecuado. En la narración de Tucídides las unidades cronológicas tienen tanta importancia como las unidades temáticas, al menos en la forma externa de la obra.

La independencia intelectual de Tucídides

La opinión que hemos mantenido repetidamente de que no se deben considerar como base para conocer el pensamiento de Tucídides las ideas expresadas por los oradores en los discursos no debe ser entendida en el sentido de que dichas manifestaciones no sean utilizables. Ni siquiera se puede negar la posibilidad de que algunas de ellas puedan haber sido puestas por el historiador en boca de los oradores cuyos discursos seleccionó para su obra por considerarlas congruentes con las ideas realmente expuestas.

Lo que no admitimos es que se puedan configurar las ideas propias y la personalidad cultural de nuestro autor basándose en expresiones extraídas de los discursos, ni siquiera en una sola idea por muy repetida que se encuentre en ellos. No es posible aportar una razón científica en que pudiera apoyarse la utilización de los conceptos contenidos en los discursos para considerarlos como ideas propias del autor, atribución que desafortunadamente ha sido utilizada con tanta frecuencia [97]. Además, es evidente que en los discursos unos oradores expresan ideas que se oponen a las de otros y no podemos atribuir a Tucídides aquellas que en cada ocasión nosotros preferiríamos asignarle.

Pensamos que al abandonar de modo definitivo la costumbre de juzgar a Tucídides preferentemente por las ideas contenidas en los discursos de su obra terminará ganando en primer lugar él mismo como autor, y además nuestro conocimiento sobre su obra y sobre el conjunto de las ideas dominantes en Atenas durante el período de la guerra. Creemos que bajo este último epígrafe, el de las ideas durante la guerra, podría ofrecerse un *corpus* rico, mucho más manejable y analizable. En efecto, el atribuir en principio a Tucídides algunas de las ideas contenidas en los discursos predetermina una personalidad que, una vez creada, se enfrenta con otras ideas contradictorias a aquellas que se han tomado como base, impidiendo con ello un mejor conocimiento del autor. En cambio, si no se atribuyen al autor dichos conceptos se hace posible un análisis más real de las ideas contenidas en los discursos, al quedar éstas exentas y recobrar entidad propia, libres ya de la dependencia del alto prestigio del autor de la obra.

---

[97] Insistimos en que con estas palabras hacemos propia la opinión de Hornblower anteriormente citada.

Sin embargo, aunque no se atribuyan a Tucídides, es inevitable plantearse la relación del autor con las ideas contenidas en los discursos de su obra. La primera y la más obvia es la del profundo conocimiento que Tucídides poseía de todas las opiniones que constituían el marco ideológico de la sociedad ateniense. Sin ese conocimiento no habría podido expresar conceptos que emergían por primera vez en la historia. Largos años de preparación intelectual, que subyacen como sedimento y se manifiestan claramente en cualquiera de las afirmaciones de nuestro autor, han creado su conciencia individual de receptor e intérprete. Creemos que es de aquí, más que de las particularidades del carácter del autor, de donde proviene el que cada una de sus manifestaciones en la parte narrativa nos dé la impresión de que se trata de algo definitivo y no cuestionable.

Precisamente por esa riqueza de ideas que llena su obra es por lo que Tucídides no es sólo objeto de interés de los estudiosos de la Historia y también de los de la Literatura sino que ocupa un puesto en los tratados de Historia de la Filosofía [98]. Hemos dicho al tratar de los discursos que sólo unos pocos de los pronunciados fueron elegidos por el autor. Sería imposible imaginar que una persona como Tucídides, que por su constante actividad intelectual habría de tener muy formadas sus ideas, no tuviera preferencias determinadas. Tampoco es imaginable que quien conocía tan bien los modos de la sofística y las normas de la retórica no hiciera uso de lo que él poseía y era la moda intelectual de su época. Pero eso no nos permite llamar a nuestro autor «calificado representante» de la sofística. Con toda la consideración que merece este movimien-

---

[98] Cf. Guthrie, *op. cit.*, III, págs. 85 y sigs.

to intelectual y teniendo en cuenta que la aplicación práctica de algunas de sus ideas dominantes no aparecen en ninguna parte mejor que en la obra de Tucídides, resulta muy difícil ver en nuestro autor un «hijo» o un «representante» de la sofística [99]. No es posible imaginar en su época una personalidad intelectual como la de Tucídides sin admitir que en su formación hayan influido profundamente las ideas aportadas por la indicada corriente de pensamiento. Pero la identificación de conocimiento y ética, aunque socrática en su exposición y difusión, era, sin duda, la situación de vivencia ideológica que afectaba, en mayor o menor medida, a todos los pensadores. Nos atrevemos a pensar que Tucídides fue de los afectados en menor medida.

Abundando en las razones que venimos exponiendo e insistiendo en nuestra creencia de que Tucídides es una personalidad de muy alta calificación intelectual y cultural, pero independiente no sólo de adscripciones a escuelas, sino además libre de influencias determinantes que se hayan introducido en la redacción de su obra, nos abstenemos aquí de discutir ninguna de las que se le han atribuido sucesivamente.

Como persona especialmente dotada, a lo que él añadía su curiosidad personal y el interés por conocer los movimientos intelectuales y los progresos que se realizaban en

[99] Creemos, sin embargo, que no responde enteramente a la realidad la afirmación de IMMERWAHR en su artículo sobre Tucídides en *The Cambridge History of Classical Literature,* I, pág. 445, de que Tucídides es «the child of the sophistic movement in both its philosophical and its rethorical branches, and because of the nearly total loss of the works of the sophists he is in a sense its major surviving representative». Este juicio es del propio Immerwahr, pues en la referencia a Guthrie, *op. cit.*, pág. 84, no se halla esa frase sino el tratamiento que Guthrie hace de nuestro autor.

diferentes ámbitos del conocimiento, tenemos que suponerle suficientemente informado acerca de estos saberes. Pero hablamos de su conocimiento equilibrado sobre ellos sin que se pueda citar alguno que se destaque como influencia específica o al menos predominante en la composición de su obra. No debiera extrañarnos el que sintiera especial interés por la medicina, a cuyos primeros pasos como ciencia experimental acompañaban los presupuestos teóricos correspondientes, que siguen siendo válidos para estas ciencias. No obstante, pensamos que ni la medicina ni ningún otro saber o influencia haya tenido en la obra de Tucídides un peso comparable al de cualquiera de los temas de reflexión propios de la historia, con la posible excepción de su observancia de las normas retóricas entonces vigentes o que, en parte, él mismo estaba ayudando a crear [100].

---

[100] Damos una muy sucinta referencia acerca de posibles influencias observadas en la obra de Tucídides por los eruditos modernos y de las resistencias a su aceptación. Aparte de la sofística, con el obligado acompañamiento de la retórica, los estudiosos han llamado la atención sobre dos influencias aparentemente manifiestas en Tucídides: la tragedia y la medicina. La cuestión del posible influjo de Esquilo sobre nuestro autor fue introducida en los temas tucidídeos por CORNFORD con su *Thucydides Mythistoricus*, 1907. HORNBLOWER, *op. cit.*, pág. 110, contrasta las opiniones contrapuestas tanto en la influencia de la tragedia como en la de la medicina. MACLEOD, «Thucydides and Tragedie», *Collected Essays*, Oxford, 1983, llega a la siguiente conclusión: «Dudo sobre si la tragedia debe ser citada entre las influencias literarias en Tucídides». Quizá tuvo mayor repercusión la supuesta relación de la medicina con la obra de nuestro autor. El tema fue introducido en 1929 por C. COCHRANE, *Thucydides and the Science of History*. También esta posición ha sido discutida seriamente desde hace casi ya un cuarto de siglo. A. PARRY, «The language of Thucydides' description of the great plague at Athens», *BICS* XVI (1969), 106 ss., niega el carácter médico de esta descripción por los objetivos y por la metodología. Sobre todo, HOLLADAY y POOLE (ver nota

Opiniones atribuibles al autor

En el capítulo referente a la redacción de la obra hemos fijado la atención en los problemas referentes al proceso de elaboración y a las incidencias que en él pudieron influir. Hemos considerado los hechos narrados u otros cualesquiera en tanto que hubieran podido influir en el desarrollo de la redacción misma. No hemos tenido en cuenta el punto de vista atribuible al autor en la narración de estos hechos. Igualmente, en el capítulo referente a los discursos, hemos hecho siempre la indicación de que las opiniones que en ellas aparecen no pueden ser nunca una prueba para afirmar que son éstas las que debiera sustentar Tucídides. Por tanto llamamos opiniones del autor sólo a las que él directamente expresa o a las que podemos deducir de trozos donde Tucídides no las ponga en boca de otro. Ya Gomme [101] advirtió el espacio concedido a ciertos hechos de «poco efecto para el resultado de la guerra como el juicio de los plateos, la revolución de Corcira, la expedición a Melos y la destrucción de Micaleso». De estas referencias, dos han revestido en la obra la forma de discurso, otra la estructura de diálogo; queda el relato estrictamente narrativo de la revolución en Corcira que es la mayor concentración de opiniones de autor, aunque en el aspecto político sea más rico, en general, el libro VIII. Es imposible analizar aquí todas las afirmaciones que Tucídides expone [102]. Nos limitamos al párrafo III 81. Las des-

bibliográfica) repiten con insistencia su desacuerdo con esta influencia y afirman que las ideas de Tucídides sobre la peste «no deben nada al pensamiento médico de su época».

[101] *Op. cit.*, I 90.

[102] Tuc., III 69-85.

cripciones, que son puramente narrativas, forman un conjunto de opiniones del autor:

Dieron orden a los mesenios procedentes de Naupacto de que entraran en la ciudad y en el trayecto mataron a los enemigos [era una guerra civil] que encontraron». «Hicieron descender de las naves a todos los que ellos mismos habían convencido de que embarcaran en ellas y los mataron...» «Invitaron a que se presentaran voluntariamente a juicio cincuenta suplicantes [acogidos a sagrado, es decir, inviolables] del templo de Hera y condenaron a muerte a todos». Ante esto, el resto de los suplicantes se suicidó según pudo cada uno. Durante los siete días que siguieron a la llegada de Eurimedonte [el estratego ateniense], los corcirenses dieron muerte a los conciudadanos que consideraban sus adversarios acusándoles de enemigos de la democracia. Algunos murieron por enemistades personales y a otros que habían prestado dinero los mataron sus deudores. Se dieron todos los tipos de asesinato y, como suele ocurrir en estas situaciones, no hubo nada que no se produjera y se llegó aún más lejos. Los padres mataban a sus hijos, los suplicantes eran sacados de los santuarios y matados junto a ellos. Algunos murieron emparedados en el templo de Dioniso.

Para Tucídides la *stásis,* la guerra civil, es el mayor de los males y su causa es la *pleonexía,* la codicia. En el análisis del párrafo anterior encontramos que Tucídides hace indirectamente juicios de valor. El día anterior, el partido protegido por Atenas, que sentía temor por su propia suerte, estuvo en tratos con sus adversarios a algunos de los cuales convencieron para que se embarcaran. Estos son los asesinados el siguiente día. Es una lamentable argucia convencer a suplicantes a que se presenten voluntariamente a juicio y matarlos a todos. Llama la atención el hecho de que Eurimedonte aprobara los hechos al abstenerse de intervenir. El que individualmente los vencedores en una

guerra civil maten a sus enemigos personales es un hecho constantemente repetido, así como que, en circunstancias revolucionarias, los deudores maten a sus acreedores. Quizá lo que más llama la atención, porque informa sobre Tucídides, es que no incluya la violación de lugares sagrados entre los crímenes comunes, sino que los pone en apartado propio como cosa más grave (*kaì éti peraitérō*) junto con el asesinato de los hijos por parte de sus padres. Este «ir más lejos» que los graves crímenes anteriormente citados en lo referente al respeto debido a los lugares sagrados no tendríamos necesariamente que tomarlo como un sentimiento propio de Tucídides sino de lo que él consideraba más grave para la conciencia del pueblo. Sin embargo, el que lo haya incluido en el mismo apartado del asesinato de los hijos (cuya valoración es universal) hace más evidente la restricción que insinuábamos. Sin mayor análisis, Tucídides coloca la violación de los lugares sagrados en el extremo de las atrocidades que se cometieron en Corcira.

Con frecuencia se cita la frase famosa [103] de que la guerra es *bíaios didáskalos* (maestro violento) y que «ante las situaciones que ella ofrece iguala la irritabilidad de la mayoría». Es evidente que tiene razón Gomme cuando dice que esa frase incluye un juicio moral [104]. El juicio de Tucídides, aquí, y en general, es que la guerra produce la dislocación de los valores morales. Afirmar que Tucídides es pragmático responde a la verdad, pero añadir que deja de lado todo juicio moral es faltar a esa verdad. Como decíamos todo el largo trozo referido a Corcira no es discurso y, por tanto, no atribuible a persona alguna; nos corres-

[103] Tuc., III 82, 2.

[104] *Op. cit.*, I 90; cf. también S. Hornblower, *op. cit.*, pág. 156.

ponde enjuiciarlo como de la exclusiva autoría de Tucídides. El hecho de que al «Diálogo de los Melios» no podamos darle este carácter de autoría nos ha privado de conocer con certeza si son suyos o no lo son algunos rasgos atribuidos al pensamiento de Tucídides. También se manifiesta con claridad el autor al expresar un juicio de valor tan sobresaliente como el referido a la derrota de Demóstenes ante los etolios en el año 426 [105]. Tras indicar que murieron ciento veinte hoplitas atenienses, dice: «ése era su número, eran de la misma edad, los mejores soldados de la ciudad de Atenas muertos en esta guerra» [106]. Quizá en este juicio se mezclan el sentimiento de dolor personal y el juicio del militar profesional ante la pérdida inútil de vidas humanas por el desacierto de un general.

El concepto de poder

A lo largo de toda la obra corre una idea fundamental: el poder. Tucídides ha analizado profundamente este fenómeno y sus consecuencias. Su análisis significa una aportación básica en la historiografía de su época. Los logógrafos contaron, al margen de lo que nosotros llamamos sentido crítico, lo que habían visto o les habían referido, incluyendo todos los aditamentos fabulosos y los ingredientes religiosos propios de la época. Los avances que la obra de Heródoto representa en la evolución de la Historia no consisten precisamente en la eliminación de esos elemen-

[105] Tuc., III 98, 4.

[106] Sin duda, este dato referido al año 426 es bastante revelador de que Tucídides había redactado esta frase antes del desastre de Sicilia. Sería incomprensible que al escribir después de 404 lamentara de la forma en que lo hace la muerte de ciento veinte hombres y los considerara «los mejores soldados muertos en esta guerra».

tos. Los seres humanos han vinculado siempre con la divinidad el poder que posee una persona. Un elemento divino está normalmente dirigiendo los acontecimientos a través de alguien que visiblemente ejerce el poder [107]. Pero ese poder ha sido siempre el poder absoluto. En cambio, los políticos en la democracia ateniense tenían un poder delegado, en la mayor parte de las circunstancias obtenido en virtud de un simple sorteo. Este tipo de poder hacía imposible vincular con la divinidad a la persona que lo ejercía. Por otra parte, las ideas que aportaba la sofística no hacían, como sucedía hasta entonces, que todas las cosas partieran de los dioses, sino que la concatenación de los razonamientos habituales en esta doctrina solía acabar sin llegar a ellos.

El poder político como fuerza exenta, es decir, no vinculada a un elemento sobrenatural, no es una entidad observable hasta casi la época de Tucídides. Él es el primer historiador que se ha topado con la existencia de ese poder y el primero que lo ha analizado y ha entrado profundamente en la consideración de este tema. Estima que la *pleo-*

---

[107] La vinculación de las familias reinantes con los dioses olímpicos no es imaginación poética dentro del mundo homérico, sino algo sentido profundamente por los componentes de aquella sociedad. Todavía Píndaro necesita fijar una filiación divina a los vencedores de los Juegos a los que dirige sus cantos. A esto se añade la idea genuinamente griega de los derechos de la individualidad sobresaliente. No obstante, esta relación de la divinidad, el individuo y el poder no se manifestó en su plenitud hasta el siglo III a. C. La figura del monarca helenístico encarnó perfectamente la unión de estos conceptos. La imagen de los emperadores romanos con su deificación y también la frase tradicional «rey por la gracia de Dios» son prolongaciones de estos conceptos helenísticos. Cf. H. Bengtson, *Griechische Geschichte. Von den Anfängen bis in die Römische Kaiserzeit,* Munich, 1965, trad. esp., pág. 319 y sigs.

nexía (impulso de adquirir más) es causa de desequilibrios y engendra el temor y la inseguridad que alcanzan lo mismo a los fuertes que a los débiles. En el penoso episodio de la dominación de la isla de Melos, los atenienses, es decir, los fuertes, se ven en la necesidad de llevar a cabo una acción tan injusta porque «temen» que sus súbditos pierdan respeto a su energía y capacidad de decisión si llegan a permitir que un débil no les obedezca. La *pleonexía* en el orden político no es tanto un impulso que procede de la naturaleza humana como un elemento, un eslabón, de la cadena que forma por sí mismo el crecimiento del poder. Tucídides piensa que esa *pleonexía* es la causa básica de la derrota de Atenas, aunque él se la atribuye a la generación siguiente a la de Pericles [108]. Realmente hay que llevarla hasta 479 [109].

El problema grave de un imperio es el de que ni puede decrecer ni siquiera detener su progresión [110]. Dentro de

[108] A este respecto quizá el juicio más explícito es el expresado en VI 15, 2-3: «Incitaba con el mayor ardor a que se realizara la expedición Alcibíades, hijo de Clinias, que quería oponerse a Nicias... y sobre todo deseaba ser estratego y esperaba conquistar Sicilia y Cartago, y respecto a lo privado, al ser vencedor, conseguir ventajas en dinero y en prestigio... Tenía aficiones cuyas exigencias superaban lo que permitía su hacienda, tanto en lo referente al mantenimiento de cuadras como en otros gastos. Es esto lo que, sobre todo, arruinó, pasado algún tiempo, la ciudad de Atenas».

[109] Cf. los acertados razonamientos de S. Hornblower, *op. cit.*, 174 y sigs.

[110] Tuc., VI 18, 2-3. Todo el discurso de Alcibíades es esclarecedor. Citamos aquí unas frases que explican el concepto que este político tenía acerca de la naturaleza del poder político de carácter imperialista: «Así hemos conseguido nosotros el imperio, y también todos los otros que tuvieron un imperio, ayudando animosamente a los que en cada ocasión, bárbaros o griegos, han pedido nuestra ayuda, puesto que si todos se mantuvieran en paz o juzgaran por afinidad étnica a quienes deben ayudar, al aumentar escasamente nuestro imperio lo pondríamos en peligro...

la dinámica de ese crecimiento imparable del poder político se encuetran hechos de naturaleza diferente entre sí como la dominación sobre la isla de Melos o la expedición a Sicilia. Hay que distinguir entre la *pleonexía* individual (con frecuencia relacionada con una función pública) y ésa que el poder genera por sí mismo y que está referida al Estado. Aunque Tucídides aplique el mismo nombre no es el mismo fenómeno el que se encuentra en los hechos revolucionarios de Corcira o el que subyace en el ataque a Melos [111]. Afortunadamente Tucídides expresa claramente su opinión en la parte narrativa y por tanto podemos considerar que esta opinión forma parte de su pensamiento. Es imposible saber si cuando Tucídides decidió escribir la guerra este tema del poder era primario para él o se lo encontró y lo hizo frente en el curso de la redacción de la obra.

La cuestión del poder en el siglo v es, dicho de otro modo, la del imperialismo de Atenas. Durante tres cuartos de siglo Atenas es un imperio y nada en la vida ateniense puede sustraerse a esa realidad [112]. La crisis de ese imperio es la guerra del Peloponeso; Tucídides fue el historiador de estos hechos a cuya comprensión aplicó su gran inteligencia [113]. El encuentro entre una situación política no tra-

No nos corresponde matizar hasta qué límite queremos mandar, sino que, puesto que estamos en esta situación [la de tener un imperio], es una necesidad para nosotros atacar a unos y no dejar en paz a los otros, puesto que corremos el peligro de ser dominados por otros si no los dominamos nosotros a ellos...»

[111] Tuc., III 82 y V 84, 1.

[112] No es comparable la Liga Peloponesia; ésta existía ya antes de 479 pero, ni anteriormente ni después, por lo menos hasta 404, mostró inclinación imperialista.

[113] Cf. J. de Romilly, *Thucydides et l'impérialisme athénien*, París, 1947. Es totalmente acertada la frecuente afirmación de la autora de que

dicional y un hombre con la capacidad y la decisión suficientes para intentar comprenderla y explicarla dieron lugar al nacimiento de una obra que la crítica histórica moderna iba a considerar cardinal en la evolución de la primera época de la Historia.

La situación política de su época o la ideológica de Tucídides no puede ser utilizada para explicar problemas no surgidos entonces sino sólo vigentes en la época y en el pensamiento de los eruditos que en época moderna estudian a este autor. Es cierto que la llamada «ley del más fuerte» aparece frecuentemente en los discursos de políticos atenienses, obligados a defender la acción imperialista de su ciudad. Es cierto también que es un tema central de la sofística aunque más bien referido a las individualidades sobresalientes [114]. Alcibíades reúne en sí ambas posiciones como político y como personalidad destacada [115]. Pero el concepto moderno de *Machtpolitik*, aunque se vincula con esta teoría de la Antigüedad, adquiere un valor propio y un contorno determinado que se configura en las Guerras Mundiales, cuyas especiales características dieron lugar a que los estudiosos, inmersos en sus propias circunstancias, no pudieran marginar esta cuestión al reflexionar sobre la obra de Tucídides. No parece que Tucídi-

---

Tucídides enfoca la guerra del Peloponeso partiendo siempre del imperialismo ateniense.

[114] Cf. la larga intervención de Calicles en PLATÓN, *Gorgias* 482c-486c, quizá el esbozo más claro junto con el de Trasímaco, también en PLATÓN, *República* I 336 ss., sobre este punto del pensamiento de la sofística.

[115] No hay razón para pensar que Tucídides ridiculiza a Alcibíades al poner en su boca las palabras de VI 16, 1-4. Son un retrato de una parte de la personalidad de este político a quien se puede atribuir la autoría real de las mismas más que a Tucídides.

des participe de la teoría de la ley del más fuerte [116], aunque la conozca perfectamente y los personajes de sus discursos, como se ha dicho, la expresen con frecuencia. No caben en la misma cabeza esa teoría y la lamentación sobre los ciento veinte atenienses muertos frente a los etolios en una operación mal dirigida por el estratego ateniense Demóstenes [117].

Se ha atribuido a Tucídides un pragmatismo político que margina toda consideración moral. Sin duda, ese pragmatismo es real. Describe los hechos y estudia sus causas, pero no suele añadir al acontecimiento histórico un juicio moral que lo califique [118]. En la parte narrativa, la única utilizable para atribuir al autor juicios propios, expresa éste indirectamente juicios morales. Uno de los trozos más destacados es el referente a la *stásis* (enfrentamiento civil) de Corcira citado más arriba. Todo el contexto indica el deterioro de las costumbres que produce la guerra. No limita estas desgracias sólo a Corcira ni sólo a esa época; seguirán sucediendo mientras continúe siendo la misma la naturaleza humana. Tucídides es el primero en observar la mutación del significado de las palabras que se produce en las situaciones revolucionarias en virtud de la cual vocablos que hasta entonces significaban valores reconocidos

---

[116] En general, los estudiosos alemanes de época anterior y posterior a la Segunda Guerra Mundial tienden a ver en Tucídides un defensor de la *Machtpolitik*. Cf. Schwartz y Schadewaldt en las obras citadas más arriba. Sin nombrar la *Machtpolitik*, también Guthrie destaca en *op. cit.*, págs. 84 y sigs., lo que Tucídides narra en el «Diálogo de los Melios» como algo introductorio a las expresiones vehementes como la de Trasímaco en PLATÓN, *República* I, 336b y sigs.

[117] Cf. nota 104, pág. 76.

[118] Recuérdese la ausencia de calificación moral respecto a Arquelao y la que hace Platón, citadas en pág. 43.

son usados para expresar los vicios opuestos [119]. Todo este capítulo es una continua descalificación de lo que suele acontecer en las luchas civiles e indirectamente una calificación positiva de costumbres tradicionales, incluidos los juramentos hechos siguiendo normas consuetudinarias. Curiosamente, ni los conceptos ni la relación de las ideas coinciden con lo que era de esperar de una educación dirigida por la sofística cuya influencia parece mucho mayor en el plano formal que en el ideológico.

Ideas políticas de Tucídides

El pensamiento político de Tucídides que se puede deducir a través de su obra ha sido objeto de controversia por parte de los estudiosos y así se le ha podido calificar como ferviente demócrata o como moderado oligarca [120].

---

[119] III 82, 2: «Modificaron la adecuación habitual de las palabras con los hechos. La audacia irreflexiva se juzgó como valiente decisión hacia su partido; la espera prudente, como cobardía enmascarada; la sensatez, como disfraz del cobarde; el atender a todo, como inutilidad para todo; la precipitación irreflexiva, como cualidad de varón; el deliberar en favor de la seguridad se tomaba como sutil pretexto para no comprometerse; el que protestaba con irritación era siempre hombre de confianza; el que se le oponía era sospechoso; al que tenía éxito en una conspiración se le consideraba inteligente, pero era aún más listo el que la sospechaba; el que trataba de que nada de esto fuera necesario era considerado como saboteador de la camaradería y cobarde ante los enemigos...»

[120] Con alguna frecuencia podemos leer que Tucídides había roto con la dirección política mantenida por su familia, cf. pág. 11. El único político por línea directa que conocemos es Milcíades, cuya vida transcurrió y acabó antes de que se planteara en Atenas el enfrentamiento entre oligarcas y demócratas, enfrentamiento cuya intensidad conocemos gracias especialmente a las referencias, breves pero abundantes, sobre todo en la Comedia y en Tucídides y Jenofonte, pero en particular por unos libelos que han llegado a nosotros con el concurso de afortunadas ca-

Nuestro autor no dedica nunca párrafos aparte para hacer declaraciones personales sobre esta cuestión, pero a lo largo de su obra deja que se trasluzcan opiniones que, una vez analizadas, pueden ser útiles para intentar una calificación. Vamos a servirnos aquí casi exclusivamente de dos apartados: el elogio de Pericles en II 65, 5, y la narración de la revolución oligárquica de los Cuatrocientos, que, con breves interrupciones, ocupa algo más de la segunda mitad del libro VIII.

A pesar de la situación que estos apartados ocupan en la disposición actual de la obra faltarían argumentos suficientes para afirmar cuál de los dos fue escrito por Tucídides con anterioridad sobre el otro. Hay una tendencia natural a suponer que la parte del libro VIII a que nos referimos es posterior a la del libro II y es probable que así sea. Pero en todo lo escrito referente a los Cuatrocientos no hay nada que directa ni indirectamente deje claro que dicha parte fue escrita después de 404. En cambio el trozo de II 65 sí está escrito después de esa fecha. Pero esto im-

---

sualidades. Citamos ya en pág. 16 el de Estesímbroto de Tasos, *Perì Themistokléous kaì Thoukydídou kaì Perikléous* y *La Constitución de Atenas* del Pseudo-Jenofonte. Este último nos informa mejor sobre el pensamiento y los sentimientos de los oligarcas en la época de Tucídides. Cimón, en cuya ausencia, el año 462, se produjo el movimiento político que arruinó el Areópago y estableció la democracia radical, era tío de Tucídides. Cuando nació Tucídides, Cimón estaba en el ostracismo y cuando éste murió, Tucídides tendría sólo cinco años. De haber existido vinculación política con otros miembros de la familia, que fueron políticos conocidos, habría que referirse a Tucídides, hijo de Melesias, pero nuestro Tucídides no lo nombra nunca, al menos como político, en el caso de que sea este mismo el citado en I 117, 2. Ciertamente el elogio que Tucídides hace de Pericles en II 65, 5, no concuerda con las ideas y la actividad de este político, miembro de su familia. El hecho de que nuestro autor no lo nombre es significativo, pues desde 450, año de la muerte de Cimón, era el jefe del partido opuesto a Pericles.

porta poco en sí mismo. Lo que sí hay que tener en cuenta, suponiendo que la parte de VIII sea posterior a 404, es que ningún hecho referente a la guerra misma podía ser causante de una modificación del pensamiento de Tucídides, porque cuando él escribió estos dos apartados las hostilidades habían cesado ya definitivamente algún tiempo antes. Son, por tanto, trozos redactados a partir de la misma situación de los sentimientos políticos del autor, lo cual es muy importante. Si algo no concuerda de uno a otro trozo no hay que atribuirlo al paso del tiempo.

En los sistemas políticos en que son dos las partes opuestas que aspiran al poder, grupos amplios y uniformes del estamento social se vinculan a uno u otro lado en razón de su situación personal en la sociedad. Esta tendencia suele ser muy general en los miembros de las familias más favorecidas. Los individuos que, aun perteneciendo a un grupo social caracterizado, profesan las ideas del otro grupo no suelen perder su identidad de origen, pues sus gustos y preferencias personales son menos transferibles que sus ideas políticas. Estos razonamientos deberán ser tenidos en cuenta en Tucídides, miembro de familia aristocrática. En el caso de Atenas, en razón de la evolución misma de la democracia tras la caída de los tiranos, caída propiciada por la aristocracia, la vinculación de los aristócratas con esta democracia fue un hecho natural, fortalecido casi inmediatamente por la respuesta común de la ciudad al ataque persa. La aparición efectiva de dos posiciones políticas plenamente diferenciadas se produce después de 462 y va a continuar aún tras el fin de esta guerra narrada por Tucídides. Atenas, a su vez, ha transplantado este sistema a las ciudades que dominaba. Como dato curioso, vemos como en 411 van cambiando repetidamente los gobiernos de muchas ciudades según cambiaba el de Atenas. Cuando Tucí-

dides nació estaba ya viva y enconada la oposición entre demócratas (éste es el nombre genérico que adoptaron los demócratas radicales) y oligarcas. Cuando él era joven, Atenas alcanzó su mayor esplendor. La paz que debía durar treinta años a partir de 446, el comienzo de las grandes construcciones de la Acrópolis, los efectos de la enorme extensión del comercio de la ciudad y el afán por alcanzar el saber infundido por las enseñanzas de los sofistas tenían que dar una sensación de seguridad y grandeza perceptible para cualquiera. Aunque no todo fuera tan bello (lo ennegrecía la base injusta de la formación de su imperio y, como consecuencia, los sentimientos hostiles de los llamados «aliados»), hacia el año 440 un joven ateniense debía de sentirse muy a gusto en su ciudad y admirar al hombre bajo cuya dirección se había conseguido todo.

No es posible saber si estos supuestos sentimientos perdurarían sin cambio hasta que Tucídides escribió ese elogio de Pericles que aparece en II 65. Tal como nosotros hemos recibido el texto, encontramos que en páginas precedentes Tucídides había permitido que por boca de Pericles (II 37) se hiciera la más alta alabanza de la democracia ateniense [121]. Dado nuestro punto de vista reiteradamente expuesto, no debemos atribuir estas palabras a Tucídides, sino al propio Pericles. Es difícil, sin embargo, sustraerse a lo que Tucídides nos dice en el *Programa* (cf. pág. 59), por lo que pensamos que las ideas, el concepto general de lo realmente dicho, son de Pericles, pero algunos de los términos empleados para expresarlas han de ser de Tucídides. El trozo es de una belleza extraordinaria y, sin duda, aun expresando las mismas ideas de Pericles, podría haber sido menos bello y atractivo si no suponemos en Tucídides

[121] Naturalmente, el discurso de Pericles está escrito antes del elogio. Quizá años antes.

cierta delectación al escribirlo. Ese capítulo no se refiere a la personalidad de Pericles, sino a los puntos esenciales del sistema democrático.

En cambio, en II 65 Tucídides habla en nombre propio, los juicios que expresa son suyos y están dedicados exclusivamente al elogio de una persona. No es congruente con nuestro propósito juzgar aquí si son acertadas o no las opiniones de Tucídides sobre Pericles; éste sería otro tema. Lo único que nos interesa es deducir de ahí lo que sea posible acerca del pensamiento político de Tucídides. No deja de llamar la atención lo poco que habla de la política interior llevada a cabo por Pericles pero las tres únicas afirmaciones que hace son decisivas: «durante el tiempo que estuvo al frente de la ciudad durante la paz gobernó con moderación, mantuvo en seguridad la ciudad y ésta llegó a su mayor esplendor». De aquí no es posible deducir ideas políticas sino sólo el juicio favorable o quizá la admiración que Tucídides sentía por él. Quizá sean estos los únicos juicios absolutos, pues a partir de aquí la excelencia de Pericles surge de la comparación. Los que le sucedieron eran muy incapaces y con su incapacidad exaltaban y hacían añorar la figura del político desaparecido.

Pero el elogio de Pericles no puede ser aducido como un elogio de la democracia. En ese mismo capítulo se halla la frase: «como la plebe suele hacer», concepto que, con formas variadas, utilizaba Tucídides cuando la Asamblea tomaba una decisión poco congruente con lo que pide el sentido común. Según este capítulo, el gobierno democrático, tras la muerte de Pericles, fue una sucesión de desaciertos estimulados en buena parte por el sistema político. Quizá no tuvo intención Tucídides de que las cosas llegaran a ser juzgadas así, pero dejó la posibilidad de hacerlo.

El elogio de Pericles está dirigido a esta sola persona. No es un elogio a la democracia. Cuando después de 404 escribió este elogio, había sufrido Tucídides durante veinte años el destierro y había sentido verdadera repugnancia personal hacia dos gobernantes de la democracia: Cleón e Hipérbolo. Alabar a Pericles, que sin duda representaba al partido democrático, y censurar al resto de los gobernantes del mismo partido no se puede considerar como una alabanza a la democracia. Añadamos que la frase: «fue una democracia de nombre, pero de hecho fue un gobierno del primer ciudadano» no añade sustancia democrática a este párrafo de alabanza. Deducir del elogio de Pericles datos para situar a Tucídides entre los partidarios de la democracia no tiene más sentido que por la misma vía asignarle otra ideología cualquiera. En II 65, sólo es irrefutable la sincera alabanza de Pericles.

La segunda mitad del libro VIII dedicada en su mayor parte a la revolución de los Cuatrocientos es, sin duda, un gran depósito de situaciones y de manifestaciones políticas en las que, al no haber discursos, son atribuibles al autor los juicios allí contenidos excepto, aunque la excepción no se pueda hacer por entero, los emitidos en estilo indirecto. Aunque todavía faltan siete años para la rendición definitiva, nos encontramos con una Atenas ya vencida, sin que sea previsible una victoria basada en las fuerzas propias. Sólo el oro del rey de Persia puede decidir el vencedor. La cicatería con que dicho oro se entrega es un poder añadido para los persas y una vergüenza infligida constantemente a los griegos mendicantes de uno y otro bando. Es difícil encontrar figuras aisladas que se libren de un juicio plenamente negativo. Este negro panorama tiene su mejor representante en Alcibíades. Fue precisa-

mente la inestabilidad de su situación personal la que iba a promover este movimiento.

En ese extraño episodio que es la llamada revolución de los Cuatrocientos, los oligarcas quizá no se habrían movido sin la incitación inicial de Alcibíades. Se dirigió a ellos haciéndoles creer que él podía transferir al lado ateniense la ayuda que los persas dispensaban a Esparta, pero con la condición de que derribaran el malvado régimen democrático. Los oligarcas bien organizados y con la actividad de las *heterías* de los aristócratas derribaron la democracia, pero se dieron cuenta de que Alcibíades les había engañado y decidieron no contar ya con él. Los acontecimientos demostraron que todo el poder de Atenas radicaba en dos puntos: la ciudad misma y la escuadra que se encontraba en Samos.

Pero no soplaban vientos favorables para los oligarcas. Primero en la ciudad de Samos y luego en la escuadra el movimiento oligárquico fue desplazado por la reacción democrática. Finalmente en Atenas, con un irregular comportamiento de algunos oligarcas, como Terámenes, se impuso un gobierno mixto, escasamente democrático, tras deponer el régimen de los Cuatrocientos. Curiosamente la figura destacada de esta nueva situación fue Alcibíades. Recibió el nombramiento de estratego y poderes extraordinarios. Ciertamente él había sido el promotor de lo sucedido últimamente, pero cuando las cosas cambiaron él ya estaba en la nueva situación. Por la descripción que hace Tucídides resulta difícil suponer que los oligarcas, aunque ese fuera su constante deseo, hubieran intentado instaurar la oligarquía en aquella ocasión sin la incitación llevada a cabo por Alcibíades.

Aunque en una parte tan extensa de la obra se pueden recoger numerosas y variadas opiniones de nuestro autor,

es necesario limitarnos a unas cuantas. Por nuestra parte no hemos podido (creemos que tampoco es necesario) aislar, entre los juicios emitidos por Tucídides, aquellos que le vincularían preferentemente bien a la democracia, bien a una oligarquía moderada [122]. Al fin y al cabo, aunque lo que se dice en la nota es muy grave, siempre se puede pensar que no es opinión de Tucídides. Pero a partir de VIII 65 dice Tucídides, sin atribuírselo a nadie, que Androcles, un demócrata enemigo de Alcibíades, fue asesinado y añade que también los oligarcas dieron muerte ocultamente a otros ciudadanos incómodos. Insistimos en que es afirmación de Tucídides. A continuación, también como afirmación propia, nos informa de que el miedo se apoderó de los ciudadanos en Atenas [123]. No hay juicio personal de Tucídides en VIII 67 sobre el sistema con que se llevó a cabo el nombramiento de los Cuatrocientos. Aquí la simple realidad es más expresiva que cualquier comentario. Se elegirían cinco proedros que a su vez nombrarían cien ciudadanos, y cada uno de estos cien designaría tres. Es difícil imaginar un sistema más antidemocrático. No

---

[122] En VIII 48, pone en boca de Frínico, oligarca y agente importante de la conspiración, estas sorprendentes palabras: «... no creían [las ciudades] que los llamados buenos y honrados [los oligarcas] les causaran a ellos menos problemas que el pueblo, puesto que eran éstos los que proponían al pueblo las medidas de las que se les originaban daños, pero de las que los oligarcas sacaban mucho provecho. Bajo su gobierno reinaría la violencia y se producirían muertes sin juicio previo, en tanto que la democracia era un refugio para ellas [las ciudades] y un recurso para librarse de aquéllos [los oligarcas]». Frínico añade que él sabe con certeza que las ciudades piensan así.

[123] En VIII 66, Tucídides dice que «cualquiera que se oponía, moría enseguida por un medio conveniente, sin que jamás se buscara al culpable. En este mismo capítulo nos informa de que se pusieron del lado oligárquico gentes que habría parecido imposible que llegaran a hacerlo.

hay duda de que los juicios personales de Tucídides no muestran inclinación por lo que estaba sucediendo. Si no hubiera escrito más sobre este punto llegaríamos a la conclusión de que Tucídides desaprobaba plenamente el movimiento oligárquico. Todavía en VIII 70 se expresa así: «más tarde, cambiando la administración democrática, gobernaron la ciudad con violencia, asesinaron a algunos hombres, no muchos..., encarcelaron a otros y también desterraron a algunos». No se puede dejar de observar que, en el comportamiento delictivo de los Cuatrocientos, Tucídides ha incluido un dato estrictamente político: el cambio de la administración democrática, es decir, la abolición de la democracia.

Pero antes de estas últimas manifestaciones, Tucídides ha hablado de cuatro de las más características figuras de la conspiración [124]. Para nuestro objeto no nos interesan Frínico ni Pisandro, pero sí es importante la opinión de Tucídides sobre Terámenes y sobre Antifonte.

Terámenes era de la misma edad que Tucídides. A su fama de buen orador corresponde la atribución (sea verdadera o falsa) de haber sido maestro de Isócrates. Fue un político muy activo hasta su muerte. Era oligarca moderado, es decir, algo más difícil de explicar que de decir. Es precisamente Terámenes la ejemplificación personal de lo extremamente complicado que debe de ser ejercer de más bien moderado entre gentes más bien violentas [125]. Su eje-

---

[124] La manera de presentarlos no es la habitual en Tucídides. Parece que en una redacción definitiva habría dado un carácter menos personal a la presencia de estos políticos.

[125] Tucídides lo alaba más de lo que nos permite percibir una correcta traducción. Usa la lítote: «no inhábil para hablar y juzgar», es decir, «muy hábil» e inmediatamente dice, refiriéndose a él, que con «tantos hombres inteligentes...»

cutoria política nos lo muestra enfrentado dos veces con sus asociados políticos (Tucídides no nos habla de la segunda, posterior a los hechos narrados por él). El enfrentamiento mayor con los Cuatrocientos se refiere a la construcción del muro de Eecionea por medio del cual, según Terámenes y otros muchos, los Cuatrocientos intentaban facilitar la entrada en el Pireo de la escuadra espartana. Curiosamente, el pragmático Tucídides alaba a un hombre, que, valioso como persona, fracasó como político [126]. Terámenes se equivocó bien al elegir sus aliados políticos o bien al intentar llevar a cabo sus propósitos teniendo tales aliados. Él es el autor de la Constitución que estuvo vigente durante ocho meses tras la caída de los Cuatrocientos, Constitución que alaba Tucídides, como veremos.

En el caso de Terámenes, Tucídides alaba a un oligarca moderado, pero hace lo mismo con Antifonte, que era un oligarca radical [127]. Afirmar que, aunque hayan intervenido otros, la verdadera cabeza de la conspiración y el que había preparado todo era Antifonte y alabar al máximo su inteligencia y capacidad sin hacer ninguna reserva de tipo político o moral no permite que se coloque a Tucídides

---

[126] En el año 404, siendo él uno de los miembros del gobierno de los Treinta, fue condenado a muerte por los demás miembros de este gobierno tiránico. Su comportamiento en 411 quizá haría sospechar a Critias [que impuso su condena] que, cuando Terámenes empezó a censurar, con razón, los actos de terror de los Treinta, iba a repetir lo que había hecho con los Cuatrocientos.

[127] Escribe en VIII 68: «Sin embargo, el que había preparado todo para que resultara así y quien desde mucho tiempo se había ocupado de esto era Antifonte, hombre que no fue inferior a ningún ateniense de su época en valía y que estaba capacitadísimo para concebir proyectos y expresar lo que pensaba... después que cayeron los Cuatrocientos, tratado duramente por el pueblo, fue el que mejor se defendió ante una acusación capital».

entre los adversarios abiertos de la oligarquía, aunque tuviera muchos recelos acerca de ella [128]. Citamos un último dato con el propósito de obtener mejor información sobre el pensamiento político de Tucídides. Un gobierno de cinco mil ciudadanos iba a sustituir a los Cuatrocientos. De él podrían formar parte los que tuvieran medios para procurarse el equipamiento de hoplita. No habría sueldo para el desempeño de cargos públicos. Es decir, una parte muy importante de los atenienses quedaba excluida de la función pública que ejercía en el régimen democrático. Acerca de esta nueva Constitución nos dice Tucídides: «Parece que por primera vez, al menos en mi época, los atenienses establecieron un buen gobierno; fue moderada la proporción de oligarquía y democracia y ello sacó a la ciudad de la mala situación...». Quizá Tucídides fuera demócrata moderado (lo que nunca existió en Atenas desde 462), como Terámenes era oligarca moderado. La diferencia entre ambos es que el uno ya era sólo escritor y el otro era político, lo que le costó la vida. Las diferencias entre oligarcas y demócratas no garantizaban la seguridad personal en una situación inestable. La alabanza que Tucídides hace de esta llamada «Constitución de Terámenes» no concuerda con el espíritu de lo que los atenienses llamaban democracia. Sin embargo, otros datos, como hemos visto, impiden juzgarlo como oligarca. Simplemente él era sólo Tucídides, una personalidad independiente.

---

[128] El caso de Antifonte puede ser también de relación personal. Se suponía que fue maestro de Tucídides. Su estilo lleno de antítesis, la abundancia de vocablos poéticos y la aguda argumentación son datos que hacen que esta relación tenga más posibilidades de ser real que la supuesta de Gorgias. Antifonte sería veinticinco años mayor que Tucídides pero ambos residían en Atenas adonde Gorgias llegó por primera vez para una estancia temporal cuando Tucídides tenía cerca de treinta años.

Tucídides y la posteridad

Aunque mantenemos la opinión de que los discursos debían ser entendidos en su primera «lectura» por un público selecto y habituado a este tipo de manifestación literaria [129], no por eso queremos decir que Tucídides sea un autor fácil; ni lo es para nosotros ni lo fue en la Antigüedad. Aparte de la posible influencia de su carácter sobre el estilo, Tucídides tuvo que hacer frente a problemas, entre los que no es el menor el de escribir una obra voluminosa en un dialecto que estaba comenzando a hacerse lengua literaria. Su obra histórica es la primera de este género en ese dialecto y no es absurdo suponer que, en sus comienzos, habituado como hombre culto a la prosa jonia, a la hora de escribir, pensara en jonio más que en ático. La prosa literaria ática en el último tercio del siglo v estaba aún comenzando su desarrollo. Sus fuertes antítesis y una gran cantidad de vocabulario poético, al que Tucídides añadió numerosos neologismos, constituyen el material básico con el que tuvo que operar. El resultado de ello fue la creación de una obra sobre cuya elaboración debió de trabajar mucho el autor y cuya lectura siglos después pareció difícil para el lector.

No hay en los tiempos inmediatos a la muerte de Tucídides juicios que censuren la obra de este autor ni en el plano histórico ni en el literario, pero no tardarían en llegar. Es especialmente desfavorable la opinión crítica en el siglo I a. C. Dionisio de Halicarnaso, residente en Roma desde al año 30 a. C. se ocupó de nuestro autor en el escrito

[129] Cf. págs. 63-66.

Perì toû Thoukydídou charaktêros. Estima un defecto en Tucídides, el exceso de condensación que conduce a la oscuridad. Esta idea de la oscuridad es la más frecuente en este crítico y en otros de esta época. Dionisio le censura también por el poco acierto en la elección de tema [130]. La cita de la nota podría haber continuado sin perder su interés.

Pocos años antes de Dionisio, también Cicerón había criticado la oscuridad de nuestro autor. Dionisio era griego, pero Cicerón era un excelente conocedor de la lengua griega [131]. No sólo critica la oscuridad de los discursos sino en general la lengua que considera arcaica [132]. Curiosamente Salustio, colocado por su edad entre Cicerón y Dionisio pero contemporáneo de ambos, trató de imitar, al menos formalmente, a Tucídides. Naturalmente no pudo imitarlo respecto a obtener información personal directa para su *Guerra de Yugurta,* pero para la *Conjuración de Catilina,* aunque aconteció cuando él tenía veinte años, pudo obtener testimonios directos y recoger sus observaciones personales como lo hizo Tucídides. Procura también imitarle en los discursos y en la búsqueda del tono arcaico de la lengua. Debemos terminar diciendo que los baremos de evaluación de Cicerón y de Dionisio no son aplicables a Tucídides, no porque ellos carecieran de juicio suficiente, sino porque su época tenía una visión muy condiciona-

---

[130] *Carta a Pompeyo,* sec. 3: «La más importante y, diríamos, la más necesaria tarea de un escritor es la de elegir un tema elevado y agradable para sus lectores. Heródoto acertó más que Tucídides, que escribió sobre una sola guerra ni gloriosa ni afortunada; que, en el mejor caso, no debió haber sucedido o, si sucedió, debería ser ignorada por la posteridad y relegada al silencio y al olvido».

[131] *De oratore* 9: «ipsae illae contiones ita multas habent obscuras abditasque sententias vix ut intellegantur».

[132] *Brutus* 288.

da y defectuosa para determinadas cuestiones literarias de tiempos anteriores, como lo indica el citado juicio de Dionisio sobre la elección de tema.

Tras citar estas críticas a nuestro autor poco podríamos decir de él hasta casi los albores del Renacimiento, aunque no abrigamos la menor duda de que para los eruditos bizantinos el texto de Tucídides se encontraba entre los autores clásicos importantes. Es precisamente España la que se va a adelantar a los demás países de Europa en acoger a este autor. A finales del siglo XIV se traducen al aragonés los discursos de la Historia de Tucídides, precedidos de la necesaria relación de ellos con el resto del texto. No es ni siquiera adecuado preguntarse en este lugar por qué se tradujeron sólo los discursos [133]. Dado que hoy se poseen datos abundantes sobre esta cuestión, informaremos someramente. Esta traducción no es un hecho aislado. Junto con otras traducciones, las *Vidas* de Plutarco, particularmente, responden al inagotable mecenazgo de Juan Fernández de Heredia, Gran Maestre de la Orden de San Juan de Jerusalén. Las traducciones del griego que por su encargo se hicieron en esta época son las primeras realizadas en Occidente, anteriores incluso a cualquier traducción al latín [134].

---

[133] Cf. L. López de Molina, *Tucídides romanceado en el siglo* XIV, Anejo V del Boletín de la Real Academia Española, Madrid, 1960.

[134] Además de la citada obra de López Molina y del artículo de J. S. Lasso de la Vega, «Traducciones españolas de las *Vidas* de Plutarco», *EClás.* 6 (1961-62), 457 ss., es fundamental tener en cuenta la tesis doctoral, decisiva sobre este tema, de Adelino Álvarez Rodríguez, *Las «Vidas de hombres ilustres» (m°s 70-22 de la Bibl. Nac. de París)*, U. C. M., 1983. Algunos trabajos anteriores, pero en general los posteriores a 1960, citados por A. Álvarez, explican suficientemente el ambiente que rodea a Juan Fernández de Heredia y concretan, sin lugar a duda, las personalidades de Dimitri Calodiqui (no Talodiqui, como se venía escribiendo) y del fraile dominico Nicolás, obispo de Drenópolis

El sistema ideado por J. Fernández de Heredia respondía al hecho de que en Occidente no se conocía el griego clásico (Petrarca no llegó a conocerlo), aunque pronto iba a cambiar esta situación con la próxima llegada de Crisólaras. Heredia encargó al bizantino *(philosophus)* Dimitri Calodiqui la traducción del griego clásico al griego del siglo XIV [135]. La traducción del bizantino al aragonés la llevó a cabo el dominico Nicolás, obispo de Drenópolis, a quien no se puede llamar *philosophus,* denominación que corresponde a Calodiqui [136]. La actividad de Juan Fernández de Heredia hizo que la traducción parcial de Tucídides al ara-

---

en Epiro (no en Etolia). Quizá lo más atractivo sea ver el ambiente de fervorosa admiración por la historia antigua, propio de los primeros vientos prerrenacentistas, en que se mueven los personajes. Es significativa la figura del futuro rey Juan I, que declara haber aprendido ya griego (con certeza, griego bizantino) y que muestra, de modo constante, verdadero interés por recibir las obras que se traduzcan. No sería acertado interpretar este ambiente en relación con el ducado de Atenas (aunque justamente coincide en las fechas con la llegada de la delegación procedente de Atenas que pedía a Pedro IV desvincularse de Sicilia y depender de Aragón). Tampoco lo sería atribuir totalmente esta situación al hecho de que Juan Fernández estuviera tan unido a Rodas como Gran Maestre. La fuerza motriz está en Aviñón, con un Papa aragonés y numerosos dignatarios de la Iglesia aragonesa que habrían de residir allí. Las relaciones con Florencia son constantes, pero en ese momento esperan más los sabios italianos de esta actividad aragonesa que lo que espera Fernández de Heredia de Italia, aunque allí estaba a punto de florecer el verdadero Renacimiento. Una figura tan destacada como Salutati se dirige primero a Heredia y luego al Papa Luna rogando el envío de las *Vidas* con la intención de traducirlas al latín.

[135] «Graecum» frente a «vulgare graecum», en terminología usada por Salutati en carta a J. Fernández de Heredia; los bizantinos distinguían la lengua clásica de la vulgar por las denominaciones: *hē grammatikē glôssa* y *hē koinē glôssa.*

[136] Para mejor conocimiento de estas personas, cfr. la citada tesis de Adelino Álvarez.

gonés precediera en tantos años a las realizadas en el resto de Europa. La traducción al latín la llevó a cabo el gran humanista Lorenzo Valla en 1540-42. La primera traducción de Tucídides al francés, realizada no sobre el texto griego sino sobre la traducción latina de Lorenzo Valla, es de 1527, casi siglo y medio más tarde. Nuestro autor fue traducido a la lengua inglesa en 1550. La primera traducción completa al castellano publicada en 1564 en Salamanca es la de Diego Gracián, secretario del príncipe Carlos. Ha merecido la desaprobación repetida de los que la han examinado. J. S. Lasso de la Vega [137] indica que está hecha sobre la francesa de 1527 de Seyssel que hemos citado. Por nuestra parte no hemos examinado esta traducción, pero pensamos que, al comenzar el último tercio del siglo XVI, es posible, aunque ya se ha iniciado la decadencia del griego en España, un nivel alto en las exigencias de la traducción. Claro que ello es imposible si la versión de Gracián reposa realmente sobre la francesa porque, por muy buenos que fueran los traductores, el resultado final de una versión griego > latín > francés > castellano tenía necesariamente que ser malo.

No podemos hablar con certeza de otras traducciones de Tucídides al castellano, que se suelen citar, anteriores al siglo XX. Ya en nuestro siglo, Luis Enríquez llevó a cabo, en 1944, la traducción del «Epitafio», apenas divulgada. J. M. Pabón publicó, en 1946, una edición eruditamente anotada (no traducción) del libro II. Jaime Berenguer tradujo al catalán los libros I-III, en 1953-55; la traducción, también al catalán, de los cinco libros restantes la realizó Manuel Balasch. La traducción más importante por diferentes aspectos es la de F. Rodríguez Adrados (Ma-

[137] *Cf.* pág. 90, n. 134.

drid, 1952-55; reeditada en 1967). Si tenemos en cuenta que los discursos publicados en aragonés no fueron traducidos directamente del texto clásico, y también la justificada sospecha de estar hecha sobre la traducción francesa que pesa sobre la versión de Diego Gracián, podemos afirmar que la primera traducción completa y directa a nuestra lengua es ésta de Rodríguez Adrados.

Lo que no había sucedido durante siglos, es decir, la versión directa y entera de Tucídides a nuestra lengua, no se cerró con la traducción de Rodríguez Adrados. La de J. Torres Esbarranch que sigue a esta introducción es la quinta en orden de sucesión de las publicadas en los tres últimos años. Damos en nota la referencia bibliográfica de cada una de ellas [138]. Dadas la fecha reciente de publicación de estas obras y la identidad de objetivos de estas traducciones con la que el lector tiene ante sus ojos no estimamos oportuno establecer un juicio sobre ellas. Por otra parte, la acumulación de tantas traducciones en tan corto tiempo reclama la publicación de un trabajo de mayor entidad que los limitados juicios que pudiéramos dar aquí.

Los presupuestos básicos establecidos para la Biblioteca Clásica Gredos excluyen la publicación de *stemmata*. Sería absurdo establecer la génesis de los manuscritos cuando sólo se da la traducción. Por otra parte, las ediciones críticas modernas son la única base posible de una buena traducción. De las traducciones citadas en nota, Guzmán

[138] Francisco Romero Cruz, *Tucídides, Historia de la Guerra del Peloponeso*, Madrid, 1988. Valentín Conejero Ciriza, *Historia de la Guerra del Peloponeso* (introducción por José Alsina Clota), Barcelona, 1988. Antonio Guzmán Guerra, *Tucídides, Historia de la Guerra del Peloponeso*, Madrid, 1989. Luis M. Macía Aparicio, *Tucídides, Historia de la Guerra del Peloponeso*, Madrid, 1989.

sigue la edición oxoniense de Jones-Powell e indica en sus lugares (no en apartado propio) las variantes adoptadas. Luis M. Macía ha tomado como base el texto de J. de Romilly, pero no nos dice cómo ha indicado las variantes. V. Conejero no nos indica sobre qué texto crítico reposa su traducción. Tampoco nos da este dato Francisco Romero. Este último caso llama nuestra atención porque en la pág. 41 ofrece un buen repertorio de ediciones críticas.

No deja de ser motivo de satisfacción esta abundancia de traducciones de Tucídides. Esperemos que a través de ellas nuestro autor sea más conocido, aunque ya en esta época Tucídides no alcance ni de lejos el esplendor de que disfrutó en la Inglaterra victoriana.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

La bibliografía referida a un autor como Tucídides sobre el que tanto se ha escrito ha de ser inevitablemente selectiva. Esta selección viene impuesta tanto por la conveniencia de limitar el larguísimo repertorio que resultaría de la pretensión de citar todo, como por la inutilidad o, al menos, por la falta de eficacia a la que se llegaría con tal intento. Es cierto que en una selección, basada esencialmente en el criterio de reducir o aligerar la masa de material acumulable, aunque se procure tener en cuenta la importancia y la pertinencia de los trabajos, se han de cometer errores de interpretación sobre el valor de lo que se descarta y de lo que queda. Tampoco son evitables las preferencias del autor que lleva a cabo la selección por determinadas parcelas que a él le interesan, aunque éstas no hayan podido encontrar cabida en el texto de la introducción. Sin embargo, es seguro que algunas obras de importancia relativamente menor han sido incluidas por estar referidas a campos que se han tratado en el texto; en cambio, es posible que otras de quizá más importancia hayan quedado fuera por la razón inversa. Es explicable que en la selección de obras en lengua española haya prevalecido la tendencia a cierta apertura. Una bibliografía completa en lo sustancial puede encontrarla el lector en el artículo ya citado de J. Alsina, «Tucídides», *Anthropos*, Supl. 20: *La historiografía griega*, págs. 55-64 y 111-113. En el primer grupo de páginas citado, bajo el epígrafe «notas», el autor hace amplio despliegue de una bibliografía riquísima aplicada a puntos concretos. Las citadas en segundo lu-

gar constituyen una bibliografía selectiva, limitada al siglo XX, muy estructurada y distribuida por temas. Este conjunto bibliográfico es lo más reciente sobre nuestro autor (mayo de 1990).

F. Adcock, *Thucydides and his History,* Cambridge, 1963.

J. Allison, «Thucydides and *polypragmosyne*», *AJAH* IV (1979), 10 ss.

J. Alsina, «Historia y política en Tucídides», *Emerita* 38 (1970), 329 ss.

—, «En torno a la cuestión tucidídea», *BIEH* 5 (1971), 33 ss.

—, *Tucídides. Historia, ética y política,* Madrid, 1981.

A. Andrewes, «Thucydides and the causes of the war», *ClQ* IX (1959), 223 ss.

—, «The Mytilene Debate», *Phoenix* XVI (1962), 64 ss.

G. F. Bender, *Der Begriff des Staatsmannes bei Thukydides,* Würzburg, 1938.

E.-A., Bétant, *Lexicon Thucydideum,* 2 vols., Ginebra, 1843 (reimpreso, Darmstadt, 1969).

H. Bogner, *Thukydides und das Wesen der altgriechischen Geschichtsschreibung,* Hamburgo, 1937.

D. W. Bradeen, «The popularity of the Athenian Empire, *Historia* IX (1960), 257 ss.

J. B. Bury, *The Ancient Greek Historians,* Londres, 1909.

S. Cagnazzi, *La spedizione ateniese contro Melo,* Bari, 1983.

F. Chatelet, *La naissance de l'histoire,* París, 1962.

L. Canfora, *Totalità e selezione nella storiografia antica,* Bari, 1972.

—, «De la logografía jonia a la historiografía ática», *Historia y civilización de los griegos,* III, Barcelona, 1984, 371 ss.

G. L. Cawkwell, «Thucydides' judgment of Periclean strategy», *YCS* XXIV (1975), 53 ss.

C. N., Cochrane, *Thucydides and the Science of History,* Oxford, 1929.

M. Cogan, *The Human Thing: the speeches and principles of Thucydides' history,* Chicago, 1981.

W. R. CONNOR, *Thucydides,* Princeton, 1984.

F. M., CORNFORD, *Thucydides Mythistoricus,* Londres, 1907.

A. DÍAZ TEJERA, «Relevancia dialéctica de Tucídides en el recitado», *Habis* (1973), 9 ss.

W. DITTENBERGER, *Sylloge inscriptionum graecarum*[3] (4 vols.), Leipzig, 1915-24.

E. R. DODDS, *The Ancient Concept of Progress,* Oxford, 1973.

G. DONINI, *La posizione di Tucidide verso il governo dei Cinquemili,* Turín, 1969.

K. J. DOVER, «Thucydides as history and as literature», *History and Theory* XXII (1983), 54 ss.

—, *Thucydides,* Oxford, 1973.

—, «La composición de la obra de Tucídides», *Estudios de Historia Antigua,* Madrid (1976), 9 ss.

R. DREWS, *The Greek Accounts of Eastern History,* Harvard, 1973.

W. EBERHARDT, «Die Geschichtsbedeutung des Thukydides», *Gymnasium* 61 (1954), 272 ss.

L. EDMUNDS, «Thucydides' ethics as reflected in the description of stasis», *HSCP* LXXIX (1975), 73 ss.

F. EGERMANN, «Zum historiographischen Ziel des Thukydides», *Historia* X (1961), 435 ss.

—, «Die Geschichtsbetrachtung des Thukydides», *Das neue Bild der Antike* I (1942), 272 ss.

H. ERBSE, «Zur Geschichtsbetrachtung des Thukydides», *Antike und Abendland* X (1961), 19 ss.

J. H. FINLEY, *Thucydides,* Oxford, 1942.

—, *Three Essays on Thucydides,* Cambridge, Mass., 1967.

M. I. FINLEY, *Thucydides, History of the Peleponnesian War. Introduction and Notes,* Londres, 1972.

W. G. FORREST, «The date of the pseudo-Xenophontic Athenaion Politeia», *Klio* LII (1970), 107 ss.

—, *A History of Sparta*[2], Londres, 1980.

K. VON FRITZ, *Die griechische Geschichtsschreibung* (2 vols.), Berlín, 1967.

A. W. GOMME, «Thucydides», *Encyclopaedia Britannica,* 1963.

A. W. Gomme, A. Andrewes and K. J. Dover, *A Historical Commentary on Thucydides* (5 vols.), Oxford, 1945-81.

N. G. L. Hammond, «The composition of Thucydides' History», *ClQ* 34 (1940), 146 ss.

G. F. Hill, *Sources for Greek History between the Persian and the Peloponnesian Wars,* Oxford, 1951.

A. J. Holladay and J. C. F. Poole, «Thucydides and the plague of Athens», *ClQ* XXIX (1979), 282 ss.

—, «Thucydides and the plague: a footnote», *ClQ* XXXII (1982), 285 ss.

—, «Thucydides and the plague: a further footnote», *ClQ* XXXIV (1984), 483 ss.

S. Hornblower, *Thucydides,* Baltimore, 1987.

V. Hunter, *Thucydides the Artful Reporter,* Toronto, 1973.

H. R. Immerwahr, «Thucydides», *The Cambridge History of Classical Literature. I: Greek Literature,* Cambridge, 1985.

J. Jacobi, *Die Fragmente der griechischen Historiker* (15 vols.), Leiden, 1924-58.

W. Jaeger, *Paideia. Los ideales de la cultura griega* (trad. esp.), México, 1946[2].

D. Kagan, *The Archidamian War,* Cornell, 1974.

A. Kirchhof, *Thukydides und seine Urkundenmaterial,* Berlín, 1895.

W. Kolbe, *Thukydides im Lichte der Urkunden,* Stuttgart, 1930.

J. S. Lasso de la Vega, «Cinco notas a Tucídides», *EClás.* 26 (1984), 293 ss.

O. Luschnat, «Thukydides», *RE,* sup. XII (1970), cols. 1147 ss.

G. Meautis, *Thucydide et l'impérialisme athénien,* Paris, 1964.

R. Meiggs, *The Athenian Empire,* Oxford, 1972.

R. Meiggs and D. Lewis, *A Selection of Greek Historical Inscriptions to the end of the Fifth Century B.C.,* Oxford, 1969.

C. Meyer, *Die Urkunden im Geschichtswerk des Thukydides*[2], Munich, 1970.

P. Moraux, «Thucydide et la rhétorique», *Les études classiques* XXII (1954), 3 ss.

D. L. PAGE, «Thucydides and the great plague at Athens», *ClQ* III (1953), 97 ss.

A. PARRY, «The language of Thucydides' description of the great plague at Athens», *BICS* XVI (1969), 106 ss.

H. PATZER, *Das Problem der Geschichtsschreibung des Thukydides und die thukydideische Frage,* Berlín, 1937.

W. K. PRITCHETT, *Dionysius of Halicarnassus on Thucydides,* California, 1975.

H. H. RAWLINGS, *The Structure of Thucydides' History,* Princeton, 1981.

O. REGENBOGEN, «Thukydides als politischer Denker», *Gymnasium* 44 (1933), 2 ss.

A. REHM, «Ueber die sizilischen Bücher des Thukydides», *Philologus* 89 (1934), 133 ss.

J. DE ROMILLY, *Histoire et raison chez Thucydide,* París, 1956.

—, *The Rise and Fall of States according to Greek Authors,* Ann Arbor, 1977.

—, *Thucydide et l'impérialisme athénien,* París, 1951.

G. E. M. DE STE CROIX, «The character of the Athenian empire», *Historia* III (1954), 1 ss.

—, «The constitution of the Five Thousand», *Historia* V (1956), 1 ss.

—, *The Origins of the Peloponnesian War,* Londres, 1972.

W. SCHADEWALDT, *Die Geschichtsschreibung des Thukydides*², Zurich, 1971.

C. SCHNEIDER, *Information und Absicht bei Thukydides,* Göttingen, 1974.

E. SCHWARTZ, *Das Geschichtswerk des Thukydides*², Bonn, 1929.

P. SHOREY, «On the implicit ethics and psychology of Thucydides», *TAPA* XXIV (1983), 66 ss.

J. SOLOMON, «Thucydides and the recognition of contagion», *Maia* XXXVII (1985), 121 ss.

H.-P. STAHL, *Thukydides: die Stellung des Menschen im geschichtlichen Prozess,* Munich, 1966.

H. T. WADE-GREY, «Thucydides», *Oxford Classical Dictionary*², Oxford, 1970, 1067 ss.

—, *Essays in Greek History*, Oxford, 1958.

T. B. L. WEBSTER, *Athenian Culture and Society*, Londres, 1973.

K. WEIDAUER, *Thukydides und die hippokratische Schriften*, Heidelberg, 1953.

H. D. WESTLAKE, *Individuals in Thucydides*, Cambridge, 1968.

—, *Essays on the Greek Historians and Greek History*, Manchester, 1969.

A. G. WOODHEAD, *Thucydides on the nature of power*, Cambridge, Mass., 1970.

HISTORIA DE LA GUERRA DEL PELOPONESO

NOTA A LA PRESENTE TRADUCCIÓN

Nuestra traducción ha seguido el texto establecido por J. de Romilly, L. Bodin y R. Weil en la *Collection des Universités de France* editada por «Les Belles Lettres», París, 1953-1972. Ha tenido presente, asimismo, la edición de G. Donini (Turín, 1982) y, para los libros I y II, el texto de O. Luschnat (Leipzig, 2.ª ed., 1960) y la edición de G. B. Alberti (libros I-II, Roma, 1972). Hemos consultado, además, la de A. Maddalena (libro I, Florencia, 1951-1952), la de H. Stuart Jones (rev. J. E. Powell, Oxford, 1942), la de la *Loeb* de Ch. F. Smith (Londres, Cambridge Mass., 1919-1923) y otras ediciones y comentarios textuales de los que se dará referencia en las notas a diversos pasajes. La fundamental obra de A. W. Gomme, A. Andrewes, K. J. Dover, *A historical commentary on Thucydides* (Oxford, 1945-1981, 5 vols.), ha sido de inestimable valor para la redacción de las notas, que, al igual que la traducción, también son deudoras de lecturas, observaciones y sugerencias contenidas en ediciones y traducciones como las de Poppo y Stahl, Arnold, Krüger, Classen y Steup, Forbes, Hude, Ch. F. Smith, Maddalena, Romilly, F. R. Adrados, Berenguer, Horneffer-Strasburger, Landmann, K. J. Dover, Donini, Moggi y en libros y artículos cuyas referencias irán apareciendo a lo largo de las mismas notas o en la Bibliografía final. En cuanto a las traduccio-

nes de Tucídides en España, dejando aparte versiones inactuales como la de los discursos tucidídeos al aragonés, realizada hacia el año 1384, del *Matritensis 10801*, procedente de la Biblioteca del Marqués de Santillana, y la defectuosa traducción clásica española de Diego Gracián, secretario del emperador Carlos V, a quien está dedicada (Salamanca, Ioan de Canova, 1564), sólo contamos con dos buenas versiones completas de nuestro historiador: la de F. Rodríguez Adrados (Madrid, Biblioteca Clásica Hernando, 1952-1955, 3 vols.), prestigiosa guía para los estudiosos de un escritor profundo y atractivo que exige una atenta lectura, y la catalana de J. Berenguer Amenós (I-V, Barcelona, F. Bernat Metge, 1953-1970), a quien, como a A. W. Gomme, sorprendió la muerte antes de acabar su obra, llevada a término por M. Balasch (VI-VIII, Barcelona, 1978-1982). Tenemos, asimismo, una buena traducción fragmentaria de J. Alsina (Guadarrama/Punto Omega, 1976), una interesante selección de pasajes llenos de actualidad.

Palma de Mallorca, marzo de 1987

LIBRO I

INTRODUCCIÓN. CAUSAS Y ANTECEDENTES DE LA GUERRA DEL PELOPONESO

SINOPSIS

1\. *Prólogo. La importancia de la Guerra del Peloponeso.*
2-19. *La «Arqueología».* Debilidad de épocas anteriores en relación con la Grecia de la Guerra del Peloponeso. Crítica histórica.
20-22. *La investigación de Tucídides. El método histórico.*
23\. *La magnitud de la Guerra del Peloponeso. Sus causas.*
24-55. *Conflicto de Corcira.*
- 29\. Victorias de Corcira.
- 31\. Embajadas de corcireos y corintios a Atenas.
- 32-36. Discurso de los corcireos.
- 37-43. Discurso de los corintios.
- 44-45. Alianza defensiva de Atenas y Corcira. Intervención ateniense.
- 46\. Preparativos de los corintios.
- 47\. Preparativos de los corcireos.
- 48-52. Batalla naval de las islas de Síbota.
- 53\. Conversaciones entre atenienses y corintios.
- 54\. Corintios y corcireos reivindican la victoria.
- 55\. Los corintios y los atenienses regresan a su patria.

56-66. *Conflicto de Potidea.*
- 57. Intrigas de Perdicas contra los atenienses.
- 58. Sublevación de Potidea.
- 59. Los atenienses en Macedonia.
- 60. Ayuda de Corinto.
- 61. Expedición de Calias.
- 62-63. La Batalla de Potidea.
- 64-66. Asedio de Potidea.

67-88. *El debate de Esparta.*
- 68-72. Discurso de los corintios.
- 73-79. Discurso de los atenienses.
- 80-85. Discurso de Arquidamo.
- 86. Discurso de Estenelaidas.
- 87. El tratado ha sido violado.
- 88. *El miedo de Esparta al poderío de Atenas. La verdadera causa.*

89-118. *La «Pentecontecia».* Historia de Atenas después de las Guerras Médicas. Formación del Imperio ateniense.
- 90-93. La reconstrucción de las murallas de Atenas. Actuación de Temístocles.
- 94. Expedición de Pausanias contra Chipre y Bizancio.
- 95. Acusaciones contra Pausanias. La hegemonía pasa a los atenienses.
- 96. La Confederación ático-delia.
- 97-100. Orígenes y crecimiento del poderío ateniense. De la hegemonía al Imperio. Expediciones de Cimón, Tracia, Naxos, Eurimedonte, Tasos.
- 101. La rebelión de los hilotas. Rendición de Tasos.
- 102. Diferencias entre Esparta y Atenas. El incidente de Itome.
- 103. Fin de la resistencia de Itome. Alianza de Mégara y Atenas.
- 104. Los atenienses en Egipto.
- 105-106. Guerras contra Corinto, Epidauro y Egina.
- 107. Expedición lacedemonia a Grecia Central.

108. Batallas de Tanagra y de Enófita. Expediciones atenienses. Atenas acaba sus Muros Largos.
109-110. Derrota de los atenienses en Egipto.
111. Los atenienses en Tesalia, en el Peloponeso y en Acarnania.
112. Tregua de cinco años con Esparta. Expedición a Chipre. Muerte de Cimón. Victoria de Salamina de Chipre. Guerra Sagrada.
113. Batalla de Coronea. Derrota ateniense en Grecia Central.
114. Sublevación de Eubea y de Mégara.
115-117. La Paz de Treinta años. La Guerra de Samos.
118. Fin de la «Pentecontecia». Embajada lacedemonia a Delfos.

119-125. *Asamblea de la Liga del Peloponeso en Esparta.*
120-124. Discurso de los corintios.
125. Se decide la guerra.

126-139. *Reclamaciones y pretextos.*
126-127. Primera embajada lacedemonia a Atenas. El sacrilegio de los Alcmeónidas.
128-134. Réplica ateniense. El sacrilegio del Ténaro. Traición de Pausanias.
135-138. El caso de Temístocles.

139-145. *La Asamblea de Atenas.*
139. Nuevas embajadas lacedemonias a Atenas. El ultimátum. La Asamblea.
140-144. Discurso de Pericles.
145. Respuesta de Atenas.

146. *Acaba el relato de las causas y antecedentes de la Guerra del Peloponeso.*

PRÓLOGO

La importancia de la Guerra del Peloponeso

Tucídides de Atenas[1] escribió 1
la historia de la guerra entre los peloponesios y los atenienses[2] relatando cómo se desarrollaron sus hostilidades[3], y se puso a ello[4] tan pronto como se declaró, porque pensaba que iba a ser im-

---

[1] El historiador no se dirige exclusivamente a sus conciudadanos (cf. pasajes como II 19, 2; 34, 7; VIII 67, 2, con explicaciones superfluas para un ateniense), sino que piensa en un público amplio y en la posteridad. Por eso da su nombre unido al nombre de su ciudad, como habían hecho Hecateo (cf. F. Jacoby, *Die Fragmente der griechischen Historiker [FGrHist]*, Berlín-Leiden, 1923..., 1, F 1) y Heródoto (I, *Proemio*) en una línea de afirmación de la personalidad que se inició con la lírica. Sin embargo, cuando habla de sí mismo como estratego ateniense (cf. *infra*, IV 104, 4) se cita con el nombre con el que se le conocía oficialmente en Atenas: Tucídides de Óloro *(Thoukydídēs Olórou)*.

[2] Esta guerra del 431-404 supuso la culminación de la oposición entre Atenas y Esparta.

[3] Es la historia de cómo evolucionó la guerra y de la política relacionada con ella. No se trata de una historia general de la época y otros aspectos pasan a segundo plano. El objetivo de la investigación tucidídea es la guerra en sí misma en sus diversas fases y con todas sus causas, implicaciones y consecuencias, y no es la guerra en su aspecto superficial —aunque es un magnífico observador y narrador de los hechos bélicos—, sino que se interesa de forma especial por su trasfondo, sus raíces y derivaciones; le importan las causas profundas y los motivos que se esgrimieron, así como las consecuencias morales que provocó. Y todo ello sabe mirarlo con ojo clínico. Una guerra para un historiador imbuido

portante y más memorable que las anteriores[5]. Basaba su conjetura en el hecho de que ambos pueblos la emprendían en su mejor momento gracias a sus recursos de todo

---

del método hipocrático era como una enfermedad. Así como en el estado normal de salud no pueden observarse las anomalías fisiológicas, del mismo modo en las épocas de paz no se patentizan los desarreglos y alteraciones del organismo social. Igual que el médico estudia la salud y sus características mediante la observación de cuerpos enfermos, el historiador y el sociólogo pueden entender mejor las leyes que rigen la comunidad humana mediante el análisis de las guerras, las épocas críticas en las que se pone de manifiesto el trasfondo de la salud de los pueblos. Quedan entonces al descubierto todas las alteraciones y las tendencias elementales de la sociedad, el fenómeno del poder, el derecho y la fuerza, la ambición política, etc. Todas esas cuestiones constituyen el centro del interés de la *Historia* de Tucídides (cf. sobre ello el libro de J. ALSINA, *Tucídides: Historia, ética y política,* Madrid, 1981). El tema, pues, está perfectamente delimitado desde el principio: «la guerra entre los peloponesios y los atenienses». No es una historia «cultural» de su tiempo, y en función de esto se explican algunos «silencios» del historiador; se ciñe a unos hechos militares y políticos concretos: la guerra y sus causas profundas, los móviles que la desencadenaron, las fuerzas, leyes e ideas subyacentes, su evolución y el papel de los políticos y de los pueblos... En resumen, un objetivo restringido, y vasto a la vez, dentro de cuyos límites Tucídides aspira a lograr un *ktêma es aiei,* es decir, una «adquisición para siempre» (cf. *infra,* I 22, 4).

[4] Su preocupación por narrar la guerra comenzó con la guerra misma, y su genio lo llevó a analizar con extraordinaria profundidad los sucesos contemporáneos. Desde el principio de la guerra, comenzó, por tanto, a reunir y preparar los materiales de su *Historia.*

[5] En comparación con el pasado remoto, al que se refiere la *Arqueología,* y con el pasado reciente y actuante de la *Pentecontecia,* Tucídides analiza su época y la guerra que le ha tocado vivir; ello le lleva a una afirmación de la importancia y superioridad del presente y a minimizar, en relación con la Guerra del Peloponeso, todas las anteriores, la de Troya inclusive. Y del mismo modo que sitúa su guerra frente a las que la precedieron, él mismo pretende distanciarse de sus predecesores; su obra quiere ser distinta en concepción y métodos y, a lo largo

tipo[6], y en que veía que los restantes griegos, unos de inmediato y otros disponiéndose a ello, se alineaban en uno u otro bando. Ésta fue, en efecto, la mayor conmoción[7] 2 que haya afectado a los griegos y a buena parte de los bárbaros[8]; alcanzó, por así decirlo, a casi toda la huma-

---

de sus páginas, encontramos frecuentes pruebas de su voluntad de novedad y singularidad. Su obra, en consonancia con su época, ha de ser *borrón y cuenta nueva* respecto a concepciones y a métodos anteriores, en relación a Homero, a los logógrafos y a Heródoto, y, junto a esta pretensión de novedad y singularidad, se evidencia, asimismo, la voluntad de permanencia de una obra concebida como «adquisición para siempre», como lección y ejemplo para generaciones futuras y con el mismo afán de utilidad en que se inspiran las observaciones clínicas de un médico (cf. *infra,* II 48, 3). Estas aspiraciones tucidídeas se evidencian a lo largo de una obra tan densa y ardua como atractiva, una obra en la que se reflejan una inteligencia que constantemente relaciona, un pensamiento profundamente analítico y un espíritu apasionado, un intelectual y un artista, una obra llena de tensiones y contrastes donde tan pronto sobresale la época y el ambiente y su formación sofística como la original personalidad del historiador, donde unas veces prima lo racional y otras lo irracional y lo trágico; donde coexiste el científico, su afán de precisión, concisión y su espíritu antitético, con el poeta que quiere atraer la atención sobre la grandiosa y trágica aventura de su patria, sobre una guerra que considera más memorable que las anteriores. Todo ello se refleja perfectamente en su léxico y en su estilo, en los que se conjugan asimismo las influencias de una época y los rasgos únicos de una extraordinaria individualidad, tal como se revela a quien lo lee sin precipitación.

[6] Cf. *infra,* I 19, y 118, 2.

[7] *Kínēsis.* Sobre este término, cf. H. PATZER, reseña de F. Bizer, *Untersuchungen zur Archäologie des Thukydides,* tesis, 1937, *Gnomon* 16 (1940), 350; N. G. L. HAMMOND, «The arrangement of the thought in the proem and in other parts of Thucydides I», *The Classical Quarterly* 11 (1952), pág. 132.

[8] Los griegos utilizaban el término *bárbaros* para designar al extranjero que no pertenecía a su estirpe, mientras que *xénos* servía para indicar al extranjero griego (cf. HERÓDOTO, II 160, 4), que era ciudadano

nidad[9]. Pues los acontecimientos anteriores, y los todavía más antiguos[10], era imposible, ciertamente, conocerlos con precisión a causa de la distancia del tiempo; pero

---

de una *pólis* distinta a la propia. Los espartanos, sin embargo, no hacían distinción alguna (cf. HERÓDOTO, IX 11, 2; 53, 2; 55, 2). *Bárbaros* es una forma onomatopéyica indoeuropea para designar a una persona que tiene dificultad para hablar una lengua, que hace *«bar-bar»* al hablar (piénsese, por ejemplo, en la raíz sánscrita *barbara* para significar «tartamudear»); y de ahí la idea de «extranjero». Cf. J. POKORNY, *Indogermanisches etymologisches Wörterbuch* I, Berna-Berlín, 1959, págs. 91 ss.

[9] Muchos pueblos no griegos, como los epirotas, tracios, macedonios, sículos y, en cierta medida, los persas, se vieron implicados en la contienda. Si la guerra arquidámica (431-421) fue esencialmente griega, después de la Paz de Nicias los horizontes se ampliaron. Cf. A. W. GOMME, *A historical commentary on Thucydides* I, Oxford, 1945, pág. 91.

[10] Pasaje de dudosa interpretación. Se ha discutido mucho sobre el sentido de «los acontecimientos anteriores, y los todavía más antiguos». Para Stahl, lo primero se refería a la época entre la Guerra de Troya y las Guerras Médicas, y lo segundo a los lejanos tiempos anteriores a Troya. Schadewaldt piensa que «los acontecimientos anteriores» *(tà prò autôn)* se refiere a las Guerras Médicas y «los todavía más antiguos» *(tà éti palaítera)*, a la Guerra de Troya. Según Classen, en lo primero habría una alusión a los sucesos inmediatamente anteriores a la Guerra del Peloponeso a partir de las Guerras Médicas, y en lo segundo, a los acontecimientos anteriores al enfrentamiento con Persia. Pero resulta chocante que la dificultad señalada por Tucídides para llegar a un conocimiento preciso pueda referirse a los cercanos hechos de la *Pentecontecia* (años 479-432; cf. *infra*, I 89-118), de los que no debían de faltar los testimonios. El mismo Tucídides —en I 97, 2— dice que ha estudiado este período de forma más amplia y precisa que Helánico. También se contaba con el testimonio de Heródoto para las Guerras Médicas. Parece, pues, más verosímil que, cuando Tucídides habla de dificultades para conocer los hechos con precisión, piense sobre todo en la historia más antigua, a la que se aproxima mediante indicios menos seguros. Si tenemos presente la síntesis de la historia de Grecia anterior a la Guerra del Peloponeso que Tucídides hace en la llamada *Arqueología* (I 2-19),

por los indicios a los que puedo dar crédito cuando indago lo más lejos posible, no creo que ocurriera nada importante ni en lo referente a las guerras ni en lo demás.

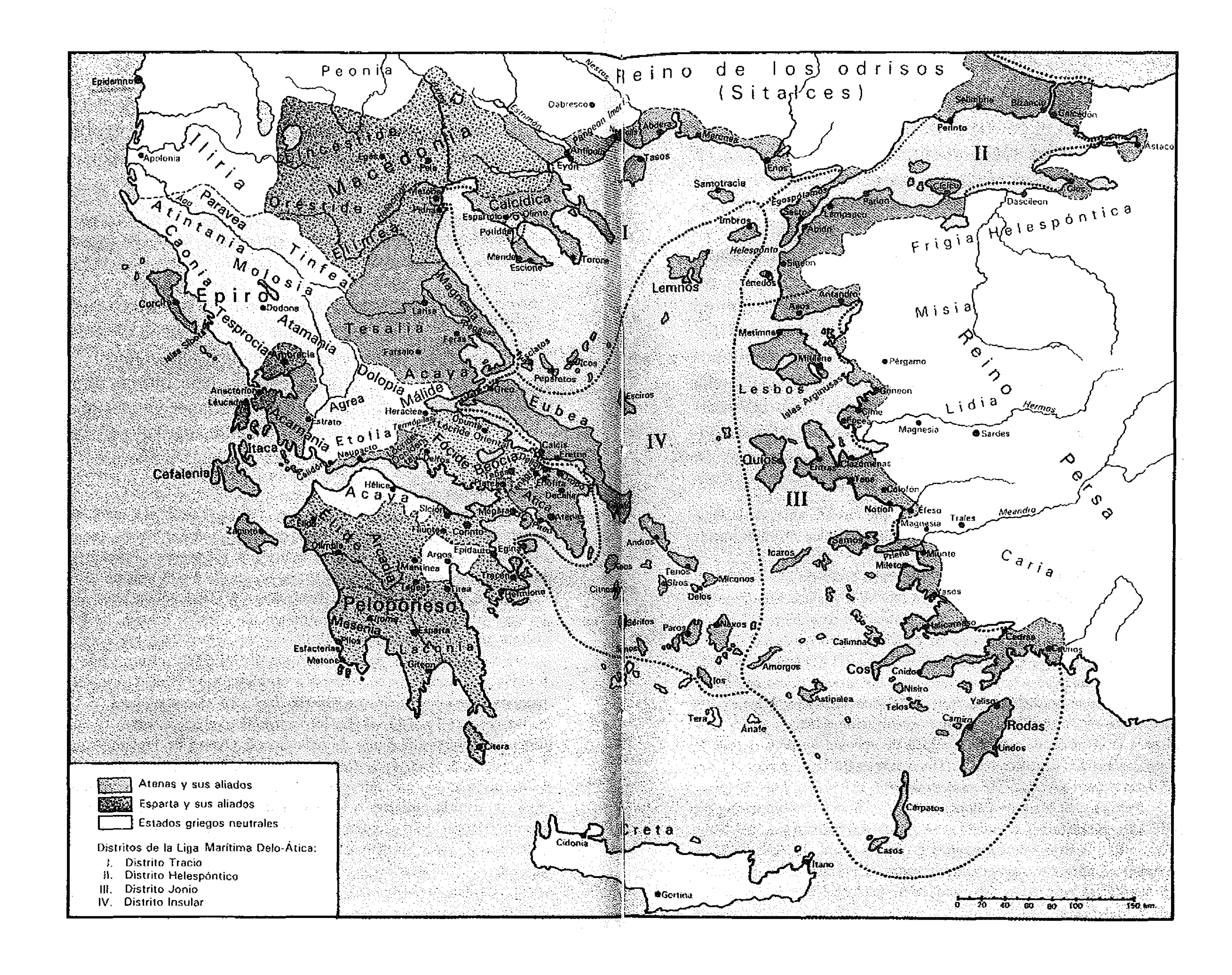
La «Arqueología»

Debilidad de épocas anteriores en relación con la Grecia de la Guerra del Peloponeso. Crítica histórica

Es evidente[11], en efecto, que la 2
tierra que ahora se llama Grecia no estaba habitada antiguamente de forma estable, sino que al principio hubo migraciones y todos abandonaban fácilmente su territorio
forzados por otros pueblos cada vez más numerosos. El 2

es fácil llegar a la conclusión de que la expresión *tà prò autôn* («los acontecimientos anteriores» a «la mayor conmoción —*kínēsis*— que haya afectado a los griegos») —si no creemos que sea un caso de corrupción del texto (como piensan Steup y otros)— se refiere a la historia de Grecia que va desde la Guerra de Troya hasta la del Peloponeso, dejando un poco al margen la época inmediatamente anterior (tratada de forma sucinta en la *Arqueología* —I 18-19—, pero desarrollada luego ampliamente en los capítulos de la *Pentecontecia* I 89-118), mientras que «los todavía más antiguos» se referiría a la misma Guerra de Troya y a los tiempos anteriores a ella. La Guerra de Troya marcaría, pues, la línea divisoria (cf. I 11, 3-12, 1). En la *Arqueología*, efectivamente, Tucídides toma como frecuente punto de referencia la Guerra de Troya (cf. *infra*, I 3, 1; 3, 3; 3, 4; 8, 4; 9, 5; 11, 3-12, 1; 12, 4; 14, 1) y continuamente habla del «antes» y el «después» de esta guerra. Por un lado estaría, pues, la historia posterior a la Guerra de Troya y anterior a la del Peloponeso, sobre todo en sus épocas peor conocidas, y por otro, la misma Guerra de Troya y los acontecimientos todavía más antiguos, la leyenda, en suma.

11 La llamada *Arqueología* sirve para demostrar la primera afirmación de Tucídides respecto a que la guerra que historió era más grande



Peonia
Reino de los odrisos
(Sitalces)
Epidamno
Dabresco
Nestos
Estrimón
Pangeon
Abdera
Maronea
Tasos
Enos
Selimbria
Bizancio
Calcedón
Perinto
Astaco
II
Apolonia
Iliria
Macedonia
Oréstide
Elimea
Egas
Pela
Metona
Pidna
Calcídica
Espartolo
Olinto
Potidea
Mende
Escione
Torone
Anfípolis
Eyón
I
Samotracia
Imbros
Egospótamos
Sesto
Lampsaco
Abido
Parion
Cícico
Dascileon
Frigia Helespóntica
Helesponto
Paravea
Atintania
Caonia
Molosia
Tinfea
Epiro
Dodona
Corcira
Tesprocia
Atamania
Islas Sibota
Ambracia
Tesalia
Larisa
Magnesia
Feras
Farsalo
Acaya
Dolopia
Málide
Esciatos
Peparetos
Lemnos
Ténedos
Sigeon
Antandro
Misia
Metimna
Mitilene
Lesbos
Islas Arginusas
Pérgamo
Reino
Lidia
Hermos
Grineon
Cime
Focea
Magnesia
Sardes
Anactorion
Léucade
Agrea
Heraclea
Termópilas
Opunte
Eubea
Esciros
Acarnania
Estrato
Etolia
Lócride Oriental
Fócide
Beocia
Calcis
Eretria
Itaca
Naupacto
Delfos
Cefalenia
IV
Quíos
Eritras
Clazómenas
Teos
Colofón
Persa
Hélice
Acaya
Sición
Platea
Atica
Decelia
Atenas
Megara
III
Notion
Éfeso
Magnesia
Trales
Meandro
Elide
Arcadia
Zacinto
Olimpia
Corinto
Fliunte
Egina
Epidauro
Argos
Mantinea
Tegea
Tirea
Trecén
Hermione
Peloponeso
Andros
Ceos
Tenos
Siros
Delos
Míconos
Citnos
Icaros
Samos
Priene
Mileto
Miunte
Caria
Iasos
Mesenia
Pilos
Esfacteria
Metone
Esparta
Laconia
Giteon
Sérifos
Paros
Naxos
Calimna
Halicarnaso
Amorgos
Cos
Cnido
Nisiro
Telos
Caunos
Ios
Astipalea
Tera
Anafe
Yaliso
Camiro
Rodas
Lindos
Citera
Cárpatos
Casos
Creta
Cidonia
Itano
Gortina
0 20 40 60 80 100 150 km.
Atenas y sus aliados
Esparta y sus aliados
Estados griegos neutrales
Distritos de la Liga Marítima Delo-Ática:
I. Distrito Tracio
II. Distrito Helespóntico
III. Distrito Jonio
IV. Distrito Insular

comercio no existía y las comunicaciones entre los pueblos no eran seguras ni por tierra ni por mar; cada uno sacaba de su propia tierra sólo lo indispensable para vivir, y no acumulaban riquezas ni efectuaban plantaciones [12], puesto que nadie sabía cuándo otros se les echarían encima y, al no estar protegidos por murallas, los despojarían; en consecuencia, pensando que en cualquier parte iban a conseguir el indispensable alimento cotidiano, emigraban sin dificultad, y por ello no eran poderosos ni por la magnitud
3 de sus ciudades ni por otro tipo de recursos [13]. Las tierras más fértiles, mayormente, experimentaban continuos cambios de habitantes: así la que ahora se llama Tesalia y Beocia y la mayor parte del Peloponeso [14] con la excepción de Arcadia, y de las restantes, las que eran mejo-
4 res. Gracias a la fertilidad de la tierra, las fortunas de

---

y memorable que las precedentes debido a que Grecia, antes de la Guerra del Peloponeso, no estaba preparada ni económica ni militarmente para guerras importantes.

[12] De árboles frutales, cepas y olivos, cuyo fruto no hubieran podido recoger. Sólo cultivaban la tierra para satisfacer sus necesidades inmediatas. Tampoco se había iniciado la acumulación de riqueza (cf. *infra,* I 7; 13, 1), tan importante luego en el ámbito político-social.

[13] Inestabilidad en los asentamientos, inseguridad en las comunicaciones, provisionalidad y pobreza: tales eran las características de la Grecia primitiva por oposición a la forma de vida posterior, ligada a un centro urbano y un territorio, con una organización estable y una capacidad para la creación de riqueza. La idea de «progreso» preside toda la *Arqueología.* Cf. J. de Romilly, «Thucydide et l'idée de progrès», *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa* 35 (1966), 143-191.

[14] Peloponeso: «Isla de Pélope» (cf. *infra,* nota 59), por cuanto que estaba casi completamente rodeado por el mar (salvo los 8 Km. del Istmo de Corinto). El Peloponeso, excepto la zona central, la Arcadia feliz, que era poco apta para la agricultura, como tierra montañosa, y pobre en recursos, era una tierra rica y contaba con los fértiles valles de Laconia y Mesenia.

algunos aumentaban y eran causa de disensiones internas
que provocaban la ruina de los pueblos, a la vez que los
dejaban más expuestos a los ataques de tribus del exterior.
Pero el Ática, según esto, por vivir desde los tiempos más 5
remotos sin disensiones internas debido a la aridez de su
suelo[15], fue habitada sin interrupción por los mismos
hombres[16]. Y una demostración bastante clara de mi teo- 6
ría la constituye el hecho de que las otras regiones no
progresaron en la misma medida a causa de las migraciones. En efecto, los hombres más poderosos, al ser desterrados del resto de Grecia debido a guerras o a disensiones internas, se refugiaban en Atenas por aprecio a su estabilidad y, convirtiéndose en ciudadanos[17], desde los primeros tiempos acrecentaron todavía más la población de la ciudad, hasta el punto de que más tarde, al resultar el Ática insuficiente, incluso enviaron colonias a Jonia[18].

---

[15] El territorio del Ática, con un terreno poco apto para los cereales, de los que debía abastecerse mediante importación, se prestaba, sin embargo, al cultivo de árboles y, en especial, al del olivo. Paradójicamente, la organización política y la ausencia de disensiones se unen a la pobreza del suelo. Cf. M. H. B. MARSHALL, «Urban Settlement in the second chapter of Thucydides», *The Classical Quarterly* 69 (1975), 26-40.

[16] Los atenienses se consideraban autóctonos. Cf. *infra* la afirmación que se hace en el discurso fúnebre (II 36, 1) y EURÍPIDES, *Medea* 825-26.

[17] Esta facilidad para obtener la ciudadanía ateniense pertenecía, desde luego, al pasado. En el siglo V, Atenas era mucho más reacia a ampliar su ciudadanía.

[18] Sobre la colonización de Asia Menor, cf. *infra*, I 12, 4, y HERÓDOTO, I 142-148. Sobre el origen ateniense de los jonios de las Cícladas y de Asia Menor, cf. *infra*, VII 57, 4, y HERÓDOTO, I 146-147; V 97, 2; VII 51, 2; VIII 46, 2-3; IX 106, 3. La propaganda política insistía en el liderazgo de Atenas sobre los jonios.

siquiera existía tal denominación, y que las diferentes gentes, y sobre todo los pelasgos[22], extendían el nombre de

---

Helén y sus hijos. Un nombre se difundía igual que se extendían los dominios, debido a la fuerza. No se dan pruebas. Sólo está la afirmación de que la difusión del nombre debió de producirse porque Helén y sus hijos se hicieron poderosos. El poderío de Helén se infiere de la difusión de su nombre, y subyace la idea de la fuerza como elemento determinante de la historia.

[22] Con los nombres de pelasgos, léleges y carios se conocía a los primitivos habitantes de las tierras que luego fueron ocupadas por los griegos o helenos. Estos pueblos, antes de la llegada de los griegos, se extenderían por toda Grecia, y los pelasgos, en concreto, según los testimonios de Homero (cf. *Ilíada* II 681-684 y 840-843) y de Heródoto, estarían situados preferentemente en las regiones septentrionales, de donde se verían obligados a emigrar al producirse las invasiones de los grupos indoeuropeos. Heródoto (I 56-58) los consideraba autóctonos e indicaba que su lengua no era griega; los pueblos autóctonos pelásgicos, como era el caso de los atenienses, que luego se convirtieron en griegos, cambiaron sin duda de lengua (cf. Heródoto, I 57, 2-3; VIII 44). Una vez instalados los helenos y ya helenizada la población autóctona ateniense, los pelasgos no asimilados quedarían como grupos marginales; tal sería el caso de los que se instalaron en Lemnos tras ser expulsados del Ática por los atenienses, pelasgos que realizarían incursiones contra el Ática y sobre los que se organizaría una campaña propagandística a mediados del siglo v a. C. para justificar la toma de Lemnos por Milcíades (cf. Heródoto, VI 137-140; E. Luppino, «I Pelasgi e la propaganda politica del v° secolo a. C.», *Contributi dell'Istituto di Storia Antica* 1 [1972], 71-77). De todas formas, el planteamiento de Heródoto del problema pelásgico es, por lo menos, algo complicado (cf. Heródoto, I 56-58; 146, 1; II 51-52; VI 137-140; VII 94-95; VIII 44). Su identificación histórica no es segura, y ya Éforo en el siglo iv a. C. señalaba que los nombres de estos pueblos eran términos imprecisos que servían para designar a distintos grupos que habitaban en la cuenca del Egeo cuando llegaron los griegos. Tucídides no profundiza en el complejo problema de los pelasgos y se limita a considerarlos como la población más numerosa y extendida de la Grecia prehelénica. Sobre esta cuestión, cf. F. Lochner von Hüttenbach, *Die Pelasger*, Munich, 1960, y la reseña de G. Neumann, *Gnomon* 34 (1962), 370-374.

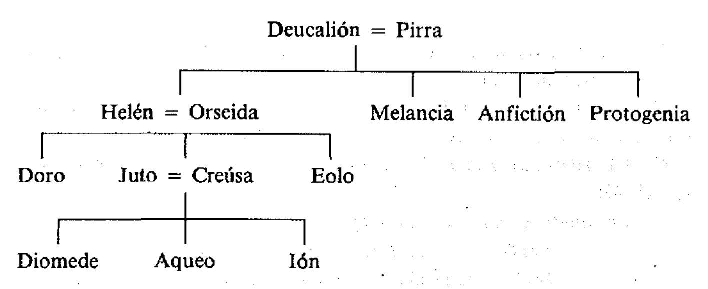
Me demuestra también, y no con menor claridad, la 3
debilidad de los antiguos el hecho de que, antes de la Guerra de Troya[19], la *Hélade* no parece haber acometido ninguna empresa en común; pienso, además, que este nom- 2
bre[20] no sólo no designaba todavía al país en su totalidad, sino que antes de Helén, el hijo de Deucalión[21], ni

---

19 Acontecimiento que se toma con frecuencia como punto de referencia. Según las principales fuentes cronológicas, su fecha fue el 1184 a. C. (cf. *infra,* I 12, 3, n. 83). Tucídides la colocaba en torno al 1200, o hacia mediados del siglo XIII a. C., según otros.

20 *Hellás,* «Hélade». *Hellás* fue, originariamente, una zona de Tesalia, próxima a Ftía, que se hallaba bajo el dominio de Aquiles. Cf. *Ilíada* IX 395.

21 Deucalión era un héroe, hijo de Prometeo, que se casó con Pirra, hija de Epimeteo y de Pandora, la primera mujer. Deucalión y Pirra fueron los únicos supervivientes del diluvio con el que Zeus decidió castigar a los hombres. Por consejo de Prometeo, construyeron un arca en la que flotaron durante nueve días y nueve noches salvándose del diluvio. Se establecieron luego en Tesalia, donde reinaron sobre los primeros hombres que, tras el diluvio, surgieron de las piedras —los huesos de la Tierra— que Deucalión y Pirra lanzaron por orden de Zeus. Uno de sus hijos fue Helén, mítico fundador de los helenos, de cuyos hijos, Doro, Eolo y Juto descienden los dorios, eolios, jonios y aqueos. (Cf. DIODORO, IV 60, 2; APOLODORO, I 7, 2-3.) He aquí el árbol genealógico de esta familia mítica:



En la interpretación del mito que nos ofrece Tucídides es de destacar la idea de que el nombre de *helenos* se difundió debido a la fuerza de

su propio pueblo. Pero cuando Helén y sus hijos se hicie-
ron poderosos en la Ftiótide[23], y los solicitaban para acu-
dir en auxilio de otras ciudades, los diferentes pueblos,
desde entonces, debido a aquellas relaciones, dieron una
mayor difusión al nombre de *helenos,* denominación que,
sin embargo, durante mucho tiempo, no pudo imponerse
3 a todos. Homero lo prueba mejor que nadie, pues, aun-
que vivió en una época muy posterior a la de la Guerra
de Troya[24], en ninguna parte aplicó el nombre colectiva-
mente, ni tampoco a otros que no fueran los compañeros
de Aquiles, procedentes de Ftiótide, que fueron precisa-
mente los primeros *helenos*[25], sino que en sus poemas, al
referirse a todos, los llamó dánaos, argivos y aqueos.
Tampoco utilizó el término de *bárbaros*[26] por la razón
de que los griegos, según creo, todavía no se distinguían
4 con un solo nombre que fuera el contrario. Así, pues,
aquellos que recibieron el nombre de *helenos,* primero se-
paradamente, ciudad tras ciudad a medida que se com-
prendían entre sí, y en conjunto después, no realizaron
nada en común antes de la Guerra de Troya a causa de
5 su debilidad y aislamiento. Y marcharon juntos a esta ex-
pedición sólo cuando su experiencia del mar fue mayor[27].

---

23 Región situada al sudeste de Tesalia, en la que se encontraba Ftía, la patria de Aquiles.

24 Cf. HERÓDOTO, II 53. Según Heródoto, Homero y Hesíodo fueron contemporáneos y vivieron a mediados del siglo IX a. C.

25 Cf. HOMERO, *Ilíada* II 683-684; IX 395; 447-448; XVI 595; *Odisea* XI 496.

26 En *Ilíada* II 867, sin embargo, se habla de los carios *barbaróphōnoi* (cf. ESTRABÓN, XIV 2, 28), por lo que se piensa que Tucídides desconocía el verso o rechazaba su autenticidad o su valor probatorio respecto al uso del término *bárbaroi* (cf. *supra,* nota 8).

27 Cf. *infra,* I 9, 3-4.

Minos[28] fue el primero, de los que conocemos por la tradición[29], en procurarse una flota[30] y extender su dominio por la mayor parte de lo que hoy llamamos mar griego[31]; sometió las islas Cícladas[32] y fue el primer colonizador de la mayor parte de ellas, expulsando a los 4

---

28 Mítico rey de Creta, cuyo nombre representa probablemente un título o un gentilicio, hijo de Zeus y de Europa según la tradición. Tucídides le atribuye la creación de la primera gran flota, base de la talasocracia cretense. Este dominio minoico sobre el Egeo y el Mediterráneo oriental, aunque ha sido objeto de controversias e incluso negado por algunos, está de acuerdo con los testimonios antiguos (cf., por ej., HERÓDOTO, I 171, 2-3; III 122, 2; PLATÓN, *Leyes* 706a-b; ÉFORO, *FGrHist* 70 F 149; ARISTÓTELES, *Política* II 7, 2 (1271b); ESTRABÓN, X 4, 8; DIODORO, IV 60, 3; PAUSANIAS, I 27, 9) y ha sido confirmado por las modernas investigaciones arqueológicas que evidencian una supremacía de la cultura y economía cretense sobre las Cícladas, Chipre, Asia Menor y Egipto durante la primera mitad del II milenio hasta el siglo XVI a. C. La talasocracia minoica no es, por tanto, una invención ateniense en la búsqueda de un ilustre precedente para su imperio del siglo V a. C., aunque Tucídides proyecte en cierto modo las condiciones políticas y económicas de la Atenas de su época sobre el pasado más lejano. Ya antiguamente para crear un imperio las condiciones que se precisaban eran, según el historiador, recursos financieros y la posesión de una flota, tributos y naves, es decir, las circunstancias que permitieron la expansión imperial ateniense. Tucídides identifica imperio y talasocracia (cf. *infra,* I 8, 2-4) desde su óptica de una ciudad marítima e imperial.

29 La *akoē,* la tradición oral. Cf. *infra,* I 23, 3; 73, 2 etc.

30 Cf. *infra,* I 8, 2. Sobre la construcción naval en Creta, cf. S. MARINATOS, «La marine créto-mycénienne», *Bulletin de correspondance héllenique* 62 (1933), 170-235.

31 El Egeo.

32 Archipiélago del Egeo meridional, al sudeste del Ática y de Eubea, con islas como Naxos (la mayor de ellas con una extensión de unos 450 Km.²), Paros, Andros..., formando un círculo *(kýklos)* alrededor de Delos.

carios[33] y estableciendo como gobernadores a sus propios hijos. Y, como era natural, para que le llegaran con mayor seguridad los tributos, procuró, hasta donde alcanzó su poder, limpiar el mar de piratas.

5 Los griegos de otro tiempo, en efecto, y los bárbaros que vivían en la costa del continente o en las islas, una vez que empezaron a pasar con sus naves de unas tierras a otras con mayor frecuencia, se dedicaron a la piratería[34] bajo el mando de hombres que, sin ser ellos los de

---

[33] Cf. *infra,* I 8, 1. Sobre los orígenes de este pueblo, véase HERÓDOTO, I 171 (cf. HERÓDOTO, *Historia* I-II, Intr. F. R. ADRADOS, Trad. y notas de C. SCHRADER, Madrid, B.C.G. 3, 1977, págs. 230-231. Tucídides está en desacuerdo con otras fuentes respecto a la expulsión de los carios de las islas, que, según él, fue obra de Minos. Según Heródoto, sin embargo, fueron expulsados por los dorios y los jonios (cf. HERÓDOTO, I 171, 5). Según el historiador de Halicarnaso, los carios no se dedicarían a la piratería y estarían en buenas relaciones con Minos, cuya supremacía reconocerían, e incluso contribuirían a equipar sus naves (cf. HERÓDOTO, I 171, 2). En época histórica vivían en el suroeste de Asia Menor. Sobre ellos, cf., asimismo, ESTRABÓN, XIV 2, 27-28.

[34] En estos capítulos de la Arqueología, el tema del mar, de la importancia de su dominio y de su relación con el progreso, es un *leitmotiv,* tal como demuestran las continuas referencias al uso y al control de las rutas marinas (cf. I 2, 2; 3, 5; 4, 7; 8, 2-3; 9, 3-4; 10, 4; 13, 1-6; 14, 1-3; 15, 1) y al tema de la piratería (cf. I 7; 8, 1-3; 10, 4; 11, 1-2; 13, 5). La valoración tucidídea de la piratería no es negativa; va unida al desarrollo de la navegación y al progreso de las comunidades, procura medios de subsistencia a los más débiles y poder, autoridad y gloria a los más poderosos, que con esta actividad se aseguran el apoyo y la obediencia de los primeros. Este juicio positivo coincide perfectamente con la visión de PLATÓN *(Leyes* VII 823b) y de ARISTÓTELES *(Política* I 3, 4, 1256a), para los cuales la piratería es un *modus vivendi* tan natural como la agricultura, la pesca o la caza. Cf. en este sentido *infra,* I 11, 1, donde Tucídides, al hablar de la actividad de los griegos en Troya, dice que «a causa de la dificultad de aprovisionamiento, se

menos recursos, buscaban su propio provecho y sustento para los débiles. Cayendo sobre poblaciones sin murallas formadas por aldeas dispersas, las saqueaban y obtenían de allí la mayor parte de sus medios de vida, pues esta actividad no comportaba ningún deshonor, sino que más bien proporcionaba una cierta gloria. Lo demuestran aún 2 hoy algunos pueblos del continente, para quienes el éxito en estas acciones constituye un honor, y también los poetas antiguos, que en todas las ocasiones dirigen la misma pregunta de si son piratas[35] a los navegantes que desembarcan, señal de que quienes eran interrogados no desdeñaban aquella actividad, y que aquellos que se preocupaban de informarse no la reprochaban. En tierra también 3 se dedicaban al pillaje unos contra otros. Y hasta nuestros días se vive a la manera antigua en muchas zonas de Gre-

---

dedicaron a cultivar las tierras del Quersoneso y a la piratería». La piratería, igual que la práctica del bandidaje en tierra (cf. *infra,* I 5, 3), está en muchos aspectos relacionada con la guerra y con la actividad comercial. Su desarrollo y sus modalidades van cambiando según las épocas, pero difícilmente desaparece. Coexiste peor, sin embargo, con la existencia de una talasocracia. Así, por ejemplo, campó menos a sus anchas durante el período de la hegemonía marítima de Atenas, que impuso su ley y se preocupó de combatirla (cf. PLUTARCO, *Cimón* 8, 3-5; *Pericles* 19, 1), pero en otras épocas de la historia de Grecia experimentó un notable auge e incluso fue reglamentada y en cierto modo institucionalizada como guerra de corso; así ocurrió en muchos estados de la época helenística. Es, pues, un fenómeno ligado al progreso, que perduró en el Mediterráneo. Sobre este tema, cf. H. A. ORMEROD, *Piracy in the Ancient World,* Londres, 1924; G. BIRAGHI, «La pirateria greca in Tucidide», *Acme* 5 (1952), 471-477; Y. GARLAN, «Signification historique de la piraterie grecque», *Dialogues d'histoire ancienne* 4 (1978), 1-16.

[35] Cf. HOMERO, *Odisea* III 71-74; IX 252-255; *Himno a Apolo* 452-455.

cia, en la región de los locros ozolos[36], de los etolios[37] y de los acarnanios[38] y por aquella parte del continente. La costumbre de llevar armas que tienen estos pueblos continentales es una supervivencia de la antigua piratería.

6 Toda Grecia, en efecto, llevaba armas debido a que sus viviendas carecían de protección y a que las comunicaciones entre los pueblos no eran seguras; se acostumbraron
2 a la vida en armas, igual que los bárbaros. Y las zonas de Grecia que todavía viven así constituyen un indicio de que en otro tiempo formas de vida semejantes se daban
3 por todas partes. Entre aquellos griegos, los atenienses fueron los primeros en abandonar el hierro y pasarse, por la libertad de sus costumbres, a una vida más muelle. No hace mucho tiempo que en Atenas los más viejos de los ricos dejaron de llevar, como signo de su vida de lujo, *quitones* de lino[39] y de recoger las guedejas de su cabello

---

[36] Habitantes de la Lócride Ozolia o Hesperia, en la parte occidental de la costa norte del Golfo de Corinto, entre la Fócide y la Etolia. Se distinguen de los locros opuntios, que habitaban la Lócride Opuntia u Oriental, territorio que se extendía frente a Eubea, al norte de Beocia. Cf. *infra,* I 103, 3; 108, 3.

[37] Habitantes de Etolia, territorio situado al norte de la Lócride Ozolia y del golfo Calidonio, su salida al mar.

[38] Población de Acarnania, región al oeste de Etolia, bañada por el mar Jonio. El río Aqueloo la separa de Etolia.

[39] El quitón era el vestido normal en Grecia, usado tanto por los hombres como por las mujeres. El de éstas solía ser largo hasta los pies mientras que era más corto el de aquéllos. Sus características particulares dependían de una serie de factores como la edad, el sexo, los gustos y las modas, etc. Sin embargo, en líneas generales, había que distinguir entre dos tipos: el jónico y el dórico. El quitón jónico era una fina túnica de lino, con mangas (por lo que se le llamaba *cheirodōtós chitōn)* y cosida por ambos lados, de modo que no fueran necesarias las fíbulas, mientras que el vestido dórico era de lana, no tenía mangas y sólo iba

en la cabeza mediante la inserción de *cigarras* de oro[40]; de aquí proviene que esta moda imperara también durante mucho tiempo entre los viejos jonios, debido a su paren-

---

cerrado por un costado; por el otro estaba abierto (de ahí la denominación de *schistós chitōn* y el que Íbico llamara a las espartanas *phainomērídas* por enseñar las piernas por ese lado) y se abrochaba con fíbulas. La evolución del vestido masculino a la que se refiere Tucídides en este pasaje no coincide, sin embargo, con el cambio de la moda femenina al que hace referencia Heródoto en V 87-88, donde el historiador nos da una explicación anecdótica (la muerte del único superviviente ateniense de una expedición contra Egina a manos de las mujeres atenienses, que, a punzadas de fíbula, hicieron pagar a aquél la muerte de sus maridos) para justificar el paso del vestido dórico, con fíbulas, al jónico, evitando así la utilización de las fíbulas. La moda del quitón de lino sin aquel «peligroso cierre» procedía de Jonia, y los jonios, se cree, la habrían recibido de los carios (cf. HERÓDOTO, I 146, 2; V 88); en enterramientos arcaicos atribuidos a carios, según se ha observado (cf. R. LONG, «Greeks, Carians and the Purification of Delos», *American Journal of Archaeology* 62 [1958], 303), no aparecen fíbulas. Según este pasaje de Tucídides, por el contrario, la evolución no fue del modelo dórico al jónico, tal como explica Heródoto, sino viceversa. Y las representaciones que nos ofrecen la escultura y la cerámica permiten pensar que en Atenas, durante la época arcaica, se usaba el vestido jónico, y que, después de las Guerras Médicas, se fue imponiendo el modelo dórico, posiblemente como reacción contra el lujo y refinamiento orientales.

40 Se refiere a la moda de recoger los cabellos en la coronilla o encima de la nuca, que podemos observar en las figuras de los vasos del período comprendido entre mediados del s. VI y el 470 a. C., aproximadamente. Las «cigarras» *(téttiges)* serían unos adornos o pasadores para sujetar el pelo. Se han identificado con unas espirales que se insertaban en los cabellos. Sobre este uso, cf. ARISTÓFANES, *Caballeros* 1321-34, *Nubes* 984-986. Es probable que el nombre se debiera a su forma, aunque faltan testimonios seguros al respecto. Cf., asimismo, ATENEO, XII 512b-c.

4 tesco[41]. Por el contrario, los lacedemonios[42] fueron los primeros en usar vestidos sencillos[43], a la moda de ahora, y, en general, quienes poseían una mayor fortuna adoptaron, antes que nadie, el mismo modo de vida de
5 la masa. También fueron los primeros en mostrarse desnudos[44] y en desvestirse en público y untarse con aceite en los ejercicios gimnásticos. Antiguamente, en cambio, e incluso en los Juegos Olímpicos[45], los atletas competían llevando un ceñidor[46] que les cubría las vergüenzas, costumbre que se ha perdido no hace muchos años. Pero todavía hoy día hay pueblos bárbaros, en especial los asiáticos, que, al celebrar competiciones de pugilato y lucha,

---

41 Todas estas modas lujosas que compartieron los jonios y los atenienses no debieron de iniciarse en Atenas y pasar luego a Jonia, sino que debió de ocurrir al revés.

42 El término «lacedemonios» era la denominación oficial de los espartanos y se refería tanto a los espartiatas, los ciudadanos de pleno derecho, como a los periecos (cf. *infra,* n. 563 y 809).

43 *Metríāi esthêti* se refiere a la sencillez del modo de vestir dorio, pero también nos hace pensar en el largo del vestido. El dorio era más corto que el jonio.

44 Cf. PLATÓN, *República* V 452c. Platón dice que los cretenses fueron los primeros en usar los gimnasios (dando a esta palabra su sentido etimológico, es decir, refiriéndola a los lugares en que los hombres se ejercitaban desnudos), y que luego les siguieron los lacedemonios. Según otras fuentes, sin embargo, la costumbre de la desnudez en los ejercicios atléticos fue introducida por un personaje concreto: por el lacedemonio Acanto, según DIONISIO DE HALICARNASO (VII 72, 3), y por el megareo Orsipo, según PAUSANIAS (I 44, 1) y el escolio a este pasaje de Tucídides. Esta supresión del *diázōma* se habría producido en la XV Olimpíada, en el 720 a. C.

45 Juegos panhelénicos que se celebraban cada cuatro años en Olimpia, en la Élide. La lista de los vencedores de las Olimpíadas se iniciaba en el 776 a. C., y la referencia a los años olímpicos constituía un sistema cronológico.

46 El *diázōma* es una especie de taparrabo.

lo hacen cubiertos con taparrabos. En muchos otros aspectos, asimismo, se podría demostrar que el mundo griego antiguo vivía de modo semejante al mundo bárbaro de hoy[47]. 6

Respecto a las ciudades, las de fundación más reciente, que, por ser las circunstancias más favorables para la navegación, tenían recursos en mayor abundancia, fueron construidas con murallas en la misma costa y cerraron los istmos[48] pensando en el comercio y la defensa de cada una frente a sus vecinas. Las ciudades antiguas, por el contrario, tanto las insulares como las continentales, fueron fundadas generalmente lejos del mar[49] a causa de la piratería, que se mantuvo durante mucho tiempo (pues no sólo se robaban entre sí sino que también robaban a todos los que, aun sin vivir del mar, habitaban junto a la costa), y hasta hoy día han seguido en el interior. 7

No fueron menos piratas las isleños, que eran carios[50] 8
y fenicios[51], pueblos que, como es sabido, colonizaron la

---

47 En el pasaje citado de Platón se recuerda, refiriéndose al hecho de dejarse ver desnudos, que «no ha mucho les parecía a los griegos vergonzoso y ridículo lo que ahora se lo parece a la mayoría de los bárbaros». Cf. también a este respecto HERÓDOTO, I 10, 3.

48 Tal es el caso de Corinto (cf. *infra,* I 13, 5), Epidamno (I 24, 1-2; 26, 5) y Potidea (I 56, 2; IV 120, 3), entre otros.

49 Puede pensarse en ciudades como Argos, Micenas, Cnoso, y en la misma Atenas.

50 Cf. *supra,* I 4, n. 33.

51 Respecto a los fenicios en el Egeo, cf. HERÓDOTO, I 1, sobre el mítico rapto de Ío por los fenicios; II 44, 4, donde se habla de la colonización de Tasos por navegantes fenicios; II 54 y 56, sobre la intervención en la fundación del oráculo de Dodona de una mujer consagrada, raptada por los fenicios en Tebas de Egipto y vendida en Grecia; III 107, acerca de la exportación de incienso a Grecia por los fenicios; y IV 147, 4-5, sobre los fenicios en la isla de Tera.

mayor parte de las islas. He aquí una prueba: cuando, durante la guerra que nos ocupa[52], Delos fue purificada por los atenienses[53] y fueron retiradas todas las tumbas de los que habían muerto en la isla, se vio que más de la mitad pertenecían a carios[54]; fueron identificados por el tipo de armas enterradas con ellos y por la forma de
2 enterramiento, que todavía es la misma actualmente. Pero cuando fue creada la flota de Minos, las comunicaciones por mar entre los pueblos resultaron más fáciles (pues expulsó a los malhechores de las islas[55] cuando estableció
3 colonias en la mayoría de ellas), y los que habitaban junto al mar acrecentaron su fortuna y empezaron a vivir de forma más estable, e incluso algunos, al verse más ricos de lo que eran antes, se rodearon de murallas. Por el deseo de ganancias, los más débiles aceptaban su sumisión

---

52 Literalmente «esta guerra», que se refiere naturalmente a la que es objeto de la *Historia* de Tucídides; cf. *infra*, I 97, 1; II 47, 1, etc.

53 En el 426 a. C.; cf. III 104, 1-2. Esta afirmación de Tucídides ha sido confirmada por el hallazgo en Renea (cf. *infra*, I 13, 6, n. 103) de un depósito de material funerario correspondiente en general al período que va del siglo VIII al V a. C.

54 El problema relativo a las tumbas carias es complejo. Lo cierto es que quienes efectuaron la purificación de que habla Tucídides se encontraron con tumbas muy diferentes a las suyas, que no podían identificar. Probablemente se trata en general de enterramientos griegos de época arcaica. De todas formas, con apreciaciones como ésta se demuestra el interés de Tucídides por los datos arqueológicos. Cf. R. M. COOK, *Annual of the British School at Athens* 50 (1955), 266-270.

55 Cf. *supra*, I 4, nota 33. En cuanto a la importancia de la proximidad al mar y del amurallamiento, de lo que se habla a continuación, recuérdese que son precisamente dos elementos a evitar en la ciudad ideal de PLATÓN (*Leyes* 704d-707d; 778d; cf. D. PLÁCIDO SUÁREZ, «Platón y la Guerra del Peloponeso», *Gerión* 3 (1985), 43-62).

a los más fuertes, y los más poderosos con su abundancia se granjeaban el vasallaje de las ciudades más pequeñas[56].
Y ya se había consolidado esta situación cuando, poste- 4
riormente, emprendieron la expedición contra Troya.

Me parece, además, que Agamenón consiguió reunir 9
las fuerzas expedicionarias porque era el más poderoso de sus contemporáneos, y no tanto por ir al frente de los pretendientes de Helena, obligados por el juramento pres-
tado a Tindáreo[57]. Dicen, por cierto, quienes han reco- 2
gido de los antepasados las tradiciones más precisas sobre los peloponesios[58], que primero Pélope[59], gracias a la gran fortuna con la que desde Asia llegó a un pueblo sin

---

[56] Sobre la comunidad de intereses entre débiles y poderosos, cf. *supra*, I 5, 1, n. 34. Es una idea que encontramos en diversos pasajes. El imperio puede resultar útil a los súbditos y a los dominadores. La unión hace la fuerza. Cf. en particular, en el discurso de Eufemo, VI 87, 3-4.

[57] Padre «humano» de Helena (hija, en realidad, de Zeus y de Leda), que, siguiendo el consejo de Ulises, hizo jurar a los pretendientes de su hija que aceptarían la elección de ésta y que ayudarían, en caso de necesidad, al elegido. Éste fue el juramento invocado por Menelao para que todos los caudillos griegos emprendieran la expedición contra Troya. Cf. Isócrates, X 40; Apolodoro, III 10, 9, y Pausanias, III 20, 9. Tucídides racionaliza el mito.

[58] Probable alusión a Helánico (s. v a. C.), que escribió un libro titulado *Argoliká*, en el que recogía tradiciones peloponesias. Cf. *infra*, I 97, 2. Algunos fragmentos conservados se referirían a Atreo y Euristeo; cf. F. Jacoby, *FGrHist* 4, F 155 y 157.

[59] El mítico Pélope, hijo de Tántalo, era originario de Asia Menor, y emigró a Europa, expulsado por Ilo. Llegó a Grecia, que era un país pobre, cargado de tesoros, e introdujo el lujo oriental. Después de vencer a Enómao, se casó con su hija Hipodamía, y de este matrimonio nacieron muchos hijos, entre los que se contaban Atreo y Tiestes. Fue rey de Pisa y de la Élide, y extendió su poder por gran parte del Peloponeso, tierra a la que dio nombre (cf. *supra*, n. 14).

recursos, se hizo con el poder y, a pesar de ser extranjero, alcanzó el honor de dar su nombre al país, y que después el poder de sus descendientes todavía aumentó cuando Euristeo[60] murió en el Ática a manos de los Heráclidas tras haber confiado, al partir hacia la guerra, Micenas[61] y su imperio a Atreo debido a su parentesco, ya que Atreo (desterrado entonces por su padre a causa de la muerte de Crisipo)[62] era hermano de la madre de Euristeo. Y como que Euristeo ya no regresó, Atreo heredó el reino de Micenas y todos los dominios de Euristeo, tal como quisieron los micénicos por miedo a los Heráclidas y porque, además, parecía un hombre fuerte y se había ganado al pueblo. Así los Pelópidas se hicieron más po-
3 derosos que los Perseidas[63]. Agamenón, en mi opinión,

---

[60] Euristeo era hijo de Esténelo y nieto de Perseo. Su madre era Nicipe, hija de Pélope. Reinó en Micenas debido a una astucia de Hera, que logró que Euristeo naciera antes que Heracles, otro perseida, a quien Zeus destinaba al trono. Impuso los «trabajos» a Heracles, que se había puesto al servicio de Euristeo por mandato del oráculo. Siempre temeroso de Heracles, procuraba mantenerlo alejado y, tras la muerte del héroe, persiguió a sus descendientes, los Heráclidas, que se refugiaron en el Ática. Finalmente marchó contra los atenienses y fue vencido y muerto por Hilo, que iba al frente de los Heráclidas. Sus dominios pasaron entonces a manos de un pelópida, Atreo, hermano de Nicipe, la madre de Euristeo. Cf. HERÓDOTO, IX 27, 2; DIODORO, IV 57-58; PAUSANIAS, I 44, 10; APOLODORO, II 8, 1.

[61] La famosa ciudad de la Argólide que ha dado nombre al mundo micénico y que tuvo un papel capital en la Grecia de los siglos XVI-XII a. C. Con posterioridad fue una ciudad débil que acabó incorporada a Argos (hacia el 468; cf. DIODORO, XI 65, 1-5).

[62] Crisipo era hijo de Pélope y de la ninfa Axíoque; era hermanastro, por tanto, de Atreo. En una de las versiones que existen sobre su muerte, fue muerto por Atreo a instigación de Hipodamía.

[63] Con Atreo, al que pasaron los dominios de Euristeo, los Pelópidas sustituyeron en la hegemonía a los Perseidas. Tomando en conside-

gracias a que había recibido esta herencia y, además, por
tener una mayor fuerza naval que los otros, pudo empren-
der y llevar a cabo la expedición, no tanto por el reco-
nocimiento de que era objeto como por el temor que ins-
piraba. Es evidente, en efecto, que fue él quien llegó con
el mayor número de naves, y que también proporcionó
algunas a los arcadios[64], tal como Homero lo demuestra,
si su testimonio se considera válido[65]. Y, además, en la 4
transmisión del cetro[66] dice de él que «reinaba en mu-
chas islas y en toda Argos»[67]. Ahora bien, viviendo en
el continente, si no hubiese tenido una flota[68], no hubie-
ra podido ejercer su dominio sobre otras islas que no fue-
ran las vecinas (y ésas no serían *muchas*). Por esta expe- 5
dición, asimismo, hay que conjeturar cómo eran las cir-
cunstancias anteriores a ella.

---

ración una tradición según la cual los Perseidas tendrían su sede en Tirinto y los Pelópidas en Micenas, se podría pensar aquí en una fase en que la segunda se impusiera sobre la primera.

64 Cf. *Ilíada* II 576-580 y 609-614: cien naves de Agamenón y sesenta proporcionadas a los arcadios.

65 Tucídides da poco crédito a Homero; piensa que su poesía embellece los hechos y aumenta su importancia. Cf. *infra,* I 10, 3; II 41, 4, y VI 2, 1. A pesar de ello, lo utiliza para la reconstrucción de la historia más antigua (cf. *supra,* I 5, 2, nota 35).

66 Cf. *Ilíada* II 100-109: El cetro había sido obra de Hefesto para el Crónida Zeus, quien lo entregó a Hermes, y de éste pasó a Agamenón a través de Pélope, Atreo y Tiestes.

67 Cf. *Ilíada* II 108. En Homero «Argos» puede referirse tanto a la ciudad de este nombre como a la Argólide o a Grecia en general, especialmente al Peloponeso o a los territorios continentales del reino de Agamenón, como en este caso.

68 Tucídides insiste en la importancia del dominio del mar como base de poderío, de influencia política y de expansión económica. Cf., por ejemplo, *supra,* I 3, 5; 4; 7, 1; *infra,* 13, 1; 143, 4; II 62, 2; 65, 7; 89, 10. Es uno de los principios básicos del historiador.

10 No se utilizaría un indicio exacto si, basándose en que Micenas era pequeña o en que alguna ciudad de las de entonces parece ahora sin importancia, se pusiera en duda que la expedición fue tan grande como los poetas la han
2 cantado y como la tradición mantiene; pues si fuera desolada la ciudad de los lacedemonios [69], y sólo quedaran los templos y los cimientos de los edificios, pienso que, al cabo de mucho tiempo, los hombres del mañana tendrían muchas dudas respecto a que la fuerza de los lacedemonios correspondiera a su fama. Sin embargo, ocupan dos quintas partes [70] del Peloponeso y su hegemonía se extiende a la totalidad [71] y a sus muchos aliados del exterior; pero, a pesar de esto, dado que la ciudad no tiene

---

69 Esparta constituye un buen ejemplo para el razonamiento de Tucídides de que la potencia de una ciudad no está en relación directa con la magnificencia de sus edificios.

70 No se refiere a las regiones, ya que éstas eran seis: Laconia, Mesenia, Élide, Acaya, Argólide y Arcadia. Aun uniendo Mesenia a Laconia, a la que estaba sometida, no podría referirse a las regiones, puesto que entonces se trataría de una quinta parte. Seguramente, Tucídides se refiere a que Laconia y Mesenia suponían los dos quintos del territorio peloponesio, aunque la extension de las dos regiones era en realidad inferior a las dos quintas partes.

71 Es una afirmación exagerada, puesto que Argos, la segunda potencia del Peloponeso, se mantenía aparte y no intervino hasta la segunda fase de la guerra, después de la Paz de Nicias, y entonces se alineó al lado de Atenas hasta el 404. Esta afirmación ha sido utilizada en relación al problema de la composición de la *Historia* de Tucídides. F. W. Ullrich, *Beiträge zur Erklärung des Thukydides,* Hamburgo, 1846, pág. 124 ss.: considerando que la hegemonía de Esparta, después de la derrota de Atenas en el 404, se extendería, más que al Peloponeso, a toda Grecia, concluyó que este pasaje habría sido compuesto con anterioridad al 404. Por el contrario, W. H. Forbes, *Thucydides* I, Oxford, 1895, defendió la tesis de que fue escrito, no después del 421, sino con posterioridad al 404, argumentando que Argos fue aliada de Atenas entre el 420 y el 404.

templos ni edificios suntuosos y no está construida de forma conjunta, sino que está formada por aldeas dispersas[72] a la manera antigua de Grecia, parecería muy inferior. Por el contrario, si les ocurriera esto mismo a los atenienses, al mostrarse ante los ojos de los hombres del mañana la apariencia de la ciudad, conjeturarían que la fuerza de
Atenas era doble de la real. No hay razón, pues, para 3
plantear dudas ni para prestar más atención a las apariencias de las ciudades que a sus fuerzas reales, sino que hay que creer que aquella expedición fue más importante que las anteriores[73], aunque inferior a las de ahora, si es que también en este caso debemos confiar en los versos de Homero[74], quien, aunque es verosímil que, como poeta, la ponderara para engrandecerla, aun así, sin embargo,
deja clara su inferioridad. En efecto, en la flota de mil 4
doscientas naves atribuye a las de los beocios ciento veinte hombres[75] y a las de Filoctetes cincuenta[76], indicando, en mi opinión, las mayores y las menores; en el Catálogo de las Naves[77], al menos, no se menciona nada acerca del

---

72 Cf. *supra,* I 5, 1. Esparta no era una ciudad-estado con la estructura urbana de otras ciudades griegas contemporáneas. Era en realidad una agrupación de *ōbaí,* aldeas (Limnas, Cinosura, Mesoa, Pitana y Amiclas) que habían llegado a la unidad mediante un proceso de sinecismo. Cf. PAUSANIAS, III 2, 6; 16, 9; 19, 6; POLIBIO, V 19, 1-2; W. G. FORREST, *A History of Sparta 950-192 B. C.,* Londres, 1968, págs. 24-34.

73 También HERÓDOTO (VII 20, 2) consideraba que la expedición contra Troya había sido inferior a la expedición de Jerjes.

74 Cf. *supra,* I 9, 3, nota 65.

75 Cf. *Ilíada* II 510.

76 Cf. *Ilíada* II 719.

77 Se trata del libro II de la *Ilíada,* que constituye una relación de los pueblos que participaron en la Guerra de Troya y de las fuerzas con que contaban.

tamaño de las otras. Que todos eran a la vez remeros y combatientes, lo demuestra al referirse a las naves de Filoctetes, pues dice que eran arqueros todos los que manejaban los remos[78]. Y no es probable que fueran a bordo muchos pasajeros, a excepción de los reyes y de los dignatarios principales, sobre todo dado que tenían que atravesar el mar con los pertrechos de guerra y que no tenían, además, barcos con puentes, sino construidos a la
5 antigua usanza, más bien al modo de los piratas. Así, pues, si sacamos la media de las naves mayores y menores, es evidente que no fueron muchos combatientes, tratándose de una expedición enviada en común por toda Grecia[79].

11 La causa no era tanto la escasez de hombres como la falta de recursos. Debido a la dificultad de aprovisionamiento[80], transportaron un ejército reducido en propor-

---

[78] Cf. *Ilíada* II 719-720.

[79] Según el cálculo de Tucídides, se alcanza un total de 102.000 hombres, partiendo de una media de 85 hombres por barco (dado que las naves beocias, que eran las más grandes, llevaban 120 hombres y las de Filoctetes, las más pequeñas, 50) y de un número de 1.200 naves. Era una cifra considerable, tratándose de una expedición por mar y comparándola incluso con expediciones atenienses de las que nos habla luego Tucídides (cf., por ejemplo, *infra,* 116, 1-2; 117, 2; II 56, 1-2; 58, 1-3, etc.). Es cierto, de todos modos, que se trataba de una expedición panhelénica, lo que reducía la significación de aquel número.

[80] En la antigua Grecia, las guerras no solían ser de larga duración y en su mayor parte enfrentaban a pueblos vecinos por cuestiones de fronteras. En estos casos el problema del abastecimiento de las tropas tenía menos importancia; los mismos soldados llevaban sus víveres. Sin embargo, cuando se emprendían expediciones más largas y lejos de la propia ciudad, los soldados sólo llevaban provisiones para un período corto y tenían que preocuparse luego del abastecimiento, que podía ser facilitado por los aliados o podían conseguirlo mediante compra, estable-

ción a los medios de vida que esperaban obtener en el país mientras combatían. Y después que vencieron en el combate que siguió a su llegada (hecho evidente, pues, de lo contrario, no hubieran construido la fortificación del campamento)[81], se ve que ni siquiera entonces utilizaron todas sus fuerzas, sino que, a causa de la dificultad de aprovisionamiento, se dedicaron a cultivar las tierras del

---

ciendo un mercado, por ejemplo, como en Potidea, o por medio del saqueo de territorios enemigos (cf. *infra,* I 62, 1; IV 6, 1; 80, 1; 83, 5; V 47, 6; etc.). Tanto en esta cuestión del aprovisionamiento como en otros detalles que siguen, el relato de Tucídides respecto al desembarco griego en Troya presenta notables analogías con operaciones y desembarcos que tuvieron lugar en la misma Guerra del Peloponeso: ocupación o desembarco de un territorio asegurándose el terreno mediante una victoria inicial, después de lo cual viene el establecimiento de un campamento y su fortificación o el bloqueo de la ciudad objeto del ataque, si ello es posible (cf. *infra,* III 6, 1-2; VI 23, 2; 66, 2, etc.). Se trata, pues, en cierto modo, de otra proyección del presente sobre el pasado.

81 *(Dêlon dè: tò gàr éryma tôi stratopédōi ouk àn eteichísanto):* Ha sido objeto de polémica el conflicto entre estas diez palabras de Tucídides relativas a la construcción de una fortificación tras el desembarco, en el primer año, y los pasajes de la *Ilíada* (VII 336-343; 436-463), donde se describe la construcción de una fortificación en el décimo año y no se hace referencia a una fortificación construida en el primero, de la que tampoco parece estar enterada la tradición épica, aunque algunos testimonios parecen sugerir su existencia (HERÓDOTO, II 118; PROCLO, resumen de los *Cantos Ciprios;* cf. sobre el tema y los problemas que puede plantear la interpretación de este pasaje: E. DOLIN, «Thucydides on the Trojan War: a Critique of the text of I 11.1», *Harvard Studies in Classical Philology* 87 [1983], 119-149). Tucídides se refiere a una fortificación *(éryma)* construida rápidamente tras el desembarco, tal como era usual, según hemos dicho, en su época; en un día se levantó la de VI 66 y en dos y medio la de IV 90, 2. Cf. E. WATSON WILLIAMS, «Eryma; Thucydides I, 11», *Eranos* 60 (1962), 101-104; O. TSAGARAKIS, «The Achaean Wall and the Homeric Question», *Hermes* 97 (1969), 129-135.

Quersoneso y a la piratería[82]. Por este motivo principalmente, los troyanos, al estar dispersos los griegos, pudieron resistir durante diez años de lucha abierta, ya que sus fuerzas eran equivalentes al retén que sucesivamente que-
2 daba frente a ellos. Por el contrario, si los griegos hubieran llegado con abundancia de provisiones, y si todos a la vez, sin dedicarse a la agricultura y a la piratería, hubieran proseguido la guerra sin interrupción, fácilmente se hubieran impuesto en el combate y hubieran tomado la ciudad, dado que, incluso sin actuar a la vez, sólo con la parte del ejército que sucesivamente estaba presente, resistieron; y si se hubieran establecido en torno a ella para sitiarla, hubieran tomado Troya en menos tiempo y con
3 menos dificultades. Pero así como la debilidad de las empresas anteriores fue debida a la falta de recursos, sin duda ocurre lo mismo con la Guerra de Troya, que si bien ha obtenido más renombre que las anteriores, los hechos demuestran que fue inferior a su fama y a la tradición que, gracias a los poetas, prevalece actualmente.

12 Lo cierto es que, incluso después de la Guerra de Troya, Grecia todavía siguió sometida al proceso de migraciones y colonizaciones que impidieron la paz necesaria para
2 desarrollarse. El regreso de los griegos de Ilión después de tanto tiempo provocó muchos cambios, y en la mayor parte de las ciudades se produjeron disensiones internas a consecuencia de las cuales los que eran desterrados fun-
3 daban nuevas ciudades. Así, los actuales beocios, sesenta

---

[82] Sobre lo primero no habla la *Ilíada*. Posiblemente lo hacían los *Cantos Ciprios*. Respecto a la piratería, cf. *Ilíada* I 366 ss., IX 328 ss. y XX 91 ss. Lo notable es que la agricultura y la piratería están en el mismo plano. Cf. *supra,* I 5, 1, n. 34.

años después de la toma de Ilión[83], tras ser expulsados de Arne[84] por los tesalios, ocuparon la Beocia de hoy, que antes se llamaba tierra cadmea[85] (una rama de este pueblo ya estaba antes en esta tierra, y algunos de ellos participaron en la expedición contra Ilión)[86], y, ochenta años después de la misma fecha, los dorios con los Heráclidas se apoderaron del Peloponeso[87]. Cuando final- 4

[83] Los logógrafos (cf. *infra,* I 21, 1) habían establecido las fechas de los principales acontecimientos de la historia antigua, incluso de los sucesos míticos (cf. HERÓDOTO, II 142 ss.). Tucídides puede haber tomado estas fechas de Helánico (cf. *supra,* I 9 nota 58), que había escrito sobre los sucesos posteriores a la caída de Troya. Ésta fue tomada, según Eratóstenes (s. III a. C.), en el 1184 a. C., pero según los modernos descubrimientos arqueológicos la caída se produjo hacia el 1250 a. C., fecha con la que están de acuerdo los cálculos de HERÓDOTO (II 145, 4).

[84] La ciudad de Arne estaba situada en Tesalia central. Los tesalios, según HERÓDOTO, VII 176, 4, procedían de Tesprotia, región del Epiro.

[85] De Cadmo, mítico fundador de Cadmea, acrópolis de Tebas. Había salido de Tiro en busca de su hermana Europa, raptada por Zeus. En cumplimiento de una orden del oráculo de Delfos fundó la ciudadela cadmea en el sitio que luego se llamó Tebas. Cf. HERÓDOTO, V 57 ss.; ESTRABÓN, IX 2, 3; PAUSANIAS, IX 5, 1-2. Sobre la migración beocia, cf. D. W. PRAKKEN, «The Boeotian Migration», *American Journal of Philology* 64 (1943), 417-423.

[86] Cf. *Ilíada* II 494-510.

[87] Después de vencer a Euristeo (cf. *supra,* I 9 y n. 60), los Heraclidas conducidos por Hilo se establecieron en el Peloponeso. Pero, al cabo de un año, sobrevino una peste, que el oráculo atribuyó a la cólera divina, provocada por el hecho de que los Heráclidas habían regresado al Peloponeso antes del tiempo fijado por el destino. Entonces los Heráclidas, obedientes al oráculo, abandonaron el Peloponeso y volvieron al Ática, donde se pusieron a esperar que llegara el momento de regresar al Peloponeso. Una vez que llegó el momento indicado por el oráculo (a «la tercera cosecha»), Hilo, al frente de los suyos, avanzó por el Istmo de Corinto, pero le salió al encuentro Équemo, rey de Tegea. Entre

mente, después de mucho tiempo, Grecia alcanzó una paz estable y se acabaron las migraciones, empezó a enviar colonias al exterior; los atenienses ocuparon Jonia y las más de las islas[88], mientras que los peloponesios coloni-

---

los dos jefes se acordó un combate singular. Si vencía Équemo, los Heráclidas renunciarían a todo intento de entrar en el Peloponeso durante cien años (o cincuenta según otros). Hilo fue vencido y muerto, y los Heráclidas se retiraron. Su nieto Aristómaco fue de nuevo a consultar el oráculo que le prometió la victoria si atacaba «por el camino estrecho». Entendió que se refería al Istmo y fue por allí. Encontró la muerte y los Heráclidas fueron vencidos otra vez. Finalmente, Témeno, hijo de Aristómaco, logró que el oráculo le ayudara a dar una interpretación correcta a sus respuestas. Por «tercera cosecha» debía entenderse «tercera generación», y el «camino estrecho» se refería a los «estrechos» entre la costa de Grecia continental y la del Peloponeso. Prepararon una flota, pero un desafortunado incidente fue causa de un nuevo fracaso. Al fin, sin embargo, con la ayuda de Óxilo, rey de la Élide, el tuerto montado en su caballo, que era el guía «de tres ojos» al que se había referido el oráculo, lograron apoderarse del Peloponeso, después de vencer a Tisámeno, el hijo de Orestes. La tradición ha solido identificar este retorno de los Heráclidas con la invasión doria (siglo XII a. C.). La emigración doria y su entrada en el Peloponeso sería el regreso de los descendientes de Heracles a la tierra de su antecesor. Este movimiento de los dorios ha sido diversamente valorado e interpretado por la historiografía moderna. Unos insisten en el carácter destructivo e innovador de la llamada invasión de los dorios y de los movimientos de pueblos que acabaron con la civilización micénica y pusieron las bases para el desarrollo de un mundo nuevo, el de los siglos X-IX a. C. Otros, por el contrario, creen que debe reducirse la dimensión y el alcance de este acontecimiento, que no significaría una ruptura entre dos períodos y dos culturas. Posiblemente ambas tendencias interpretativas tienen parte de razón. Es cierto que la invasión doria fue un movimiento violento y que supuso una transformación e innovaciones importantes, pero tampoco deben olvidarse los elementos de continuidad, las afinidades étnicas y los fenómenos de aculturación entre los invasores y las poblaciones anteriores.

88 Cf. *supra*, I 2, 6 y nota 18. Algunas islas, sin embargo, fueron colonizadas por dorios. Tal era el caso de Melos, Tera y Rodas.

zaron la mayor parte de Italia[89] y de Sicilia[90] y algunos lugares del resto de Grecia[91]. Todas estas colonias fueron fundadas después de la Guerra de Troya.

13 Al hacerse Grecia más poderosa y dedicarse todavía más que antes a la adquisición de riquezas, en la mayoría de las ciudades se establecieron tiranías con el aumento de los ingresos (antes había monarquías hereditarias con prerrogativas delimitadas), y Grecia se puso a equipar flotas y a vivir más de cara al mar. 2 Se dice que los corintios fueron los primeros en ocuparse de las construcciones navales con técnicas muy semejantes a las actuales y que las primeras trirremes[92] de Grecia se construyeron en Corinto. 3 Se sabe, asimismo, que Aminocles[93], un armador corintio, construyó cuatro naves para los samios; y fue unos trescientos años antes del fin de nuestra guerra[94]

---

89 HERÓDOTO (cf. III 136 y 138) y TUCÍDIDES (cf. VI 44, 2; VII 33, 4 y VIII 91, 2) llamaban Italia al extremo sur de Italia actual (la Calabria y Lucania de hoy, incluyendo Tarento).

90 Sobre la colonización de Sicilia, cf. *infra*, VI 3-5.

91 Colonias como Corcira (cf. *infra*, I 24, 2; 25, 2-3), Léucade (cf. *infra*, I 30, 2) y Ampracia (cf. *infra*, II 80, 3).

92 Cf. *infra*, I 13, 3 nota 94; 14, 1 nota 107.

93 Nada más sabemos sobre este personaje que impulsó las construcciones navales. Cf., asimismo, DIONISIO DE HALICARNASO, *Tucídides* 19; PLINIO, *Historia natural* VII 207.

94 En este pasaje y en otros semejantes se ha discutido sobre si Tucídides se refiere a la Guerra del Peloponeso en su totalidad (hasta el 404) o sólo al final de la guerra arquidámica (421). De ello depende, naturalmente, la determinación de las fechas en cuestión. Nosotros nos inclinamos por la primera hipótesis, con lo que el viaje de Aminocles a Samos se habría realizado hacia el 704 a. C., fecha en que, según este testimonio, y si se considera, de acuerdo con el contexto, que las naves construidas para los samios eran realmente trirremes, lo que no queda del todo claro, podría haberse iniciado la construcción de este nuevo modelo en Grecia. Esta fecha, sin embargo, considerada excesivamente

4 cuando Aminocles fue a Samos. La más antigua batalla naval de la que tenemos noticia se disputó entre los co-

---

alta, tiene un valor aproximado. Sobre ella se ha venido discutiendo y modernamente investigadores sobre la marina en la Antigüedad apoyan una fecha cercana a la de Tucídides para las primeras trirremes; el cálculo de nuestro historiador, teniendo en cuenta una posible diferencia en el cómputo de las generaciones, podría rebajarse unos 50 años, pero en el siglo VII a. C. debió de darse el paso de la birreme a la trirreme, cuyo uso se propagaría lentamente a partir del 650 a. C. más o menos (cf. J. S. MORRISON, R. T. WILLIAMS, *Greek Oared Ships 900-322 B.C.* Cambridge, 1968, págs. 158-159; L. CASSON, *Ships and Seamanship in the Ancient World,* Princeton, 1971 (reed. 1986), pág. 81; A. B. LLOYD, «Were Necho's triremes Phoenician?», *Journal of Hellenic Studies* 95 (1975), 45-61; J. S. MORRISON, «The first triremes», *The Mariner's Mirror* 65 (1979), 53-63; J. S. MORRISON-J. F. COATES, *The Athenian Trireme, The history and reconstruction of an ancient Greek warship,* Cambridge, 1986, págs. 36-45); otros, sin embargo, expresan sus reservas al respecto (cf. J. A. DAVISON, «The first Greek Triremes», *The Classical Quarterly* 41 (1947), 18-24; C. G. STARR, «Thucydides on sea power», *Mnemosyne,* s. 4, 31 (1978), 343-350). Así, aceptando el testimonio de Tucídides, se puede defender la hipótesis de una invención en Corinto, en una fecha no muy lejana a la calculada a partir de ese pasaje, y de una difusión a partir de la segunda mitad del siglo VII a. C., durante el reinado de Cipselo o el de Periandro. Es posible, pues, pensar en un origen corintio, admitiendo la anterioridad de las trirremes griegas respecto a las fenicias, tema sobre el que se ha mantenido una importante controversia que ha opuesto a dos investigadores como A. B. LLOYD y L. BASCH (cf. A. B. LLOYD, art. cit., *Journal of Hellenic Studies* 95 (1975), 45-61; L. BASCH, «Trières grecques, phéniciennes et égyptiennes», *Journal of Hellenic Studies* 97 (1977), 1-10; A. B. LLOYD, «M. Basch on triremes: some observations», *Journal of Hellenic Studies* 100 (1980), 195-198; L. BASCH, «M. Le Professeur Lloyd et les trières: quelques remarques», *Journal of Hellenic Studies* 100 (1980), 198-199). Lloyd afirma que la trirreme griega es anterior a la fenicia sobre la que influyó, mientras que Basch insiste en la anterioridad de la trirreme fenicia que habría servido de modelo a la egipcia. Una posición intermedia es la que ofrecen E. VAN'T DACK, H. HAUBEN («L'apport égyptien à l'armée navale lagide», en *Das ptolemäische Aegypten,* Maguncia, 1978, pág. 68,

rintios y los corcireos[95], unos doscientos sesenta años antes de la misma fecha[96]. Los corintios, con su ciudad situada en el istmo, tuvieron ya desde antiguo un centro comercial, dado que antiguamente los griegos, al comunicarse más por tierra que por mar, tanto los de dentro como los de fuera del Peloponeso se relacionaban entre sí a través del territorio de los corintios, que, así, se convirtieron en una potencia económica, como lo demuestran incluso los poetas antiguos al dar al lugar el calificativo de *opulento*[97]. Y cuando los griegos se dedicaron más a

---

n. 79), quienes afirman que la trirreme fue una invención griega, pero que Necao no las construyó en su forma original, ya que sus ingenieros eran fenicios. El obstáculo que supone la ausencia de representaciones de trirremes en la cerámica de la época se salvaría con la consideración de que la trirreme todavía no había sustituído al pentecóntero como principal barco de guerra, hecho que se fue produciendo posteriormente hasta llegar al siglo V, en que la trirreme se convirtió en la nave fundamental de las armadas griegas. Cf. *infra,* I 14, 1, nota 107.

95 Corcira, que al parecer estaba habitada por un pueblo ilírico, fue colonizada por los corintios en el siglo VIII (el año 733 a. C. es la fecha tradicional). Corinto, muy interesada en las islas por su situación estratégica en la ruta comercial entre Grecia e Italia, fundó la capital y los puertos más importantes. Pero la colonia prosperó y surgieron las diferencias. Tenemos escasa información respecto a esta batalla del siglo VII a. C. entre Corcira, la actual Corfú, y su metrópoli Corinto. Constatamos aquí su enemistad, enemistad que se manifestó de forma violenta a raíz del asunto de Epidamno en los años que precedieron a la Guerra del Peloponeso (cf. *infra,* I 24-56), a pesar de sus relaciones coloniales, y que venía de antiguo (cf. *infra,* I 38, 1; HERÓDOTO, III 48-53).

96 Es decir, hacia el 664 a. C., si calculamos también en este caso a partir del 404. Es frecuente, como se ve, el uso de la Guerra del Peloponeso como punto de referencia cronológico. Cf. *infra,* I 18, 1-3; 118, 1-2.

97 Cf. HOMERO, *Ilíada* II 570, donde aparece el mismo adjetivo *(aphneiós)* utilizado por Tucídides, y PÍNDARO, *Olímpicas* 13, 4. Era proverbial la opulencia de Corinto; su lujo y su riqueza derivaban de

la navegación, los corintios se procuraron naves y procedieron a eliminar la piratería[98], y debido a que ofrecían un centro comercial terrestre y marítimo a la vez, gracias a la afluencia de riqueza, tuvieron una ciudad poderosa.
6 Más tarde, en tiempo de Ciro[99], el primer rey persa, y 6
de su hijo Cambises[100], los jonios también tuvieron una flota considerable, y en su guerra contra Ciro dominaron durante un cierto tiempo el mar cercano a sus costas[101]. Polícrates, que fue tirano de Samos[102] en tiempos de

su extraordinaria actividad comercial favorecida por su situación estratégica en el Istmo; desde antiguo cobró elevados derechos de tránsito por el paso de mercancías y en época romana se seguía celebrando el lujo corintio y el refinamiento y cotización de sus prostitutas: *non licet omnibus adire Corinthum.*

98 Corinto, como Minos (cf. *supra,* 4, n. 28 y 33) y como cualquier talasocracia, combatía la piratería.

99 Ciro el Grande, hijo de Cambises y de Mandane, hija del rey de los medos Astiages, de la familia de los Aqueménidas, rey de Anyan desde el 559, derrotó a Astiages y acabó con la supremacía meda en el año 550; fue el iniciador del poderío persa y su reinado (hasta el 530, o hasta el 529 a. C., según Ctesias, F. Jacoby, *FGrHist* 688, F 8, y Justino, I 8) se caracterizó por una política expansiva; entre sus conquistas estuvo la de Lidia, con la sumisión de Creso y la toma de Sardes (546 a. C.), que puso en contacto las ciudades griegas de la costa asiática como el Imperio persa.

100 Hijo de Ciro y de Casandane, reinó desde el 530, tras sofocar algunos intentos de rebelión a la muerte de su padre, hasta el 522 a. C. (cf. A. T. Olmstead, *A History of the Persian Empire,* Chicago, 1948, págs. 86 ss.). Se caracterizó, según la tradición, por su carácter violento.

101 Cf. *infra,* I 16; Heródoto, I 161-169. El relato de Heródoto no dice nada de un control temporal del mar por los jonios en una guerra que acabó con la sumisión de éstos al dominio persa. Se puede pensar, sin embargo, en un cierto dominio inicial del mar a partir de comentarios de Heródoto sobre la potencia naval de algunas ciudades jonias (cf. Heródoto, I 17, 3; 27; 151, 3).

102 Polícrates, hijo de Éaces, perteneciente a una de las más importantes familias de Samos, enriquecido mediante la fabricación de objetos

Cambises, asimismo fue poderoso gracias a su flota, y, entre otras islas que sometió, tomó Renea[103] y la consagró a Apolo delio[104]. Y los foceos, que fundaron Marsella[105], combatiendo por mar vencieron a los cartagineses[106].

---

de bronce, derrocó el régimen oligárquico de los grandes terratenientes con el apoyo del partido popular (cf. C. Mossé, *La tyrannie dans la Grèce Antique,* París, 1969, págs. 15-20). Gobernó Samos entre el 540 y el 522 a. C., año en que el sátrapa persa Oretes le dio una muerte infame. Cf. Heródoto, III 39-47; 54-57 y 120-125. Polícrates se preocupó por el dominio del mar y contaba con una gran escuadra, de cien pentecónteros, según Heródoto, III 39.

103 Isla separada de Delos por un canal. Era la necrópolis de Delos y los hallazgos de las excavaciones allí realizadas se hallan en gran parte en el Museo Arqueológico de la vecina isla de Míconos. Tucídides vuelve a hablar de ella en III 104, 2. Cf. *supra,* nota 53.

104 En la isla de Delos, en las Cícladas, estaba uno de los más importantes santuarios de Apolo (cf. *infra,* III 104, 3-6). Centro religioso de los jonios, fue elegida como sede de la Liga ático-delia.

105 Massalía, hoy Marsella, fue fundada hacia el 600 a. C., según una buena parte de las fuentes antiguas (cf. Timeo, F. Jacoby, *FGrHist* 566, F 71; Aristóteles, fr. 549 Rose; Justino, XLIII 3, 4, etc.), cronología alta con la que están de acuerdo los hallazgos arqueológicos y que es admitida por la mayor parte de los historiadores modernos. Existe, sin embargo, otra tradición antigua que conecta la fundación de esta colonia con la emigración de los foceos que huyeron de su ciudad asediada por los persas poco después de la toma de Sardes en 546-545 a. C., tradición que comporta importante rebajamiento en la cronología (cf. Isócrates, *Discursos* I, VI 84, pág. 347; Intr., trad. y notas de J. M. Guzmán Hermida, Madrid, B.C.G., 1979; Timágenes, F. Jacoby, *FGrHist* 88, F 2; Pausanias, X 8, 6 etc.). Steup piensa que Tucídides participa de esta tradición (J. Steup, *Thukydides* I, 5.ª ed., Berlín, 1919). Este pasaje de Tucídides, sin embargo, es un caso aparte, que ha sido diversamente interpretado. Cf. nota siguiente. Acerca de *Massalía,* cf. M. Clavel-Lévêque, *Marseille grecque,* Marsella, 1977; sobre la colonización focea, cf. *I Focei dall'Anatolia all'Oceano,* Nápoles, 1984.

106 *Phōkaês te Massalían oikízontes Karchēdoníous eníkōn naumachoûntes.* Es éste un texto problemático. Se ha discutido si esta victoria

14 Éstas eran, sin duda, las flotas más poderosas. Pero incluso éstas, a pesar de que se formaron muchas generaciones después de la Guerra de Troya, tenían, al parecer,

---

naval de los foceos sobre los cartagineses tiene que ver con la de Alalia o si se trata de otra batalla anterior o posterior o si, en fin, el pasaje sería una referencia general a un dominio del mar manifestado en una serie de victorias. Todo estriba en la interpretación que demos a estas pocas palabras. ¿Cuál es la relación entre los dos acontecimientos, la fundación de Marsella *(Massalían oikízontes)* y la victoria naval sobre los cartagineses *(Karchēdoníous eníkōn naumachoûntes)?* ¿Es estricta la simultaneidad que, según la interpretación más general y ortodoxa, expresa el participio de presente *oikízontes* en relación con la acción expresada por *eníkōn?,* ¿o hay una cierta laxitud en ello con un sentido general que encubra una anterioridad real incluso. ¿En qué época sitúa Tucídides los hechos?, ¿de qué batalla se trata? Estas y otras cuestiones relativas al valor exacto de los verbos y al contexto histórico y cronológico son las que han hecho correr mucha tinta respecto a este pasaje. Todo ello, por supuesto, aceptando el texto tal como ha sido transmitido por los manuscritos y sin recurrir a otras «soluciones», como la de ver una interpolación en el *Massalían oikízontes* o la de proponer la corrección del texto. Si entendemos «los foceos, cuando estaban fundando Marsella, vencieron a los cartagineses en una batalla naval» y situamos a Tucídides en la tradición que fechaba la fundación de Marsella hacia el 600 a. C., hemos de pensar en una victoria masaliota por aquellas fechas, tal como hacía A. SCHULTEN *(Fontes Hispaniae Antiquae* III, Barcelona, 1935, pág. 4) basándose en este pasaje y relacionando esta victoria con los hechos narrados por JUSTINO, XLIII 5, 2; pero un enfrentamiento entre cartagineses y griegos coincidiendo con la fundación de Marsella se considera improbable. Si no se admite, pues, esta posibilidad, debemos pensar que Tucídides se refería a un enfrentamiento naval de época posterior y hemos de tratar de resolver el problema de la relación temporal entre los dos hechos. HERÓDOTO, I 166-167, nos cuenta que los foceos, después de huir de Focea a causa del ataque persa, se refugiaron en Alalia, colonia de reciente fundación en la costa oriental de Córcega. Allí, el choque de intereses con los etruscos y cartagineses los llevó a la batalla naval de Alalia, que tuvo lugar hacia el 540 a. C.; vencieron los foceos, pero fue una victoria pírrica (o «cadmea» como la llama Heródoto en alusión al combate fratricida entre

pocas trirremes, y estaban compuestas por pentecóntoros y naves largas, como las flotas antiguas[107]. Sin embargo, 2
poco antes de las Guerras Médicas[108] y de la muerte de

Polinices y Eteocles, descendientes de Cadmo, fatal para ambos), pues sufrieron graves pérdidas y, según el relato de Heródoto, abandonaron Alalia dirigiéndose al sur de Italia, a Regio, de donde partieron después para establecerse en *Hiélē* (Elea o Velia, ya ocupada con anterioridad), a pesar de lo cual Alalia no supuso un corte del comercio griego, como ha demostrado la arqueología.

[107] La trirreme (triḗrēs) era el barco de guerra por excelencia; fue un navío que alcanzó gran difusión en el siglo v a. C. y constituyó un instrumento esencial del poderío ateniense. Las noticias sobre sus orígenes son inseguras, lo que ha dado lugar a conjeturas (cf. *supra*, nota 94). Las relaciones y diferencias entre la trirreme griega iniciada en Corinto y la trirreme fenicia también son, como vimos, objeto de polémica. De acuerdo con la cronología de Tucídides, el análisis de A. B. LLOYD da la precedencia a la griega. Para Lucien Basch, sin embargo, la invención sería fenicia y, según un texto de CLEMENTE DE ALEJANDRÍA (*Stromateis* I 16, 76), debería situarse en Sidón en la primera mitad del siglo VII a. C. La trirreme que se generalizó en Grecia llevaba tres hileras de remeros en cada banda a distinto nivel. El tema de la colocación de los remeros también ha sido objeto de debate. Según J. S. MORRISON (*op. cit.*, págs. 170-176; 269-289), estaban dispuestos en tres hileras a distinto nivel; J. TAILLARDAT («La trière athénienne et la guerre sur mer», en J. P. VERNANT, *Problèmes de la guerre et Grèce ancienne*, París-La Haya, 1968, págs. 183-205) apoya esta tesis en contra de la teoría que rechazaba tal superposición, teoría que aún mantiene CH. G. STARR en el artículo «Trireme» de *Oxford Classical Dictionary*, 2.ª ed., 1970, pág. 1095.

[108] *Tà Mēdiká*, las «Guerras Médicas», término con el que Tucídides se refiere al conflicto entre griegos y persas, comprendiendo las expediciones de Darío y de Jerjes (490-479 a. C.). El uso de términos como *Mêdoi, tà Mēdiká*, etc., para referirse a los persas es, sin duda, una pervivencia de la denominación dada por los griegos al imperio asiático antes del cambio de supremacía. Sobre el valor en Tucídides de las expresiones *tà Mēdiká, tò Mēdikón y ho Mēdikòs pólemos*, cf. N. G. L. HAMMOND, «*Tò Mēdikón* and *tà Mēdiká*», *The Classical Review* 71 (1957), 100-101.

Darío, que fue rey de los persas después de Cambises[109], los tiranos de Sicilia y los corcireos tuvieron trirremes en número considerable; éstas fueron las últimas flotas dignas de mención que hubo en Grecia antes de la expedición de
3 Jerjes[110], pues las que poseían los eginetas, los atenienses y algunos otros eran pequeñas y estaban formadas en su mayor parte por pentecóntoros; fue más tarde cuando Temístocles[111] persuadió a los atenienses, que estaban en guerra con los eginetas[112] a la vez que a la espera del ataque de los bárbaros, a construir las naves con las que combatieron; y éstas todavía no tenían puentes en toda su extensión[113].

15 Así fueron, pues, las flotas de los griegos, las antiguas y las que se formaron más tarde. Lograron, sin embargo, un poder nada despreciable quienes se dedicaron a ellas, gracias a la afluencia de riqueza y al dominio sobre otros pueblos, pues en sus expediciones navales conquistaban las

---

109 Darío reinó desde el 522 hasta el 486 a. C.

110 Hijo de Darío, reinó entre el 486 y el 465 a. C.

111 Uno de los grandes atenienses del siglo V, muy admirado por Tucídides. Cf. *infra,* I 74, 1; 90, 3-93, 8; 135, 2-138, 6. Es ésta la primera mención de Temístocles en la *Historia* de Tucídides.

112 Sobre el enfrentamiento entre Atenas y Egina a finales del s. VI a. C., cf. HERÓDOTO, V 82-89; VI 49-50 y 85-93. Temístocles había hecho construir la flota que venció a los persas en Salamina para luchar contra Egina (cf. HERÓDOTO, VII 144). Cf. N. G. L. HAMMOND, «The war between Athens and Aegina, c. 505-481 B. C.», *Historia* 4 (1955), 406 ss; A. ANDREWES, «Athens and Aegina 510-480», *Annual of the British School of Athens* 37 (1936/37), 1 ss.; L. H. JEFFERY, «The campaign between Athens and Aegine (VI, 87-93)», *American Journal of Philology* 83 (1962), 44 ss.

113 Cf. *supra,* I 10, 4; 13, 2. Según PLUTARCO, *Cimón* 12, 2, fue Cimón quien, con ocasión de la batalla de Eurimedonte, unió el puente de proa al de popa para posibilitar un aumento del número de combatientes y dar más capacidad ofensiva a las trirremes.

islas especialmente quienes no tenían un territorio suficiente. Por tierra no se disputó ninguna guerra de la que pu- 2
diera derivar algún poder, sino que todas las que se produjeron eran las de cada pueblo con sus propios vecinos, y los griegos no salieron a expediciones al exterior a mucha distancia de su país con miras a la conquista de otros. Esto fue así porque no se habían constituido alianzas bajo la dirección de las ciudades mayores, y ni siquiera emprendían expediciones comunes en igualdad de derechos, sino que las ciudades vecinas se hacían la guerra más bien unas a otras separadamente[114]. Fue, ante todo, en la gue- 3
rra que tuvo lugar antiguamente entre los calcideos y los eretrieos[115] cuando el resto del mundo griego se dividió para aliarse con uno u otro bando.

Cada pueblo encontró obstáculos de distinto tipo en 16
su desarrollo. Así, contra los jonios[116], en un momento de gran prosperidad, Ciro y el imperio persa, tras destronar a Creso[117] y conquistar todos los territorios situados

---

[114] Guerras entre vecinos, resultado del individualismo y de la pasión autonómica de las *póleis* griegas sin pensar en alianzas ni en empresas comunes de mayor alcance.

[115] La guerra lelantina, en la que se enfrentaron Calcis y Eretria, ciudades de la costa occidental de Eubea, por el dominio de la llanura de Lelanto. Fue algo más que una guerra entre ciudades vecinas, pues diversas ciudades se alinearon a su lado dando lugar a un enfrentamiento entre dos Ligas por el control del comercio entre Asia Menor y la Magna Grecia. Probablemente se inició como un conflicto entre vecinos durante el siglo VIII a. C. y luego se generalizó en el siglo VII. Acabó con la victoria de Calcis hacia el 570 a. C. (cf. HERÓDOTO, V 99; ESTRABÓN, X 1, 12; 3, 6; PLUTARCO, *Diálogo sobre el amor* 17, 760e-761b; C. BERARD, *Eretria* III, Berna, 1970, págs. 68 ss.).

[116] Cf. HERÓDOTO, I 141-171.

[117] En el 546 a. C., Creso, hijo de Aliates, de la familia de los Mérmnadas, fue el último rey de Lidia. Cf. *supra*, I 13, 6, nota 99; HERÓDOTO, I 46-86.

entre el río Halis[118] y el mar, hicieron una expedición y sometieron las ciudades del continente; y Darío, más tarde, gracias a la flota fenicia[119], se apoderó también de las islas[120].

17 Por lo que respecta a los tiranos, todos los que estaban establecidos en las ciudades griegas, mirando sólo por sus intereses, tanto por su seguridad personal como por el engrandecimiento de su propia casa, gobernaban las ciudades con la máxima prudencia posible, y no llevaron a cabo ninguna empresa digna de mención, salvo alguna guerra particular contra sus vecinos respectivos. Los tiranos de Sicilia, en cambio, llegaron a los niveles más altos de poder[121]. Así, por motivos de todo tipo, Grecia se vio obligada durante mucho tiempo a no realizar nada notable en común y a que las empresas de cada una de sus ciudades carecieran de audacia.

---

118 El río Halis, el actual Kisil-Irmak, recorre el centro de Asia Menor formando un amplio meandro y desemboca en el Mar Negro. En tiempo de Creso señalaba la frontera entre Lidia y Persia (cf. HERÓDOTO, I 6, 1; 72, 2-3). Luego, Ciro construyó una serie de fortalezas a lo largo de su curso para controlar la zona (cf. JENOFONTE, *Ciropedia* VII 6, 1). Sobre el sometimiento de las ciudades griegas de Asia Menor en tiempos de Ciro, cf. HERÓDOTO, I 161-169.

119 Persia era una potencia terrestre; en el mar utilizó siempre las flotas de países sometidos, en particular la de los fenicios. Cf. *infra*, I 100, 1; 110, 4; etc.

120 En el 494 y 493 a. C., después de la batalla naval de Lade. Cf. HERÓDOTO, VI 14 ss.; VI 31-32.

121 En este breve inciso alude, como en I 18, 1, al caso aparte de los tiranos de Sicilia, Gelón, Hierón y Terón, posteriores a los de Grecia y con un proyecto de Estado territorial que significaba una superación de la ciudad-estado; cf. *supra*, I 15, 2, n. 114.

Pero después que los tiranos de Atenas[122] y los del resto de Grecia —regida también antes en muchos sitios por tiranías—, es decir, la mayoría de los tiranos y los últimos si exceptuamos los de Sicilia[123], fueron derrocados por los lacedemonios (pues Lacedemonia, después de su fundación por los dorios[124], que la siguen habitando actualmente, aunque fue, de los que conocemos, el país que sufrió disensiones internas durante más tiempo, sin embargo desde muy antiguo tuvo buenas leyes[125] y siempre se vio libre de tiranos, con lo que son unos cuatrocientos años o unos pocos más los que han pasado hasta el final de nuestra guerra[126] desde que los lacedemonios tienen la misma Constitución[127], y por esto se han hecho 18

122 En el 510 a. C. acabó la tiranía de Hipias, expulsado de Atenas por la intervención de los Alcmeónidas (cf. n. 140) y con la ayuda del rey espartano Cleómenes (cf. *infra*, VI 59, 4; HERÓDOTO, V 62-65; ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* 19, 4). La colaboración de Esparta se debió probablemente, más que a su odio a las tiranías, a su deseo de extender la confederación peloponesia al norte del Istmo incluyendo a Atenas entre sus aliados; debía de preocuparles, asimismo, la política pro-argiva de los Pisistrátidas, que suponía un peligro para su preeminencia en el Peloponeso (cf. J. A. O. LARSEN, «Sparta and the Ionian Revolt. A study of Spartan foreign policy and the genesis of the Peloponnesian League», *Classical Philology* 27 (1932), 136 ss.)

123 Como en I 17, se contempla como caso aparte el de los tiranos de Sicilia.

124 Cf. *supra*, I 12, 3 n. 87.

125 Sobre la *eunomía* espartana, cf. *infra*, VIII 24, 4; HERÓDOTO, I 65-66.

126 Cf. *supra*, n. 94.

127 Según este pasaje de Tucídides, la *eunomía* de Esparta no tendría su origen a fines del VII o a comienzos del VI a. C., sino que se originaría hacia los años 830-810. La idea de Tucídides parece apuntar a que la Constitución espartana se mantenía desde hacía cuatro siglos a pesar de un largo período de luchas civiles. Ello no está en desacuer-

poderosos y han impuesto su criterio en las otras ciudades), después de la expulsión de los tiranos de Grecia, como decía, no muchos años después, tuvo lugar la bata-
2 lla de Maratón [128] entre los medos [129] y los atenienses. Y diez años después de ésta vinieron de nuevo los bárbaros contra Grecia con su gran expedición para someterla [130]. Ante la amenaza de este gran peligro, los lacedemonios, por la superioridad de sus fuerzas, tomaron el mando de los griegos aliados, mientras que los atenienses, al avanzar los medos, decidieron abandonar la ciudad y, recogiendo sus bienes, se embarcaron en las naves y se hicieron marinos [131]. Tras rechazar en común a los bárbaros, no mucho después, tanto los griegos que se habían rebelado contra el Rey [132] como los que se habían aliado frente a él se dividieron en dos bandos en torno a los atenienses y a los lacedemonios [133]; estos pueblos, en efecto, se habían

---

do con un mejoramiento de las leyes hacia el 600. Tucídides no dice nada sobre la oscura figura del legislador; sobre Licurgo, cf. HERÓDOTO, I 65-66; PLUTARCO, *Licurgo;* PAUSANIAS, III 16, 6.

128 En el 490 a. C. Famosa batalla en que los plateos lucharon al lado de los atenienses (cf. HERÓDOTO, VI 108 ss). Tucídides se refiere a esta acción destacándola del conjunto de las Guerras Médicas en diversos pasajes (cf. *infra,* I 73, 4; II 34, 5; VI 59, 4).

129 Cf. *supra,* n. 108.

130 Alusión a la expedición de Jerjes del 480.

131 Si la expedición de Darío fue rechazada por tierra, en Maratón, la victoria contra Jerjes se consiguió fundamentalmente en el mar, en Salamina, gracias a la flota de Temístocles. Ambas victorias son hitos importantísimos en la historia de Grecia, y en este caso se prestigia la vocación marinera de Atenas, base de su política imperialista del siglo v a. C.

132 El rey por antonomasia es el de Persia.

133 Los atenienses estaban al frente de la Liga de Delos, que fue fundada en el 477 a. C. (cf. *infra,* I 96). Esta liga prosiguió la guerra contra los persas hasta la Paz de Calias (449 a. C.). Comprendía la

revelado como los más poderosos[134], ya que los unos eran fuertes por tierra y los otros por mar. La alianza mili- 3
tar[135] se mantuvo durante corto tiempo; luego los lacedemonios y los atenienses tuvieron divergencias y se hicieron la guerra con la ayuda de sus aliados[136]; y a partir de entonces los otros griegos, en los casos en que estaban en desacuerdo, acudían a ellos. De modo que desde las Guerras Médicas hasta nuestra guerra, unas veces en paz, otras en guerra, bien entre sí, bien contra sus propios aliados en rebeldía[137], prepararon cuidadosamente sus recursos para la guerra y adquirieron más experiencia ejercitándose en medio de los peligros.

Los lacedemonios ejercían su hegemonía sin tener a sus 19
aliados sujetos a tributo, pero preocupándose de que su régimen fuera oligárquico, de acuerdo únicamente con su

---

mayor parte de la costa de Asia Menor, la mayoría de las islas del Egeo y gran parte de la costa norte del Egeo. Esparta dirigía la Liga del Peloponeso, ya existente en la segunda mitad del siglo VI, a la que estaban vinculados la mayoría de los Estados peloponesios y algunos de Grecia Central (cf. *infra*, la *Pentecontecia* I 89-118). Si antes de las Guerras Médicas Esparta era la primera potencia de Grecia, después de ellas, tras las victorias navales, Atenas aumentó enormemente su prestigio; las restantes *póleis* se fueron alineando en uno u otro bando y el mundo griego se fue dividiendo en dos grandes bloques, división que en el 431 llevó a la Guerra del Peloponeso.

134 Cf. HERÓDOTO, I 56, 1-2. Según Heródoto ya eran los más poderosos en tiempos de Creso (546 a. C.). Apreciación seguramente exagerada en el caso de Atenas.

135 *Homaichmía*, alianza militar frente a una situación de emergencia, no una verdadera *symmachía*.

136 Los enfrentamientos entre Atenas y Esparta fueron frecuentes entre el 460-459 a. C. y la paz de treinta años del 445. Cf. *infra*, I 103-115.

137 Deseosos de recuperar su independencia. Cf. *infra*, I 98, 4; 100, 2-101, 3.

propia conveniencia. Los atenienses, en cambio, con el tiempo se habían apropiado de las naves de las ciudades aliadas, salvo de las de Quíos y Lesbos[138], y habían impuesto a todas el pago de un tributo[139]. Y los recursos militares que ellos tenían separadamente al comienzo de esta guerra eran mayores que los de la época de mayor esplendor con la fuerza de la alianza intacta.

La investigación de Tucídides. El método histórico

20 Así fueron, pues, según mi investigación, los tiempos antiguos, materia complicada por la dificultad de dar crédito a todos los indicios tal como se presentan, pues los hombres reciben unos de otros las tradiciones del pasado sin comprobarlas, aunque se trate de las de su propio
2 país. La mayoría de los atenienses, por ejemplo, cree que Hiparco era el tirano[140] cuando fue asesinado por Har-

---

[138] Quíos y Lesbos conservaban una situación de cierto privilegio dentro de la Liga (cf. *infra,* III 3, 1; VI 85, 2; VII 57, 4-5); eran autónomas por cuanto poseían una marina propia y contribuían con sus recursos militares en lugar de pagar un tributo. En otros aspectos, como el jurídico, estaban subordinadas a Atenas, hecho que explica el valor originario del término *autónomo:* «el que posee su propia parte», sin referencia al aspecto jurídico, es decir, relacionado con *némō* «distribuir», no con *nómos,* «ley». Cf. E. J. Bickerman, «Autonomia. Sur un passage de Thucydide (I 144, 2)», *Revue Internationale des Droits de l'Antiquité* 5 (1958), 313-344.

[139] Cf. *infra,* I 96, n. 530.

[140] En este asunto Tucídides está de acuerdo con Heródoto (V 55, 62 ss.; VI 123; cf., asimismo, Aristóteles, *Constitución de los atenienses* 18, 1; 19, 1), contrariamente a la opinión del escoliasta que ve una acusación a Heródoto. En realidad, la crítica de Tucídides sale al paso de un error que circulaba por Atenas, error que contaba con el apoyo de altas esferas y que había sido acogido por Helánico (cf. F. Jacoby, *Atthis. The Local Chronicles of Ancient Athens,* Oxford, 1949, págs. 158-159; sobre Helánico, cf. *supra,* n. 58). Se creía que Hiparco era el

modio y Aristogitón[141], y no saben que era Hipias, por ser el mayor de los hijos de Pisístrato, quien gobernaba, y que Hiparco y Tésalo eran sus hermanos, y que, al sospechar Harmodio y Aristogitón, en el día fijado y en el último momento, que algo había sido revelado a Hipias por sus propios cómplices, se apartaron de él creyéndolo advertido; pero, queriendo, antes de ser apresados, arriesgarse en la realización de alguna hazaña, encontraron a Hiparco junto al llamado Leocorio[142] mientras organiza-

---

hijo mayor de Pisístrato y, como tal, su sucesor, cuando en realidad lo era Hipias. El error se encuentra en otros textos (cf. D. L. PAGE, *Poetae Melici Graeci*, Oxford, 1962, fr. 893, 895-896; PLATÓN, *Hiparco* 228b, y *Marmor Parium* A 45). Según este error, Harmodio y Aristogitón, al matar a Hiparco (en el 514 a. C.), habrían liberado a Atenas de la tiranía, lo que no era cierto puesto que Hipias siguió en su puesto (hasta el 510 a. C.). Esta exaltación de Harmodio y Aristogitón, sin duda, era fomentada por los adversarios de los Alcmeónidas, cuyos partidarios afirmaban que eran éstos los verdaderos liberadores de Atenas con su intervención en el derrocamiento de la tiranía (cf. A. J. PODLECKI, «The political signifiance of the Tyrannicide-cult», *Historia* 15 (1966), 129 ss., y C. W. FORNARA, «The cult of Harmodius and Aristogeiton», *Philologus* 114 (1970), 155 ss. Cf. el análisis del pasaje en K. VON FRITZ, *Die griechische Geschichtsschreibung*, Berlín, 1967, Anmerkungen, págs. 269-273, n. 51).

141 Harmodio y Aristogitón pertenecían a los Gefireos, clan establecido en el norte del Ática y procedente, al parecer, de Eubea (cf. K. J. DAVIES, *Athenian Propertied Families 600-300 B. C.*, Oxford, 1972, págs. 472-479).

142 Templo en honor de las hijas del héroe ático Leo, sacrificadas para devolver la abundancia a Atenas. Su ubicación es problemática. Estaba en la zona del Cerámico o, concretamente, en el extremo noroeste del Ágora. Cf. J. TRAVLOS, *Pictorial Dictionary of Ancient Athens*, Nueva York, 1971, 3, 5, 578; R. E. WYCHERLEY, *The Stones of Athens*, Princeton, N. J., 1978, págs. 63, 98. Sobre el Leocorio, cf., asimismo, DEMÓSTENES, 54, 7-8.

3 ba la procesión de las Panateneas[143] y lo mataron[144]. Hay muchos otros hechos, incluso contemporáneos y no olvidados por el tiempo, sobre los cuales los demás griegos tienen ideas inexactas, como la creencia de que los reyes de los lacedemonios dan, cada uno, no un solo voto sino dos, y la de que tienen una *compañía de Pitana,* la cual no ha existido jamás[145]. ¡Tan poco importa a la mayoría

---

143 Las Panateneas eran una fiesta anual en honor de Atenea que se celebraban con especial solemnidad cada cuatro años (las Grandes Panateneas). Éstas tenían lugar en el tercer año de las Olimpíadas, durante el mes de hecatombeón (julio-agosto). La culminación de las fiestas era la procesión que partía del Cerámico y se dirigía a la Acrópolis a través del Ágora. Se llevaba a Atenea un peplo nuevo que nueve meses antes de la fiesta habían comenzado a tejer las doncellas seleccionadas por el arconte rey. El cortejo fue perpetuado por Fidias en el célebre friso del Partenón.

144 Tucídides se referirá de nuevo a este episodio en VI 53, 3-59, 4.

145 Estos dos errores se encuentran en Heródoto, aunque la alusión de Tucídides es más general. En HERÓDOTO, VI 57, 5 se entiende que los reyes espartanos disponen de dos votos cada uno; afirma que, si ellos no asisten a las sesiones del Consejo de Ancianos, los miembros de este consejo más estrechamente emparentados con ellos disponen de dos votos además de un tercero a título personal (cf. A. W. GOMME, *op. cit.* I, págs. 137-38). En IX 53, 2, HERÓDOTO se refiere a la presencia de la compañía de Pitana en la batalla de Platea. Pitana era una de las aldeas *(ōbaí)* que formaron Esparta (cf. *supra,* I 10, 2, n. 72), y seguramente las divisiones del ejército no estaban basadas en ellas (sobre la organización del ejército espartano, cf. *infra,* V 67, 1). Para un análisis sobre diversos puntos y aspectos de la crítica de Heródoto efectuada por Tucídides, cf. S. CAGNAZZI, «Tre note tucididee», *Studi Italiani di Filologia Classica* 49 (1977), 197-208, que se refiere, asimismo, a los pasajes en que Heródoto parece servir de fuente a Tucídides. Herodiano, historiador influenciado por Tucídides (cf. HERODIANO, *Historia del Imperio Romano después de Marco Aurelio,* trad., introd. y notas por J. J. TORRES ESBARRANCH, Madrid, B.C.G. 80, 1985, págs. 12, 32-33, 51, 60, 118 n. 95, etc.), cuenta que Caracalla creó una «cohorte

la búsqueda de la verdad y cuánto más se inclinan por lo primero que encuentran!

Sin embargo, no se equivocará quien, de acuerdo con 21
los indicios expuestos, crea que los hechos a los que me he referido fueron poco más o menos como he dicho y no dé más fe a lo que sobre estos hechos, embelleciéndolos para engrandecerlos, han cantado los poetas, ni a lo que los logógrafos[146] han compuesto, más atentos a cautivar a su auditorio[147] que a la verdad, pues son hechos sin pruebas y, en su mayor parte, debido al paso del tiempo, increíbles e inmersos en el mito[148]. Que piense que los resultados de mi investigación obedecen a los in-

---

laconia de Pitana». Parece que el Emperador seguía más a Heródoto (cf. HERODIANO, *op. cit.* IV 8, 3, pág. 226, n. 331).

146 Los prosistas, por oposición a los poetas; se refiere sobre todo a Heródoto y a otros historiadores y cronistas anteriores y contemporáneos. El término *logográphos,* que originariamente sólo significaría «escritor de obras en prosa», adquirió un valor negativo de «narrador de historias poco fiables« (cf. ARISTÓTELES, *Retórica* II 11, 7 [1388b]; POLIBIO, VII 7, 1-8), y más tarde se utilizó también para denominar a los que escribían discursos por encargo. En el caso de Tucídides, a pesar de ser él mismo un «escritor de obras en prosa», es claro que se sitúa frente a los logógrafos, con indudable propósito de hacer una historia nueva (cf. *supra,* n. 5), con lo que el término ya parece tener una cierta connotación negativa relativa al modo de hacer la historia, aunque algunos comentaristas como GOMME (cf. *op. cit.,* pág. 139) no lo juzgan necesario, considerando que el matiz negativo no está en el término mismo sino en todo caso en el contexto.

147 En las lecturas públicas que hacían los logógrafos y los poetas. El mismo Heródoto presentó su obra en estas lecturas, que exigían una obra más agradable y atractiva que rigurosa y profunda. Con Tucídides se pasa de una historiografía de tono básicamente oral a otra marcada por el carácter escrito de la transmisión. Sobre el tránsito de Heródoto a Tucídides, cf. D. PLÁCIDO, «De Heródoto a Tucídides», *Gerión* 4 (1986), 17-46.

148 Cf. *infra,* I 22, 4.

dicios más evidentes y resultan bastante satisfactorios para
2 tratarse de hechos antiguos. Y esta guerra de ahora, aunque los hombres siempre suelen creer que aquella en la que se encuentran ellos combatiendo es la mayor y, una vez acabada, admiran más las antiguas, esta guerra, sin embargo, demostrará a quien la estudie atendiendo exclusivamente a los hechos que ha sido más importante que las precedentes [149].

22 En cuanto a los discursos [150] que pronunciaron los de cada bando, bien cuando iban a entrar en guerra bien cuando ya estaban en ella, era difícil recordar la literalidad misma de las palabras pronunciadas, tanto para mí mismo en los casos en los que los había escuchado como para mis comunicantes a partir de otras fuentes. Tal como

---

149 Cf. *supra,* I 1.

150 La *Historia* de Tucídides está compuesta de discursos *(lógoi)* y hechos *(érga).* Por un lado el relato exacto de los acontecimientos, ordenados cronológicamente según su principio de la estación del buen tiempo y la del mal tiempo de cada año. Estos hechos son presentados de una forma objetiva, con escasos comentarios por parte del historiador (aunque se trata de una objetividad sometida a discusión: piénsese, por ejemplo, en la *persuasión subliminal* de la que habla W. P. WALLACE *(Phoenix* 18 (1964), 251), o en la tesis relativa al desacuerdo entre la verdad de Tucídides y la realidad histórica de D. KAGAN, *The oubreak of the Peloponnesian war,* Ithaca - Londres, 1969, especialmente págs. 345-374), o en su visión de Cleón (cf. A. G. WOODHEAD, «Thucydides' portrait of Cleon», *Mnemosyne* s. 4. 13 (1960), 289-317), o en la habilidad tucidídea para la relación y repetición de palabras y motivos o *topoi,* que serían una guía para el lector, en sus paralelismos de esquemas, situaciones y personajes (cf. V. HUNTER, *Thucydides the artful reporter,* Toronto, 1973; «The composition of Thucydides' History: a new answer to the problem», *Historia* 26 (1977), 269-294); la precisión y el amor a la verdad de Tucídides han sido, sin embargo, tradicionalmente reconocidas, a pesar de las humanas limitaciones). Para dar a entender los móviles de los hechos están los discursos.

me parecía que cada orador habría hablado, con las palabras más adecuadas a las circunstancias de cada momento, ciñiéndome lo más posible a la idea global de las palabras verdaderamente pronunciadas, en este sentido están redactados los discursos de mi obra. Y en cuanto a los hechos 2
acaecidos en el curso de la guerra, he considerado que no era conveniente relatarlos a partir de la primera información que caía en mis manos, ni como a mí me parecía, sino escribiendo sobre aquellos que yo mismo he presenciado[151] o que, cuando otros me han informado, he investigado caso por caso, con toda la exactitud posible[152].

---

151 Ahí radica un aspecto importantísimo de la originalidad de Tucídides respecto a Heródoto y a sus predecesores. Tucídides hará historia rigurosamente contemporánea.

152 En el relato de los acontecimientos, la precisión es primordial; no cabe el parecer o la interpretación, como era posible en los discursos, en los que el historiador atendía a la idea general de las palabras verdaderamente pronunciadas. El afán de exactitud, al que se refiere en este pasaje en el que se trasluce su deseo de oponerse a los logógrafos y a Heródoto, es constante en la exposición de los hechos. Tucídides observa los hechos y deja que éstos hablen por sí mismos y si merece el nombre de historiador es porque parte de los hechos que ha investigado personalmente con rigor y porque las ideas generales que pone ante nosotros proceden de los hechos (cf. H. D. F. KITTO, *Poiesis. Structure and Thought*, Berkeley-Los Ángeles, 1966, págs. 285 ss.). Hay, no obstante, junto a la exactitud y a la eficacia expositiva, la elección de la materia, que depende, lógicamente, de la concepción del historiador. «Tucídides —decía Hobbes, que se sirvió de nuestro historiador en su apología de la monarquía inglesa— construye sus narraciones sobre la base de una elección determinada de la materia, las expone según un preciso juicio y se expresa de una manera tan perspicua y eficaz que, como dice Plutarco, convierte a quien lo escucha en un espectador» (TH. HOBBES, ed. W. MOLESWORTH, *The English Works* VIII, Londres, 11 vols., 1839-45 (reed. fot. Aalen, 1961), pág. VIII). En la *Historia* de Tucídides, en suma, la objetividad está unida paradójicamente a la intervención del

3 La investigación ha sido laboriosa porque los testigos no han dado las mismas versiones de los mismos hechos, sino según las simpatías por unos o por otros o según la me-
4 moria de cada uno. Tal vez la falta del elemento mítico[153] en la narración de estos hechos restará encanto a mi obra ante un auditorio, pero si cuantos quieren tener un conocimiento exacto de los hechos del pasado y de los que en el futuro serán iguales o semejantes[154], de acuerdo con

---

autor. Lo expresó certeramente J. DE ROMILLY *(Histoire et raison chez Thucydide,* París, 1956, págs. 12-13).

[153] Cf. *supra,* 21, 1. El elemento mítico o fabuloso era frecuente en otros historiadores como Heródoto.

[154] Hallamos aquí la idea de la repetición o paralelismo de los procesos históricos, la concepción cíclica de la historia que explica la aspiración de Tucídides de que su *Historia* sea una enseñanza útil para el futuro, una adquisición para siempre. Pensemos, a este respecto, en las palabras de A. J. TOYNBEE: «La guerra de 1914 me encontró explicando a Tucídides a los estudiantes de Balliol que se preparaban para seguir las *Litterae Humaniores;* y en ese momento mi entendimiento se iluminó de súbito. La experiencia por que estábamos pasando en nuestro mundo actual ya había sido vivida por Tucídides en el suyo. Ahora, en una nueva lectura, lo comprendía en otra forma, percibía el verdadero significado de sus palabras, los sentimientos latentes en sus frases, que sólo ahora me conmovían, al hallarme a mi vez en esa crisis histórica que le indujo a escribir su obra. Tucídides, tal se veía, había pisado antes ese mismo terreno. Él y la generación a que pertenecía habían estado antes que yo, antes que mi propia generación, en el estadio de la experiencia histórica al que, respectivamente, habíamos arribado; en realidad su presente había sido mi futuro. Pero esto convertía en absurda la notación cronológica que calificaba a mi mundo como «moderno» y como «antiguo» al de Tucídides. Pese a lo que pudiera sostener la cronología, el mundo de Tucídides y el mío propio acababan de probar que eran filosóficamente contemporáneos» (cf. J. A. TOYNBEE, *Civilization on trial = La civilización puesta a prueba* [trad. M. C.], Buenos Aires, 1949, pág. 15). La Guerra del Peloponeso ha sido llamada la «primera guerra europea o mundial de Occidente» y muchos autores han insistido ciertamente en esta contemporaneidad de Tucídides, sobre todo a raíz

las leyes de la naturaleza humana[155], si éstos la consideran útil, será suficiente. En resumen, mi obra ha sido compuesta como una adquisición para siempre más que

---

de las dos guerras europeas y de la llamada «guerra fría» entre los dos bloques encabezados por los Estados Unidos y la Unión Soviética, y han pensado en la similitud general de dichos enfrentamientos y en paralelismos concretos como el del sometimiento de Melos por los atenienses y las intervenciones de las grandes potencias contemporáneas en Hungría y Vietnam (cf. J. BERENGUER AMENÓS, «Atenas, una democracia imperialista: Melos, 416 a. C. Hungría 1956 - Vietnam 1966», *Destino* 1503, 28 de mayo de 1966, 40-41). Entre las muchas publicaciones en este sentido, merece la pena citar algunas: A. THIBAUDET, *La campagne avec Thucydide,* Ginebra, 1922; W. DEONNA, «L'éternel présent», *Revue des Études Grecques* 35 (1922), 1 ss.; L. E. LORD, *Thucydides and the World War,* Cambridge Mass., 1945; A. G. WOODHEAD, *Thucydides on the nature of Power,* Cambridge Mass., 1970. Por otra parte, esta correspondencia entre pasado y futuro ya habría sido puesta de relieve por el mismo Tucídides en la estructura de su *Historia,* según la tesis defendida por Hunter R. Rawlings III, en el sentido de que Tucídides habría pretendido dividir la Guerra del Peloponeso en dos conflictos paralelos de diez años, de forma que ciertas partes de la primera mitad (libros I-IV) encontrarían sus paralelos o correspondencias en la segunda mitad (libros V-VIII). Cf. H. R. RAWLINGS III, *The Structure of Thucydides History,* Princeton, N. J., 1981. En cuanto a los paralelismos, cf., asimismo, los trabajos de Virginia Hunter con sus correspondencias entre la guerra arquidámica y la campaña de Sicilia.

155 Se ha situado a Tucídides al principio de una corriente de pensadores realistas con una idea del poder como móvil básico de la naturaleza humana, idea de la fuerza en la que se fundamentan sus concepciones sobre el comportamiento del hombre y de los Estados. En esta corriente se hallan pensadores como Maquiavelo, Hobbes y Nietzsche, respecto a los cuales se han señalado con frecuencia coincidencias con Tucídides. Decía, por ejemplo, Maquiavelo: «*Perché gli uomini in sostanza sono sempre gli stessi ed hanno le medessime passioni: cosi quando le circunstanze sono identiche, le medessime ragioni portano i medessimi efetti, e quindi gli stessi fatti debbono suggerire le stesse regole di condotta*» (palabras citadas por P. SHOREY, «On the implicit Ethics and Psychology of Thucydides», *Transactions of the American Philological So-*

como una pieza de concurso para escuchar un momento[156].

La magnitud de la Guerra del Peloponeso. Sus causas

23 De los hechos anteriores el más importante[157] fue la guerra contra los medos, a pesar de que ésta se decidió rápidamente en dos batallas navales y dos terrestres[158]. La duración de esta guerra nuestra, por el contrario, ha ido

---

ciety 24 (1983), n. 51). Y sobre cómo profundiza Tucídides en la naturaleza humana, cuyo conocimiento le lleva a creer en la similitud de los procesos históricos, ha dicho P. Shorey: «ha estudiado la naturaleza humana a la luz reveladora de la guerra, la peste y la revolución, y, por más arropadas que estén las figuras que halla en su vida cotidiana, su penetrante imaginación descubre al hombre desnudo que se oculta en el fondo» (art. cit., 66, y trad. de J. ALSINA, *op. cit.*, pág. 278).

156 Es una «adquisición para siempre», «una posesión para la eternidad», *(ktêma es aieí)*, no una «pieza de concurso» *(agṓnisma)* para deleite momentáneo. Alusión a los concursos en los que Heródoto había leído su obra. Este deseo de permanencia se refleja en el estilo: «Tanto Tucídides como Tácito —decía Nietzsche— han pensado, al confeccionar sus obras, en la inmortalidad: si no lo supiésemos por otros medios lo adivinaríamos por su estilo. El uno creía dar dureza a sus ideas reduciéndolas por ebullición, y el otro, poniendo sal en ellas; y ninguno de los dos, según parece, se equivocó» (cf. F. NIETZSCHE, *El viajero y su sombra*, Barcelona [s. a.], págs. 94-95 n. 144). Hobbes, cuya primera publicación fue la *Peloponnesian Warre*, la traducción de la *Historia* de Tucídides, consideraba a nuestro historiador el punto culminante de la Antigüedad en cuanto a la narración de la verdad que debía ser puesta delante de los hombres como testimonio permanente para el futuro, como «posesión para la eternidad» (cf. TH. HOBBES, *op. cit.* VIII, pág. XXI).

157 La magnitud o importancia de los acontecimientos era para Tucídides una categoría fundamental del conocimiento histórico. Cf. *supra*, I 1, 2; n. 11.

158 La «guerra contra los medos»: *tò Mēdikón*. Tucídides se refiere probablemente, tal como anotaba el escoliasta, a Artemisio y Salamina

mucho más allá, y ha ocurrido que en su transcurso se han producido en Grecia desastres sin parangón en un período igual. Nunca tantas ciudades fueron tomadas y aso- 2
ladas, unas por los bárbaros[159] y otras por los mismos griegos[160] luchando unos contra otros (algunas hay incluso que cambiaron de habitantes al ser conquistadas)[161]; nunca tampoco había habido tantos destierros y tanta mortandad, bien en la misma guerra bien a causa de las luchas civiles. E historias que antes refería la tradición, pero 3
que raramente encontraban una confirmación en la realidad, dejaron de resultar inverosímiles: historias acerca de terremotos[162], que afectaron a la vez a extensas regiones y que fueron muy violentos; eclipses de sol[163], que ocu-

(480 a. C.) y a las Termópilas (480 a. C.) y Platea (479 a. C.). Piensa que el enfrentamiento contra los persas en la Segunda Guerra Médica se decidió en Europa y por ello no alude a la batalla de Mícale (a fines del otoño del 479 a. C.), cuyo escenario ya fue el Asia Menor. Esta «guerra contra los medos» se refiere sólo a la expedición de Jerjes. Cf. *infra,* I 90, 1; 97, 1; HERÓDOTO, VII 61-100.

159 Tal fue el caso de Colofón (cf. *infra,* III 34) y de Micaleso (cf. *infra,* VII 29-30).

160 Como lo fueron, por ejemplo, Platea (cf. *infra,* III 68, 3) y Tirea (cf. *infra,* IV 57).

161 Como Solio (cf. *infra,* II 30), Potidea (cf. *infra,* II 70), Anactorio (cf. *infra,* IV 49), Escione (cf. *infra,* V 32, 1) y Melos (cf. *infra,* V 114-116).

162 Cf. *infra,* II 8; III 87, 4; 89, 1-5; IV 52, 1; V 45, 4 y 50, 5; VIII 6, 5; 41, 2. En las creencias populares había una conexión entre la guerra y estas catástrofes naturales que agravaban los efectos de aquélla.

163 La *Historia* de Tucídides hace mención de dos: el del 3 de agosto del 431 a. C. (cf. II 28) y el del 21 de marzo del 424 (cf. IV 52, 1). Ha llamado la atención que Tucídides no mencionara aquí los eclipses de luna, uno de los cuales —el del 413 descrito en VII 50, 4— fue importante para las tropas atenienses en Sicilia.

rrieron con mayor frecuencia de lo que se recordaba en
tiempos pasados; y grandes sequías en algunas tierras y
hambres como secuela, y, en fin, la calamidad que no
menos daños causó y que destruyó a una parte de la po-
blación, la peste [164]. Todos estos males cayeron sobre Gre-
4 cia junto con esta guerra. La comenzaron los atenienses
y los peloponesios al romper el tratado de paz de treinta
años que habían concertado después de la conquista de
5 Eubea [165]. Para explicar por qué rompieron he expuesto
en primer lugar las razones de esta ruptura y las diferen-
cias que la ocasionaron, a fin de que nunca nadie se pre-
gunte por qué se produjo entre los griegos una guerra tan
6 importante [166]. La causa más verdadera [167], aunque la que

---

164 La peste que afectó principalmente a Atenas. Cf. *infra,* II 47-54, y III 87.

165 La revuelta de Eubea tuvo lugar en el 446 a. C.; fue inmediatamente sofocada por los atenienses, que en el invierno del 446-445 concluyeron un tratado de paz con Esparta, tratado al que se alude con frecuencia a lo largo del libro I (cf. *infra,* I 35, 1; 36, 1; 40, 2; etc.). Sobre la conclusión de este tratado *(spondaí),* cf. *infra,* I 115, 1.

166 Nótese el mismo espíritu que inspira la descripción médica de la peste en II 48, 3.

167 Tucídides distingue aquí entre «la causa más verdadera» *(tḕn mén alēthestátēn próphasin),* es decir, la causa profunda, y «las razones declaradas» *(hai d'es tò phaneròn legómenai aitíai),* los motivos inmediatos *(aitíai* en este caso) frente a la verdadera causa (expresada aquí con el término *próphasis):* el motivo psicológico profundo, que no era otro que el temor que inspiraba a los lacedemonios el poderío de Atenas. Por un lado, las cuestiones de Corcira y Potidea (cf. *infra,* I 24-66), con la breve referencia al decreto contra Mégara (cf. *infra,* I 67, 4); por el otro, el extraordinario crecimiento del poder de Atenas (cf. *infra,* I 89-117). El término *próphasis,* sin embargo, utilizado en este pasaje para referirse a la «causa profunda», tiene con mayor frecuencia el valor de «pretexto» (opuesto a menudo a *aitía,* «causa»), sentido con el que suele emplearlo Tucídides a partir del libro III (cf. P. HUART, *Le vocabulaire*

menos se manifiesta en las declaraciones[168], pienso que la constituye el hecho de que los atenienses al hacerse poderosos e inspirar miedo a los lacedemonios les obligaron a luchar. Pero las razones declaradas públicamente, por las cuales rompieron el tratado y entraron en guerra, fueron las siguientes por parte de cada bando.

Conflicto de Corcira

Epidamno[169] es una ciudad situada a la derecha para 24
el que entra en el golfo Jonio[170]. Vecinos suyos son los

---

de l'analyse psychologique dans l'oeuvre de Thucydide, París, 1968, pág. 259; sobre el doble valor de *próphasis,* cf. K. Weidauer, *op. cit.,* pág. 14).

168 La idea del temor inspirado por la expansión de Atenas no era nueva (cf. nota anterior) y estaba presente en discursos y comentarios. Sin embargo, la *próphasis* no se sacaba a relucir en las embajadas (cf. *infra,* I 126, 1-2; 139, 1-3), en las que se esgrimían las *aitíai;* la causa más verdadera era la menos aparente en las declaraciones, y también debía aparecer menos que las *aitíai* en los comentarios populares. Atenas, además, no confesaría que su propia expansión fuera la causa de la guerra.

169 Luego la romana *Dyrrachium* y hoy Durrës, puerto de Albania central cercano a Tirana (en italiano, Durazzo). En tiempos de Roma y Bizancio también fue un enclave muy importante; además de su importancia en las comunicaciones marítimas, salía de allí la *via Egnatia,* que, a través de Iliria, se dirigía a Tesalónica y a Bizancio. Cf. Estrabón, VII 7, 4.

170 El Adriático. Obsérvese, por otra parte, la descripción desde el punto de vista del navegante: *pólis en dexiâi espléonti es tòn Iónion kólpon,* una característica del estilo de las *periēgēseis* o guías geográficas. Cf. *infra,* n. 279.

2 taulantios[171], bárbaros de raza iliria. La fundaron los corcireos[172], pero el fundador fue Falio, hijo de Eratóclides, corintio de nacimiento, del linaje de los Heráclidas, que, según la costumbre antigua, había sido traído de la metrópoli[173]. Participaron también en la fundación algunos
3 corintios y otras gentes de estirpe dórica. Con el paso del tiempo, la ciudad de los epidamnios se hizo grande y po-
4 pulosa. Pero, tras muchos años de disensiones internas, según se cuenta, a consecuencia de una guerra con sus vecinos bárbaros, se encontraron en la ruina y privados
5 de la mayor parte de su fuerza. Finalmente, antes de esta guerra nuestra[174], el pueblo expulsó a los aristócratas, y éstos, atacando en compañía de los bárbaros, se dedicaron a saquear a los de la ciudad tanto por tierra como por
6 mar. Cuando los epidamnios que estaban en la ciudad se

---

171 Cf. Hecateo (F. Jacoby, *FGrHist* 1, F 99 y 101); Estrabón, VII 7, 8.

172 En el 626 o 625 a. C.

173 Cuando una colonia fundaba a su vez otra colonia, la fundación era presidida, conforme al derecho sagrado, por un fundador *(oikistḗs)* de la metrópoli. La ciudad fundadora —en este caso Corcira— solicitaba a su metrópoli —aquí Corinto— la intervención de un miembro de su aristocracia (aquí «del linaje de los Heráclidas»). De ahí que tanto Corcira como Corinto se consideraran con derecho sobre Epidamno. El *oikistḗs* era responsable de la colonia *(apoikía)* en su fase de organización, y una vez constituida la nueva *pólis* solía ser honrado en la ciudad que había fundado e incluso era venerado después de su muerte (cf. *infra,* V 11, 1).

174 Las referencias cronológicas sobre los hechos anteriores a la Guerra del Peloponeso son a veces imprecisas. Los acontecimientos a los que aquí se alude ocurrieron, según Diodoro Sículo, XII 30, 2, hacia el 439-438 a. C., pero actualmente se piensa que esta fecha es inexacta y se sitúa el enfrentamiento entre demócratas y oligarcas de Epidamno en el 435. Así, el conflicto de Corcira se desarrollaría entre el 435 (batalla de Leucimna) y el 433 (batalla de las islas de Síbota).

vieron en apuros, enviaron embajadores a Corcira, como
metrópoli que era, pidiendo que no miraran con indiferen-
cia su destrucción, sino que los reconciliaran con los exi-
liados y pusieran fin a la guerra con los bárbaros. Formu- 7
laron esta petición sentándose en el templo de Hera[175]
como suplicantes. Pero los corcireos no atendieron a la
súplica, sino que los despidieron sin conseguir nada.

Cuando los epidamnios supieron que no tendrían nin- 25
guna ayuda por parte de Corcira, se encontraron en la
dificultad de resolver la situación, y, enviando una emba-
jada a Delfos, preguntaron al dios[176] si debían entregar
su ciudad a los corintios en su condición de fundadores
y tratar de obtener de ellos alguna ayuda. El dios les res-
pondió que entregaran la ciudad y se pusieran bajo la
protección de los corintios. Los epidamnios marcharon, 2
pues, a Corinto y, de acuerdo con el oráculo, entregaron
la colonia, explicando que su fundador era de Corinto[177]
y comunicándoles la respuesta del oráculo[178], y les pi-

---

175 Sobre este templo, cf. *infra,* III 75, 5; 79, 1; 81, 2; DIODORO, XIII 48, 6. Sus restos han sido hallados en recientes excavaciones. Cf. P. G. KALLIGAS, «Tò en Kerkýrāi hieròn tês Akraías Hēras», *Archaiologikòn Deltíon* XXIV (1969), 51-58.

176 Apolo, que se manifestaba por medio del oráculo de Delfos (cf. *infra,* I 25, 2, n. 178).

177 Cf. *supra,* I 24, 2.

178 El santuario de Delfos había jugado un importante papel en la colonización griega de los siglos VIII y VII a. C.; con sus directrices, había orientado el movimiento colonizador. En el siglo V, aún era el centro de las cuestiones coloniales, donde se dirimían los asuntos que afectaban a las colonias y las diferencias entre una colonia y su metrópoli (cf. DIODORO, XII 35, 3); seguía, asimismo, presidiendo las fundaciones que se produjeron durante este siglo (cf. *infra,* III 92, 5). Sobre este tema, cf., asimismo, *infra,* VI 3, 1; HERÓDOTO, IV 150-164; V 42-48; VI 34-37; ESTRABÓN, VI 1, 6; 2, 4; 3, 2; M. LOMBARDO, «Le concezioni

dieron que no miraran con indiferencia su destrucción[179],
3 sino que los defendieran. Los corintios accedieron a prestarles ayuda[180], en parte por razones de justicia, ya que consideraban que la colonia era tan suya como de los corcireos, pero también por odio a éstos porque, a pesar de
4 ser colonos suyos, les hacían poco caso, pues ni les ofre-

degli antichi sul ruolo degli oracoli nella colonizzazione greca», *Ricerche sulla colonizzazione greca (Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa,* 1972), pág. 63 ss; H. W. Parke, D. E. Wormell, *The Delfic Oracle* I, Oxford, 1956, págs. 49-81. En este caso, los epidamnios del partido democrático, tras la negativa de los corcireos a prestarles ayuda, recurrieron a Corinto, la metrópoli de su metrópoli; pero antes de dar este paso, acudieron a Delfos para preguntar si podían considerar a Corinto como ciudad fundadora y solicitar de este modo su ayuda, puesto que según el «derecho colonial» eran culpables las colonias que recurrían a una ciudad que no fuera su metrópoli para solucionar sus problemas internos. Los epidamnios preguntarían al dios si, al ser su *oikistḗs* un corintio, podían romper los lazos con Corcira, su metrópoli, para establecerlos con Corinto. Con la respuesta afirmativa se despejaban los escrúpulos religiosos facilitando la intervención de Corinto, ya muy interesada en la empresa.

179 Obsérvese el paralelismo de esta petición con la efectuada antes a los corcireos. Cf. *supra,* I 24, 6.

180 Corinto encontraba aquí una ocasión para intervenir en los asuntos de Corcira e imponer su autoridad como Atenas hacía en sus cleruquías. Si llegaba a dominar Corcira, podría controlar además la ruta del Adriático. Sobre la antigua y permanente enemistad entre Corinto y Corcira, cf. *supra,* I 13, 4; *infra,* I 38; Heródoto, III 49. Junto a las causas políticas y económicas, Tucídides observa las de tipo psicológico, como hace en este caso al aludir al hecho de que los corintios se sentían postergados por los corcireos. A los motivos políticos y económicos se unía la profunda hostilidad de Corinto contra una colonia que se había hecho más poderosa. Así, Corinto, cuyo gobierno era oligárquico, se decidió a intervenir en favor de un gobierno democrático.

cían los presentes tradicionales[181] en las fiestas comunes[182] ni concedían a un corintio las primicias de los sacrificios[183], como las otras colonias, sino que los trataban con desprecio porque su potencia económica era en aquel tiempo comparable a la de las más ricas ciudades griegas y porque por sus recursos militares eran más poderosos[184], y, en cuanto a su flota, se vanagloriaban a veces no sólo de ser muy superiores, sino también por la anterior ocupación de Corcira por los feacios[185], cuya fama giraba en torno a sus naves[186]. Por esta razón se preocupaban todavía más de equipar su flota, en la que precisamente no eran débiles, pues poseían ciento veinte trirremes cuando entraron en guerra.

Teniendo, pues, todos estos motivos de queja, los co- 26
rintios enviaron gustosos su socorro a Epidamno, ordenando que partieran todos los colonos que quisieran con

---

181 Los *géra*, los presentes que las colonias ofrecían como homenaje a las metrópolis.

182 Probablemente las comunes a Corinto y a sus colonias, celebradas en la metrópoli; no las panhelénicas.

183 El significado exacto de la expresión griega es discutido; comportaría probablemente un privilegio de los corintios en los ritos sagrados, privilegio que no les era reconocido por los corcireos.

184 Que los corintios (complemento sobreentendido del comparativo *dynatōteroi)*; no por encima de todas las ciudades griegas, entre las que se encontraba Atenas, cuya superioridad en el mar será reconocida en seguida por los corintios (cf. *infra,* I 33, 1).

185 Según HOMERO (cf. *Odisea* VI-VIII y XIII), los feacios, que acogieron a Ulises antes de su regreso a Ítaca, habitaban la isla de Esqueria, isla que los antiguos identificaron con Corcira, la actual Corfú. Cf. *infra,* III 70, 4, donde se habla de la existencia en Corcira de un recinto sagrado consagrado a Alcínoo.

186 Cf. *Odisea* VII 34-36. Las naves de los feacios —decía Homero— eran «tan ligeras como las alas o el pensamiento».

una guarnición de ampraciotas[187], leucadios[188] y corintios.
2 Marcharon por tierra hasta Apolonia[189], que era colonia de los corintios[190], por miedo a los corcireos, temiendo ser obstaculizados por ellos en el caso de una travesía por
3 mar. Cuando los corcireos se enteraron de que los colonos y la guarnición habían llegado a Epidamno y de que su colonia había sido entregada a los corintios, se irritaron, y zarpando rápidamente con veinticinco naves, seguidas luego por otra escuadra[191], ordenaron sin contemplaciones a los epidamnios que acogieran a los exiliados[192] (pues los desterrados de Epidamno habían ido a Corcira y habían mostrado las tumbas de sus antepasados y recordado su parentesco, invocándolo para pedir que los restableciesen en su patria) y que despidieran a los colonos y a la
4 guarnición que los corintios les habían enviado. Los epidamnios no les hicieron ningún caso; entonces los corcireos se dirigieron contra ellos con cuarenta naves y con

---

[187] De Ampracia o Ambracia (la actual Arta), ciudad del Epiro meridional, cercana al golfo de su nombre; era una colonia de Corinto. Cf. *infra,* II 80, 3.

[188] De Léucade (la actual Lefkda), isla situada frente a la costa de Acarnania, también colonizada por Corinto. Cf. *infra,* I 30, 2; III 94, 2.

[189] Luego Aulona, la actual Vlorë (Vlona, ital. Valona), puerto de Albania. Situada al sur de Epidamno y al norte de Corcira. Importante base naval, utilizada por los submarinos alemanes en la Segunda Guerra Mundial.

[190] Según otras fuentes fue fundada por Corinto y Corcira en común. Cf. ESTRABÓN, VII 5, 8; PS. ESCIMNO, 439-400; y PAUSANIAS, V 22, 4, basándose los tres probablemente en Éforo.

[191] Este segundo contingente debía de ser de quince naves, puesto que después totalizan cuarenta (cf. *infra,* 26, 4 y 29, 4). Éstas y las ochenta de la batalla (cf. *infra,* 29, 4) dan el total de ciento veinte de I 25, 4.

[192] Los aristócratas expulsados (cf. *supra,* 24, 5).

los desterrados, con la intención de restablecerlos, y acompañados también por tropas ilirias. Acamparon junto a la ciudad y proclamaron que los epidamnios que quisieran, así como los extranjeros, podían salir sin temor a represalias; pero que si no lo hacían, serían tratados como enemigos. Como no se sometieron, los corcireos pusieron sitio a la ciudad, que está situada en un istmo[193].

Los corintios, cuando les llegaron mensajeros de Epi- 27
damno con la noticia del sitio, se pusieron a preparar una expedición a la vez que decretaron el envío de una colonia a Epidamno, para que fuera quien quisiera con igualdad de derechos[194]; y si alguno no estaba dispuesto a embarcarse enseguida con los otros, pero quería participar en la colonia, podía quedarse entregando un depósito de cincuenta dracmas corintias[195]. Fueron muchos los que se embarcaron y también muchos los que depositaron el di-
nero. Pidieron además a los megareos[196] que los acompa- 2
ñaran con una escolta naval, por si su travesía era obs-

[193] Lo que hacía el asedio más fácil para un enemigo como los corcireos, que dominaban el mar; no necesitaban así muchas tropas para bloquear la ciudad por tierra.

[194] Igualdad de derechos con los ciudadanos de Epidamno y con los colonos recién enviados (cf. *supra,* 26, 1-2).

[195] La dracma constituía la unidad monetaria de plata de los sistemas monetarios griegos. Tenía múltiplos y subdivisiones: una mina equivalía a cien dracmas y un talento a seis mil, mientras que un óbolo era una sexta parte de la dracma (cf. *infra,* I 96, 2, n. 531; II 13, 5, n. 95). La dracma corintia (2,90 gr) correspondía a dos tercios de la euboicoática (4,36 gr); era el resultado de la transformación de un antiguo didracma en un tridracma sin cambiar de peso.

[196] De Mégara, ciudad situada al noreste de Corinto, en el golfo Sarónico. Su territorio estaba muy bien situado por el hecho de dar a dos mares, el golfo Sarónico y el de Corinto, con sus puertos de Nisea y Pegas.

taculizada por los corcireos, y aquellos se prepararon para acompañarlos con ocho naves, y los paleos de Cefalenia[197], con cuatro. Hicieron la misma petición a los epidaurios[198], que ofrecieron cinco; los de Hermíone[199] ofrecieron una, y los trecenios[200], dos; los leucadios, diez, y los ampraciotas[201], ocho. A los tebanos les solicitaron dinero y también a los fliasios[202], y a los eleos[203], naves sin tripulación y dinero. Por parte de los mismos corintios se prepararon treinta naves[204] y tres mil hoplitas[205].

---

197 La isla de Cefalenia o Cefalonia está situada al sur de Léucade (cf. *supra*, 26, 1, n. 188). Pale era colonia de Corinto (cf. *infra*, II 30, 2, n. 241).

198 De Epidauro, situada al este de Argos, en el golfo Sarónico.

199 Hermíone, en la costa sur de la península que separa el golfo Sarónico y el de Argos.

200 De Trecén, situada al noreste de Hermíone.

201 Sobre los leucadios y los ampraciotas, cf. *supra*, 26, 1, n. 187 y 188.

202 De Fliunte, al sur de Sición y al suroeste de Corinto.

203 De la Élide, al noroeste del Peloponeso. Los corcireos incendiaron luego su puerto (cf. *infra*, I 30, 2) como represalia por la ayuda prestada a los corintios.

204 Número pequeño frente a las ciento veinte de Corcira (cf. *supra*, I 25, 4, e *infra*, I 29, 4). En este pasaje, sumando las de los aliados, se cuenta un total de sesenta y ocho naves y algunas más sin determinar; luego vemos que zarpa una escuadra de setenta y cinco barcos (cf. *infra*, I 29, 1).

205 Corinto prepara tres mil hoplitas y luego (cf. *infra*, I 29, 1) envía dos mil. En cuanto a los hoplitas, puede recordarse que en el siglo v a. C. constituían la fuerza principal de un ejército; combatían protegidos con yelmo, coraza y canilleras, blandiendo la lanza y empuñando el escudo; también utilizaban la espada. La táctica del combate hoplítico se basaba en la cohesión y en el apoyo mutuo y no en iniciativas personales. No eran soldados profesionales, sino los mismos ciudadanos, que debían procurarse sus propias armas y ejercitarse periódicamente para estar preparados cuando fuera necesario. La obligación de adquirir

Cuando los corcireos se enteraron de estos preparati- 28
vos, fueron a Corinto con embajadores lacedemonios y
sicionios[206], que tomaron como acompañantes, y exhor-
taron a los corintios a retirar la guarnición y a los colo-
nos que estaban en Epidamno, alegando que no tenían
ningún derecho sobre Epidamno. Y si tenían algo que rei- 2
vindicar, declararon que ellos estaban dispuestos a some-
terse a un arbitraje en el Peloponeso ante las ciudades
que ambos acordasen, y a que aquella de las dos partes
a la que fuera adjudicada la colonia se quedara con ella.
También estaban dispuestos a remitirse al oráculo de Del-
fos[207]. Pero les aconsejaban no provocar la guerra; decían 3
que, en caso contrario, ante su violencia, se verían obliga-
dos, en defensa de sus intereses, a buscarse amigos contra
su voluntad, amigos muy distintos a los que entonces te-
nían[208]. Los corintios les respondieron que, si retiraban 4
de Epidamno las naves y los bárbaros, negociarían; pero
que no estaba bien que, mientras los de Epidamno sufrían
un asedio, ellos se sometiesen a un arbitraje[209]. Los cor- 5

---

las armas *(panoplía)* destinaba a este servicio a los ciudadanos de mayores posibilidades económicas; los otros servían, cuando era necesario, como soldados armados a la ligera *(psiloí)* o como marineros o combatientes de la flota *(epibátai)*. No son raras las corrupciones del texto en lo relativo a cantidades. Cf. *infra*, n. 211.

206 Sición, situada al noroeste de Corinto, formaba parte de la Liga del Peloponeso. Corcira sin duda buscaba el apoyo de Esparta y de Sición ante los corintios y a Esparta le interesaba evitar el enfrentamiento entre Corcira, neutral pero amiga y poseedora de la segunda flota de Grecia, y Corinto, ciudad miembro de la Liga.

207 Lo que, dado el reciente pronunciamiento del oráculo en favor de los corintios (cf. *supra*, 25, 1), suponía un riesgo para Corcira.

208 Diplomática alusión a los atenienses.

209 El recurso al arbitraje *(díkē)* para evitar un conflicto armado, muy frecuente entre los griegos dada su fragmentación política, era rara-

cireos replicaron que así lo harían si también los corintios retiraban a los que tenían en Epidamno, y que también estaban dispuestos a que ambas partes permanecieran en sus posiciones y mantuvieran una tregua hasta que se pronunciara el arbitraje.

Victorias de Corcira

29 Los corintios no aceptaron ninguna de estas propuestas, sino que cuando tuvieron equipadas sus naves y se hubieron presentado los aliados, después de enviar por delante a un heraldo[210] para declarar la guerra a los corcireos, zarparon con setenta y cinco naves y dos mil hoplitas[211] y dirigieron su navegación hacia Epidamno para
2 combatir contra los corcireos. Los comandantes de las

---

mente efectivo cuando los adversarios se creían en situación de conseguir la victoria.

210 Se recurría al heraldo *(kêryx)* para declarar la guerra y para cualquier contacto con el enemigo mientras se mantenía el estado de guerra. Cf. *infra,* n. 307 y 941.

211 Pasaje de numerales discutidos y diversamente corregidos. El texto de Tucídides dice «setenta y cinco naves y dos mil hoplitas». Si en 27, 2 se han sumado 68 naves, sin contar las solicitadas a los eleos, éstos debieron de contribuir con 7 barcos. Hay, sin embargo, un pasaje de Diodoro (XII 31, 2) que da un total de 70, con lo que las de los eleos serían sólo 2. En cuanto al número de hoplitas, se ha señalado una discrepancia entre este pasaje y I 27, 2, donde sólo los corintios preparan unas fuerzas de 3.000 hoplitas; no se explica aquí por qué razón enviaron sólo 2.000. Se han propuesto, pues, diversas correcciones: 75 naves y 3.000 hoplitas (cf. A. W. Gomme, *op. cit.* I, págs. 163-164; J. de Romilly, *op. cit.* I, págs. 19-20, que considera suficiente la cifra de 3.000 en relación con el número de naves); 70 naves y 5.000 hoplitas (H. van Herwerden, *Studia Thucydidea,* Utrecht, 1869, págs. 8-9) o 70 naves y 7.000 hoplitas (B. Hemmerdinger, «Thucydides, I, 29, 1», *Revue des Études Grecques* 71 (1958), 423), basándose estos dos últimos en Diodoro y en consideraciones paleográficas.

naves eran Aristeo, hijo de Pélico, Calícrates, hijo de Ca-
lias, y Timánor, hijo de Timantes, y los de la infantería,
Arquetimo, hijo de Euritimo, e Isárquidas, hijo de Isar-
co[212]. Cuando estuvieron en Accio, en el territorio de
Anactorio[213], donde se encuentra el templo de Apolo, a
la entrada del Golfo de Ampracia, los corcireos enviaron
a su encuentro a un heraldo en una barca para intimarles
a no avanzar contra ellos; al mismo tiempo completaron
la tripulación de sus naves, después de sustituir los baos
de las viejas de modo que estuvieran en condiciones de
navegar, y de poner a punto las otras[214]. Y como el he- 4
raldo volvió sin un mensaje de paz de parte de los corin-
tios, y tenían sus naves equipadas, en número de ochenta
(pues cuarenta estaban sitiando Epidamno), se dirigieron
contra el enemigo y, tras situarse en orden de combate,
trabaron batalla. Los corcireos vencieron ampliamente y 5
destruyeron quince naves de los corintios. En el mismo
día también ocurrió que sus tropas que sitiaban Epidamno
la forzaron a una rendición que obligaba a vender a los

212 Todos estos personajes sólo aparecen en este pasaje.

213 En la boca del Golfo de Ampracia, en la costa meridional. Accio es un promontorio que domina la entrada del Golfo y Anactorio está situada al sureste, a pocos kilómetros, cerca de la actual Vonitsa. Era una colonia corintia, en cuya fundación también habían participado probablemente los corcireos (cf. *infra,* I 55, 1). Su situación era estratégica para el control del Golfo de Ampracia. Cf. ESTRABÓN, X 2, 7-8.

214 *Kaì tàs állas episkeuásantes.* El verbo *episkeuázō* no tiene aquí el significado de «reparar» naves viejas, sino el de «poner a punto»; se trata de un uso técnico para indicar una «revisión» habitual. En caso contrario, la flota corcirea (a la que se califica como una de las mejores flotas de Grecia: Cf. *supra,* I 25, 4; *infra,* I 33, 1; 36, 3) sería un conjunto de barcos vetustos (cf. J. GLUCKER, «Thucydides I 29, 3, Gregory of Corinth and the *ars interpretandi*», *Mnemosyne* s. 4. 23 (1970), 127-149).

extranjeros y a retener encadenados a los corintios hasta que se tomara otra resolución[215].

30 Después de la batalla naval, los corcireos levantaron un trofeo[216] en Leucimna[217], promontorio de Corcira, y mataron a los prisioneros que habían capturado, salvo a
2 los corintios, a quienes guardaron en prisión[218]. Luego, cuando los corintios y sus aliados regresaron vencidos con sus naves hacia su patria, los corcireos se convirtieron en dueños de todo el mar en aquella zona, y dirigiendo su flota contra Léucade, la colonia corintia, asolaron una parte de su territorio, e incendiaron Cilene, el puerto de

---

215 Los extranjeros a los que se alude eran los ampraciotas y los leucadios de I 26, 1. Así acabó la batalla de Leucimna.

216 El trofeo *(tropaîon)*, señal de victoria dedicada a Zeus, era levantado en el lugar donde el enemigo había sido vencido. El vencedor quedaba dueño del campo de batalla y el enemigo reconocía oficialmente la derrota al pedir la entrega de cadáveres bajo pacto. Los que se habían hecho con la victoria levantaban el trofeo, generalmente, y según la antigua costumbre, de material perecedero: una columna de madera o un simple tronco donde colgaban algunas armas capturadas al enemigo y ponían una inscripción en una tabla conmemorativa. También existió el tipo tumuliforme (cf. JENOFONTE, *Anábasis* IV 7, 25-26), y luego pasaron a ser de tipo más monumental y con materiales más duraderos. A veces la victoria quedaba indecisa y ambos contendientes se consideraban con derecho a levantarlo (cf. *infra,* I 54, 1-2; 105, 5-6; II 92, 4-5, etc.). En las batallas navales, el trofeo consistía en una nave capturada que se sacaba a tierra en un lugar próximo a la batalla (cf. *infra,* II 92, 4-5). Los trofeos se consideraban inviolables (cf. JENOFONTE, *Helénicas* IV 5-10).

217 Probablemente el actual cabo Lefkimo, en la parte meridional de la costa oriental de Corcira. Cf. *infra,* I 47, 2.

218 Sea por consideraciones de tipo colonial o por razones de oportunidad, los corintios, a pesar de todo, tuvieron un trato preferente. Cf. *supra,* 29, 5.

los eleos[219], porque habían proporcionado naves y dinero a los corintios. Durante la mayor parte del tiempo que 3
siguió a la batalla naval, mantuvieron su dominio sobre el mar y sus ataques llevaron la destrucción a los aliados de los corintios, hasta que los corintios, al verano siguiente[220], visto que sus aliados se hallaban en apuros, enviaron naves y un ejército, y se establecieron en Accio[221] y junto al Quimerio[222], en la Tesprótide[223], para protección

---

219 *Kyllḗnen tò Ēleiōn epíneion.* Estaba situado en la Élide noroccidental, pero no se ha localizado con seguridad. Desde E. CURTIUS, *Peloponnesos* II, Gotha, 1852, págs. 33-34, se ha situado cerca del promontorio de Kunupeli, en la costa septentrional, cerca del cabo Araxo y de la frontera con Acaya; pero podría estar más al sur, en la zona de Glarentza, donde se encuentra la actual Kilini, a unos veinte Km. al oeste de la ciudad de Élide. Cf. J. SERVAIS, «Recherches sur le port de Cyllène», *Bulletin de Correspondance Hellénique* 85 (1961), 123-161. Este *Ēleiōn epíneion,* puerto y arsenal de los eleos, era con frecuencia la base de la flota peloponesia cuando operaba al oeste y noroeste del Peloponeso (cf. II 84, 5; III 69, 1; VI 88, 9).

220 Literalmente «a la vuelta del verano» *(periónti tôi thérei).* El verano del 434 a. C.

221 Cf. *supra,* I 29, 3, n. 213.

222 La costa entre Accio y el cabo Quimerio (probablemente el actual Varlaam) está formada por un arenal y por playas entre zonas rocosas; los fondeaderos son inadecuados para una gran flota hasta llegar a la bahía de Fanari, uno de los lugares en que se sitúa el puerto de Quimerio. Este topónimo tenía que ver probablemente con una zona de la Tesprotia (cf. nota siguiente) situada al sur de Síbota (cf. *infra,* I 50, 3, n. 299) y se daba a un promontorio y a un puerto (cf. *infra,* I 46, 3-4). Para la identificación del puerto se ha pensado en la bahía de Fanari, donde desemboca el río Gourlá (el Aqueronte) y que tiene al sur la pequeña babia de Kerentza, y también en la de *Hagios Iōannēs,* situada al norte de Fanari y unos 6 Km. al este de Parga, un puerto más amplio que el de Fanari (cf. el *Glykŷs Limḗn* de ESTRABÓN, VII 7, 5, y PAUSANIAS, VIII 7, 2). Pero, según N. G. L. HAMMOND («Naval Operations in the South Channel of Corcyra 435-433 B C», *Journal of Helle-*

de Léucade y de las otras ciudades que eran sus amigas.
4 Los corcireos, a su vez, se establecieron enfrente, en Leucimna, con sus naves y su infantería. No se atacaron unos a otros, pero, durante este verano, permanecieron en sus posiciones frente a frente, y ya en invierno unos y otros regresaron a su patria[224].

Embajadas de corcireos y corintios a Atenas

31 Durante todo el año que siguió a la batalla naval y el año posterior[225], los corintios, a quienes irritaba el recuerdo de la guerra contra los corcireos, se dedicaron a construir naves y a preparar con todo empeño una expedición naval reclutando remeros del mismo Peloponeso y del resto de Grecia con el incentivo de una buena
2 soldada. Cuando los corcireos se enteraron de sus preparativos, se asustaron, y, dado que no estaban ligados por ningún tratado con ninguna ciudad griega y no se habían preocupado de inscribirse ni en la confederación ateniense ni en la lacedemonia[226], decidieron dirigirse a los atenien-

---

nic Studies 65 (1945), 26-37), que estudió sobre el terreno la descripción de Tucídides, el puerto de Quimerio no debe localizarse al sur del cabo Varlaam, sino al norte, donde está el actual Vemocastro, en la bahía del Paramythia, ubicación preferible a la de la bahía de Arila, situada algo más al norte. Cf. el reciente trabajo de J. Wilson: *Athens and Corcyra. Strategy and Tactics in the Peloponnesian War,* Bristol, 1987.

223 La Tesprotia, región costera del Epiro meridional, entre el río Tíamis (cf. *infra,* I 46, 4) y el Golfo de Ampracia.

224 La llegada del invierno solía poner fin a las operaciones militares, o al menos las reducía sensiblemente. Cf. *infra,* II 47, 1; 92, 7-93, 1; etc. Cf., sin embargo, II 69, 1, n. 464.

225 Los preparativos de los corintios se iniciaron en el 435, después de la batalla de Leucimna, y duraron hasta la primavera del 433.

226 No pertenecían ni a la Liga del Peloponeso ni a la Confederación ático-delia. Cf. *infra,* I 35, 2; 40, 2.

ses, hacerse sus aliados e intentar conseguir de ellos alguna ayuda. Los corintios, al enterarse de esto, fueron, también 3 ellos, a Atenas a negociar, para evitar que la flota ateniense, uniéndose a la de los corcireos, les impidiera dirimir la guerra como querían. Tuvo lugar una asamblea y 4 se entabló un debate. He aquí lo que dijeron los corcireos[227]:

Discurso de los corcireos

«Es justo, atenienses, que quie- 32 nes, sin mediar un servicio prestado anteriormente ni una alianza, acuden a otros[228], como hacemos nosotros ahora, a pedir ayuda, demuestren en primer lugar que su petición implica sobre todo utilidad y, si no, que al menos no es perjudicial, y, en segundo lugar, que conservarán una gratitud inquebrantable; si no fundamentan con seguridad ninguno de estos dos puntos, no es justo que se irriten si no tienen éxito. Por eso, pues, nos han enviado los corcireos, porque creen 2 que, con la petición de alianza, también pueden ofrecer garantías sobre los puntos citados. Sucede, sin embargo, 3 que nuestra política resulta al mismo tiempo absurda en relación con nuestra petición ante vosotros y perjudicial para nuestros propios intereses en el presente. Absurda, 4

227 En los discursos de embajadores como el presente existe la duda de si reflejan el discurso de un solo embajador o son el resumen de diversas intervenciones. Seguramente son el reflejo general de la posición y de los planteamientos de los estados que intervenían en el debate. Cf. *supra,* I 22, 1-2, n. 150.

228 Literalmente «a los vecinos», *hoi pélas,* expresión con la que normalmente se hace referencia a otros pueblos en general, no precisamente a Estados con territorios limítrofes. Esta identificación de «los otros» con «los vecinos» refleja probablemente el limitado horizonte de las *poleis* griegas de la época arcaica.

porque nosotros, que hasta este momento nunca hemos querido ser aliados de nadie, venimos ahora a pedir esto de otros; y perjudicial a la vez, porque por la misma razón nos encontramos solos en la guerra actual con los corintios. Y lo que antes parecía prudencia nuestra —no compartir, en una alianza con otros, los peligros motivados por sus decisiones— ha cambiado y ahora se ha re-
5 velado como insensatez y debilidad. Es cierto que en la pasada batalla nosotros solos, sin ninguna ayuda, conseguimos rechazar a los corintios; pero una vez que se han puesto en movimiento contra nosotros con mayor armamento, sacado del Peloponeso y del resto de Grecia, y que nosotros vemos que somos incapaces de superarlos sólo con nuestras fuerzas, y que además corremos un gran peligro si caemos bajo su poder, la necesidad nos obliga a pediros ayuda a vosotros y a cualquier otro, y merecemos indulgencia si, no con malicia, sino más bien como reconocimiento de un error de apreciación, nos atrevemos a emprender una política contraria a nuestro retraimiento anterior[229].

33 Nuestra petición será para vosotros, si nos hacéis caso, una hermosa oportunidad por muchas razones. En primer lugar, porque procuraréis vuestra ayuda a un pueblo que es víctima de la injusticia y que no perjudica a otros; después, porque, al acoger a gentes cuyos mayores intereses están en peligro, prestaréis un servicio que os hará acreedores de un testimonio de gratitud[230] que siempre será

---

229 Retraimiento, inactividad o política de neutralidad o de no intervención *(apragmosýnē)*, fruto de la prudencia *(sōfrosýnē)* de que ha hablado antes. La política de neutralidad era objeto con frecuencia de juicios negativos (cf. *infra*, VI 80, 1-2; HERÓDOTO, VIII 73, 3).

230 La gratitud de Corcira no resultó muy efectiva durante la guerra, si bien es cierto que las revueltas del 427 y 425 la debilitaron de

recordado de la mejor manera; y, finalmente, porque poseemos una flota superior a todas, excepto a la vuestra[231].
Y considerad qué dicha es más rara o cuál es más dolo- 2
rosa para el enemigo que el que una potencia por cuya alianza vosotros hubierais ofrecido mucho dinero y gratitud, esta potencia, se presente a vosotros espontáneamente, entregándose a sí misma sin riesgos ni gastos, y aportándoos además gloria[232] a los ojos de la mayoría, agradecimiento de parte de aquellos a quienes socorreréis, y para vosotros mismos fuerza. Son ventajas que todas a la vez se les han ofrecido a pocos a lo largo de la historia, y pocos también, al solicitar una alianza, se presentan ante aquellos a quienes apelan ofreciéndoles tanta seguridad y consideración como ellos esperan recibir. Y en 3
cuanto a la guerra, en la que podríamos ser útiles, si alguno de vosotros cree que no tendrá lugar, tiene una opinión equivocada[233] y no se da cuenta de que los lacede-

forma considerable. En el 431 enviaron cincuenta naves en apoyo de la flota ateniense que atacaba las costas peloponesias (cf. *infra*, II 21, 1); en el 426 participaron en las operaciones contra Léucade (cf. *infra*, III 94, 1), pero enseguida se retiraron (III 95, 2); finalmente, Corcira sirvió de base para la expedición contra Sicilia (cf. *infra*, VI 30, 1; 42, 1-3).

231 Junto a las ventajas de orden más bien moral de ayudar a un pueblo víctima de la injusticia y granjearse una gratitud imperecedera, ventajas que no dejaban de ser problemáticas para Atenas (puesto que tenía que intervenir, contra lo habitual, entre una colonia y su metrópoli), aparece al fin la razón realmente ventajosa: Corcira tenía la segunda flota de Grecia. Cf. *supra*, I 25, 4.

232 *Aretḗ* con el valor de *aretês dóxa*, fama de virtud, la buena reputación surgida de la magnanimidad hacia otros pueblos, en este caso hacia los corcireos. Cf. *infra*, I 69; III 56, 7.

233 Dado que la guerra es inevitable, a Atenas le interesa la amistad de Corcira, por su magnífica situación y por su flota. Cf. *infra*, I 36, 1-3.

monios por el miedo que les inspiráis desean la guerra[234], y de que los corintios son influyentes ante ellos y son enemigos vuestros y comienzan ahora por intentar someternos con el objeto de emprender después el ataque contra vosotros[235], para que no estemos unidos contra ellos por nuestro odio común y para no dejar ellos de coger la delantera en el logro de uno de sus dos objetivos: o debili-
4 tarnos a nosotros o fortalecerse a sí mismos[236]. Interés nuestro es, por tanto, sacar ventaja, por un lado ofreciendo la alianza y por vuestra parte aceptándola, y tomar la iniciativa preparando el ataque contra ellos antes que tener que disponer el contraataque.

34 Y si los corintios dicen que no es justo que vosotros acojáis a sus colonos, que sepan que toda colonia, cuando recibe buen trato, honra a su metrópoli, pero si se la trata injustamente, se aparta de ella; pues los colonos son enviados no para ser esclavos, sino para ser iguales que
2 los que se quedan. Y que nos trataron injustamente, es evidente: invitados a un arbitraje sobre el asunto de Epi-

---

[234] Aquí los embajadores corcireos indican la verdadera causa de la guerra tal como la veía Tucídides (cf. *supra,* I 23, 6, n. 167). Posiblemente exageran en su afirmación de que los lacedemonios la deseaban, pero aciertan en la causa esencial: el miedo de Esparta, al que se sumó la intervención de Corinto.

[235] Con esta serie de coordinadas se insiste en la importancia de la actuación de Corinto como instigadora de la guerra.

[236] La cuestión se plantea entre Atenas y Corinto, en ver quién se anticipa en conseguir a Corcira. Los corintios, por temor a que Corcira se una a Atenas, intentarán debilitarla destruyéndola o se reforzarán ellos mismos sometiéndola. Los atenienses, si quieren contar con dos grandes flotas en la inevitable guerra contra Esparta, deben adelantarse a los corintios e impedirles la consecución de su doble objetivo. Para la construcción, cf. SÓFOCLES, *Electra* 1320-21, y ANDÓCIDES, I 20.

damno[237], prefirieron sostener sus reivindicaciones con la
guerra antes que con la justicia. Que su conducta respecto 3
a nosotros, sus parientes, os sirva de aviso, para que no
os dejéis burlar por sus engaños y no les asistáis tampoco
en caso de que os lo pidan abiertamente; pues el que ten-
ga menos remordimientos por haber condescendido con
sus enemigos es el que vivirá más seguro.

Y ni siquiera romperéis el tratado con los lacedemo- 35
nios[238] si nos acogéis, puesto que no somos aliados ni de
unos ni de otros. En él se dice, en efecto, que cualquier 2
ciudad griega que no esté aliada con nadie podrá unirse
con aquella de las dos partes que le plazca. Y resulta es- 3
candaloso que los corintios puedan sacar las tripulaciones
de sus naves no sólo de sus aliados sino también del resto
de Grecia, y en especial de vuestros propios súbditos[239],
mientras que a nosotros nos quieran excluir de una alianza
que está a nuestro alcance y de la ayuda de cualquier otra
parte; ¡y que os acusen luego de injusticia si atendéis a
nuestras peticiones! Mucho más os podremos reprochar 4
nosotros si no llegamos a convenceros; pues en ese caso
nos rechazaréis a nosotros, que estamos en una situación
de peligro y que no somos enemigos, mientras que para
ellos, que son enemigos y nos atacan, no sólo no seréis
obstáculo, sino que consentiréis además que saquen fuer-
zas de vuestro imperio. Y no es justo que hagan esto,
sino que o debéis impedirles que recluten mercenarios pro-

---

[237] Cf. *supra,* 28, 2.

[238] El tratado del 446-445 a. C. (Cf. *supra,* n. 165, e *infra,* I 115, 1). A esta invocación del tratado por parte de los corcireos replican luego los corintios (cf. *infra,* I 40, 2).

[239] Los miembros de la Confederación ático-delia (salvo Quíos y Lesbos) sometidos a Atenas. Cf. *supra,* I 19, e *infra,* I 124, 3. La alianza estaba al alcance de los corcireos, según el artículo invocado en 35, 2.

cedentes de vuestro imperio o enviarnos también a nosotros una ayuda en la forma en que logremos convenceros, y lo mejor de todo es que nos aceptéis abiertamente como aliados y nos socorráis. Muchas son, como indicamos al principio[240], las ventajas que os presentamos, y la mayor es que nuestros enemigos son los mismos[241] (lo que constituye la garantía de fidelidad más segura), y éstos no son débiles, sino capaces de causar daño a quienes se separan[242]. Además, cuando la alianza que se ofrece es de una potencia marítima y no de tierra, no os va lo mismo en el rechazo, sino que os conviene sobre todo, si podéis, impedir que nadie más posea una flota, o, si no, contar con la amistad de aquel que sea más fuerte.

36 Y quien crea en las ventajas a las que nos referimos, pero tema romper la tregua[243] si se deja convencer por ellas, sepa que su miedo, asociado a la fuerza, atemorizará más a sus adversarios, mientras que la confianza debida al hecho de no habernos acogido, al ser débil frente a enemigos poderosos, será menos temible; sepa, además, que ahora no está deliberando tanto sobre Corcira como sobre Atenas, y que no planea lo más ventajoso para su patria cuando, atendiendo al momento presente, vacila en granjearse, para la guerra que viene y que casi ya está

---

240 Cf. *supra,* 33, 1.

241 Condición para la *symmachía* o tratado de alianza.

242 Idea imprecisa y diversamente interpretada. ¿Se refiere a que Corcira se separa de Corinto o a que están solos y sus fuerzas no están unidas a las de Atenas ante el enfrentamiento que se avecina? Creemos preferible mantener la indefinición del texto *(hikanoì toùs metastántas blápsai)* en la traducción.

243 Cf. *supra,* I 35, 1, n. 238. En este pasaje se apunta más a lo práctico que al punto de vista jurídico, al que se ha referido I 35.

aquí[244], a un país cuya amistad o enemistad son de vital importancia. Pues está magníficamente situado en la ruta 2
de cabotaje[245] a Italia y Sicilia para impedir que venga de allí una flota en auxilio de los peloponesios[246] y para dejar pasar a la que vaya de aquí a aquellas tierras, y por lo demás ofrece muchas ventajas. Con una brevísima 3
consideración final, que encierra todo el discurso y cada uno de sus puntos, podéis daros cuenta de que no debéis abandonarnos. Es la siguiente: en Grecia hay tres flotas dignas de mención: la vuestra, la nuestra y la de los corintios. Si consentís que dos de ellas se conviertan en una, después que los corintios nos hayan conquistado, tendréis que combatir por mar a los corcireos y a los peloponesios a la vez, mientras que, si nos acogéis, podréis luchar contra ellos con nuestras naves unidas a las vuestras».

Así hablaron los corcireos; y a continuación los corin- 4
tios, de este modo:

Discurso de los corintios

«Dado que los corcireos aquí 37
presentes no sólo han hablado en su discurso de que los acojáis como aliados, sino que también han sostenido que nosotros cometemos injusticia y ellos son atacados sin razón, es necesario que también nosotros nos refiramos primero a estos dos puntos antes de pasar al resto de nuestro discurso, a fin de

---

244 Cf. *supra*, I 33, 3.

245 No se efectuaba la travesía directa por alta mar, sino que lo habitual era seguir la ruta de cabotaje *(paráplous)*: desde el noroeste de Grecia, el Epiro y Corcira, se pasaba —atravesando el Adriático por su parte más estrecha, el canal de Otranto, a 40° de latitud norte— al sur de Italia y se seguía costeando hasta Regio para pasar luego a Sicilia. (Cf. *infra*, VI 30; 42-44).

246 Cf. *infra*, II 7, 2. Esparta confiaba en esta ayuda.

que conozcáis con mayor seguridad nuestra justa reclamación y rechacéis no sin razón la petición que la necesidad les dicta.

2 Dicen que por prudencia[247] nunca han aceptado la alianza de nadie; pero la verdad es que han seguido esta política con ánimo malévolo y no por virtud, pues no querían tener ningún aliado testigo de sus injusticias ni que-
3 rían avergonzarse al solicitar su ayuda. Y su ciudad, además, al estar situada en una posición independiente, les hace jueces de los daños que causan a otros en lugar de estar sujetos a tratados[248], por el hecho de que salen muy poco de su isla para ir a los puertos de sus vecinos, mientras que continuamente reciben a los otros, que arriban
4 por necesidad. En estas condiciones, se escudan en la hermosa apariencia de esta política de no alineamiento[249] no para evitar su participación en las injusticias de otros, sino con la intención de cometer ellos solos sus propias injusticias y de actuar con violencia en los casos en que son los más fuertes, de sacar ventaja cuando pasan desapercibidos y de no avergonzarse si alguna vez se hacen con alguna
5 ganancia. Si verdaderamente fueran hombres honrados, como dicen, cuanto más fuera del alcance de otros pueblos estuvieran, tanto más claramente podrían mostrar su virtud ofreciendo y aceptando los arbitrajes de la justicia[250].

38 Pero no son así ni con los demás ni con nosotros, sino que, a pesar de ser colonos nuestros, han estado

---

247 Cf. *supra,* I 32, 4.

248 Tratados o convenios para la aplicación de la justicia a los ciudadanos de otros Estados, de reciprocidad jurídica.

249 Cf. *supra,* I 32, 5, n. 229.

250 Cf. *infra,* I 77, 1, n. 435.

siempre apartados de nosotros, y ahora nos hacen la guerra alegando que no fueron enviados como colonos para sufrir malos tratos. Nosotros por nuestra parte argumenta- 2
mos que tampoco fundamos la colonia para sufrir su insolencia, sino para mantener nuestra hegemonía y ser tratados con la consideración debida[251]. Sabido es que nuestras 3
restantes colonias nos honran, y nadie es más amado que nosotros por sus propios colonos. Y es evidente que si 4
somos gratos a la mayoría, ninguna razón podría explicar que únicamente éstos estuvieran descontentos de nosotros, y que no prepararíamos contra ellos una expedición excepcional si no fuésemos también víctimas de una injusticia extraordinaria. Y aun en el caso de que la falta fuera 5
nuestra, sería honroso para ellos ceder a nuestra ira, y vergonzoso para nosotros violentar su moderación; ellos, 6
sin embargo, con su insolencia y la desmesura que les da su riqueza, nos han faltado en otras muchas ocasiones como en el caso de Epidamno, colonia nuestra[252] sobre la que no hacían ninguna reivindicación cuando se encontraba en apuros, mientras que ahora, cuando nosotros hemos ido a defenderla, se han apoderado de ella y la retienen por la fuerza.

Dicen, ciertamente, que estuvieron dispuestos primero 39
a someterse a un arbitraje, pero no debemos creer en el ofrecimiento de arbitraje de quien lo propone partiendo con ventaja y desde una posición segura, sino de aquel

---

[251] Cf. *supra,* I 25, 4.

[252] Afirmación falsa, ya que Epidamno había sido colonizada por los corcireos y sólo el *oikistḗs* y algunos colonos eran corintios (cf. *supra,* I 24, 2). Como se ha visto, Epidamno solicitó ayuda a Corcira como metrópoli, y sólo después de la negativa de los corcireos se puso en manos de los corintios (cf. *supra,* I 24, 6-25, 2).

que se coloca en un plano de igualdad, tanto en los hechos como en las palabras, antes de recurrir a las ar-
2 mas[253]. Éstos, en cambio, no antes de poner sitio a la plaza, sino cuando comprendieron que nosotros no lo consentiríamos, sólo entonces hicieron su especiosa oferta de arbitraje; y han venido aquí, no sólo con sus propias faltas de allí, sino pretendiendo que vosotros ahora seáis, no sus aliados, sino los cómplices de sus injusticias, y que los acojáis en vuestra alianza cuando están en desavenen-
3 cia con nosotros. Cuando disfrutaban de la mayor seguridad, entonces debían haberse presentado, y no cuando nosotros somos víctimas de su injusticia y ellos corren peligro, ni cuando vosotros, que entonces nada obtuvisteis de su fuerza, les haréis partícipes de vuestra ayuda y, sin haber tomado parte en sus faltas, tendréis una parte igual en nuestras acusaciones; hace tiempo que debíais haber compartido vuestra fuerza para compartir ahora las consecuencias[254].

40 Que nosotros venimos con reclamaciones legítimas y que ellos son violentos y ambiciosos, queda demostrado; pero es preciso ahora que comprendáis que no podríais
2 acogerlos en vuestra alianza justamente. Pues, aunque está estipulado en el tratado que las ciudades no inscritas pueden unirse a uno de los dos bandos libremente, el acuerdo no vale para quienes entran en una alianza con la intención de dañar a otros, sino para todo el que, sin desligar-

---

253 Recriminación a los corcireos, que tenían que haber ofrecido el arbitraje antes de poner sitio a Epidamno. No era infrecuente, sin embargo, recurrir a una solución negociada desde una posición de fuerza; estaba incluso bien visto por constituir una prueba de moderación.

254 Los corintios, que censuran el aislamiento de Corcira, insisten en el principio de reciprocidad, en el que basan sus pretensiones ante Atenas. Cf. *infra,* I 40, 4-5; 41, 1-2.

se de otro[255], necesite seguridad, y para el que no traiga
a quienes lo acogen, si son prudentes, la guerra en lugar
de la paz; y esto os podría ocurrir ahora a vosotros si no
nos hicierais caso. Entonces no seríais solamente sus pro- 3
tectores, sino que también os convertiríais en enemigos
nuestros, en lugar de estar ligados a nosotros por un tra-
tado de paz. Pues será necesario que, si vais con ellos,
nosotros tomemos represalias contra ellos sin excluiros a
vosotros. Lo más justo es, sin embargo, que vosotros os 4
mantengáis al margen de las dos partes, o si no, que, por
el contrario, vengáis con nosotros contra ellos (pues con
los corintios estáis ligados por un tratado, mientras que
con los corcireos nunca habéis llegado a concertar ni si-
quiera un simple pacto)[256], y no implantéis la costumbre
de acoger a los que quieren salirse de la alianza contraria.
Pues nosotros, con motivo de la sublevación de los sa- 5
mios[257], cuando el resto de los peloponesios estaban divi-
didos en su votación respecto a si debían ayudarles, no
votamos en contra vuestra, sino que nos opusimos abierta-

[255] La política exterior de Corcira, como colonia de Corinto, debía coincidir con la de su metrópoli. Si se aliaba a Atenas, se desligaba de Corinto. Esta norma del derecho colonial era, sin embargo, frecuentemente olvidada en la práctica.

[256] Literalmente «un armisticio» *(anokōchḗ)*, es decir, el pacto más elemental que podía realizarse; una tregua como las que se concertaban con ocasión de una fiesta.

[257] Samos se sublevó en el 440 a. C. y fue sometida de nuevo en el 439. Tucídides se refiere a esta rebelión en I 115-117, pero no habla sobre la intervención de los corintios ante los confederados peloponesios en favor de Atenas. El caso de Samos respecto a Atenas no era exactamente comparable al de Corcira respecto a Corinto, tal como observa A. W. Gomme, *A historical commentary on Thucydides* I, Oxford, 1945, págs. 174-175), porque Samos estaba inscrita en la Liga ática, mientras que Corcira era una *ágraphos pólis.*

mente proclamando que cada ciudad era libre de castigar
6 a sus propios aliados. Si vosotros acogéis y ayudáis a los que han obrado mal, aparecerán también aliados vuestros, no menos numerosos, que se pasarán a nosotros, e implantaréis una costumbre que irá más contra vosotros mismos que contra nosotros.

41 Éstas son, pues, las razones de derecho que alegamos ante vosotros, razones válidas según las leyes que rigen entre los griegos; pero también venimos con una exhortación y una pretensión de reconocimiento, un reconocimiento con el que, no siendo tan enemigos como para perjudicaros ni tan amigos como para mantener relaciones más estrechas, consideramos que debemos ser correspondidos
2 en la situación presente. Cuando hace algún tiempo andabais escasos de naves de guerra[258] para la lucha contra los eginetas[259] anterior a las Guerras Médicas[260], recibis-

---

[258] Literalmente «naves largas». Cf. *supra*, n. 107.

[259] Sobre la guerra entre Atenas y Egina, cf. *supra*, I 14, 3, n. 112. Acerca de las veinte naves que Corinto proporcionó a Atenas, cf. HERÓDOTO, VI 89. Las relaciones entre Atenas y Corinto eran entonces buenas debido a varias razones, sobre todo porque Corinto temía una alianza entre Atenas y Esparta que le restara influencia dentro de la Liga peloponesia, y porque prefería apoyar a Atenas en su guerra contra Egina, dado que esta isla era una importante rival comercial de Corinto. Sin embargo, la posición de Corinto cambió cuando Atenas, siguiendo los consejos de Temístocles, se decidió a dar mayor importancia a su flota, y hacia el 458 a. C. el enfrentamiento ya fue manifiesto. Cf. *infra*, I 105 ss. Desde entonces el encono de Corinto respecto a Atenas fue en aumento.

[260] Respecto a la expresión *tà Mēdiká* de este pasaje algunos comentaristas (W. H. FORBES, *Thucydides* I, Oxford, 1985, y A. W. GOMME, *op. cit.* I, pág. 175) piensan que puede referirse sólo a la expedición de 480-479, excluyendo Maratón. A ello se opone N. G. L. HAMMOND, art. cit., *The Classical Review* 71 (1957), 101-102, según el cual Tucídides probablemente no cambia el significado de *tà Mēdiká* en los

teis veinte naves de los corintios; y este servicio, así como el que os prestamos en el caso de los samios, al no ayudarlos los peloponesios gracias a nuestra intervención, os permitieron la victoria sobre los eginetas[261] y el castigo de los samios, y estos hechos ocurrieron en uno de estos momentos críticos en los que los hombres, en marcha contra sus propios enemigos, son especialmente indiferentes a todo salvo a la victoria; pues consideran amigo a quien 3
los asiste, aunque antes haya sido hostil, y enemigo al que se les enfrenta, aunque se dé el caso de que sea amigo, puesto que descuidan incluso sus propios intereses[262] a

diversos pasajes en que aparece referido a las hostilidades entre griegos y persas (cf. *supra,* I 14, 2, n. 108; *infra,* I 73, 2-4; 97, 2), donde se aplica a las Guerras Médicas en conjunto. Otra cosa es *tò Mēdikón,* que se refiere sólo a la expedición de Jerjes (cf. *supra,* I 23, 1, n. 158), del mismo modo que en otros pasajes se individualiza la acción de Maratón (cf. *supra,* n. 128), y la expresión *ho Mēdikòs pólemos* (cf. *infra,* I 95, 7; III 10, 2), referida a la segunda Guerra Médica hasta que Esparta se retira (480-478 a. C.).

261 Cf. HERÓDOTO, VI 92. Heródoto nos habla de esta victoria naval ateniense (VI 92, 1) y, al mismo tiempo, de otra victoria por tierra sobre un contingente argivo (VI 92, 3), pero luego dice (VI 93) que, inmediatamente después, la derrota egineta se transformó en victoria, lo que, analizado el pasaje herodoteo, resulta difícilmente explicable (cf. W. W. HOW, J. WELLS, *A commentary on Herodotus with introduction and appendixes* II, 2.ª ed., Oxford, 1928, págs. 101-102). Por ello se ha pensado que en el texto de Heródoto hay una confusión con otro episodio de la guerra que Atenas venía manteniendo con Egina (cf. *supra,* n. 112). Pero es indudable que la victoria naval cuya importancia subrayan aquí los corintios en su discurso debió de ser episódica y que se impuso luego la supremacía naval egineta, lo que obligó a Atenas a un programa de construcción de doscientas naves, que acabó utilizando para enfrentarse a la invasión persa (cf. *supra,* I 14, 3, y HERÓDOTO, VIII 144, 1), motivo que impuso la reconciliación entre Atenas y Egina.

262 *Tà oikeîa,* que GOMME (cf. *op. cit.* I, pág. 175) interpreta como «lazos de parentesco».

causa del deseo de victoria que en aquel momento les embarga.

42 Recordad estos hechos, informaos los más jóvenes de boca de los más viejos, y considerad de justicia pagarnos con la misma moneda; y no penséis que la justicia está en lo que decimos, pero que vuestro interés, en caso de
2 guerra, será otro. Porque el interés está generalmente al lado de quien comete menos errores, y la guerra futura, con la que los corcireos os atemorizan y os incitan a la injusticia, está todavía en el terreno de lo incierto; y no vale la pena que, impulsados por ella, os ganéis una enemistad, cierta ya y no futura, de parte de los corintios, sino que es más prudente disipar el recelo existente con
3 anterioridad a causa de los megareos[263] (pues el servicio prestado en último lugar, si llega con oportunidad, aunque

---

[263] Alusión a las diferencias entre Atenas y Corinto a propósito de Mégara. Su origen era antiguo. Hacia el 459 a. C. Mégara, en guerra con Corinto por una cuestión de fronteras, abandonó la Liga del Peloponeso y se hizo aliada de Atenas. Según Tucídides (cf. *infra,* I 103, 4), ésta fue la causa principal del odio de Corinto contra Atenas. Pero éste y otros episodios (cf. *infra,* I 105; 106; 114) eran lejanos y anteriores a los gestos de buena voluntad, con ocasión de la sublevación de Samos, a los que se refieren los corintios en su discurso (cf. *supra,* I 40, 5; 41, 2). Reciente (433/-32 a. C.), en cambio, era la prohibición a todos los barcos de Mégara, perteneciente ahora a la Confederación del Peloponeso, de entrar en los puertos de la Liga ática, con lo que la identificación de Mégara con la posición de Corinto fue absoluta (cf. *infra,* I 67, 4; 139, 1-2, n. 892; 140, 4 y 144, 2). Sobre la interpretación de este pasaje, cf. CH. TUPLIN, «Thucydides I 42.2 and the Megarian decree», *The Classical Quarterly* 73 (1979), 301-307. Se discute sobre si constituye una referencia concreta al decreto megareo y a la situación que lo motivó o si se refiere a las antiguas diferencias entre Atenas y Corinto por la cuestión de Mégara. Gran parte de la discusión gira en torno al valor del *próteron,* sobre si se refiere a un pasado remoto o a un pasado próximo ligado al presente.

sea menor, puede enmendar una ofensa mayor), y no dejarse arrastrar por aquello de que ofrecen una gran alianza naval; pues el no cometer injusticia contra los iguales es una fuerza más segura que intentar sacar ventaja en medio de peligros, impulsados por una apariencia momentánea. 4

Hemos caído en la situación que nosotros mismos ad- 43
vertíamos en Esparta, al proclamar que cada ciudad era libre de castigar a sus propios aliados[264], y ahora pretendemos recibir el mismo trato de vosotros y que, después de haber sacado provecho de nuestro voto, no nos perjudi-
quéis con el vuestro. Correspondednos con una recompen- 2
sa equivalente, y daos cuenta de que éste es aquel momento crítico en que el que te asiste es más amigo y el
que se enfrenta, enemigo. Y no acojáis como aliados a 3
estos corcireos contra nuestra voluntad, ni los ayudéis en
sus injusticias. Si lo hacéis así, actuaréis como es debido 4
y decidiréis lo más conveniente para vosotros mismos.»

Alianza defensiva de Atenas y Corcira. Intervención ateniense

Así hablaron a su vez los corin- 44
tios. Los atenienses, después de escuchar a unos y a otros, celebraron dos asambleas; en la primera acogieron los argumentos de los corintios con no menor aceptación, pero en la del día siguiente decidieron, cambiando de opinión, no concertar con los corcireos una alianza plena que estipulara los mismos amigos y enemigos (pues en el caso de que los corcireos les llevaran a navegar con ellos contra los corintios, quedaría roto el tratado con los peloponesios); pero concertaron una alianza defensiva[265] con el acuerdo de ayuda mutua

[264] Cf. *supra*, I 40, 5.

[265] En lugar de una alianza plena *(symmachía)*, que implicaba «tener los mismos amigos y enemigos», es decir, una alianza ofensiva y defensiva a la vez, estipularon una *epimachía*, una alianza defensiva.

en caso de que alguien atacase Corcira o Atenas o a los
2 aliados de estas ciudades. Creían que de todas formas se verían abocados a la guerra contra los peloponesios, y su intención era no abandonar Corcira, dueña de una flota tan grande, a los corintios, sino dejarles chocar unos contra otros lo más posible, a fin de entrar ellos en guerra, en caso necesario, cuando los corintios y demás poseedo-
3 res de una flota[266] fueran más débiles. Veían, además, que la isla estaba magníficamente situada en la ruta de cabotaje de Italia y Sicilia[267].

45 Con este ánimo los atenienses acogieron en su alianza a los corcireos, y no mucho tiempo después de marcharse los corintios, enviaron a Corcira un socorro de diez na-
2 ves[268]; las mandaban Lacedemonio, hijo de Cimón[269], Diótimo, hijo de Estrómbico[270], y Proteas, hijo de Epi-

---

266 Cf. *supra,* I 27, 2.

267 Cf. *supra,* I 36, 2, n. 245. Era éste un argumento de gran peso.

268 Sobre esta expedición, cf. PLUTARCO, *Pericles* 29. Sobre los gastos de esta expedición y de las veinte naves enviadas a continuación (cf. *infra,* I 50, 5-51, 5), conservamos un documento epigráfico del año 433 a. C. Cf. R. MEIGGS, D. LEWIS, *A selection of Greek historical inscriptions to the end of the fifth century b. C.,* Oxford, 1969, 61.

269 Lacedemonio era hijo de Cimón, el famoso general y hombre de Estado. Cimón era próxeno de Esparta en Atenas y su política era filoespartana; admiraba la vida y el régimen político de Esparta. De ahí el nombre de su hijo primogénito. Sus otros dos hijos se llamaban Eolo y Tésalo. Sobre Cimón, cf. *infra,* n. 537. La elección de Lacedemonio, de tendencia filoespartana, para esta misión, ha motivado diversas hipótesis. Según PLUTARCO *(Pericles* 29, 1-3), estaría en ello la mano de Pericles, que pretendería desacreditar a un destacado miembro de la oposición aristocrática poniéndole al frente de una escuadra muy pequeña cuyo éxito era problemático. Pero tal vez la elección fue debida al propósito de no aumentar la tensión en aquella situación prebélica.

270 Diótimo estuvo al frente de una embajada enviada a Susa hacia el 424-23 para negociar un tratado de amistad con Darío II (cf. ESTRA-

cles[271]. Habían recibido órdenes de no librar batalla con- 3
tra los corintios, a no ser que navegaran contra Corcira o contra alguno de sus territorios y fueran a desembarcar; en tal caso debían impedirlo con todas sus fuerzas. Les dieron estas órdenes a fin de evitar la ruptura del tratado.
Las naves llegaron, pues, a Corcira. 4

Preparativos de los corintios

Los corintios, cuando estuvieron 46
listos sus preparativos, pusieron rumbo a Corcira con ciento cincuenta naves. Había diez de los eleos, doce de los megareos, diez de los leucadios, veintisiete de los ampraciotas, una de los
anactorios, y noventa de los propios corintios. Los distin- 2
tos contingentes tenían sus propios comandantes según la ciudad de cada uno, y los de los corintios eran Jenóclides,
hijo de Euticles[272], y otros cuatro. Cuando, tras zarpar 3
de Léucade, arribaron a la costa del continente que mira a Corcira, echaron anclas en Quimerio[273], en la Tesprótide. Es un puerto encima del cual, a cierta distancia del 4
mar, en la parte de la Tesprótide llamada Eleátide[274], está la ciudad de Éfira[275]. Cerca de ella vierte sus aguas al

---

BÓN, I 3, 1). También desempeñó una misión en Italia y Sicilia (cf. Timeo, en F. JACOBY, *F. GrHist* 566 F 98). En VIII 15-17, encontramos a su hijo Estrombíquides, que fue estratego en el 412 a. C.

271 Proteas aparece de nuevo como estratego en el 431 a. C. Cf. *infra,* II 23, 2, donde le encontramos al frente de una flota enviada contra el Peloponeso.

272 Encontramos de nuevo a Jenóclides, al frente de una guarnición corintia enviada a Ampracia, en III 114, 4.

273 Cf. *supra,* I 30, 3, nn. 222 y 223.

274 Zona de la Tesprótide o Tesprotia que correspondía aproximadamente al valle del Aqueronte.

275 Situada en el interior. Cf. ESTRABÓN, VII 7, 5: *hypérkeitai dè toútou toû kólpou Kíchyros, hē próteron Ephýra, pólis Thesprōtôn,* es

mar la laguna Aquerusia; el río Aqueronte[276], que corre
a través de la Tesprótide, desemboca en la laguna, que
toma su nombre del río. Fluye también por allí el río Tía-
mis[277], que señala los límites entre la Tesprótide y Ces-
trina[278], y entre estos dos ríos se levanta el cabo Quime-
5 rio[279]. En aquel punto del continente anclaron, pues, los
corintios y establecieron su campamento.

---

decir, que en el interior sobre la bahía (el *Glykŷs Limḗn* o «Puerto Dulce»; cf. *supra*, n. 222; por aquella zona está actualmente Glyki) estaba *Kíchyros*, Cíquiro, nombre que antes se daba a Éfira, ciudad de los tesprotos.

[276] El río Aqueronte (el actual *Gourlá)* está bordeado de zonas pantanosas; es en parte subterráneo y atraviesa una garganta sombría, por lo que se le consideraba una entrada al mundo de los muertos. Cf. HERÓDOTO, V. 92; PAUSANIAS, I 17, 5.

[277] El actual Kalamás.

[278] Región costera frente a Corcira, al norte de Tesprotia.

[279] En esta descripción geográfica se ha distinguido entre el puerto de Quimerio (cf. *supra*, I 30, 3, n. 222) y el promontorio del mismo nombre, que se ha identificado con el cabo *Trophalē* o, más probablemente, con el Varlaam. Lo detallado de la misma, prueba del interés de Tucídides por los campos de batalla, sugiere la autopsia (hipótesis puesta en duda a causa de algunas imprecisiones en el relato) o una especial información sobre el lugar. L. PEARSON, «Thucydides and the geographical tradition», *The Classical Quarterly* 33 (1939), 48-54, observa la similitud de estilo entre este tipo de descripciones en Tucídides, en las que se dan algunos detalles irrelevantes, y descripciones parecidas de las antiguas *periēgḗseis*, y llega a la conclusión de que Tucídides se ha inspirado en alguna de estas guías. Respecto a este pasaje, dice Lionel Pearson: «This is perhaps the most perfect example of the style to be found in Thucydides. Not only are the two rivers mentioned which enter the sea here, but the course of Acheron is described and the fact that it gives its name to the *límnē* is recorded; and, what is even more irrelevant, he tells us that the Thyamis forms a boundary between Thesprotia and Cestrine. So perfect, indeed, is the example that it is easy to believe Thucydides looked up some *Periegesis* (perhaps even Hecateus') to find out something about Cheimerium, about which he knew nothing, and

Preparativos de los corcireos

Los corcireos, cuando supieron que se estaban acercando, equiparon ciento diez naves, a cuyo mando iban Milcíades, Esímides y Euríbato[280], y acamparon en una de las llamadas islas de Síbota[281]; también se encontraban allí las diez naves atenienses[282]. En el promontorio de 47

2

---

copied down the description word for word» (art. cit., 52). A. W. GOMME (*op. cit.*, pág. 180), sin embargo, objeta que, si esto fuera así, hubiera descrito la zona de Síbota, relacionada también con las operaciones de este relato, con el mismo detalle, lo que en realidad no hizo (sobre la distinción entre las islas y el puerto de Síbota, cf. *infra,* I 54). Es probable que Tucídides se informara de gentes que conocían el lugar (tal vez tuvo un informador corintio, como piensa Gomme, por el mayor detalle de la zona de Quimerio), y que con los datos geográficos recibidos y con las noticias que recogió sobre aquellas operaciones navales compusiera su relato de los hechos procurando encuadrarlos lo más exactamente posible en su marco geográfico; el desconocimiento directo explicaría las imprecisiones (cf. *infra,* I 49, 5, n. 294). En cuanto a la similitud estilística observada por Pearson, Tucídides, que además tenía bastantes conocimientos geográficos y era buen viajero, debía de conocer bien el estilo de las *periēgēseis* y pudo muy bien adaptarse a él en descripciones semejantes.

280 Personajes de los que no tenemos más noticia que ésta.

281 Islas pequeñas situadas en el canal entre el sur de Corcira y la Tesprotia, muy cerca de la costa continental (cf. *infra,* I 54, 1). Actualmente conservan en su conjunto el nombre antiguo, y separadamente la occidental recibe el nombre de Mavron Oros o el de Síbota, y la oriental el de Hagios Nikólaos; están deshabitadas y por su extremo sur están casi unidas formando entre ellas una bahía, que podía servir de refugio para una flota; hay otro fondeadero al este de Hagios Nikólaos, y en el continente, al sudeste de las islas, está Puerto Mourtzo, con el que se puede identificar el puerto de Síbota, que también aparece en este relato (cf. *infra,* I 50, 3; 52, 1; 54, 1-2). La batalla naval que se narrará a continuación tuvo lugar entre las islas de Síbota y Leucimna, promontorio de Corcira.

Leucimna[283] estaba su infantería y mil hoplitas de los za-
3 cintios[284] que habían acudido en su auxilio. Al lado de los corintios también había en el continente un gran número de bárbaros como tropas auxiliares, pues los habitantes de aquella parte del continente son amigos suyos desde siempre.

Batalla naval de las islas de Síbota

48 Cuando los preparativos de los corintios estuvieron listos, tomaron víveres para tres días[285] y se hicieron a la mar de noche desde Quimerio con la intención de librar ba-
2 talla; y estaban navegando cuando, al amanecer, divisaron las naves de los corcireos en alta mar y navegando contra
3 ellos. Cuando se vieron las dos flotas, se colocaron frente a frente en orden de batalla: a continuación del ala derecha de los corcireos, las naves atenienses, mientras que ellos ocupaban el resto de la formación con las naves distribuidas en tres divisiones[286], cada una bajo el mando de uno de los tres almirantes. Así se colocaron los corci-

---

282 Cf. *supra,* I 45, 2-4.

283 Cf. *supra,* I, 30, 1.

284 La isla de Zacinto, al sur de Cefalenia, aparece en II 7, 3; 9, 4, al comienzo de la guerra, entre los aliados de Atenas. Aquí vemos que presta su ayuda a Corcira, a pesar de la política aislacionista de ésta (cf. *supra,* I 31, 2).

285 Cf. *supra,* I 11, 1, n. 80.

286 Las naves atenienses estaban situadas en el flanco derecho, a continuación del ala derecha de los corcireos, precisamente el ala que protegía Corcira, lo que era en realidad la misión de los navíos atenienses. Estaban allí como una fuerza de reserva para un eventual apoyo. Las naves corcireas se distribuyeron en tres divisiones constituyendo ellas solas el centro y las dos alas de la escuadra. Frente al ala derecha corcirea y a los navíos atenienses se situaron los corintios con las naves más marineras.

reos. Por el lado corintio, las naves megareas y las am- 4
praciotas ocupaban el ala derecha, en el centro los otros aliados, cada contingente por separado, y los mismos corintios, con las naves más marineras, ocupaban el ala izquierda, frente a los atenienses y al ala derecha de los corcireos[287].

Tan pronto como por ambos lados fueron alzadas las 49
señales[288], se encontraron y entablaron la batalla[289]; ambas flotas llevaban muchos hoplitas en los puentes, y muchos arqueros[290] y lanzadores de dardos[291], pues todavía estaban equipadas a la manera antigua, con bastante inex-

---

287 La distribución por el lado corintio, con la separación de aliados y corintios, lleva a pensar en una formación desequilibrada: 39 barcos en el ala derecha, 21 en el centro, y 90 en la izquierda (cf. *supra*, 46, 1; *infra*, I 49, 6). Parece improbable y, puesto que dice que los corintios ocupaban el ala izquierda «con las naves más marineras», puede fácilmente pensarse que el resto de las naves corintias estaban en el centro con los otros aliados en una disposición más equilibrada.

288 No se conoce la naturaleza exacta de estas señales *(sēmeîa)*, respecto a las cuales Tucídides utiliza normalmente el verbo *aírein*, «alzar» (cf. *infra*, I 63, 2; IV 42, 4, etc.), y, en un caso (cf. *infra*, I 63, 2), el verbo *kataspâsthai*, «bajar». Podían emplearse para indicar el comienzo del combate, como aquí ocurre, o para comunicaciones preestablecidas o avisos respecto a una actuación (cf. *infra*, I 63, 2; III 22, 8; IV 111, 1-2, etc.). De noche las señales se transmitían mediante fuegos (cf. *infra*, II 94, 1; III 22, 7-8, etc.).

289 Describe aquí un antiguo procedimiento de combate naval, en el que los puentes de las naves estaban cubiertos de combatientes *(epibátai)*. Cuando se producía el choque de las flotas, tenía lugar una especie de batalla de tierra en el mar. En el curso de la Guerra del Peloponeso, los atenienses desarrollaron las tácticas navales; las trirremes se aligeraron de combatientes para ganar velocidad; además de la tripulación, sólo llevaban diez hombres a bordo, y el éxito en los combates se basaba en la rapidez y el acierto de las maniobras.

290 Los *toxótai*, con arco y flechas.

291 Los *akontistaí*, tiradores de dardos.

2 periencia. La batalla naval fue violenta, y se caracterizó
no tanto por la habilidad de maniobra como porque se
3 parecía más a una batalla de tierra; pues cuando se pro-
ducía un abordaje, difícilmente se despegaban debido al
número y a la aglomeración de las naves, y a que para
la victoria confiaban sobre todo en los hoplitas de los
puentes, que combatían a pie firme cuando las naves es-
taban quietas; y no se produjeron penetraciones de la línea
enemiga[292], sino que se combatió con valor y fuerza más
4 que con ciencia. Por todas partes había un gran tumulto
y la batalla era desordenada; en ella las naves áticas acu-
dían al lado de los corcireos allí donde eran acosados, y
provocaban el miedo de los contrarios, pero no trababan
batalla porque los estrategos respetaban el mandato de los
5 atenienses[293]. El ala derecha de los corintios era la más
castigada, pues los corcireos con veinte naves la pusieron
en fuga y, persiguiéndola en su desbandada, navegaron
hacia la costa del continente llegando hasta su campamen-
to[294], donde desembarcaron e incendiaron las tiendas de-

---

292 Alusión a la maniobra de ruptura de la línea enemiga *(diékplous)*, muy utilizada por los atenienses durante la Guerra del Peloponeso (cf. *infra*, II 83, 5; 89, 8; VII 36, 4; 70, 4). Las naves en una rápida maniobra atravesaban la línea enemiga, causando daños en los remos de los barcos con los que se cruzaban y provocando el desorden, y luego que habían pasado la línea efectuaban inmediatamente una conversión *(anastrophḗ)* y atacaban al enemigo por la espalda, acometiéndole con los espolones de las naves *(embolaí)* por los flancos y por la popa (cf. *infra*, II 89, 8).

293 Cf. *supra*, I 45, 3.

294 Por lo que se ha dicho hasta aquí tendríamos que suponer que se refiere al campamento corintio de Quimerio (cf. *supra*, 46, 3-5), pero de Síbota a Quimerio la distancia es mayor, por lo que resulta difícil pensar que este desembarco fuera realmente en Quimerio. El campamento atacado, teniendo en cuenta el relato, y las distancias, sería un puesto

siertas tras apropiarse del botín. Por este lado, pues, los 6
corintios y sus aliados eran derrotados[295] y los corcireos se imponían; pero allí donde estaban los propios corintios, en el ala izquierda, vencían con mucha ventaja, al faltarles a los corcireos, de un número ya inferior inicialmente, las veinte naves, de vuelta de la persecución. Pero los atenien- 7
ses, al ver que los corcireos eran acosados, ya empezaron a auxiliarlos con mayor decisión; primero se habían mantenido distantes para evitar cualquier choque, pero cuando

avanzado que los corintios habrían establecido en Síbota del continente (cf. *infra,* I 50, 3; 52, 1; A. W. GOMME, *op. cit.* I, págs. 185, 194-195). Podemos suponer que la noche antes de la batalla la flota de Corcira estaba fondeada en la bahía entre las dos islas Síbota; por la mañana debieron zarpar y salir de la bahía por el norte de Mavron Oros, y estarían navegando al oeste de esta isla cuando vieron por el sur a la flota corintia que había salido de Quimerio. Los corintios habrían establecido, de acuerdo con las fuerzas de tierra de sus aliados bárbaros, un campamento avanzado en Síbota del continente (en Puerto Mourtzo probablemente o tal vez en Arila). La flota corintia se impuso en la batalla y obligaron a la escuadra de Corcira a retirarse hacia tierra (cf. *infra,* I 50, 3), probablemente a Leucimna, en Corcira. Sólo el ala izquierda de los corcireos resultó victoriosa y persiguió a sus oponentes hasta la costa del continente, produciéndose el saqueo del campamento sobre el que se discute, que dado el tiempo que pudieron emplear aquellas veinte naves para llegar, saquear y volver para reunirse con el grueso de su flota en Leucimna, no podía tratarse de Quimerio, como parece pensar Tucídides al aludir a las tiendas y al botín, sino de una base avanzada de carácter más provisional, de un segundo campamento. En cuanto al campamento de Quimerio, ya hemos visto que han surgido diversas teorías respecto a su ubicación. Por una parte, la descripción tucidídea ha sugerido una localización al sur del cabo Varlaam, pero por otra la narración de la batalla nos lleva a pensar en un lugar al norte de Varlaam, a menor distancia del río Tíamis, más cerca de Síbota y enfrente de Corcira.

295 De hecho, por este lado (cf. *supra,* I 48, 4) no había fuerzas propiamente corintias. Habla, pues, de forma general.

sobrevino claramente la fuga y los corintios pasaban a la persecución, entonces todo el mundo ya se puso en acción y no hubo más vacilaciones, sino que se llegó a un punto en que se hizo inevitable que corintios y atenienses combatieran entre sí[296].

50 Después que se produjo la fuga, los corintios no se preocuparon de sujetar con cables y remolcar los cascos de las naves que habían averiado, sino que pasando de un lado a otro se dirigían contra los hombres, más para matar que para coger prisioneros, y sin reconocerlos daban muerte a sus propios amigos[297], al no darse cuenta
2 de que los del ala derecha habían sido derrotados. Pues, debido al gran número de naves de ambas flotas y a la gran extensión de mar que ocupaban, no era fácil, una vez que trabaron batalla, hacer la distinción entre vencedores y vencidos; esta batalla naval fue, en efecto, la más importante, por el número de naves, de todas las que hasta entonces habían enfrentado a griegos contra griegos.
3 Después de perseguir a los corcireos hasta tierra[298], los corintios volvieron para ocuparse de los restos del naufragio y de sus propios muertos, y recuperaron la mayor par-

[296] Este encuentro fue, en efecto, la primera violación del tratado de treinta años. Cf. *infra,* I 55, 2.

[297] Según el texto, sería a los megareos, ampraciotas y otros aliados, a los que tomaban por corcireos. En tal caso, el viento y la corriente habrían desplazado a los náufragos del ala derecha hacia la izquierda; de no ser así, difícilmente hubieran topado con ellos las naves corintias que perseguían a los barcos que huían hacia Corcira. La narración de la batalla no resulta inverosímil y es posible que se basara en el relato de los estrategos atenienses.

[298] Probablemente hasta la misma Corcira, donde estaban sus fuerzas de tierra (en Leucimna, cf. *supra,* I 47, 2), no a la base naval que los corcireos habían establecido en una de las Síbota (cf. *supra,* I 47, 1).

te, de modo que les fue posible llevárselos a Síbota, donde las fuerzas de tierra de los bárbaros habían acudido en su auxilio; Síbota es un puerto desierto de la Tesprótide[299]. Tras ocuparse de esto, se reunieron de nuevo e
hicieron rumbo contra los corcireos. Éstos, con los barcos 4
que estaban en condiciones de navegar y con todos los que les quedaban[300], juntamente con las naves áticas, también navegaron al encuentro del enemigo, por miedo a
que intentasen desembarcar en su tierra. Era ya tarde y 5
habían cantado el peán[301] para el ataque, cuando los corintios, súbitamente, se pusieron a ciar[302]: habían divisado, navegando hacia ellos, veinte naves de Atenas, que los atenienses habían enviado como refuerzo de las diez primeras[303], temiendo, como ciertamente ocurrió, que los corcireos fueran vencidos y que sus diez naves resultaran insuficientes para prestarles ayuda.

Los corintios vieron, pues, estas naves antes que nadie, 51
y sospechando que procedían de Atenas, no cuantas veían
sino más, se fueron retirando. Los corcireos, sin embargo, 2

299 Presumiblemente, delante de las islas del mismo nombre. Cf. *supra,* n. 281.

300 Las diez que tenían en reserva, que no habían entrado en combate. Cf. *supra,* I 25, 4, y 47, 1.

301 Himno de guerra cantado por los soldados antes de la batalla o después de ella, en acción de gracias. Originariamente era un himno religioso de carácter apolíneo; a pesar de que estaba animado por un espíritu de alegría, dominaba la majestad y la medida, oponiéndose al carácter dionisíaco del ditirambo.

302 La maniobra consistía en remar hacia atrás sin cambiar la posición de la flota para evitar que el enemigo pudiera atacar por los flancos o por detrás; así se podrían retirar con seguridad y reaccionar en seguida ante un ataque. Sólo viraron (cf. *infra,* I 51, 2) cuando también se retiraron los corcireos.

303 Cf. *supra,* I 45.

no las veían, pues caían fuera del alcance de su vista, y se extrañaban de que los corintios ciaran, hasta que algunos las vieron y dieron la voz de que por allí se acercaban unas naves. Entonces también ellos se retiraron, pues ya oscurecía, y los corintios viraron poniendo fin al com-
3 bate. Así se produjo la separación de ambas flotas, y la
4 batalla naval terminó al caer la noche. Los corcireos estaban acampados en Leucimna, y estas veinte naves procedentes de Atenas, que estaban bajo el mando de Glaucón, hijo de Leagro, y de Andócides, hijo de Leógoras[304], avanzando a través de cadáveres y de restos de embarcaciones, arribaron al campamento, no mucho después de

[304] Según una inscripción (cf. R. MEIGGS, D. LEWIS, *op. cit.* 61 [= *Inscriptiones Graecae* I^2 295]), los estrategos al mando de estas naves eran tres y no dos. Sus nombres eran Glaucón, Metágenes y Dracóntides o Draconte *(Drakonti...)*. Hay discrepancia, por tanto, entre el texto tucidídeo y el epigráfico. La única coincidencia es la de Glaucón; pero en Tucídides no aparece Metágenes, y Andócides está en lugar de Dracóntides. Se han propuesto algunas soluciones. El caso de Andócides por Dracóntides podría deberse a que los padres de ambos se llamaran Leógoras. La explicación de que en Tucídides sólo aparezcan dos nombres se ha buscado en una posible sustitución de última hora de dos de los tres estrategos designados por Andócides, hijo de Leógoras, estratego en el 446 y 440 a. C., que sería el abuelo del orador; este Andócides era filoespartano, contrario al régimen de Pericles, y había sido uno de los autores del tratado de paz de treinta años (cf. PSEUDO-PLUTARCO, *Vidas de los diez oradores* 834b): habría sido enviado por las mismas razones que Lacedemonio con la primera expedición (cf. *supra,* n. 269). Pero podría tratarse simplemente de una sustitución errónea por Dracóntides y, en el caso de Metágenes, de una omisión de un copista o de un olvido del historiador. En cuanto a Glaucón, era hijo de un Leagro que murió en Drabesco (cf. *infra,* I 100, 3) y fue estratego en la guerra contra Samos (cf. *supra,* I 40, 5, n. 257; *infra,* I 116, 1). Para un estudio del pasaje y del problema, cf. F. P. RIZZO, «Il racconto della spedizione ateniense a Corcira in Ellanico e Tucidide», *Rivista di Filologia e d'Istruzione Classica* 94 (1966), 271-289.

ser vistas. Los corcireos temieron que fueran enemigas, 5
pues era ya de noche, pero luego las reconocieron, y echaron anclas.

Al día siguiente, las treinta naves atenienses y todas 52
las corcireas que estaban en condiciones de navegar se hicieron a la mar y se dirigieron hacia el puerto de Síbota[305], en el que estaban anclados los corintios, para saber
si querían trabar batalla. Pero éstos, después de sacar sus 2
naves de la costa y de alinearlas en alta mar, se quedaron quietos, con la intención de no iniciar la batalla si no se les obligaba, pues veían que se habían unido al enemigo naves de refresco procedentes de Atenas y que ellos se encontraban con muchas dificultades, tanto en lo concerniente a la vigilancia de los prisioneros que guardaban en las naves como a la falta de medios para reparar las na-
ves en aquel lugar desierto; se preocupaban sobre todo 3
de cómo harían la travesía de regreso a su patria, porque temían que los atenienses considerasen que se había roto el tratado, al haber entrado en combate, y no les dejasen partir.

Conversaciones entre atenienses y corintios

Decidieron, pues, embarcar en 53
una chalupa[306] a unos cuantos hombres sin caduceo[307] y enviarlos a los atenienses para hacer una prueba. Los enviaron con el siguien-
te mensaje: «Faltáis a la justicia, atenienses, iniciando una 2

305 Cf. *supra,* n. 281; I 50, 3; *infra,* I 54, 1-2. Aunque por el contexto está claro que se refiere al puerto de Síbota en el continente, donde habían establecido su base avanzada los corintios, la expresión de Tucídides *(epì tòn en toîs Sybótois liména)* hubiera podido referirse al fondeadero de las islas, donde los corintios pasaron posiblemente la noche después de la batalla.

306 *Kelḗtion.* Embarcación pequeña a remos.

307 El caduceo, vara con dos serpientes que se enfrentaban enrosca-

guerra y rompiendo el tratado; pues os habéis puesto por medio tomando las armas contra nosotros cuando estábamos castigando a nuestros enemigos. Si vuestra intención es impedirnos navegar contra Corcira o hacia cualquier otro sitio que queramos y rompéis el tratado, comenzad por cogernos a nosotros aquí presentes y tratadnos como
3 a enemigos[308]». Así fue su mensaje; y por parte del ejército corcireo todos los que lo oyeron se pusieron a gritar que los cogieran en el acto y los mataran, pero los ate-
4 nienses contestaron de este modo: «No iniciamos la guerra, peloponesios, ni rompemos el tratado, sino que hemos venido en auxilio de los corcireos aquí presentes, que son aliados nuestros. Si queréis, pues, navegar hacia cualquier otra parte, no os lo impedimos; pero si navegáis contra Corcira o alguno de sus territorios, con todos los medios a nuestro alcance no lo consentiremos».

Corintios y corcireos reivindican la victoria

54 Tras esta respuesta de los atenienses, los corintios se prepararon para la travesía de regreso a su patria y levantaron un trofeo en Síbota del continente[309]; los corcireos, entre tanto, recogieron los restos del naufragio y los

das a sus lados, era el distintivo de los heraldos en tiempo de guerra (cf. *supra,* I 29, 1, n. 210; *infra,* I 146). Ahora el envío de hombres con el caduceo por parte de los corintios hubiera significado su reconocimiento de que estaban en guerra con Atenas, y por el momento no les interesaba considerar que el tratado había sido violado. Sin duda, los generales corintios debieron de recibir instrucciones semejantes a las de los estrategos atenienses.

308 Al ir sin el caduceo, no iban como heraldos y no eran inviolables.

309 Cf. *supra,* I 50, 3; 52, 1.

cadáveres[310] que estaban cerca de ellos, arrastrados por la corriente y el viento, que había soplado durante la noche y los había dispersado por todas partes, y levantaron a su vez un trofeo en la isla de Síbota como vencedores.
Unos y otros reivindicaban la victoria por las siguientes 2
razones: los corintios habían dominado en la batalla naval hasta la noche, de modo que les había sido posible llevarse, en su mayor parte, sus naves averiadas y sus muertos, y tenían no menos de mil prisioneros y habían echado a pique unas setenta naves; por esto levantaron el trofeo[311]. Los corcireos habían destruido alrededor de treinta naves y, después de la llegada de los atenienses, habían recogido los restos de sus naves y los cadáveres de los suyos que se encontraban cerca de ellos; y, además, el día anterior los corintios, al ver las naves áticas, habían retrocedido ciando ante ellos y se habían retirado, y, después de llegar los atenienses, no habían salido de Síbota[312] a su encuentro; por estas razones levantaron un trofeo. De este modo unos y otros pretendían la victoria.

Los corintios y los atenienses regresan a su patria

Los corintios, en la travesía de 55
regreso, tomaron, por medio de una estratagema, Anactorio[313], que está situada en la embocadura del Golfo de Ampracia (era de ellos y de los corcireos en común), y, tras establecer en ella colonos corintios, se retiraron hacia su patria; y de los prisioneros corcireos vendieron ochocientos, que eran escla-

---

310 Cada parte pudo recoger libremente a sus muertos, lo que significaba que no había vencedores ni vencidos. De ahí que los dos bandos levantaran un trofeo.

311 Cf. *supra,* n. 216.

312 La del continente.

313 Cf. *supra,* I 29, 3 y n. 213.

vos[314], y guardaron en prisión doscientos cincuenta, tratándolos con gran consideración a fin de que al repatriarse ganasen Corcira para su causa[315]; pues se daba la circunstancia de que en su mayor parte eran, por su influencia,
2 los primeros de su ciudad. Así, pues, Corcira aventajó en esta guerra a los corintios[316], y las naves de los atenienses se retiraron de la isla. Éste fue el primer motivo de guerra que tuvieron los corintios contra los atenienses: el hecho de que, estando vigente el tratado de paz, habían participado en compañía de los corcireos en un combate naval contra ellos.

Conflicto de Potidea

56 Inmediatamente después de estos acontecimientos[317], sobrevinieron nuevas diferencias entre atenienses y pelopo-

---

[314] Los remeros de las naves que habían capturado. Por la proporción de esclavos entre los prisioneros podemos pensar que la mayor parte de los remeros de la flota de Corcira eran esclavos, lo que no era así en Atenas y en otras ciudades.

[315] Lo que llevaron a cabo. Cf. *infra,* III 70 ss.

[316] La batalla en sí fue favorable a los corintios: habían puesto en fuga a la flota enemiga y habían procedido libremente a las operaciones que significaban la victoria, tales como la recogida de los propios muertos y la recuperación de los barcos averiados (cf. *supra,* I 50, 1-3). Pero, tras quedar dueños del campo de batalla, cuando se iniciaba una segunda batalla, se habían retirado (cf. *supra,* 50, 5-51, 2), y los corcireos pudieron también recoger sus cadáveres sin mediar pacto; así se explica la reivindicación de la victoria por ambas partes (cf. *supra,* I 54, 1). Lo esencial, sin embargo, fue que Corcira consiguió su propósito: mantuvo el control de Epidamno e impidió la intervención corintia en su colonia. Corcira, por tanto, ganó la guerra.

[317] La batalla de Síbota tuvo lugar hacia fines de verano del 433 a. C. y los hechos de Potidea que Tucídides narra a continuación se iniciaron inmediatamente, a partir del invierno y de la primavera del 432.

nesios conducentes a la guerra. Fueron las siguientes. Mientras los corintios hacían por vengarse de los atenienses, éstos, que sospechaban su enemistad, ordenaron a los potideatas[318] —que habitan en el Istmo de Palene, y que, aun siendo colonos de los corintios, eran aliados tributarios de Atenas[319]— que demolieran la muralla por el lado que mira a Palene[320], que les entregaran rehenes, y que despacharan y no recibieran en el futuro a los *epidemiurgos*[321] que todos los años les enviaban los corintios, pues temían que, persuadidos por Perdicas[322] y los 2

Sobre ello, cf. A. W. GOMME, *op. cit.* I, págs. 196-199; para la cronología, págs. 222-224, y W. E. THOMPSON, «The Chronology of 432/1», *Hermes* 96 (1968), 216-232. Enseguida (hacia enero del 432, según Gomme) Atenas ordenó a Potidea la demolición de sus murallas, e inmediatas fueron, asimismo, las intrigas y el envío de embajadores potideatas a Atenas y a Esparta.

318 De Potidea, ciudad situada en el istmo que unía la península de Palene al resto de Calcídica, en un sitio estratégico para el control de la zona. Había sido fundada por Evágoras, hijo del tirano Periandro (cf. NICOLAO DE DAMASCO, en F. JACOBY, *FGrHist* 90 F 60).

319 Cf. B. D. MERITT, H. T. WADE-GERY, M. F. MCGREGOR, *The Athenian tribute lists* I, Cambridge Mass. Princeton, N. J., 1939-1953, págs. 386-387, donde se ve que, además de las medidas a que se refiere Tucídides, existía a partir de esta época (434-433) un aumento en el tributo, de seis a quince talentos.

320 Palene es la más occidental de las tres penínsulas de Calcídica. Al estar Potidea en un istmo, si se demolía la muralla que miraba a Palene, la ciudad quedaba indefensa ante un ataque desde el mar, lo que facilitaba el control por parte de la flota ateniense. Podía defenderse, en cambio, contra los ataques procedentes del norte.

321 Seguramente eran unos inspectores de las colonias enviados anualmente para conservar los lazos con ellas, aunque, como en este caso, pertenecieran al Imperio ateniense.

322 Perdicas II (cf. el capítulo siguiente) era hijo de Alejandro I, amigo de los griegos en su enfrentamiento contra Persia (cf. HERÓDOTO,

corintios, se rebelasen e incitasen a la rebelión a los demás aliados de la costa de Tracia[323].

Intrigas de Perdicas contra los atenienses

57 Éstas fueron las precauciones que tomaron los atenienses inmediatamente después de la batalla
2 naval de Corcira; pues la hostilidad de los corintios ya era manifiesta, y Perdicas, hijo de Alejandro y rey de los macedonios, que antes había sido aliado y amigo, se había convertido
3 en enemigo[324]. Se había enemistado porque los atenienses

V 17 ss.; VII 173-174; VIII 34; 121; 136 ss; IX 1; 4; 8; 44 ss.; B. Virgilio, «L'attegiamiento filoateniese e antipersiano della Macedonia con Aminta I e Alessandro I Filelleno», en *Commento storico al quinto libro delle «Storie», di Erodoto,* Pisa, 1975). Alejandro, hijo de Amintas, reinó unos cuarenta y cuatro años (del 498 al 454 a. C.) y contribuyó en gran manera a la expansión de Macedonia. El número de años del reinado de Perdicas, en cambio, es más discutido debido a los problemas que, al parecer, tuvo con otros pretendientes al trono. Sin duda, en la época a que se refiere este pasaje de Tucídides (432 a. C.) ya llevaba algunos años en el trono, y en el 414 (cf. *infra,* 9) todavía reinaba; en el 410, sin embargo, ya era rey su hijo Arquelao (cf. *infra,* II 100, 2; Diodoro, XIII 49, 1). Durante la Guerra del Peloponeso, y en los años que la precedieron, Perdicas se acercó a Atenas o a Esparta según las conveniencias del momento, pero más bien fue hostil a Atenas (cf. *infra,* II 80, 7, n. 534). En II 99, dentro de la narración de la expedición de Sitalces contra Perdicas (cf. *infra,* II 95-101), Tucídides presenta un rápido resumen sobre la expansión de Macedonia durante los predecesores de Perdicas.

323 Las ciudades griegas de la costa tracia entre el golfo Termaico y el río Hebro (cf. *infra,* II 96, 4); era uno de los distritos de la liga ático-delia (cf. *infra,* II 9, 4).

324 Perdicas estaba ya en una situación de guerra, mientras que los corintios todavía no lo estaban; sólo se habían evidenciado sus diferencias.

habían concertado una alianza con Filipo[325], su hermano,
y con Derdas[326], que de común acuerdo le hacían frente.
Movido por el miedo, enviando embajadores a Esparta, 4
hacía por provocar una guerra entre atenienses y pelopo-
nesios, y procuraba ganarse a los corintios con vistas a
la sublevación de Potidea. También entraba en negociacio- 5
nes con los calcideos[327], limítrofes con Tracia, y con los
botieos[328], a fin de que se unieran a la sublevación, pues
pensaba que, si contaba con la alianza de estos pueblos
cuyo territorio era contiguo, haría la guerra más fácilmen-
te con su ayuda. Al enterarse los atenienses de estas intri- 6
gas, queriendo anticiparse a la sublevación de las ciudades,
dieron orden a sus almirantes (pues precisamente entonces
se disponían a enviar contra el territorio de Perdicas una
expedición de treinta naves y mil hoplitas bajo el mando

---

325 Filipo tenía su reino *(arkhḗ)* en Macedonia oriental (cf. *infra,* II 100, 3), pero su dominio estaba subordinado al de Perdicas.

326 Primo de Perdicas y de Filipo y rey de Elimia, un territorio semiindependiente de Macedonia meridional (cf. *infra,* II 99, 2).

327 Con el nombre de «calcideos» Tucídides se refiere a Olinto (ciudad situada a unos 11 Km. al noroeste de Potidea) y a los pueblos vecinos, que debieron de formar (cf. *infra,* I 58, 2) un Estado o una Confederación con Olinto como capital. De todas formas, sus características en esta época no son claras. (Cf. A. W. Gomme, *op. cit.* I, págs. 203-208.) Su nombre se debe a Calcis de Eubea, que había colonizado gran parte de Calcídica.

328 Estado federal, cuyos límites no son bien conocidos, al oeste de los calcideos. Su ciudad más importante era Espartolo, cuyo emplazamiento no es conocido con seguridad. Era un pueblo originario de la Botia, al oeste del golfo Termaico (cf. *infra,* II 99, 3) y debía de tener una organización política semejante a la de los calcideos. Una inscripción relativa a un tratado con Atenas nos indica que tenían una asamblea *(boulḗ)* común, unos jefes militares comunes y magistrados en cada ciudad (cf. M. N. Tod, *A selection of Greek historical inscriptions,* Oxford, 1948, I 68).

de Arquéstrato[329], hijo de Licomedes, y de otros cuatro estrategos)[330] de tomar rehenes entre los potideatas y demoler la muralla, y de mantener la vigilancia sobre las ciudades vecinas para que no se sublevaran.

Sublevación de Potidea

58 Los potideatas habían enviado embajadores a los atenienses por si podían inducirlos a no tomar ninguna medida con respecto a ellos, y también habían ido a Esparta en compañía de los corintios para procurarse una asistencia en caso de necesidad; pero una vez que, después de mucho empeño, no consiguieron de los atenienses ningún resultado positivo, sino que, por el contrario, las naves destinadas contra Macedonia se dirigieron también contra

329 Este personaje, que no vuelve a aparecer en la *Historia* de Tucídides, no ha sido identificado con seguridad. Era un nombre bastante común en Atenas (cf. A. W. Gomme, *op. cit.* I, pág. 208). Podría ser el Arquéstrato, hijo de Licomedes, que aparece en la línea 11 de la discutida inscripción I G I^3 48 (cf. L. Piccirilli, «A proposito di I G I^3 48 bis e di Archestrato figlio di Licomede», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 70 (1987), 167-170), pero no es seguro (cf. D. Peppas-Delmousou, «Χαλκῆ ἐπιγραφὴ τοῦ Μουσείου 'Ακροπόλεως», 'Αρχαιολογικὴ 'Εφημερίς 1971 [1972], 137-45).

330 Los manuscritos dicen: «y otros diez estrategos»; pero se suele pensar en una corrupción del texto, dado que no se tiene noticia de ninguna expedición que fuese dirigida por once estrategos. Sólo había diez. La mayoría de los editores han pensado en una confusión en la cifra, lo que no tiene nada de extraño (aquí se trataría de una entre Δ = 10 (sistema ático) y Δ = 4 (sistema milesio)). Algunos, sin embargo, para conservar la cifra «diez», han supuesto que entrarían en la cuenta comandantes asimilados a los estrategos sin que realmente lo fueran. Para Steup el mismo carácter inhabitual de la expresión le hace pensar en su autenticidad. Pero generalmente se sustituye el «diez» por el «cuatro».

ellos mismos, y que las autoridades de los lacedemonios les prometieron que, si los atenienses atacaban Potidea, invadirían el Ática[331], entonces precisamente, aprovechando estas circunstancias, juramentándose de común acuerdo con los calcideos y los botieos[332], se sublevaron[333]. Perdi- 2
cas, por su parte, indujo a los calcideos a abandonar y destruir sus ciudades de la costa[334] para ir a establecerse tierra adentro, en Olinto[335], y fortificar esta única ciudad. Y a estos pueblos que abandonaban sus ciudades les concedió para que las cultivasen, mientras durara la guerra contra los atenienses, tierras de su territorio de Migdonia,

---

331 Promesa que no se cumplió.

332 Las negociaciones a las que aquí se alude tuvieron lugar en el invierno del 433-432. La sublevación tuvo lugar probablemente no mucho tiempo después del pago del tributo, que se efectuaba en primavera; Potidea pagó este *phóros* del 433-432, pero ya no pagó el del 432-431 (cf. B. D. Meritt, H. T. Wade-Gery, M. F. McGregor, *op. cit.* I, 386). Según Gomme, la revuelta estallaría a mediados de abril del 433-432; algo más tarde, hacia el 1 de junio, en la cronología de Thompson. Por las mismas fechas, aproximadamente, zarparía la expedición de Arquéstrato, que llegó a Tracia cuando Potidea ya se había sublevado.

333 La extensión de la revuelta puede deducirse de la comparación de las listas de tributos del 433-432 y las del 432-431; entre estas últimas faltan ciudades de calcideos y botieos que eran tributarias el año anterior. Además de las principales sublevadas, Potidea, Espartolo y Olinto, la revuelta se extendió a ciudades como Meciberna, Escapsa, Asera, Piloro, Gale, Singo, etc. Se ha observado que en ellas se había elevado el tributo en los años que precedieron a la revuelta (cf. *supra,* n. 319) y que a las que permanecieron fieles se les redujo después.

334 Precaución usual para privar al enemigo de puntos de apoyo y de recursos. Lo mismo habían hecho los atenienses ante el invasor persa cuando se refugiaron en sus barcos antes de la batalla de Salamina.

335 Las ciudades de la costa eran pequeñas y probablemente no tenían murallas, mientras que Olinto estaba a 2,5 Km. del mar, distancia suficiente para no verse sorprendida por un ataque desde el mar.

en torno al lago Bolbe[336]. Fueron, pues, a establecerse en el interior[337], destruyendo sus ciudades, y se prepararon para la guerra.

Los atenienses en Macedonia

59 Cuando las treinta naves de los atenienses llegaron a las costas de Tracia, se encontraron con que Potidea y las otras ciudades ya se habían sublevado. 2 Los estrategos, considerando que, con las fuerzas que tenían, era imposible hacer la guerra a la vez contra Perdicas y contra las regiones sublevadas, cambiaron de rumbo, dirigiéndose a

[336] Lago con terrenos pantanosos a unos 32 km al norte de Olinto y separado de la plaza por una cadena montañosa que aislaba la comarca. Conserva actualmente el nombre, el Volvi. La Migdonia era un distrito de Macedonia meridional; naturalmente debía ser devuelta por los calcideos en el momento en que les fuera posible volver a sus tierras.

[337] Esta concentración en Olinto es el primer caso de sinecismo *(synoikismós)* que aparece en la *Historia* de Tucídides. El sinecismo era la fusión o concentración de diversas entidades políticas antes independientes o al menos parcialmente autónomas. Resultado del sinecismo era la creación de un estado único y unitario, y comportaba, en el plano demográfico-urbanístico, la concentración de la población en un centro urbano, para lo que se procedía a una fundación al efecto o se potenciaba un centro preexistente. Para Tucídides, el sinecismo constituía un acto de unificación política (cf. *infra,* II 15, 2), acompañado o no del traslado de la población a una ciudad única. En este caso las excavaciones realizadas en Olinto han demostrado que el núcleo urbano primitivo fue ampliado notablemente; diversas ciudades se unieron en el «Estado de los Calcideos», identificado normalmente con Olinto. Cf. M. MOGGI, «Lo stato dei Calcidesi alla luce del sinecismo di Olinto», *Critica Storica* 11 (1974), 1-11; «*Synoikízein* in Trucidide», *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa* s. 3, 5 (1975), 915-924; TUCIDIDE, *La Guerra del Peloponeso,* a cargo de M. MOGGI, Milán, 1984, págs. 146-147. Nótese, por otra parte, que Tucídides utiliza aquí el verbo *anoikízein* para precisar que se trataba de un movimiento de concentración que tuvo lugar desde las ciudades costeras hacia el interior.

Macedonia, contra la que habían sido enviados primero, y, una vez allí, se pusieron a hacer la guerra de acuerdo con Filipo y los hermanos de Derdas[338], que, procedentes del interior[339], habían invadido el país con su ejército.

Ayuda de Corinto

En estas circunstancias, con la 60
sublevación de Potidea y la presencia de las naves áticas en Macedonia, los corintios, temiendo por la región y considerando el peligro como propio, enviaron voluntarios[340] del mismo Corinto y mercenarios del resto del Peloponeso en un total de mil seiscientos hoplitas y cuatrocientos soldados de infantería ligera[341]. Los mandaba Aristeo[342], hijo de Adimanto[343] 2
(y fue sobre todo por afecto hacia su persona por lo que le siguieron la mayoría de los voluntarios de Corinto), pues siempre había sido amigo de los potideatas. Estas 3

---

338 En I 57, 3 aparece el propio Derdas. Aquí se nos habla de sus hermanos. Es posible colegir que Derdas había muerto.

339 Se refiere a la alta *(ánôthen)* Macedonia, es decir, al territorio montañoso situado al oeste y al sur de Pela y Berea, especialmente a la cuenca del río Haliacmón. Era la patria de los macedonios.

340 La guerra no había sido declarada y Corinto no quería implicarse oficialmente; de ahí que la expedición fuera de «voluntarios».

341 La infantería ligera, los *psiloí,* reunía a tropas con armamento diverso: los lanzadores de jabalinas *(akontistaí),* los arqueros *(toxótai),* los honderos *(sphendonêtai),* los peltastas *(peltastaí),* algo más armados con escudo *(péltê),* jabalina y espada. Con frecuencia eran mercenarios. Se movían más libremente que los hoplitas o infantería pesada, el cuerpo principal de combatientes que cargaba sobre el enemigo en formación cerrada (cf. *supra,* n. 205).

342 Sobre la muerte de este Aristeo, cf. *infra,* II 67, 1-4.

343 Según el escolio, Adimanto era el almirante de las naves corintias en la batalla de Salamina. Cf. HERÓDOTO, VIII 5; 59-64; 94.

tropas llegaron a Tracia cuarenta días después de la sublevación de Potidea.

Expedición de Calias

61 La noticia de que las ciudades se habían sublevado también llegó enseguida a los atenienses, que, al enterarse de que las tropas de socorro de Aristeo ya estaban en camino[344], enviaron contra las ciudades sublevadas dos mil hoplitas de la misma Atenas y cuarenta naves, bajo el mando de Calias[345], hijo de Calíades, y de otros cuatro
2 estrategos[346]. Estas fuerzas llegaron primero a Macedonia y se encontraron con que los mil hombres enviados ante-

---

344 Aceptando la corrección de Ullrich, que lee *epiparióntas* en lugar del *epiparóntas* que dan los manuscritos, en cuyo caso no significaría que las tropas de Aristeo «estaban en camino», sino que ya «habían llegado». La corrección, que se apoya en razones de lógica, ha recibido la aprobación de muchos editores y fue defendida por Gomme. En caso de no admitirla, tal como hace W. E. Thompson (art. cit., 223) debemos cambiar el orden de las expediciones de Aristeo y de Calias en la cronología. La expedición de Calias sería enviada, según Gomme, hacia el 20 de mayo y a fines del mismo mes llegaría Aristeo a Tracia. Estos hechos ocurrieron algo más tarde y en orden inverso según la cronología de Thompson: Aristeo llegó hacia el 15 de julio y Calias se hizo a la mar en agosto.

345 Cf. R. Meiggs, D. Lewis, *op. cit.* 58, 63 y 64: Probablemente es el proponente de estos decretos, un decreto financiero del 434-433 a. C. y la renovación de las alianzas con Regio y Leontinos en el 433 a. C.

346 Los estrategos *(strategoi)*, como es sabido (cf. *supra*, n. 330), eran diez, elegidos anualmente. Dirigían las operaciones en el campo de batalla, se encargaban de la administración militar y naval y de todos los asuntos que tenían relación con ella, podían convocar la Asamblea. Su cargo, en suma, no era sólo militar, sino que tenía una gran importancia política.

riormente[347] acababan de tomar Terme[348] y estaban sitiando Pidna[349]. Después de acampar frente a la ciudad también ellos intervinieron en el asedio de Pidna; pero luego llegaron a un acuerdo con Perdicas[350] y, concertando una alianza forzada por la necesidad, puesto que Potidea y la llegada de Aristeo los reclamaban urgentemente, se retiraron de Macedonia. Llegaron al territorio de Berea y de allí a Estrepsa[351], y, tras hacer una intentona contra la

3 — 4

347 Cf. *supra,* I 57, 6. A medida que se agrava el conflicto, Atenas envía nuevos contingentes a Potidea. Antes había enviado mil hoplitas (57, 6); ahora envía dos mil (60, 1); y luego enviará otros mil seiscientos (cf. *infra,* 64, 2).

348 En la parte sur de la actual Salónica, al fondo del golfo Termaico, que separa la Calcídica de la península griega. Su posición era estratégicamente muy importante, ya que estaba en el camino por el que Perdicas podía enviar ayuda a los calcideos. Fue devuelta a Perdicas en el 431 a. C. (cf. *infra,* II 29, 6).

349 En la costa occidental del golfo Termaico, al sur de la desembocadura del río Haliacmón. Tanto Terme como Pidna eran ciudades griegas, aunque sometidas a la autoridad de Perdicas.

350 Tanto Atenas como Perdicas estaban interesados en ello. Los atenienses, para combatir a los calcideos sublevados, y Perdicas, para afrontar a sus adversarios internos.

351 Es éste un conocido pasaje que ha dado lugar a diversas hipótesis y correcciones debido a los problemas textuales y a las dificultades geográficas que conlleva. En primer lugar debe tenerse en cuenta la ingeniosa corrección de Pluygers, adoptada por la mayoría de los editores, que sustituía el incómodo *eistrépsantes* de los manuscritos por *epì Strépsan,* «contra Estrepsa». Esta corrección, sin problemas paleográficos, daba al texto un sentido preciso y satisfactorio: estaba de acuerdo con el camino tomado por unas tropas que habían partido de Pidna y se dirigían a Potidea, dado que, si bien existen dificultades para una localización exacta de Estrepsa, se sabe que existía una plaza de este nombre en la costa del golfo Termaico, cerca de Terme, al sur de esta ciudad o, más probablemente, al oeste o al noroeste de la misma (cf. ESQUINES, II 27). Estrepsa pertenecía a la Liga ático-delia y se había sublevado con

plaza sin conseguir tomarla, marcharon por tierra contra Potidea, con tres mil hoplitas propios, además de muchos aliados y de seiscientos jinetes de los macedonios, condu-

---

Potidea y las demás ciudades, tal como se demuestra en B. D. MERITT, H. T. WADE-GERY, M. F. MCGREGOR, *ATL* I 412. Era natural que, al estar en el camino hacia Potidea, sufriera el ataque de Calias. Otra cuestión es la planteada por «Berea» *(Béroian)*, puesto que esta ciudad estaba situada en el interior de Macedonia, al oeste del río Haliacmón, y caía fuera de la ruta normal, al menos en apariencia, entre Pidna, situada en la costa occidental del golfo Termaico, y la región al este del mismo, donde se hallaba Potidea; lo directo, parece, es cruzar el golfo por mar o marchar por tierra a lo largo de la costa del golfo. Debido a ello, se arbitraron algunas soluciones posibles. Tal vez el desvío hacia el territorio de Berea tendría relación con el hecho de que los delegados que habían tratado el acuerdo con Perdicas volvieran de allí. O podría pensarse en la hipotética existencia de otra Berea en la época postclásica, en la parte oriental del golfo Termaico, que motivaría la corrección del manuscrito de Tucídides (cf. sobre ello J. A. ALEXANDER, «Thucydides and the expedition of Callias against Potidaea, 432 B. C.», *American Journal of Philology* 83 (1962), 265-287, concretamente págs. 284-285). O habría que corregir el texto sustituyendo «Berea» por «Terme» u otra ciudad situada en el camino hacia Estrepsa; y, entre estas correcciones, resulta sugestiva la de sustituir «Berea» *(Béroian)* por «Brea» *(Bréan)*, colonia ateniense que no ha sido exactamente localizada, pero que estaba, al parecer, en Bisaltia o en Calcídica (corrección de BERGCK, *Philologus* 22 (1865), 536-539, apoyada por A. G. WOODHEAD, «The site of Brea: Thucydides I. 61. 4», *The Classical Quarterly* 46 (1952), 57-66; cf., asimismo, J. A. ALEXANDER, art. cit.; D. ASHERI, «Note of the site of Brea: Theopompus, F 145», *American Journal of Philology* 90 (1969), 337-340; corrección aceptada por G. DONINI, *Tucidide, Le Storie* I, Turín, 1982, págs. 81 y 169). La solución, sin embargo, puede ser otra ya que se ha demostrado que el camino más seguro de Pidna a Terme pasaba por Berea, a fin de evitar la zona pantanosa de la llanura costera y de encontrar mejores pasos para cruzar el río Haliacmón y otros ríos de la región. Es probable, pues, que el camino seguido fuera realmente éste, a pesar de su apariencia de desvío hacia el interior, y que, en consecuencia, no haya que corregir el texto (cf. CH. EDSON, «Strepsa [Thucydides I 61, 4]», *Classical Philology* 50 (1955), 169-190).

cidos por Filipo y Pausanias[352]; simultáneamente setenta naves bordeaban la costa. Avanzaron despacio y al tercer día llegaron a Gigono[353] y acamparon[354].

La batalla de Potidea

Los potideatas y los pelopone- 62
sios de Aristeo, en espera de los atenienses, estaban acampados en el istmo por la parte que mira a Olinto, y habían puesto un merca-
do en las afueras de la ciudad[355]. Los aliados habían ele- 2
gido General de toda la infantería a Aristeo, y de la caballería a Perdicas, que se había apresurado a abandonar de nuevo a los atenienses[356] y combatía al lado de los potideatas, después de haber puesto a Yolao[357] en su lugar
al frente de Macedonia. El Plan de Aristeo era mantener 3
su propio ejército en el Istmo para vigilar a los atenienses, por si atacaban, mientras que los calcideos, los aliados de fuera del Istmo[358] y los doscientos jinetes de Perdicas per-

---

352 Este Pausanias no había aparecido hasta ahora y no lo volvemos a encontrar en el resto de la *Historia;* es desconocido, pero el escoliasta nos dice que era hijo o hermano de Derdas, que tampoco aparece en este pasaje (cf. *supra,* I 59, 2, n. 338).

353 Pequeña plaza situada en la costa oriental del golfo Termaico, al noroeste de Potidea; no ha sido localizada exactamente. Cf. B. D. Meritt, H. T. Wade-Gery, M. F. McGregor, *ATL* I, 478; 539-41; Ch. Edson, art. cit. 184 y 190.

354 Los campamentos griegos no tenían forma determinada, como los de los romanos, ni estaban fortificados. Se contentaban con la vigilancia de las avanzadas.

355 De Potidea, naturalmente. La finalidad era que el ejército no se dispersara en busca de víveres, evitando así que estuviera lejos en un momento de necesidad (cf. *infra,* VI 100, 1; VII 39, 2-40, 3).

356 Cf. *supra,* I 57.

357 Personaje desconocido que sólo aparece en este pasaje.

358 Los botieos. Cf. *supra,* I 57, 5.

manecerían en Olinto; y cuando los atenienses avanzasen contra él, las fuerzas de Olinto acudirían en su auxilio por la espalda y encerrarían al enemigo en medio de los
4 dos ejércitos[359]. Pero, a su vez, Calias, el estratego de los atenienses, y sus colegas enviaron hacia Olinto a la caballería macedonia[360] y a un pequeño número de aliados para impedir a los de allí que acudieran en auxilio de Aristeo, mientras que ellos levantaron el campamento
5 y se dirigieron contra Potidea. Y cuando se aproximaron al Istmo y vieron que sus adversarios se preparaban para la batalla, también ellos se situaron enfrente en formación
6 de combate, y no mucho después entablaron la lucha. La misma ala de Aristeo y las tropas de élite de Corinto y de otras ciudades que estaban en torno a él pusieron en fuga al ala que estaba enfrente y recorrieron largo trecho persiguiéndola; pero el resto del ejército de los potideatas y peloponesios fue derrotado por los atenienses[361] y se refugió detrás de las murallas.

63 Al volver Aristeo de la persecución, cuando vio que el resto del ejército había sido derrotado, estuvo en duda respecto al camino que se arriesgaría a tomar[362], si el del

[359] Táctica no muy frecuente en la historia militar griega, que aquí fue fácilmente contrarrestada.

[360] La caballería macedonia, como se ve, se encontraba en los dos bandos: la de Perdicas con los potideatas y calcideos, y la de Filipo y Pausanias con los atenienses (cf. *supra,* I 61, 4; 62, 3; *infra,* 63, 2).

[361] Ésta fue la batalla en la que se distinguió Alcibíades y Sócrates le salvó la vida. Cf. PLATÓN, *Cármides* 153a-c; *Banquete* 220d-e. Respecto a la cronología, cf. *infra,* I 87, 6, n. 473. Sobre la táctica empleada por Aristeo, cf. G. SHRIMPTON, «Strategy and tactics in the preliminaries to the siege of Potidea», *Symbolae Osloenses* 59 (1984), 7-12.

[362] Debido a las medidas tomadas por Calias, que había apostado junto a Olinto a la caballería macedonia y a un pequeño contingente de aliados (cf. *supra,* I 62, 4).

lado de Olinto o el que conducía a Potidea; decidió, finalmente, reunir a sus hombres en una formación lo más compacta posible y a la carrera abrirse paso hasta entrar en Potidea, y consiguió pasar por el rompeolas[363] de la muralla a través del mar, hostigado por los proyectiles y con dificultades, perdiendo unos pocos hombres, pero salvando a la mayor parte. Las tropas que, partiendo de 2
Olinto, debían auxiliar a los potideatas (la ciudad dista unos sesenta estadios[364] y es visible desde Olinto)[365], cuan-

---

363 Este rompeolas *(chelḗ,* «pinza, pinza de cangrejo o pezuña de buey») se refería, según el escoliasta, a las piedras que se habían acumulado en el mar delante de la muralla para resguardarla de sus embates *(kaleîtai oi émprosthen toû pròs thálassan teíchous probeblēménōi líthoi dià tḗn tôn kymátōn bían, mḕ tò teîchos pláptoito; eírētai dè parà tò eoikénai cheléi boós);* pero es probable que también sirviera de muelle para protección de las naves. Probablemente el nombre tenía que ver con su forma, dos curvas, como pinzas de cangrejo, formando una especie de puerto.

364 Un estadio ático equivale a unos 180 m aproximadamente (177,6 m). Aquí la distancia de sesenta estadios (10,656 Km.) se ajusta, en efecto, a los 11 Km. que separan Olinto de Potidea.

365 El emplazamiento de Olinto está en dos colinas que se extienden unos 1.200 m de sur a norte; su anchura en la parte superior es de 100 a 200 m y está a la orilla izquierda de un río y a 2,5 km del mar. La colina sur se eleva de 16 a 25 m sobre su base y se encuentra a 59 m sobre el nivel del mar; la norte está a 65 m por encima del nivel del mar y, sobre el llano de la parte norte, se eleva 8 m. Desde la parte meridional puede verse, mirando hacia el sur, todo el golfo de Torone (el actual *Kólpos Kassándras)* con la costa occidental de Sitonia y la oriental de Palene con el istmo y Potidea. En cambio hacia el suroeste y oeste la vista desde Olinto está obstaculizada por un barranco que se extiende en dirección norte-sur, cuya elevación y longitud son mayores que los del emplazamiento de Olinto. Es decir, la afirmación de Tucídides es cierta, pero omite un detalle topográfico importante; debido a la elevación situada al oeste de Olinto, las tropas atenienses en su avance desde Gigono (cf. 61, 5) no podían ser vistas desde Olinto

do comenzó la batalla y las señales fueron alzadas[366], avanzaron un trecho con la intención de acudir a prestar su ayuda, y la caballería macedonia se situó enfrente para impedírselo; pero una vez que se produjo enseguida la victoria de los atenienses y que las señales fueron bajadas, se retiraron detrás de las murallas y los macedonios se reunieron con los atenienses; y la caballería no entró en
3 combate[367] en ninguno de los dos bandos. Después de la batalla los atenienses levantaron un trofeo y, en virtud de una tregua, devolvieron a los potideatas sus muertos; murieron poco menos de trescientos hombres de los potideatas y sus aliados, y de los atenienses ciento cincuenta[368], entre los que estaba el estratego Calias.

---

mismo; es probable, pues, que los calcideos y la caballería de Perdicas se situaran en esta elevación, en el territorio de Olinto *(en Olýnthōi ménein;* cf. 62, 3), o bien que Calias se les anticipara ocupando la posición (cf. 62, 4 y n. 362) para vigilar los movimientos desde Olinto (cf. A. W. GOMME, *op. cit.* I, pág. 220).

366 Se duda en este caso sobre si se trata de la señal habitual en el inicio de una batalla o de una señal previamente convenida para que acudieran las tropas de Olinto (cf. *supra,* 62, 3); el hecho de que en seguida fueran bajadas, visto el rápido éxito ateniense que desbarataba el plan, sugiere lo segundo. Es, con todo, una fórmula corriente (cf. *supra,* I 49, 1, n. 288; *infra,* IV 42, 4; VIII 95, 4), donde las señales son también divisadas a sesenta estadios.

367 Sobre las dos caballerías, los 600 jinetes macedonios del lado de los atenienses y los 200 de Perdicas del lado de los potideatas, cf. *supra,* I 61, 4; 62, 3.

368 Tucídides no habla de las bajas que se produjeron entre los aliados de Atenas. Del monumento funerario que se levantó en el Cerámico en honor de estos ciento cincuenta soldados atenienses se conserva una inscripción en el Museo Británico (cf. *Inscriptiones Graecae* I², Berlín, 1913, 945: M. N. TOD, *op. cit.* I 59; H. T. WADE-GERY, *Journal of Hellenic Studies* 33 (1933), 77-78).

Asedio de Potidea

Acto seguido, los atenienses construyeron un muro de bloqueo frente a la muralla de la ciudad por el lado del Istmo[369] y montaron la guardia; pero la parte que mira a Palene[370] no fue bloqueada, pues no se consideraban bastante fuertes para mantener la guardia en el Istmo y, a la vez, pasar a Palene para construir otro muro; temían que, al dividir sus fuerzas, los potideatas y sus aliados los atacasen. Luego, cuando supieron en Atenas que Palene no tenía muro de bloqueo, enviaron mil seiscientos hoplitas atenienses a las órdenes de Formión[371], hijo de Asopio; éste llegó a Palene y, partiendo de Afitis[372], condujo su ejército contra Potidea, avanzando lentamente a la vez

64 (margen, junto a la primera línea); 2 (margen, junto a «atacasen. Luego, cuando supieron en Atenas que Palene»)

369 Era una práctica normal en los asedios que los sitiadores levantaran una fortificación frente a la ciudad asediada para bloquearla y para protegerse contra posibles salidas de las tropas sitiadas; incluso podía ser doble si se pensaba en la posibilidad de que la ciudad asediada recibiera ayudas del exterior. Cf. *infra,* II 78, 1-2.

370 Cf. *supra,* I 56, 2; 57, 6: Potidea era una ciudad perfectamente fortificada, razón por la que los atenienses habían ordenado la demolición de su muralla por la parte sur. Aquí el *ateíchiston* se refiere a la fortificación de los sitiadores, que no completaban el bloqueo por miedo a dividir sus fuerzas; luego lo hará Formión.

371 Ilustre personaje ateniense de gran talento como militar y marino. Había sido uno de los estrategos que participaron en el asedio de Samos del 440-439 a. C. (cf. *supra,* I 117, 2). En el libro II veremos que su intervención será importante: expedición de Acarnania (cf. *infra,* II 68, 7-8); victorias navales de Patras y Naupacto (cf. *infra,* II 83, 1-84, 5; 90, 1-92, 6).

372 Ciudad situada en la costa oriental de Palene (cf. HERÓDOTO, VII 123), probablemente en el emplazamiento de la actual Afitos, a unos 12 Km. al sur de Potidea. El camino entre Afitis y Potidea no ofrece dificultades; sólo hay unas colinas de escasa altura.

3 que arrasaba el territorio; y como nadie salía a presentar batalla, construyó un muro frente a la muralla del lado de Palene. Así, Potidea ya estaba fuertemente sitiada por ambos lados y por la parte del mar, gracias al bloqueo conjunto de las naves.

65 Aristeo, con la ciudad bloqueada y sin ninguna esperanza de salvación, a no ser que contra toda previsión viniera algún auxilio del Peloponeso o cualquier otra ayuda, propuso que todos los defensores, salvo quinientos, aguardaran un viento favorable y se hicieran a la vela, a fin de que los víveres duraran más tiempo[373], y él mismo se ofrecía para ser uno de los que se quedasen; pero como no consiguió convencerlos, queriendo buscar las salidas que todavía quedaban y con la intención de que los asuntos del exterior estuvieran dispuestos de la manera más favorable, se escapó por mar burlando la vigilancia
2 de los atenienses. Permaneció entre los calcideos y, además de colaborar en otras acciones de guerra, mató a muchos sermilios tendiéndoles una emboscada junto a su ciudad[374]; y negoció en el Peloponeso la forma en que

[373] El mantenimiento de un asedio ante una ciudad bien fortificada era una empresa difícil que suponía un importante esfuerzo económico para los sitiadores. En la ciudad asediada, un número no muy elevado de defensores era suficiente (cf. *infra,* II 6, 4; 78, 3-4); una población excesiva dificultaba la resistencia y muchas veces los asedios terminaban por hambre, como ocurrió luego en este caso de Potidea (cf. *infra,* II 70).

[374] Sermilia, cuyo nombre pervive en la actual Ormilia, ha sido identificada con un antiguo emplazamiento situado en una colina en la orilla occidental del río Miliada, cerca de la costa, sobre el Golfo de Torone (actualmente de Casandra) a medio camino entre Palene y Sitonia, a unos 12 km al sudeste de Meciberna, entre ésta y Galepso (cf. HERÓDOTO, VII 122). Formaba parte del Estado calcideo (cf. *supra,* I 57, 5, n. 327). Es probable que el partido favorable a Atenas dominara en la ciudad, lo que explicaría el ataque de Aristeo. Seguramente debió de existir un

podría obtener alguna ayuda. Formión, por su parte, des- 3
pués de finalizar los muros de bloqueo de Potidea[375], se puso a devastar la Calcídica[376] y la Bótica[377] con sus mil seiscientos hoplitas, y tomó algunas plazas[378].

De esta forma los atenienses y los peloponesios se en- 66
contraron con nuevos motivos de enfrentamiento: los corintios los tenían porque los atenienses estaban sitiando Potidea, que era colonia suya, con corintios y peloponesios dentro de ella, y los atenienses con respecto a los peloponesios, porque éstos habían instigado la sublevación de una ciudad que era su aliada y les pagaba tributo, y porque habían ido allí y habían combatido abiertamente contra ellos al lado de los potideatas. La verdadera guerra, sin embargo, todavía no había estallado, sino que aún seguía vigente la tregua, pues los corintios habían actuado por su cuenta[379].

---

enfrentamiento interno respecto a la participación en la revuelta, ya que Sermilia no aparece en las listas de tributos del 432-431 (cf. B. D. Meritt, H. T. Wade-Gery, M. F. McGregor, *op. cit.* I 400), prueba de que inicialmente debió de participar en la sublevación, si no hay otra razón para su ausencia en la lista de pagadores. Luego el partido filoateniense debió de imponer de nuevo una posición favorable a Atenas.

375 Los 3.000 atenienses que estaban en Potidea desde el principio serían suficientes para mantener el bloqueo en los dos lados, y Formión, con sus 1.600 hombres, podía dedicarse a combatir al resto de ciudades sublevadas.

376 Se refiere al territorio del estado o confederación de los calcideos (cf. *supra,* I 57, 5, n. 327; 58, 2, n. 337) que tenía su centro en Olinto, no a toda la península.

377 Cf. *supra,* I 57, 5, n. 328.

378 Para el fin del asedio de Potidea, iniciado en los capítulos anteriores, cf. *infra,* II 58 y 70.

379 Algunos interpretan que *idíāi* se refiere a que los corintios actuaron separadamente, sin el acuerdo oficial de los aliados de la Liga del Peloponeso. Otros (cf. A. W. Gomme, *op. cit.* I, págs. 224-225),

El debate de Esparta

67 El asedio de Potidea mantenía en movimiento a los corintios, porque allí estaban encerradas sus tropas y también porque temían por la plaza. Sin demora, convocaron a los aliados[380] a Esparta y, una vez allí, cubrieron de improperios a los atenienses acusándolos de haber roto el
2 tratado y de cometer agresión contra el Peloponeso. Los

---

en cambio, interpretan «privadamente, no oficialmente, no *dêmosíāi*». Es decir, Corinto todavía no estaría en guerra oficialmente con Atenas (en una situación similar a la de después de la batalla de Síbota; cf. *supra,* I 53, 1). Si las tropas corintias hubieran sido enviadas oficialmente por la ciudad para ayudar a sus aliados calcideos, esto hubiera significado ciertamente la guerra, al menos entre Atenas y Corinto. El principal argumento en favor de esta interpretación es que las tropas de Aristeo eran «voluntarios del mismo Corinto y mercenarios del resto del Peloponeso» (cf. *supra,* I 60, 1). Se trataría, pues, de «voluntarios», sin que la intervención de Corinto fuera «oficial». A eso se pone la objeción de algunas frases de I 60, 1-2 (los corintios envían la expedición y ponen al frente a un corintio prestigioso), que se interpretan como signo de un carácter oficial.

[380] No se trata de una convocatoria formal de todos los aliados de la Liga del Peloponeso, lo que constituía un privilegio de Esparta (cf. *infra,* I 87, 4). Aquí Corinto tomó la iniciativa de convocar a los aliados más próximos a ellos, o más interesados en una actuación contra Atenas, a una reunión en Esparta para plantear la situación. Luego (cf. *infra,* 3) los lacedemonios citan a los demás aliados que quieran formular alguna queja contra Atenas para que la expongan en su asamblea ordinaria (la *apélla).* Esparta quiere primero informarse y asegurarse. Finalmente (cf. *infra,* I 119), convocarán un verdadero congreso de todos los aliados de la Liga del Peloponeso.

eginetas, por miedo a los atenienses[381], no enviaron em-
bajadores abiertamente, sino en secreto, y se distinguieron,
juntamente con los corintios, por su incitación a la guerra,
alegando que no eran autónomos de acuerdo con lo esti-
pulado en el tratado[382]. Los lacedemonios también cita- 3
ron a quien quisiera de sus aliados que declarara haber
sufrido algún otro daño de parte de los atenienses y, reu-
niendo su asamblea ordinaria, les invitaron a hablar. Otros 4
varios tomaron la palabra y cada uno expuso sus propias
acusaciones, y sobresalió la intervención de los megareos
que, entre otros considerables motivos de discordia, desta-
caron el hecho de que, en contra del tratado, se les impe-
día el acceso a los puertos del Imperio ateniense y al mer-
cado ático[383]. Finalmente tomaron la palabra los corintios, 5
después de dejar que los otros enardecieran primero los
ánimos de los lacedemonios, y hablaron de este modo:

---

381 Egina, sometida por los atenienses (hacia el 457-456 a. C.; cf. *infra,* I 108, 4), había sido forzada a formar parte de la Liga de Delos como miembro tributario.

382 El tratado de paz de treinta años (cf. *infra,* I 115, 1), al que normalmente se alude en pasajes referidos a esta época, o el tratado por el que Egina se convertía en un miembro de la Liga de Delos (cf. nota precedente). Si se trata del primero, debía de contener alguna cláusula especial relativa a Egina de la que no tenemos noticia. Sería posible, sin embargo, que se refiriera al tratado bilateral entre Atenas y Egina que puso fin a la guerra que sostenían. La autonomía de Egina, como otras, era una independencia limitada por las condiciones impuestas por Atenas. Normalmente, el término «autonomía» indica una independencia limitada por las obligaciones derivadas de la pertenencia a una alianza o por las condiciones impuestas en un tratado (cf. *infra,* I 144, 2, n. 936), aunque en algún caso pueda referirse a una independencia completa (cf. *infra,* I 113, 4).

383 Cf. *supra,* I 42, 2, n. 263; *infra,* I 139, 1-2; 140, 4; 144, 2.

Discurso de los corintios

68 «La buena fe que preside vuestras relaciones interiores, tanto públicas como privadas, os hace, lacedemonios, más incrédulos respecto a los de fuera cuando formulamos alguna acusación[384]; y si por un lado probáis vuestro buen sentido, en los asuntos exteriores adolecéis más bien de
2 falta de agudeza[385]. Muchas veces, en efecto, os hemos advertido sobre los daños que iban a ocasionarnos los atenienses, pero vosotros nunca habéis prestado atención a nuestras informaciones; preferíais sospechar de quienes formulaban la acusación suponiendo que os hablaban movidos por sus intereses particulares; y por esta razón, no antes de sufrir daños, sino cuando ya estamos ante hechos consumados, habéis convocado a los aliados aquí presentes, entre los que nos corresponde a nosotros más que a nadie tomar la palabra, tanto más cuanto tenemos los motivos de queja más graves, puesto que los atenienses nos injurian y vosotros nos abandonáis.

3 Si los atenienses cometieran sus agresiones contra Grecia de alguna forma encubierta, sería preciso que se os diera información como a gente que no está al corriente; pero ahora, ¿qué necesidad hay de largos discursos cuando

---

384 *Apistotérous es toùs állous ẽn ti légōmen.* De este pasaje se dan dos interpretaciones: «más incrédulos respecto a los de fuera cuando formulamos alguna acusación» o «más incrédulos cuando formulamos alguna acusación contra terceros». Nos inclinamos por la primera, entre otras razones, por considerar que *apistotérous es toùs állous* está en correspondencia con *tò pistòn tês kath' hymâs autoùs politeías kaì homilías,* «la buena fe que preside vuestras relaciones interiores, tanto públicas como privadas».

385 Cf. *infra,* I 69, 3.

veis que a unos[386] los tienen sometidos y que tienden asechanzas contra otros[387], principalmente contra nuestros aliados, y que están preparados desde hace mucho tiempo por si se da el caso de que han de entrar en guerra? Si 4
no fuese así, no nos habrían robado Corcira ni la retendrían contra nuestra voluntad, ni estarían asediando Potidea. De ellas, ésta es la plaza mejor situada para utilizarla como base de operaciones en la costa de Tracia, y aquélla habría proporcionado a los peloponesios la flota más importante.

Y de esta situación vosotros sois los responsables, al 69
haberles permitido primero fortificar su ciudad[388] después de las Guerras Médicas, y construir luego los Muros Largos[389]; vosotros, que hasta hoy siempre habéis ido defrau-

---

386 Probablemente referido a los aliados súbditos de Atenas en general (cf. *supra*, I 19) y no a los eginetas en particular.

387 Contra otros estados y especialmente contra Mégara y los estados griegos del noroeste, amenazados por la alianza ateniense con Corcira; tal vez también se alude a Egina, y podría pensarse, asimismo, en Potidea, a pesar de que no era aliada de los peloponesios; estaba unida, sin embargo, a los corintios por lazos coloniales.

388 Cf. *infra*, I 90-92.

389 Cf. *infra*, I 107, 1; 108, 3; II 13, 6-7, donde se da su longitud. Los Muros Largos unían Atenas con su puerto principal, el Pireo, y otro muro la unía con el Falero, su segundo puerto. La construcción del Muro Largo del Norte y del Muro del Falero debió de realizarse entre los años 459 y 456 a. C., y la del Muro Largo del Sur, que se levantaba entre los dos anteriores, paralelo y a unos 170 m del otro Muro Largo, se realizó hacia el 445 a. C. (cf. Andócides, III 7; Esquines, II 174). Este sistema de muros que unían las murallas de la ciudad a sus puertos hacía a Atenas inexpugnable; sus recursos estaban asegurados debido a su dominio del mar. Fueron un presupuesto básico en la estrategia de Pericles para la Guerra del Peloponeso. El espacio comprendido entre los muros acogió además a la población, que al estallar la guerra se trasladó del campo a la ciudad (cf. *infra*, II 17, 3).

dando de su libertad no sólo a las víctimas de su opresión sino también a vuestros aliados, pues no es el opresor el auténtico responsable de la opresión, sino el que, pudiendo evitarla, se desentiende, incluso si goza de una fama
2 de virtud como libertador de Grecia[390]. A duras penas hemos conseguido ahora reunirnos, pero ni siquiera ahora tenemos objetivos claros. Pues ya no deberíamos considerar si sufrimos injusticia, sino de qué modo nos defenderemos, porque quienes, tras tomar una decisión, pasan a la acción se dirigen sin vacilar contra aquellos que todavía
3 no se han determinado[391]. Conocemos el camino por el que marchan los atenienses y sabemos que avanzan contra sus vecinos paso a paso. Ahora, mientras se creen inadvertidos debido a vuestra falta de perspicacia, muestran menos audacia, pero cuando sepan que vosotros estáis enterados y que no prestáis ninguna atención, presionarán
4 con fuerza. Vosotros, lacedemonios, sois los únicos griegos que no os movilizáis; os defendéis de los ataques, no con vuestras fuerzas, sino con intenciones[392]; y sois los únicos que no cortáis el crecimiento de vuestros enemigos
5 cuando comienza, sino cuando se duplica[393]. ¡Y pensar

---

390 Tanto por capitanear a los griegos en su lucha contra Persia (cf. *supra,* I 18, 2) como por su contribución al derrocamiento de las tiranías (*supra,* I 18, 1). Sobre su fama de libertadores de Grecia, cf. también *infra,* II 8, 4.

391 Pasaje de sentido general que constituye una clara alusión a los atenienses, que se deciden y actúan, en oposición a los espartanos, a quienes cuesta tomar una determinación.

392 Acerca de las indecisiones, aplazamientos y contemporizaciones de Esparta, cf., además de este pasaje (69, 2, 4), *infra,* I 70, 4; 71, 1; 84, 1.

393 Posible alusión a lo que significa para Atenas la alianza de Corcira, con la unión de sus dos flotas.

que se os consideraba seguros! Vuestra fama, sin duda, era superior a la realidad. Bien sabemos que el Medo[394] pudo llegar desde los confines de la tierra hasta el Peloponeso antes que vosotros le salierais convenientemente al encuentro; y ahora no prestáis atención a los atenienses, que no están lejos, como aquél, sino cerca, y en lugar de atacarlos vosotros preferís defenderos de su ataque y poneros en manos de la fortuna luchando contra enemigos que serán mucho más poderosos; y eso sabiendo que los bárbaros han sido responsables casi siempre de sus propias derrotas[395], y que frente a los mismos atenienses nosotros[396] ya hemos tenido no pocos éxitos más por sus errores que por vuestra ayuda[397]; pues es evidente que las esperanzas puestas en vosotros ya han sido causa de la ruina de algunos que por confiar estaban desprevenidos[398].
6 Y que ninguno de vosotros crea que decimos esto por enemistad, sino como reproche, pues el reproche se dirige a los amigos que se equivocan, y la acusación a los enemigos culpables de injusticia[399].

---

394 Se refiere a la expedición de Jerjes en el 480 a. C. En diversas ocasiones se utiliza el término «el Medo» para referirse al rey de Persia.

395 Probable alusión al error persa de Salamina; su flota cayó en la trampa al penetrar en el estrecho entre la isla de Salamina y el Ática; de nada le sirvió su superioridad numérica al ser atacada por los dos flancos y rodeada por la flota griega en un espacio reducido donde no podía maniobrar. Cf. *infra,* I 74, 1.

396 Los miembros de la Liga del Peloponeso.

397 Así, en el caso de la batalla de Coronea (447 a. C.). Esparta podía replicar que su política de esperar a los errores del enemigo no daba mal resultado.

398 Alusión a casos como el de Tasos (cf. *infra,* I 101, 1-3), el de Eubea (I, 114) y el de Potidea (cf. *supra,* I 58, 1; *infra,* I 71, 4).

399 Un ejemplo de precisión y distinción de sinónimos a la manera de Pródico. Tucídides suele valerse de este procedimiento con oportuni-

70 Además, si alguien tiene derecho a dirigir su crítica contra otros, pensamos que somos nosotros, sobre todo cuando están en juego grandes intereses de cuya importancia, por lo que parece, no os dais cuenta, como tampoco parece que hayáis reflexionado nunca sobre cómo son los atenienses, contra los cuales sostendréis la lucha, ni sobre
2 cuán absolutamente diferentes son de vosotros. Ellos son innovadores[400], resueltos en la concepción y ejecución de sus proyectos[401]; vosotros tendéis a dejar las cosas como están, a no decidir nada y a no llevar a cabo ni siquiera
3 lo necesario[402]. Además, ellos son audaces hasta más allá de sus fuerzas, arriesgados por encima de toda reflexión, y esperanzados[403] en medio de los peligros; lo vuestro, en cambio, es actuar por debajo de vuestras fuerzas, descon-

---

dad y eficacia. Aquí el término *aitía* tiene el sentido de «reconvención», de «reproche amistoso», y se opone a *échthra,* «enemistad», y a *katēgoría,* la «acusación» que proviene de la enemistad o sentimiento de hostilidad y se dirige contra enemigos culpables.

400 *Neōteropoioí:* El espíritu amante de novedades se traducía, en las relaciones interestatales, en una política de intervención y agresiva (cf. *infra,* VI 18, 6-7; 87, 3).

401 De forma muy diferente los ve Cleón (cf. *infra,* III 38, 4-7). Cf., asimismo, sobre el binomio proyecto, palabra - acción, acerca de la acción frente a los discursos y a las votaciones, DEMÓSTENES, III 15.

402 Existía la idea de que cada pueblo tenía su propia idiosincrasia, que explicaba su destino particular. Atenas se caracterizaba por su espíritu emprendedor y por su afán imperialista, por su *polypragmosýnē;* se mantenía constantemente en acción, en una acción que, como en la tragedia, determinaría finalmente su propia ruina. Esparta, su oponente, era la potencia tradicional, enemiga de aventuras y novedades, lenta y reacia a ponerse en movimiento, pero difícil de detener una vez que se había decidido a actuar.

403 Se debe a Croiset la observación de que uno de los dos héroes de las *Aves* de Aristófanes se llama precisamente Evélpides *(Euelpídēs),* «el esperanzado».

fiar de la seguridad de vuestras reflexiones, y pensar que
nunca os veréis libres de peligros. Ellos son decididos y 4
vosotros vacilantes, y son aficionados a salir de su país,
mientras que vosotros estáis apegados a la tierra: ellos
creen que con su ausencia pueden lograr alguna ganancia,
y vosotros que con una expedición perderíais incluso lo
que ya tenéis. Cuando vencen al enemigo, avanzan lo más 5
posible; vencidos, son los que menos retroceden. Y entre- 6
gan sus cuerpos al servicio de su patria como si no fueran
suyos, mientras que disponen de la absoluta propiedad de
su mente[404], también para actuar en su servicio. Si no al- 7
canzan el objetivo previsto, piensan que han perdido algo
propio, pero cuando en una expedición consiguen la pro-
piedad de algún territorio, lo consideran un pequeño logro
en comparación con lo que esperan obtener en el futuro;
y si fracasan en alguna tentativa, compensan su frustra-
ción con nuevas esperanzas, pues son los únicos para quie-
nes tener y esperar lo que se han propuesto es la misma
cosa gracias a la rapidez con que ejecutan sus proyectos.
En todo este quehacer se afanan durante toda su vida en 8
medio de dificultades y peligros, y disfrutan muy poco de
lo que tienen debido a que siempre siguen adquiriendo[405]
y a que consideran que no hay otra fiesta[406] que la del
cumplimiento del deber, y que una tranquilidad ociosa es
mayor adversidad que una actividad en medio de dificul-

404 Pericles expone la misma idea de forma más amplia y precisa en el discurso fúnebre. Cf. *infra*, II 37, 1-2; 40, 2, y 41, 1.

405 Es ésta una visión del espíritu emprendedor de los atenienses visto por sus enemigos; conviene compararla y contrastarla con la de Pericles en el discurso fúnebre (cf. *infra*, II 38-39). Dos visiones distintas de la actividad ateniense.

406 La fiesta de la satisfacción del deber cumplido.

9 tades[407]. En consecuencia, si alguien dijera resumiendo que han nacido para no tener tranquilidad ellos mismos y para no dejar que los otros la tengan, diría la verdad.

71 Enfrente de una ciudad como ésta, vosotros, lacedemonios, seguís vacilando sin pensar que la tranquilidad es más duradera para aquellos hombres que practican la justicia ocupándose de su armamento, y que, con su actitud, dejan claro que, si sufren una agresión, no la tolerarán; vuestro ejercicio de la justicia, por el contrario, se basa en el principio de no lesionar a los otros y no sufrir nin-
2 gún daño permaneciendo a la defensiva. Este objetivo apenas lo alcanzaríais si vivierais cerca de una ciudad semejante a la vuestra; pero en la situación presente, como os acabamos de demostrar, vuestra política resulta anticuada
3 en comparación con la suya. Y necesariamente, al igual que pasa en las técnicas, las novedades siempre se imponen[408]. Para una ciudad que vive tranquila[409], lo mejor es la estabilidad de las costumbres[410], pero a quienes se ven forzados a enfrentarse a muchas situaciones les hace falta también mucha imaginación. Ésta es la razón por la

---

[407] Véase asimismo, acerca de la mentalidad ateniense, el último discurso de Pericles (cf. *infra*, II 60; 62-63) y el de Alcibiades cuando exhorta a los atenienses a la expedición a Sicilia (cf. *infra*, VI 16-18). Curiosamente, un siglo más tarde, como observa A. W. GOMME (cf. *op. cit.* I, pág. 232), Demóstenes dirá las mismas cosas de Filipo, en contraposición a los atenienses, que las que aquí dicen los corintios respecto a los atenienses en contraste con los lacedemonios (cf. DEMÓSTENES, I 14-15; II 23; IV 5-7; 42).

[408] Un pasaje ilustrativo de la fe en el progreso.

[409] Cf. EURÍPIDES, *Suplicantes* 324-325; el discurso de Pericles (cf. *infra*, II 63, 3) y el de Alcibíades (cf. *infra*, VI 18, 7).

[410] Sobre el tema de la estabilidad de costumbres y de leyes y sobre la oportunidad de cambiar de leyes, cf. *infra*, III 37, 3; VI 18, 7; ARISTÓTELES, *Política* II 8, 1268b-1269a, 26 ss.

que la política de los atenienses, debido a su extensa experiencia, se ha modernizado mucho más que la vuestra.

Termine, pues, aquí mismo vuestra lentitud; ayudad 4
ahora a los potideatas y a los demás, como prometisteis[411]; invadid el Ática enseguida a fin de no dejar en manos de sus peores enemigos a hombres que son amigos y parientes vuestros, y de no obligarnos a nosotros, los demás pueblos, a volvernos, en nuestro descorazonamiento, hacia cualquier otra alianza[412]. Si tal hiciéramos, no 5
cometeríamos ninguna injusticia ni ante los dioses testigos de nuestros juramentos, ni ante los hombres conscientes de la situación; pues no rompen un tratado[413] quienes se pasan a otros debido a su indefensión, sino quienes no prestan ayuda a los aliados a los que han jurado defender. Pero si estáis dispuestos a ser animosos, nosotros per- 6
maneceremos, pues, si cambiáramos, no actuaríamos de acuerdo con las leyes divinas, ni podríamos encontrar otros aliados más afines. Meditad bien sobre esto y procurad 7
que el Peloponeso[414] no sea, bajo vuestra hegemonía, menos importante que el que os dejaron vuestros padres.»

Así hablaron los corintios. Una embajada ateniense se 72
encontraba precisamente en Esparta desde hacía unos días para discutir otros asuntos, y cuando se enteraron de los discursos, resolvieron que debían presentarse ante la asamblea de los lacedemonios y, sin pretender defenderse de

---

411 Cf. *supra,* I 58, 1.

412 Probable alusión a una alianza con Argos, como observa el escoliasta. Corinto, descontenta con Esparta, se alió efectivamente con Argos después de la paz de Nicias del 421 a. C. (cf. *infra,* V 27-31).

413 Cf. *infra,* I 123, 2.

414 En algunos casos, *Pelopónnesos* es más que un término geográfico. Cf. T. Wick, «The meaning of *Pelopónnesos* in Tucydides», *Classical Philology* 73 (1978), 45-47.

ninguna de las acusaciones que formulaban las ciudades, hacer ver que no les convenía una deliberación apresurada sobre la cuestión en su conjunto, sino que debían examinarla más detalladamente. Querían, al mismo tiempo, destacar la importancia del poderío de su ciudad, y recordar a los viejos lo que ya sabían e informar a los jóvenes sobre hechos que no habían vivido[415]; pensaban que gracias a sus palabras se inclinarían a la paz más que a la
2 guerra. Se personaron, pues, ante los lacedemonios y les dijeron que ellos también querían dirigir la palabra a su asamblea, si no había ningún inconveniente. Aquéllos les invitaron a comparecer y los atenienses se presentaron y dijeron lo siguiente:

Discurso de los atenienses

73 «La misión de nuestra embajada no era el debate con vuestros aliados, sino la negociación para la que nuestra ciudad nos envió; pero al enterarnos de que un considerable clamor se había levantado contra nosotros, nos hemos presentado, no para replicar a las acusaciones de las ciudades (puesto que vosotros no sois los jueces ante quienes nuestros alegatos y los suyos pueden ser expuestos), sino para evitar que, fácilmente convencidos por vuestros aliados en cuestiones trascendentales, toméis una decisión menos acertada. Queremos, además, dejar claro, a propósito de toda la cuestión suscitada respecto a nosotros, que no tenemos nuestras posesiones indebidamente, y que nuestra ciudad es digna de consideración.

2 ¿Para qué hablar de hechos muy antiguos, atestiguados por los relatos a los que se presta oído más que por la

415 Se refiere a las Guerras Médicas y al importante papel que en ellas tuvo Atenas (cf. *infra,* I 73-75).

vista del auditorio? En cambio, de las Guerras Médicas
y de hechos que vosotros mismos conocéis, aunque pueda
resultar un tanto enojoso que los aduzcamos siempre co-
mo argumento, es preciso que hablemos. Pues lo cierto
es que, en el curso de aquellas acciones, se corrió un ries-
go para prestar un servicio, y si vosotros participasteis de
los efectos de ese servicio, nosotros no debemos ser priva-
dos de toda posibilidad de hablar de ello, si nos resulta
útil. Nuestro discurso no será tanto un discurso de justifi- 3
cación como de testimonio y de aclaración, para que os
deis cuenta de contra qué ciudad tendrá lugar la contienda
si no deliberáis bien. Afirmamos, ciertamente, que en Ma- 4
ratón nosotros solos afrontamos el peligro ante los bár-
baros[416], y que cuando más tarde volvieron, al no poder
defendernos por tierra, nos embarcamos con todo el pue-
blo en las naves[417] y participamos en la batalla de Sala-
mina; esto fue, precisamente, lo que impidió que aquéllos
atacaran por mar y saquearan, ciudad tras ciudad, el Pelo-
poneso, pues no hubiera sido posible una ayuda mutua
contra tantas naves[418]. Y la mayor prueba de esto la die- 5

---

416 HERÓDOTO, VI 108, 1, nos dice que los plateos combatieron al lado de los atenienses con todos sus efectivos. En este pasaje de Tucídides, sin embargo, los atenienses se atribuyen todo el mérito de la victoria, igual que lo hacían en HERÓDOTO, IX 27, 5. Pero lo más sorprendente es que los mismos plateos en su propia apología (cf. *infra,* III 54, 3-4) olvidan su intervención.

417 La decisión de los atenienses de embarcar en las naves y combatir a los persas por mar es recordada frecuentemente y con orgullo como símbolo de la vocación marinera de Atenas. Cf. *supra,* I 18, 2; *infra,* I 74, 1-2; 4; 91, 5; 93, 6. Fue un episodio crucial en la historia de Atenas y de Grecia.

418 También Heródoto considera decisiva la victoria de Salamina. Cf. HERÓDOTO, VII 139, donde encontramos la misma idea y argumentos semejantes respecto al papel decisivo de los atenienses.

ron los mismos bárbaros: al ser vencidos por mar, consideraron que sus fuerzas ya no eran iguales y se retiraron a toda prisa con el grueso de su ejército[419].

74 Así fue, sin duda, cómo ocurrieron estos hechos, en los que se demostró claramente que la suerte de los griegos dependía de las naves; y nosotros contribuimos a ello con los tres factores más útiles: el mayor número de naves, el general más inteligente y el ardor más decidido: las naves, en poco menos de las dos terceras partes de un total de cuatrocientas[420]; Temístocles[421] como jefe, que fue el principal artífice de que la batalla naval se librara en el estrecho (lo que, sin duda alguna, salvó la situación), y precisamente por esta razón vosotros mismos lo honrasteis más que a cualquier otro extranjero que os ha-

---

[419] Una parte del ejército persa quedó en Grecia a las órdenes de Mardonio y fue vencida en la batalla de Platea. Cf. HERÓDOTO, VIII 113-114; IX 58 ss.

[420] HERÓDOTO, VIII 48, da un número total de 378 naves (que asciende a 380 en VIII 82), excluyendo los pentecónteros, cuyo número no se precisa; las naves atenienses, según el mismo HERÓDOTO (VIII 61, 2), eran 200 (180 en VIII 44), es decir, «poco menos de las dos terceras partes» en un cálculo un tanto forzado. El número 400 que nos dan los manuscritos de Tucídides es, pues, la cifra de Heródoto redondeada. Algunos, sin embargo, prefieren efectuar una corrección y dan el total de 300, total tradicional según otras fuentes (cf. ESQUILO, *Persas* 338; DEMÓSTENES, XVIII 238). Es el total, asimismo, que dan los *recentiores* del manuscrito G, y con él las doscientas naves atenienses constituían efectivamente los dos tercios. Sin embargo, estas cantidades pueden ser un tanto convencionales (cf. ISÓCRATES, IV 107, donde se dice que, en tiempos del Imperio, Atenas tenía dos veces más barcos que todo el resto de Grecia). La corrección del numeral es probablemente innecesaria. Sobre la cuestión, cf. C. R. RUBINCAM, «Thucydides 1. 74. 1 and the use of *es* with numerals», *Classical Philology* 74 (1979), 327-337.

[421] Cf. *supra*, I 14, 3.

ya visitado[422]; y en cuanto al ardor, el más audaz con 2
mucha diferencia lo mostramos nosotros, que, cuando nadie acudía en nuestra ayuda por tierra, estando ya sometidos los otros pueblos hasta nuestra frontera, nos consideramos en el deber de abandonar nuestra ciudad y entregar nuestros bienes a la ruina, y no traicionar, en aquellas circunstancias, la causa de los aliados que quedaban ni resultar inútiles dispersándonos, sino embarcarnos[423] y afrontar el peligro sin irritarnos porque no nos hubierais
ayudado antes. Afirmamos, por tanto, que el servicio que 3
os prestamos no fue menor que el que nosotros recibimos. Vosotros, en efecto, desde ciudades habitadas, y para poder seguir habitándolas en el futuro, acudisteis en nuestra ayuda una vez que empezasteis a temer por vosotros mismos más que por nosotros (lo cierto es que, cuando todavía estábamos indemnes, no comparecisteis); nosotros, en cambio, partimos de una ciudad que ya no lo era, y afrontando el peligro por ella cuando sus esperanzas eran exiguas, contribuimos a vuestra salvación salvándonos a
nosotros mismos. Pero si nosotros hubiésemos comenzado 4
por pasarnos al Medo, temiendo, como hicieron otros[424], por nuestro país, o si, después, por considerarnos perdidos, no nos hubiésemos atrevido a embarcarnos en las naves, ya no hubiera servido de nada que vosotros, sin tener naves suficientes, hubierais entablado una batalla naval, sino que la situación hubiera evolucionado tranquilamente según los deseos del Medo.

---

422 Cf. HERÓDOTO, VIII 124, 2-3. Después de recibir otros honores, al partir de Esparta fue acompañado, hasta la frontera de Tegea, por una escolta de 300 hombres. Cf. también PLUTARCO, *Temístocles* 17, 3.

423 Cf. *supra*, n. 416.

424 Cf. HERÓDOTO, VII 131-132; 138; 148-152.

75 ¿Acaso no merecemos, lacedemonios, en atención al ardor de entonces y a la inteligencia de nuestra decisión, que no se nos mire por parte de los griegos con un resen-
2 timiento tan excesivo por el imperio que poseemos? En realidad, este imperio no lo hemos de agradecer a la fuerza, sino a que vosotros no quisisteis proseguir[425] la lucha contra los restos del ejército bárbaro, y a que los aliados acudieron a nosotros y libremente nos pidieron que tomá-
3 ramos el mando[426]. Y por el mismo ejercicio del mando nos vimos obligados desde un principio a llevar el imperio a la situación actual, primero por temor[427], luego por ho-
4 nor, y finalmente por interés[428]; y una vez que ya éramos

[425] Cf. *infra,* I 95, 7; 96, 1.

[426] Cf. *infra,* I 95, 1-4.

[427] A una posible reacción de los persas, en una primera fase, y luego a los súbditos-aliados (cf. *infra,* 75, 4) y a todo lo que supusiese un peligro para la seguridad de Atenas (cf. *infra,* II 63, 1-2).

[428] La contradicción entre principios y valores democráticos e imperialismo debía de ser sentida en Atenas de forma semejante a la que se haya podido sentir modernamente en alguna gran potencia. Pero frente a la contradicción y a cualquier reproche o sentimiento de culpabilidad surgía una justificación: Atenas no era responsable; no habían adquirido la hegemonía por la fuerza, sino que les había sido ofrecida, y una vez que ya estaban en aquella situación hegemónica, el temor, el honor y el interés les había llevado al imperio. Pero, a pesar de ello, respetaban la justicia (cf. *infra,* I 76, 3) en mayor medida de lo que su situación de poder les obligaba y su moderación era mayor que la que otros mostrarían en su lugar (cf. *infra,* I 76, 4; 77, 2). Aun reconociendo el derecho del más fuerte (cf. *infra,* V 89), recurrían a la justicia más que a la fuerza. Existía, por otra parte, ligado al espíritu emprendedor de los atenienses, un sentimiento de orgullo y un afán por extender sus ideales, que conectaba con una política expansionista, política que sustentaba los programas de la democracia, ya que los recursos dependían del desarrollo del imperio. La mayor parte del *dêmos* ateniense conciliaba así el imperialismo con los valores democráticos; la tolerancia y la libertad (cf. *in-*

odiados por la mayoría, y que algunos ya habían sido
sometidos después de haberse sublevado[429], y que vos-
otros ya no erais nuestros amigos como antes, sino que
os mostrabais suspicaces y hostiles[430], no parecía seguro
correr el riesgo de aflojar (pues, indudablemente, se hubie-
ran producido sublevaciones para pasarse a vosotros). Dis- 5
poner bien de los propios intereses cuando uno se enfrenta
a los mayores peligros no puede provocar el resentimiento
de nadie.

En todo caso, vosotros mismos, lacedemonios, ejercéis 76
vuestra hegemonía sobre las ciudades del Peloponeso[431]
dirigiendo su política de acuerdo con vuestros intereses[432];
y si entonces, prosiguiendo hasta el fin, hubierais suscita-
do odios en el ejercicio de vuestra hegemonía, como en
nuestro caso, estamos convencidos de que vosotros no hu-
bierais sido para los aliados menos molestos que nosotros
y de que os hubierais visto obligados o a ejercer el mando
con firmeza o a poneros en peligro vosotros mismos. Así, 2
pues, nosotros no hemos hecho nada extraordinario ni aje-
no a la naturaleza humana si hemos aceptado un imperio
que se nos entregaba y no hemos renunciado a él, some-
tiéndonos a los tres motivos más poderosos: el honor, el

---

fra, II 37), con sus valores de *isonomía, isēgoría* y *koinonía,* esenciales en la vida interna de Atenas, eran conjugados con el ejercicio de autoridad sobre otros estados en aras de una libertad superior.

429 Alusión a tentativas como la de Naxos, obligada por Cimón a mantenerse dentro de la Liga de Delos (cf. *infra,* I 98, 4, n. 544), la de Tasos (cf. *infra,* I 101, 1-3) y la de Eubea (cf. *infra,* I 114, 1-3).

430 Los progresos de la confederación marítima ateniense suscitaron la desconfianza de Esparta hasta el punto de despedir a Cimón, que, con 4.000 hoplitas, había acudido a ayudar a Esparta contra los insurrectos mesenios (primavera del 462 a. C.).

431 Cf. *supra,* I 19.

432 Estableciendo oligarquías.

temor y el interés[433]; por otra parte, tampoco hemos sido los primeros en tomar una iniciativa semejante, sino que siempre ha prevalecido la ley de que el más débil sea oprimido por el más fuerte[434]; creemos, además, que somos dignos de este imperio, y a vosotros así os lo parecíamos hasta que ahora, calculando vuestros intereses, os ponéis a invocar razones de justicia, razones que nunca ha puesto por delante nadie que pudiera conseguir algo por la fuerza
3 para dejar de acrecentar sus posesiones. Y son dignos de elogio quienes, aun obedeciendo a la humana naturaleza de dominar sobre otros, son más justos de lo que corres-
4 ponde al poder que está en sus manos. En todo caso, creemos que si otros ocuparan nuestro sitio, harían ver perfectamente lo moderados que somos; sin embargo, por

---

433 Estas tres categorías, *fear, profit* y *honour,* aparecen de nuevo en el *Leviathan* (cf. I 13) de Hobbes, traductor de Tucídides (cf. *supra,* nn. 152 y 156). Sobre las influencias de Tucídides en Hobbes, cf. A. Bersano, «Per le fonti di Hobbes», *Rivista di Filosofia e Scienze affini* 10 (1908), 7 ss.; R. Schlatter, «Thomas Hobbes and Thucydides», *Journal of the History of Ideas* 6 (1945), 357-361.

434 Después de justificar el desarrollo de su imperio por diversas razones históricas, los atenienses fundamentan su actuación en un principio general, el derecho natural del más fuerte a actuar según su voluntad. Aquí, en este discurso de autodefensa, aparece, pues, la primera manifestación sin ambages del imperialismo ateniense, que más adelante tendrá su exposición culminante en el famoso Diálogo de los Melios (cf. *infra,* V 85-113). Los débiles están destinados a someterse a la ley de los más fuertes, y quien tiene la fuerza a su disposición debe emplearla en su propio interés. Pero de la constatación del principio del derecho del más fuerte se pasa al análisis y elogio de la moderación ateniense, moderación que, paradójicamente, será la causa del descontento suscitado por el imperio. Y se finaliza con una advertencia a Esparta: si la hegemonía pasa a sus manos, con ella irá el descontento y la hostilidad del resto de Grecia. Para otra justificación del imperialismo, cf. *supra,* I 8, 3, n. 56.

esta misma moderación nos han tocado, contra toda ra-
zón, más críticas que elogios.
En efecto, nosotros, que nos amoldamos en los pro- 77
cesos dependientes de acuerdos[435] con nuestros aliados y
que en nuestros tribunales de Atenas vemos los pleitos de
acuerdo con leyes comunes[436], tenemos fama de picaplei-
tos[437]. Y nadie se pregunta por qué no se hace este mis- 2

---

[435] Se ha discutido mucho sobre los acuerdos internacionales *(sýmbola* o *symbolaí)* que regulaban estos procesos *(symbólaiai díkai, symbolimaîai, díkai, díkai apò symbolôn),* procesos civiles por cuestiones surgidas entre ciudadanos de diversas ciudades que de común acuerdo habían regulado sus relaciones. Estos convenios garantizaban y reglamentaban la aplicación de la justicia a los ciudadanos de un estado que se encontraban en otro (cf. *supra,* I 37, 3, n. 248). Se referían sobre todo a relaciones comerciales. Cf. G. E. M. de Ste. Croix, «Notes on jurisdiction in the Athenian empire», *The Classical Quarterly* 55 (1961), 94-112; 268-280.

[436] Y, por tanto, imparciales. Los atenienses recuerdan que administraban su imperio con la *isonomía,* no con la fuerza. Cf. D. MacDowell, *The Law in Classical Athens,* Ithaca, 1978, págs. 224-228. Algunos decretos, sin embargo, muestran cómo Atenas fue reduciendo la autonomía de sus aliados (cf. R. Meiggs, D. Lewis, *A Selection of Greek Historical Inscriptions,* Londres, 1975, 31, 40 y 46; T. J. Galpin, «The democratic roots of athenian imperialism in the fifth century b. C.», *The Classical Journal* 79 (1983-1984), 100-109).

[437] Pasaje muy discutido y diversamente interpretado. El sentido general y el matiz de cada palabra en particular han sido objeto de controversia. La discusión se ha centrado sobre todo en los conceptos expresados en griego por los participios *elassoúmenoi* y *poiésantes tàs kríseis,* sobre sus relaciones entre sí y respecto a la oración principal (sentido concesivo, causal...), y sobre el valor de las *symbólaiai díkai.* Classen y Stahl lo interpretan en el sentido de que los embajadores atenienses afirman que están en desventaja en sus litigios con los aliados autónomos, mientras que en los pleitos con los aliados súbditos las condiciones son de igualdad al someterse a leyes comunes. Según Steup, en el primer caso habría una referencia a los procesos que tenían lugar en las ciuda-

mo reproche a los que tienen un imperio en cualquier otra parte y son menos moderados que nosotros con sus súbditos; la razón es que quien puede utilizar la fuerza no tie-
3 ne ninguna necesidad de acudir a pleitos. Nuestros aliados, en cambio, habituados a tratar con nosotros de igual a igual, si, a causa de una decisión o de una medida de fuerza tomadas en el ejercicio de nuestro imperio, sufren, en contra de su idea de lo que es debido, alguna desventaja, por pequeña que sea, no sienten gratitud por no ser privados de la mayor parte de sus derechos, sino que están más disgustados por aquello que les falta que si desde

---

des aliadas y en el segundo se trataría de los celebrados en Atenas. Gomme está de acuerdo con ello, pero distingue dos momentos: en el primero los atenienses habrían aceptado que los pleitos entre atenienses y aliados se pudiesen celebrar en las ciudades aliadas, pero posteriormente, considerándose tratados injustamente, habrían trasladado la sede de aquellos procesos a Atenas, donde, sin embargo, en su afán de moderación, habrían determinado que las leyes fueran comunes para ellos y para los súbditos. Para esta interpretación ha de darse al *elassoúmenoi* un sentido de anterioridad respecto al *poiḗsantes*. Con esta relación temporal no está de acuerdo Maddalena, que también se opone al matiz de «injusticia o inferioridad» que a veces se da al *elassoúmenoi;* sería algo contra natura que el fuerte aceptara «sufrir injusticia» o «estar en condiciones de inferioridad». El sentido del *elessoúmenoi* para Maddalena es el de «hacer uso de la fuerza en menor grado de lo que se podría», «comportarse con moderación». En esta línea y de acuerdo con el contexto, en el que los atenienses hacen gala de su moderación (cf. *supra*, n. 428 y 434), entendemos el pasaje; los atenienses, que se amoldan en los procesos dependientes de acuerdo con sus aliados, renunciando a la situación de superioridad que les da su fuerza, que se someten a leyes comunes incluso en Atenas, que actúan con moderación, en suma, tienen fama de litigiosos o picapleitos. Es decir, por un comportamiento positivo, que merecería el elogio y la buena fama, y a pesar de esta misma moderación, se han granjeado el reproche y la mala fama de litigiosos, lo que no les ocurre a otros estados imperialistas con menos miramientos.

un principio, desembarazándonos de la ley, hubiésemos ido abiertamente en pos de la ventaja. En tal caso ni siquiera ellos se hubieran opuesto con la pretensión de que
el más débil no debe ceder ante el más fuerte. Los hom- 4
bres, al parecer, se irritan más cuando son tratados con injusticia que cuando son víctimas de la violencia, pues lo primero les parece el fraude de un igual, y lo segundo
la imposición de un superior. Lo cierto es que el trato 5
del Medo fue peor, y lo soportaron[438]; pero nuestro imperio les parece duro, y es natural: el presente es siempre
insoportable para los súbditos. En todo caso, si vosotros 6
nos vencierais y tomarais la dirección del imperio, rápidamente perderíais la simpatía que os habéis atraído gracias al miedo que nosotros inspiramos, si es que ahora seguís pensando de la misma forma que dejasteis ver durante el breve período en que tuvisteis el mando contra el Medo[439]. Pues las costumbres que tenéis en vuestro país os aíslan de los otros[440], y, además, cada vez que uno de vosotros sale del país no sigue ni estas costumbres ni las del resto de Grecia.

Deliberad, pues, con calma, pues no se trata de una 78
cuestión sin importancia; y, por hacer caso de opiniones y de quejas ajenas, no os impongáis una responsabilidad

---

[438] Se alude especialmente a los griegos de Asia, que, sin embargo, habían intentado recuperar su libertad. Cf. Heródoto, V 28 ss.; 98 ss.; VI 1 ss.

[439] Alusión al comportamiento tiránico de Pausanias (cf. *infra,* I 95; 128, 3-130). Se insiste aquí en una idea ya apuntada en 76, 1 y 4.

[440] Sobre la política de aislamiento espartana, cf. *infra,* I 95, 1-7; 130, 1-2; III 32, 2; 93, 3; V 52, 1; VIII 78; 83, 1-84, 5. Una excepción fue la de la actuación de Brásidas en Tracia, elogiada por Tucídides en IV 81, 2-3. Esta política aislacionista está en muchos momentos en contradicción con su imagen de libertadores de Grecia.

que será vuestra. Todo lo que una guerra tiene de incalculable consideradlo previamente, antes de entrar en ella;
2 pues, cuando se prolonga, tiende por lo general a evolucionar según las vicisitudes de la fortuna, de las que nos encontramos a igual distancia, y se afronta el riesgo en la ignorancia de por cuál de los dos bandos se decidirá
3 la suerte. Cuando los hombres entran en guerra, comienzan por la acción, lo que debería ser su último recurso, pero cuando se encuentran con la desgracia, entonces ya
4 recurren a las palabras. Nosotros, sin embargo, dado que nunca hemos caído en este error y que vemos que lo mismo os ocurre a vosotros, os exhortamos, en tanto que una decisión prudente todavía se ofrece a la libre elección de ambos, a no romper el tratado y a no violar los juramentos, y a resolver las diferencias por medio de un arbitraje, de acuerdo con lo estipulado en el tratado; si no, invocaremos el testimonio de los dioses protectores de los juramentos e intentaremos rechazar a los agresores siguiendo el camino por el que nos habréis guiado.»

79 Así hablaron los atenienses. Cuando los lacedemonios hubieron escuchado las acusaciones de sus aliados contra los atenienses y lo que dijeron los atenienses, los hicieron salir a todos y se pusieron a deliberar ellos solos sobre
2 la situación. Las opiniones de la mayoría coincidían: los atenienses ya eran culpables y se debía entrar en guerra cuanto antes; pero Arquidamo[441], el rey de los lacedemo-

[441] Arquidamo II sucedió a su abuelo Leotíquidas, desterrado de Esparta hacia el 476 a. C. (cf. HERÓDOTO, VI 71-72) y muerto en el 469. Su muerte se sitúa hacia el 427 a. C., entre el verano del 428 (cf. *infra,* III 1, 1) y el del 426 (cf. *infra,* III 89, 1). Ha dado nombre a la primera fase de la Guerra del Peloponeso, desde su estallido en el 431 a. C. hasta la Paz de Nicias del 421 a. C. Cf. D. KAGAN, *The Archidamian War,* Londres, 1974.

nios, que tenía fama de hombre inteligente y sensato, se adelantó y les habló de este modo:

Discurso de Arquidamo

«Yo mismo, lacedemonios, ya 80
tengo experiencia de muchas guerras[442], y veo entre vosotros a algunos que son de mi misma edad, razón suficiente para no desear la guerra por inexperiencia[443], como podría ocurrir a la mayoría, o por considerarla buena y segura. Descubriríais 2
que ésta sobre la que ahora deliberáis no sería de poca importancia, si se procediera a un cálculo sensato sobre ella. Frente a peloponesios y a los pueblos vecinos[444], 3
nuestra fuerza es muy semejante[445], y podemos llegar rápidamente a cualquier objetivo; pero contra unos hombres cuyo país está lejos[446], y que, además, son expertísimos marinos y están muy bien provistos de todo lo demás

---

442 Esta alusión a su experiencia y a su edad induce a pensar que en la fecha de este discurso (432 a. C.) Arquidamo era ya un anciano, que podía haber combatido en las Guerras Médicas. Sobre la alusión a su auditorio de edad avanzada, testigo de las guerras contra Persia, en el discurso de los atenienses, cf. *supra*, I 72, 1; 73, 2.

443 El escoliasta recuerda aquí el conocido dicho de Píndaro *glykỳs apeírōi pólemos* (fr. 110). Cf. *infra*, II 8, 1. La guerra, ciertamente, atrae al inexperto, pero la inexperiencia también puede provocar espanto ante la perspectiva de la guerra (cf. *infra*, I 81, 6).

444 Con la denominación de peloponesios se refiere a los miembros de la Liga del Peloponeso, mientras que los vecinos eran los estados cercanos no aliados, como era el caso de Argos. Cf. *supra*, n. 71.

445 Argumento realista de Arquidamo: Esparta no tenía rival por tierra frente a fuerzas que combatían con sus mismas armas, pero no estaba preparada para enfrentarse a una potencia marítima de unos recursos económicos superiores a los suyos.

446 Cercanos, en cambio, en comparación con los persas. Cf. *supra*, I 69, 5.

—riqueza privada y pública[447], naves, caballos, armas y una población numerosa como no se encuentra en ningún otro lugar de Grecia—, y que, por si fuera poco, cuentan con muchos aliados sujetos a tributo, ¿cómo se puede emprender una guerra a la ligera contra hombres como éstos y en qué hay que confiar para precipitarse sin estar
4 preparados? ¿En la flota? Pero somos inferiores; y si hemos de adiestrarnos y equiparnos contra ellos, será necesario tiempo. ¿En el dinero, tal vez?[448] En esto todavía nos quedamos mucho más atrás, y no lo tenemos en el tesoro público ni estamos en condiciones de obtenerlo fácilmente de los recursos privados[449].

---

[447] Los recursos financieros de Atenas dependían básicamente de tres depósitos: el *tesoro público,* que se nutría de las rentas de los dominios públicos, de las minas de plata de Laurio y de las de oro de Tracia, de tasas, multas y gastos judiciales, de una parte del botín de guerra, etc.; el *tesoro de Atenea,* cuyos fondos procedían de los donativos y ofrendas de los fieles y de los intereses de los préstamos que negociaba; y el *tesoro federal,* creado tras la constitución de la Liga de Delos (478/77 a. C.), en el que se depositaban las contribuciones de los aliados, tesoro que, como es sabido, estuvo en Delos hasta el 454/53 a. C., año en que fue trasladado a Atenas, trasvasándose desde entonces al tesoro de Atenea como primicia la sexagésima parte de los tributos, a razón de una mina por talento. Frente a esta riqueza pública ateniense, constituía un fuerte contraste la economía de Esparta, que no recibía tributo de sus aliados.

[448] Arquidamo ha puesto el dedo en la llaga; la flota y los recursos financieros eran los dos puntales de la superioridad ateniense y los principales motivos de preocupación para sus adversarios. Cf. *infra,* I 121, 3-5; 141, 3-7.

[449] Sobre la escasez de recursos de Esparta, cf. *infra,* I 141, 3, donde Pericles, al plantear su estrategia, se refiere a las cortas disponibilidades de los peloponesios. El tema aquí suscitado por Arquidamo, las extraordinarias posibilidades de Atenas frente a las limitaciones financieras peloponesias, está presente hasta el final del libro I. Los corintios, que

81 Tal vez alguno confiará en que les superamos en armamento[450] y en efectivos, hasta el punto de poder invadir su territorio y devastarlo[451]. Pero tienen otras muchas 2
tierras bajo su dominio, e importarán por mar lo que necesiten[452]. Y si intentamos, además, que sus aliados se su- 3
bleven, será preciso prestarles ayuda con una flota al ser isleños en su mayoría. ¿Qué guerra será entonces la nues- 4
tra? Porque si no los vencemos por mar o les cortamos los ingresos con los que mantienen su flota, apenas haremos otra cosa que sufrir daños. Y en esta situación ni 5
hacer la paz será ya honroso, sobre todo si parece que nosotros hemos sido los responsables del conflicto. No nos 6
dejemos, pues, llevar por la esperanza de que la guerra

constituían la gran excepción a esta pobreza peloponesia, se opondrán al punto de vista de Arquidamo (cf. *infra,* I 121-122).

450 Referido especialmente a las fuerzas hoplíticas, en las que Esparta superaba las posibilidades de Atenas. No está en contradicción con lo dicho en 80, 3.

451 Advertencia de Arquidamo contra la creencia de que los métodos de guerra ordinarios puedan tener éxito frente a Atenas, aunque después (cf. I 82, 3-4) parece que les concede alguna posibilidad. En realidad es una respuesta a la propuesta corintia de una invasión inmediata (cf. *supra,* I 71, 1-4) y a la idea de una resolución rápida de la guerra (cf. *infra,* 81, 6; 143, 4). Acerca de la estrategia espartana, cf. P. A. BRUNT, «Spartan Policy and Strategy in the Archidamian War», *Phoenix* 19 (1965), 255-280; G. L. CAWKELL, «Thucydides Judgement of Periclean Strategy», *Yale Classical Studies* 24 (1976), 53-69; I. MOXON, «Thucydides Account of Spartan Strategy and Policy in the Archidamian War», *Rivista Storica dell' Antichita* 8 (1978), 7-26; TH. KELLY, «Spartan Strategy in the Archidamian War», *The American Historical Review* 87 (1982), 25-54.

452 De acuerdo, en efecto, con la estrategia de Pericles, que había previsto renunciar al territorio del Ática, indefendible frente a los hoplitas peloponesios, y sustituirlo, gracias a los Muros Largos y a la flota, por las importaciones y los recursos del imperio.

acabará rápidamente si arrasamos su territorio. Temo más bien que la dejemos a nuestros hijos en herencia: tan probable es que los atenienses, con su orgullo, no quieran ser esclavos de sus tierras[453] ni sientan el espanto de la guerra como si fueran inexpertos.

82 No es que os exhorte a permitir insensiblemente que ellos hagan daño a nuestros aliados y a no descubrir sus manejos; lo que os pido es que no toméis todavía las armas y que enviéis embajadores a exponer nuestras quejas, sin demasiadas alusiones a la guerra pero sin concesiones, y que, entretanto, nos ocupemos de nuestros preparativos acudiendo a la captación de aliados, tanto griegos como bárbaros, con tal de poder conseguir de donde sea un aumento de nuestra potencia naval o económica (y no es censurable que aquellos que son objeto de las asechanzas de los atenienses, como ahora es nuestro caso, se salven captándose la alianza no sólo de griegos sino también de bárbaros)[454]; y todo ello sin descuidarnos de nuestros pro-
2 pios recursos. Y si atienden a nuestros embajadores, mucho mejor; pero si no, transcurridos dos o tres años, cuando ya contemos con mejores defensas, marcharemos contra
3 ellos, si os parece. Y tal vez entonces, cuando vean nuestros preparativos y nuestras palabras en consonancia con ellos, estarán más dispuestos a ceder, al tener su territorio todavía intacto y deliberar sobre unos bienes todavía ente-

---

453 Ya lo habían demostrado en las Guerras Médicas, renunciando incluso a la ciudad. Cf. *supra,* I 74, 3-4.

454 Arquidamo se excusa de su propuesta de recurrir a los bárbaros, ya que aún no se había olvidado la invasión persa y una alianza con Persia podía provocar críticas. Sin embargo, muy pronto empezarán las tentativas de Esparta para obtener el apoyo persa con que contrarrestar los recursos financieros de Atenas. Cf. II 7, 1; 67, 1; IV 50, 1-2. Atenas, naturalmente, no quedará al margen.

ros y no en ruinas. Pensad que sus tierras son para vos- 4
otros lo mismo que si tuvierais rehenes, y que son más
valiosas cuanto mejor cultivadas estén; es preciso que las
respetéis el mayor tiempo posible, y que no hagáis a los
atenienses más difíciles de vencer por haberlos empujado
a la desesperación. Pues si nosotros, impulsados por las 5
quejas de nuestros aliados, arrasamos sus tierras sin estar
preparados, mirad que no nos coloquemos en una situa-
ción más vergonzosa y difícil para el Peloponeso[455]. Es 6
posible, en efecto, encontrar solución a las quejas de ciu-
dades y de particulares; pero cuando, por motivos par-
ticulares[456], se emprende colectivamente una guerra que
no se puede saber cómo evolucionará, no resulta fácil en-
contrar un final honroso.

Y que no le parezca a nadie una cobardía el que sien- 83
do muchos no ataquemos rápidamente a una sola ciudad.
Pues ellos también tienen aliados en número no inferior, 2
que les pagan tributo, y la guerra, sobre todo para conti-
nentales que se enfrentan a gentes de mar, no es tanto
cuestión de armas como de dinero, gracias al cual las ar-
mas son útiles. Empecemos, por tanto, por procurarnos 3
dinero, antes de dejarnos arrastrar por los discursos de
nuestros aliados; y puesto que somos nosotros quienes car-
garemos con la mayor parte de la responsabilidad de los
acontecimientos, en uno u otro sentido, también nos co-
rresponde a nosotros efectuar alguna previsión sobre ellos
con tranquilidad.

---

455 Que en el supuesto contrario. Es decir, iniciar la guerra sin los preparativos suficientes puede colocar al Peloponeso en una situación peor que la que los corintios atribuyen a la política de Esparta.

456 Alusión a los intereses de algunos estados, en especial de Corinto, Mégara y Egina, y también, posiblemente, a las quejas de los comerciantes de estas ciudades. Cf. *supra,* I 67.

84 Respecto a la lentitud y a las vacilaciones, que tanto nos reprochan[457], no os avergoncéis. Pues si os apresuráis, acabaréis la guerra más lentamente por haberla emprendido sin estar preparados; y, además, vivimos en una ciudad que siempre ha sido libre y muy gloriosa[458]. Y esto que nos reprochan puede ser muy bien prudencia cons-
2 ciente. Gracias a ella somos los únicos que en los éxitos no nos excedemos y en las desgracias cedemos menos que otros; y no nos dejamos arrastrar por el placer de los elogios si con ellos nos incitan a aventuras en contra de nuestro parecer; y si alguien nos provoca con acusaciones, no somos más fáciles de persuadir porque se nos haya im-
3 portunado. Somos valerosos en la guerra y prudentes en las decisiones gracias a la moderación de nuestra conducta[459]; lo primero, porque el sentimiento del honor está muy ligado a la moderación, y de este sentimiento de vergüenza ante el deshonor arranca el valor[460]; y somos prudentes en las decisiones porque hemos sido educados con demasiada sencillez para poder sentir desprecio por las leyes, y con una moderación tan unida al rigor que no podemos dejar de escucharlas; y no censuramos con her-

---

457 Cf. *supra,* I 69, 4; 70; 71, 4. Sobre la relación de este capítulo con el discurso de los corintios, cf. L. Bodin, «Thucydide, I 84», *Mélanges Desrousseaux,* París, 1937, págs. 19-25.

458 Gracias precisamente a la política que es objeto de críticas, como expone a continuación en respuesta a las acusaciones corintias.

459 La prudencia en las decisiones *(euboulía)* y la moderación en la conducta *(tò eúkosmon)* en contestación al reproche de lentitud *(bradytḗs),* de dilaciones y vacilaciones *(tò bradỳ kaì méllon).*

460 Este sentimiento del honor ligado a la moderación *(sōphrosýnē)* y al valor *(eupsychía)* está expresado por dos palabras muy afines: *aidṓs,* sentimiento del honor, y *aischýnē,* sentimiento de vergüenza ante el deshonor.

mosas palabras[461], en una manifestación de exceso de in-
teligencia sin ninguna utilidad, los preparativos de los ene-
migos para después no responder del mismo modo con los
hechos, sino que pensamos que la inteligencia de los otros
es parecida a la nuestra, y que las vicisitudes de la fortu-
na[462] no están determinadas por la razón. En nuestros 4
preparativos siempre contamos con que nuestros adversa-
rios deciden con prudencia; y así no hemos de basar nues-
tras esperanzas en los posibles errores de aquéllos, sino
en la seguridad de nuestras propias previsiones; y no hay
que pensar que existe mucha diferencia entre un hombre
y otro hombre[463], sino que es más fuerte quien está edu-
cado en medio de las más duras dificultades.

No abandonemos, pues, estas costumbres que nuestros 85
padres nos dejaron y que nosotros hemos mantenido siem-
pre con provecho, y no tomemos con prisas, en una breve
fracción de día, una decisión que afecta a muchas vidas,
bienes, ciudades y reputaciones; decidamos con calma. Po-
demos hacerlo más que otros gracias a nuestra fuerza. En- 2
viad una embajada a los atenienses para tratar el asunto
de Potidea, enviadla también para el asunto de las injusti-
cias que dicen haber sufrido nuestros aliados, tanto más
que los atenienses están dispuestos a someterse a un arbi-
traje[464]; y cuando uno se somete a juicio, no es justo que
se comience por marchar contra él como si fuera culpable.
Al mismo tiempo preparad la guerra. Una decisión en este
sentido será, sin duda, la mejor, y la que más intimidará
a nuestros adversarios.»

---

461 Alusión a la afición ateniense por la oratoria.

462 Cf. *supra,* I 69, 5.

463 En contestación al elogio corintio sobre la superioridad atenien-
se (cf. *supra,* I 70).

464 Cf. *supra,* I 78, 4.

3 Así fue el discurso de Arquidamo. Se adelantó finalmente Estenelaidas[465], que era entonces uno de los éforos[466], y habló a los lacedemonios de esta manera:

Discurso de Estenelaidas

86 «No llego a entender los largos discursos de los atenienses; se han alabado largamente a sí mismos, pero en ninguna parte han replicado que ellos no cometen injusticias contra nuestros aliados y contra el Peloponeso. Sin embargo, si entonces frente a los Medos su actuación fue buena, y ahora respecto a nosotros es mala, son merecedores de un castigo doble, porque de buenos han pasado a ser
2 malos[467]. Nosotros, entonces y ahora, somos los mismos, y no toleraremos, si somos sensatos, que nuestros aliados sean víctimas de la injusticia, ni aplazaremos nuestra venganza, puesto que los males que ellos sufren de ningún
3 modo se aplazan. Otros tienen, en efecto, muchas rique-

---

465 *Esthenelaidas,* tal vez el padre de Alcámenes, que aparece en VIII 5, 1.

466 Los *éphoroi* («inspectores») eran cinco magistrados elegidos anualmente por la asamblea. Constituían el órgano más poderoso del estado espartano, únicamente limitado y condicionado por su carácter anual. Sus atribuciones eran muy importantes: controlaban a los dos reyes, velaban por la integridad de la Constitución, tenían todos los poderes judiciales, convocaban y presidían el consejo de ancianos *(gerousía)* y la asamblea *(apélla),* controlaban las finanzas, iniciaban las encuestas y dictaban las órdenes de arresto, dirigían la política exterior y se responsabilizaban de la guerra y la paz, decidían los tratados que hacían aprobar por la asamblea, organizaban las expediciones y designaban al rey que debía dirigirlas; este rey durante la campaña era acompañado por dos de ellos, que se mantenían en contacto con los otros tres que habían quedado en Esparta mediante la escítala, el bastón de los mensajes secretos (cf. *infra,* n. 837).

467 El mismo sofisma es utilizado por los tebanos en su discurso contra los plateos. Cf. *infra,* III 67, 2.

zas, naves y caballos[468], pero nosotros contamos con unos
buenos aliados, que no deben ser entregados a los atenien-
ses, y no hay que evaluar con juicios y palabras los daños
que no hemos sufrido de palabra, sino que es preciso to-
mar venganza rápidamente y con todas nuestras fuerzas.
Y que nadie nos explique, cuando somos víctimas de sus 4
injusticias, que nos conviene deliberar[469]; es más conve-
niente que deliberen largo tiempo quienes van a cometer
la injusticia. Votad pues, lacedemonios, la guerra, en una 5
votación digna de Esparta; no permitáis que los atenienses
se engrandezcan, y no traicionemos a nuestros aliados; por
el contrario, con la ayuda de los dioses, marchemos contra
los culpables[470].»

El tratado ha sido violado

Después de hablar así, él mis- 87
mo, como éforo que era, sometió
el asunto a la votación de la asam-
blea de los lacedemonios. Afirmó 2
luego (dado que toman las decisio-
nes por aclamación y no mediante escrutinio)[471] que no
podía distinguir cuál de las dos aclamaciones era la más
fuerte; quería incitarles más a la guerra, al tener que ma-
nifestar claramente su opinión, y les dijo: «Aquellos de
vosotros, lacedemonios, que piensen que el tratado ha sido

---

468 Cf. *supra,* I 80, 3.

469 Como han hecho los atenienses (cf. *supra,* I 78, 1-3) y Arquidamo (cf. *supra,* I 85, 1).

470 Así acaba el conciso y eficaz discurso de Estenelaidas y con él se pone fin al debate. Tras los elaborados razonamientos de corintios y atenienses, y las prudentes y claras consideraciones de Arquidamo, las escasas palabras de Estenelaidas sobre la culpabilidad de Atenas y el deber de Esparta inclinan la balanza.

471 Cf. PLUTARCO, *Licurgo* 26, 4, según el cual no se trataba de un confuso griterío de síes y noes, sino de una votación ordenada y tranquila.

violado y que los atenienses son culpables, que se levanten y se sitúen en aquel lado», —y les señaló un lugar determinado— «y los que piensen lo contrario en el otro la-
3 do». Procedieron a levantarse y se dirigieron a uno u otro lado, y fueron muchos más los que pensaban que el tra-
4 tado había sido violado. Llamaron entonces a sus aliados y les dijeron que en su opinión los atenienses eran culpables, pero que querían convocar una asamblea de todos los aliados[472] y someter la cuestión a votación, a fin de tomar en común la decisión de emprender la guerra, si
5 eran de esta opinión. Después de llegar a este resultado, los aliados regresaron a su patria, y también lo hicieron los embajadores de los atenienses, una vez que hubieron
6 negociado los asuntos que habían motivado su viaje. Esta decisión de la asamblea, de que el tratado había sido violado, fue tomada en el año catorce[473] desde el comienzo de la tregua de treinta años que se había acordado después de los sucesos de Eubea[474].

[472] Entonces sólo debían de estar allí una parte de ellos, especialmente los que querían exponer sus quejas contra Atenas, convocados por Corinto informalmente (cf. *supra,* I 67). Ahora se convoca una asamblea de todos los miembros de la Liga (cf. *infra,* I 119).

[473] Esta decisión pudo tomarse en verano del 432, hacia comienzos de julio, según la cronología de Gomme, que sitúa la batalla de Potidea (cf. *supra,* I 62-63) no más tarde de mediados de junio, o ser posterior, en el caso de que retrasemos, como nos parece probable, la fecha de la batalla que precedió al asedio de Potidea. Cf. *infra,* I 125, 2, n. 779; II 2, 1, n. 9. Según W. E. Thompson, art. cit., págs. 220-224, 231-232, la batalla de Potidea ocurrió hacia octubre del 432 y a continuación tuvieron lugar el debate y la asamblea de Esparta.

[474] Cf. *supra,* I 23, 4, n. 165, e *infra,* I 114-115.

El miedo de Esparta al poderío de Atenas. La verdadera causa

Los lacedemonios votaron que el tratado había sido violado y que se debía hacer la guerra, no tanto porque hubieran sido persuadidos por los discursos de sus aliados como porque temían que los atenienses se hicieran más poderosos[475], al ver que la mayor parte de Grecia estaba ya bajo su dominio. 88

---

[475] La verdadera causa de la guerra, según Tucídides (cf. *supra*, I 23, 6, n. 167). Desde I 24 hasta I 87, Tucídides ha tratado de las *aitíai*, los motivos inmediatos de la guerra. Ahora va a ocuparse de la verdadera causa, el crecimiento del Imperio ateniense y el recelo que provocaba en Esparta. Lo hará en dos etapas. De I 89 a I 96 se ocupará del paso del liderazgo a Atenas después de las Guerras Médicas, del engrandecimiento de Atenas y las bases de su imperio. Luego, de I 97 a I 118, de la transformación de la hegemonía en imperio. A pesar de que Tucídides quiso dejar bien sentada su interpretación sobre las causas de la guerra, éstas han sido revisadas y sometidas a debate (cf. *supra*, n. 167; *infra*, I 139; n. 892). Así, los acontecimientos que precedieron inmediatamente a la ruptura de hostilidades no tuvieron gran peso como causantes de la guerra, según ha argumentado G. E. M. de Ste. Croix (*The Origins of the Peloponnesian War*, Londres, 1972), para quien la decisión de Esparta de iniciar la guerra respondería a un programa de agresión contra Atenas que ya podemos encontrar en las décadas anteriores. En este sentido, C. A. Powell («Athens' difficulty, Sparta's opportunity: causation and the Peloponnesian war», *L'Antiquité Classique* 49 (1980), 87-114) sostiene que la política exterior y militar de Esparta respecto a Atenas fue más calculada e inteligente de lo que normalmente se piensa. Para R. Meiggs (*The Athenian Empire*, Oxford, 1972, págs. 203 ss.), sin embargo, sería significativa como causa de que estallara la guerra la expansión del poderío ateniense en los años anteriores. D. Kagan, asimismo (*The Outbreak of the Peloponnesian War*, Ithaca-Londres, 1969, pág. 346), subraya la importancia de la crisis inmediata frente a las causas subyacentes. Y R. Sealey («The causes of the Peloponnesian War», *Classical Philology* 70 (1975), 89-109) insiste en que las razones por las que Esparta fue a la guerra en el 431 deben buscarse en las acciones de los años que precedieron inmediatamente a la ruptura.

LA «PENTECONTECIA»

Historia de Atenas después de las Guerras Médicas. Formación del Imperio ateniense

89 Los atenienses llegaron a esta situación de crecimiento del modo
2 siguiente[476]. Después que los medos se retiraron de Europa, vencidos por mar y por tierra por los griegos, y que el resto de sus fuerzas, que se habían refugiado con las naves en Mícale, fueron derrotadas[477], Leotíquidas[478], el rey de los lacedemonios, que mandaba a los griegos en Mícale, regresó a su patria con los aliados del Peloponeso[479]. Pero los atenienses y los aliados de Jonia y del Helesponto, que ya se habían sublevado contra

---

Sobre el desarrollo económico y el crecimiento como origen de la guerra en PLATÓN, cf. *República* 373d-e (cf. A. MICHAELIDES-NOUAROS, «Causes of war in Plato», *Diotima* 3 (1975), 61-62; D. PLÁCIDO SUÁREZ, art. cit., *Gerión* 3 (1985), 43-62).

[476] Comienza aquí la digresión sobre el período comprendido entre las Guerras Médicas y la Guerra del Peloponeso, la llamada «Pentecontecia», los «Cincuenta Años». Con este relato, que enlaza con el final de la obra de HERÓDOTO (IX 114-122: la toma de Sesto en el 478), Tucídides se propone llenar un vacío historiográfico (cf. *infra,* I 97, 2), a la vez que analizar la verdadera causa de la Guerra del Peloponeso.

[477] Mícale es una península que se forma en la costa de Asia Menor frente a la isla de Samos. La batalla tuvo lugar en el 479 a. C. Cf. HERÓDOTO, IX 98-106.

[478] Leotíquidas (cf. *supra,* I 79, 2), perteneciente a la familia de los Euripóntidas y nacido hacia el 545 a. C., era hijo de Ménares; se puso de acuerdo con Cleómenes para deponer a Demarato, a quien sucedió hacia el 491 a. C. Cf. HERÓDOTO, VI 65; 71-72; VIII 131.

[479] Cf. HERÓDOTO, IX 106, 4; 114, 2.

el Rey[480], permanecieron y pusieron sitio a Sesto[481], que estaba en poder de los medos; y después de pasar el invierno, la tomaron[482] al abandonarla los bárbaros; luego partieron del Helesponto hacia sus ciudades respectivas.
Por su parte, el pueblo de Atenas[483], tan pronto como 3
los bárbaros se hubieron retirado de su tierra[484], fue a buscar de los lugares[485] donde los había puesto a salvo a niños y mujeres y los enseres que quedaban, y se dispuso a reconstruir la ciudad y las murallas. Sólo estaban en pie pequeños trozos del recinto fortificado, y la mayor parte de las casas estaban en ruinas; quedaban unas pocas, aquellas en las que se habían alojado los dignatarios persas[486].

La reconstrucción de las murallas de Atenas. Actuación de Temístocles

Los lacedemonios, al enterarse 90
de lo que se preparaba, fueron a Atenas en embajada, en parte porque ellos mismos hubieran visto con mayor agrado que ni los atenienses ni ningún otro pueblo tuvieran murallas, pero principal-

---

480 Cf. Heródoto, IX 103-106.

481 Ciudad del Quersoneso tracio situada en la costa septentrional del Helesponto. Respecto al asedio, cf. Heródoto, IX 114-119.

482 A comienzos del 478 a. C., probablemente; cf. Heródoto, IX 117.

483 *Athēnaíōn dè tò koinón:* «el pueblo de Atenas», por oposición a los atenienses que actuaban en el Helesponto. La expresión nos hace pensar, además, en que Atenas, en aquellos momentos, sólo era su pueblo, ya que las construcciones de la ciudad habían sido destruidas. Cf. la misma expresión en Heródoto, IX 117.

484 En otoño del 479 a. C.

485 Salamina, Egina y Trecén. Cf. Heródoto, VIII 41.

486 Se piensa que esta afirmación es una corrección a Heródoto (IX 13, 2), según el cual Mardonio destruyó todo lo que quedaba en pie —murallas, edificios privados y santuarios— antes de abandonar Atenas.

mente porque sus aliados los incitaban por su temor a la potencia de la flota ateniense, que antes no era tan grande[487], y a la audacia que habían desplegado en la guerra
2 contra los medos. Les pidieron, pues, que no levantaran sus murallas, sino que optaran por colaborar con ellos en el derribo de los recintos fortificados de todas las ciudades de fuera del Peloponeso que los tuvieran en pie; sin manifestar sus verdaderas intenciones ni su disposición de desconfianza respecto a los atenienses, alegaron que los bárbaros, en el caso de una nueva invasión, no dispondrían de una plaza fortificada de donde lanzar sus ataques, como acabada de ocurrir con Tebas[488]; el Peloponeso era, en su opinión, un refugio y una base de operaciones sufi-
3 ciente para todos. Los atenienses, por consejo de Temístocles[489], despidieron enseguida a los lacedemonios que les habían comunicado estas pretensiones, respondiéndoles que les enviarían embajadores para tratar sobre el asunto del que habían hablado. Luego, Temístocles les propuso que le enviaran a él mismo a Esparta cuanto antes, pero que no mandaran enseguida a otros embajadores que, además de él, fueran elegidos; debían esperar hasta que hubieran levantado la muralla lo suficiente para defenderse desde el mínimo de altura indispensable; y todos los que estaban en la ciudad, hombres, mujeres y niños, debían trabajar en masa en la construcción de la muralla, sin respetar nin-

---

[487] Literalmente «que antes no existía», es decir, que no había tal potencia, que la flota no era tan numerosa.

[488] Tebas había sido ocupada por los persas después de la batalla de las Termópilas, en el 480 a. C. Mardonio la había utilizado como base de operaciones antes de la batalla de Platea (479 a. C.).

[489] Al planteamiento de los lacedemonios, falaz e inaceptable para Atenas, se opone la inteligencia y la astucia de Temístocles. Cf. *supra*, I 14, 3, n. 111; 74, 1; *infra*, I 138, 3.

gún edificio, ni privado ni público, que fuera de alguna utilidad para la obra; había que aprovecharlo todo. Des- 4
pués de dar estas instrucciones y de indicar que él arreglaría lo demás en Esparta, partió. Y llegado a Esparta, no 5
fue a presentarse a las autoridades, sino que dejaba pasar el tiempo y buscaba excusas, y siempre que alguien que ocupaba un cargo público le preguntaba por qué no se presentaba al gobierno, decía que estaba aguardando a sus colegas, que se habían quedado atrás debido a una dificultad que les había surgido, pero que esperaba que llegarían rápidamente y se extrañaba de que todavía no estuvieran allí.

Quienes oían las explicaciones de Temístocles le daban 91
crédito en virtud de su amistad[490], pero, ante las declaraciones de otros[491] que iban llegando y que denunciaban claramente que las murallas estaban siendo levantadas y que ya ganaban altura, no tenían motivo para ponerlas en duda. Al advertirlo Temístocles, les exhortó a que no 2
se dejaran engañar por los rumores[492] y a que enviaran antes a algunos embajadores elegidos entre ellos mismos, que serían honorables y les darían una información fidedigna de lo que habrían observado. Enviaron pues a los 3
embajadores, y, respecto a ellos, Temístocles envió en se-

---

490 Poco tiempo antes, hacia fines del 480, Temístocles había sido honrado en Esparta. Cf. *supra*, I 74, 1, n. 422. Temístocles y Alcibíades fueron realmente los atenienses más estimados en Esparta.

491 Plutarco (*Temístocles* 19, 2) se refiere a que Poliarco fue enviado de Egina para denunciar la construcción de la muralla.

492 Según Teopompo, Temistocles logró corromper a los éforos (cf. Teopompo, en F. Jacoby, *FGrHist* 115, F 85; Plutarco, *Temístocles* 19, 1). Tucídides omite esta noticia, tal vez por su carácter anecdótico o porque empañaba la actuación de Temístocles, personaje al que admira.

creto un mensaje a los atenienses recomendándoles que los retuvieran de la forma menos manifiesta que fuera posible y que no los dejaran partir antes de que ellos mismos estuviesen de regreso (pues ya habían llegado a él sus colegas de embajada, Abrónico[493], hijo de Lisicles, y Arístides[494], hijo de Lisímaco, con la noticia de que las murallas ya eran suficientes); temía, en efecto, que los lacedemonios, cuando se enteraran exactamente de lo ocu-
4 rrido, no les dejaran partir. Retuvieron pues los atenienses a los embajadores como se les había encargado, y Temístocles se presentó ante los lacedemonios y entonces les dijo abiertamente que su ciudad ya estaba amurallada de modo suficiente para proteger a sus habitantes y que si los lacedemonios o sus aliados querían enviarles una embajada, debían, en adelante, dirigirse a ellos como a un pueblo

---

493 Fue el enlace entre el ejército griego de las Termópilas y la flota de Artemisio, que anunció a ésta el heroico final de Leónidas y sus hombres. Cf. Heródoto, VIII 21.

494 Arístides el Justo *(ho legómenos díkaios),* ilustre ateniense que desempeñó un importante papel en las Guerras Médicas, tanto en el 490 como en 480-478 a. C. En el 490 participó como estratego en la batalla de Maratón. Adversario político de Temístocles, fue condenado al ostracismo en 483-482 a. C. (cf. Aristóteles, *Constitución de los atenienses* 22, 7); a pesar de su rivalidad política, colaboró eficazmente con Temístocles; volvió en momentos críticos para su patria, participó en Salamina (cf. Heródoto, VIII 79-81; 95) y dirigió a los hoplitas atenienses en Platea (cf. Heródoto, IX 28). Fue considerado el principal artífice de la fundación de la Liga de Delos en el 478-477 a. C., y fue él quien fijó el tributo impuesto a los aliados (cf. *infra,* I 96, 2; V 18, 5; Aristóteles, *Constitución de los atenienses* 23, 4-5). A partir de Heródoto (VIII 79), los escritores antiguos insistían en la oposición Arístides-Temístocles con perjuicio generalmente para este último; se trataba probablemente de una contraposición esquemática y artificiosa, de la que no se hace eco Tucídides, que aquí presenta a estos dos grandes atenienses colaborando.

que sabía distinguir sus propios intereses y los intereses
generales. Porque cuando habían pensado que era preferi- 5
ble abandonar la ciudad y embarcarse en las naves, habían tomado aquella audaz decisión sin contar con los lacedemonios, y, además, en todas las ocasiones que habían deliberado con ellos se había demostrado que en sus deci-
siones no eran inferiores a nadie[495]. Por consiguiente, 6
ahora pensaban igualmente que era preferible que su ciudad tuviera murallas, y que esto sería más ventajoso tanto para los ciudadanos en particular como para los aliados en
general[496]; pues no era posible, sin apoyarse en un poder 7
militar equivalente, intervenir en las deliberaciones comunes en igualdad de condiciones y con los mismos derechos. Por lo tanto, era preciso, afirmó, o constituir una alianza en la que todos estuviesen sin murallas, o considerar que aquellas disposiciones suyas eran correctas.

Ante estas palabras los lacedemonios no exteriorizaron 92
su ira contra los atenienses (pues la misión de la embajada que habían enviado no era, como puede suponerse, declarar su oposición a la obra, sino la recomendación de un proyecto de interés general[497]; y además, en aquel entonces sentían por ellos una extraordinaria amistad debido al ardor desplegado frente al Medo); sin embargo, al no alcanzar su propósito, se disgustaron sin manifestarlo[498].

---

[495] Cf. *supra,* I 75, 1.

[496] Mejor para Atenas y para la causa de los griegos que se habían enfrentado a Persia.

[497] Cf. *supra,* I 91, 4; 6. El «interés general», naturalmente, no era visto del mismo modo por Esparta y Atenas. Probablemente hay aquí una cierta ironía.

[498] Estos incidentes motivados por la reconstrucción de las murallas comenzaron a debilitar la amistad entre Atenas y Esparta. Por ello seguramente Tucídides les presta una especial atención.

Y los embajadores de unos y de otros regresaron a su patria sin presentar ninguna queja.

93 De esta manera los atenienses amurallaron su ciudad
2 en poco tiempo[499]. Y aún hoy se ve que la construcción se realizó con prisas[500]; pues las hiladas inferiores están formadas por piedras de todo tipo y en algunos sitios no aparejadas, sino puestas tal como las llevaban; se mezclaron también muchas estelas sacadas de tumbas y piedras labradas con otro fin. El recinto fortificado ensanchaba el perímetro de la ciudad en todas las direcciones, y por esto, en su apresuramiento, lo removían todo sin distin-
3 ción. Temístocles también les persuadió a finalizar las construcciones del Pireo que faltaban (habían sido iniciadas anteriormente, en tiempo de la magistratura que había desempeñado durante un año en Atenas)[501]; consideraba,

---

[499] Probablemente desde el otoño del 479 hasta la primavera del 478 a. C., o sea en menos de un año.

[500] Los modernos descubrimientos arqueológicos han confirmado plenamente la descripción de Tucídides. Cf. A. W. GOMME, *op. cit.* I, págs. 260-261. Las prisas en la construcción obligaron a utilizar los materiales más diversos, inscripciones y relieves inclusive.

[501] No existe seguridad respecto a cuál fue esta magistratura. Si se refiere al año en que Temístocles fue arconte (cf. DIONISIO DE HALICARNASO, *Antiquitates Romanae* VI 34, 1), el inicio de la fortificación del Pireo debe situarse en el 493-492 a. C. Algunos, sin embargo, consideran excesivo el período de catorce años entre el comienzo de las obras y su reanudación, y piensan en otras magistraturas y en una fecha posterior (cf. A. W. GOMME, *op. cit.* I, págs. 261-262), dado que HERÓDOTO (VII 143, 1) afirma que Temístocles en el 480 a. C. era importante desde hacía poco. Podemos pensar, con todo, en una fecha como el 493, perfectamente asociable a las primeras actuaciones de un político previsor, caracterizado por la *mêtis,* como era Temístocles. Según R. THOMSEN *(The Origin of Ostracism,* Copenhague, 1972), los *ostraka* demuestran que era un político conocido en el 486 a. C. Sobre la construcción *epì tês ekeínou archês hês kat' eniautòn Athēnaíois êrxe,* cf. W. W. DICKIE,

en efecto, que el lugar, con sus tres puertos naturales[502], era perfecto, y que, al haberse convertido en un pueblo de marinos[503], les resultaría de gran utilidad para procurarse recursos. Fue, en efecto, el primero que se atrevió 4
a decir que debían dedicarse al mar, y desde el principio colaboró en el establecimiento del imperio[504]. También fue 5
por consejo suyo que se construyó la muralla con el grosor que todavía hoy puede verse en torno al Pireo[505]; por

«Thucydides, I. 93. 3», *Historia* 22 (1973), 758-759, que analiza otras construcciones semejantes (cf. *infra,* II 2, 1; VI 54, 6; etc.), todas las cuales se refieren al arconte epónimo. Cf., asimismo, J. H. SCHREINER, «Thucydides I. 93 and Themistokles during the 490's», *Symbolae Osloenses* 44 (1969), 23-41. Fornara, en cambio, cuestiona la interpretación de este pasaje y no cree que esta magistratura, a la que se asocia el inicio de la fortificación del Pireo, tenga que relacionarse con el arcontado de Temístocles, en el 493-492 (cf. CH. W. FORNARA, «Themistocles archonship», *Historia* 20 (1971), 257-271).

502 El Pireo era una península con tres puertos: el principal, llamado Cántaro, al oeste, y los de Zea y Muniquia al este.

503 Cf. HERÓDOTO, VII 143-144; PLUTARCO, *Temístocles* 4, 2-4.

504 Otros traducen *tēn arkhēn* como «la iniciación de las murallas». Creemos, sin embargo, que la expresión *kaì tēn arkhēn xynkateskeúazen,* entendida en el sentido de que puso las bases, de que «colaboró en el establecimiento del imperio», está más de acuerdo con la idea que la precede.

505 Según DIODORO, XI 41-43, las obras del Pireo fueron ejecutadas en los años 477 y 476 a. C. Estas palabras han hecho pensar a algunos que el pasaje fue escrito después de la destrucción de las murallas en el 404 a. C. La conclusión, sin embargo, al tratarse de una descripción de una construcción antigua, no parece necesaria (cf. A. W. GOMME, *op. cit.* I, págs. 264-265); se piensa incluso que, en el supuesto de una composición posterior al 404, la descripción hubiera sido distinta. De todas formas el «todavía hoy» *(nŷn éti)* hace pensar a menudo en una fecha posterior al 404 (cf. THUCYDIDE, *La Guerra du Péloponnèse* I, texto establ. y trad. por J. DE ROMILLY, París, 1953, pág. 105).

encima podían cruzarse dos carros[506] al transportar las piedras; y en el interior no había ni cascotes ni mortero[507], sino grandes piedras cortadas a escuadra y encajadas, ligadas entre sí por la parte de fuera con hierro y plomo. La altura que se alcanzó fue aproximadamente la
6 mitad de la que él había proyectado. Su intención era frustrar los planes[508] de los enemigos gracias a la elevación y al grosor de la muralla, y pensaba que la defensa de unos pocos hombres, incluso los más ineptos, sería suficiente, y que los otros podrían embarcarse[509]. Su princi-
7 pal preocupación era la flota, porque veía, según creo, que un ataque del ejército del Rey era más fácil por mar que por tierra; pensaba que el Pireo era más útil que la ciudad alta, y frecuentemente exhortaba a los atenienses a que, si alguna vez se veían en un aprieto por tierra, bajaran al Pireo y desafiaran con las naves a todos sus

---

506 Expresión para dar a entender la anchura del muro. Cf. HERÓDOTO, I 179, donde se dice que en lo alto del muro de Babilonia, entre las casamatas, se dejó espacio para el paso de una cuadriga. Véase, asimismo, la parodia de ARISTÓFANES, *Aves* 1122-1167. Sobre la posibilidad de relación entre el pasaje de Tucídides y la parodia de Aristófanes, cf. G. MASTROMARCO, «Le mura di Temistocle e le mura di Nubicuculia», *Quaderni di Storia* 3 (1977), 41-50.

507 No es excepcional que una muralla construida con cascotes y mortero tenga una anchura que permita el paso de dos carros, como acaba de decirse; es notable, sin embargo, un ancho como el descrito en un muro de sillares. Los restos actuales de los muros del Pireo, que corresponden a los muros restaurados en 395-391 a. C. o a restauraciones posteriores, tienen la anchura suficiente para dos carros, pero contienen cascotes y mortero.

508 Las dimensiones de la muralla debían hacer desistir al enemigo de pasar al ataque. Una ciudad bien fortificada podía hacer frente a un asedio con un número reducido de defensores, que incluso podían ser los menos dotados militarmente. Cf. *supra*, n. 373.

509 Cf. PLUTARCO, *Temístocles* 4, 4-5; 19, 4.

enemigos[510]. Así, pues, inmediatamente después de la re- 8
tirada de los medos, los atenienses construyeron sus murallas y comenzaron a prepararse en todo lo demás.

Expedición de Pausanias contra Chipre y Bizancio

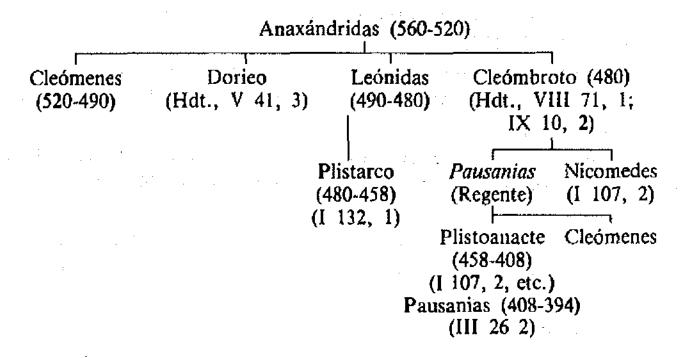
Entretanto Pausanias[511], hijo 94
de Cleómbroto[512], fue enviado desde Esparta, como comandante en jefe de los griegos[513], con veinte naves del Peloponeso; se unieron a esta flota los atenienses con treinta naves[514] y un contin-

---

510 En esta idea se basó luego la estrategia de Pericles. Tras la fortificación de Atenas y del Pireo se aseguró su unión mediante los Muros Largos (cf. *infra,* I 107, 1) y Atenas tuvo abierto el camino del mar, por el que le llegaban los recursos y por el que se dirigía contra sus enemigos.

511 Después del relato en torno a Temístocles (I 90-93), entra en escena, por parte de Esparta, otro gran personaje, Pausanias, el triunfador de Platea, cuya conducta facilitó la hegemonía de Atenas. Cf. *infra,* I 95, 1.

512 Cleómbroto era hermano del rey Leónidas, el héroe de las Termópilas. Al morir Cleómbroto en el año 480 a. C., poco después de su hermano, Pausanias se convirtió en regente de su primo Plistarco, hijo de Leónidas, todavía menor de edad (cf. *infra,* I 132, 1). Pertenecían a la familia real de los Ágidas. He aquí su cuadro genealógico correspondiente a esta época:



2 gente de los otros aliados. Se dirigieron contra Chipre[515] y sometieron una buena parte de la isla, y luego contra Bizancio[516], que estaba en poder de los medos, y, tras un asedio, la tomaron, todavía bajo el mando de Pausanias[517].

Acusaciones contra Pausanias. La hegemonía pasa a los atenienses

95 Pero, debido a la violencia de su carácter[518], todos los demás griegos, y en especial los jonios y los que recientemente se habían liberado del Rey[519], se sintieron molestos. Así, se dirigieron repetidamente a los atenienses y les pidieron que, en atención a su parentesco[520], fueran sus jefes[521], y que no soportaran a Pausanias en caso de
2 violencia. Los atenienses acogieron estas proposiciones y se decidieron a poner fin a su tolerancia y a organizar lo
3 demás del modo que les pareciera mejor. Entretanto los

---

513 En el 478 a. C., tras la toma de Sesto. Pausanias había sucedido en el mando a Leotíquidas, perteneciente a la familia de los Euripóntidas (cf. *supra,* I 89, 2). Diodoro (XI 44, 2) sitúa la expedición en el 477 a. C., pero es probable que sea del año anterior.

514 Bajo el mando de Arístides, según Diodoro (XI 44, 2), de Arístides y Cimón, según Plutarco (*Arístides* 23, 1; *Cimón* 6, 1).

515 Isla usada como base por la flota persa; objetivo, pues, importante para los griegos, que dirigieron diversas expediciones contra ella. Cf. *infra,* 104, 2; 112, 1-4.

516 De evidente importancia para los griegos después de tomar Sesto. (Cf. *supra,* I 89, 2.) Atenas se aseguraba el control de los estrechos.

517 Cf. *infra,* I 128, 5.

518 Sobre la conducta de Pausanias, cf., asimismo, *infra,* I 128, 3-130, 2; Heródoto, V 32; VIII 3, 2; Diodoro, XI 44, 3-6.

519 Cf. *supra,* I 89, 2.

520 Sobre el parentesco de jonios y atenienses, cf. *supra,* I 2, 6; 6, 3. Aquí el conjunto de griegos asiáticos se identifican con los jonios e invocan la afinidad étnica.

521 Sus *hēgemónes.* Cf. *supra,* I 38, 2.

lacedemonios llamaron a Pausanias[522] para interrogarlo
acerca de los informes que recibían, pues era acusado de
muchas injusticias por los griegos que llegaban a Esparta,
y su actuación se parecía más a una imitación de tiranía
que a un mandato militar. Y ocurrió que lo llamaron coin- 4
cidiendo con que los aliados, a excepción de los soldados
del Peloponeso, se pasaban a los atenienses por el odio
que él les inspiraba. Llegado a Esparta fue llevado a jui- 5
cio por sus atropellos contra algunos particulares, pero fue
absuelto de las acusaciones más graves; se le acusaba prin-
cipalmente de simpatizar con los medos[523], y parecía que
el asunto era muy cierto. En consecuencia ya no lo envia- 6
ron a él como comandante, sino que enviaron a Dorcis[524]
y a algunos otros al frente de una expedición no muy nu-
merosa; pero los aliados ya no les confiaron el mando.
Ellos, al darse cuenta, se volvieron, y los lacedemonios 7
ya no enviaron después a otros, temiendo que quienes sa-
lieran de Esparta se corrompieran[525] como habían visto
en el caso de Pausanias; deseaban también liberarse de la
guerra contra los medos, y pensaban que los atenienses
estaban capacitados para el mando, y en aquel tiempo los
consideraban amigos.

---

[522] En el invierno del 478-477 a. C.

[523] De «medismo» *(mēdismós)*, término con el que se indica la actitud de los griegos favorables a los persas o dispuestos a aceptar su supremacía. Cf. *infra,* I 135, 2; III 63, 1, etc.

[524] Personaje que sólo aparece en este pasaje. La expedición fue enviada probablemente hacia la primavera del 477 a. C.

[525] Cf. la advertencia ateniense en este sentido, *supra,* I 77, 6.

La Confederación ático-delia

96 Una vez que los atenienses hubieron recibido la hegemonía [526] de este modo, por la voluntad de los aliados a causa del odio hacia Pausanias, determinaron qué ciudades debían aportar dinero para la guerra contra el bárbaro y cuáles debían contribuir con naves [527]; el motivo [528] decla-

---

526 Al principio, Atenas tuvo una posición hegemónica entre aliados autónomos y libres; luego se pasó de la hegemonía *(hegēmonía)* al imperio *(archḗ)*. Tucídides lo contará en los capítulos que siguen (cf. *infra*, I 97, 1-2).

527 Se trata de la constitución de la Liga de Delos, en el 477 a. C. (cf. *supra*, I 18, 2, n. 133). Se determinó qué ciudades debían contribuir con dinero y cuáles con naves, y se fijó la cantidad. Entre los estados que originariamente debían contribuir con naves y hombres en lugar del tributo *(phóros)* debían de estar Samos (cf. *infra*, I 116, 1; 117, 3), Quíos (cf. *infra*, VI 85, 2; VII 57, 4), Metimna y las otras ciudades de Lesbos (cf. *infra*, III 3, 1; VI 85, 2), Tasos (cf. *infra*, I 101, 3) y, probablemente, Naxos (cf. *infra*, I 98, 4). El número de estos estados fue disminuyendo debido a que consideraron más gravosa la participación directa en las obligaciones militares que el pago de un tributo (cf. *infra*, I 99, 2-3).

528 El motivo oficial *(próschēma)* de la alianza *(symmachía)* era la venganza contra los persas por los daños causados durante las Guerras Médicas (cf. el mismo motivo en VI 76, 3). Con esta motivación, la hegemonía de Atenas parecía adecuada, dado que se había visto particularmente afectada por las destrucciones y saqueos de los persas. Había además otro motivo, que vemos en el discurso que los mitileneos dirigen a los espartanos y a sus aliados en Olimpia (cf. *infra*, III 10, 3): la liberación de las ciudades griegas que todavía estaban bajo el dominio persa. H. R. RAWLINGS, «Thucydides on the purpose of the Delian league», *Phoenix* 31 (1977), 1-8, analiza este pasaje y sugiere que, con su elección de la palabra *próschēma* (una palabra que frecuentemente se opone a «motivo o intención verdadera», «una pantalla para las verdaderas intenciones que se mantienen ocultas por una razón u otra»), Tucídides juzgaba implícitamente el propósito declarado de la Liga como un

rado era devastar el territorio del Rey para vengarse de los daños que habían sufrido. Entonces los atenienses ins- 2 tituyeron la nueva magistratura de los *helenotamías*[529], que recaudaban el tributo[530], nombre que se dio a la contribución en dinero. El primer tributo[531] que se fijó fue

---

simple pretexto para encubrir las verdaderas intenciones de Atenas. A. French, en su artículo «Athenian ambitions and the Delian Alliance», *Phoenix* 33 (1979), 134-141, expone sus reservas al respecto.

529 Literalmente «los tesoreros de los griegos», con la idea de que la Liga, al estar dirigida contra Persia, representara los intereses de toda Grecia. Eran magistrados atenienses, elegidos anualmente entre los ciudadanos atenienses, en número de diez, uno por cada tribu (Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VI 5, 34). Su misión era recaudar, registrar y custodiar los tributos pagados anualmente por los aliados.

530 La contribución mediante el *phóros* era una novedad en una *symmachía* como era la Liga. La palabra *phóros* significaba simplemente «pago o contribución», no tenía al principio el sentido molesto que damos a la palabra «tributo», sentido más adecuado al período en que la Liga dejó de ser una alianza de ciudades independientes para pasar a ser un imperio bajo el dominio de Atenas. En relación con estas contribuciones tenemos las llamadas «listas de tributos», de las que poseemos los textos epigráficos a partir del año 454 a. C. (cf. B. D. MERITT, H. T. WADE-GERY, M. F. MCGREGOR, *The Athenian Tribute Lists* I, Cambridge, Mass., 1939; II-IV, Princeton, N. J., 1950-1953); eran los registros redactados por los *helenotamías* de las cuotas que como primicia *(aparchai)*, en una sexagésima parte del tributo anual de los aliados, eran depositadas, a partir del traslado del tesoro de Delos a Atenas, en el tesoro de Atenea (cf. *supra*, n. 447).

531 La fijación del tributo, según ARISTÓTELES *(Constitución de los atenienses* 23, 5), fue realizada por Arístides (cf. *supra*, n. 494) durante el arcontado de Timóstenes en el 478-477. Esta cantidad que nos da Tucídides para el tributo inicial (cf., asimismo, PLUTARCO, *Arístides* 24, 4), lo mismo que la cifra que da más adelante (cf. *infra*, II 13, 3, n. 87) para el tributo del 431 a. C., ha sido objeto de polémica. En este caso la cantidad de 460 talentos parece demasiado elevada en relación a los totales anuales que se obtienen, a partir del año 454 a. C., de las listas de tributos (cf. B. D. MERITT, H. T. WADE-GERY, M. F. MCGRE-

de cuatrocientos sesenta talentos; el tesoro público estaba en Delos[532], y las asambleas[533] se celebraban en el santuario.

97 *Orígenes y crecimiento del poderío ateniense. De la hegemonía al imperio. Expediciones de Cimón. Tracia. Naxos. Eurimedonte. Tasos*

Inicialmente los atenienses ejercían su hegemonía sobre aliados autónomos y que deliberaban con ellos en las asambleas generales; pero entre la guerra contra los medos y esta guerra que nos ocupa, emprendieron toda una serie de acciones, tanto militares como políticas, que les enfrentaron con los bárbaros, con sus propios aliados cuando se rebelaban, y con aquellos peloponesios que
2 no dejaban de intervenir en todos los asuntos. He escrito

GOR, *The Athenian Tribute Lists* III, págs. 239 ss.; A. W. GOMME, *op. cit.* I, págs. 273-280). Sólo en el período del 454 al 450 se puede pensar en una suma de unos 490 talentos, pero entonces el número de estados contribuyentes era mayor que el de la primera época; se supone que entre el 477 y el 454 la recaudación debió de incrementarse: en el 477 había algunos miembros de la alianza, como Naxos y Tasos, que contribuían con naves y que luego lo hicieron con dinero; además, algunos nuevos estados, como Egina en el 457 (cf. *infra,* I 108, 4, n. 639), se incorporaron a la alianza. En los años que siguieron, hasta el inicio de la Guerra del Peloponeso, el total del *phoros* rondaba siempre los cuatrocientos talentos, total que no aumentó hasta que no lo impusieron las necesidades de la guerra (cf. *infra,* II 13, 3).

532 Isla situada en el centro de las Cícladas que ya gozaba de gran prestigio en los antiguos mitos; era el centro religioso de los jonios. Su elección como capital de la Liga se debió probablemente a su posición central y a su prestigio entre los jonios como centro cultural y religioso. (Cf. *infra,* III 104, 3.) En el 454 a. C., sin embargo, el tesoro fue trasladado a Atenas (cf. PLUTARCO, *Arístides* 25, 3; *Pericles* 12, 1).

533 Las *sýnodoi* de los delegados de los estados aliados. Debían de tener un carácter meramente formal, para enterarse de las decisiones tomadas por Atenas.

sobre ello y me he permitido esta digresión debido a que este periodo ha sido descuidado por todos mis predecesores, que se han ocupado o de la historia griega anterior a las Guerras Médicas o de las mismas Guerras Médicas[534]; quien ciertamente tocó el tema fue Helánico[535] en su *Historia del Ática,* pero lo recordó brevemente y sin exactitud cronológica. Por otra parte, mi relato de este período ofrece una explicación del modo como se estableció el imperio de los atenienses[536].

Primero, bajo el mando de Cimón[537], hijo de Milcía- 98

---

[534] Tucídides empieza intencionadamente donde Heródoto acaba, en la ocupación de Sesto por los griegos (cf. *supra,* I 89, 2). No deseaba volver a tocar o criticar lo que había sido escrito por su ilustre predecesor.

[535] Helánico, originario de Mitilene, era un contemporáneo de Tucídides, más viejo que el historiador ateniense y muerto a finales del siglo V a. C. Su actividad se desarrolló en la segunda mitad de este siglo; parece que escribió al modo de los logógrafos, tratando superficialmente los temas y sin estar a la altura de sus grandes contemporáneos, Heródoto y Tucídides. Fue un polígrafo, autor de obras mitográficas, cronográficas y etnográficas (cf. *supra,* n. 58). Aquí Tucídides lo recuerda como autor de una *Attikè syngraphé,* una historia de Atenas desde sus orígenes hasta su época, una *Atthís* que es modelo para las crónicas locales de los llamados atidógrafos.

[536] La finalidad de esta digresión es doble; por una parte subsana el descuido de la historiografía anterior, que, salvo en el caso de Helánico, había olvidado un período entre dos grandes guerras; por otra, muestra una época cuyo conocimiento es fundamental para la comprensión de la guerra objeto de su *Historia,* y analiza el crecimiento del Imperio de Atenas, lo que constituye la verdadera causa de la Guerra del Peloponeso.

[537] Cimón (II) era hijo de Milcíades (IV), el vencedor de Maratón, y de Hegesípila, hija de Óloro (I), rey de los tracios, probablemente de los doloncos (cf. HERÓDOTO, VI 34 ss.; W. W. HOW, J. WELLS, *A Commentary on Herodotus* II Oxford, reed. 1957, pág. 77; O. LUSCHNAT, «Thukydides der Historiken», R. E. PAULY-WISSOWA, suppl. XII,

des[538], asediaron y tomaron Eyón la del Estrimón[539], que estaba en poder de los medos, y redujeron a la esclavitud

---

1970, 1090), o de los sapeos (cf. HERÓDOTO, *Historia,* V 3, 1, y VI 39, trad. y notas de C. SCHRADER, Madrid, B. C. G. 39, 1981) o de los satras (cf. L. PICCIRILLI, *Storie dello storico Tucidide,* Génova, 1985, pág. 83; cf. HERÓDOTO, VII 110-111); pertenecía a la aristocrática familia de los Filaidas (cf. PLUTARCO, *Cimón* 4, 1). Con esta familia estaba relacionado Tucídides, cuya tumba se encontraba entre las de la familia de Cimón. Debido a que los datos transmitidos por la tradición no son muchas veces seguros, se ha especulado largamente respecto a los eslabones de esta familia y al parentesco de nuestro historiador (cf. *infra,* IV 104, 4; 105, 1, n. 651). El padre de Tucídides, Óloro, llevaba el mismo nombre que el príncipe tracio padre de Hegesípila (I), la mujer de Milcíades, y también se han formulado hipótesis en torno a una Hegesípila (II), madre de Tucídides. Según una sugestiva teoría, Óloro, padre de Tucídides, habría nacido de una hija de Milcíades y Hegesípila (I) y, en el colmo de las coincidencias, otra hija de esta Hegesípila y hermana de Cimón se habría casado con Tucídides, hijo de Melesias, matrimonio del que habría nacido otra Hegesípila (II), madre del historiador. También se han emitido otras hipótesis, como la de que Óloro (II) descendiera de un segundo matrimonio de Hegesípila (I). Pero, volviendo al tema de Cimón, digamos que se reveló como un gran general con éxitos como los de Eyón, Esciro, Caristo y Eurimedonte. Como hombre de estado, abogó por una política filoespartana (cf. *supra,* n. 269) y por la continuación de la guerra contra Persia hasta la completa liberación del Egeo y de las ciudades griegas de Asia. Se opuso a la política de otros dos grandes hombres de Estado atenienses, Temístocles y Pericles. En el caso de Temístocles, que defendía una política de consolidación ateniense prescindiendo de las simpatías espartanas, logró su condena al ostracismo hacia el año 471 a. C. Por el contrario, en su enfrentamiento con Efialtes y Pericles y su política democrática y antiespartana, el perdedor fue él y tuvo que marchar al exilio en el 461 (o algo más tarde, según R. K. UNZ, «The chronology of the Pentekontaetia», *The Classical Quarterly* 36 (1986), 79, n. 48).

538 Milcíades (IV) el «Maratonómaco» (cf. nota anterior), importante político y general perteneciente a la familia de los Filaidas que gobernó como tirano el Quersoneso tracio, donde su tío Milcíades (III), instigado posiblemente por Pisístrato (cf. H. BERVE, *Die Tyrannis bei*

a sus habitantes[540]. Luego sometieron Esciro[541], isla del 2
Egeo habitada por los dólopes[542], y fundaron allí una co-

---

den Griechen I, Munich, 1967, págs. 66 ss.), se había establecido hacia el año 555 a. C. (sobre el Quersoneso tracio, cf. *supra,* I 11, 1, y sobre Milcíades (III) y sus sucesores en el Quersoneso, cf. HERÓDOTO, VI 34-41). Milcíades (IV) gobernó en el Quersoneso, tras la muerte de Esteságoras, su hermano, que había sucedido a su tío Milcíades (III) (hermano uterino de su padre Cimón I), hasta el 493 a. C., año en que se vio obligado a regresar a Atenas (cf. HERÓDOTO, VI 41). Tres años más tarde venció a los persas en Maratón. En relación a los miembros de los Filaidas a los que se ha aludido en las notas anteriores, he aquí para una mejor comprensión, su hipotético y frágil árbol genealógico:

Cipselo = X = Esteságoras (I)

Milcíades (III) Cimón (I) = X Óloro (I)

Esteságoras (II) X = Milcíades (IV) = Hegesípila (I) Melesias (I)

Metíoco Cimón (II) hija = X hija = Tucídides (I)

Óloro (II) = Hegesípila (II)

Tucídides

[539] Eyón era una plaza situada en la costa tracia, al este de Calcídica, junto a la desembocadura del Estrimón. Respecto a su asedio (476 a. C.), cf., asimismo, HERÓDOTO, VII 107. Fue utilizada por los atenienses como emporio y como base para la fundación de Anfípolis (cf. *infra,* IV 102, 3-4). Sobre su importancia en la Guerra del Peloponeso, cf. *infra,* IV 104, 5; 106, 3-4, y 107, 1-2, donde Tucídides la defiende frente a Brásidas; y V 6, 1-2, donde sirve de base al ejército de Cleón.

[540] Sobre la heroica resistencia de los defensores de Eyón, cf. HERÓDOTO, VII 107; ESQUINES, III 183-185; PLUTARCO, *Cimón* 7, 1-3. Los persas, sin embargo, consiguieron mantenerse tenazmente en Dorisco, en la misma región (cf. HERÓDOTO, VII 106, 2).

[541] Isla situada al noreste de Eubea, en la ruta hacia el Ponto. Fue conquistada por Cimón en el 475 a. C., cumpliéndose el oráculo que ordenaba el traslado a Atenas de los restos de Teseo; luego fue poblada por colonos atenienses (cf. PLUTARCO, *Cimón* 8, 3-6; *Teseo* 36, 1-2; DIODORO, XI 60, 1-2).

[542] Sobre este pueblo, cf. *infra,* II 102, 2, y V 51, 1. En el conti-

3 lonia. Tuvieron también una guerra contra los caristios[543], sin la intervención del resto de Eubea, y al cabo de un
4 tiempo llegaron a un acuerdo. A continuación hicieron la guerra contra los naxios, que se habían sublevado, y los redujeron por medio de un asedio[544]. Naxos fue la pri-

---

nente habitaban en la Grecia Central, al sudoeste de Tesalia, en las tierras del curso superior del Aqueloo. Colaboraron con los persas cuando tuvo lugar la invasión de Jerjes (cf. Heródoto, VII 132, 1, y 185, 2). Los dólopes de Esciro, según Plutarco, *Cimón* 8, 3-4, eran piratas.

543 Los habitantes de Caristo, ciudad situada en el extremo sur de Eubea. Cuando la invasión de Jerjes, Caristo también se alineó al lado de los persas (cf. Heródoto, VIII 66, 2), por lo que fue castigada (cf. Heródoto, VIII 112, 2, y 121, 1). La expedición contra Caristo a la que se refiere Tucídides debió de tener lugar hacia el 473 a. C.; fue debida seguramente a su rechazo a formar parte de la Liga de Delos.

544 Naxos, isla del Egeo meridional, fue el primer caso en que se castigó una secesión de la Liga. A partir de entonces, la pérdida de la autonomía de las ciudades pertenecientes a la Liga era un hecho. Cualquier intento de independencia (Tasos, Samos, Lesbos...) sería duramente sofocado. La fecha de la sublevación y conquista de Naxos es uno de los problemas más serios de la complicada cronología de la «Pentecontecia» (cf. B. D. Meritt, H. T. Wade-Gery, M. F. McGregor, *The Athenian Tribute Lists* (= *ATL*), Cambridge Mass. - Princeton, N. J., 1939-1953; A. W. Gomme, *op. cit.* I, Oxford, 1945; P. Deane, *Thucydides' Dates, 465-431*, Ontario, 1972; A. French, *The Athenian Half-Century*, Sidney, 1972; J. H. Scheiner, «Anti-thukydidean studies in the pentekontaetia» y «More anti-thukydidean studies in the pentekontaetia», *Symbolae Osloenses* 51 (1976), 19-63, y 52 (1977), 19-38; M. P. Milton, «The date of Thucydides synchronism of the siege of Naxos with Themistokles' flight», seguido de «Appendix: J. H. Schreiner, *SO* 51, 1976, 19-63», una crítica a la tesis de Schreiner, *Historia* 28 (1979), 257-275; R. K. Unz, art. cit., *The Classical Quarterly* 36 (1986), 68-85). El problema arranca sobre todo de un pasaje posterior de Tucídides (cf. *infra*, I 137, 2), donde se cuenta que una tempestad llevó a Temístocles, en su huida hacia Persia, a coincidir en Naxos con la flota ateniense que asediaba la isla. Tras evitar, gracias a la ayuda del capitán del barco que lo transportaba, el riesgo de un encuentro con sus compatriotas, Te-

mera ciudad aliada que fue subyugada en contra de lo establecido[545], pero después las demás, una tras otra, sufrieron la misma suerte.

Entre las diversas causas de las sublevaciones, las más importantes eran la mala disposición para el tributo y la contribución de naves y, en ocasiones, la deserción[546], pues los atenienses eran exigentes y, al imponer su ley, resultaban molestos a gentes que ni estaban acostumbradas 99

místocles llega a Éfeso, desde donde «después se puso en marcha hacia el interior en compañía de un persa de la costa y dirigió una carta al rey Artajerjes, hijo de Jerjes, que reinaba desde hacía poco» *(neōstì basileúonta;* cf. *infra,* I 137, 3); esto debió de ocurrir, pues, en el 464 a. C. (cf. *infra,* I 104, 1, n. 590). En consecuencia, si se piensa que la estancia de Temístocles en Éfeso no fue muy larga, el asedio de Naxos ha de fecharse partiendo de este supuesto y en relación con la fecha del viaje hacia el interior. Se sitúa, sin embargo, el asedio de Naxos hacia el 468 (cf. A. W. GOMME, *op. cit.* I, pág. 408), lo que implica una estancia en Éfeso de tres años, hecho que resulta bastante problemático. Lo razonable sería pensar que un hombre perseguido por Atenas se entretuviera poco en Éfeso (cf. M. P. MILTON, art. cit., 260-261); los hechos, con todo, no están claros, y las distintas cronologías presuponen diversos intervalos —desde no más de un mes a los cinco años— entre Naxos y el momento en que Temístocles se dirige a Artajerjes; otras fechas que se barajan para Naxos ocupan, desde luego, un amplio período (*ATL:* 470; Milton: 466; Deane: 465; Unz: 465). Pero si no se admite una larga permanencia en Éfeso, se ha de rebajar la fecha de Naxos o buscar otra explicación. Cf. *infra,* I 137, 2, n. 869.

545 En contra de los convenios vigentes entre los miembros de la Liga, que eran estados autónomos (cf. *supra,* I 97, 1). Ahora Atenas empezaba a someter a sus aliados. De todas formas existe diferencia entre el *edoulṓthē,* que se aplica a Naxos en este pasaje, donde significa que fue privada de su autonomía, y el *ēndrapódisan,* que antes (98, 1-2) se ha referido a Eyón y a Esciro, donde hubo una auténtica reducción a la esclavitud.

546 *Lipostrátion,* deserción, se refiere probablemente en este caso a abandonos de cierta importancia, tal vez a contingentes que, llamados por sus ciudades, abandonaban a los atenienses en campaña.

2 a las penalidades ni querían sufrirlas. En algunos otros aspectos los atenienses tampoco ejercían el mando a satisfacción de todos como antes; su participación en las expediciones no se realizaba en condiciones de igualdad con los aliados y les resultaba fácil reducir a los que intentaban sublevarse. Los culpables de esta situación fueron los
3 propios aliados porque, debido a este retraimiento suyo de las obligaciones militares, la mayor parte de ellos, para no alejarse de su patria, se hicieron fijar[547] una cantidad de dinero para aportarlo en lugar de las naves como contribución equivalente; y así la flota de los atenienses crecía a costa del dinero con el que contribuían los aliados, mientras que éstos, cuando se sublevaban, entraban en guerra sin preparativos militares y sin experiencia[548].

100 A continuación se libró la batalla terrestre y naval del río Eurimedonte, en Panfilia[549], que enfrentó a los ate-

[547] Cf. *supra*, I 96, 1, n. 527. En gran parte ya lo hicieron cuando se fundó la Liga o en los primeros tiempos.

[548] Atenas imponía una dura disciplina a sus aliados, y al sustituir éstos, en su deseo de liberarse de la participación directa en las obligaciones militares, su aportación de naves y hombres por el pago de un tributo, debilitaban todavía más su posición a la vez que reforzaban el poderío militar de los atenienses. Las arcas de los aliados se vaciaban y su preparación militar disminuía, mientras que en Atenas ocurría lo contrario. En estas condiciones cualquier tentativa de defección resultaba inútil, y Atenas no podía dejar de mantener su rigor, entre otros aspectos en la percepción del tributo, en lo que su actitud contrastaba con la de Esparta.

[549] El río Eurimedonte (el actual Köprü) es un río de Panfilia, región del Asia Menor sudoccidental, al noroeste de Chipre, junto a cuya desembocadura tuvo lugar la famosa batalla. En esta victoria, comparable a Maratón y a Salamina, Cimón demostró su extraordinario talento militar; se anticipó a la flota persa-fenicia y la atacó en su propia base. Gracias a Eurimedonte, se puso fin al dominio persa en aguas de Chipre y Asia Menor, lo que supuso un éxito importantísimo para la joven Liga

nienses y sus aliados con los medos, y en el mismo día los atenienses vencieron en los dos campos de batalla bajo el mando de Cimón, hijo de Milcíades, y capturaron o destruyeron unas doscientas trirremes fenicias en total. Un 2
tiempo después[550] sobrevino la sublevación de los tasios[551], debido a su desacuerdo respecto a los mercados de la costa de Tracia situada enfrente y a las minas que ellos explotaban[552]. Los atenienses se dirigieron con sus naves[553] contra Tasos y, tras vencer en una batalla naval,

---

de Delos. Cf. PLUTARCO, *Cimón* 12, 1-13, 2; sobre los honores a los atenienses caídos en esta batalla, cf. PAUSANIAS, I 29, 14; X 15, 4-5; A. W. GOMME, *op. cit.* I, págs. 286-289. La fecha de Eurimedonte se sitúa en torno al 467 (cf. A. W. GOMME, *op. cit.* I, pág. 408); según R. K. UNZ (art. cit.), se fecharía en el 466 o a principios del 465 y sería anterior en su cronología a la revuelta de Naxos; *ATL* la sitúa en el 469; Deane y Milton la colocan en el 465, a continuación de la revuelta de Naxos, en la misma secuencia cronológica que Tucídides.

550 Hacia el 465 a. C.; en verano del 465, según *ATL* y Gomme; ya en el 464, en las cronologías de Deane y de Unz.

551 Los habitantes de la isla de Tasos, situada muy cerca de la costa tracia. Éste fue el segundo intento de secesión que se produjo entre los aliados de Atenas (cf. *supra*, n. 544).

552 Los tasios poseían minas de metales preciosos, especialmente de oro, tanto en la propia isla como en las tierras de enfrente (cf. HERÓDOTO, VI 46-47). En Tracia, en la ladera oriental del Pangeo, monte famoso en la Antigüedad por su riqueza aurífera, se hallaba Escaptila *(Skaptê hýlē*, o *Scaptēsýlē*, «el bosque excavado» o «el bosque de las minas»). En la misma zona estaban Estrime (cf. HERÓDOTO, VII 108), Galepso (cf. *infra*, IV 107), y Datón (cf. HERÓDOTO, IX 75, ESTRABÓN, VII 33). En la isla explotaban unas minas en Enira y Cenira, en la costa sudoriental frente a Samotracia, a las que alude Heródoto, minas que no han sido localizadas (cf. HERÓDOTO, *Historia* VI 47, 2, trad. y notas de C. SCHRADER, Madrid, B.C.G., 1981). Sin duda, las minas del continente debieron de ser más productivas que las insulares, y en este pasaje parece que Tucídides sólo se refiere a las primeras, cuya concesión tenían Tucídides y su familia (cf. *infra*, IV 105, 1).

553 Aún bajo el mando de Cimón. Cf. PLUTARCO, *Cimón* 14, 2.

3 desembarcaron en su territorio. Por el mismo tiempo enviaron al Estrimón[554] diez mil colonos, en parte propios y en parte de sus aliados, con la intención de colonizar el lugar que entonces se llamaba Nueve Caminos y ahora Anfípolis[555]; consiguieron apoderarse de Nueve Caminos, que ocupaban los edonos[556], pero, habiendo avanzado hacia el interior de Tracia, fueron aniquilados en Drabesco[557], en el territorio de los edonos, por el conjunto de

---

554 Cf. *supra,* I 98, 1, n. 539. La expedición tuvo lugar en otoño del 465, según *ATL* y Gomme; en el primer tercio del 464, según Deane y Unz.

555 Sobre la colonización de Nueve Caminos *(Ennéa Hodoí)* y la fundación de Anfípolis, y sobre la importancia de este lugar, cf. *infra,* IV 102-108 y V 6-11. Anfípolis estaba situada junto al río Estrimón al oeste del monte Pangeo; el río la unía con el puerto de Eyón (cf. *supra,* n. 539). Acerca de la importancia económica y estratégica de la zona, cf., asimismo, en relación con la fundación de Mircino (a 7 Km. de donde se emplazaría Anfípolis) por Histieo de Mileto, Heródoto, V 11; 23-24. Los atenienses procuraron asegurarse el control de esta zona, como lo demuestran los hechos del 476-475 a. C. (cf. *supra,* I 98, 1), los aludidos en este pasaje (465-464 a. C.), que acabaron en el desastre de Drabesco, y, finalmente, la fundación de Anfípolis en el 437 (cf. *infra,* IV 102, 2-4, donde se alude a intentos anteriores como el aquí narrado y el de Aristágoras de Mileto en el 497 a. C.).

556 Pueblo de Tracia que habitaba al norte de Anfípolis y del Pangeo, en el valle del Angites, afluente del Estrimón. Cf. Heródoto, V 11, 2.

557 Drabesco (cf. la actual Drama), al norte del monte Pangeo, a unos 16 Km. al noroeste de Crenides *(krēnídes,* «las Fuentes», la posterior Filipos). Esta expedición, de la que Tucídides vuelve a hablar en IV 102, 2-3, fue mandada por Sófanes, hijo de Eutíquides, y Leagro, hijo de Glaucón (cf. Heródoto, IX 75). Según Heródoto, se combatió en Datón por las minas de oro. El desastre de Drabesco fue sonado y sin duda los caídos fueron muchos, pero de ningún modo los 10.000 colonos, que debieron permanecer en Nueve Caminos mientras un grupo más reducido se internaba en el territorio de los edonos. El desastre de esta

los tracios[558], para los cuales una fundación en el lugar suponía una actitud hostil[559].

La rebelión de los hilotas. Rendición de Tasos

101 Entretanto los tasios, vencidos en los campos de batalla y sitiados, recurrieron a los lacedemonios y les pidieron que los ayudasen invadiendo el Ática. Ellos se lo prometieron 2 a escondidas de los atenienses[560] y tenían intención de cumplir su promesa, pero se lo impidió el terremoto[561] que sobrevino en la época en que los hilotas[562] con los

---

expedición provocaría el fracaso de toda la empresa. Con esta derrota se ha conectado la lista de caídos, atenienses y aliados, de *IG* I², 928, vista por PAUSANIAS (cf. I 29, 4-5). Respecto a su fecha, contamos con el apoyo de un pasaje del mismo Tucídides (cf. *infra*, IV 102, 2-3), que nos dice que Anfípolis fue fundada veintiocho años después del desastre de Drabesco; y puesto que la fundación de Anfípolis se fecha en el 437-436 (cf. escolio ESQUINES, 2, 34), la fecha de Drabesco se sitúa en el 465-464: a fines de verano-principios de invierno del 465, según *ATL* y Gomme; en el 464, en las cronologías de Deane y Unz.

558 Los otros tracios ayudarían a los edonos. Según Heródoto, sin embargo, fueron derrotados sólo por los edonos; el texto de Tucídides supone una corrección a HERÓDOTO, IX 75 (cf. PERDRIZET, «Skaptēsýlē», *Klio* X (1910, 13).

559 Parece que los tracios toleraban los establecimientos costeros como Eyón, pero se oponían a fundaciones de mayor envergadura y a cualquier intento en el interior.

560 Esta respuesta de los lacedemonios a los tasios, que evidencia su intención de intervenir en la política de la Confederación ático-delia, así como la desconfianza que en el capítulo siguiente manifiestan respecto a los atenienses, hacen pensar en lo inevitable de una guerra que ya se estaba gestando.

561 El «gran terremoto» al que también se alude en I 128, 1. Debió de ocurrir hacia el 464 a. C., y parece que fue de considerable intensidad (cf. DIODORO, XI 63, 1-7; PLUTARCO, *Cimón* 16, 4-5).

562 Siervos subordinados a los espartiatas, los ciudadanos de pleno derecho. Se suele identificar a los hilotas con los antiguos habitantes de

periecos[563] de Turia[564] y de Etea[565] se les sublevaron y se refugiaron en Itome[566]. La mayor parte de los hilotas la constituían los descendientes de los antiguos mesenios antaño reducidos a la esclavitud[567]; por eso todos fueron
3 designados con el nombre de mesenios. Así, mientras la guerra enfrentaba a los lacedemonios con los sublevados

Laconia y Mesenia reducidos a la esclavitud por los conquistadores dorios (cf. *supra,* I 12, 3; 18, 1), pero también se les considera como un elemento originario de la organización social doria. La palabra *heîlōtes* deriva probablemente de la raíz de *heîlon,* del verbo *hairéo,* «coger», lo que está de acuerdo con su condición.

563 Los periecos *(períoikoi,* «los que habitan alrededor»), a diferencia de los hilotas, eran libres, aunque tenían limitaciones jurídico-políticas que les colocaban por debajo de los espartiatas. Probablemente eran descendientes de poblaciones locales sometidas por los dorios. Vivían en comunidades de organización autónoma en Laconia, en torno a los lugares ocupados por los espartistas, en Cinuria, en la isla de Citera, y en Mesenia. Podían tener propiedades y lotes de tierra, pero su principal actividad era el comercio y la industria. Debían pagar una contribución al Estado y servían en el ejército como hoplitas al lado de los espartiatas; podían incluso desempeñar cargos de importancia y responsabilidad, como vemos en VIII 22, 4, donde el perieco Diníadas aparece al mando de una flota peloponesia.

564 Municipio de Mesenia, al este del río Pamiso y a escasa distancia del Golfo de Mesenia (cf. ESTRABÓN, VIII 4, 5; PAUSANIAS, IV 31, 1-2).

565 Parece que estaba en Laconia, pero su situación exacta es desconocida.

566 Monte de posición estratégica en el centro de Mesenia, al oeste del río Pamiso; era una auténtica fortaleza natural. En la primera guerra mesenia (hacia 735-715 a. C.) ya había sido ocupado y defendido por los mesenios antes de someterse a Esparta. Cf. PAUSANIAS, IV 9, 1-2.

567 Mesenia, tradicionalmente sometida a Esparta (cf. nota anterior), no recuperó su autonomía hasta el siglo IV, cuando, con la ayuda de Tebas, se liberó, reconstruyendo incluso la ciudad de Mesene, su capital junto al Itome.

de Itome, los tasios, al tercer año[568] del asedio, llegaron a un acuerdo con los atenienses[569] por el que desmantelaban las fortificaciones y entregaban las naves, les era fijado el dinero que debían pagar en el acto y el tributo para el futuro, y renunciaban al continente y a las minas[570].

Diferencias entre Esparta y Atenas. El incidente de Itome

Los lacedemonios, viendo que 102
la guerra contra los de Itome se prolongaba, recurrieron a sus aliados[571], y en particular a los atenienses; éstos acudieron con no
pocas fuerzas[572] bajo el mando de Cimón. Recurrieron 2
especialmente a los atenienses porque tenían fama de expertos en dirigir el asalto de fortificaciones[573], pero, al

568 Probablemente en el 463-462 a. C.

569 Cf. *infra,* I 108, 4.

570 En favor de los atenienses, según PLUTARCO, *Cimón* 14, 2.

571 El tratado de alianza panhelénica contra Persia estaba todavía en vigor. Después será denunciado (cf. *infra,* 4). Además de Atenas, fueron llamados otros aliados, como Egina (cf. *infra,* II 72, 2; IV 56, 2), Platea (cf. *infra,* III 54, 5) y Mantinea (cf. JENOFONTE, *Helénicas* V 2, 3).

572 Con 4.000 hoplitas, según ARISTÓFANES, *Lisístrata* 1143-1144. Cf., asimismo, PLUTARCO, *Cimón* 16, 8-17, 4; DIODORO, XI 64, 2-3. Esta expedición debió de acudir en el 462-461 a. C., después de que Cimón hubiera regresado de Tasos y tras la conclusión del proceso promovido contra él por Pericles y otros adversarios políticos (cf. PLUTARCO, *Cimón* 14, 3-15, 1). La expedición está en consonancia con la política filoespartana de Cimón (cf. *supra,* n. 537).

573 Son conocidas las insuficiencias que todavía tenía la poliorcética griega. Contingentes importantes fracasaban ante murallas defendidas por fuerzas más débiles debido a la escasa eficacia de las máquinas y los medios de que entonces se disponía (cf. *infra,* II 6, 4; 78, 3-4; III 24, 2). Por lo general los asedios eran largos y costosos (piénsese, por ejemplo, en el caso de Tasos, I 101, 3, y en el de Potidea, I 64, 3, y II 70, 1), y se concluían por hambre y agotamiento. Los atenienses, sin

alargarse el asedio, se hizo patente su inferioridad respecto a esta fama; en caso contrario, hubieran tomado la plaza
3 al asalto. Y, a consecuencia de esta expedición, salió por primera vez a la luz el desacuerdo entre los lacedemonios y los atenienses[574]. Los lacedemonios, en efecto, en vista de que la plaza no era tomada al asalto, recelosos del carácter emprendedor y del espíritu revolucionario de los atenienses, y considerando, por añadidura, que eran de otra raza, los despidieron, a ellos solos de entre los aliados, por temor a que, si se quedaban, fueran incitados por los de Itome a tramar alguna acción revolucionaria; sin manifestar su sospecha, dijeron que ya no necesitaban
4 nada de ellos. Pero los atenienses se dieron cuenta de que no habían sido despedidos con la mejor de las intenciones, sino porque había surgido alguna sospecha; lo llevaron a mal y, considerando que no merecían este trato de parte de los lacedemonios, tan pronto como se hubieron retirado, abandonaron la alianza que habían pactado con ellos contra el Medo y se hicieron aliados de los argivos, enemigos de los lacedemonios; y los mismos juramentos y la misma alianza unieron a ambos pueblos con los tesalios[575].

---

embargo, gozaban de una merecida fama frente a fortificaciones de menor envergadura, como las empalizadas, como demostraron en los asaltos a los campamentos persas de Platea y Mícale (cf. Heródoto, IX 70, 1-2; 102, 2-3). En este caso, el fracaso ateniense podía deberse a las dificultades para expugnar el Itome y a la simpatía con que muchos atenienses verían a los sublevados, lo que les llevaría a actuar con menor interés a pesar de la jefatura de Cimón.

574 Alusión a diferencias anteriores que no se habían exteriorizado (cf. *supra*, I 92; 101, 2).

575 Atenas se alió con Argos, enemiga tradicional de Esparta, y con Tesalia, poseedora de importantes fuerzas de caballería. Esta alianza, que debió de concluirse hacia el 462-461 a. C. (en 460, según Unz), supuso

Fin de la resistencia de Itome. Alianza de Mégara y Atenas

Los de Itome, a los diez años de asedio[576], en vista de que ya no podían resistir, llegaron a un acuerdo con los lacedemonios por el que se comprometían a salir del Peloponeso bajo la protección del pacto y a no poner los pies 103

---

el fin de la solidaridad panhelénica que se había establecido con motivo de las Guerras Médicas y un cambio profundo en la política exterior de Atenas y Esparta. En Atenas, la figura de Cimón se vio debilitada por unas reformas de Efialtes en la Constitución y por el desaire espartano en el asunto de Mesenia; frente a su política filoespartana, se impusieron las tesis y el antilaconismo del partido democrático, y Cimón fue condenado al ostracismo. Tras la muerte de Efialtes, que fue asesinado, y la marcha al exilio de Cimón, Pericles se erigió en el primer dirigente de Atenas en el 461 a. C.

576 Tanto en los manuscritos de Tucídides como en otras fuentes (cf. DIODORO, XI 64, 4), el asedio duró diez años. Partiendo, pues, de un comienzo en el 464 a. C. (cf. *supra,* I 101, 2, n. 561), terminó nueve años después, hacia el 455 a. C. Esta cifra de «diez años», sin embargo, ha suscitado polémicas y se han propuesto diversas correcciones; un problema más en la compleja cronología de la «Pentecontecia». Si se piensa que el relato tucidídeo sigue un orden estrictamente cronológico, sin admitir excepciones debidas a razones de composición, se plantea en este caso una dificultad de considerable importancia (cf. A. W. GOMME, *op. cit.* I, págs. 401 ss.); si el asedio duró hasta el «décimo año» y su final se considera, debido a la creencia en un estricto orden cronológico, anterior a los hechos que siguen en el relato de Tucídides, surgen problemas, o respecto a la fecha en que se inició, que tendría que remontarse, o en relación a la cronología de los hechos que siguen. Los datos de la tradición, sin embargo, son confusos y a veces contradictorios (Diodoro, por ejemplo, sitúa el comienzo de la rebelión y el terremoto en el 469-468 [XI 63-64], donde se refiere a una duración de diez años, pero luego [84, 7-8] fecha su final en 456-455, después de los hechos de Egina, Mégara y Tanagra y en relación con la expedición de Tólmides). Las afirmaciones respecto a los «diez años» y a un final coincidente con la expedición de Tólmides parecen, no obstante, suficientemente garantizadas por la tradición, y creemos que aconsejan no efectuar

allí nunca más; cualquiera que luego fuera apresado, sería
2 esclavo de quien lo hubiera capturado[577]. Existía además

correcciones en el texto de Tucídides con miras a una estricta secuencia cronológica. El texto, sin embargo, ha sido corregido con frecuencia: *héktōi* por *dekátōi* —corrección de Steup aceptada por Gomme, con la que el asedio terminaría hacia el 460-459 o 459-458 a. C.—, o debería decir «cuarto año» (*δ'* = *tetártōi* se habría leído *dekátōi;* cf. *Thoukydídou Xyngraphḗ,* ed. K. W. Krüger, 2.ª ed., Berlín, 1958, I, pág. 115; modernamente, G. Donini, *Le Storie di Tucidide* I, Turín, 1982, pág. 218. Con ello, la fecha final sería el 462-461 o el 461-460, según se partiera del 465 o del 464). La tradición, sin embargo, como hemos dicho, habla de un asedio de diez años, tal como figura en el texto de Tucídides, asedio cuyo final se relacionaría con la expedición de Tólmides (cf. *infra,* 1 108, 5). Por ello podemos pensar (cf. Thucydide, *La Guerre du Péloponnèse* I, texto de J. de Romilly, 5.ª ed., París, 1981, pág. 105) que en este caso la composición no obedece a estrictos criterios cronológicos. Tucídides habría introducido en su relato el asunto de Itome en función de las relaciones entre Atenas y Esparta y del momento crucial en la política exterior de las dos potencias; estaría incluido en el relato en el momento y en la medida en que repercutía sobre aquellas relaciones. Luego, tras mostrar cómo se produjo la ruptura por el desaire de Itome, añadiría, a modo de paréntesis, para no dejarlo sin concluir, unas líneas sobre el final de un asunto cuyo desarrollo y solución no estaban ligados a su tema; y a continuación reanudaría la exposición relativa a las nuevas alianzas de Atenas (que había dejado en el acuerdo con los argivos y los tesalios) con la alianza de megareos y atenienses, que, además, iniciaba el enfrentamiento entre Atenas y Corinto. Hay desacuerdo, pues, en las distintas cronologías respecto al final de la revuelta de los hilotas: *ATL* la sitúa hacia el 461; Gomme, hacia el 460-459; pero podemos pensar, de acuerdo con los «diez años» que nos da Tucídides, que terminó hacia el 455: Deane, que refuta las correcciones al pasaje, lo fecha en 455-454, y Unz sitúa el final de la rebelión y el establecimiento de los mesenios en Naupacto por Tólmides en la primavera del 454. Sobre la cuestión del *dekátōi,* cf., asimismo, R. A. McNeal, «Historical methods and Thucydides I 103, 1», *Historia* 19 (1970), 49-71, que, analizando el método de composición tucidídeo, defiende el mantenimiento del texto.

577 Su situación cambiaba. Como hilotas estaban asignados a una

un oráculo pítico[578], pronunciado con anterioridad a los lacedemonios, con la prescripción de que dejaran marchar al suplicante de Zeus Itometa. Salieron, pues, los de Itome 3
con sus hijos y mujeres, y los atenienses, por su enemistad ya declarada contra los lacedemonios, los acogieron y los establecieron en Naupacto[579], que precisamente aca-

---

familia espartiata, pero sólo podía disponer de ellos el Estado (cf. *supra*, n. 562). Tras la rebelión, una vez capturados, su *status* era otro: pasaban a ser esclavos particulares de quien los apresaba.

578 Apolo era, igual que Zeus, un dios profético. Su santuario más conocido era Delfos, donde pronunciaba sus oráculos por medio de su sacerdotisa, la Pitia, nombre derivado, como el epíteto del dios, de la serpiente Pitón, muerta a manos de Apolo cuando se estableció en el lugar. El oráculo de Delfos fue un centro religioso de notable influencia; recibía frecuentes consultas, tanto individuales como colectivas (ante la fundación de una colonia, por ejemplo), y es bien sabido que tenía un papel político importante debido a las directrices dadas a Estados y dirigentes. En torno a centros religiosos como Delfos y Delos se organizaron las anfictionías, confederaciones religioso-políticas, base de ligas políticas, que suponían un intento de llegar a una unidad nacional por medio de la unidad religiosa. Naturalmente estos centros, debido a su prestigio e influencia, estaban sometidos a presiones e intereses. Delfos fue favorable a los dorios y a los partidos y regímenes aristocráticos, por lo que contrarió a los jonios más inclinados a la democracia. Así, en esta Guerra del Peloponeso se mostró favorable a los lacedemonios (cf. *infra*, I 118 ss.; II 54, 4). Cf., asimismo, *infra*, nn. 751 y 762. La Pitia también fue impopular en otras ocasiones, como durante las Guerras Médicas y con motivo de la expansión macedónica. Le faltó sentido nacional y se puso del lado del más fuerte. Sobre otros oráculos a los que se alude en la *Historia* de Tucídides, cf. II 17, 1; 54, 2.

579 Puerto de gran importancia estratégica por controlar la entrada del Golfo de Corinto; estaba situado en la costa norte del mismo, en la parte más estrecha de su entrada. En estas aguas tuvieron lugar importantes encuentros navales (cf. *infra*, II 83-92). Atenas establecía en una posición estratégica a unos enemigos acérrimos de Esparta (cf. *infra*, II 9, 4; 69, 1; 90, 3; IV 41, 2), que le pagó con la misma moneda al

baban de tomar a los locros ozolos[580], que la ocupaban.
4 También los megareos concertaron una alianza[581] con los atenienses, separándose de los lacedemonios, porque los corintios los acosaban en una guerra por una cuestión de fronteras[582]. Los atenienses ocuparon Mégara y Pegas[583], y construyeron para los megareos los Muros Largos que se extienden desde la ciudad hasta Nisea[584], e instalaron allí una guarnición ateniense. Y de este episodio sobre todo surgió la primera causa del violento odio de los corintios contra los atenienses[585].

---

establecer en Tirea a los eginetas expulsados por los atenienses (cf. *infra,* II 27, 1-2).

580 Cf. *supra,* I 5, 3, n. 36.

581 Se sumaron a la alianza con Argos y Tesalia concluida algo antes (cf. *supra,* n. 575). El tratado con Mégara se sitúa hacia el 460 a. C. Era extraordinariamente importante para Atenas, ya que le facilitaba el control del Golfo de Corinto al poder disponer de Pegas, el puerto megareo en aquel golfo (con lo que se evitaba la circunnavegación del Peloponeso para llegar a Naupacto), y le permitía, asimismo, el control del istmo, con lo que se dificultaba cualquier intento de invasión del Ática por los peloponesios.

582 También debían de existir problemas de límites entre Mégara y Atenas (cf. *infra,* I 139, 2), pero en esta ocasión fueron olvidados.

583 Pegas (*Pēgaí* «Las Fuentes»), puerto de Megáride en el Golfo de Corinto, junto a la actual *Alepochōri.*

584 El puerto principal de Mégara, en el Golfo Sarónico. Su situación exacta es objeto de discusiones; según unos, estaría en Paliokastro, al sur de Mégara, pero para otros sería Hagios Giorgios. La construcción de unos Muros Largos desde la ciudad al puerto, según el modelo ateniense (cf. *supra,* I 69, 1; 93; *infra,* I 107, 1; II 13, 7), hacía de Mégara una ciudad prácticamente inexpugnable (cf. *supra,* n. 573) y la capacitaba para resistir indefinidamente un asedio por tierra que no estableciera a la vez un bloqueo marítimo (cf. A. W. GOMME, *op. cit.* II, págs. 334-336).

585 El control del Golfo de Corinto por parte de Atenas era, naturalmente, un motivo de seria preocupación para Corinto.

Los atenienses en Egipto

104 El libio Inaro[586], hijo de Psamético, rey de los libios vecinos de Egipto[587], partiendo de Marea[588], ciudad situada tierra adentro detrás de Faro[589], como base de operaciones, sublevó la mayor parte de Egipto contra el rey Artajerjes[590] y, tras ponerse él mismo al frente de la sublevación, llamó en su auxilio a los atenienses[591]. Éstos, 2

---

586 Como rey de los libios era vasallo del rey de Persia, que entonces era Artajerjes; fue el instigador de la sublevación de Egipto, sometido a Persia desde el 525 a. C. en época de Cambises. Sobre la sublevación de Inaro, cf. HERÓDOTO, III 12, 4; 15, 3; VII 7; CTESIAS, F. JACOBY, *Die Fragmente der Griechischen Historiker* 688, F 32, 40; DIODORO, XI 71; 74; 77. En el año 485 a. C., Jerjes ya había sofocado una revuelta en el Delta (cf. HERÓDOTO, VII 4-7).

587 Tucídides utiliza esta expresión de «libios vecinos de Egipto» para distinguirlos del resto de los libios que se extendían por el norte de África hacia el oeste (cf. HERÓDOTO, II 32, 4). En su origen, Libia era precisamente el territorio que limitaba con Egipto por el oeste, pero el alcance del término se fue ampliando. De ahí la precisión.

588 Al oeste de la laguna Mareótide, cerca de la franja de tierra entre la laguna y el Mediterráneo donde se fundaría Alejandría.

589 Pequeña isla situada al norte de Marea, a algo más de un kilómetro de la franja a la que hace referencia la nota anterior. Era un lugar bien conocido para los navegantes griegos (cf. ESTRABÓN, XVII 1, 6).

590 Hijo y sucesor de Jerjes, reinó desde fines de diciembre del 465 hasta el 424 a. C. (cf. *infra,* IV 50, 3).

591 Es probable que la revuelta se desencadenara aprovechando la sucesión en el trono persa, es decir, a partir del 464. Debió de extenderse en los primeros años del reinado de Artajerjes gracias a problemas internos, como la sublevación de Bactriana, y luego se solicitaría la ayuda de Atenas, que envió una expedición hacia el 460-459. Los atenienses, empeñados entonces en su lucha contra Persia, acudieron en seguida en ayuda de Inaro y del saíta Amirteo: una flota de doscientos navíos destinada a Chipre se dirigió a Egipto, donde la guarnición persa quedaría

que precisamente entonces estaban dirigiendo una expedición contra Chipre[592] con doscientas naves[593] propias y de sus aliados, dejaron Chipre y acudieron a su llamada; desde el mar remontaron el Nilo y, tras adueñarse del río[594] y de las dos terceras partes de Menfis[595], iniciaron la ofensiva contra la otra parte, que se llama Alcázar Blanco[596]; allí se encontraban los persas y los medos[597]

cercada en la ciudadela de Menfis hasta la llegada de refuerzos (cf. *infra,* 109-110).

592 La isla todavía estaba ocupada por los persas y su posesión era de gran importancia desde el punto de vista estratégico. El éxito parcial de una expedición anterior (cf. *supra,* I 94, 2) debió de resultar precario, por lo que ahora se había preparado esta flota, a la que Pericles, ante la esperanza de un Egipto independiente, hizo cambiar de rumbo. Enseguida se produciría una nueva tentativa (cf. *infra,* I 112, 2-4).

593 Esta cifra de Tucídides es confirmada por Diodoro, XI 74, 3, y por Isócrates, *Sobre la Paz* 86, mientras que en otros pasajes del mismo Diodoro (XI 71, 5, y XIII 25, 2) se habla de trescientas, número sin duda exagerado, y Ctesias (F. Jacoby, *FGrHist* 688, F 14 [36]) habla tan sólo de cuarenta naves enviadas a Egipto. Cf. *infra,* I 110, 1, n. 655.

594 Después de la batalla de Papremis (cf. Heródoto, III 12, 4; Diodoro, XI 74, 1-4), en la que fueron derrotadas las fuerzas persas de Egipto, cuyo jefe Aquémenes, hermano de Jerjes, pereció en el combate.

595 La ciudad más importante del Bajo Egipto, situada junto al Nilo, un poco más arriba del punto donde se inicia el delta, cerca del actual El Cairo.

596 Este *Leukòn Teîchos,* «Muro Blanco» *(Anbū-ḥeŷ)* o «Fortaleza Blanca», era, según el escoliasta, uno de los tres recintos amurallados de Menfis y estaba construido en mármol; de ahí su nombre. Cf. Heródoto, III 14, 1; 91, 3; Diodoro, XI 74, 4; Pseudo-Calístenes, *Vida y hazañas de Alejandro* I 34, donde se recuerda su fama de inexpugnable.

597 Aquí se distingue entre persas y medos, frente a otros pasajes en que este último término, al que debían de estar acostumbrados los

que se habían refugiado y los egipcios que no se habían unido a la sublevación[598].

Guerras contra Corinto, Epidauro y Egina

Por otra parte los atenienses, 105
que habían desembarcado en Halias[599], se enfrentaron en una batalla a los corintios y los epidaurios[600], y vencieron los corintios[601]. Más tarde se libró una batalla naval entre los atenienses y una flota peloponesia a la altura de Cecrifalia[602], y ven-
cieron los atenienses[603]. A continuación, habiendo estalla- 2
do una guerra entre los atenienses y los eginetas, tuvo lugar una gran batalla naval cerca de Egina[604] entre atenienses y eginetas, con la asistencia de los aliados de cada bando; vencieron los atenienses y, después de apresar setenta naves de los eginetas, desembarcaron en la isla y

griegos, tiene un carácter general, para designar a la población del Imperio persa, que antes había sido medo.

598 Tucídides interrumpe aquí el relato de la campaña de Egipto para reemprenderlo luego en 109, 1.

599 Ciudad costera situada en el extremo sur de la Argólide.

600 Cf. *supra*, I 27, 2.

601 En 458 a. C., de acuerdo con la cronología de Gomme; según R. K. Unz, en verano del 459. Según Diodoro, XI 78, 1, la victoria fue ateniense.

602 Isla del Golfo Sarónico, situada entre Egina y Epidauro. Es la actual Angistri.

603 Con esta victoria o con la del párrafo siguiente se ha relacionado una inscripción (W. Dittenberger, *Sylloge Inscriptionum Graecarum*, 3.ª ed., Leipzig, 1915-24, 73).

604 Tanto esta batalla naval de Egina como la de Cecrifalia se sitúan, de acuerdo con las hipótesis de Gomme, en el 458. Según la cronología propuesta por R. K. Unz (art. cit., 83), la de Cecrifalia, como la de Halias, se fecharía durante el verano del 459, y la de Egina, a fines del período estival.

pusieron sitio a la ciudad[605], bajo el mando de Leócra-
3 tes[606], hijo de Estrebo. Luego los peloponesios, queriendo ayudar a los eginetas, hicieron pasar a Egina trescientos hoplitas que antes habían combatido como tropas auxiliares de los corintios y los epidaurios; mientras tanto, los corintios con sus aliados ocuparon las alturas de la Gerania[607] y bajaron al territorio de Mégara, creyendo que los atenienses no estarían en condiciones de socorrer a los megareos al estar ausente gran parte de su ejército en Egina y en Egipto; o que, si los socorrían, tendrían que reti-
4 rarse de Egina. Los atenienses, sin embargo, no movieron el ejército de Egina, sino que los más veteranos y los más jóvenes[608] de entre las fuerzas que quedaban en la ciudad
5 acudieron a Mégara bajo el mando de Mirónides[609]. Y tras una batalla indecisa contra los corintios, los dos ejércitos se separaron, y unos y otros pensaron que no habían
6 llevado la peor parte en la acción. Los atenienses, que, a pesar de todo, fueron superiores, después de retirarse los corintios, erigieron un trofeo; pero los corintios, cu-

605 La capital de la isla, del mismo nombre.

606 Probablemente el mismo Leócrates, que había sido estratego en Platea, unos veinte años antes (en el 479), junto a Mirónides y Arístides (cf. PLUTARCO, *Arístides* 20, 1).

607 Cordillera entre Mégara y Corinto. Su ocupación por los peloponesios constituía una amenaza para Mégara, sobre todo para las comunicaciones con Pegas, su puerto en el Golfo de Corinto.

608 No se trata de los más viejos y los más jóvenes entre los que quedaban. Es una expresión habitual para referirse a las tropas de reserva, normalmente destinadas a la vigilancia de las murallas. Eran los hombres entre 50 y 59 años y los jóvenes de 18 y 19.

609 Uno de los más famosos generales atenienses, muy admirado en Atenas, como lo demuestra ARISTÓFANES (*Lisístrata* 801-804; *Asambleístas* 303-305). Fue estratego en Platea (cf. *supra*, n. 606) y luego en Enófita (cf. *infra*, I 108, 2-3; IV 95, 3).

biertos de reproches por los viejos que habían quedado en la ciudad, se prepararon y, unos doce días después, volvieron y se pusieron a erigir a su vez un trofeo como si ellos también hubieran vencido[610]. Entonces los atenienses efectuaron una salida desde Mégara, mataron a los que estaban erigiendo el trofeo y, trabando combate con los demás, los vencieron.

Los corintios, vencidos, se retiraron, y una parte con- 106
siderable de ellos, acosada y extraviada, cayó en una propiedad privada, que estaba cercada por un gran foso y no
tenía salida. Los atenienses, al darse cuenta, bloquearon 2
la entrada con los hoplitas y, disponiendo en derredor la infantería ligera, apedrearon a todos los que habían entrado, lo que fue un duro golpe para los corintios. Entonces el grueso de su ejército se retiró hacia su patria[611].

Expedición lacedemonia a Grecia Central

También por esta época[612] los 107
atenienses comenzaron a construir los Muros Largos hasta el mar, uno hacia el Falero y otro hacia el Pi-
reo[613]. Por otra parte, dado que 2
los focenses[614] habían dirigido una expedición contra la

610 Pasaje que demuestra la importancia que se daba a la erección del trofeo (cf. *supra,* I 30, 1, n. 216). Para levantar el trofeo, los corintios se expusieron gravemente, como confirma el capítulo siguiente.

611 Como en los casos de Halias, Cecrifalia y Egina, todos estos episodios de Mégara debieron de tener lugar en el 458 a. C., o en el 459, a fines del verano, según la cronología de R. K. Unz.

612 Cf. *supra,* I 69, 1, n. 389.

613 Sobre la construcción de las murallas de Temístocles, cf. *supra,* I 93, 1-8. Estas murallas fueron completadas con los Muros Largos, que unían Atenas a sus puertos cerrando una zona fortificada entre éstos y la ciudad. Así se garantizaba el acceso al mar, el campo de batalla que Atenas prefería, y el abastecimiento de la ciudad. Sobre el modelo

Dóride[615], la metrópoli de los lacedemonios, concretamente contra Beo, Citinio y Eríneo[616], en la que habían tomado una de estas plazas, los lacedemonios, bajo el mando de Nicomedes[617], hijo de Cleómbroto[618], en representación del rey Plistoanacte[619], hijo de Pausanias, que todavía era menor de edad, acudieron en auxilio de los dorios con mil quinientos hoplitas propios y diez mil de sus aliados[620]; y después de obligar a los focenses a capitular y a devol-
3 ver la ciudad, emprendieron el camino de regreso. Pero el viaje por mar, en el caso de que pretendieran pasar

---

ateniense se construyeron los Muros Largos de Mégara (cf. *supra,* I 103, 4, n. 584).

614 Habitantes de la Fócide, región situada al noroeste de Beocia y al norte del Golfo de Corinto. Por el norte limita con el territorio de los locros opuntios y por el noroeste con la Dóride. Al este tiene la Lócride Ozolia (cf. *supra,* I 5, 3, n. 36). No deben ser confundidos con los foceos, habitantes de Focea (cf. *supra,* I 13, 6, n. 106).

615 Región montañosa, al noroeste de la Fócide, que era considerada la tierra originaria de los dorios (cf. HERÓDOTO, VIII 31; *supra,* I 12, 3; 18, 1). Cf. *infra,* III 92, 3. Esta expedición contra la Dóride se sitúa en el 458, de acuerdo con Gomme; según *ATL,* tuvo lugar en verano del 459 y, para R. K. Unz, a fines del 459 a. C.

616 Son tres ciudades de la Dóride. De Citinio se vuelve a hablar en III 95, 1; 102, 1.

617 Era hermano de Pausanias (cf. *supra,* I 94-96, 1; n. 512), que había muerto hacia el 470. Era regente en nombre del hijo de Pausanias.

618 Cf. *supra,* I 94, 1, n. 512.

619 Sucedía a Plistarco, que había muerto hacía poco. Fue rey de Esparta desde el 458 hasta el 408 a. C. Cf. *infra,* I 114, 1-2, donde aparece al frente de una invasión del Ática, con motivo de la cual fue acusado en Esparta de haberse dejado corromper por los atenienses para ordenar la retirada, y enviado temporalmente al exilio (cf. *infra,* II 21, 1; V 16-17).

620 A continuación del ataque de los focenses, en 458-457, según Gomme; antes, en 459-458, según *ATL,* y a comienzos de la primavera del 458, de acuerdo con la cronología de R. K. Unz.

por el Golfo de Crisa[621], los atenienses, cuyas naves ha-
bían dado la vuelta al Peloponeso, iban a impedírselo; y,
al ocupar los atenienses Mégara y Pegas[622], tampoco les
parecía seguro marchar a través de la Gerania; la Gera-
nia[623], difícil de atravesar efectivamente, estaba, además,
permanentemente custodiada por una guarnición atenien-
se, y se daban cuenta de que, si llegaba el caso, también
les iban a impedir el paso por allí. Decidieron, pues, que- 4
darse en Beocia y mirar el modo de pasar con mayor se-
guridad. En esta decisión también influyó el hecho de que
algunos atenienses los animaran en secreto[624], con la es-
peranza de poner fin a la democracia y a la construcción
de los Muros Largos. Los atenienses entonces acudieron 5
contra ellos con todas sus fuerzas[625] y con la ayuda de
un millar de argivos y de los contingentes de los otros
aliados; en total eran catorce mil hombres. Se dirigieron 6
contra ellos suponiendo que no sabían por dónde pasar,
y también influyó algo la sospecha de que se intentaba

[621] El Golfo de Corinto (cf. *infra,* II 69, 1). El nombre le venía de Crisa, importante ciudad focense en cuyo territorio se encontraba el santuario de Delfos. En la expedición a la que se refiere Tucídides en este pasaje es probable que los lacedemonios atravesaran el golfo para llegar a la Dóride.

[622] Cf. *supra,* I 103, 4, n. 583.

[623] Cf. *supra,* I 105, 3, n. 607.

[624] Algunos oligarcas exasperados por las reformas de Efialtes (cf. *supra,* n. 575), para quienes los Muros Largos significaban el triunfo de los demócratas y de una política dependiente del mar.

[625] Se refiere, naturalmente, a todas las fuerzas disponibles, ya que importantes contingentes estaban todavía en Egina, donde se mantenía un asedio (cf. *supra,* I 105, 2, 4), y en Egipto (cf. I 104, 2, y 109, 1). Ya se ha visto que habían tenido que recurrir a las tropas de reserva para defender Mégara (cf. *supra,* I 105, 4-5).

7 acabar con la democracia[626]. De acuerdo con el tratado de alianza[627], también se unieron a los atenienses tropas de la caballería tesalia, que en el curso de la acción se pasaron a los lacedemonios.

Batallas de Tanagra y de Enófita. Expediciones atenienses. Atenas acaba sus Muros Largos

108 La batalla se libró en Tanagra[628] de Beocia; vencieron los lacedemonios y sus aliados, pero la matanza fue grande en ambos bandos[629].
2 Luego los lacedemonios penetraron en la Megáride, y, después de talar los árboles[630], volvieron a su patria a través

[626] Sospechas sin duda fundadas: Tanagra no estaba precisamente en el camino del Peloponeso.

[627] Cf. *supra,* I 102, 4. Este tratado fue renovado luego (cf. *infra,* I 111, 1; II 22, 3), a pesar de la traición de la caballería tesalia en Tanagra.

[628] Ciudad situada al sudeste de Beocia, cerca de la frontera con el Ática y no lejos del mar. La batalla de Tanagra tuvo lugar hacia junio del 457, según los cálculos de A. W. Gomme; en junio del 458, según *ATL,* y en primavera del 458, de acuerdo con la cronología de R. K. Unz.

[629] Se atribuyó la victoria a los lacedemonios seguramente por la circunstancia de que quedaran dueños del campo de batalla (cf. *supra,* I 30, 1, n. 216). Los hechos, sin embargo, demuestran que el resultado debió de ser equilibrado. Esparta no intentó la invasión del Ática, como esperaban los elementos filoespartanos (cf. *supra,* I 107, 4, n. 624), y Atenas tuvo capacidad para reaccionar rápidamente (108, 2-3). La tradición ateniense, además, pretendía que el resultado había sido indeciso (cf. Platón, *Menéxeno* 242a; Diodoro, XI 80). Sobre esta batalla existen dos documentos epigráficos: cf. R. Meiggs, D. Lewis, *A selection of Greek historical inscriptions to the end of the fifth century b. C.,* Oxford, 1969, 35 y 36 (cf. Pausanias, I 29, 7-9; V 10, 4).

[630] Se refiere probablemente a olivos y vides, lo que obviamente suponía un daño muy serio.

[631] Sin duda, los atenienses, ante la situación de peligro para su territorio, se habían preocupado de Mégara y del istmo.

de la Gerania y del istmo[631]. Los atenienses, sesenta y un días después de la batalla[632], emprendieron una expedición contra los beocios bajo el mando de Mirónides[633]; después 3 de vencerlos en una batalla que se libró en Enófita[634], se adueñaron de Beocia[635] y de Fócide[636], derribaron las murallas de Tanagra y tomaron como rehenes a los cien hombres más ricos de entre los locros opuntios[637]; acabaron, además, sus Muros Largos[638]. Después de estos aconteci- 4 mientos, los eginetas también aceptaron las condiciones de los atenienses[639]: desmantelar sus murallas, entregar las naves, y que les fuera fijado un tributo para el futuro.

---

632 A los sesenta y dos días con el cómputo inclusivo. Debía de ser muy conocido el intervalo entre Tanagra y Enófita (cf. Diodoro, XI 81). Ésta debió de tener lugar en agosto del 457 a. C., de acuerdo con Gomme; según *ATL*, en agosto del 458, y a principios de verano del 458, en la cronología de R. K. Unz.

633 Cf. *supra*, I 105, 4, n. 609.

634 La situación exacta de esta localidad es desconocida, pero se suele pensar que estaba cerca de Tanagra.

635 Contaron sin duda con el apoyo de los elementos antitebanos. La victoria ateniense trajo como consecuencia la institución de regímenes democráticos en las diversas ciudades y la expulsión de los principales representantes del partido contrario. Cf. *infra*, I 113, 1-2; III 62, 5; Platón, *Menéxeno* 242a-b, donde se dice que Atenas se enfrentó a Esparta por la libertad de los beocios; Aristóteles, *Política* V 2, 6 (1302b); Diodoro, XI 81, 1-3.

636 Como enemiga de Esparta (cf. *supra*, I 107, 2), Fócide era amiga de Atenas y entonces se convirtió en aliada.

637 Cf. *supra*, I 5, n. 36. Los locros opuntios eran enemigos de los focenses, y probablemente también lo eran de Atenas desde la conquista de Naupacto (cf. *supra*, I 103, 3), arrebatada a los locros (cf. A. W. Gomme, *op. cit.* I, pág. 304).

638 Probablemente hacia el 457 o el 456. Cf. *supra*, I 69, 1, n. 389.

639 Sobre el inicio del asedio, cf. *supra*, I 105, 2. Egina capituló en 457-456, según los cálculos de Gomme; a principios de verano del 458, «tras nueve meses de asedio» (cf. Diodoro, XI 78, 4), según R.

5 Luego los atenienses circunnavegaron el Peloponeso bajo el mando de Tólmides[640], hijo de Tolmeo; incendiaron el arsenal de los lacedemonios[641], tomaron Calcis, ciudad de los corintios[642], y, en un desembarco, vencieron a los sicionios[643] en una batalla.

Derrota de los atenienses en Egipto

109 Entretanto los atenienses y sus aliados que se encontraban en Egipto[644] permanecían todavía allí, afrontando una guerra de muy di-
2 versa suerte[645]. Al principio los atenienses se hicieron los dueños de Egipto, y el Rey[646]

K. Unz (cf. *supra,* I 105, 2, n. 604). Las condiciones que se le impusieron fueron análogas a las de Tasos (cf. *supra,* I 101, 3) y a las que luego serían impuestas a Samos (cf. *infra,* I 117, 3): destrucción de las murallas, entrega de barcos y fijación de un tributo de treinta talentos anuales, un tributo muy alto que pagaron los eginetas hasta su expulsión de la isla (cf. *infra,* II 27, 1). Sobre el tributo, cf. B. D. Meritt, H. T. Wade-Gery, M. F. McGregor, *The Athenian tribute lists* I, Cambridge Mass. - Princeton, N. J., 1939-1953, págs. 218-219.

640 También fue estratego de una expedición contra Beocia (cf. *infra,* I 113, 1). Esta circunnavegación del Peloponeso tuvo lugar en 456-455 a. C. (cf. Diodoro, XI 75). No fue éste el único crucero en torno al Peloponeso; hubo otras razzias navales capitaneadas por Tólmides durante esta época.

641 Giteo, o Gitio, en el Golfo de Laconia (cf. Diodoro, XI 84, 6; Pausanias, I 27, 5).

642 Colonia de Corinto en la costa sur de Etolia, en el Golfo de Calidonia, al oeste de Naupacto (cf. *supra,* I 103, 3) y junto a la desembocadura del Eveno (cf. *infra,* II 83, 3; Estrabón, X 2, 5; 21). La expresión utilizada por Tucídides podría implicar un control de la colonia por parte de la metrópoli (cf. *infra,* II 30, 1; IV 49).

643 Sobre Sición, cf. *supra,* I 28, 1, n. 206.

644 Cf. *supra,* I 104, 2.

645 Según el escoliasta, batallas navales y terrestres, victorias y derrotas.

646 Cf. *supra,* nn. 132 y 590.

envió a Esparta al persa Megabazo[647] con dinero para
persuadir a los peloponesios a invadir el Ática y forzar
así la retirada de los atenienses de Egipto[648]. Pero, al ver 3
que su intento no tenía éxito y que se gastaba el dinero
inútilmente, ordenó el regreso de Megabazo a Asia con
el dinero que quedaba y envió al persa Megabizo[649], hijo
de Zópiro[650], al frente de un gran ejército[651]. Éste a su 4
llegada por tierra venció a los egipcios y a sus aliados en
una batalla, expulsó a los griegos de Menfis y, finalmente,
los encerró en la isla de Prosopitis[652], donde los tuvo si-
tiados durante un año y seis meses, hasta que, desecando
el canal y desviando el agua por otro conducto, dejó las

---

647 Personaje que en Tucídides sólo aparece en este pasaje y del que no tenemos más noticias.

648 Se duda respecto a si esta misión de Megabazo fue anterior o posterior a la expedición lacedemonia y a los hechos de Tanagra (cf. *supra,* I 107-108).

649 Uno de los comandantes del ejército de Jerjes que en el 480 invadió Grecia (cf. HERÓDOTO, VII 82; 121, 3). HERÓDOTO (III 160, 2) también se refiere a él como comandante de esta expedición a Egipto, expedición que, según DIODORO (XI 74, 6-75, 1), fue de trescientos mil hombres. Tras su regreso de Egipto, mantuvo diferencias con el rey Artajerjes a propósito de Inaro y de los prisioneros griegos. Megabizo había prometido que sus vidas serían respetadas, pero Artajerjes, a instancias de su madre y como venganza de la muerte de Aquémenes (cf. *supra,* n. 594), los hizo ejecutar (cf. CTESIAS, *Persiká* 66-72).

650 Artífice, con su astucia, de la toma de Babilonia en tiempos de Darío (cf. HERÓDOTO, III 153-160). Su nieto del mismo nombre, hijo de Megabizo (cf. nota anterior), se pasó a Atenas (cf. HERÓDOTO, III 160, 2).

651 Cf. *supra,* n. 649. Diodoro nos habla, además de los 300.000 hombres, de 300 trirremes. CTESIAS (32-34) eleva la cifra, con las fuerzas que ya estaban en Egipto, a 500.000.

652 Isla situada en el delta del Nilo, entre las bocas Canóbica y Sebenítica y un canal que las unía (cf. HERÓDOTO, II 41, 4-5; ESTRABÓN, XVII 1, 20; TOLEMEO, IV 5, 49).

naves en seco y unió la mayor parte de la isla a tierra firme; entonces pasó a pie y tomó la isla.

110 Así fracasó la causa de los griegos después de seis años de guerra[653]; unos pocos de entre muchos lograron salvarse dirigiéndose a Cirene[654] a través de Libia, pero
2 la mayor parte pereció[655]. Egipto volvió a estar bajo la

---

[653] Desde el 460-459, en el que se inició la intervención ateniense (cf. *supra,* I 104, 1), hasta el 454 a. C., fecha a la que corresponden los hechos con los que acaba este capítulo.

[654] Importante colonia griega en Libia, en la región que ha recibido el nombre de Cirenaica, al este del actualmente problemático Golfo de Sidra. Fue fundada por Tera en el 631 a. C. en una expedición conducida por Bato (cf. PÍNDARO, *Píticas* V 39), conocida por el relato de HERÓDOTO (IV 150-158) y por una inscripción (R. MEIGGS, D. LEWIS, *A selection of greek historical inscriptions to the end of the fifth century b. C.*, cit., 5). Fue gobernada por la familia de los Batíadas durante dos siglos (cf. HERÓDOTO, IV 159-164), en los que Cirene creció notablemente acogiendo a nuevos inmigrantes. En el 525 a. C., se sometió al persa Cambises (cf. HERÓDOTO, IV 165, 2; DIODORO, X 14). Recuperó su independencia tras el fracaso de la expedición de Jerjes a Grecia.

[655] Las pérdidas sufridas por Atenas en Egipto son objeto de polémica. La discusión se inicia respecto a las fuerzas realmente enviadas al Delta, ya que no hay acuerdo en las fuentes. Unas (Isócrates, Diodoro) hablan de 200 naves (cf. *supra,* I 104, 2, n. 593), que, a razón de 200 hombres por barco, darían un total de 40.000 hombres (cf. DIODORO, XIII 21, 2), mientras que Ctesias afirma que sólo fueron enviadas 40 trirremes, con lo que los hombres serían unos 8.000 («más de 6.000»). Se puede pensar que Tucídides, en 104, 2, no precisa si todas las 200 naves de Chipre fueron realmente enviadas a Egipto, aunque parezca sugerirlo. Es posible, asimismo, para coincidir con los datos de Ctesias, que, tras establecer el asedio de Menfis, regresara la mayor parte de la flota, quedando sólo el contingente al que Ctesias hace referencia. Estas soluciones satisfacen a quienes consideran que la pérdida de 250 naves (las 200 del principio más las 50 de I 110, 4) es excesiva por cuanto que poco después (cf. *infra,* I 112, 2) fue enviada a Chipre una flota de doscientas naves. El hecho de que las cincuenta trirremes (de I 110, 4) sean definidas como *diádochoi* nos induce a pensar que éste sería el

autoridad del Rey, a excepción de Amirteo[656], el rey de las marismas; a éste no pudieron someterlo debido a la extensión de la marisma y a que, además, los habitantes de las marismas son los mejores guerreros de Egipto. Inaro, el rey de los libios, que había tramado todo el asunto de Egipto, fue capturado a traición y empalado[657]. Entretanto, cincuenta trirremes de refresco, que procedentes de Atenas y de las otras ciudades de la alianza navegaban hacia Egipto, arribaron al brazo de Mendes[658], sin saber nada de lo que había ocurrido; tropas de infantería, que

3

4

número de las naves que permanecerían en Egipto; y si la mayor parte de éstas y de las que iban a relevarlas fueron destruidas, hay que pensar en un total cercano al centenar. En cuanto a las tripulaciones, Diodoro y Ctesias hablan de un tratado por el que se les perdonaba la vida, acuerdo que al final se cumplió, aunque no totalmente, dado que Artajerjes, rompiendo la promesa (cf. *supra,* n. 649), ejecutó a una parte (cf. CTESIAS, 35-7). Isócrates, sin embargo, afirma que se perdieron los doscientos barcos y sus tripulaciones. Cf. H. D. WESTLAKE, «Thucydides and the Athenian Disaster in Egypt», *Classical Philology* 45 (1950), 209-216; J. M. LIBOUREL, «The Athenian disaster in Egypt», *American Journal of Philology* 92 (1971), 605-615, que apoya el relato de Tucídides en cuanto a la magnitud del desastre.

656 Su territorio era la zona pantanosa del bajo delta. Amirteo resistió tras la derrota de Inaro y los griegos, y debió de mantenerse independiente en el Delta hasta el 449 a. C. (cf. *infra,* I 112, 3-4), cuando Atenas, a la muerte de Cimón, retiró su flota de Chipre y dejó de prestarle ayuda (cf. PLUTARCO, *Cimón* 18). HERÓDOTO, II 140, 2; III 15, 3).

657 No inmediatamente, sino cinco años después, según Ctesias (cf. F. JACOBY, *FGrHist* 688, F 14), y debido a la violación por parte de Artajerjes del tratado acordado por Megabizo, que le había prometido la vida. Esta afrenta del Rey (cf. *supra,* n. 649) motivó al parecer la rebelión de Megabizo en Siria (450 a. C.), hecho que se ha relacionado con la expedición de Cimón a Chipre (cf. capítulo siguiente).

658 La boca mendesia, que pasaba por Mendes, era uno de los brazos orientales del delta del Nilo. Cf. HERÓDOTO, II 17; PÍNDARO, fr. 201 (Schroeder).

las atacaron desde tierra, y la flota fenicia, que lo hizo por mar, acabaron con la mayor parte de las naves; las menos consiguieron escapar y regresaron. Éste fue el fin de la gran expedición de los atenienses y sus aliados a Egipto[659].

Los atenienses en Tesalia, en el Peloponeso y en Acarnania

111 Orestes[660], hijo del rey de los tesalios Equecrátidas[661], desterrado de Tesalia, persuadió a los atenienses a que lo restauraran[662]; entonces los atenienses, con refuerzos de beocios y focenses, que eran aliados suyos[663], se dirigieron contra Fársalo[664] de Tesalia. Y conseguían el control

659 Después de los éxitos en el norte, interesaba minar el poder persa por el sur. De ahí el interés de Atenas por Egipto, que, por otra parte, era un suministrador de grano y un importante mercado. La campaña, sin embargo, concluyó en un fracaso, que nos hace pensar en el desastre de la expedición de Sicilia, de la que Tucídides nos ha dejado un admirable relato en los libros VI y VII. En el mismo año del fracaso de la expedición ateniense a Egipto, en el 454, la caja de la Liga que se guardaba en Delos fue trasladada a Atenas; se temía el avance de la flota persa.

660 La aspiración de Orestes sería suceder a su padre como *tagós* (cf. nota siguiente) de los tesalios. Este Orestes tal vez pueda identificarse con el Orestes de *Inscriptiones Graecae* XI 2, 257.

661 HERÓDOTO (V 63, 3, y VII 6, 2) también habla de «reyes de Tesalia», título impropio, ya que en Tesalia, confederación de cuatro distritos gobernados por tetrarcas, el jefe supremo era el *tagós*.

662 Este episodio demuestra el interés de Atenas por Tesalia y por su caballería, a pesar de la desafortunada experiencia de Tanagra (cf. *supra*, I 107, 7). Si los atenienses hubieran conseguido el objetivo de esta expedición, se hubiera renovado el tratado al que se refiere I 102, 4. Lo conseguirán más tarde (cf. *infra*, II 22, 3).

663 Cf. *supra*, I 108, 3. Sobre la alianza con Fócide, cf. M. N. TOD, *A selection of Greek historical inscriptions* I, Oxford, 1946, 39.

664 La ciudad más importante de la Ftiótide, uno de los cuatro distritos en que se dividía Tesalia. Estaba situada en la zona meridional

del territorio en tanto que no se alejaban mucho de sus puestos, pues la caballería tesalia los mantenía a raya, pero no pudieron tomar la ciudad ni tuvieron éxito en ninguno de los otros objetivos que habían motivado la expedición, sino que se retiraron con Orestes sin conseguir nada. No mucho tiempo después de estos acontecimientos[665], 2
mil atenienses se embarcaron en las naves que estaban en Pegas[666] (ellos eran entonces los dueños de Pegas) y navegaron costeando hasta Sición, bajo el mando de Pericles[667], hijo de Jantipo[668]; desembarcaron y vencieron en

de la llanura tesalia, al sur del río Enipeo, en la ruta que desde Grecia Central se dirigía hacia el norte. Era la patria de Equécrates y Orestes.

665 Probablemente hacia el 454 a. C., según las cronologías tradicionales, no exentas tampoco de problemas en estos capítulos (109-112). Sobre ello, cf. el reciente artículo de R. K. Unz al que nos hemos referido, donde se plantean algunos problemas respecto a las secuencias cronológicas de dichos capítulos y se sugieren algunas hipótesis que modifican fechas tradicionalmente aceptadas. Según Unz, el relato tucidídeo en estas síntesis no sería estrictamente cronológico, sino que, al presentar algunos temas en forma resumida, se producirían anticipaciones; basándose en ello, defiende la vuelta del exilio de Cimón en el año 454, en conexión con el desastre de Egipto, y anticipa algunas fechas importantes (cf. R. K. Unz, art. cit., *C.Q.* 36 (1986), 76-84) como estas expediciones a Tesalia y a Sición, que serían anteriores en tres años al tratado de cinco años y a la expedición de Cimón a Chipre, que a su vez son anticipados por Unz al 454-453.

666 Sobre Pegas, cf. *supra*, I 103, 4; 107, 3. Esta flota era, según Plutarco, 19, 2, de cien trirremes; según Diodoro, XI 85, de cincuenta.

667 Éste es el primer pasaje en que Tucídides menciona al gran estadista ateniense que estuvo al frente de la política de Atenas durante más de treinta años. Cf. R. Sealey, «The Entry of Pericles into History», *Hermes* 84 (1965), 234 ss.

668 Jantipo había estado al frente de las tropas atenienses en la batalla de Mícale y de las fuerzas que a continuación asediaron y tomaron Sesto (cf. *supra*, I 89, 2; Heródoto, VI 131; VIII 131; IX 114; 115 ss).

3 una batalla a los sicionios que se les enfrentaron[669]. Luego, con el refuerzo de unas tropas aqueas[670], pasaron a la costa de enfrente, se dirigieron contra Eníadas[671] de Acarnania y la sitiaron; pero, al no poder tomarla, regresaron a su patria.

Tregua de cinco años con Esparta. Expedición a Chipre. Muerte de Cimón. Victoria de Salamina de Chipre. Guerra Sagrada

112 Más tarde, al cabo de un intervalo de tres años[672], se concluyó un tratado de paz por cinco años[673] entre los peloponesios y los
2 atenienses. Entonces los atenienses renunciaron a la guerra en Grecia, pero emprendieron una expedición contra Chipre[674] con

---

669 En Nemea, según PLUTARCO, 19, 2; pero posiblemente se refiere al curso bajo del río Nemea, que señalaba el límite entre los territorios de Corinto y Sición, puesto que Nemea se encontraba en el interior.

670 De Acaya, región de la costa norte del Peloponeso que se extendía por el oeste hasta el territorio de Sición. En el 431, al comienzo de la guerra, los aqueos eran neutrales a excepción de Pelene, que se alineó con los peloponesios. Luego todos se unieron a la Liga del Peloponeso (cf. *infra,* II 9, 2).

671 Ciudad de Acarnania meridional, cercana a la desembocadura del Aqueloo. Cf. *supra,* I 5, 3, e *infra,* II 102, 2-6; POLIBIO, IV 65, 2-4.

672 En el 451, según la cronología tradicional (cf. A. W. GOMME, *op. cit.* I, págs. 325-329; *ATL:* 451; Deane: otoño/invierno del 451); cf., asimismo, *supra,* n. 665.

673 Un pacto de no agresión entre Atenas y la Liga del Peloponeso (cf. PLUTARCO, *Cimón* 18, 1; *Pericles* 10, 4). Es probable que en la conclusión de esta tregua influyera el reciente desastre de Egipto. Grecia se dio cuenta del peligro de la flota persa-fenicia.

674 En el 451 o en el 450, después de concluir el tratado de paz de cinco años (sobre la fecha, cf. R. MEIGGS, *The Athenian Empire,* Oxford, 1972, págs. 124-126; cf. *supra,* nn. 672 y 665). Al frente iba Cimón, que había regresado de su destierro (cf. *supra,* I 102, 1-4, n. 575). De esta expedición a Chipre nos hablan también DIODORO, XII, 3-4 (que se basa probablemente en Éforo), y PLUTARCO, *Cimón* 18-19. Sobre las notables diferencias entre los tres relatos, cf. R. MEIGGS, *op. cit.,* págs.

doscientas naves propias y de sus aliados, bajo el mando de Cimón. Sesenta de estas naves se hicieron a la vela 3 para Egipto a petición de Amirteo[675], el rey de las marismas, y las otras pusieron sitio a Citio[676]. Pero al morir 4 Cimón[677] y sobrevenir el hambre[678], se retiraron de Citio[679], y cuando su flota navegaba a la altura de Salamina[680] de Chipre, combatieron por mar y por tierra a

125-128; S. T. PARKER, «The objectives and strategy of Cimon's expedition to Cyprus», *American Journal of Philology* 97 (1976), 30-38, artículo en el que se analizan los objetivos y la estrategia de Cimón: 1) control de las aguas chipriotas; 2) captura de los puertos estratégicos; 3) consecución de la ayuda de las ciudades griegas de la isla; 4) derrota de las fuerzas persas y fenicias, así como las razones del fracaso de la expedición.

675 Cf. *supra,* I 110, 2, n. 656.

676 La ciudad fenicia más importante de Chipre, situada en la costa sudoriental, donde actualmente está Larnaca. Era la patria de Zenón el Estoico, tal como anota el escoliasta.

677 De enfermedad, según la opinión más generalizada, o de resultas de una herida según otros (cf. PLUTARCO, *Cimón* 19, 1).

678 Algunos (Beloch y otros) quieren leer *loimoû,* «epidemia», en lugar de *limoû,* «hambre», pero se basan en razones de poco peso (como la de que, al tratarse de los sitiadores, debería decir *sitodeía,* «desabastecimiento, carestía», en lugar de *limós,* que sería más adecuado a los sitiados). Según esta hipótesis, lo que habría sobrevenido sería una epidemia, a consecuencia de la cual habría muerto Cimón. Pero cuesta pensar que un ejército afectado por una epidemia pudiera en seguida combatir y vencer, como lo hizo en Salamina. Sin duda el texto es correcto y se trata de una situación de desabastecimiento.

679 En el 450 a. C., según la cronología tradicional. Los acontecimientos de Chipre y la Paz de Calias se anticiparían, asimismo, según la tesis de R. K. Unz.

680 La ciudad más importante de Chipre, al nordeste de Citio, en la parte central de la costa oriental de la isla. Su población era griega. Junto a la moderna Famagusta, uno de los excelentes puertos de Chipre, como lo es también Larnaca (Citio), excelentes bases para la flota persa. De ahí el interés de Atenas por dominar la isla.

la vez contra fuerzas fenicias, chipriotas[681] y cilicias[682]; luego, después de vencer en los dos campos de batalla, se retiraron hacia su patria[683] junto con las naves que habían regresado de Egipto[684]. Después de esto, los lacedemonios emprendieron la llamada Guerra Sagrada[685]; se adueñaron del santuario de Delfos y lo entregaron a los delfios; pero luego, después de retirarse los lacedemonios, los atenienses dirigieron a su vez una expedición[686], se adueñaron del santuario y lo entregaron a los focenses.

---

681 Está en ms. C, pero lo omiten los restantes manuscritos. Los editores suelen mantenerlo; es más verosímil un error por omisión que por inserción. En PLUTARCO *(Cimón* 18, 5), sin embargo, sólo leemos «naves fenicias y cilicias».

682 Los cilicios eran la población de Cilicia, un territorio situado en la costa sudeste de Asia Menor que es el más cercano a Chipre, situada al sur de sus aguas. También servían en la flota persa.

683 A pesar del éxito de Salamina, Atenas abandonó Chipre a los persas, probablemente porque Pericles, muerto Cimón, consideraba el peligro de un ataque espartano y el riesgo de una guerra en dos frentes. Ni Atenas ni Persia habían obtenido victorias decisivas y se había llegado a un cierto equilibrio, por lo que en el 449, según la cronología tradicional, se llegó a la Paz de Calias, un convenio bilateral jurado por ambos contendientes.

684 De las doscientas naves enviadas a Chipre, sesenta habían navegado hasta Egipto para ayudar a Amirteo.

685 Los focenses, enemigos de Esparta y aliados de Atenas, aprovechando el éxito ateniense de Enófita y considerando su alianza con Atenas (cf. *supra,* I 108, 3; 111, 1, n. 663) se habían apoderado del santuario de Delfos, que estaba en territorio de los delfios. Aquí se produce la réplica de Esparta y la contrarréplica de Atenas (hacia el 449-448 a. C.).

686 Bajo el mando de Pericles, según PLUTARCO, *Pericles* 21.

Batalla de Coronea. Derrota ateniense en Grecia Central

Pasado algún tiempo[687], debido 113
a que los exiliados beocios[688] ocupaban Orcómeno[689], Queronea[690] y algunas otras plazas de Beocia, los atenienses se dirigieron contra estas plazas enemigas con mil hoplitas propios y con los diversos contingentes de los aliados, bajo el mando de Tólmides[691], hijo de Tolmeo. Tomaron Queronea, la redujeron a la esclavitud y, después de establecer una guarnición,
emprendieron el regreso. Pero en el camino los exiliados 2
beocios de Orcómeno, con la ayuda de locros[692], de exiliados de Eubea[693] y de todos los otros que tenían las mismas ideas, los atacaron en Coronea[694], y venciéndolos en una batalla, mataron a una parte de los atenienses[695]

687 En el 447 a. C.

688 Los elementos contrarios a Atenas que habían marchado al exilio cuando Atenas, después de la batalla de Enófita, había apoyado a los grupos políticos favorables a ella en diversas ciudades beocias (cf. *supra,* I 108, 3).

689 Ciudad situada al oeste de Beocia, junto al lago Copais.

690 Otra ciudad de Beocia occidental, cercana a la frontera con la Fócide.

691 Cf. *supra,* I 108, 5.

692 Sobre la enemistad entre locros y atenienses, cf. *supra,* I 108, 3, n. 637.

693 Eubea se sublevó contra Atenas el año siguiente (cf. *infra,* I 114, 1). Los exiliados debían ser oligarcas y propietarios de terrenos expropiados, cuando, unos años antes, el mismo Tólmides había establecido una cleruquía en Eubea (cf. DIODORO, XI 88, 3; PAUSANIAS, I 27, 5).

694 Localidad situada al sudoeste del lago Copais, al sudeste de Queronea.

695 Entre éstos se encontraba Tólmides (cf. PLUTARCO, *Pericles* 18, 3; DIODORO, XII 6, 2; PAUSANIAS, I 29, 14).

3 y a otros los hicieron prisioneros. Entonces los atenienses abandonaron toda Beocia[696], después de concertar un tra-
4 tado por el que recuperaban a los prisioneros. Así volvieron los exiliados beocios, y con todos los demás fueron de nuevo autónomos[697].

Sublevación de Eubea y de Mégara

114 No mucho después de estos acontecimientos, Eubea se sublevó contra los atenienses[698]. Y Pericles ya había pasado a la isla con un ejército ateniense cuando le fue anunciado que Mégara se había sublevado, que los peloponesios estaban a punto de invadir el Ática y que las guarniciones atenienses habían sido aniquiladas por los megareos[699], a excepción de los hombres que se habían

---

[696] Excepto Platea, que permaneció aliada a Atenas. Cf. *infra,* II 2, 1.

[697] Así acabó el intento ateniense de controlar Beocia, un proyecto ambicioso que fue criticado en la misma Atenas (cf. PLUTARCO, *Pericles* 18, 1-3). En cuanto al término «autónomos», se ha dicho que en este pasaje se refiere a una independencia completa (cf. A. W. GOMME, *op. cit.* I, pág. 340); esto es así si se entiende en relación a Atenas, pero no referido a Tebas, que controlaba la federación beocia (cf. *infra,* I 144, 2, n. 936).

[698] Tucídides, que en el capítulo anterior nos ha dicho que los exiliados de Eubea ayudaban a los beocios, no nos indica los motivos de la sublevación de Eubea. Puede pensarse en los clerucos establecidos por Tólmides con las expropiaciones que ello comportaba (cf. *supra,* I 113, 2, n. 693). De todas formas, el dominio ateniense iba provocando descontentos. El levantamiento debió de producirse después de la primavera del 446 a. C., porque este año las ciudades euboicas pagaron regularmente el tributo (cf. A. W. GOMME, *op. cit.* I, pág. 340).

[699] Mégara se había unido a Atenas separándose de los lacedemonios (cf. *supra,* I 103, 4). Ahora cambiaba de nuevo sus alianzas y ponía en un aprieto a las guarniciones atenienses. Atenas debió de enviar tropas para reconquistar Pegas (cf. *infra,* I 115, 1; IV 21, 3; DIODORO,

refugiado en Nisea[700]. Los megareos se habían sublevado tras conseguir la ayuda de los corintios, sicionios y epidaurios. Enseguida Pericles retiró su ejército de Eubea. Luego los peloponesios invadieron y devastaron el Ática 2 llegando hasta Eleusis[701] y Tría[702], bajo el mando de Plistoanacte[703], hijo de Pausanias, rey de los lacedemonios, y sin avanzar más allá regresaron a su patria[704]. Enton- 3 ces los atenienses pasaron de nuevo a Eubea, bajo el mando de Pericles[705], y la sometieron totalmente; en virtud de un acuerdo[706] organizaron según sus intereses toda la isla

XII 5, 2). Una inscripción que se relaciona con estos hechos se refiere a una marcha de tropas atenienses desde Pegas hasta el Ática pasando por Beocia (cf. R. MEIGGS, D. LEWIS, *op. cit.* 51).

700 Sobre Nisea, cf. *supra,* I 103, 4, n. 584.

701 En la costa, al noroeste de Atenas, y en el camino que conducía hacia Mégara.

702 Al este de Eleusis, en una llanura que llega hasta el monte Egaleo (cf. *infra,* II 19, 2).

703 Cf. *supra,* I 94, 1, n. 512; 107, 2, n. 619.

704 A raíz de esta retirada, Plistoanacte fue acusado de haberse dejado sobornar por los atenienses (cf. *infra,* II 21; PLUTARCO, *Pericles* 22, 2-3).

705 Con 50 trirremes y 5.000 hoplitas, según PLUTARCO, *Pericles* 23, 3. Cf., asimismo, DIODORO, XII 7.

706 Recuperaron el pleno control de Eubea y pactaron una serie de tratados con sus diversas ciudades, acuerdos que reducían sensiblemente su autonomía (cf. R. MEIGGS, D. LEWIS, *op. cit.* 52; *Inscriptiones Graecae* I^{3}, 39 y 40). En el caso de Hestiea establecieron una colonia propia expulsando a sus habitantes, que se refugiaron en Macedonia, según Teopompo (cf. F. JACOBY, *FGrHist* 115, F 387; cf., asimismo, PLUTARCO, *Pericles* 23, 4; DIODORO, XII 22, 1-2).

a excepción de Hestiea[707]; a los hestieos los desalojaron y ellos mismos ocuparon su territorio[708].

La paz de treinta años. La Guerra de Samos

115 No mucho después de su regreso de Eubea[709], concluyeron con los lacedemonios y sus aliados un tratado de paz de treinta años[710], por el que devolvían Nisea, Pegas[711], Trecén[712] y Acaya[713], esto es, los territorios peloponesios que estaban en poder de los atenienses[714].

2 En el sexto año de paz[715] estalló una guerra entre los samios y los milesios por la posesión de Priene[716]; y los

707 Hestiea, que luego se llamó Oreo (cf. *infra,* VII 57, 2, y VIII 95, 7), se hallaba en la costa septentrional de Eubea.

708 La represión de Eubea y el envío de clerucos fue objeto de muchas alusiones en la escena. Cf. ARISTÓFANES, *Nubes* 211-213; *Avispas* 715.

709 La invasión de Plistoanacte tuvo lugar en el verano del 446; la sumisión de Eubea, en el otoño-comienzos de invierno del 446-445; y a continuación el regreso de Eubea y la conclusión de la paz.

710 A este tratado de treinta años se alude repetidamente a lo largo del libro I (cf. 23, 4; 35, 2; 44, 1; 45, 3; 67, 4; 78, 4; 87, 6; 144, 2), y puede fecharse con precisión a partir de TUCÍDIDES, I 87, 6, y II 2, 1, pasajes en que se relaciona la fecha de este tratado con el inicio de las hostilidades. Según ello, la paz se estipuló en el invierno del 446-445, concretamente a comienzos del 445.

711 De aquí se deduce que Atenas todavía controlaba los dos puertos megareos; cf. *supra,* I 114, 1; n. 699.

712 Cf. *supra,* I 27, n. 200.

713 Cf. *supra,* I 111, 3, n. 670.

714 La principal preocupación espartana era indudablemente alejar a los atenienses de las bases peloponesias. Respecto a otras cláusulas del tratado, cf. I 35, 3; 44, 1; 67, 2, 4; 78, 4; 144, 2.

715 En el 441-440 a. C.

716 Mileto estaba situada en la costa de Asia Menor, al sudeste de la isla de Samos. Priene estaba al norte de Mileto, en la costa del Golfo Latmíaco, en la zona limítrofe entre el territorio de Mileto y el ocupado

milesios[717], que en la guerra llevaban las de perder, acudieron a los atenienses y se lamentaron contra los samios. Los apoyaban algunos particulares de la misma Samos, que querían cambiar de régimen[718]. Zarparon, pues, los 3
atenienses hacia Samos con cuarenta naves; una vez allí establecieron la democracia, tomaron como rehenes cincuenta niños samios y un número igual de hombres, los instalaron en Lemnos[719], y después de dejar una guarnición[720], se retiraron. Pero hubo algunos samios que no 4
soportaron esta situación, sino que huyeron al continente, concluyeron una alianza con los ciudadanos más poderosos que se habían quedado en la ciudad[721] y con Pisutnes[722], hijo de Histaspes, que entonces gobernaba Sar-

---

por Samos en el continente enfrente de la isla (cf. ESTRABÓN, XIV 1, 20). Sobre esta guerra de Priene, fechada en el 441 a. C., cf. A. W. GOMME, *op. cit.* I, págs. 349-350.

717 PLUTARCO (*Pericles* 24, 2; 25, 1) se refiere a las habladurías de Atenas según las cuales Aspasia, milesia de nacimiento, influyó en Pericles para que se decretara la expedición contra Samos.

718 Son frecuentes los casos en que intereses particulares o partidistas prevalecían sobre los sentimientos patrióticos. Cf. *supra,* I 107, 4; *infra,* II 2, 4-6; 79, 2; etc.

719 Isla del Egeo septentrional que había sido conquistada y colonizada por Atenas cuando Milcíades II reinaba en el Quersoneso (a fines del s. VI y comienzos del V a. C.). Cf. *supra,* I 98, 1; 100, 1; n. 538; HERÓDOTO, VI 136-140.

720 Cf. *infra,* II 13, 6. Las guarniciones (*phrourai*) eran un instrumento del Imperio ateniense para controlar las ciudades más problemáticas; eran, en realidad, tropas de ocupación en los territorios de aliados poco seguros.

721 No se trata de los más poderosos en el nuevo régimen impuesto por Atenas, sino de los ciudadanos más influyentes en general, de los oligarcas que se habían quedado.

722 Sátrapa de Lidia. Cf. *infra,* III 31, 1; 34, 2.

des[723], y después de reunir una tropa de unos setecientos mercenarios, pasaron a Samos al anochecer. Primero se levantaron contra los demócratas y redujeron a la mayoría; luego, después de llevarse furtivamente de Lemnos a sus propios rehenes, se sublevaron, entregaron a Pisutnes la guarnición ateniense y los representantes de Atenas[724] que estaban en la isla, y enseguida se prepararon para una expedición contra Mileto. Los bizantinos[725] también se sublevaron con ellos.

116 Cuando los atenienses se enteraron, se hicieron a la mar contra Samos con sesenta naves. Dieciséis de estas naves no entraron en combate (habían partido, unas con rumbo hacia Caria[726] en misión de reconocimiento de la flota fenicia[727], otras hacia Quíos y Lesbos con la orden de que enviaran refuerzos)[728], pero con las cuarenta y cuatro naves restantes, bajo el mando de Pericles y de otros

723 Ciudad situada al nordeste de Samos, a unos cien kilómetros de la costa; era la capital de Lidia y centro de una de las satrapías del Imperio persa (cf. *infra*, I 129, 1, n. 824).

724 *Árchontes*, «magistrados». Se trata aquí seguramente de funcionarios inspectores *(epískopoi)* que Atenas enviaba, con funciones políticas y militares, para cuidar de sus intereses en el exterior. Habrían sido enviados para vigilar el establecimiento de la nueva Constitución (cf. A. W. Gomme, *op. cit.* I, págs. 380-384).

725 Bizancio pagó el tributo (de 15 talentos) del 441-440 (cf. B. D. Meritt, H. T. Wade-Gery, M. F. McGregor, *op. cit.* I, pág. 250); la sublevación, por tanto, fue posterior a este pago. De esta rebelión no tenemos más noticias que este pasaje y otra referencia de Tucídides en I 117, 3.

726 Cf. *supra*, I 4, n. 33.

727 La flota persa-fenicia. Cf. *supra*, I 100, 1; 110, 4. Se temía su intervención debido a la actitud de Pisutnes.

728 Quíos y Lesbos conservaban su propia flota. Cf. *supra*, I 19; 96, 1, n. 527.

nueve estrategos[729], combatieron junto a la isla de Tragia[730] contra setenta naves samias, de las cuales veinte eran transportes de tropas (toda esta flota venía entonces de Mileto), y vencieron los atenienses. Después contaron 2 con los refuerzos de cuarenta naves que llegaron de Atenas y con veinticinco procedentes de Quíos y de Lesbos; desembarcaron y, al ser superiores por tierra, pusieron sitio a la ciudad con tres muros[731] y la bloquearon al mismo tiempo por mar. Pero Pericles, con sesenta de las na- 3 ves que imponían el bloqueo, zarpó a toda prisa hacia Cauno[732] y Caria, pues había recibido informes de que naves fenicias estaban navegando contra ellos; ello era debido a que Esteságoras y otros, con cinco naves, habían salido de Samos en busca de la flota fenicia.

---

729 Según esto, todos los diez estrategos del 441-440 habrían participado en la expedición contra Samos, aunque podemos pensar que no todos irían en la primera expedición de sesenta naves y que algunos estarían al frente de la escuadra de 40 que llegó después (116, 2). De todas formas, aunque posible, es una cifra elevada (cf. *supra,* I 57, 6, n. 330). Conocemos sus nombres, y entre ellos sabemos que se encontraban Sófocles, el poeta trágico, Andócides, el abuelo del orador, y Glaucón, el estratego de la batalla de las islas de Síbota (cf. *supra,* I 51, 4; n. 304). Cf. Androción (F. Jacoby, *FGrHist* 324, F 38); Plutarco, *Pericles* 8, 8; Estrabón, XIV 1, 18. Los cinco mencionados por Tucídides en I 117, 2 ya pertenecen al año siguiente.

730 Situada al sudeste de Samos, frente a Mileto (cf. Estrabón, XIV 1, 7).

731 No se trata de una «fortificación triple», con tres muros paralelos, que hubiera sido una precaución excesiva, dada la superioridad ateniense. Una «fortificación doble», con dos muros paralelos para proteger al ejército sitiador ante salidas de los sitiados y ante la posible llegada de refuerzos, era corriente (cf. *infra,* III 21, 1; VI 103, 1), pero un tercer muro era innecesario. Aquí se refiere a una fortificación frente a los tres lados de la ciudad que miraban a tierra. A continuación dice que al mismo tiempo la bloquearon por mar.

732 Ciudad costera en la Caria meridional, al nordeste de Rodas.

117 Aprovechando la circunstancia, los samios de repente efectuaron una salida con sus naves[733] y, cayendo sobre el campamento naval enemigo, que estaba sin protección[734], destruyeron las naves de vigilancia, vencieron en una batalla a las que salieron a su encuentro, y durante catorce días fueron dueños del mar que baña sus costas,
2 controlando las entradas y salidas como querían[735]. Pero, al volver Pericles, fueron de nuevo bloqueados por la flota ateniense. Luego llegaron nuevos refuerzos de Atenas: cuarenta naves con Tucídides[736], Hagnón[737] y Formión[738], y veinte con Tlepólemo[739] y Anticles[740]; de Quíos y de Les-
3 bos llegaron treinta. Los samios entablaron todavía una batalla naval de escasa importancia, pero, incapaces de

---

733 Bajo el mando del filósofo Meliso, entonces general de los samios. Cf. PLUTARCO, *Pericles* 26, 2-4.

734 Se refiere a las empalizadas que solían proteger el campamento naval.

735 Con lo que los sitiados pudieron abastecerse y prepararse para resistir el asedio.

736 No se trata del historiador, según advierte el escoliasta, pero tampoco es Tucídides hijo de Melesias, adversario político de Pericles, que había sido desterrado dos o tres años antes. No podemos, por tanto, identificarlo con seguridad. Tal vez era Tucídides *Gargēttios* (cf. A. W. GOMME, *op. cit.* I, pág. 354).

737 Personaje muy conocido: fundador de Anfípolis en el 437 a. C. (cf. *infra,* IV 102, 3; V 11, 1); estratego de nuevo en el 430 (cf. *infra,* II 58, 1; 95, 3); firmante de la Paz de Nicias y de la alianza subsiguiente con Esparta (cf. *infra,* V 19, 2; 24, 1); padre de Terámenes (cf. *infra,* VIII 68, 4 ss.).

738 Cf. *supra,* I 64, 2, n. 371.

739 Poco conocido; fue de nuevo estratego el año siguiente (*IG* I^3, 48, l. 45).

740 A él se debe posiblemente parte del decreto relativo a Calcis (cf. R. MEIGGS, D. LEWIS, *op. cit.* 52, l. 40).

resistir, a los nueve meses de asedio[741] se avinieron a un acuerdo por el que desmantelaban las fortificaciones, daban rehenes, entregaban sus naves y accedían a que se les fijara la indemnización por gastos de guerra[742] a pagar en plazos determinados. Los bizantinos también convinieron en seguir siendo súbditos como antes[743].

Fin de la «Pentecontecia». Embajada lacedemonia a Delfos

A continuación de estos aconte- 118
cimientos, y no muchos años después, ocurrieron los hechos que ya hemos narrado más arriba: las cuestiones de Corcira y de Potidea y todo lo que constituyó el motivo inmediato de la guerra
que nos ocupa[744]. Todas las acciones a las que acabamos 2

---

741 El 439 a. C.

742 Atenas realizó un importante esfuerzo en la campaña de Samos. Según las fuentes literarias y epigráficas, habría gastado 1.200 talentos por lo menos. Cf. NEPOTE, *Timoteo* 1, 2; ISÓCRATES, XV 111; DIODORO, XII 28, 3 (estos dos últimos con una corrección en el texto). Una inscripción (cf. R. MEIGGS, D. LEWIS, *op. cit.* 55) nos da un total de 1.404 talentos, suma de tres montantes parciales de 128, 368 y 908 talentos, de los que el primero correspondería a lo gastado en la represión de la sublevación de Bizancio, con lo que 1.276 talentos corresponderían a los gastos de Samos. Indudablemente era un esfuerzo muy necesario, ya que si una revuelta como la de Samos hubiera triunfado, el prestigio del Imperio ateniense hubiera sufrido un duro golpe y la existencia de la Liga se habría visto comprometida.

743 La sumisión de Bizancio, según las cifras de la inscripción citada en la nota anterior, fue bastante menos costosa que la de Samos. Seguramente no fue necesario el asedio.

744 Además de los asuntos de Corcira y Potidea, especialmente analizados por Tucídides (cf. *supra,* I 24-55; 56-66), hay que pensar en el decreto contra Mégara y en el problema de Egina (cf. *supra,* I 67, 2-4). Con la sumisión de Samos (439 a. C.), se cierra el relato que desde el capítulo 89 se ha dedicado a la «Pentecontecia» y se vuelve a los pródromos de la guerra que se desarrollaron entre el 435 y el 432 a. C.,

de referirnos, acciones de los griegos en sus enfrentamientos entre ellos y en su lucha contra el bárbaro, ocurrieron en los cerca de cincuenta años transcurridos entre la retirada de Jerjes y el comienzo de esta guerra[745]. En estos años los atenienses consolidaron su Imperio y ellos mismos alcanzaron un alto grado de poder[746]. Los lacedemonios, aun dándose cuenta, no intentaron impedirlo más que con medidas de corto alcance[747], y, bien porque antes ya no eran demasiado diligentes para entrar en guerra, si no eran forzados a ello, bien porque entonces estaban metidos en guerras intestinas[748], se inhibieron la mayor parte del tiempo hasta que el crecimiento del poder de los atenienses se hizo evidente y empezaron a poner mano en sus aliados. Entonces estimaron que la situación ya no era tole-

---

«no muchos años después» del final de los acontecimientos narrados en el capítulo anterior. Se recoge, pues, el hilo, que se había dejado en el debate de Esparta (cf. *supra,* I 67-88), antes de iniciar la síntesis de los cincuenta años, período crucial en la historia de Atenas y de Grecia tras el que el mundo griego se ve abocado a la Guerra del Peloponeso.

[745] El período comprendido entre el 478, tras el fin de la segunda Guerra Médica, y el 431, inicio de la Guerra del Peloponeso. Son cincuenta años contando desde el 480 al 431, con los años del comienzo de ambas guerras inclusive.

[746] El crecimiento del poder de Atenas va unido naturalmente a la consolidación de su Imperio.

[747] Probablemente alude a intervenciones, a las que se ha referido en la *Pentecontecia,* como la expedición en ayuda de la Dóride contra los focenses que les llevó a Beocia y a la batalla de Tanagra (cf. *supra,* I 107-108, 2), o la invasión del Ática conducida por Plistoanacte (cf. *supra,* I 114, 2), hechos de escasas consecuencias y sin importancia frente a la activa política expansiva de Atenas.

[748] Alusión a la guerra contra los hilotas (cf. *supra,* I 101, 2-103, 1).

rable[749] y decidieron que era preciso intervenir con toda energía y destruir, si podían, el poder de Atenas, emprendiendo esta guerra.

Así, pues, los lacedemonios, por su parte, decidieron[750] que el tratado había sido violado y que los atenienses eran culpables; enviaron entonces una embajada a Delfos para preguntar al dios si hacer la guerra sería lo mejor. El dios les respondió, según se cuenta que si combatían con todas sus fuerzas obtendrían la victoria y les declaró que él mismo, invocado o no invocado, les prestaría su ayuda[751]. 3

ASAMBLEA DE LA LIGA DEL PELOPONESO EN ESPARTA

Luego convocaron de nuevo a los aliados[752] con la intención de someter a votación la cuestión de si se debía hacer la guerra. Y una vez llegados los embajadores de la alianza y reunida la asamblea, tras manifestar los otros su parecer, acusando la mayoría a los atenienses y pidien- 119

---

749 Las cuestiones recientes de Corcira, Potidea y Mégara, unidas a situaciones como la de Egina (cf. *supra,* I 67, 2; 105, 2-4; *infra,* 139, 1; 140, 3) y a hechos como los de Eubea (cf. *supra,* 114-115, 1) y Samos (cf. *supra,* 115, 2-116), constituían provocaciones inquietantes.

750 Cf. *supra,* I 87-88. En el 432 a. C.

751 El oráculo de Delfos se inclinaba por los peloponesios. Atenas había apoyado a los focenses contra los delfios (cf. *supra,* I 112, 5, n. 685) y había perdido su influencia en Grecia Central tras la derrota de Coronea (cf. *supra,* I 113, 2-4).

752 Esparta, que ya ha votado la guerra (cf. *supra,* I 87, 1-4), convoca ahora una asamblea general de sus aliados, de una manera más formal y con un carácter más completo y decisivo que la primera (cf. *supra,* I 67, 1-5), para que todos los aliados manifiesten su acuerdo.

do que se hiciera la guerra, los corintios, que ya anteriormente, por temor a que Potidea cayera antes de su intervención, habían solicitado a cada ciudad en particular que votara la guerra, y que entonces también estaban allí, tomaron la palabra en último lugar y hablaron de este modo:

Discurso de los corintios

120 «A los lacedemonios, aliados, ya no podemos acusarlos[753] de no haber votado la guerra ellos mismos y de no habernos reunido[754] ahora a nosotros con este fin. Quienes tienen la hegemonía deben, en efecto, a la vez que se ocupan por igual de los intereses particulares[755], ser los primeros en cuidarse del interés general, del mismo modo

---

753 Como habían hecho en la primera reunión (cf. *supra,* I 68-71).

754 Cf. *supra,* I 69, 2.

755 Pasaje de interpretación discutida, aunque la idea esencial es clara: los Estados hegemónicos, que son los primeros en el momento de los honores, deben serlo también en la preocupación por el interés general. La dificultad está en la interpretación de *tà ídia ex ísou némontas,* frase en la que el *tà ídia* es interpretado por algunos (Stahl, Krüger, Classen) como «los intereses individuales de los diferentes miembros de la Liga» —incluida Esparta—, intereses que el Estado hegemónico ha de cuidar en un plano de igualdad *(ex ísou),* mientras que otros (Forbes, Steup, Maddalena) lo entienden referido a «los propios intereses de Esparta», en contraposición a los generales de la Liga del Peloponeso, interpretando el *ex ísou* en el sentido de que no deben dar más importancia a sus propios intereses que al interés general. MADDALENA *(Thucydidis Historiarum, Liber Primus* III, Florencia, 1952, págs. 7-8) observa un cierto paralelismo entre este período, en el que ve contrapuestos los intereses propios de Esparta al interés general de la Liga, y el anterior, en que también hay dos puntos: por un lado, la propia decisión de Esparta, por otro la convocatoria de los aliados. Sobre la preocupación por los intereses particulares y la despreocupación respecto al interés común, cf. las palabras de Pericles en I 141, 6-7.

que en otros casos son los primeros[756] de todos en recibir los honores. Por nuestra parte, cuantos ya han tenido 2
tratos con los atenienses no necesitan instrucción para ponerse en guardia contra ellos; pero quienes habitan más al interior y lejos de las rutas marítimas, deben saber que, si no ayudan a los de la costa, les será más difícil la exportación de sus productos y, en sentido inverso, la importación de las mercancías que el mar a su vez proporciona a la tierra[757]; y no deben ser jueces negligentes de lo que ahora decimos, como si no les afectara, sino que deben hacerse a la idea de que, si traicionan los intereses de los países costeros, un día el peligro llegará también hasta ellos; ahora, por tanto, deben deliberar sobre una cuestión que les interesa tanto a ellos como a los demás.
Por esto mismo tienen la obligación de no vacilar en el 3
paso de la paz a la guerra. Es propio, sin duda, de hombres prudentes estar en paz si no son tratados injustamente, pero es de hombres valerosos dejar la paz para entrar en guerra cuando son víctimas de la injusticia, y luego, cuando la situación es favorable, dejar la guerra para volver a la concordia, sin exaltarse por los éxitos obtenidos en la guerra y sin soportar la injusticia por el placer que
proporciona la tranquilidad de la paz. De hecho, quien 4
vacila a causa de este placer, si permanece en paz, puede verse privado muy pronto del goce del bienestar que es causa de su vacilación; y quien en la guerra se vuelve arrogante a causa de sus éxitos no se da cuenta de que

[756] Los *hēgemónes,* al ser los primeros en recibir los honores *(protimôntai),* han de serlo también a la hora de los cuidados *(proskopeîn).*

[757] Corinto pretende que los Estados del interior se solidaricen con los costeros. El control marítimo de los atenienses les afecta a todos y se cierne el peligro del monopolio, como se ha visto con el decreto contra Mégara.

5 su exaltación procede de una confianza engañosa. Son frecuentes ciertamente los casos de proyectos mal concebidos que alcanzan el éxito porque se encuentran con peores planes del adversario, pero todavía son más las decisiones correctas en apariencia que paran en un final vergonzoso, contrariamente a lo esperado; y ello se debe a que nadie lleva a la práctica un plan con la misma fe que lo idea, sino que forjamos nuestros planes en una situación de seguridad[758], mientras que al actuar lo hacemos con miedo y fracasamos.

121 Nosotros promovemos ahora la guerra porque hemos sufrido injusticias y tenemos motivos de queja suficientes, y cuando hayamos rechazado a los atenienses, la acaba-
2 remos en el momento oportuno[759]. Por muchas razones hemos de confiar en la victoria: primero porque somos superiores en número[760] y en experiencia de guerra, y lue-
3 go, porque a la voz de mando acudimos todos a una; y en cuanto a la flota, en la que ellos son poderosos, nosotros también equiparemos la nuestra con los recursos que cada ciudad tiene a su disposición[761] y con los fondos de Delfos y de Olimpia[762]; si hacemos un empréstito estamos

[758] Sobre esta idea, cf. *supra,* I 140, 1.

[759] Aunque iniciadores de la guerra, los peloponesios no serán responsables de la misma, ya que son víctimas de una agresión; su objetivo es rechazar y castigar al enemigo y, una vez alcanzado, pondrán fin a las hostilidades en el momento oportuno. Estas palabras parecen contestar a la preocupación de Arquidamo (cf. *supra,* I 81, 5) sobre la oportunidad de tomar la iniciativa en el conflicto.

[760] Cf. *supra,* I 81, 1.

[761] Recursos y posibilidades sobre las que Arquidamo se había mostrado más realista (cf. *supra,* I 80, 4) y que serán despreciados por Pericles (cf. *infra,* I 141, 3-4).

[762] Los peloponesios contaban con el apoyo de Delfos, cuyo oráculo se había puesto de su lado. Cf. *supra,* I 25, 1, 2, n. 176 y 178; 112,

en condiciones de atraer con una soldada mayor a sus marineros extranjeros[763], pues la potencia de Atenas es más mercenaria que propia; la nuestra, por el contrario, adolece menos de este defecto, puesto que basa su fuerza más en los hombres que en el dinero[764]. Es muy probable que 4
caigan en nuestras manos con una sola victoria en una batalla naval; y en el caso de que resistan, nosotros tendremos más tiempo para practicar el arte naval[765], y cuan-

5, n. 685; 118, 3, n. 751. Olimpia, sede de los Juegos Olímpicos (cf. *supra,* I 6, 5, n. 45), estaba situada en la Élide, aliada de los lacedemonios, y era el santuario de Zeus más importante de Grecia. Aquí los corintios piensan en una financiación de la guerra contando con los tesoros de ambos santuarios. Era normal que estos tesoros de los templos se pusieran al servicio, en calidad de préstamos, de los beligerantes del país (cf. *infra,* II 13, 4).

763 Se refiere a extranjeros - aliados (cf. *infra,* I 143, 2). En las fuentes atenienses del siglo V —Aristófanes, Tucídides y documentos epigráficos—, el término *xénoi* (que en otros textos se utiliza normalmente para designar a los extranjeros griegos frente a los *bárbaroi* o extranjeros no griegos) suele aparecer, aun sin ser estrictamente equivalente a *sýmmachoi,* para designar a los aliados de Atenas. Así, estos «marineros extranjeros» se refiere a marineros procedentes de ciudades aliadas de Atenas, cuyo abandono podía ser considerado una deserción, tal como vemos en la réplica de Pericles a este proyecto corintio (cf. *infra,* I 143, 1-2). Sobre otros pasajes tucidídeos en los que se da este valor de *xénoi* y *xenikós,* cf., por ej., *infra,* IV 90, 1; VII 13, 2; 42, 1. Cf. PH. GAUTHIER, «Les *xénoi* dans le téxtes athéniens de la seconde moitié du Ve siècle av. J.-C.», *Revue des Études Grecques* 84 (1971), 44-79.

764 Esta última afirmación llama la atención en boca de los corintios, que tradicionalmente habían equipado su flota con tripulaciones mercenarias y que ahora mismo acaban de exponer su proyecto de superar a los atenienses por medio del dinero. Se debe de referir sin duda a las fuerzas de tierra peloponesias, a los contingentes de ciudadanos hoplitas en los que se basaba la potencia militar peloponesia. Esta fuerza, sin embargo, era insuficiente frente al poderío económico ateniense. Cf. la réplica de Pericles: *infra,* I 141, 2-7.

765 Cf. *infra,* I 141, 4; 6.

do nuestros conocimientos estén a la misma altura que los suyos, les superaremos indudablemente por nuestro valor; pues esta cualidad que nosotros poseemos por naturaleza, ellos no pueden hacerla suya mediante la instrucción, mientras que la superioridad que ellos tienen gracias a sus conocimientos, nosotros podemos contrarrestarla a fuerza de
5 práctica. Para alcanzar este objetivo, aportaremos nuestro dinero. De lo contrario, sería indignante que, mientras los aliados de los atenienses no dejan de aportarlo para sufragar su propia esclavitud, nosotros, en cambio, no lo gastáramos para castigar a nuestros enemigos y salvarnos a la vez a nosotros mismos, y para evitar además que este mismo dinero sea la causa de nuestra desgracia[766] al sernos arrebatado por aquéllos.

122 Están también a nuestra disposición otros métodos de guerra: la sublevación de sus aliados[767] —que implica sobre todo la supresión de los ingresos en los que basan su fuerza—, la construcción de fortificaciones en su territorio[768], y otras medidas que de momento es imposible pre-

---

[766] Aquí los corintios dan en el clavo. Es necesario el esfuerzo económico frente al imperialismo ateniense. En caso de derrota, el dinero que ahora no se gastará en la financiación de la guerra serviría para su propia sumisión.

[767] En estas posibilidades ya había pensado Arquidamo; en I 81, 3, por ejemplo, se refiere a la sublevación de los aliados de Atenas, pero dice que estas sublevaciones serán inútiles si ellos no cuentan con una flota capaz de enfrentarse a la ateniense, con la que puedan apoyar a los aliados sublevados. En general, el discurso de los corintios pretende quitar importancia a las objeciones de Arquidamo (cf. *supra,* I 80-85). El proyecto corintio, más ambicioso y confiado que el de Arquidamo y menos realista, recibirá luego las críticas de Pericles (cf. *infra,* I 140-144).

[768] Si aquí hay una alusión a la ocupación y fortificación de Decelia *(Dekéleia)* por Agis en el 413 (cf. *infra,* VII 19, 1-2), tal como dice

ver; pues la guerra es lo que menos se desarrolla según las previsiones; por lo general ella misma discurre sus propias medidas según las circunstancias; en esta situación, quien se ocupa de ella con ánimo sosegado tiene más garantías de éxito, mientras que quien se acerca a ella con ánimo exaltado se expone más al fracaso.

Advirtamos, asimismo, que si se tratara de divergencias 2
por cuestiones de fronteras[769] que nos enfrentaran por separado a adversarios de igual fuerza, la cuestión sería soportable; pero lo cierto es que los atenienses se bastan contra todos nosotros juntos y son mucho más poderosos frente a cada ciudad por separado; en consecuencia, si no nos defendemos de ellos todos a una, animados cada pueblo y cada ciudad por una misma idea, nos someterán sin ningún esfuerzo al encontrarnos divididos. Y la derrota —sépase, aunque resulte doloroso oírlo— no tiene más salida que la que conduce directamente a la esclavitud. La 3
sola mención de esta posibilidad constituye una vergüenza para el Peloponeso, lo mismo que la suposición de que tantas ciudades puedan verse maltratadas por una sola. En esta situación, se diría de nosotros o que sufríamos lo que merecíamos, o que lo tolerábamos por cobardía y nos mostrábamos inferiores a nuestros padres, que libertaron a Grecia[770], mientras que nosotros ni siquiera aseguramos

el escoliasta, la composición de este pasaje sería posterior al 413. A esta pretensión corintia responde luego Pericles (cf. *infra,* I 142, 3).

769 Éstas eran las guerras típicas en el mundo griego. Cf. *supra,* I 15, 2; 103, 4; *infra,* I 139, 2; 141, 3; etc.

770 Alusión a la liberación de Grecia frente a los persas, argumento normalmente utilizado por Atenas para justificar su imperio (cf. *supra,* I 73, 2) y que aquí los corintios dirigen contra los atenienses. Es la dialéctica de la liberación frente al imperialismo, muy utilizada en el enfrentamiento Esparta-Atenas.

nuestra propia libertad, sino que permitimos que subsista una ciudad tirana[771] a la vez que pretendemos derrocar
4 a los señores absolutos de cada ciudad en particular. Y no entendemos cómo esta conducta pueda verse libre de tres males especialmente graves: la estupidez, la blandura o la desidia. Pues no es presumible que, si habéis escapado de estos males, hayáis caído en el desprecio consciente del adversario, el mal más nocivo, que, por engañar a muchos, ha cambiado su nombre por el nombre contrario y se llama inconsciencia[772].

123 Pero, ¿qué necesidad hay de seguir reprochando el pasado en mayor medida de lo que es útil para el presente? Es preciso, en cambio, ocuparse del presente con la vista puesta en el futuro e intensificar los esfuerzos, pues para vosotros es una tradición que por medio del esfuerzo se consigue el mérito; y no debéis cambiar esta costumbre, aunque ahora llevéis una cierta ventaja en riqueza y poder; no es justo que lo que se consiguió en la dificultad se pierda en la abundancia. Hay que entrar en guerra con confianza, por muchos motivos: el dios por medio de su oráculo ha hablado y ha prometido su ayuda[773], y todo el resto de Grecia luchará a vuestro lado, unos por miedo,
2 otros por interés. Además, no seréis los primeros en violar el tratado, puesto que el dios, al animaros a la guerra, considera que ya ha sido transgredido; más bien lo defenderéis de la injusticia que ha sufrido, pues no violan un

---

771 Una *pólis týrannos.* Identificación de Atenas con un régimen tiránico. Cf. *infra,* I 124, 3; II 63, 2; III 37, 2. Frente al imperialismo de Atenas, los peloponesios se atribuyen el papel de libertadores.

772 En el texto hay un juego de palabras entre *kataphronēsis,* «desprecio consciente», «sentimiento de superioridad», y *aphrosýnē,* «inconsciencia», «insensatez», «falta de talento».

773 Cf. *supra,* I 118, 3, n. 751.

tratado quienes se defienden, sino quienes atacan primero[774].

En consecuencia, dado que desde todos los puntos de vista las circunstancias os son favorables para entrar en guerra, y que nosotros os lo aconsejamos en interés de todos, y siendo así que constituye la garantía más segura el hecho de que tanto las ciudades como los particulares tengan los mismos intereses, no tardéis en prestar vuestra ayuda a los potideatas, que son dorios y que, en una situación contraria a la de antes, están sitiados por jonios[775], ni en procurar la libertad a los demás; pues ya no es admisible la espera cuando unos ya son agredidos y otros —si se sabe que estamos aquí reunidos y que no nos atrevemos a defendernos— no tardarán mucho en sufrir la misma suerte. Creed, pues, aliados, que hemos llegado a una situación límite, y además que estos consejos que os damos son los mejores; y votad la guerra sin que os espante el peligro del momento, sino aspirando a la paz más duradera que le seguirá[776]. Después de la guerra la paz se hace más segura, pero evitar la guerra tras una época de tranquilidad no garantiza del mismo modo una situación sin peligro. Pensando, pues, que la ciudad que se ha constituido en tirana de Grecia se ha constituido contra todos sin distinción, que ya ejerce su dominio sobre

124 (margin, beside "En consecuencia…"); 2 (beside "frir la misma suerte. Creed, pues, aliados, que hemos lle-"); 3 (beside "situación sin peligro. Pensando, pues, que la ciudad que")

[774] Se vuelve sobre la idea inicial, la preocupación por la responsabilidad de iniciar las hostilidades (cf. *supra*, I 121, 1). La intervención de Delfos elimina aquí los escrúpulos desde el punto de vista religioso. Los corintios insisten en este punto, que posiblemente era el argumento más eficaz de Arquidamo.

[775] El sentimiento de pertenecer a la misma estirpe y la tradicional oposición entre dorios y jonios están vivos: cf. *supra*, I 34, 3; *infra*, V 9, 1; VI 77, 1; VII 5, 4; VIII 25, 3-5. Ya se ha visto que Delfos apoyaba a los dorios.

[776] Cf. *supra*, I 120, 3.

unos y sobre otros tiene intención de hacerlo, marchemos contra ella y subyuguémosla; vivamos sin peligro en el futuro, y libertemos a los griegos que ahora están esclavizados.» De este modo hablaron los corintios.

125 *Se decide la guerra*

Los lacedemonios, después de escuchar la opinión de todos, hicieron votar a todos los aliados que estaban presentes, uno tras otro, ciudades grandes y pequeñas[777]; y
2 la mayoría votó la guerra[778]. Pero, una vez decidida, emprenderla inmediatamente les resultaba imposible, al no estar preparados; determinaron, pues, que cada ciudad se procurara lo necesario, y que lo hiciera sin retrasos. A pesar de esto, mientras se abastecían de lo que les hacía falta, no pasó un año, pero poco menos[779], hasta que invadieron el Ática e iniciaron abiertamente la guerra.

777 Todos los miembros de la alianza tenían igual voto. Cf. *infra,* I 141, 6.

778 La decisión de la mayoría era vinculante (cf. *infra,* V 30, 1).

779 La expresión *eniautòs mèn ou dietríbē, élasson dé...* ha llamado la atención. Unos han entendido que Tucídides, irónicamente, se refería a la lentitud lacedemonia (cf. *supra,* n. 392) en el sentido de que, a pesar de su decisión de actuar rápidamente, emplearon casi un año en ultimar los preparativos. Otros, por el contrario, entienden que lo que se quiere destacar es la rapidez: no estaban preparados y en menos de un año estuvieron listos. Pero probablemente no existe ninguna segunda intención y lo único que se quiere constatar es el plazo que iba desde verano o fines de verano u otoño a principios del verano del año siguiente, plazo que desde luego, dado que el invierno era una época inhábil para el inicio de una campaña, no puede ser considerado como muy largo, sobre todo en relación con la política de marchar sobre seguro y no tomar la iniciativa de las hostilidades que defendía Arquidamo (cf. *supra,* I 80-85). En cuanto al período empleado en los preparativos, que transcurrió entre la decisión de Esparta y el comienzo de la guerra, es difícil definirlo con exactitud. En II 2, 1, Tucídides dice que la ocupación de

Reclamaciones y pretextos

Primera embajada lacedemonia a Atenas. El sacrilegio de los Alcmeónidas

En este entretanto enviaron embajadores a los atenienses para presentar sus reclamaciones, a fin de tener el mejor pretexto posible para emprender la guerra si no hacían caso de su protesta. 126

En una primera misión[780] los lacedemonios enviaron 2
embajadores para exigir a los atenienses que expiaran el

Platea tuvo lugar seis meses después de la batalla de Potidea (cf. *supra,* I 62-63). Ahora bien, si el numeral de este texto no ha sufrido corrupción en su transmisión, al fechar los hechos de Platea a comienzos de marzo del 431 a. C. (cf. *infra,* II 2, 1, n. 9), la batalla de Potidea habría tenido lugar en septiembre-octubre del 432. Con esta fecha y con este plazo de seis meses, sin embargo, no están de acuerdo algunos investigadores (cf. A. W. Gomme, *op. cit.* I, págs. 420-425), al relacionarlos con lo que parece desprenderse de este pasaje. La argumentación, sin embargo, se apoya básicamente en la interpretación del pasaje al que se refiere esta nota, y es posible que no haya razón suficiente para corregir el *héktōi* del texto de II 2, 1 (cf. *infra,* II 2, 1, n. 9. Cf. Thucydide, I, texto establ. por J. de Romilly, París, 1953, págs. 105-106).

[780] De las otras embajadas se habla más adelante. Cf. *infra,* I 139, 1-3. Las tres embajadas con la negativa de Atenas a dar satisfacción a las exigencias peloponesias servían para una mejor justificación de la guerra. Obedecían a la idea, expuesta por Arquidamo (cf. *supra,* I 81, 5), de evitar la responsabilidad inicial. En realidad no eran más que pretextos, tal como señala Tucídides.

3 sacrilegio[781] cometido contra la diosa[782]. El sacrilegio era el siguiente. Vivió en otro tiempo un ateniense llamado Cilón, vencedor en los Juegos Olímpicos, noble y poderoso[783]; estaba casado con una hija de Teágenes de Mé-
4 gara, que en aquella época era tirano de Mégara[784]. En una ocasión en que Cilón consultó al oráculo de Delfos, el dios le respondió que ocupara la Acrópolis de Atenas
5 durante «la mayor fiesta de Zeus». Entonces él, tras obtener unas fuerzas de Teágenes y decidir a sus amigos,

---

[781] La expresión es *tò ágos elaúnein,* en la que el término *ágos* se refiere tanto al acto sacrílego y a la contaminación que comporta como a los mismos sacrílegos, *enageîs,* responsables de la mancha. Literalmente significa «alejar la mancha», es decir, «expiar el sacrilegio» o «expulsar a los sacrílegos» (incluyendo a sus descendientes). Cf. *infra,* I 126, 12; 127, 1. En este caso se quería conseguir el destierro de Pericles, que era un Alcmeónida por parte de madre, ya que el arconte Megacles, de la familia de los Alcmeónidas, era responsable del sacrílego asesinato (cf. L. Moulinier, «La nature et la date du crime des Alcméonides», *Revue des Études Anciennes* 48 (1946), 182 ss.).

[782] Atenea. Cf. *infra,* n. 793.

[783] Sobre este personaje, cf. Heródoto, V 70-71; Plutarco, *Solón* 12. Fue vencedor en la carrera del doble estadio *(díaulos)* en la Olimpíada del 640 a. C. (cf. Eusebio, *Chronicorum libri* I 198; Pausanias, I 28, 1). Su tentativa de establecer una tiranía en Atenas debió de tener lugar entre el 640 y el 630 a. C. De esta conspiración de Cilón (cf. M. Lang, «Kylonian conspiracy», *Classical Philology* (1967), 243 ss.) Tucídides nos da una versión más detallada que Heródoto, quien, como dato cronológico, se limita a decirnos que ocurrió antes de la época de Pisístrato, sin mayor precisión.

[784] Fue tirano de Mégara en la segunda mitad del siglo vii a. C. (del 640 al 620 aproximadamente). Cf. Aristóteles, *Política* V 4, 5, 1305a; Pausanias, I 28, 1; 40, 1, que se refiere a su matrimonio con la hija de Cilón. La tentativa debió de contar, por tanto, con el apoyo de Mégara.

cuando llegaron las fiestas olímpicas del Peloponeso[785],
ocupó la Acrópolis para instaurar la tiranía, creyendo que
aquella era «la mayor fiesta de Zeus» y que en cierto mo-
do tenía relación con él, que había sido un vencedor olím-
pico. Pero si se trataba de la mayor fiesta del Ática, o 6
de algún otro sitio, ni a él se le pasó más por las mientes
ni el oráculo lo dijo claro. (Los atenienses también tienen
las Diasias[786], nombre con el que se conoce la mayor fies-
ta de Zeus Miliquio[787]; se celebra fuera de la ciudad y en
ella el pueblo entero participa en los sacrificios, muchos
no con víctimas, sino con ofrendas <incruentas>[788] del lu-
gar.) Cilón, sin embargo, convencido de que su interpreta-
ción era correcta, puso las manos en el asunto. Los ate- 7
nienses, al enterarse, acudieron en masa desde los cam-
pos[789] contra los agresores y, acampando al pie de la

---

785 La gran fiesta de Olimpia durante la que se celebraban las Olimpíadas. Probablemente se refiere a la del año 632 a. C. o a la del 628. Según el escoliasta, la precisión de que eran del Peloponeso se debe a que había otros lugares con el nombre de Olimpia. La fama de Olimpia y de sus fiestas, sin embargo, hacen que la indicación parezca superflua.

786 Era una fiesta anual que se celebraba en primavera, en el mes de *antesterión* (marzo-abril). Se realizaban ofrendas y había ceremonias nocturnas de carácter mistérico.

787 «Miliquio» *(Meilíchios)* significa «benigno», «benévolo» o «clemente». Era divinidad de la vegetación y dios purificador. Recibía culto en Atenas y en otras ciudades griegas.

788 Pasaje corrupto y problemático. Aceptamos la reconstrucción basada en una lectura del pasaje por parte de *Póllux* (I 26). La utilización de víctimas cruentas también está atestiguado (cf. Aristófanes, *Nubes* 408; Jenofonte, *Anábasis* VII 8, 4). Leemos *polloì*, según los manuscritos, sin aceptar la corrección de C. F. Hermann, que da *pollà*.

789 Desde antiguo, sólo parte de la población ateniense vivía en la ciudad propiamente dicha; una buena parte vivía diseminada en los campos del Ática. Esto era así en tiempos de Cilón y seguía ocurriendo en

8 Acrópolis, les pusieron sitio. Luego, pasado un tiempo, la mayor parte de los atenienses, agotados por el asedio, se volvieron, confiando la guardia a los nueve arcontes[790] y dándoles plenos poderes[791] para organizarlo todo de la forma que juzgaran más conveniente. En aquella época los nueve arcontes[792] llevaban el mayor peso en la dirección
9 de los asuntos públicos. Entretanto los que estaban sitiados con Cilón se encontraban en una situación crítica de-
10 bido a la falta de víveres y de agua. En tales circunstancias Cilón y su hermano se escaparon; y los otros, como se veían en un aprieto y algunos incluso morían de hambre, se sentaron como suplicantes en el altar[793] de la

---

época de Pericles, como demuestra el relato del mismo Tucídides sobre lo que supuso para la población de Atenas el abandono de los campos al sobrevenir la guerra (cf. *infra,* II 14, 1-2; 16, 1-2).

[790] Según Heródoto (V 71, 2), a los *prítanes de los naucraros* o presidentes de las comisiones navales por distritos que, en aquella época y según Heródoto, gobernaban Atenas. Pero se sabe que esto no es cierto, y sin duda debe de tener razón Tucídides al atribuir la responsabilidad a los arcontes. Cf. B. Jordan, «Herodotus V 71, 2 and the Naucraroi of Athens», *California Studies in Classical Antiquity* 3 (1970), 153-175. El pasaje de Tucídides probablemente pretende corregir el conocido texto de Heródoto, que, inspirándose en una fuente alcmeónida, intentaba sin duda borrar la responsabilidad de Megacles y su familia.

[791] Plenos poderes para actuar libremente, pero que no les liberaban de la responsabilidad derivada de su actuación. Al incurrir en sacrilegio no involucraban en el *ágos* al pueblo de Atenas.

[792] Con el nombre de *árchontes* se solía designar en Atenas a nueve magistrados (arconte epónimo, arconte rey, polemarco y seis tesmotetes), cuyos poderes se fueron reduciendo con el paso de la aristocracia a la democracia.

[793] Heródoto (V 71, 1) dice «al lado de la imagen». Se trata del altar o la imagen de Atenea *Políade,* la «protectora de la ciudad». Atenea era venerada con esta advocación en el Erecteo, el templo más antiguo que tenía consagrado en Atenas, destruido más tarde por los persas

Acrópolis. Los atenienses a quienes había sido confiada 11
la guardia, al verlos en el templo en trance de muerte, los hicieron levantar, bajo promesa de que no les harían ningún daño, pero luego se los llevaron y los mataron. Incluso acabaron con algunos que al pasar se sentaron junto a los altares de las augustas diosas[794]. Y por este motivo ellos[795] y su descendencia fueron declarados sacrílegos y
profanadores de la diosa. Así, pues, los atenienses expul- 12
saron a estos sacrílegos[796], y también los expulsó más tarde el lacedemonio Cleómenes[797], que intervenía en apoyo

---

(cf. HERÓDOTO, VIII 41, 2). Cuando los suplicantes se acogían a la protección de la divinidad, adquirían la inviolabilidad. Si esta inviolabilidad no era respetada, como en este caso, se caía en el sacrilegio.

794 Las Erinias, vengadoras de los asesinatos, convertidas en Euménides («Benignas») tras la reconciliación con Atenas, después de la absolución de Orestes (cf. PAUSANIAS, I 28, 6). Su santuario se encontraba al pie del Areópago, en el lado nordeste (cf. PAUSANIAS, VII 25, 2). En este caso el sacrilegio revestía aun mayor gravedad por cuanto se cometió al pie de los altares de estas diosas.

795 La responsabilidad recayó en el alcmeónida Megacles como arconte epónimo (cf. PLUTARCO, *Solón* 12, 1-2). Tucídides no menciona aquí directamente a los Alcmeónidas, pero el tema de su sacrilegio era universalmente conocido (cf. HERÓDOTO, V 71, 2). Además, en el capítulo siguiente (127, 1), se referirá a ello al decir que Pericles estaba implicado por la parte de su madre.

796 Según la tradición ática, esta primera expulsión de los Alcmeónidas ocurriría hacia el 594 a. C., en tiempos de Solón y una generación después de la tentativa de Cilón. De todas formas, la cuestión no está clara y a partir del relato de Tucídides podría entenderse que se produjo inmediatamente después de la conspiración y que los huesos no fueron desenterrados hasta la expulsión posterior (cf. A. W. GOMME, *op. cit.* I, págs. 427-428).

797 Hijo de Anaxándridas, de la familia de los Agíadas, fue rey de Esparta en los últimos años del siglo VI y primeros del V a. C., en un período en que Esparta era reconocida como la primera potencia de Grecia (cf. HERÓDOTO, III 148, 1; V 39; 41-42; 54; 64; 70; 72-76; 90; etc.).

de un partido ateniense[798]; y no sólo expulsaron a los vivos, sino que desenterraron los huesos de los muertos y los echaron fuera del país. Sin embargo, luego regresaron, y su descendencia todavía habita en la ciudad[799].

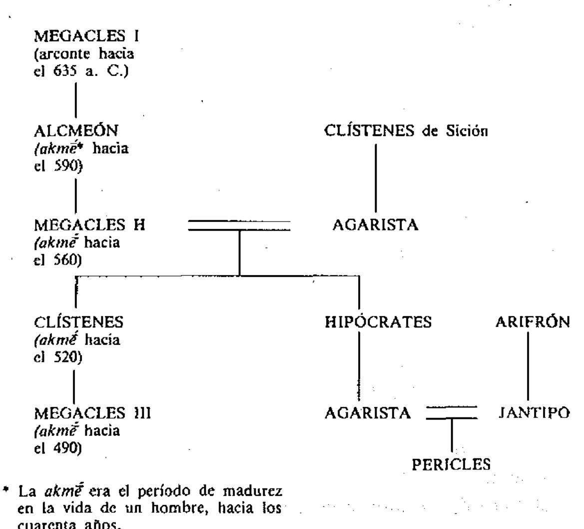
Fue llamado por Iságoras, arconte de Atenas en el 508, que era jefe de los aristócratas conservadores y rival de Clístenes, para que le ayudara frente a las reformas populares del Alcmeónida (cf. HERÓDOTO, V 66-73). Cleómenes, que mantenía relaciones de hospitalidad con Iságoras (cf. HERÓDOTO, V 70, 1), intervino, pero, antes de su llegada, Clístenes abandonó Atenas. Volvió pronto, ya que el pueblo ateniense reaccionó contra Iságoras y sus partidarios, que se encerraron en la Acrópolis con los invasores espartanos.

798 Dentro de las tendencias aristocráticas, las diferencias entre Iságoras y Clístenes estribaban en el mayor impulso que este último daba a la evolución «popular» que la sociedad ateniense había experimentado durante la tiranía de los Pisistrátidas (que había acabado hacía poco, en el 510 a. C.). Iságoras era el jefe de la facción aristocrática conservadora y Clístenes de la reformista. Al triunfar Iságoras en las elecciones a arconte del 508-507, Clístenes reaccionó con sus reformas tendentes a modificar las instituciones, en un golpe de Estado «demagógico», lo que provocó la contrarreacción de los sectores más conservadores.

799 El exilio fue una experiencia repetida en esta importante familia de los Alcmeónidas. Del primer destierro (cf. *supra*, n. 796) regresaron en la misma época de Solón (como resultado de su política de reconciliación): Alcmeón, hijo de Megacles, mandaba las fuerzas atenienses en la Primera Guerra Sagrada hacia el 590 a. C. (cf. PLUTARCO, *Solón* 11, 2), y ya había vencido en las carreras de carros de las Olimpíadas del 592 (cf. HERÓDOTO, VI 125, 5; ISÓCRATES, *Sobre el tronco de caballos* XVI 25; *escolio* a PÍNDARO, *Pítica* VII 14). Este Alcmeón, según afirma Heródoto, fue sumamente rico y en su época, debido a su fortuna, debió de generalizarse el nombre de la familia. Hijo suyo fue Megacles II, el que se casó con Agarista, la hija del tirano de Sición, Clístenes (cf. HERÓDOTO, VI 126-131). Este Megacles y su familia también conocieron el exilio tras acentuarse las diferencias entre Megacles y Pisístrato después de la segunda toma del poder por parte del tirano (cf. HERÓDOTO, I 64, 3; V 62, 2; VI 123, 1; P. J. BICKNELL, «The exile of the Alkmeonidai during the Peisistratid tyranny», *Historia* 19 (1970), 129

Éste era, pues, el sacrilegio cuya expiación exigían los lacedemonios; ante todo, según decían, para vengar a las diosas [800], pero en realidad porque sabían que Pericles, hijo de Jantipo, estaba implicado en el sacrilegio por la parte de su madre [801], y creían que, si él era desterrado, la 127

ss.). Del matrimonio de Megacles y Agarista nació Clístenes el reformador, de cuyo breve destierro, después de caer la tiranía de Pisistrato, ya se ha hablado. Otro hijo de Megacles fue Hipócrates, padre de una segunda Agarista que contrajo matrimonio con Jantipo, matrimonio del que entre 495-490 a. C. nació Pericles. He aquí el árbol genealógico de esta poderosa familia:



800 Esparta se constituía en mantenedora del derecho sagrado, pero en realidad esgrimía un pretexto para desprestigiar a Pericles cuya política temía.

801 Agarista, sobrina de Clístenes y nieta de Megacles II. Cf. HERÓDOTO, VI 130-131; PLUTARCO, *Pericles* 33. Agarista, mientras estaba embarazada, creyó ver en sueños —según nos cuenta Heródoto— que paría un león.

política de los atenienses evolucionaría de forma más favo-
2 rable para ellos. No obstante, no confiaban tanto en que le sucediera esto como en que se propagara por la ciudad la acusación de que la guerra sobrevendría en parte debido
3 a su desgracia[802]; pues él, que era el hombre más poderoso de su tiempo y que dirigía la política de Atenas[803], se oponía en todo a los lacedemonios, y no permitía que se hicieran concesiones, sino que incitaba a los atenienses a la guerra.

Réplica ateniense. El sacrilegio del Ténaro. Traición de Pausanias

128 Los atenienses replicaron exigiendo a los lacedemonios que expiaran el sacrilegio del Ténaro[804]. En cierta ocasión, efectivamente, los lacedemonios habían hecho salir del templo de Posidón[805] del Ténaro a unos suplicantes hilotas, y, una vez que se los hubieron llevado, los mataron; por este motivo, por cierto, creen que les sobre-
2 vino el gran terremoto de Esparta[806]. También les exigieron que expiaran el sacrilegio de Atenea Calcieco[807], que

[802] La desgracia de pertenecer a la familia de los Alcmeónidas, la maldición que pesaba sobre él.

[803] Cf. *infra,* I 139, 4; II 65, 9; PLUTARCO, *Pericles* 16, 1.

[804] El promontorio más meridional del Peloponeso, situado en el extremo de la península central que separa los golfos de Mesenia y Laconia; es el actual cabo Matapán.

[805] El culto de Posidón estaba muy extendido en las islas y en las zonas costeras, y muy especialmente en el Peloponeso. Su santuario del cabo Ténaro, situado frente a alta mar, era muy conocido. Gozaba del derecho de asilo. (Cf. *infra,* I 133; DIODORO, XI 45, 4; PAUSANIAS, IV 24, 5-6.)

[806] Cf. *supra,* I 101, 2.

[807] Literalmente «de la morada de bronce». El templo se encontraba en la «Acrópolis» de Esparta (cf. PAUSANIAS, III 17, 1-3; III 17, 2; X 5, 11); sobre su excavación, cf. *Annual of the British School at Athens*

había ocurrido del modo siguiente. Después que, por primera vez[808], el lacedemonio Pausanias recibió de los espartiatas[809] la orden de regresar de su puesto de mando en el Helesponto, y que, tras ser juzgado, fue absuelto de las culpas que se le imputaban[810], ya no fue enviado fuera de la ciudad en misión oficial[811]; pero él, a título personal, sin el consentimiento de los lacedemonios, cogió una trirreme de Hermíone y llegó al Helesponto; el pretexto era la guerra que sostenían los griegos[812], pero en 3

XIII (1906-7), págs. 137-154, XIV, 142-146. La denominación Calcieco ha sido diversamente interpretada; podría deberse al bronce del templo, de las puertas o de la techumbre, o al de la estatua de la diosa. Es probable, sin embargo, que refleje una antigua relación de época micénica entre Atenea y el gremio de los broncistas.

808 Cf. *supra,* I 95, 3. Para la segunda vez, cf. *infra,* I 131, 1.

809 Los espartiatas o los «pares» *(hómoioi)* eran los ciudadanos de pleno derecho en Esparta; aunque numéricamente eran inferiores a los periecos e hilotas (cf. *supra,* nn. 562 y 563), constituían el sector más importante del Estado espartano. Vivían de las propiedades cultivadas por los hilotas a su servicio y sus actividades eran esencialmente políticas y militares. Su educación ya estaba enfocada a formar este tipo de ciudadano-soldado que debía mantener el espíritu y el *status* social y político de Esparta.

810 Cf. *supra,* I 95, 5.

811 Cf. *supra,* I 95, 6.

812 Aquí Tucídides se refiere a la guerra contra Persia llamándola *tòn Hellēnikòn pólemon,* «guerra helénica», mientras que lo normal en otros pasajes (cf. *supra,* I 14, 2, n. 108; 23, 1, n. 158; 90, 1; 95, 7; 97, 1-2, etc.) es que la denomine *Mēdikòs pólemos o tà Mēdiká.* La expresión «guerra helénica» es utilizada incluso en otro pasaje para indicar la guerra entre griegos (cf. *supra,* I 112, 2: *kaì Hēllēnikoû mèn polémou éschon hoi Athēnaîoi).* Sin embargo, esto no es razón suficiente para una corrección, como quieren algunos (Gebhardt). En este pasaje la expresión obedece sin duda a un deseo de subrayar el contraste entre la declaración de querer combatir por la causa griega y el objetivo oculto de negociar con los persas para conseguir la sumisión de Esparta y de

realidad su objetivo era proseguir sus negociaciones con el Rey en la línea que ya había emprendido anteriormente movido por su aspiración a conseguir el imperio sobre
4 Grecia. El primer servicio que había prestado al Rey, con el que había iniciado todo el asunto, fue el siguiente.
5 Cuando, en su primera estancia[813], después de su regreso de Chipre, hubo tomado Bizancio —ocupada por los medos[814], entre los que había algunos amigos y parientes del Rey, que allí cayeron entonces en su poder—, le devolvió al Rey, a escondidas de los otros aliados, estos prisioneros que había capturado; su versión, sin embargo, fue que se
6 le habían escapado. Ejecutaba su plan contando con la complicidad de Góngilo[815] de Eretria[816], a quien había confiado Bizancio y los cautivos. Envió, además, a Góngilo, con una carta[817] al Rey, cuyo contenido, como más
7 tarde se descubrió, era el siguiente[818]: «Pausanias, caudi-

---

Grecia. Por otra parte, ya no era una guerra defensiva contra Persia, sino que era una guerra nacional griega, de iniciativa helénica.

[813] En el 478 a. C. Cf. *supra,* I 94, 2.

[814] Cf. *supra,* nn. 108 y 597.

[815] Sobre este personaje y sus descendientes, cf. JENOFONTE, *Helénicas* III 1, 6; *Anábasis* VII 8, 8. A consecuencia de su traición, se refugió en Persia y fue recompensado por Jerjes con las rentas de algunas ciudades, igual que le ocurrió a Temístocles (cf. *infra,* I 138, 5).

[816] Cf. *supra,* I 15.

[817] Sobre esta carta, cf. P. J. RHODES, «Thucydides on Pausanias and Themistocles», *Historia* 19 (1970), 387 ss.

[818] El *táde* que antecede al texto de la carta, que contrasta con el *toiáde* que precede a los discursos, ha hecho pensar que se trata de una transcripción literal. El problema se centra en torno a la dificultad de llegar a conocer una carta de este tipo o a la existencia de una correspondencia falsificada de Pausanias con objeto de acusarlo. Se sabe que en aquella época la comunicación mediante un documento escrito no era frecuente; se acudía con preferencia a los mensajes orales. En este caso,

llo de Esparta, queriendo hacerte un favor, te devuelve estos hombres capturados con su lanza[819]. Tengo el propósito[820], si te parece bien, de casarme con tu hija[821] y de someter a tu poder Esparta y el resto de Grecia. Creo que soy capaz de lograrlo si me entiendo contigo. Por consiguiente, si alguna de mis proposiciones te satisface, envía a la costa a un hombre de confianza, por medio del cual podamos seguir comunicándonos.» Esto es todo lo que el escrito revelaba.

Jerjes se alegró[822] con la carta y envió a la costa a 129
Artabazo[823], hijo de Farnaces, con la orden de hacerse cargo de la satrapía[824] de Dascilio[825] y en sustitución de

sin embargo, tal vez se hizo aconsejable la carta secreta. Hay que pensar, por otra parte, que en casos como éste, mientras que Heródoto se basa en la tradición oral, Tucídides lo hace en testimonios literarios.

819 *Dorì helṓn*, expresión poética.

820 Hay un cambio de tercera a primera persona.

821 O «con una hija tuya», según el texto del manuscrito C. Según una tradición recogida por HERÓDOTO (V 32), Pausanias no aspiraba tan alto, sino que se comprometió con una hija de Megábates (persa *Bagapāta)*, un noble persa primo de Darío, que no sabemos si es el mismo que aparece en el capítulo siguiente (129, 1) como sátrapa de Dascilio.

822 Cf. HERÓDOTO, VII 28, 3; 44; VIII 69, 2; 101, 1; 103; IX 109, 1-2.

823 Uno de los personajes más ilustres del ejército de Jerjes que invadió Grecia. Demostró su talento militar al evitar que sus tropas sufrieran el desastre de las demás en la batalla de Platea (cf. HERÓDOTO, VII 66; VIII 126-129; IX 41-42; 66; 89).

824 Sobre la organización del Imperio persa en satrapías, provincias al frente de las cuales estaba un sátrapa (término procedente del persa *khshathrapavan*, «protector del reino»), cf. HERÓDOTO, III 89-97.

825 Satrapía del Asia Menor noroccidental; tomaba el nombre de la ciudad de Dascilio, su capital. Cf. HERÓDOTO, III 90, 2; JENOFONTE, *Helénicas* IV 1, 15-16. Comprendía los pueblos de la orilla asiática del Helesponto.

Megábates[826], que la gobernaba hasta entonces; le encomendó una carta de respuesta para que la hiciera llegar cuanto antes a Pausanias, en Bizancio; debía mostrarle el sello[827], y si Pausanias le daba algún encargo tocante a sus propios intereses, debía llevarlo a cabo del mejor mo-
2 do y con la mayor fidelidad. Artabazo, una vez llegado, ejecutó todo lo demás como se le había mandado e hizo
3 llegar la carta. La respuesta estaba escrita en estos términos: «El rey Jerjes dice a Pausanias lo siguiente[828]: En cuanto a los hombres que me has salvado sacándolos de Bizancio, al otro lado del mar, el servicio te queda registrado en nuestra Casa para siempre[829]; y tus proposiciones me complacen. Que ni la noche ni el día[830] te entretengan hasta el punto de cejar en el cumplimiento de alguna de las promesas que me haces; y que no surja ningún obstáculo por el gasto de oro y plata o por el número de tropas, si es necesario que acudan a cualquier

---

826 Cf. *supra,* I 128, 7, n. 821. Tucídides sólo lo menciona en este pasaje.

827 El sello real que llevaba la carta.

828 Cf. el comienzo de la carta de Darío a Gadatas en R. MEIGGS, D. LEWIS, *A selection of Greek Historical Inscriptions,* cit., n. 12, líns. 1-4. Se trata de un encabezamiento formular con función fática (cf. L. RUBIO, *Introducción a la Síntaxis estructural del latín* I, Barcelona, 1966, págs. 20-21). Toda la carta, por otra parte, tiene un estilo oriental que le da, por lo menos, una apariencia de autenticidad.

829 Cf. la misma inscripción citada en la nota anterior, donde leemos una expresión muy semejante (cf. líns. 15-17). Seguramente era un registro que se materializaba. Cf. HERÓDOTO, VIII 85, 3, donde se nos dice que Fílaco fue inscrito entre los benefactores del Rey, que le recompensó con tierras *(euergétēs basiléos anegráphē kaì chṓrēi edōrḗthē pollêi).*

830 Otra fórmula habitual en los escritos de la corte persa. Cf. HERÓDOTO, V 23, 2, donde aparece una expresión semejante en unas palabras que Megabazo dirige a Darío.

sitio; por el contrario, de acuerdo con el noble Artabazo, que te he enviado, ocúpate con confianza de mis intereses y de los tuyos de la forma que sea más honrosa y más ventajosa para ambos».

Al recibir esta carta, Pausanias, que ya gozaba antes de gran consideración entre los griegos debido a su mando en Platea[831], se hinchó entonces mucho más, y ya no pudo vivir de la forma habitual; salía de Bizancio ataviado con vestidos persas, y una escolta de medos y egipcios lo acompañaba en sus viajes a través de Tracia; se hacía servir la mesa al estilo persa, y no podía ocultar sus intenciones, sino que en pequeños detalles revelaba las acciones de mayor envergadura que su mente proyectaba para el futuro. Se hacía inabordable[832] y mostraba un genio tan 2 difícil con todo el mundo por igual que nadie podía acercársele; y fue éste el principal motivo de que los aliados se pasaran a los atenienses[833].

130

Por esta conducta ya lo habían llamado la primera 131 vez[834] los lacedemonios así que se enteraron; y después que, tras zarpar la segunda vez con la nave de Hermíone sin que se lo ordenaran, se vio que actuaba de la misma forma, y que, tras ser forzado por el asedio de los atenienses[835] a capitular y a salir de Bizancio, no regresó a Esparta, y después que, finalmente, llegó un informe a los lacedemonios de que, instalado en Colonas de Tróade[836], estaba intrigando con los bárbaros y de que su permanen-

831 Cf. HERÓDOTO, XI 10, 1; 64, 1; 76-88.

832 Como un monarca oriental.

833 Cf. *supra,* I 75, 2; 95, 1-7; HERÓDOTO, VIII 3, 2.

834 Cf. *supra,* I 95, 3.

835 Mandados por Cimón. La fecha no es segura; se sitúa entre el 476 y el 470 a. C.

836 Ciudad y región situadas al noroeste de Asia Menor.

cia allí no obedecía a nada bueno, entonces ya no esperaron más: los éforos le enviaron un heraldo con la escítala[837]; le decían que no se separara del heraldo, y que,
2 si no obedecía, los espartiatas le declaraban la guerra. Él, queriendo resultar lo menos sospechoso posible y confiando en librarse de la acusación con dinero, regresó por segunda vez[838] a Esparta. Primero fue metido en prisión por los éforos (pues los éforos tienen el derecho de hacer esto con el rey)[839]; luego, después de arreglárselas para salir, se ofreció a ser juzgado por quienes quisieran presentar pruebas al respecto.

132 En realidad, los espartiatas —ni sus enemigos ni la ciudad colectivamente[840] —no tenían ningún indicio evi-

[837] Es decir «un mensaje secreto». La escítala *(skytálē)* era un bastón cilíndrico en torno al que se arrollaba oblicuamente una tira de papiro o de cuero donde se escribía el mensaje en sentido longitudinal de forma que sólo pudiera leerse con la tira arrollada en la escítala correspondiente. Luego se mandaba el mensaje sin el bastón. Antes de partir los generales o los embajadores con quienes los éforos querían estar en contacto, habían recibido de éstos una escítala idéntica a la que ellos se quedaban en su poder. Al recibir un mensaje, el destinatario lo arrollaba de nuevo en su bastón y podía leer el texto. Era el sistema normal utilizado por los éforos de Esparta para enviar mensajes secretos a quienes habían marchado en misión oficial. En este caso ha llamado la atención que Pausanias, que había partido de forma privada, estuviera en posesión de una escítala. Es probable que ello fuera debido a su condición de regente del rey Plistarco (cf. *infra,* I 132, 1). Sobre la escítala, Plutarco nos ha dejado una descripción muy detallada (cf. PLUTARCO, *Lisandro* 19, 8-12). El escoliasta de Tucídides también la describe. Se llama escítala tanto al bastón como a la tira que contenía el mensaje secreto, tal como vemos en este pasaje.

[838] Hacia el 470, o algo más tarde.

[839] Sobre el poder de los éforos, cf. *supra,* n. 466. Pausanias no era rey, sino regente. Cf. *infra,* I 132, 1; HERÓDOTO, IX 10, 1-2.

[840] Cf. *supra,* I 95, 5.

dente en el que poder basarse con seguridad para castigar a un hombre que era miembro de la familia real y que en aquel momento desempeñaba un cargo (pues ejercía la regencia como tutor de su primo Plistarco[841] el hijo de Leónidas, que era el rey, pero que todavía era menor de edad); sin embargo, con su desprecio por las costumbres 2
y su imitación de los bárbaros daba pie a muchas sospechas de que no quería conformarse con aquel estado de cosas; así procedieron a examinar atentamente todas sus actuaciones, por si alguna vez se hubiese apartado de las costumbres establecidas, y se fijaron sobre todo en que una vez, en el trípode[842] que los griegos habían consagrado en Delfos como primicia del botín arrancado a los medos, se había considerado con derecho a grabar por su cuenta el siguiente dístico[843]:

---

841 Leónidas y Cleómbroto, padre de Pausanias, eran hermanos. Cf. *supra,* I 94, 1, n. 512. Plistarco fue rey desde el 480 hasta el 458 a. C.

842 Se llamaba trípode a un recipiente de metal sostenido por tres pies, hecho que explica su nombre. Éste al que aquí se hace referencia era de oro y fue ofrecido a Apolo Pitio en recuerdo de la victoria de Platea. Propiamente su apoyo no eran tres pies, sino una columna de bronce dorado formada por tres serpientes que se entrelazaban, en las que estaban grabados los nombres de las ciudades que habían luchado contra los persas y que habían dedicado la ofrenda (cf. *infra,* I 132, 3; III 57, 2; HERÓDOTO, VIII 82, 1; R. MEIGGS, D. LEWIS, *op. cit.* 27). No se trataba de una serpiente de tres cabezas, como se desprende de HERÓDOTO, IX 81, 1. Se encontraba en Delfos, en el templo de Apolo Pitio, pero la parte de oro fue fundida por los focenses en la Guerra Sagrada del siglo IV (cf. PAUSANIAS, X 13, 9). El soporte todavía puede verse en Estambul; había sido trasladado por el emperador Constantino a Bizancio, donde fue descubierto en 1856.

843 Según PAUSANIAS, III 8, 2, fue compuesto para Pausanias por el poeta Simónides.

«Tras destruir el ejército medo, el capitán de los griegos,
Pausanias, consagró a Febo este recuerdo.»

3 Entonces los lacedemonios se habían apresurado a borrar este dístico del trípode y habían grabado los nombres de todas las ciudades que, después de contribuir a vencer al bárbaro, habían dedicado la ofrenda[844]; y aunque ya entonces habían considerado este hecho como una falta de Pausanias, luego que se hubo colocado en aquella situación sospechosa, resultó mucho más evidente que su actuación de aquella vez guardaba correspondencia con sus in-
4 tenciones presentes. Averiguaron, asimismo, que estaba tramando algo con los hilotas y así era realmente, pues les prometía su liberación y los derechos de ciudadanía, si se levantaban con él y le ayudaban a alcanzar todos sus ob-
5 jetivos. Pero ni aun así quisieron dar crédito a algunos delatores hilotas y tomar medidas serias contra él, ateniéndose al procedimiento acostumbrado cuando se trata de ellos mismos, esto es, no precipitarse en tomar una decisión irreparable acerca de un espartiata sin contar con pruebas irrefutables; hasta que, según se dice[845], el que debía llevar a Artabazo la última carta para el Rey, un argilio[846], que en otro tiempo había sido el amigo de Pausanias y que era de su entera confianza, se convirtió en

[844] Se destacaba así el mérito colectivo evitando que el éxito personal sirviera para acrecentar el poder de Pausanias. Cf. ARISTÓTELES, *Política* V 6, 2 (1307a).

[845] Tucídides no se responsabiliza aquí de todos los detalles. Ocurre lo mismo en I 134, 1. Cf. H. D. WESTLAKE, «*Legetai* in Thucydides», *Mnemosyne* 30 (1977), 345-362.

[846] De Argilo, una ciudad de Calcídica oriental cercana a Anfípolis. Sobre ésta, cf. *supra*, I 100, n. 555. Se trataba probablemente de un esclavo (cf. *infra*, I 133).

su delator; le había entrado miedo al caer en la cuenta de que en ningún caso había regresado ninguno de los mensajeros que le habían precedido; falsificó el sello a fin de evitar que Pausanias llegara a descubrir su treta, si él se engañaba en su suposición, o si aquél quería efectuar alguna modificación; abrió la carta, en la que sospechaba que se había añadido alguna orden en aquel sentido, y encontró que estaba escrito que lo mataran.

Luego que les mostró el documento, los éforos ya es- 133
tuvieron más seguros[847]; pero quisieron todavía que sus oídos fueran testigos de las palabras del propio Pausanias; así, según un plan premeditado, el mensajero se fue al Ténaro como suplicante y levantó una cabaña dividida en dos compartimientos por una pared; en su parte interior escondió a algunos éforos, que, cuando Pausanias acudió a encontrarse con él y le preguntó el motivo por el que se había hecho suplicante, pudieron enterarse de todo claramente: el mensajero le reprochaba lo que había escrito sobre él y revelaba con detalle las demás circunstancias, diciendo que jamás le había comprometido en sus misiones ante el Rey y que, sin embargo, se le seleccionaba[848] para la muerte de la misma manera que a otros muchos servidores; Pausanias admitía todo aquello y pretendía que no se irritara por lo sucedido, le daba garantías para salir del santuario, y le pedía que se pusiera en marcha cuanto antes y que no obstaculizara las negociaciones.

Una vez que lo hubieron oído todo sin perder detalle, 134
los éforos, de momento, se fueron, pero, al saberlo ya

847 Se insiste en la prudencia de los éforos, que exigían diversas pruebas antes de tomar aquella importante resolución. Más rápida parece luego la decisión ateniense respecto a Temístocles. Sería, pues, una manifestación más de la prudencia lacedemonia.

848 Claramente irónico.

con certeza, procedieron a su detención en la ciudad. Se cuenta que, cuando iba a ser detenido en la calle, al fijarse en la cara de uno de los éforos que se acercaba, comprendió para qué iba, y que, luego que otro, por amistad, le alertó con un imperceptible movimiento de cabeza, se dirigió a todo correr al santuario de la Calcieco[849] y se refugió allí antes de que lo alcanzaran, pues el recinto sagrado estaba cerca. Entró en un pequeño edificio que pertenecía al santuario, para no soportar la in-
2 temperie, y se quedó allí. Primeramente, los éforos quedaron atrás en la persecución, pero después quitaron el techo del edificio y, cuidando de que estuviera dentro, lo encerraron y tapiaron las puertas[850] y, sitiándolo, lo reduje-
3 ron por hambre. Cuando estaba a punto de expirar en aquella situación dentro del edificio, se dieron cuenta y lo sacaron del templo todavía con vida[851] y, una vez que
4 estuvo fuera, murió al instante. Su primera intención fue lanzarlo al Céadas[852], donde suelen arrojar a los criminales; pero después decidieron enterrarlo en un sitio cercano. Más tarde, sin embargo, el dios de Delfos ordenó a los lacedemonios, por medio de un oráculo, que trasladaran la tumba al sitio donde había muerto (y ahora reposa en

849 Cf. *supra,* I 128, 2, n. 807.

850 DIODORO (XI 45, 6) cuenta una anécdota según la cual la madre de Pausanias fue la primera mujer en acudir con un ladrillo para tapiar las puertas.

851 Para evitar que, al morir dentro, profanase el santuario. Si le hubieran dejado morir en su interior, les hubiera acarreado el *ágos,* la culpa sacrílega para los responsables y la contaminación del lugar. La muerte de Pausanias se sitúa hacia el 470 o algo más tarde.

852 Un barranco o una profunda caverna cerca de Esparta donde los criminales eran arrojados. Se desconoce su ubicación. Cf. PAUSANIAS, IV 18, 4-7.

la entrada del recinto sagrado, tal como indica una inscripción de las estelas)[853]; y, como su acción constituía un sacrilegio, les ordenó también que compensaran a la diosa Calcieco con dos cuerpos en lugar de uno. Entonces ellos hicieron dos estatuas de bronce[854] y las consagraron en sustitución de Pausanias[855].

El caso de Temístocles

Los atenienses, a su vez, ordenaron a los lacedemonios que expiaran su acción, dado que el mismo dios la había declarado sacrílega. 135
Del medismo de Pausanias, sin embargo, los lacedemonios, enviando en su día embajadores a los atenienses, habían acusado también a Temístocles, de acuerdo con los descubrimientos que habían hecho en el curso de su investigación sobre Pausanias, y habían reclamado que lo castigaran del mismo modo[856]. 2
Los atenienses les hicieron caso y, al darse la circunstancia de 3

853 Según PAUSANIAS (III 14, 1), la tumba de Pausanias se encontraba junto a la de Leónidas, otro gran héroe de las Guerras Médicas.

854 Aún las vio Pausanias en el siglo II d. C. cerca del altar de la Calcieco (cf. PAUSANIAS, III 17, 7).

855 Como expiación por su muerte. Según el escoliasta, la exigencia de los dos cuerpos implicaba el sacrificio expiatorio de dos éforos, que fue evitado mediante la consagración de las dos estatuas.

856 Después de la digresión sobre Pausanias, un personaje controvertido del que Tucídides nos da una imagen negativa, comienza aquí otro *excursus* sobre Temístocles, otra gran personalidad, contemporáneo de Pausanias. Temístocles había sido condenado al ostracismo en el 471 y se encontraba en Argos al producirse la acusación de Esparta. La hostilidad espartana respecto a Temístocles obedecía sin duda a su política de potenciación de Atenas (cf. *supra,* I 89, 3-92) y a su actividad antiespartana, que seguía manifestándose en su exilio de Argos, enemiga de Esparta. En contraste con su visión de Pausanias, el juicio de Tucídides respecto a Temístocles será claramente positivo.

que Temístocles, condenado al ostracismo[857], residía en Argos y viajaba con frecuencia por el resto del Pelopo-

[857] Ostracismo (término que deriva de *óstrakon*, el pedazo de vasija rota en el que se escribía el nombre de la persona a la que se quería enviar al exilio); los atenienses podían condenar al destierro durante diez años a un ciudadano considerado peligroso para Atenas. La institución del ostracismo es atribuida por ARISTÓTELES (cf. *Constitución de los atenienses* 22, 1) a Clístenes, mientras que otros (ANDROCIÓN y FILÓCORO, cf. F. JACOBY, *F.GrHist* 324, F 6 y 328 F 30, respectivamente) la consideran posterior. El sistema era el siguiente: una vez al año se tenía una asamblea para decidir si se debía proceder al ostracismo. En caso afirmativo, se reunía una segunda asamblea para votar a la persona que merecía el exilio. Para que la votación fuera válida debía haber, como mínimo, una participación de seis mil ciudadanos. La persona condenada al ostracismo seguía siendo ciudadano de Atenas y conservaba sus propiedades. Lo que se pretendía era alejarlo para evitar su participación en la vida política, con lo que se quería eliminar el riesgo de instauración de regímenes personales. Sin embargo, el sistema fue utilizado por los partidos y facciones como instrumento de lucha política, para alejar a rivales molestos, prescindiendo de que aspirasen realmente a la implantación de un régimen tiránico. En este caso, Temístocles (cf. PLUTARCO, *Temístocles* 23, 1; 24, 6) fue enviado al exilio porque el favor popular se había inclinado hacia Cimón, que, a pesar de sus tendencias conservadoras, se había distinguido por sus victorias frente a Persia (cf. *supra*, n. 537). Aunque diversos autores consideraban el ostracismo simplemente como un sistema para prevenir que un hombre de Estado sobresaliente pusiera en peligro la Constitución, debía de comportar una dosis de deshonor, como prueban los mismos *ostraka*, en algunos de los cuales se añadían al nombre del hombre a quien se condenaba epítetos no precisamente elogiosos, tales como *prodótēs*, «traidor», *aleitḗr* «maldito», *ho Mêdos*, «Medo», etc. (cf. R. THOMSEN, *The origins of Ostracism*, Copenhague, 1972). El *dêmos* ateniense, además, era duro y llegaba a condenar a sus políticos por simples errores o a sus generales por no haber podido alcanzar la victoria o por un retraso sin culpa (cf. R. A. KNOX, «So mischievous a beaste? The Athenian demos and its treatment of its politicians», *Greece and Rome* 32 (1985), 132-161).

neso[858], enviaron unos hombres con los lacedemonios, que estaban dispuestos a colaborar en la persecución, con la orden de llevárselo detenido dondequiera que lo encontraran.

Temístocles, prevenido, huye del Peloponeso hacia Corcira[859], de la que tenía el título de benefactor[860]. Pero los corcireos le dicen que tienen miedo de darle asilo y de incurrir por ello en la enemistad de los lacedemonios y los atenienses, y se encargan de trasladarlo a la costa del continente que está en frente de su isla. Perseguido por aquellos que habían recibido la orden de detenerlo, según se enteraban del camino por donde iba, se ve obligado, en 136

2

---

858 Su actividad en el Peloponeso fomentando desde Argos diversos movimientos antiespartanos, unida a la decisiva intervención que había tenido en la fortificación de Atenas (cf. *supra,* I 90, 3, n. 489), explican que Esparta, que antes lo había admirado (cf. HERÓDOTO, VIII 124), lo mirara como un peligroso enemigo.

859 En este episodio de la fuga de Temístocles, *polýtropos* como Ulises, Tucídides pone de manifiesto la inteligencia natural del personaje, la *sýnesis* elogiada en I 138, 1-2. Cf. G. MÉAUTIS, «Thucydide et Thémistocle», *L'Antiquité Classique* 20 (1951), 297-304; P. HUART, *Le vocabulaire de l'analyse psychologique dans l'oeuvre de Thucydide,* París, 1968, pág. 283. En este caso, se puede considerar secundaria la exactitud histórica de los detalles de la aventura de Temístocles. Lo esencial es que define perfectamente el carácter del personaje. En este sentido, G. MÉAUTIS (art. cit., pág. 303) recordaba las palabras de Goethe a Eckerman: «Un hecho de nuestra vida tiene valor no en tanto que es verdadero, sino en tanto que significa algo».

860 El título de benefactor *(euergétēs)* era un título honorífico concedido por los Estados griegos a extranjeros beneméritos, o a otros Estados. No se conoce con seguridad la razón por la que Temístocles se había hecho acreedor de este título. Según el escoliasta, se debería a que habría evitado el castigo a Corcira por su neutralidad en las Guerras Médicas. Según PLUTARCO *(Temístocles* 24, 1), Temístocles habría favorecido a Corcira en un conflicto entre ésta y Corinto. Ambas explicaciones son problemáticas.

un momento de apuro, a detenerse en casa de Admeto,
3 el rey de los molosos[861], que no era amigo suyo[862]. Admeto estaba ausente, pero Temístocles se presenta como suplicante ante su mujer, que le da el consejo de sentarse
4 delante del hogar[863] con su hijo en los brazos. No mucho tiempo después llega Admeto; Temístocles le explica quién es y le dice que, si bien se había opuesto a alguna de sus peticiones a los atenienses, sería indigno que él tomara venganza en un fugitivo: en aquella situación, en efecto, al ser mucho más débil, podía ser víctima de sus vejaciones, pero lo noble era vengarse de los iguales y en igualdad de condiciones. Le dice, además, que se había enfrentado a él por una demanda cualquiera y no para salvar su persona, mientras que si él lo entregaba (y le explicó entonces quiénes lo perseguían y con qué fin) le privaría de la posibilidad de salvar la vida.

137 Admeto lo escucha y hace que se levante con su propio hijo en brazos (tal como se había sentado con el niño, lo que constituía la actitud de súplica más impresionante); y no mucho después, cuando llegan los lacedemonios y los atenienses, a pesar de su insistencia, no se lo entrega, sino que lo envía por tierra hasta el otro mar[864], a Pidna[865],

---

[861] Pueblo cuyo territorio estaba en el interior del Epiro, a la altura de Corcira. Cf. *infra,* II 80, 6.

[862] Sobre esta enemistad, cf. *infra,* 4; PLUTARCO, *Temístocles* 24, 2. Temístocles había tenido un papel decisivo en una respuesta negativa de Atenas a Admeto, que había solicitado alianza y ayuda. Así lo explica el escoliasta. No tenemos más noticias sobre ello.

[863] Era una actitud solemne de súplica. Cf. *infra,* I 137, 1.

[864] El Golfo Termaico. Era «el otro mar» respecto al mar Jonio que bañaba las costas del Epiro.

[865] Cf. *supra,* I 61, 2, n. 349.

la ciudad de Alejandro[866], dado que quería presentarse ante el Rey[867]. En Pidna encuentra un barco mercante[868] 2 que se hacía a la mar rumbo a Jonia y se embarca; pero una tempestad lo lleva al campamento de la flota ateniense que estaba sitiando Naxos[869]. Entonces tiene miedo y, puesto que viajaba de incógnito, declara al capitán quién es y por qué huye, y le dice que, si no lo salva, contará que se ha dejado sobornar para llevarlo; la seguridad exige que nadie desembarque hasta que se pueda reemprender

[866] Por estar sometida a la autoridad de Alejandro I Filheleno, rey de Macedonia entre el 495 y 450 a. C., aproximadamente. Cf. *supra,* I 57, 2.

[867] El rey de Persia (cf. *supra,* I 18, n. 132).

[868] Un *holkás* o carguero. Cf. *supra,* n. 107.

[869] Teniendo en cuenta que Artajerjes subió al trono a fines de diciembre del 465 a. C. (cf. *supra,* I 104, 1, n. 590), y que Temístocles se dirigió desde la costa hacia la corte persa cuando hacía poco que reinaba Artajerjes, según nos dice el mismo Tucídides (cf. *infra,* I 137, 3, n. 872), el hecho de que en su viaje a la costa asiática coincidiera con el asedio de Naxos se considera problemático, ya que en este caso, si el asedio se fecha hacia el 468 (cf. *supra,* I 98, 4, n. 544), Temístocles tendría que haber esperado tres años en Éfeso antes de escribir a Artajerjes. Para resolver este problema de una larga estancia en Éfeso, además de las propuestas de rebajar la fecha del asedio de Naxos, se ha pensado en la posibilidad de sustituir «Naxos» por «Tasos», que fue asediada en el período 465-463 a. C. (cf. *supra,* I 100, 2, n. 551; 101, 3), con lo que se suprimiría el problema de la larga detención en Éfeso. Esta corrección cuenta con el apoyo de un buen manuscrito de PLUTARCO *(Temístocles* 25, 2), que, citando a Tucídides, lee «Tasos» (a esta solución se opone F. J. FROST, «Thucydides I, 137, 2», *The Classical Review* 76 (1962) 15-16, basándose en importantes consideraciones sobre la navegación en el Egeo, que para la ruta Pidna-Éfeso llevan a pensar más en Naxos que en Tasos). Otras fuentes dan una solución diferente, ya que hacen llegar a Temístocles a la corte de Jerjes, no a la de Artajerjes, lo que demuestra que existía bastante confusión al respecto y explica esta imprecisión en la compleja cronología relativa a Temístocles (cf. A. W. GOMME, *op. cit.* I, págs. 398-399).

la navegación y, si le obedece, añade, sabrá agradecérselo dignamente. El capitán así lo hace y, después de permanecer fondeado durante un día y una noche a cierta distan-
3 cia del campamento, llega más tarde a Éfeso[870]. Temístocles lo recompensó con una suma de dinero (pues luego sus amigos le hicieron llegar los fondos que tenía a buen recaudo en Atenas y en Argos)[871]; después se puso en marcha hacia el interior en compañía de un persa de la costa y dirigió una carta al rey Artajerjes, hijo de Jerjes,
4 que reinaba desde hacía poco[872]. Su contenido era el siguiente: «Yo, Temístocles, acudo a ti, yo, el griego que ha causado mayores males a vuestra Casa durante todo el tiempo en que me vi forzado a defenderme contra los ataques de tu padre; pero los bienes que le dispensé durante su retirada, cuando yo estaba en una situación de seguridad y él en peligro, fueron todavía mucho más grandes. Se me debe, pues, un servicio» (y se refería aquí al anuncio con que le previno en Salamina[873] de la retirada

---

870 Colonia griega en la costa de Asia Menor, al norte de Mileto y del promontorio de Mícale y bastante más al norte de Naxos; a su altura estaba Samos.

871 Cf. PLUTARCO, *Temístocles* 25, 3.

872 Existen dos tradiciones respecto al monarca que reinaba en Persia cuando hizo este viaje Temístocles. Unos (Carón de Lámpsaco, Aristodemo, Cornelio Nepote) concuerdan con Tucídides en cuanto a que era Artajerjes. Otros (Éforo, Dinón, Clitarco, Heráclides), en cambio, afirman que era Jerjes. Se da menos crédito a esta segunda tradición, atestiguada desde el siglo IV a. C., que tal vez había surgido con el propósito de conseguir que se volvieran a encontrar Temístocles y Jerjes, el vencedor y el vencido de la batalla de Salamina, lo que era de un efecto dramático indudable. (Cf. A. W. GOMME, *op. cit.* I, págs. 397-399.)

873 Algunos han interpretado este pasaje como una referencia al relato de HERÓDOTO (VIII 75), según el que Temístocles, fingiendo que

de los griegos, y a su intervención de entonces para evitar la destrucción de los puentes[874], servicio que se atribuía indebidamente) «y ahora, con la posibilidad de proporcionarte grandes beneficios, estoy aquí, perseguido por los griegos a causa de la amistad que te profeso. Mi deseo es esperar un año y explicarte luego personalmente el motivo por el que he venido».

El Rey, según se cuenta[875], celebró su propósito y le 138
invitó a actuar como decía. Temístocles, en el tiempo en

---

traicionaba a los griegos, dio el aviso a Jerjes de que la flota griega iba a retirarse, con lo que indujo a los persas a entrar en el estrecho entre Salamina y el Ática para bloquear a la flota griega (cf. *supra,* I 69, 5, n. 395), lo que en realidad supuso un gran engaño. Esta interpretación, sin embargo, no está de acuerdo con el sentido del pasaje ni con la afirmación de que Jerjes estaba en peligro, lo que no era cierto antes de la batalla de Salamina. Parece, por tanto, más probable otra interpretación según la cual Tucídides se refería a otro pasaje de HERÓDOTO (VIII 108-110) en el que Temístocles envía un mensaje a Jerjes animándolo a volver a su patria, dado que había logrado convencer a los griegos de no ir en su persecución y de no destruir los puentes construidos con embarcaciones sobre el Helesponto. En este caso se objeta que habría desacuerdo en cuanto a que este mensaje, según Heródoto, fue enviado desde Andros y no desde Salamina. Sin embargo, parece una objeción menor frente a las serias dificultades que se oponen a la primera interpretación. ¿Cómo iba a presentar Temístocles a su favor un mensaje del que había derivado una gravísima derrota para el destinatario?

874 Según HERÓDOTO (VIII 108, 2-4), Temístocles primero había sido partidario de perseguir a la flota persa y destruir los puentes del Helesponto, pero, ante la oposición de Euribíades y los peloponesios, había tenido que renunciar a su plan y, para granjearse entonces el favor persa, había enviado un mensaje a Jerjes en el que se atribuía el mérito de facilitarles la retirada, desaconsejando la persecución de la flota y la destrucción de los puentes (cf. HERÓDOTO, VIII 110, 3).

875 Tucídides no certifica la parte persa de la historia de Temístocles. Cf. *supra,* I 132, 5, n. 845.

que estuvo esperando, se instruyó tanto como pudo en la
2 lengua persa y en las costumbres del país; y cuando al cabo de un año acudió a la corte se convirtió en un personaje influyente ante el Rey, como no lo había sido hasta entonces ningún griego, debido al prestigio que ya tenía y a las esperanzas que le hacía concebir de someter el mundo griego, pero sobre todo porque daba fundadas
3 muestras de ser inteligente. Temístocles, en efecto, era un hombre que mostraba de la forma más evidente la capacidad de su talento natural, y en este aspecto especialmente más que en ningún otro era digno de admiración; por su propia inteligencia, y sin necesidad de prepararla o de desarrollarla con el estudio[876], daba la mejor resolución a los asuntos del momento con la reflexión más rápida y respecto al futuro su visión era la de más largo alcance. Lo que tenía entre manos era capaz de explicarlo a la perfección, y respecto a aquello en lo que no tenía experiencia, no dejaba de dar un juicio adecuado; preveía, además, extraordinariamente las ventajas y los inconvenientes cuando todavía eran imprevisibles. En una palabra, este hombre, gracias a los recursos de su talento natural y a la brevedad de sus preparativos, era muy hábil
4 para improvisar lo que hacía falta[877]. Una enfermedad

876 En el sentido de que su inteligencia era innata.

877 Tucídides manifiesta claramente en este capítulo su admiración por Temístocles, de la que ya había dado pruebas en pasajes anteriores (cf. *supra,* I 14, 3; 74, 1; 90, 3; 93, 3). Es éste un elogio sin paliativos del talento de un hombre cuya personalidad aparece con claroscuros en otras fuentes. Heródoto concretamente, junto a una valoración positiva de sus dotes y de buena parte de su actividad, señala importantes aspectos negativos. Elogia, por ejemplo, su papel decisivo en la creación de una flota poderosa (VII 144), su talento de estratega, demostrado en su decisión de enfrentarse a los persas por mar (VII 143) y en el hábil planteamiento de la batalla de Salamina (VIII 74-76; 80). Como contrapartida

acabó con su vida[878]; algunos, sin embargo, dicen[879] que se envenenó voluntariamente, por considerar que no podía cumplir las promesas que había hecho al Rey. En todo caso, su tumba está en Magnesia[880] de Asia, en la plaza;

---

destaca su avidez (VIII 111-112) o su tendencia a la corrupción (VIII 4-5) o una cierta predisposición a la traición (VIII 107). Y, como Heródoto, otros historiadores, e incluso biógrafos como Nepote y Plutarco, van de los elogios a las críticas. Era natural que eso fuera así al tratarse de un hombre excepcional que no sólo estuvo en medio de las luchas políticas y rivalidades de Atenas, sino que, con su astucia en el asunto de la fortificación de Atenas y su actividad antilacedemonia, también se atrajo la decidida hostilidad de Esparta. Como hombre que unía la inteligencia a la acción, caracterizado por la *mêtis*, cual un Ulises de su época, su actuación suscitó críticas y elogios y se vio sin duda afectado por los intereses y la propaganda política. Frente a esta visión tradicional, Tucídides adopta una posición única. En su visión de Temístocles no hay sombras. A él se debe la liberación de Grecia frente a Persia y el poderío de Atenas. Incluso su huida a Persia merece disculpas: Temístocles fue víctima de la acusación interesada de Esparta y de la hostilidad de sus adversarios políticos de Atenas. Cf. A. J. PODLECKI, *The Life of Themistocles*, Montreal, 1975; «Themistocles and Pausanias» *Rivista di Filologia e d'Istruzione Classica* 104 (1976), 293-311; R. J. LENARDON, *The Saga of Themistocles*, Londres, 1978. Las críticas contra Temístocles son, pues, según Tucídides, fruto de intereses y rivalidades políticas, frente a las que están los hechos que atestiguan la incuestionable magnitud de este personaje tanto para Atenas como para toda Grecia (un hombre al que Ortega comparaba con César, las «dos cabezas claras del mundo antiguo»: cf. J. ORTEGA y GASSET, *La rebelión de las masas*, 13.ª ed., Madrid, 1956, pág. 158). Tucídides lo parangonaba sin duda a Pericles, la gran figura ateniense de su época.

878 La fecha de su muerte constituye un problema. Probablemente ocurrió entre el 460 y el 450 a. C.

879 Cf. ARISTÓFANES, *Caballeros* 83-84; DIODORO, XI 58, 3; PLUTARCO, *Temístocles* 31, 5-6.

880 Ciudad situada al sudeste de Éfeso, entre ésta y Mileto y junto al río Meandro. Estaba en una excelente situación para intrigar con las ciudades de la Liga ático-delia, sobre todo con Mileto.

pues gobernaba este territorio, ya que el Rey le había dado, para pan[881], Magnesia, que le producía cincuenta talentos[882] al año, para vino, Lámpsaco[883], región que era considerada la más vinícola de aquel tiempo, y para con-
6 dumio[884], Miunte[885]; pero sus huesos, según cuentan sus parientes, fueron repatriados por disposición suya y enterrados en el Ática a escondidas de los atenienses[886], pues no era lícito sepultarlo dado que era un exiliado acusado de traición[887]. Así acabaron las vidas de Pausanias el la-

---

881 El pan era el alimento principal, lo que indica que Magnesia fue la sede de Temístocles, que acuñó moneda en ella. Estas expresiones alusivas a las contribuciones en especie son típicamente persas. Cf. HERÓDOTO, I 192, 3; II 98, 1; JENOFONTE, *Anábasis* I 4, 9; PLATÓN, *Alcibíades* I 123, b-c; A. T. OLMSTEAD, *A History of the Persian Empire*, Chicago, 1948, pág. 449.

882 Cf. *supra*, I 96, n. 531.

883 Ciudad estratégicamente situada en la costa asiática del Helesponto. Mientras que Magnesia suponía una donación real, dado que pertenecía a Persia, el caso de Lámpsaco y Miunte es problemático. Su pertenencia a la Liga ático-delia, con el pago de sus tributos a Atenas (hecho atestiguado desde el 450 aproximadamente), induce a pensar que se trataba de una donación nominal. Es posible, sin embargo, que durante los primeros años de la Liga dependieran realmente de Persia, por lo que no se descartaría una posesión efectiva por parte de Temístocles.

884 En este caso, el companaje *(ópson;* cf. el griego moderno *psári*, pescado) era básicamente pescado. DIODORO (XI 57, 7) dice del territorio de Miunte que tenía un mar rico en peces *(échousan thálattan eúichthyn)*. Como las anteriores, es una expresión persa.

885 Ciudad situada a orillas del Meandro, al sudeste de Magnesia.

886 De forma tan secreta que Tucídides parece ponerlo en duda. Cf. PLUTARCO, *Temístocles* 32, 5-6.

887 Esta acusación ha motivado la indignación de algunos historiadores que, como Tucídides, consideran a Temístocles víctima de la ingratitud de las democracias con sus grandes hombres y de la hostilidad vengativa de Esparta.

cedemonio y de Temístocles el ateniense, que fueron los griegos más ilustres de su tiempo[888].

La Asamblea de Atenas

Nuevas embajadas lacedemonias a Atenas. El ultimátum. La Asamblea.

Tales fueron, pues, los requerimientos de los lacedemonios y las intimaciones que recibieron como réplica con ocasión de su primera embajada respecto a la expulsión de los sacrílegos[889]. Luego repitieron varias veces el viaje a Atenas, y exigieron a los atenienses que levantaran el sitio de Potidea[890] y que permitieran la autonomía de Egina[891]; y, ante todo y de la forma más clara, proclamaron que no habría guerra si derogaban el decreto sobre los megareos, en el que se les prohibía la utilización de los 139

[888] Acaba aquí la digresión, que se inició en 126, 2, sobre la tentativa de Cilón y el sacrilegio de los Alcmeónidas y sobre el sacrilegio del Ténaro. Este relato suele ser considerado como la parte más herodotea de Tucídides (cf. L. Canfora, «Tucidide erodoteo», *Quaderni di Storia* 8 (1982), 77-84). No obstante, Tucídides lo ha planteado de forma original. Dos personajes ilustres, dos vidas paralelas, han sido contrapuestos (cf. H. Konishi, «Thucydides 'method in the episodes of Pausanias and Themistocles», *American Journal of Philology* 111 (1970), 52-69), y Tucídides se ha decidido a favor de Temístocles, viéndolo sin duda como un símbolo de la Atenas que admiraba. A partir de 139, 1, reemprende el relato sobre las embajadas que había interrumpido en 126, 1.

[889] Cf. *supra,* I 126, 1; 128, 1.

[890] Exigencia difícilmente aceptable, como debían de saber muy bien los espartanos. Atenas había realizado un notable esfuerzo y estaba muy interesada en el asunto de Potidea. Cf. *supra,* I 64, 1-3.

[891] Cf. *supra,* I 67, 2.

2 puertos del Imperio ateniense y del mercado ático[892]. Pero los atenienses ni hicieron caso de las otras exigencias ni derogaron el decreto, acusando a los megareos del cultivo ilícito de la tierra sagrada[893] y del territorio sin deli-
3 mitar[894], y de dar acogida a los esclavos fugitivos[895]. Finalmente llegaron de Esparta los embajadores del ultimátum, Ranfias[896], Melesipo[897] y Agesandro[898], que no re-

---

892 Cf. *supra,* I 42, 2; 67, 4. Se ha dicho tradicionalmente que Tucídides, en su análisis de las causas de la guerra, subestima la importancia del decreto contra Mégara (cf. al respecto el importante trabajo de L. Bodin, «Autour du décret mégarien», *Mélanges littéraires de la Faculté des Lettres de Clermont-Ferrand,* 1910, págs. 169-182). Recientemente, sin embargo, esta importancia del decreto megareo como causa de la Guerra del Peloponeso ha sido devaluada por algunos investigadores, entre los que destaca G. E. M. de Ste. Croix, que con sus hipótesis al respecto ha provocado una polémica semejante a la que él mismo suscitó en el asunto de la popularidad o impopularidad del Imperio ateniense (cf. *infra,* II 63, 1, n. 402). G. E. M. de Ste. Croix, en *The Origins of the Peloponnesian War,* Londres, 1972, págs. 224-289, propone una reinterpretación radical del decreto megareo —del que no conocemos el texto más que por las referencias de autores como Tucídides y Aristófanes— en el sentido de limitar su importancia (en lo que está de acuerdo E. Bar-Hen, «Le décret mégarien», *Scripta Classica Israelica* 4 (1978), 10-27).

893 En los confines entre la Megáride y el Ática; estaba consagrada a las divinidades de Eleusis, Deméter y Perséfone (cf. Heródoto, VI 75, 3).

894 El territorio sin delimitar *(aóristos)* era una especie de tierra de nadie en la frontera que debía de ser conflictivo.

895 El problema de la acogida que Mégara daba a los esclavos fugitivos de Atenas es parodiado por Aristófanes, *Acarnienses* 526-527. Vuelve a aparecer en el discurso de Pericles (cf. *infra,* I 142, 4).

896 Puede ser el mismo que aparece en V 12-14, y el padre de Clearco (cf. *infra,* VIII 8, 2; 39, 2; 80, 1).

897 Nuevamente enviado a Atenas el año siguiente (431 a. C.) en un último intento de obtener las satisfacciones que hubieran evitado la guerra (cf. *infra,* II 12, 1-4).

pitieron ninguna de las reclamaciones usuales en las embajadas anteriores, sino que tan sólo declararon esto: «Los lacedemonios quieren que haya paz, y la habrá si dejáis que los griegos sean autónomos[899]». Entonces los atenienses convocaron una asamblea y entablaron un debate, y decidieron dar una respuesta después de deliberar de una vez sobre todas las cuestiones. Muchos se adelantaron pa- 4
ra tomar la palabra y se pronunciaron en uno u otro sentido: para unos era necesario hacer la guerra, mientras que para otros el decreto no debía ser un obstáculo para la paz, sino que había que derogarlo[900]; también tomó la palabra Pericles, hijo de Jantipo, el hombre que en aquel tiempo era el primero de los atenienses, el de mayor capacidad para la palabra y para la acción[901], y les aconsejó de la forma siguiente:

Discurso de Pericles

«Mi opinión, atenienses, es la 140
misma de siempre: no ceder ante los peloponesios; esto es así, aunque sé que el ardor de los hombres no es el mismo en el momento en que se persuaden a emprender la guerra y cuando se enfrentan a la acción, y que cambian de opinión a medida que cambian las circunstancias. Entiendo, por tanto, que también ahora os he de dar los mismos o parecidos consejos, y

---

898 Tal vez el padre de Agesándridas que aparece en VIII 91, 2.

899 Propuesta tan general como inaceptable; significaba un serio golpe para la política imperialista ateniense (cf. *infra*, I 144, 2, n. 936). Sólo puede entenderse un ultimátum de este tipo como una tentativa para que se aceptara negociar y se abordaran luego problemas concretos como el del decreto contra Mégara.

900 Se deduce de este pasaje que el decreto contra Mégara estaba en la mente de todo el mundo como cuestión esencial. Tal vez por ello Tucídides ha ahorrado comentarios al respecto.

901 Cf. *supra*, I 127, 3.

pretendo que aquellos de vosotros que se dejen persuadir apoyen las decisiones tomadas en común, incluso en el caso de encontrarnos con algún fracaso, o que en caso contrario, si tenemos éxitos, no los atribuyan a su inteligencia; pues puede suceder que las vicisitudes de los distintos asuntos se desarrollen de una forma no menos imprevisible que los proyectos de los hombres; y ésta es la razón por la que tenemos la costumbre de culpar al azar siempre que algo ocurre en contra de lo previsto[902].

2 Ya antes estaba claro que los lacedemonios maquinaban contra nosotros, y ahora lo está más que nunca. Aunque el tratado dice, en efecto, que unos y otros ofrezcamos y aceptemos un arbitraje para resolver nuestras diferencias, y que entretanto cada una de las dos partes conserve sus posesiones, ni ellos han solicitado nunca que nosotros nos sometamos a arbitraje ni lo aceptan cuando nosotros se lo ofrecemos; quieren resolver sus reclamaciones con la guerra y no con razones y ya no se presentan para formular acusaciones, sino para comunicar órde-
3 nes[903]. Nos exigen que levantemos el sitio de Potidea,

---

902 Frente a la *diánoia* de los hombres, está la *týchē*, un factor irracional frente a la razón, pero este «azar», para quienes ven en Tucídides un racionalista, tiene un papel secundario respecto a la inteligencia. Cf. H. Herter, «Freiheit und Gebundenheit des Staatsmannes bei Thukydides», *Rheinisches Museum* 93 (1950), 133-153; J. de Romilly, «L'optimisme de Thucydide et le jugement de l'historien sur Péricles (II, 65)», *Revue des Études Grecques* 78 (1965), 557-575. Según otra valoración, la *týchē* sería un factor determinante en la obra tucidídea. Cf. H. P. Stahl, *Thukydides. Die Stellung des Menschen im geschichtlichen Prozess*, Munich, 1966. Por un lado se subrayan los elementos racionalistas, por otro los factores trágicos e irracionales.

903 Ésta es la idea básica de la argumentación de Pericles: Esparta ya no presenta quejas, sino órdenes; su ultimátum es inaceptable para

que permitamos la autonomía de Egina, y que deroguemos el decreto sobre los megareos; y ahora estos que han venido con el ultimátum nos conminan a dejar que los griegos sean autónomos. Que ninguno de vosotros crea que 4
haríamos la guerra por una nimiedad[904] si no derogamos el decreto sobre los megareos, decreto cuya derogación, según alegan insistentemente, evitaría la guerra; no dejéis que quede en vuestro interior el remordimiento de haber entrado en guerra por una pequeñez. Pues esta minucia 5
implica la total confirmación y prueba de vuestra resolución; si cedéis en esto, al punto recibiréis otras órdenes de mayor importancia, pues creerán que esta vez habréis obedecido por miedo; si, por el contrario, os mantenéis firmes les haréis ver con claridad que es preferible que os traten en pie de igualdad.

De aquí debe salir, por tanto, vuestra decisión: u obe- 141
decer antes de sufrir algún daño, o, si hacemos la guerra, lo que me parece la mejor solución, disponeros a no ceder ante ningún pretexto, ni grande ni pequeño, y a no tener con miedo nuestras posesiones. Pues tanto la demanda más grande como la más pequeña, cuando se presentan como una orden a los otros pueblos por parte de sus iguales antes de recurrir a un arbitraje, tienen el mismo significado: la esclavitud.

En cuanto a la guerra y a los recursos de los dos ban- 2
dos[905], escuchadme con atención y os daréis cuenta de que

---

un Estado que se precie. Cf. *infra,* I 140, 5; 141, 1; 144, 2; 145. Cf., asimismo, PLUTARCO, *Pericles* 31, 1.

904 Esto es precisamente lo que decían los enemigos de Pericles. Cf. PLUTARCO, *Nicias* 9, 9; *Pericles* 31, 1-2.

905 Desde este punto hasta 144, 1, Pericles hace un análisis de las fuerzas y de la disposición de los dos bandos, de las del enemigo en

3 no seremos los más débiles[906]. Los peloponesios trabajan ellos mismos la tierra[907] y no tienen capital ni privado ni público; a esto se une que no tienen experiencia en guerras largas y de ultramar porque, a causa de su pobreza,
4 sólo toman las armas para breves luchas entre ellos. Tales pueblos no pueden ni equipar naves ni enviar a menudo ejércitos de tierra, debido a que con ello se ausentan de sus propios campos y gastan sus propios recursos, y a que, por añadidura, el mar les está vedado[908]; y son las
5 reservas monetarias, más que las contribuciones obligatorias, las que sostienen las guerras[909]. Los hombres que trabajan ellos mismos la tierra están más dispuestos a contribuir a la guerra con su persona que con su dinero; los anima la creencia de que sobrevivirán a los peligros, pero no tienen la seguridad de que el dinero no se agote antes de tiempo, sobre todo si se encuentran con que la guerra, como es verosímil, se prolonga más de lo que espera-

---

144, 1-143, 2, y de las de Atenas en 143-3-144, 1. Todo el pasaje supone una contestación a los argumentos de los corintios (cf. *supra,* I 121-122).

906 Cf. *supra,* I 121, 2.

907 Son *autourgoí.* La economía peloponesia se basaba en la agricultura, aunque los ciudadanos de Esparta no se dedicaran a ella directamente (cf. *supra,* I 101, 2, n. 562; 128, 3). Cf. *infra,* I 142, 7: *geōrgoí.* Muchos ciudadanos atenienses se podían definir, asimismo, como *autourgoí* (cf. Eurípides, *Orestes* 920), en el sentido de que vivían de su trabajo y de sus tierras. El Estado ateniense, sin embargo, gracias al imperio, tenía más medios financieros y mayor capacidad de abastecimiento desde el exterior, era menos dependiente de la producción interior (cf. *infra,* I 143, 4; II 13, 3).

908 A causa de la enorme superioridad de la flota ateniense.

909 La producción anual podía resultar suficiente en tiempo de paz; pero para la guerra eran necesarias reservas financieras (cf. *infra,* II 13, 3). En el caso de los peloponesios, ni los Estados ni los individuos disponían de estas reservas; tenían una economía sin excedentes. La guerra les suponía, por tanto, un esfuerzo enorme. Así lo veía Pericles.

ban[910]. Es cierto que en una sola batalla los peloponesios 6
y sus aliados son capaces de enfrentarse a todos los griegos juntos, pero son incapaces de sostener una guerra contra una organización militar que no es como la suya, puesto que, al no contar con una asamblea única[911], no pueden llevar nada a término sobre la marcha y rápidamente; y, al tener todos un voto igual sin ser del mismo pueblo, cada uno se preocupa por sus propios intereses[912];
por esto no suele llevarse nada a término. Así, los unos 7
quieren vengarse lo más que puedan de algún agravio, y los otros causar el menor daño posible a sus propios bienes. Se reúnen muy de tarde en tarde, y en un momento examinan algún asunto de interés general, mientras que dedican la mayor parte del tiempo a ocuparse de sus intereses particulares[913]; cada uno piensa que su propia negligencia no redundará en perjuicios, y que es problema de otro tomar alguna precaución en su lugar; y de este modo, en virtud de este mismo razonamiento que todos se hacen particularmente, el interés común se va arruinando de forma conjunta, sin que se den cuenta.

Pero lo principal es el obstáculo que les supondrá su 142
escasez de recursos monetarios[914], cuando anden en con-

---

910 A consecuencia de su limitación financiera, a los peloponesios les estaban vedadas las guerras de larga duración y con campos de batalla alejados, lo mismo que antes (141, 4) ha dicho respecto al mar. Por esta razón, los corintios (cf. *supra*, I 121, 3) propusieron la utilización de los tesoros de Delfos y de Olimpia para equipar una flota con la que poder enfrentarse a los atenienses, lo que realmente no se logró hasta que no contaron con el apoyo económico de los persas.

911 Atenas, en cambio, decidía por sus aliados.

912 Cada Estado miembro de la Liga. Esto era lo que temían los corintios. Cf. *supra*, I 120, 1-2.

913 Todo el pasaje se refiere a los Estados, no a los individuos.

914 Insiste en el argumento de I 141, 4-5.

tinuas dilaciones por la lentitud con que se los procuran;
2 y en la guerra las ocasiones no esperan. Además, no merece la pena tener miedo ni de sus obras de fortificación
3 en nuestro territorio[915] ni de su flota. En cuanto a lo primero, si ya es difícil en tiempo de paz fortificar una ciudad[916] frente a otra en igualdad de fuerzas[917], con mayor motivo les serán dificultosas las obras de fortificación en territorio enemigo y teniendo nosotros dispuestas contra
4 ellos obras no inferiores. Si ellos consiguen levantar un fuerte, podrán causar algunos daños a una parte de nuestro territorio con sus incursiones y con las deserciones de esclavos[918], pero esto no bastará para impedir que vayamos por mar a su territorio y que allí nos fortifiquemos[919] y nos defendamos con la flota, que constituye
5 nuestra fuerza. Pues merced a nuestra experiencia naval nosotros tenemos, a pesar de todo, una experiencia en la guerra por tierra mayor que la que aquellos tienen en la
6 naval gracias a su experiencia por tierra. Y llegar a ser

---

915 Cf. *supra,* I 122, 1.

916 Piénsese en la fortificación de Atenas por Temístocles (cf. *supra,* I 90 ss.) o en la fundación de Anfípolis (cf. *infra,* IV 102).

917 *Tēn mèn gàr chalepòn kaì en eirḗnēi <pròs> pólin antípalon kataskeuásasthai.* Diversamente interpretado: Levantar o fortificar una ciudad frente a otra de igual fuerza, es decir, una ciudad rival de otra de igual potencia. O que una ciudad de igual poder (como sujeto) se fortifique. Otros entienden: construir una ciudad de igual potencia que la nuestra. De ello se dice que ya es difícil en tiempo de paz.

918 Lo que ocurrió después de la toma y fortificación de Decelia por los espartanos. Cf. *infra,* VII 27, 3-5.

919 Piénsese en Pilos (cf. *infra,* IV 3 ss.), Metana (IV 45, 2) y Citera (IV 54, 4). Aquí Pericles parece anticipar y aprobar la política seguida por Demóstenes y Cleón después de su muerte, una política que generalmente se considera contraria a la suya (cf. *infra,* I 143, 4; 144, 1). De todas formas, el planteamiento que aquí se hace es puramente defensivo.

expertos marinos no les resultará fácil. Ni siquiera vos- 7
otros, que os ejercitáis en ello desde las mismas Guerras Médicas, habéis llegado a la perfección. ¿Cómo es posible, pues, que consigan algo que merezca la pena unos hombres que son campesinos y no marineros, y que además ni siquiera tendrán la posibilidad de ejercitarse al estar continuamente bloqueados por nuestra numerosa flota? Si 8
fuesen vigilados por unas pocas naves, posiblemente se arriesgarían contra ellas infundiendo arrogancia a su impericia con su superioridad numérica, pero si están encerrados por una flota numerosa, no se moverán, y con su falta de ejercicio se volverán más torpes y, por ende, más vacilantes. La navegación es cuestión de técnica, como 9
cualquier otra cosa, y no admite ser practicada según las circunstancias y de forma accidental; exige más bien que ninguna otra actividad secundaria coexista con ella[920].

Y si, destinando a otro fin parte de los fondos deposi- 143
tados en Olimpia o en Delfos[921], intentaran atraer a los marineros extranjeros[922] con la oferta de una mayor soldada, se crearía una situación grave en el caso de que, embarcándonos nosotros y los metecos[923], no tuviésemos

[920] Valoración de la náutica como *téchnē*, de acuerdo con el juicio positivo respecto a la política marítima de Atenas. En Atenas, sin embargo, se valoraba más al hoplita que al marinero (cf. PLATÓN, *Leyes* IV 707a-c; ARISTÓTELES, *Política* VII 5, 6-7 (1327a-b); *Constitución de los atenienses* 42, 2-4) y un *kybernḗtēs* o cualquier oficial de la marina, a pesar de que la potencia de Atenas se basaba en el mar, no gozaban del mayor prestigio social.

[921] Cf. *supra*, I 121, 3, n. 762.

[922] Atenas reclutaba marineros *(nautai)* entre mercenarios extranjeros procedentes por lo general de ciudades aliadas.

[923] Los metecos *(metoikoi)* eran extranjeros domiciliados en una *pólis*. En Atenas sus derechos y deberes estaban bien definidos entre los de los ciudadanos y los de los otros extranjeros (cf. nota anterior). Su

las mismas fuerzas[924]; pero ahora contamos con esta posibilidad y, lo que es importantísimo, tenemos ciudadanos como pilotos y nuestra restante marinería[925] en mayor nú-
2 mero y mejor que la de todo el resto de Grecia. Además, ante el peligro, ningún extranjero aceptaría ser desterrado

situación fue ascendiendo, acercándose a la de los ciudadanos, con el desarrollo del imperio y de la economía y con el progreso de la democracia. Debían tener un *prostátēs* entre los ciudadanos, un patrono que los representaba legalmente. Pagaban una tasa anual de carácter personal *(metoíkion)* y contribuían a las cargas financieras pagando las contribuciones *(eisphoraí)* e incluso, cuando lo permitía su situación económica, las liturgias *(leitourgíai)*, salvo la naval o trierarquía. En situaciones especiales podían servir en la flota o en las fuerzas de tierra (cf. *infra*, II 13, 7; 31, 1-2; III 16, 1; IV 90, 1). Su actividad económica era protegida por el Estado; se dedicaban sobre todo a actividades no apreciadas por los ciudadanos, aunque muy rentables con frecuencia. No tenían, sin embargo, derechos políticos: estaban excluidos de la participación en el gobierno y en la administración de justicia; también les estaba vedada la propiedad de casas y tierras. Todo ello constituía su principal discriminación. Participaban, no obstante, en los cultos y en las fiestas religiosas y por sus servicios y prestaciones obtenían el reconocimiento de la ciudad, pudiendo llegar excepcionalmente a la obtención de la ciudadanía.

924 Quiere decir que en casos excepcionales las tripulaciones de las naves podían ser cubiertas totalmente con ciudadanos y metecos.

925 El término *hypēresía* no se refiere a toda la tripulación incluyendo la masa de remeros, sino al personal especializado de a bordo, a la oficialidad o a los marinos que, instruidos en el arte de navegar, se ocupaban de las velas y de las maniobras (oficial de proa, jefe de remeros, etc.) colaborando con el *kybernḗtēs*, el piloto (cf. *infra*, II 84, 3), que dirigía la navegación. Por encima del *kybernḗtēs* estaba el trierarco *(triḗrarchos)* o comandante de la nave (cf. *infra*, II 24, 2), que, como político o militar con experiencia de tierra, a veces no poseía los conocimientos náuticos necesarios. Entre esta marinería especializada podía haber ciudadanos, metecos y extranjeros-aliados *(xénoi)* a los que se había seleccionado por su preparación y que se diferenciaban de la masa de remeros ordinarios. Para el término *hypēresía*, cf., asimismo, *infra*, VI 31, 3.

de su propia patria[926] y combatir al lado de ellos con menor esperanza por unos pocos días de una gran soldada.

Ésta me parece que es poco más o menos la situación 3
de los peloponesios; la nuestra, sin embargo, creo que está
libre de los defectos que les he criticado y que tiene, por
otra parte, grandes ventajas que no están a su alcance. Si 4
ellos atacan por tierra nuestro país, nosotros atacaremos
por mar el suyo[927], y desde luego no será lo mismo que
sea devastada una parte del Peloponeso y que lo sea el
Ática entera: ellos no tendrán la posibilidad de compensar-
lo en otras tierras si no es luchando, mientras que nos-
otros tenemos mucha tierra en las islas y en el continen-
te[928]; el dominio del mar es verdaderamente importante.
Reflexionad un momento: si fuésemos isleños[929], ¿quiénes 5
serían más inexpugnables? Pues bien, es menester que nos
atengamos lo más posible a esta idea y que, abandonando
la tierra y las casas, vigilemos el mar y la ciudad[930], y

---

926 Al proceder de ciudades del Imperio ateniense se verían desterrados de su patria. El pasaje supone una objeción a un proyecto corintio (cf. *supra*, I 121, 3).

927 Cf. *supra*, I 142, 4; *infra*, II 31, 1-3; 56, 1-6, etc.

928 Los territorios del Imperio podían compensar las pérdidas que las invasiones peloponesias ocasionaban en el Ática.

929 Este ideal de ser una isla se encuentra, asimismo, en el Pseudo-Jenofonte (cf. J. DE ROMILLY, *Thucydide et l'impérialisme athénien*, París, 1947, pág. 105). Acerca de los paralelismos y las diferencias entre Tucídides y el Pseudo-Jenofonte en lo que concierne al tema del dominio del mar, cf. J. DE ROMILLY, «Le Pseudo-Xénophon et Thucydide. Étude sur quelques divergences de vues», *Revue de Philologie, d'Historie et de Littérature anciennes* 36 (1962), 225-241.

930 Aquí está la clave de la estrategia de Pericles: abandonar los campos, mantener el dominio del mar, defender la ciudad y evitar la confrontación directa por tierra con los peloponesios. Esto era posible gracias a la política de Temístocles de fortalecer la flota y fortificar la

que, a pesar de estar irritados por la pérdida de aquéllas, evitemos trabar batalla con los peloponesios, muy superiores en número (porque, venciéndolos, tendremos que luchar de nuevo con fuerzas no menos numerosas, y si sufrimos una derrota, perdemos a la vez el apoyo de nuestros aliados, fundamento de nuestra fuerza, pues no estarán quietos si nosotros no somos capaces de enviar una expedición contra ellos); no debemos lamentarnos por las casas y por la tierra, sino por las personas: estos bienes no consiguen hombres, sino que son los hombres quienes consiguen los bienes[931]. Y si creyera que os podía persua-

---

ciudad (cf. *supra,* I 93, 7), política adoptada y completada por Pericles con la construcción de los Muros Largos. Cf. PSEUDO-JENOFONTE, 2, 14-16. Esta estrategia «periclea», que encontró fuertes resistencias entre sus contemporáneos, defendida por Tucídides y criticada modernamente por D. KAGAN *(The Archidamian war,* Ithaca-Londres, 1974), suponía un cambio radical respecto a la estrategia «tradicional», que daba prioridad a la defensa del territorio sobre la de la aglomeración urbana; fue seguida en los primeros años de la guerra, a pesar del esfuerzo y los sacrificios que imponía, sobre todo a la importante población de los campos, que se vio obligada a encerrarse dentro de las murallas con un notable cambio de condiciones de vida y de actividad económica y con enormes dificultades de instalación (cf. *infra,* II 14; 16-17). Pero Atenas era inexpugnable y capaz de resistir un bloqueo por tierra gracias a su dominio del mar. Cf. D. W. KNIGHT, «Thucydides and the war strategy of Pericles», *Mnemosyne* 23 (1970), 150-161; A. J. HOLLADAY, «Athenian strategy in the Archidamian war», *Historia* 27 (1978), 399-427; Y. GARLAN, «La défense du territoire à l'époque classique», en M. I. FINLEY (ed.), *Problèmes de la terre en Grèce ancienne,* París - La Haya, 1973, págs. 149-160; *Recherches de poliorcétique grecque,* Paris, 1974.

[931] Cuando hay un grupo de hombres existe la posibilidad de que surja una pólis y de que se levanten unos muros. Lo esencial es el elemento humano, no el territorio, los bienes o las estructuras materiales. Es éste un conocido *topos:* cf. *supra,* I 81, 6, y, en contraste, I 82, 4; *infra,* I 144, 4; VII 75, 5; 77, 4; 77, 7; VIII 76, 7; ALCEO, 112, 10,

dir, os exhortaría a salir y a destruirlos vosotros mismos para mostrar a los peloponesios que por estos bienes vosotros no os someteréis[932].

Tengo además otras muchas razones para esperar la 144
victoria, si estáis dispuestos a no extender el imperio durante la guerra y a no correr riesgos voluntariamente[933]; pues temo más nuestros propios errores que los proyectos
del adversario. Pero esto se verá en otro discurso, cuando 2
llegue el momento de actuar[934]. Despachemos ahora a estos embajadores con la respuesta siguiente: que permitiremos que los megareos utilicen nuestro mercado y nuestros puertos si a su vez los lacedemonios renuncian a las expulsiones de extranjeros[935] que nos afectan a nosotros y a

---

E. Lobel, D. Page, *Poetarum Lesbiorum Fragmenta*, Oxford, 1965, donde aparece por primera vez; Heródoto, VIII 61, 2, donde aparece la idea en la famosa respuesta de Temístocles a Adimanto. Acerca de las implicaciones de este concepto en Tucídides, cf. O. Longo, «Atene fra polis e territorio. In margine a Tucidide I 143, 5», *Studi Italiani di Filologia Classica* 46 (1974), 5-21.

[932] Cf. *supra*, I 141, 1. Los atenienses se llevaron de los campos lo que podía ser útil al invasor. Cf. *infra*, II 14, 1.

[933] Cf. *infra*, II 65, 7. Los sucesores de Pericles cambiaron de estrategia. El gran estadista hubiera condenado la expedición a Sicilia (cf. *infra*, IV 8 ss.) y otras aventuras, como la de Demóstenes en Etolia (cf. *infra*, III 94 ss.).

[934] Cf. el discurso resumido en II 13.

[935] Se refiere a la práctica de la *xenēlasía*, antigua costumbre espartana. Cf. *infra*, II 39, 1, n. 289; Aristófanes, *Aves* 1012-1013; Jenofonte, *Constitución de los lacedemonios* 14, 4; Platón, *Protágoras* 342 c-d. Con las facilidades de los extranjeros en Atenas contrastaba la actitud xenófoba de los espartanos. Para residir en Esparta (donde no se hacía la distinción entre extranjeros griegos y extranjeros *bárbaroi* [cf. *supra*, n. 8]), los extranjeros necesitaban una autorización especial, que se les retiraba con suma facilidad. Esparta, con una economía cerrada y con una acusada inclinación al secreto (cf. *infra*, II 39, 1, n. 290) y

nuestros aliados (pues en el tratado no figura ninguna prohibición ni para lo uno ni para lo otro); que dejaremos que las ciudades sean autónomas[936], si ya eran autónomas

a proteger sus instituciones y costumbres frente a influencias extranjeras, se mostraba hostil a cualquier infiltración extranjera. Por esta razón, la réplica de Pericles suponía una exigencia lógica y de justicia, aunque difícilmente aceptable para Esparta. Para derogar el decreto megareo se pedía la aceptación de los atenienses en Esparta, pero el decreto contra Mégara era una medida transitoria y excepcional, mientras que la *xenelasía* era una práctica muy arraigada.

[936] Se ha dicho que esta medida hubiera significado la disolución del imperio ateniense, opinión que se ha puesto en duda modernamente (cf. E. J. Bickerman, «Autonomia. Sur un passage de Thucydide (I, 144, 2)», *Revue Internationale des Droits de l'Antiquité* 5 (1958), 313-344). *Autonomía*, un importante término de derecho internacional de discutido significado, no quiere decir «independencia completa», concepto que se expresa con el término *eleuthería*. La palabra *autonomía* tiene un trasfondo de dependencia; es una independencia imperfecta, ya que depende del poder constituyente de otro estado; el estado autónomo no es señor absoluto de su política, sino que está dentro de la esfera de influencia de una potencia. Por eso se dice que se libera a los súbditos de otro estado, pero que a las ciudades de la propia esfera se les concede la autonomía. Tucídides llama «autónomos» a ciudades y pueblos independientes en un momento dado, pero dentro del ámbito de influencia de otro estado; y durante la Guerra del Peloponeso no reconoce como autónomos más que a los aliados que contribuyen con naves y recursos militares, como era el caso de Quíos y Lesbos (cf. *supra*, n. 138), a diferencia de los súbditos, sometidos al pago de tributo. Distingue perfectamente, además, entre los aliados autónomos y los estados verdaderamente independientes, como Argos, que libremente ofrecen su colaboración militar. El valor político del término «autonomía» no es siempre el mismo; en su uso tradicional aparece ligada a la independencia fiscal y judicial; se relaciona con la facultad de servirse de sus propias leyes y de no obedecer a las leyes de otro, tal como dice el escolio a Tucídides II 29, 2; pero esto no siempre es así. La autonomía se refiere por otra parte a la posesión de las propiedades, a la capacidad de tener la propia parte, como leemos en un decreto relativo a la concesión

al concluir el tratado, y si también ellos conceden a sus ciudades que se gobiernen con autonomía, no según sus conveniencias, sino según las de cada ciudad, de acuerdo con sus deseos; y finalmente, que estamos dispuestos a someternos a un arbitraje, de conformidad con el tratado, y que no tomaremos la iniciativa de la guerra, pero que nos defenderemos de los que la inicien[937]. Ésta es la res-

de autonomía a Mitilene donde se dice que los mitileneos serán «autónomos, en posesión de sus propiedades» (cf. M. N. TOD, *A selection of Greek historical inscriptions* I, Oxford, 1946, 63; A. W. GOMME, *op. cit.* III, págs. 330 y 729); en este sentido se relaciona con *némō* más que con *nómos*. Éste precisamente es el sentido que tiene en HIPÓCRATES, *Sobre los aires, aguas y lugares* 16, cuando dice, para explicar la pusilanimidad de los asiáticos, que, al no ser éstos «autónomos» ni dueños de sus personas, no tenían razón para luchar, mientras que los griegos y bárbaros «autónomos» eran belicosos debido a que tenían por qué luchar; lo hacían en su interés, tenían su propio «lote». Pero no se refiere a que tuvieran verdadera independencia política. Si la *eleuthería* existe *iure naturali, phýsei*, la *autonomía* es establecida por un acto jurídico, *iure gentium, nómōi.* La autonomía deriva de una sumisión a un orden jurídico superior y es un concepto de gran importancia en las relaciones entre las ciudades griegas en el siglo V a. C. La soberanía originaria y absoluta, la de los estados auténticamente independientes, era la *eleuthería,* mientras que la *autonomía* era una soberanía sometida a condiciones que se discutían en las negociaciones internacionales. La autonomía exigida aquí por Esparta posiblemente no significaba la liquidación del Imperio, pero de ella derivaba, desde luego, una considerable transformación; se mantenía el *status* de las alianzas, pero se trataba de frenar una política imperialista dura exigiendo que se pasara del sometimiento de los aliados a una mayor flexibilidad autonómica. De todas formas era una exigencia difícilmente aceptable para la Atenas imperialista, tal como se refleja en las palabras que Pericles dirige en un posterior discurso a los atenienses: «Y a este imperio ya no es posible renunciar... Este imperio que poseéis —dice— ya es como una tiranía: conseguirla parece ser una injusticia, pero abandonarla constituye un peligro» (cf. *infra,* II 63, 2).

937 Cf. *supra,* I 78, 4.

puesta justa y al mismo tiempo la que conviene a nuestra
3 ciudad. Es preciso saber, sin embargo, que la guerra es inevitable (y cuanto más voluntariamente la aceptemos, menos insistentes en sus ataques serán nuestros adversarios) y que de los mayores peligros, tanto para una ciudad como para un particular, resultan los mayores honores.
4 Nuestros padres, ciertamente, se enfrentaron a los medos y, sin el apoyo de tantos recursos, sino abandonando incluso sus bienes, gracias a la reflexión más que a la suerte y con más audacia que fuerza, rechazaron al bárbaro y llevaron nuestros recursos a la prosperidad actual. Nosotros no debemos ser inferiores a ellos, sino defendernos de nuestros enemigos por todos los medios y tratar de legar a nuestros descendientes estos recursos sin merma[938]».

Respuesta de Atenas

145 Así habló Pericles. Los atenienses, considerando que les aconsejaba lo mejor, votaron como les proponía y respondieron a los lacedemonios según su criterio, exponiendo cada uno de los puntos conforme a sus instrucciones y diciéndoles en esencia que ellos no aceptarían ninguna imposición[939], pero que estaban dispuestos, de acuerdo con el tratado, a resolver las querellas por medio de un arbitraje en completa igualdad de condiciones. Así, aquellos embajadores regresaron a su patria, y ya no fueron enviadas más embajadas.

---

938 Se han señalado las analogías de este pasaje y de II 37, 3 con el juramento de los efebos (cf. M. N. Tod, *A selection of Greek historical inscriptions* II, Oxford, 1948, 204, 8-9, 11-12).

939 Cf. *supra*, I 140, 2, n. 903.

ACABA EL RELATO DE LAS CAUSAS Y ANTECEDENTES DE LA GUERRA DEL PELOPONESO

Tales fueron las acusaciones y las diferencias[940] que 146 surgieron entre los dos bandos antes de la guerra y que se iniciaron inmediatamente después de los hechos de Epidamno y de Corcira. Sin embargo, durante este período, mantuvieron relaciones yendo de un país a otro sin heraldo[941], pero no sin sospechas. Lo que estaba ocurriendo suponía, en efecto, una violación del tratado y un motivo para emprender la guerra.

---

940 Cf. *supra,* I 23, 5; 55, 2; 66; 118, 1.

941 Puesto que la guerra todavía no había sido declarada. Cf. *supra,* I 29, 1, n. 210; 53, 1, n. 307; y, en contraste, *infra,* II 1.

LIBRO II

LOS TRES PRIMEROS AÑOS DE LA GUERRA DEL PELOPONESO

SINOPSIS

1-46. PRIMER AÑO DE GUERRA (primavera 431-primavera 430).

1. Empieza el relato de la guerra. Orden cronológico por veranos e inviernos.

2-6. Se inicia el conflicto. Los tebanos entran en Platea.

7-9. Preparativos. Toda Grecia en vilo ante la guerra de cada bando.

10-23. *Primera invasión Ática.*

10. El ejército peloponesio se congrega en el Istmo.

11. Discurso de Arquidamo.

12. Últimos intentos de avenencia.

13. Política de Pericles. Sus consejos a los atenienses. Los recursos de Atenas.

14. Los atenienses organizan su defensa concentrándose en la ciudad.

15. Digresión sobre la organización política del Ática.

16. Pesar de los atenienses al tener que abandonar sus campos.

17. Su instalación en la ciudad. Expedición naval contra el Peloponeso.
18. Los peloponesios llegan a Énoe. Vacilación de Arquidamo.
19. La invasión.
20. Arquidamo decide permanecer en Acarnas.
21. Inquietud en Atenas. Irritación contra Pericles.
22. Pericles mantiene su estrategia. Combates de caballería.
23. Devastaciones en el Ática. Expedición naval contra el Peloponeso. Retirada de los peloponesios.

24. Precauciones de los atenienses.

25-32. *Diversas empresas de los atenienses durante el verano.* La flota ateniense por el Peloponeso.

26. Expedición naval contra Lócride.
27. Expulsión de los eginetas.
28. Eclipse de sol.
29. Los atenienses buscan la alianza de Sitalces. Sitalces y Perdicas, aliados de Atenas.
30. Nuevas acciones de la flota ateniense.
31. Los atenienses invaden la Megáride.
32. Fortificación de Atalanta.

33. Expedición de la flota corintia contra Acarnania y Cefalenia.

34. *El invierno de Atenas. Funerales de los muertos en el primer año de guerra.*

35-46. *Discurso fúnebre de Pericles.*

47-70. SEGUNDO AÑO DE GUERRA.

47. Fin del invierno y del primer año de guerra. *Segunda invasión del Ática.* Se declara la epidemia en Atenas.

48-54. *La peste de Atenas.* Descripción, proceso y efectos de la enfermedad.

PRIMER AÑO DE GUERRA

Empieza el relato de la guerra. Orden cronológico por veranos e inviernos

Aquí[1] comienza ya la guerra entre atenienses y peloponesios y sus aliados respectivos; en el transcurso de las hostilidades ya no mantuvieron relaciones entre ellos sino por medio de heraldo[2], y una vez que hubieron entrado en guerra combatieron sin interrupción. El relato está escrito siguiendo el orden en que sucedieron los diversos acontecimientos, por veranos e inviernos[3]. 1

[1] A partir de este punto comienza la narración de la guerra propiamente dicha, ya que el libro I, como se ha visto, es un análisis de las causas de la guerra y de las diferencias que la desencadenaron (cf. *supra,* I 23). Una vez explicados los antecedentes, comienza el relato de las hostilidades.

[2] C. *supra,* I 29, 1, n. 210; 53, 1, n. 307; 146. El heraldo era signo de guerra.

[3] Por «verano» *(théros)* e «invierno» *(cheimōn)* hay que entender dos mitades del año de diversa duración, la del «buen tiempo» y la del «mal tiempo», una hábil para la guerra y la navegación e inhábil la otra (cf. *infra,* V 20, 3). Es una división muy mediterránea, en la que la primavera y el otoño quedan absorbidos. Pero los límites de estos «veranos» e «inviernos» no quedan claros y Tucídides no nos da ninguna indicación precisa al respecto. Es indudable, sin embargo, que el «verano» tucidídeo abarca la primavera y buena parte del otoño; según los cálculos de quienes han estudiado la cronología tucidídea, comenzaría hacia el 1 de marzo y acabaría el 1 de noviembre (A. W. Gomme, *op. cit.* III, pág. 706). Según W. K. Pritchett y B. L. van der Waerden

Se inicia el conflicto. Los tebanos entran en Platea

2 Catorce años estuvo vigente el tratado de paz de treinta años que se concertó después de la toma de Eubea[4]; en el año decimoquinto, cuando hacía cuarenta y ocho años que Criside[5] era sacerdotisa en Argos[6], y Enesias era éforo en Esparta[7] y a Pitodoro todavía le quedaban cuatro

(«Thucydidean Time-Reckoning and Euctemon's Seasonal Calendar», *Bulletin de Correspondance Hellénique* 85 [1961], 17-52), el fin del invierno y principio del verano era el 6 de marzo (salida vespertina de Arturo) y el fin del verano y comienzo del invierno, el 8 de noviembre (puesta matutina de las Pléyades), fechas precisas tomadas del *parápēgma* de Euctemón.

[4] El tratado que se concluyó a principios del 445 a. C. (cf. *supra*, I 115, 1). La Guerra del Peloponeso comenzó, por tanto, en el 431.

[5] Sacerdotisa de Hera en Argos. Cf. *infra*, IV 133, 2-3, donde vuelve a aparecer Críside ocho años y medio después del comienzo de la guerra.

[6] Tucídides trata de fijar con precisión la fecha en que comienza la guerra, y por ello, además de las otras referencias, establece el año de acuerdo con el cómputo de las tres ciudades más importantes de Grecia: Argos, Esparta, y Atenas; se sirve de varios sistemas cronológicos tradicionales además del propio. Respecto a la utilización del calendario de Argos antes de referirse a los sistemas de Esparta y Atenas, basados en magistraturas anuales, se ha señalado la posible influencia de la obra de HELÁNICO (cf. *supra*, I 9, 2, n. 58; 97, 2, n. 535) *Las sacerdotisas de Hera*, que contenía una tabla cronológica basada en las fechas en que las sacerdotisas de Argos habían desempeñado sus funciones (cf. F. JACOBY, *FGrHist* 4, F 74-84; A. W. GOMME, *op. cit.* II, pág. 2). La conjunción de todas las referencias asegura la precisión y elimina los riesgos que comportaba un sistema de datación fundado en magistraturas anuales, riesgos que no deja de observar Tucídides (cf. *infra*, V 20, 2).

[7] Los éforos de Esparta eran cinco, elegidos anualmente por el pueblo, pero era uno solo el que daba nombre al año, lo mismo que ocurría en Atenas con el arconte epónimo.

meses de arcontado[8] en Atenas, a los seis meses de la batalla de Potidea[9], y coincidiendo con el principio de la

[8] Los arcontes de Atenas eran nueve y el arconte epónimo daba nombre al año. Su arcontado finalizaba con la neomenia que precedía o seguía inmediatamente al solsticio de verano y, según B. D. Meritt (*The Athenian Year*, Univ. de California, 1961, pág. 215), el arcontado de Pitodoro no acabaría antes del 7 de julio, por lo que resulta problemática la cifra que dan los manuscritos para los meses de este pasaje. En efecto, en todos los manuscritos leemos «dos meses» y no «cuatro», lo que no se explica cuando acto seguido se dice que se estaba en «el principio de la primavera» (cf. *infra*, n. 10). Se ha pensado por ello en una corrupción del texto y se suele admitir la corrección de Krüger consistente en leer «cuatro» en lugar de «dos». Seguramente, debió de emplearse la abreviación δ para significar «cuatro», pero fue mal interpretada y se descubrió δúo, sin duda por asociar la δ a la inicial de este número. Hemos aceptado esta corrección (cf. A. W. Gomme, *op. cit.* II, pág. 2; *The Classical Review*, n. s. 5 (1955), (156). Con esta referencia al arconte epónimo de Atenas y al éforo de Esparta se han dado los datos cronológicos correspondientes a las dos ciudades protagonistas del conflicto, a los que se ha unido la cronología de Argos. W. E. Thompson, art. cit., págs. 218-220, no está de acuerdo con la corrección ni con el cálculo de B. D. Meritt y fecha el ataque a Platea hacia el 1 de abril del 432, el final del año de Pitodoro hacia el 10 de junio, y la invasión del Ática hacia el 17 de junio. Con ello respeta los «dos meses» que le quedaban a Pitodoro en los manuscritos.

[9] Cf. *supra*, I 62-63; 87, 6, n. 473; 125, 2, n. 779. Como en el caso de la nota anterior, el número que nos dan los manuscritos ha sido objeto de discusión. Los «seis meses» antes de primeros de marzo del 431 (cf. nota siguiente) implican que la batalla de Potidea tuvo lugar a fines de verano del 432, lo que desde luego no es imposible. Algunos, sin embargo, a partir de la interpretación de I 125, 2, como vimos a propósito de aquel pasaje, encuentran este plazo muy corto y proponen la corrección del texto sustituyendo el *héktōi* por *dekátōi*, «a los diez meses», o *enátōi*, «a los nueve», con lo que sitúan la batalla, el debate y la asamblea de Esparta tal como vimos en la nota 779. Sin embargo, la cuestión no está clara y es perfectamente posible retrasar las fechas aceptando los «seis meses» de este pasaje, a los que se añadirían los «ochenta días» de II 19, 1, lo que daría unos nueve meses (en consonan-

primavera[10], unos tebanos, en número algo superior a los trescientos[11], bajo el mando de los beotarcas[12] Pitángelo,

---

cia con lo dicho en I 125, 2) entre la batalla de Potidea y la primera invasión del Ática, el auténtico comienzo de la guerra. Entre los que propugnan la corrección del texto está A. W. GOMME (*op. cit.* II, págs. 2-3). J. DE ROMILLY (THUCYDIDE, *La Guerre du Péloponnèse* II, París, 1962, pág. 86), W. E. THOMPSON (art. cit.) y otros piensan, por el contrario, que es injustificada. Nos adherimos a este segundo criterio.

10 En el sistema de conjunción de referencias de que se sirve Tucídides, aparecen las indicaciones de las estaciones y meses lunares, que probablemente son las más seguras. El ataque a Platea y el comienzo de la guerra tuvo lugar «coincidiendo con el principio de la primavera» y «a fin de mes» (cf. *infra,* II 4, 2). Tucídides no indica el día del ataque, pero basándose en el dato de que se produjo a fines de un mes lunar de primavera, se ha pensado en la luna nueva del 8 de marzo o en la del 7 de abril, pero, dado que ochenta días después (cf. *infra,* II 19, 1) del ataque de Platea se produjo la invasión del Ática, que tuvo lugar «en verano y con el trigo en sazón», se ha elegido la fecha más temprana. Así, la fecha del ataque de Platea sería probablemente, según Gomme, la noche del 6-7 de marzo, o la del 7-8, u 8-9 (corrección de A. Andrewes, cf. A. W. GOMME, A. ANDREWES, K. J. DOVER, *A historical Commentary* ... IV, Oxford, 1970, págs. 11-12), y la invasión del Ática se iniciaría a fines de mayo (cf. *infra,* II 19, 1, n. 145). No faltan, sin embargo, otras hipótesis sobre esta fecha. B. D. MERITT («The Seasons in Thucydides», *Historia* 11 (1962, 438), por ejemplo, coloca la fecha unos días antes, el 2 de marzo, en las noches de oscuridad de fines del antesterión. W. E. THOMPSON (art. cit., pág. 219) piensa que fue un mes más tarde, el 2 de abril (cf. H. HUBBEL, *Classical Philology* 24 (1929), 226-228, que da el 6 de abril), con lo que se retrasa naturalmente la invasión del Ática, ocurrida unos ochenta días más tarde (cf. *infra,* II 19, 1). Obsérvese, por otra parte, que en este primer pasaje del relato de la guerra Tucídides ha concretado su referencia a la primavera, a pesar de que su sistema normal, tal como acaba de anunciar, será la división del año en dos períodos, veranos e inviernos.

11 Según HERÓDOTO, VII 233, 2, eran cuatrocientos.

12 Los beotarcas eran los once magistrados que, con los cuatro consejos federales, detentaban el poder en la Confederación beocia, capitaneada por Tebas. El territorio de la Confederación estaba dividido en

hijo de Fílidas, y Diémporo, hijo de Onetóridas[13], entraron armados, a la hora del primer sueño, en Platea[14] de Beocia, que era aliada de los atenienses[15]. Los habían lla- 2
mado y les abrieron las puertas unos plateos[16], Nauclides y sus partidarios[17], que, con miras a su poder personal, querían eliminar a los ciudadanos que eran adversarios suyos y entregar la ciudad a los tebanos. Habían negociado 3
esto por mediación de Eurímaco, hijo de Leontíadas, el

once distritos, cada uno de los cuales elegía un beotarca. Sus funciones eran civiles y militares. Cf. *infra,* IV 91; HERÓDOTO, IX 15, 1; *Helénicas de Oxirrinco* 11, 3.

[13] Personajes desconocidos que sólo aparecen en este pasaje.

[14] Ciudad al pie del monte Citerón, situada en una posición estratégica cerca de la frontera con el Ática.

[15] Era aliada de Atenas desde fines del siglo VI, desde el 519 a. C. (noventa y dos años antes de la destrucción que tuvo lugar en el 427 a. C.), según el mismo Tucídides (cf. *infra,* III 68, 5). Parece, sin embargo, que la fecha de la alianza fue algo posterior, el año 509 concretamente, después de la abolición de la tiranía en Atenas (cf. M. AMIT, «La date de l'alliance entre Athénes et Platée», *L'Antiquité Classique* 39 (1970), 414 ss.). Platea buscó la alianza de Atenas para librarse de las amenazas de Tebas, que quería obligarla a entrar en la Confederación beocia (cf. HERÓDOTO, VI, 108). Siempre fue fiel a Atenas. Recuérdese que en la batalla de Maratón fue la única ciudad griega que combatió al lado de los atenienses.

[16] Era un fenómeno frecuente durante la Guerra del Peloponeso el que los atacantes de una ciudad contaran con la colaboración de un grupo de partidarios en el interior de la plaza atacada. Este tipo de hechos han hecho pensar en la expresión del general Mola cuando, en su marcha sobre Madrid, decía que, además de sus cuatro columnas, contaba con una «quinta columna», la de sus simpatizantes que colaborarían desde el interior de la ciudad (cf. L. A. LOSADA, «The fifth Column in the Peloponnesian War», *Mnemosyne* Supl. 21, Leiden, 1972.

[17] Los representantes del elemento aristocrático que recibían ayuda de Tebas en su oposición al partido popular, dominante en Platea y adicto a la democracia ateniense (cf. *infra,* III 65, 2). Nauclides debía de ser su jefe.

hombre más influyente de Tebas[18]. Los tebanos, previendo que estallaría la guerra, querían ocupar Platea, que siempre había estado en desacuerdo con ellos, previamente, cuando todavía estaban en paz y la guerra no se había declarado abiertamente[19]. Por esta razón les fue más fácil entrar sin ser vistos, dado que no se había tomado
4 ninguna precaución de defensa. Luego, una vez formados en armas en la plaza, no se dejaron persuadir por los que les habían llamado a entrar en acción rápidamente e ir a las casas de sus enemigos, sino que tomaron la decisión de valerse de proclamas conciliatorias y de inducir más bien a la ciudad a un acuerdo amistoso; así el heraldo anunció que quienes quisieran ser aliados de acuerdo con las instituciones tradicionales de todos los beocios[20], formaran en armas junto a ellos: creían que de esta manera la ciudad se les uniría fácilmente.

3 Cuando los plateos se dieron cuenta de que los tebanos estaban dentro y de que la ciudad había sido ocupada de

---

[18] Su padre, Leontíadas, también fue muy influyente. Según HERÓDOTO (cf. VII 233), en las Termópilas estuvo al frente de las tropas tebanas que en el curso de la batalla se pasaron al lado de los persas (cf. A. W. GOMME, *op. cit.* II, págs. 3-4). Eurímaco fue muerto por los plateos con el resto de prisioneros tebanos (cf. *infra,* II 5, 7).

[19] Cf. *supra,* I 146. En cierto modo el ataque a Platea era un preámbulo de la guerra. La invasión del Ática (cf. *infra,* II 19, 1), y no este ataque a Platea, constituye para Tucídides el verdadero comienzo de la guerra.

[20] Alusión a las instituciones comunes y al pacto que ligaba desde antiguo a todas las ciudades de la Confederación beocia, a la que no se había querido unir Platea. Los tebanos justificaban sus pretensiones sobre Platea afirmando que ésta había sido fundada por Tebas como las otras ciudades beocias, y que había rechazado su hegemonía. Ciertamente, Platea ya era considerada beocia en tiempos de Homero (cf. *Ilíada* II 504).

repente, se asustaron y, pensando que habían entrado mu-
chos más (ya que al ser de noche no pudieron distinguir-
los), se avinieron a un acuerdo y, aceptando las condicio-
nes, se quedaron quietos, tanto más que los tebanos no
cometían ninguna violencia contra nadie. Pero en el curso 2
de estas negociaciones observaron que los tebanos no eran
muchos, y pensaron que, si los atacaban, podían vencerlos
fácilmente; la mayoría de los plateos, en efecto, no quería
separarse de los atenienses. Decidieron, pues, que había 3
que intentarlo, y se reunieron perforando las paredes me-
dianeras[21] que había entre unas casas y otras, para evitar
que les vieran ir por las calles; colocaron luego carros sin
los animales de tiro en las calles para que sirvieran de
barricadas, y tomaron las demás medidas del modo en
que cada una parecía convenir a la situación. Cuando, 4
con arreglo a sus posibilidades, todo estuvo listo, aguar-
dando el momento en que todavía era de noche y ya es-
taba despuntando el alba, salieron de las casas contra los
tebanos, a fin de no atacarlos a la luz del día, cuando
serían más audaces, y de que no se hallaran en iguales
condiciones que ellos, sino que estuvieran más temerosos
por ser de noche y se encontraran en desventaja ante el
conocimiento que ellos tenían de su ciudad. Se lanzaron,
pues, inmediatamente al ataque, y enseguida trabaron com-
bate.

Los tebanos, cuando advirtieron que habían sido en- 4
gañados, se reagruparon en formación cerrada y procura-
ron rechazar los ataques allí donde sobrevenían. Por dos 2
o tres veces los repelieron; pero luego, con el terrible tu-

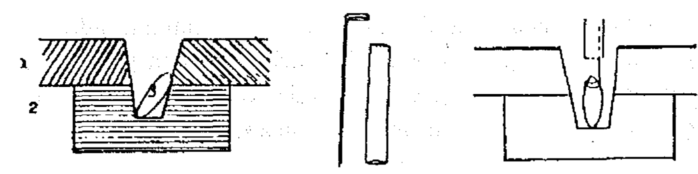
[21] Operación que debía de poder efectuarse con cierta facilidad y rapidez, a juzgar por la frecuencia con que los ladrones utilizaban el procedimiento de la perforación de muros.

multo provocado por los ataques de los plateos y por sus mujeres y esclavos que, con gritos y alaridos, les lanzaban piedras y tejas desde las casas, a lo que se sumó una fuerte lluvia que cayó a lo largo de la noche, les entró el pánico, y dando media vuelta se pusieron a huir a través de la ciudad; la mayoría, en medio de la oscuridad y el barro, no sabían encontrar las salidas por donde salvarse (pues estos hechos ocurrían a fin de mes)[22], mientras que sus perseguidores sabían muy bien los medios para evitar que escaparan; el resultado fue que muchos
3 perecieron. Además, un plateo cerró la puerta por donde habían entrado, y que era la única que estaba abierta, introduciendo una contera de jabalina[23] en la barra a modo de pestillo[24], de suerte que ya no fuese posible la

22 Cf. *supra*, n. 10. El que estos hechos ocurrieran a fin de mes explica la oscuridad; los calendarios griegos se basaban en las fases de la luna, y el fin de un mes coincidía con la luna nueva. Aquella noche no debía de haber el menor resplandor.

23 Introdujo, a guisa de fiador o pestillo, un regatón de jabalina *(styrákion:* cuento o contera del dardo, la punta del extremo inferior de la jabalina que servía para clavarla en tierra) en la barra que cerraba la puerta.

24 El pestillo o fiador *(bálanos)* se introducía en la cerradura *(balanodókē)* de la barra *(mochiós)* y sólo podía extraerse con el pasador, el «cogefiador» o llave *(balanágra)*, una especie de ganzúa. He aquí una ilustración sobre este procedimiento:



1. Barra superior
2. Barra inferior
3. Fiador de la puerta

Partes integrantes del pasador

Maniobra de apertura

(Cf. A. Dain, *Énée le Tacticien. Poliorcétique,* París, 1967, gráf. II.)

salida por allí. Perseguidos por la ciudad, unos cuantos 4
subieron a la muralla y se lanzaron al exterior: la mayor
parte murieron; otros, sin ser vistos, toparon con una
puerta que no estaba guardada y con el hacha que les dio
una mujer partieron la barra[25] y lograron salir, pero no
fueron muchos, pues enseguida se descubrió la fuga; y
otros, dispersos, encontraron la muerte en diversos sitios
de la ciudad. Sin embargo, el grupo que era más nu- 5
meroso y que se mantenía más agrupado fue a caer en
un gran edificio que estaba unido a la muralla[26] y cuya
puerta[27] se hallaba casualmente abierta, pensando que la
entrada del edificio era una puerta de la ciudad y que
conducía directamente al exterior. Los plateos, al verlos 6
cogidos, se pusieron a deliberar si debían quemarlos en
el acto[28] incendiando el edificio, o si debían tratarlos de
otra manera. Finalmente, tanto éstos como los demás te- 7
banos supervivientes que andaban errando por la ciudad

---

25 Era necesario partir el cerrojo, puesto que no disponían de *balanágra.*

26 Algunos entienden que sólo estaba «cerca de la muralla, vecino a ella», pensando en la tendencia de las ciudades griegas a dejar un espacio entre las fortificaciones y los edificios y aceptando la corrección de Haase, que cambia de sitio un incómodo *plēsíon,* «cercano, vecino», que aparece referido a «la puerta» en algunos manuscritos (ABEF m Π[12]). Sin embargo, es probable que deba entenderse como «que pertenecía a la muralla, que formaba parte de ella», es decir, que uno de sus lados formaba cuerpo con la fortificación. Para la construcción *hò ên toû teíchous*, cf. *supra,* I 134, 1: *hò ên toû hieroû* (cf. A. W. Gomme, *op. cit.* II, pág. 5). Por otra parte, no todas las ciudades estaban construidas de acuerdo con las ideas urbanísticas de Hipódamo y tenían edificios unidos a sus murallas.

27 O «cuya puerta más cercana», siguiendo la lectura de ABEF m Π[12]. El manuscrito C, sin embargo, omite el *plēsíon.*

28 Literalmente, «tal como estaban», es decir, allí mismo, en el acto.

se avinieron a entregarse con sus armas a los plateos para
8 que hicieran con ellos lo que quisieran[29]. Tal era la suerte de los tebanos que entraron en Platea.

5 Entretanto los otros tebanos, que debían presentarse todavía de noche con todo su ejército, por si algo no les iba bien a los que habían entrado, y que recibieron además en el camino la noticia de lo sucedido[30], corrían en
2 su ayuda. Platea dista setenta estadios[31] de Tebas, y el agua caída durante la noche hacía más lenta su marcha,
3 pues el río Asopo venía crecido y no era fácil de vadear. Así marchando bajo la lluvia y después de atravesar el río a duras penas, llegaron demasiado tarde, cuando sus hom-
4 bres ya estaban muertos o habían caído prisioneros. Cuando los tebanos comprendieron lo que había ocurrido, proyectaron un ataque contra los plateos que se encontraban fuera de la ciudad (pues en los campos había hombres y enseres, como cuando ocurre en tiempo de paz una desgracia imprevista); querían tener la posibilidad de canjear a los que cogieran por los suyos que estaban dentro, si
5 es que algunos se hallaban prisioneros. Éstas eran sus intenciones. Pero, mientras ellos todavía deliberaban, los plateos, sospechando que ocurriría algo por el estilo, y temiendo por los que estaban fuera, enviaron un heraldo a los tebanos para decirles que en lo que habían hecho

---

29 Fueron objeto de negociación y al final fueron ejecutados. Cf. *infra*, II 5, 5-7.

30 La noticia que recibieron debió de ser la de que los plateos habían reaccionado y que se combatía en las calles. Sólo a su llegada (II 5, 4) se dieron cuenta de que la derrota de los suyos había sido absoluta.

31 Tebas dista de Platea 12,5 Km. en línea recta, o sea, unos setenta estadios áticos de 177,6 m. Hasta el río Asopo, la frontera del territorio plateo, había 58 estadios, unos 10 Km. La marcha por las tierras cercanas al río debía de ser muy dificultosa en época de lluvias.

no había actuado de acuerdo con las leyes sagradas, dado que habían intentado apoderarse de su ciudad cuando estaba vigente un tratado de paz, y les exhortaban también a no causar ningún daño a lo que estaba fuera de la ciudad; afirmaban que, en caso contrario, también ellos matarían a los tebanos que tenían prisioneros, pero que, si se retiraban de su territorio, les devolverían a sus hombres[32]. Ésta es la versión que dan los tebanos, y sos- 6
tienen que los plateos confirmaron sus palabras con un juramento. Los plateos, sin embargo, no admiten que hubieran prometido devolver a los prisioneros inmediatamente, sino en el caso de haber llegado a un acuerdo en unas conversaciones previas, y niegan que hubieran prestado juramento[33]. Pero lo cierto es que los tebanos se retira- 7
ron del territorio sin causar ningún daño, mientras que los plateos, después de recoger a toda prisa todo lo que tenían en el campo, mataron enseguida a los prisioneros[34]. Habían cogido ciento ochenta, y uno de ellos era Eurímaco[35], con quien habían negociado los traidores.

Hecho esto, enviaron un mensajero[36] a Atenas, devol- 6
vieron los muertos a los tebanos en virtud de una tregua

---

32 En este pasaje se ha señalado una cierta insistencia en los complementos, una puntualización excesiva, lo que ha motivado algunas propuestas de supresión como, en este caso, la de *toùs ándras* (cf. A. W. Gomme, *op. cit.* II, pág. 6). No hay motivo para ello. El pasaje recoge las dos versiones de un hecho, y la puntualización puede ser intencionada.

33 Tucídides, en su afán de objetividad, da las diferentes versiones de los hechos.

34 Y probablemente también a los plateos que les habían facilitado la entrada (cf. *supra,* II 2, 2).

35 Cf. *supra,* II 2, 3.

36 Antes habían enviado otros dos; Tucídides no los ha mencionado en el relato anterior, pero a continuación se referirá a ellos en 6,

y dispusieron en la ciudad los preparativos que considera-
2 ban adecuados a las circunstancias. Los atenienses habían recibido enseguida la noticia de lo que les había ocurrido a los plateos e inmediatamente habían detenido a todos los beocios que se hallaban en el Ática y habían enviado un heraldo[37] a Platea mandándole decir que no cometieran ninguna violencia contra los tebanos que tenían en su poder antes de que ellos mismos hubieran tomado una
3 decisión sobre su suerte; sin duda no les había llegado todavía la noticia de que estaban muertos. El primer mensajero, en efecto, había salido así que se producía la entrada de los tebanos, y el segundo, cuando acababan de ser vencidos y capturados, y no sabían nada de lo que había sucedido después. Así los atenienses enviaron su encargo sin estar al corriente, y el heraldo cuando llegó en-
4 contró a los prisioneros ejecutados. Luego los atenienses hicieron una expedición a Platea: les llevaron víveres, dejaron una guarnición y sacaron a los hombres menos útiles con las mujeres y los niños.

Preparativos. Toda Grecia en vilo ante la guerra. Aliados de cada bando

7 Después de los hechos de Platea y de la clara violación del tratado, los atenienses se preparaban para la guerra, y se preparaban también los lacedemonios y sus aliados. Unos y otros se disponían a enviar embajadas al Rey y a los otros pueblos bárbaros, a todos los sitios de donde esperaban obtener alguna ayuda, y procuraban hacer alia-

---

2 y 6, 3, pasajes que constituyen una vuelta atrás, un paréntesis para explicar la actitud y la actuación ateniense ante las noticias de los hechos de Platea y en el asunto de los prisioneros tebanos.

[37] El envío de un heraldo se explica por la consideración de estado de guerra entre Tebas y Platea, que era aliado de Atenas. Cf. *supra,* II 1, 1, n. 2.

das a cuantas ciudades estaban fuera de su área de influencia. Por parte de los lacedemonios se dio la orden, 2
a las ciudades de Italia[38] y de Sicilia que habían abrazado su partido, de proporcionar naves[39] en un número proporcional a su importancia, para que se unieran a las que tenían en el Peloponeso, con la intención de llegar a un total de quinientas naves[40]; se les ordenó también que

---

[38] Cf. *supra,* I 12, n. 89.

[39] En este pasaje algunos leen «doscientas naves», adoptando la corrección que propuso Herbst a partir de la forma *epetáchthēsan* que se lee en los manuscritos. Basándose en el testimonio de Diodoro (cf. XII 41, 1), según el cual los lacedemonios pidieron a Sicilia y a Italia el envío de doscientas trirremes, Herbst propuso una atractiva corrección que, suponiendo el desconocimiento de una notación numérica, sugería que *epetáchthē s'*, que significaba *epetáchthē diakosías*, se habría interpretado como *epetáchthēsan*. Esta corrección, sin embargo, no parece necesaria ni indicada. El número de «doscientas», referido a las naves a proporcionar por las ciudades de Italia y Sicilia, se considera exagerado, como lo parece el «quinientas» referido al total que se da a continuación. Para este total sin duda estaría más ajustado a la realidad el «doscientas» que Diodoro da para las solicitadas a Italia y a Sicilia que el «quinientas» que leemos en este pasaje. Acerca de las fuerzas navales peloponesias, cf. Th. Kelly, «Peloponnesian Naval Strength and Sparta's Plans for waging war against Athens in 431 B. C.», *Studies in Honor of Tom B. Jones, Alter Orient und Altes Testament* 203 (1979), 244-245; «Spartan Strategy in the Archidamian war», *The American Historical Review* 87 (1982), 25-54.

[40] La cifra (cf. nota anterior) se considera abultada (piénsese en las cifras dadas por Tucídides en I 46, 1; II 66, 1; III 16, 3; y VIII 3, 2. Cf. A. W. Gomme, *op. cit.* II, pág. 7). Tal vez reflejaría, incluso con cierta ironía por parte de Tucídides, la cifra dada intencionadamente por los lacedemonios para inducir a sus aliados a un máximo esfuerzo; sería posible incluso que reflejara una aspiración real de Esparta contando con que se cumplieran una serie de condiciones (ayudas de Sicilia, Italia y Persia, alianza de Perdicas, ocupación de Egina, rebelión de Lesbos contra Atenas, etc.).

prepararan una determinada suma de dinero, y que, por
lo demás, hasta que no estuvieran listos estos preparativos,
permanecieran en paz y admitieran en sus puertos a los
3 atenienses con una sola nave[41]. Los atenienses, por su
parte, revisaron la situación de sus aliados[42], y enviaron
embajadas sobre todo a los países situados alrededor del
Peloponeso, Corcira, Cefalenia, Acarnania y Zacinto, pues
intuían que, si se aseguraban la amistad de estos países,
controlarían la guerra en torno del Peloponeso.

8 Por ambas partes el alcance de sus proyectos no era
nada corto, sino que ponían todo su empeño en la guerra,
y no era extraño; al principio, en efecto, todo el mundo
se entrega con el mayor entusiasmo, y en aquella ocasión,
además, había mucha juventud en el Peloponeso, y mucha
en Atenas, que, por su inexperiencia[43], abordaba la gue-
rra no precisamente contra su voluntad. Y todo el resto
de Grecia estaba en vilo ante el encuentro de las ciudades
2 más poderosas. Circulaban muchas profecías, y los vates
pronunciaban muchos oráculos, tanto en las ciudades que
3 iban a la guerra como en las otras. Además, poco tiempo

---

[41] Es la fórmula habitual para indicar la neutralidad en tiempo de guerra: no permitir la entrada en puerto de más de una nave de los Estados beligerantes (cf. *infra,* II 71, 1; VI 52, 1).

[42] Los de la Liga de Delos. A continuación se refiere a Estados que no pertenecían a ella. Corcira, la mayor parte de los acarnanios y Zacinto figuraban en la lista de aliados al principio de la guerra (cf. *infra,* II 9, 4). Cefalenia fue inducida a aliarse más tarde (cf. *infra,* II 30, 2). El caso de los corcireos es algo especial: en algunos pasajes (cf. *infra,* II 25, 1) aparecen como verdaderos *sýmmachoi,* mientras que en otros (cf. *infra,* III 70, 2; 6; 75, 1) sólo se les ve ligados por la *epimachía* inicial (cf. *supra,* I 44, 1, n. 265).

[43] Cf. *supra,* I 80, 1. Los escoliastas recuerdan el conocido dicho *glykỳs apeírōi pólemos,* «la guerra es dulce para el inexperto». Cf. PÍNDARO, fr. 110.

antes de estos acontecimientos, la tierra tembló en Delos, que anteriormente jamás había sido sacudida por un terremoto desde que los griegos conservan memoria de los hechos[44]. Decían y creían que era un presagio de lo que había de ocurrir; y si sucedía cualquier otro imprevisto de esta suerte, era investigado con todo detalle. La simpatía 4
de las gentes se inclinaba mucho más por los lacedemonios, sobre todo porque proclamaban su intención de li-

[44] Sin embargo, HERÓDOTO, VI 98, 1-3, nos habla de otro terremoto en Delos, también único al decir de los delios *(hōs élegon hoi Dēlioi)*, que sacudió la isla poco antes de la batalla de Maratón y que presagió las calamidades que iban a sufrir los griegos durante los reinados de Darío, Jerjes y Artajerjes, tres generaciones más calamitosas, según Heródoto, que las veinte anteriores; y estas calamidades no las sufrieron sólo por intervención de los persas, sino que se debieron también a sus propias disputas por el poder, con lo que se aludía, sin duda, tanto a la primera ruptura entre Atenas y Esparta (cf. *supra,* I 102) como al comienzo de la Guerra del Peloponeso. Por todo ello, y dado que la tradición delia se refiere a un único terremoto, algunos piensan en la posibilidad de que los dos historiadores se refirieran al mismo seísmo. Heródoto no lo habría fechado correctamente, ya que el terremoto no pudo tener lugar antes del 472 a. C., probable fecha de composición de un poema de Píndaro en el que la isla es calificada como *akínēton téras,* siguiendo la tradición de que Delos, sostenida por cuatro pilares de acero, era inmune a los seísmos. Cf. PÍNDARO, fr. 78 (C. M. BOWRA, *Píndari Carmina cum Fragmentis,* Oxford, 1968 (1947); U. VON WILAMOWITZ, *Sappho und Simonides,* Berlín, 1913, pág. 129, n. 3. Tucídides, por su parte, lo sitúa «poco antes» de la Guerra del Peloponeso sin precisar más. Cabría, por tanto, que se hubiera producido algunos años antes, incluso con anterioridad al período de hostilidades que precedió a la Paz de Treinta Años, y que la tradición popular relacionara el seísmo, como presagio de infortunios, con las dos grandes guerras, la guerra contra Persia y la del Peloponeso. A. W. GOMME, no obstante, no está de acuerdo con esta interpretación y no piensa que se refirieran al mismo terremoto (cf. A. W. GOMME, *Essays in Greek History and Literature,* Oxford, 1937, pág. 122; *op. cit.* II, pág. 9).

bertar Grecia[45]. Cada particular y cada ciudad ponían todo su empeño si podían colaborar con ellos tanto de palabra como de obra; y cada uno creía que las cosas no marcharían allí donde él no estuviera presente. Tal era la irritación que la mayoría sentían contra los atenienses, unos porque querían librarse de su dominio y otros porque temían ser dominados.

9 Tales eran, pues, los preparativos y sentimientos con
que emprendieron la acción. Y he aquí las ciudades con
2 que contaba cada bando al entrar en guerra[46]. Los alia-
dos de los lacedemonios era los siguientes: todos los pelo-
ponesios[47] de dentro del Istmo, salvo los argivos y los
aqueos[48] (éstos últimos tenían amistades en los dos ban-
dos; los de Pelene fueron los únicos aqueos que comba-

---

[45] Los pequeños Estados griegos se encontraban entre dos grandes potencias. La opinión pública miraba a la aristocrática Esparta, que no imponía tributos, como libertadora de Grecia del dominio ateniense. Pero Esparta se movía más por temor a su rival que por espíritu liberal. La política de la democrática Atenas inquietaba a los Estados aristocráticos, pero, al tratar a sus aliados como a súbditos, daba la imagen de un Estado tiránico. Tucídides reconoce la inclinación filoespartana de gran parte de los griegos, pero, en una visión muy realista, se da cuenta de que es una inclinación ocasional, que se transformaría fácilmente con un cambio en la relación de fuerzas. Es natural e inevitable la animadversión frente al más fuerte; pero Atenas, según un razonamiento del que se hace eco Tucídides, unía la fuerza a la moderación, lo que no hubiera ocurrido en el caso de que Esparta ocupara su puesto (cf. *supra,* I 76, 4).

[46] No se hace referencia a los Estados de occidente (cf. *supra,* II 7, 2). Sobre los tesalios, cf. *infra,* II 22.

[47] La palabra «peloponesios» es usada normalmente en el sentido de «miembros de la Liga peloponesia»; cf. *supra,* I 80, 3, n. 444, pero aquí y en II 11, 1 se usa en sentido puramente geográfico.

[48] Sobre los aqueos y su alineamiento, cf. *supra,* I 111, 3; 115, 1; *infra,* II 83-92; V 82, 1; VII 34, 1-8.

tieron al principio a su lado[49], pero después todos siguieron su ejemplo); fuera del Peloponeso, los megareos, los beocios, los locros[50], los focenses[51], los ampraciotas[52], los leucadios[53] y los anactorios[54]. De éstos procuraban una 3
flota[55] los corintios, los megareos, los sicionios, los peleneos, los eleos, los ampraciotas y los leucadios; caballería,

---

[49] Pelene, la más oriental de las doce ciudades de Acaya, combatió al lado de Esparta. Era vecina de Sición. Su política se separó de la del resto de ciudades aqueas y actuó de acuerdo con Corinto y Sición en diversas ocasiones (cf. *infra,* V 58, 4-60, 3; VIII 3, 2).

[50] Se refiere a los locros orientales o del Norte, es decir, los locros opuntios y sus vecinos, los locros epicnemidios, ya que los occidentales, es decir, los locros ozolos, que habitaban la costa septentrional del Golfo de Corinto, al este de Naupacto, eran amigos, y aliados luego, de los atenienses (cf. *infra,* III 95, 1; 97, 2 y 101, 1). Con el término *Lokroí,* Tucídides se refiere normalmente a los locros llamados orientales o septentrionales, que habitaban al norte y noroeste de Beocia, junto al mar de Eubea (cf. *infra,* II 26, 1-2).

[51] Habían sido aliados de Atenas (cf. *supra,* I 107, 2; 108, 3; 112, 5), pero ésta, después de abandonar Beocia, perdió su influencia en Delfos y en la Fócide (cf. *supra,* I 113, 3; 121, n. 762, e *infra,* III 95, 1, donde se recuerda la tradicional amistad entre focenses y atenienses).

[52] De Ampracia, en el Epiro meridional, colonia de Corinto. Cf. *supra,* I 26, 1, nota 187; *infra,* II 80, 3.

[53] De la isla de Léucade, también colonia de Corinto, situada muy cerca de la costa de Acarnania y al suroeste de Ampracia. Fue la única de las islas occidentales que se alineó al lado de los peloponesios. Cf. *supra,* I 26, 1, n. 188; *infra,* III 94, 2.

[54] Sobre Anactorio, cf. *supra,* I 29, 3, n. 213; I 55, 1. También era colonia de Corinto.

[55] Compárese esta lista con las relaciones de quienes ayudaron a Corinto contra Corcira en 435 y 433 a. C. (cf. *supra,* I 27, 2; 46, 1). Hermíone, Epidauro y Trecén, que prestaron su ayuda en 435, ya estuvieron ausentes en el 433 y tampoco participan ahora en la flota. Todos los que ayudaron a Corinto en 433, con excepción de Anactorio, colaboran con sus barcos en el 431; también lo hacen Sición y Pelene.

los beocios, los focenses y los locros; y las otras ciudades
4 procuraban infantería. Éstos eran los aliados de los lacedemonios. Los de los atenienses eran los quiotas[56], los lesbios, los plateos, los mesenios de Naupacto[57], la mayor parte de los acarnanios[58], los corcireos, los zacintios[59] y, además, las ciudades sometidas a tributo en los pueblos siguientes[60]: la Caria marítima, los dorios vecinos de los carios[61], Jonia, el Helesponto, la costa de Tracia, y las islas que se extienden hacia Oriente desde el Peloponeso hasta Creta[62], todas las Cícladas a excepción de Melos y
5 de Tera[63]. De entre éstos procuraban una flota los quio-

56 De Quíos. Cf. *supra,* I 19; 116, 1-2; 117, 2.

57 Cf. *supra,* I 103, 3.

58 No lo era Eníadas, cuya política se distanció siempre de la del resto de acarnanios, ni Ástaco. (Cf. *supra,* I 111, 3; *infra,* II 30, 1; 82; 102, 2-6; III 94, 1; 114, 2.) Sobre Acarnania, cf. *supra,* I 5, n. 38.

59 Cf. *supra,* I 47, n. 284.

60 En realidad aparece aquí la división geográfica del imperio en cinco partes: Caria (con sus vecinos dorios), Jonia, el Helesponto, Tracia y las Islas.

61 Es decir, Cnido, ciudad situada al sur de Caria, Rodas y las otras islas entre Rodas y Creta, no comprendidas entre «las islas que se extienden hacia oriente desde el Peloponeso hasta Creta». La mención aparte de los dorios se hace probablemente para destacar el carácter compuesto del elemento étnico.

62 El Peloponeso y Creta constituían respectivamente los límites occidental y meridional del área insular del Imperio ateniense.

63 Melos y Tera habían sido colonizadas por los lacedemonios (cf. *infra,* V 84, 2, respecto a la colonización de la primera, y Heródoto, IV 147-149, sobre la de la segunda). Las dos se resistieron, pero Atenas las sometió a tributo (cf. A. W. Gomme, *op. cit.* II, págs. 11-12). Tucídides no nos cuenta de qué manera se unió Tera a la Liga, pero aparece inscrita en las listas de tributos desde los primeros años de la guerra (cf. B. D. Meritt, H. T. Wade-Gery, M. F. McGregor, *op. cit.* I, págs. 284-285). Melos, que se opuso decididamente a entrar en la alianza (cf. *infra,* III 91, 1-3), entró en guerra con Atenas y fue terriblemente

tas, los lesbios y los corcireos; y los otros, infantería y dinero. Tales eran las alianzas de unos y de otros[64] y sus preparativos para la guerra.

PRIMERA INVASIÓN DEL ÁTICA

El ejército peloponesio se congrega en el Istmo

Los lacedemonios, inmediata- 10
mente después de los hechos de Platea, ordenaron a las ciudades del Peloponeso y de los aliados del exterior que prepararan un ejército y las provisiones apropiadas[65] para una expedición fuera del país, dado que su intención era invadir el Ática[66]. A 2
medida que los preparativos de cada ciudad estuvieron listos, en el tiempo señalado, las dos terceras partes de las fuerzas de cada ciudad se fueron concentrando en el Ist-

sometida. Esta guerra, con el famoso diálogo, es un episodio de la *Historia* de Tucídides justamente celebrado (cf. *infra,* V 84-116).

[64] En el continente, pues, se agrupaban los aliados de Esparta, que ocupaban la mayor parte del Peloponeso y de la Grecia continental desde el canal de Eubea hasta el mar Jonio. Su potencia naval era Corinto. Atenas, por tanto, quedaba reducida, en el continente, a su territorio y al de Platea, su fiel aliada. Sus fuerzas estaban dispersas por toda la geografía griega: las islas del Egeo, las costas de Macedonia y Tracia, territorios del Helesponto y Asia Menor, Rodas, Naupacto, que dominaba la entrada del golfo de Corinto, Acarnania y Zacinto y Corcira, punto estratégico en la ruta hacia Italia y causa de la hostilidad de Corinto hacia Atenas en su disputa por el dominio del mar.

[65] Para un período de treinta a cuarenta días (cf. *infra,* II 23, 2-3; 57, 2). Contaban también con lo que conseguirían del territorio enemigo y de los beocios (cf. *infra,* II 22, 2; III 1, 2; 26, 4).

[66] Los peloponesios invadieron el Ática en cinco ocasiones durante el transcurso de esta guerra, en los años 431, 430, 428, 427 y 425 a. C.

3 mo[67]. Y cuando estuvo reunido todo el ejército[68], Arquidamo[69], el rey de los lacedemonios, que estaba al frente de esta expedición, convocó a los generales de todas las ciudades así como a los jefes principales y a los hombres más distinguidos, y les exhortó de este modo:

Discurso de Arquidamo[70]

11 «Peloponesios y aliados, nuestros padres realizaron muchas expediciones militares tanto en el mismo Peloponeso como fuera, y a los más viejos de nosotros no les falta experiencia de la guerra[71]; sin embargo, nunca salimos

[67] Dos terceras partes de las fuerzas de cada Estado (el contingente habitual en estas expediciones al exterior; cf. *infra,* II 47, 2, III, 15, 1) marchaban contra el Ática, el otro tercio se quedaba para proteger su territorio.

[68] Tucídides no nos da una estimación del total de las fuerzas expedicionarias. Según PLUTARCO *(Pericles* 33, 5), serían sesenta mil hombres, pero tal vez no pasaban de los treinta mil (cf. A. W. GOMME, *op. cit.* II, pág. 13).

[69] Por él, el primer período de la Guerra del Peloponeso recibe el nombre de «guerra arquidámica» (431-421 a. C.).

[70] Acerca de la estructura de este discurso y de su relación con las arengas espartanas, cf. O. LUSCHNAT, *Die Feldherrnreden im Geschichtswerk des Thukydides,* Leipzig, 1942, págs. 10-20, 121. Esta arenga, sin embargo, es un caso aparte, singular como la guerra misma en la que se encuentra (cf. 11, 1). No hay tácticas ni consejos militares puntuales, puesto que no va a seguir el relato de una batalla, pero se dan unos consejos básicos que deben inspirar la conducta de los peloponesios ante el enfrentamiento con los atenienses y ante la situación de tensión que provocará en Atenas la invasión peloponesia. Arquidamo subraya de entrada la importancia de la guerra y la mayor responsabilidad que ello comporta. Se ha de evitar la confianza basada en una teórica inferioridad de fuerzas del enemigo. Atenas es un enemigo poderoso y puede reaccionar inesperadamente ante la invasión. Previsión, prudente desconfianza, seguridad y disciplina son las ideas dominantes.

[71] Cf. *supra,* I 80, 1-2. Allí también alude Arquidamo a su experiencia de la guerra, experiencia que lleva a la prudencia y a un temor

de campaña con fuerzas superiores a las presentes[72]; ahora, empero, nos dirigimos contra una ciudad poderosísima y también nosotros marchamos con un ejército muy numeroso y de extraordinaria potencia[73]. Es justo, por tanto, 2
que nosotros no nos mostremos inferiores a nuestros padres ni por debajo de nuestra propia reputación. Porque toda Grecia está exaltada por esta acción y la mira con interés: por su odio a los atenienses está deseosa de que tengamos éxito en nuestro proyecto. Así, aunque a algu- 3
nos les parezca que atacamos con fuerzas superiores y que existe la completa seguridad de que nuestros adversarios no nos presentarán batalla, no por esto debemos dejar de marchar prevenidos sin el menor descuido: los jefes y los soldados de cada ciudad deben siempre aguardar, cada uno por su parte, a toparse con algún peligro. Las vicisi- 4
tudes de las guerras son inciertas, y por lo general los ataques se producen repentinamente y en un momento de cólera; y con frecuencia un ejército menos numeroso, que actúa desde el temor[74], se enfrenta con más éxito a fuer-

---

racional y desconfianza ante el enemigo. La cautela y la disciplina han de estar por encima de todo.

[72] Sobre la magnitud de esta guerra, cf. *supra,* I 18, 3-19.

[73] Sobre el que no se dan cifras. Cf. *supra,* II 10, 2-3, n. 68.

[74] No es excepcional en Tucídides la idea de un temor positivo, de que un temor racional puede resultar útil. Cf. *supra,* I 36, 1; *infra,* IV 62, 4 y, VI 34, 9, pasaje donde se recomienda el desprecio del adversario en el mismo momento de la acción, mientras que, para el tiempo anterior, se aconseja actuar con el sentimiento de estar ante un peligro, considerando las medidas más seguras aquellas que se toman cuando el temor o la cautela están presentes. Es éste un tema que ha sido estudiado por J. DE ROMILLY (cf. «La crainte dans l'oeuvre de Thucydide», *Classica et Mediaevalia* 17 (1956), 122-123). El temor, la desconfianza y el respeto al enemigo resultan positivos y gracias a ello un ejército pequeño puede llegar a vencer a otro más numeroso y con menos sentimiento

zas más numerosas, debido a que éstas, por su desprecio
5 del enemigo, se encuentran desprevenidas. En territorio
enemigo es preciso marchar con la confianza en el cora-
zón, pero ante la acción es menester prepararse con te-
mor[75]. Es así como se tendrá más valor para atacar al
6 adversario, y más seguridad[76] frente a sus ataques. Ade-
más, nosotros no nos estamos dirigiendo contra una ciu-
dad tan incapaz de defenderse, sino que está perfectamen-
te preparada en todos los aspectos, de suerte que debemos
sin duda esperar que nos presenten batalla; y si no se po-
nen en movimiento ahora que todavía no estamos allí, lo
harán cuando nos vean en su territorio, devastando y des-
7 truyendo sus bienes. Porque, cuando se es víctima de una
desgracia insólita, descubrirlo con sus propios ojos y en
flagrante encoleriza a todo el mundo, y quienes tienen
menos tiempo para calcular se ponen en acción con más
8 coraje[77]. Y de los atenienses más que de otros puede es-
perarse esta conducta, dado que pretenden dominar a los
demás y devastar en sus incursiones el territorio ajeno más
9 que contemplar la devastación del propio. Así, puesto que
marchamos contra una ciudad tan poderosa y vamos a
procurar a nuestros antepasados y a nosotros mismos una
fama extraordinaria para bien o para mal, según sea el

de temor. El miedo, pues, por paradójico que parezca, puede facilitar la victoria.

[75] Paradójica antítesis. Cf. nota anterior.

[76] Se insiste en la idea de «seguridad». La palabra aparece tres veces en el discurso (3, 5, 9).

[77] El coraje ateniense ante la devastación de su territorio estuvo a punto de provocar la reacción que esperaba Arquidamo, pero Pericles consiguió imponer su criterio de defensa pasiva: en las invasiones del Ática se debía evitar un combate desigual por tierra, y responder enviando expediciones navales contra territorios peloponesios (cf. *infra*, II 21, 2-22, 1).

resultado, seguid por donde se os conduzca, poniendo la disciplina y la cautela por encima de todo, y obedeciendo rápidamente las órdenes; pues no hay nada más hermoso y que inspire más seguridad que el hecho de ser muchos y mostrarse sujetos a una disciplina única[78].»

Últimos intentos de avenencia

Después de pronunciar estas pa- 12
labras y de disolver la asamblea, lo primero que hizo Arquidamo fue enviar a Atenas a Melesipo[79], un espartiata hijo de Diácrito, por si los atenienses se mostraban más transigentes al ver que
ellos ya estaban en marcha. Pero los atenienses no lo ad- 2
mitieron en la ciudad ni delante de las autoridades[80]. Había triunfado la opinión de Pericles de no recibir ningún heraldo ni embajada una vez que los lacedemonios se hubiesen puesto en marcha. Lo despacharon, pues, sin escucharlo y le ordenaron que el mismo día estuviera al otro lado de la frontera; le dijeron también que en lo sucesivo, si querían alguna cosa, volvieran a su territorio antes de enviar embajadores. Y lo hicieron acompañar por una es-
colta para que no se comunicara con nadie. Cuando es- 3
tuvo en la frontera, en el momento en que iba a separarse, dijo antes de partir tan sólo estas palabras: «Este día será para los griegos el principio de grandes desgracias[81]».

---

[78] En su discurso del libro I (cf. *supra*, I 80-85), Arquidamo se refiere igualmente a la prudencia y a la disciplina espartanas (cf. I 84, 3).

[79] Ya había sido enviado a Atenas con otros dos embajadores el año anterior (cf. *supra*, I 139, 3).

[80] Cf. *supra*, I 90, 5.

[81] Palabras solemnes que encuentran un eco en ARISTÓFANES, *Paz* 435-436, y JENOFONTE, *Helénicas* II 2, 23. Con anterioridad, cf. HERÓDOTO, V 97, 3, e *Ilíada* V 62-63. La frase atribuida a Melesipo recuerda el comentario de Heródoto sobre las naves atenienses enviadas en auxilio

4 Luego, una vez que hubo llegado al campamento, Arquidamo, al darse cuenta de que los atenienses no tenían intención de transigir en nada, se puso ya en marcha con
5 el ejército y avanzó para invadir su territorio. Entretanto los beocios, que habían suministrado a los peloponesios su contingente[82] y la caballería para que participasen en la expedición, con las tropas que les quedaban invadieron el territorio de Platea y se pusieron a devastarlo.

Política de Pericles. Sus consejos a los atenienses. Los recursos de Atenas

13 Mientras los peloponesios todavía se estaban concentrando en el Istmo y se ponían en marcha antes de invadir el Ática, Pericles, hijo de Jantipo, que era uno de los diez estrategos[83] de los atenienses, al darse cuenta de que iba a producirse la invasión, sospechando que Arquidamo, por ser huésped suyo[84], acaso respetaría sus tierras y no las devastaría, bien porque él mismo quisiera hacerle un favor por su cuenta, bien porque aquello ocurriera por orden de los lacedemonios con

---

de los jonios: «Estas naves, por cierto, fueron un germen de calamidades tanto para griegos como para bárbaros» (cf. trad. C. Schrader, Heródoto, *Historia* V-VI, Madrid, B.C.G., 1981, pág. 177). Existía una gran preocupación por la *archē kakôn*, la «causa de los males», la responsabilidad moral de los hechos históricos.

[82] Los dos tercios de que se habla en II 10, 2.

[83] Cf. *supra*, I 57, 6, n. 330; 116, 1, n. 729.

[84] La hospitalidad privada *(xenía)* era una costumbre de gran arraigo en Grecia; en los viajes al extranjero aseguraba protección, alojamiento, alimento y todo tipo de atenciones, y su práctica creaba relaciones de inquebrantable amistad, incluso en momentos de guerra como en este caso. Implicaba un profundo vínculo religioso y tenía con frecuencia una clara significación política. Igual que existían relaciones de hospitalidad a nivel privado, se desarrollaron también vínculos públicos entre los Estados *(proxenía)*.

objeto de desacreditarlo (como cuando, por su causa, habían pedido la expiación del sacrilegio)[85], declaró públicamente a los atenienses en la asamblea que Arquidamo era su huésped, pero que no lo era en perjuicio de la ciudad, y que, en el caso de que los enemigos no devastaran sus tierras y sus casas como las de los demás, haría donación de ellas al Estado, y que por aquel motivo no debía ser objeto de ninguna sospecha. Respecto a la situación 2
actual repitió los mismos consejos que les había dado anteriormente: prepararse para la guerra y recoger dentro de la ciudad lo que tenían en los campos, no salir a presentar batalla, sino entrar en la ciudad y defenderla, equipar la flota, en la que radicaba su fuerza, y tener en su mano a los aliados, pues la fuerza de Atenas, les decía, dependía de las entradas de dinero procedente de los aliados, y, en la guerra, las victorias se debían en su mayor parte a un plan inteligente y a las reservas de dinero[86]. Les ex- 3
hortó a tener confianza dado que por lo general llegaban a la ciudad seiscientos talentos[87] de tributo cada año de

---

[85] Cf. *supra,* I 126, 2-127, 1, y PLUTARCO, *Pericles* 33, 3.

[86] Tucídides insiste con frecuencia en la importancia del poder financiero en el desarrollo de las guerras (cf. *supra,* I 80, 4; 83, 2; 121, 5; 141, 2-5; 143, 1-2) y en el progreso de los Estados (cf. *supra,* I 2, 2; 7, 1).

[87] Esta suma de seiscientos talentos anuales de tributo, que dan los manuscritos y que es confirmada por PLUTARCO, *Arístides* 23, 4, ha sido objeto de controversias al ser considerada excesivamente alta. DIODORO (XII 40, 2) nos ha transmitido una cifra menos elevada, cuatrocientos sesenta talentos, y los cálculos realizados sobre las listas de tributación ateniense rebajan también la suma dada por Tucídides (cf. B. D. MERITT, H. T. WADE-GERY, M. F. MCGREGOR, *op. cit.* III, págs. 118-132; 275-345). El tributo que había establecido Arístides ascendía a 460 talentos (cifra también problemática: cf. *supra,* I 96, 2), pero desde la época de Arístides la cantidad no se había elevado regularmente e

parte de los aliados, sin contar con los otros ingresos[88]; además, en la Acrópolis todavía quedaban entonces seis mil talentos en plata acuñada (se había llegado a alcanzar la suma de nueve mil setecientos talentos[89], pero parte

---

incluso pudo experimentar un descenso después de la victoria de Eurimedonte. De todas formas, si se da crédito a los cálculos de las *Athenian Tribute Lists* (cf. III, pág. 334), no hay razón para pensar que en el 431 a. C. se diera un *phóros* de 600 talentos, teniendo en cuenta que la suma que sale de la lista del 433-432 no sobrepasa los 390 talentos. Pero es posible pensar que los tributos realmente recaudados por Atenas ascendían a una suma superior a la reflejada en las listas o que en el cálculo de Pericles al que se refiere este pasaje se computaban cantidades de otros capítulos o procedencias tales como las contribuciones aportadas por ciudades que estaban en una situación especial, como el caso de Samos (cf. *supra,* I 117, 3), que no tributaban en sentido estricto (y por ende no figuraban en las listas), pero que pagaban contribuciones o indemnizaciones a Atenas (cf. A. W. GOMME, *op. cit.* II, págs. 17-19; 26-34). Había casos de colonias como Anfípolis (cf. *infra,* IV 108, 1) y de aliados que no pertenecían a la Liga de Delos, pero que efectuaban aportaciones económicas (cf. *supra,* II 9, 5). No debe descartarse tampoco que ya se hubiera incrementado el tributo regular ante la perspectiva de la guerra. Cf. además *supra,* I 96, 2, n. 531.

88 Ingresos como los obtenidos de las minas del Estado, de aduanas, multas, etc., ya que los ciudadanos no pagaban impuestos directos. No sólo se destinaban a gastos internos, sino que también se contribuía con estos fondos al equipamiento y gastos de la flota (cf. A. W. GOMME, *op. cit.* II, pág. 19, 31-32, 42-43). Estos «otros ingresos» debían de ascender a unos cuatrocientos talentos, aceptando los seiscientos talentos de la nota anterior y según la suma total de mil talentos dada por JENOFONTE, *Anábasis* VII 1, 27.

89 Los cálculos realizados por A. W. Gomme sobre los fondos de los dos tesoros —el de la Liga y el de Atenas— y sobre los gastos efectuados por Atenas en los Propileos y otras construcciones y en el asedio de Potidea, que alcanzarían sin duda un total de 3.700 talentos, apoyan la autenticidad de estas cantidades que encontramos en este debatido pasaje de Tucídides (cf. A. W. GOMME, *op. cit.* II, págs. 26-33).

de ellos se había gastado en los Propileos[90] de la Acrópolis, en los otros edificios[91], y en el sitio de Potidea)[92]; por otra parte, en ofrendas privadas y públicas, en todos 4
los utensilios sagrados empleados en las procesiones y en los juegos, en despojos de los medos, y en otros objetos semejantes, había en oro y plata sin acuñar no menos de quinientos talentos[93]. Añadió todavía riquezas de otros 5
templos nada despreciables, de las que podrían servirse; y en el caso de verse completamente privados de todo, podrían recurrir incluso a las láminas de oro que revestían a la misma diosa[94]; y les hizo ver que la estatua tenía un peso de cuarenta talentos de oro puro[95], y que se podía

---

90 La entrada monumental de la Acrópolis fue construida entre los años 437 y 431 a. C., según proyecto del arquitecto Mnesicles (cf. HELIODORO, F. JACOBY, *FGrHist* 373, F 1; PLUTARCO, *Pericles* 13, 12). Según Heliodoro, su coste fue algo superior a los dos mil talentos, cifra que se considera excesiva. No hubiera quedado dinero para otras construcciones.

91 Como el Partenón y el Odeón (cf. PLUTARCO, *Pericles* 13).

92 Cf. *supra,* I 56-65; *infra,* II 70, 2, y III 17, 3. Su coste fue de dos mil talentos.

93 Objetos de oro y plata que podían ser fundidos y transformados en lingotes o en monedas. Cf. *infra,* VI 8, 1.

94 La gran estatua crisoelefantina de Atenea, obra de Fidias, que se encontraba en el Partenón (cf. PLUTARCO, *Pericles* 13, 14). Las cantidades que se le destinaron, entre los años 447-446 y 438-437, fechas de su consagración, ascendieron a un total que andaría entre los 750 y 850 talentos, comprendiendo el coste de oro, marfil, otros materiales y trabajo (cf. A. W. GOMME, *op. cit.*, págs. 24-25).

95 La relación oro-plata era de 14 a 1 (cf. *Inscriptiones Graecae* I^2 355), de modo que 40 talentos de oro equivalían a 560 talentos de plata. Y si aceptamos la cifra de un texto de FILÓCORO (cf. F. JACOBY, *FGrHist* 328, F 121), que da 44, cantidad probablemente más exacta que la de los manuscritos de Tucídides (cf. A. W. GOMME, *op. cit.* II, pág. 25), el total del valor del oro sería de 616 talentos. El coste restante

coger todo[96]; si lo utilizaban para su salvación, les dijo,
6 debían luego reponerlo íntegramente. De este modo, pues, con la consideración de sus recursos[97], les dio confianza; en cuanto a los hoplitas, tenían trece mil[98], sin contar los que servían en los fuertes[99] y los dieciséis mil[100] que

---

(cf. nota anterior), una suma aún muy importante, sería el del marfil y otros materiales y el del trabajo. Por otra parte, dado que un talento correspondía a 26,196 kg (partiendo de un peso de la dracma de 4,366 gr), el oro empleado en la estatua sobrepasaba los 1.000 kg.

96 Cf. PLUTARCO, *Pericles* 31, 3. Sólo se debía acudir a este recurso en caso de extrema necesidad, y debía luego reponerse.

97 Se ha referido primero a los recursos financieros y ahora pasa a los efectivos humanos. Cf. *supra,* I 141, 3-6.

98 Cf. *infra,* II 31, 2, donde se habla de unas fuerzas de 10.000 hoplitas en la invasión de Megáride además de los 3.000 que estaban en Potidea, lo que confirma la cifra de este pasaje.

99 No sólo en los de la frontera del Ática, como Énoe (cf. *infra,* II 18, 1-2) y Panacto (cf. *infra,* V 3, 5), sino también los del exterior, *en têi hyperoríāi* (cf. *infra,* I 115, 3; II 24, 1; IV 7; 104, 4; 110, 2).

100 *Áneu tôn en toîs phrouríois kaì tôn par' épalxin hexakischilíōn kaì myríōn:* Algunos consideran excesiva esta cifra, e incluso se ha propuesto la supresión del *kaì myríōn* para que quedara en «seis mil»; pero A. W. GOMME, *op. cit.* II, págs. 34-39, la justifica de este modo: si queremos obtener el número de ciudadanos «más jóvenes» (18-19 años) y «mas viejos» (50-59 años) entre los 16.000 hombres que, según este pasaje, se hallaban en las murallas como reserva, debemos restar los 3.000 ciudadanos exentos o inútiles para el servicio en filas del grupo de 20 a 49 años, los 5.000 metecos que, según los cálculos, estaban en los 20-49, y, finalmente, los 1.500 metecos del grupo de viejos y jóvenes; el resultado es de 6.500. Por otra parte, si al número de 13.000 hoplitas de primera línea que aquí se ha dado, añadimos los 1.000 hombres que servían en caballería (cf. *infra,* II 13, 8, n. 110) y los 1.000 que se calcula (cf. DIODORO, XII 40, 4) que estaban como guarnición en los fuertes *(hoi en toîs frouríois),* tenemos unas fuerzas en activo de unos 15.000 ciudadanos, y si a éstos sumamos los 3.000 citados de las clases de 20-49 años que no servían en filas, nos encontramos con que el total de ciudadanos de 20-49 del censo de hoplitas asciende a 18.000, con lo que re-

montaban guardia a lo largo de las murallas[101]. Tal era 7 en efecto, al principio, el número de hombres destinados

---

sulta que la *ratio* de 3 a 1, considerada normal entre los dos grupos de ciudadanos (el activo de 20-49 y la reserva de 18-19 y de 50-59), se da en la relación 18.000/6.500. M. H. HANSEN («The number of the Athenian hoplitas in 431 B. D.», *Symbolae Osloenses* 56 (1981), 19-32) ha analizado asimismo este problemático pasaje de Tucídides con su aparente desproporción entre los 13.000 hoplitas en campaña y los 16.000 hombres de la reserva. El número de «los más viejos» y «los más jóvenes» se referiría a todas las clases censatarias y comprendería también a los metecos; y estos reservistas estarían destinados a la guardia de las murallas y también —según Hansen— de los fuertes. De los 16.000, según el cálculo de Hansen, habría 4.000 viejos y jóvenes del censo hoplítico, que unidos a los 13.000, más los 1.000 de caballería, dan unas fuerzas hoplíticas de 18.000 hombres. Sobre el número de metecos y su papel en el ejército, cf. D. WHITEHEAD, *The ideology of the Athenian metic*, Cambridge, 1977; R. P. DUNCAN-JONES, «Metic number in Periclean Athens», *Chiron* 10 (1980), 101-109.

[101] Esta traducción, más correcta desde el punto de vista gramatical, está de acuerdo con el texto y los cálculos sobre él realizados. Algunos, sin embargo, considerando la importancia de la cifra que se ha dado, engloban en los 16.000 hombres de reserva los defensores de las murallas y las guarniciones de los fuertes, y traducen: «sin contar los dieciséis mil que se hallaban en los fuertes y a lo largo de las murallas». La interpretación que se adopte afecta sobre todo a la naturaleza de las guarniciones de los fuertes. Según hemos traducido, los soldados de los fuertes pertenecían a las fuerzas hoplíticas de primera línea que eran reclutadas entre las clases de ciudadanos de 20-49 años; según la segunda interpretación, pertenecerían al grupo de tropas de reserva, normalmente destinadas a la defensa de la ciudad y reclutadas (cf. nota anterior y II 13, 7) entre las clases de 18-19 y de 50-59 años y los metecos. Parece lógico, sin embargo, que una misión tan importante como la defensa de los fuertes, situados en puntos estratégicos (cf. *supra*, n. 99), se encomendara a tropas experimentadas y en las mejores condiciones físicas, lo que apoya la interpretación adoptada. Ello a pesar de que en época de paz el servicio de guardia de los fuertes formaba parte del adiestramiento de los efebos (cf. ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* 42, 3-4).

a la defensa cuando el enemigo efectuaba una invasión: estaba formado por los hombres más viejos y los más jóvenes y por los metecos[102] que eran hoplitas[103]. Y es que el muro del Falero[104] tenía treinta y cinco estadios hasta el recinto de la ciudad, y la parte de este recinto que estaba guardada, cuarenta y tres estadios[105] (había una parte sin guardia, la comprendida entre el Muro Largo y el del Falero); los Muros Largos hasta el Pireo tenían cuarenta estadios[106], y sólo la parte exterior era vigilada[107]; y todo el circuito del Pireo y de Muniquia[108] era de se-
8 senta estadios[109], pero sólo la mitad tenía guardia. Hizo

[102] Cf. *supra,* I 143, 1, n. 923.

[103] El propósito de la digresión que sigue sería explicar la razón por la que eran necesarios tantos hombres en las murallas. La longitud de muralla a guardar era, según datos de Tucídides, de 148 estadios, es decir, sobrepasaba los 26 kilómetros.

[104] Cf. *supra,* I 69, 1, n. 389; I 107, 1. Existen dudas sobre su trazado (cf. A. W. Gomme, *op. cit.* II, págs. 39-40). La longitud de 35 estadios que le atribuye Tucídides corresponde a 6,216 Km.

[105] Casi 8 Km. (7,636 Km.). Pero esta cifra de 43 estadios ha parecido excesiva y se han propuesto reducciones.

[106] Cf. *supra,* I 69, 1, n. 389; I 107, 1. Su longitud, según Tucídides, sería de unos 7 Km. (7,104), medida que se ajusta a su trazado.

[107] Del recinto que rodeaba la ciudad salían hacia la costa tres murallas: una que la unía con el Falero, su antiguo puerto *(tò Phalērikòn teîkhos),* y otras dos, los Muros Largos *(tà makrà teíkhē)* que la enlazaban con el Pireo. Uno de estos Muros Largos quedaba dentro del corredor formado entre el otro y el muro del Falero y, por tanto, no necesitaba defensa. Tampoco debía ser guardada la parte de la muralla de la ciudad que daba a este corredor *(tà metxỳ toû te makroû kaì toû Phalērikoû).*

[108] Entre el Falero y el Pireo se hallaba la colina fortificada de Muniquia, desde donde se dominaba la entrada de ambos puertos.

[109] Cf. *supra,* I 93, 3-7. Sesenta estadios equivalían a algo menos de 11 Km. (10,656). Sólo la mitad estaba custodiada. Los datos de Tucídides son, pues, en resumen, los siguientes:

ver también que había mil doscientos jinetes, comprendidos los arqueros a caballo[110], mil seiscientos arqueros[111] y trescientas trirremes[112] en estado de hacerse a la mar. Éstas, y no inferiores a éstas en ningún aspecto, eran las 9
fuerzas de los atenienses cuando iba a producirse la primera invasión de los peloponesios y se rompían las hostilidades. Pericles expuso también otros argumentos que solía utilizar como demostración de que ganarían la guerra[113].

Muro de Falero:	35	estadios =	6,216	Km.
Recinto de Atenas (parte custodiada):	43	estadios =	7,636	Km.
Muro Largo:	40	estadios =	7,104	Km.
Mitad circuito Pireo:	30	estadios =	5,328	Km.
TOTAL	148	estadios	26,280	Km.

110 Dado que el contingente de caballería era de 1.000 hombres (cf. ARISTÓFANES, *Caballeros* 225), había 200 arqueros a caballo *(hippotoxótai)*. Sobre el número de fuerzas de caballería, cf. el reciente trabajo de I. G. SPENCE, «Athenian Cavalry numbers in the Peloponnesian War: I. G. I³ 375 revisited», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 70 (1987), 167-170.

111 Había arqueros ciudadanos, pero con frecuencia procedían de las ciudades aliadas, e incluso había arqueros mercenarios reclutados entre poblaciones bárbaras que se distinguían en el uso del arco (cf. *infra,* VIII 98, 1). En general, el arco se consideraba un arma en desacuerdo con la dignidad del ciudadano. Se les cita, sin embargo, más a menudo que a la caballería (cf. *supra,* I 60, 1, n. 341; *infra,* II 23, 3; III 98, 1; 107, 1; IV 9, 2; 28, 4; 32, 2; 36, 1, etc.).

112 Cifra elevada si se usaban a la vez, ya que este número requería unos 60.000 hombres, entre remeros, marineros, *epibatai* y oficiales, con el gasto que esto comportaba. Cf. *infra,* III 17, 1-3, donde se habla de una utilización simultánea de unas doscientas cincuenta trirremes. Según PLUTARCO *(Pericles* 11, 4), en época de Pericles y en tiempo de paz se ponían en servicio sesenta trirremes durante un período de ocho meses (cf. A. W. GOMME, *op. cit.* II, págs. 42-43).

113 Cf. *supra,* I 140-144.

Los atenienses organizan su defensa concentrándose en la ciudad

14 Los atenienses se dejaron persuadir por sus palabras y se pusieron a hacer entrar desde los campos a sus hijos y mujeres así como los enseres de uso doméstico, desmontando incluso el maderaje de sus casas[114]; los rebaños y los animales de tiro los enviaron a Eubea y a las
2 islas cercanas[115]. El traslado, empero, lo realizaban a disgusto, debido a que la mayoría tenía desde siempre la costumbre de vivir en el campo.

Digresión sobre la organización política del Ática

15 Esta costumbre se había dado desde muy antiguo entre los atenienses más que entre otros pueblos. En efecto, desde los tiempos de Cécrope[116] y de los primeros reyes hasta la época de Teseo[117], los habitantes del Ática

---

114 Incluidas puertas y persianas; precaución explicable cuando leemos (cf. HERÓDOTO, I 17, 2) que los invasores las arrancaban.

115 Lo mismo había hecho en las Guerras Médicas, antes de la batalla de Salamina, cuando trasladaron a mujeres y niños (cf. *supra*, I 89, 3; HERÓDOTO, VIII 40-41). Ahora la población se quedó detrás de las murallas.

116 Cécrope era el mítico primer rey de Atenas, que había nacido de la tierra. Durante su reinado tuvo lugar la disputa entre Atenea y Posidón por la posesión de la ciudad. De él procede la primera urbanización del Ática y su división en doce comunidades con poblaciones preparadas para defenderse de los ataques del exterior (cf. FILÓCORO, en F. JACOBY, *FGrHist* 328, F 94). Estas referencias míticas, como las del libro I (cf. *supra*, I 9, 1; 9, 4), a pesar de ser escasas, permiten pensar que Tucídides no rechazaba el fondo de los mitos, aunque se reservaba el derecho a interpretarlos según su visión histórica.

117 Otro rey legendario, hijo de Egeo y héroe nacional de Atenas (cf. PAUSANIAS, I 3, 3). Vivió, según la leyenda, poco antes de la Guerra de Troya, a mediados del siglo XIII a. C., de acuerdo con la tradi-

vivieron siempre repartidos en pequeñas ciudades, cada una con sus pritaneos[118] y sus magistrados, y cuando no tenían nada que temer, no se reunían con el rey para deliberar, sino que gobernaban y decidían por separado. Hubo incluso algunos que hicieron la guerra, como fue el caso de los eleusinios[119] y Eumolpo[120] contra Erecteo[121].
Pero cuando subió al trono Teseo y unió el poder a la 2

ción cronográfica (cf. MARMOR PARIUM, F. JACOBY, *FGrHist* 239, F 20). Fue protagonista de numerosas aventuras, como la muerte del Minotauro. Se le atribuye la unificación política del Ática (cf. *infra*, 15, 2).

118 Los pritaneos *(prytaneîa)* eran literalmente las «casas de los presidentes» *(prytáneis)*, los cincuenta miembros del consejo designados por sorteo entre las diez tribus atenienses, que presidían el consejo y la asamblea y desempeñaban funciones administrativas. Era, en realidad, el centro administrativo y la sede de los cargos de la ciudad, una especie de casa consistorial (cf. *infra*, III 89, 4). Allí se hallaba el hogar sagrado del Estado con el altar de Hestia y el fuego perenne de donde los fundadores de las colonias se llevaban, al partir, el fuego sagrado; allí eran acogidos los huéspedes ilustres y los ciudadanos distinguidos (cf. HERÓDOTO, I 146, 1).

119 Sobre Eleusis, cf. *supra*, I 114, 2, n. 701.

120 Según la leyenda, Eumolpo, hijo de Posidón, tras huir de Tracia se refugió en Eleusis, donde fue sacerdote de los misterios de Deméter y Perséfone. Se convirtió luego en rey de Tracia, y volvió a Eleusis al frente de los tracios para ayudar a los eleusinios en su guerra contra Atenas. Vencieron los atenienses y Eumolpo murió a manos de Erecteo. Cf. PAUSANIAS, I 5, 1-2; 38, 2-3. Su actuación se sitúa en una época en que el Ática estaba todavía dividida políticamente y en que Eleusis era independiente. De él desciende la familia de los Eumólpidas, de los que salían los sacerdotes de Eleusis.

121 Rey de Atenas, hijo del rey Pandión y sucesor de Cécrope. El oráculo de Delfos declaró que vencería en la guerra contra Eleusis si sacrificaba a una de sus hijas. Así lo hizo y obtuvo la victoria, pero Posidón lo fulminó durante la batalla en venganza de la muerte de Eumolpo.

inteligencia[122], entre otras medidas que tomó para organizar el país, suprimió los consejos y las magistraturas de las otras ciudades y unificó a todo el mundo en la ciudad actual, estableciendo un consejo y un pritaneo únicos; y, aunque siguieron ocupando sus tierras separadamente igual que antes, les obligó a limitarse a esta única ciudad, que, cuando fue dejada por Teseo a sus sucesores, se había convertido en una gran ciudad gracias a que todos ya le aportaban sus tributos. Y en memoria de esto los atenienses todavía hoy celebran, a expensas públicas, las fiestas
3 Sinecias[123] en honor de la diosa[124]. Hasta entonces la ciudad era lo que actualmente es la Acrópolis más la parte que, al pie de la misma, mira principalmente hacia el Sur.
4 Y he aquí la prueba: los templos <de Atenea>[125] y de los

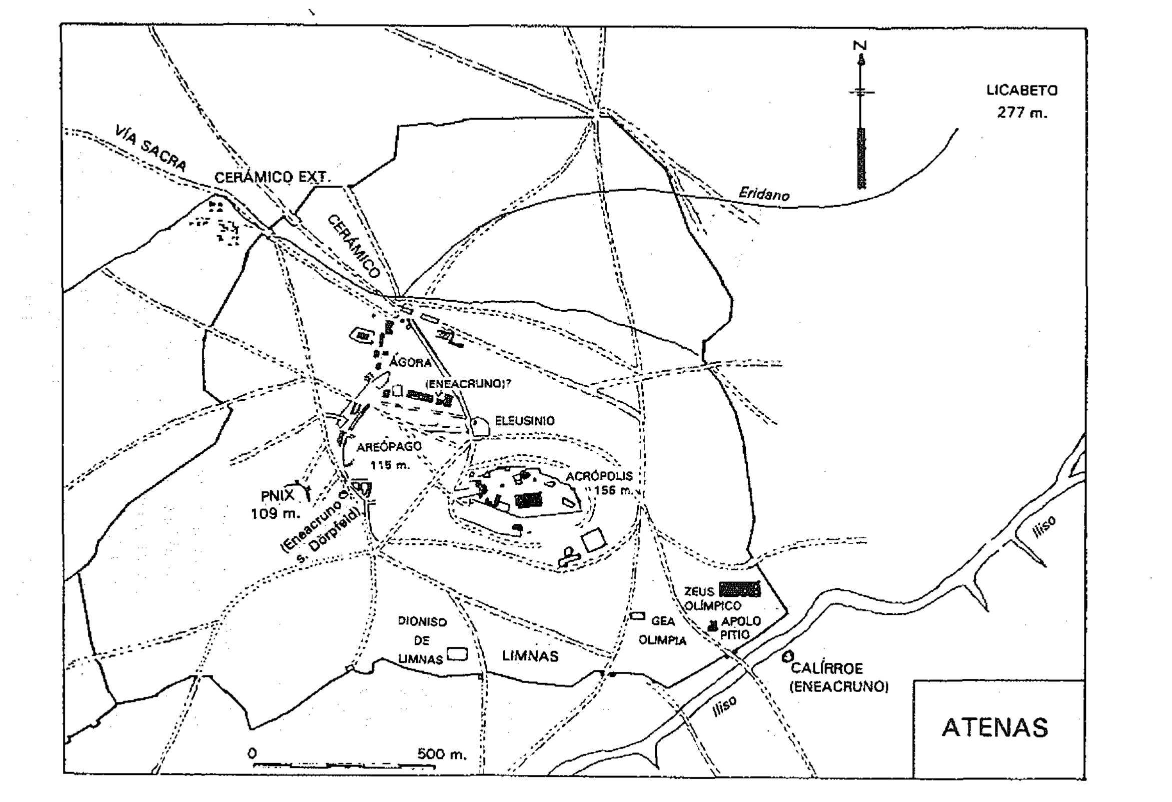
---

122 La inteligencia *(sýnesis, tò synetón)* que Tucídides admira en personajes como Arquidamo (I 79, 2), Temístocles (I 74, 1; 138, 2-3), Brásidas (IV 81, 2), etc., inteligencia que aquí se une al poder. Sobre los valores de estos términos en Tucídides, cf. P. Huart, *Le vocabulaire de l'analyse psychologique dans l'oeuvre de Thucydide,* París, 1968, págs. 279 ss.

123 La fiesta de la Unificación, de la unión en una sola ciudad. El término «Sinecias» *(synoíkia)* se relaciona con el verbo *synoikízō,* utilizado unas líneas más arriba cuando se dice que Teseo «unificó a todo el mundo en la ciudad actual». Las Sinecias se celebraban anualmente a partir del 16 del mes Hecatombeón, el primero del año ático, que correspondía aproximadamente a nuestro julio. Pocos días después venían las Panateneas. Respecto a su posible fundación por Teseo, después de la unificación del Ática, cf. Plutarco, *Teseo* 24, 2-4; *Escolios a Aristófanes, Paz* 1019; Carax, F. Jacoby, *FGrHist* 103, F 43.

124 De Atenea.

125 Generalmente se ha pensado que en la laguna de este pasaje había una referencia a un antiguo templo de Atenea, en contraposición a los de «los otros dioses». Cf. A. W. Gomme, *op. cit.* II, pág. 50. De este templo, que se levantaba entre el Partenón y el Erecteo, se han conservado los fundamentos. Fue destruido durante la invasión de Jerjes.



ATENAS
N
LICABETO
277 m.
Eridano
VÍA SACRA
CERÁMICO EXT.
CERÁMICO
ÁGORA
(ENEACRUNO)?
ELEUSINIO
AREÓPAGO
115 m.
ACRÓPOLIS
156 m.
PNIX
109 m.
(Eneacruno
s. Dörpfeld)
ZEUS
OLÍMPICO
APOLO
PITIO
GEA
OLIMPIA
DIONISO
DE
LIMNAS
LIMNAS
CALÍRROE
(ENEACRUNO)
Iliso
Iliso
0
500 m.

otros dioses están en la misma Acrópolis, y los que están fuera de ella están construidos preferentemente por aquella parte de la ciudad, por ejemplo el de Zeus Olímpico[126], el de Apolo Pitio[127], el de la Tierra[128] y el de Dioniso de Limnas[129], en cuyo honor se celebran, el doce del mes

---

126 Un gran templo consagrado a Zeus Olímpico que empezó Pisístrato (cf. ARISTÓTELES, *Política* V 9, 4 [1313b]). Sus restos se han hallado al sudeste de la Acrópolis en un emplazamiento en el que se evidencia el trazado de un templo anterior y junto a cerámica prehistórica, lo que confirma la afirmación de Tucídides respecto a la antigua ocupación de esta zona al pie de la Acrópolis. Cf., asimismo, PAUSANIAS, I 18, 6-8. Las ruinas del templo de Zeus Olímpico que se ven actualmente son las del templo construido en el siglo II d. C., en época de Adriano.

127 Según PAUSANIAS, I 19, 1, al sudoeste del santuario de Zeus Olímpico y en la orilla derecha del Iliso se hallaba un templo de Apolo Pitio. En aquella zona, efectivamente, se han encontrado algunas inscripciones dedicadas a Apolo (cf. *Inscriptiones Graecae* II/III^2, 2789, 3065-3067) y entre ellas la de Pisístrato, hijo de Hipias, a la que se refiere el mismo Tucídides (cf. *infra,* VI 54, 6; *Inscriptiones Graecae* I^2, 761 = R. MEIGGS, D. LEWIS, *op. cit.* 11).

128 Se refiere probablemente al santuario de Gea Olimpia *(Gê Olýmpia)* situado al sur de la Acrópolis, entre ésta y el Iliso, al sudoeste del santuario de Zeus Olímpico (cf. PAUSANIAS, I 18, 7). Había también otro templo dedicado a Gea, el de *Gê kourotróphos* o «nodriza de jóvenes» (cf. PAUSANIAS, I 22, 3), que suele situarse al oeste de la Acrópolis.

129 Dioniso de Limnas o «de los pantanos» *(límnai)*. Respecto a este templo se pensaba en un santuario de Dioniso, también al sur de la Acrópolis, junto al teatro (cf. PAUSANIAS, I 20, 3), con dos templos, uno del VI a. C. y otro construido hacia el 420 a. C. Pero esta localización chocaba con el hecho de que la zona junto al teatro no es un terreno encharcado y no responde, por tanto, a la denominación. Últimamente se identifica con el templo mencionado en *Inscriptiones Graecae* I^2, 94 = I^3 84, templo situado cerca del Iliso, en una zona más húmeda.

Antesterión, las fiestas dionisíacas más antiguas[130], según la costumbre que todavía siguen actualmente los jonios descendientes de los atenienses. Otros templos antiguos también están situados en esta parte. Y los que allí habitaban se servían en las ocasiones más solemnes, dado que estaba cerca, de la fuente que ahora se llama Eneacruno[131], por haberla dispuesto de esta forma los tiranos,

---

[130] Las Antesterias o «fiesta de las flores», que se celebraban entre el 11 y el 13 de Antesterión (que corresponde a febrero-principios de marzo). Se celebraban en honor de Dioniso como las Dionisias y las Leneas, pero, a diferencia de éstas, no incluían representaciones teatrales (cf. *infra,* V 20, 1).

[131] Eneacruno *(Enneákrounos):* «La Fuente de los Nueve Caños»; según PAUSANIAS, I 14, 1, fue Pisístrato quien la dispuso de esta forma. Su localización plantea algunos problemas. La tradición situaba esta fuente, que antes se llamaba Calírroe y que recibió el nombre de Eneacruno desde que fue acondicionada y canalizada en tiempos de los Pisistrátidas, al sudeste de la Acrópolis y del templo de Zeus Olímpico y cerca del río Iliso, en un tramo que todavía hoy se conoce como Calírroe (cf. HERÓDOTO, VI 137, 3, que la llama anacrónicamente Eneacruno y la sitúa en aquella zona, fuera de la ciudad y en dirección al Himeto). Igualmente la sitúan en aquella zona algunos estudios sobre topografía de Atenas. Pausanias, sin embargo, la coloca en un sitio completamente distinto, al norte de la Acrópolis, en el ángulo sudeste del ágora, cerca del odeón de Agripa y del Eleusinio, en un lugar donde los arqueólogos han hallado ciertamente restos de una fuente del siglo VI a. C.; y cuando describe la zona del Iliso (cf. PAUSANIAS, I 18, 4; 19, 6) no hace mención de la Eneacruno ni de ninguna otra fuente, lo que complica evidentemente el problema. Debido a esta importante contradicción han surgido un buen número de hipótesis y diversos intentos de localización arqueológica. Los investigadores, sin argumentos decisivos, se han inclinado en uno u otro sentido. Excavaciones americanas la situaban al norte del Areópago; Mitsos, en sus excavaciones al sur del santuario de Zeus Olímpico, encontraba restos de acueductos del siglo VI a. C.; Dörpfeld excavaba al oeste de la Acrópolis entre el Areópago y la Pnix, hallaba un gran depósito y, situando la Calírroe junto

pero que antiguamente, al estar los veneros al descubierto, recibía el nombre de Calírroe[132]; y aún hoy, siguiendo la antigua tradición, existe la costumbre de utilizar su agua
6 antes de las bodas y para otras ceremonias sagradas. A la Acrópolis, en fin, por el hecho de estar allí el antiguo asentamiento, los atenienses, todavía en nuestros días, la siguen llamando *Pólis*[133].

---

a la Pnix, sostenía la teoría de una canalización, obra de los Pisistrátidas que conectaba con la fuente del Iliso. Con una interpretación distinta del término «Eneacruno», que no sería «la fuente de los nueve caños», sino «la canalización de nueve fuentes», en un sistema que, partiendo de la Calírroe, se extendería por diversos puntos de la ciudad, se ha intentado armonizar los dos testimonios contradictorios. Sobre todo ello, cf. E. Vanderpool, «The Route of Pausanias in the Agora», *Hesperia* 18 (1949), 128-137; A. W. Gomme, *op. cit.* II, 1956, págs. 53-61; D. Levi, «Enneakrounos», *Annuario della Scuola Archeologica di Atene* n. s. 23-24 (1961-1962), 149-171. Es probable que pesen más los argumentos a favor de la tesis de Tucídides sobre una antigua prolongación de la ciudad «hacia el sur» y sobre la localización de la Calírroe al sudeste de la Acrópolis. Sin duda, Tucídides conocía bien el sitio y es posible que Pausanias estuviera mal informado al respecto y que en su época la antigua fuente reformada por los Pisistrátidas no fuera utilizada (cf. H. A. Thompson, *The Athenian Agora: A Short Guide* (Excavations of the Athenian Agora Picture Books, n. 16), ed. 1983, pág. 13). Otros, sin embargo, la sitúan en el emplazamiento de Pausanias, el sudeste del Ágora (cf. R. E. Wycherley, *The Stones of Athens*, Princeton, N. J., 1978, págs. 172, 248; M. Lang, *Waterworks in the Athenian Agora* (Excavations of the Athenian Agora Picture Books, n. 11), Princeton, N. J., 1968, pág. 2).

132 *Kallirróē:* «La Fuente de Hermosa Corriente».

133 Es decir, «ciudad», de forma comparable a lo que ocurre en París con la denominación de «Cité» aplicada a la isla que fue su cuna. Tucídides mantiene esta costumbre en el texto de los documentos oficiales que reproduce (cf. *infra*, V 18, 10; 23, 5; 47, 11).

Pesar de los atenienses al tener que abandonar sus campos

Así, pues, los atenienses durante mucho tiempo compartieron la vida en el campo en un régimen autonómico, y, una vez que se unificaron políticamente, aun así, la mayor parte de ellos, tanto antiguamente como después, hasta nuestra guerra, siguieron viviendo en los campos con toda su familia[134] debido a la fuerza de la costumbre; por esto no procedieron de buen grado a los traslados, máxime cuando hacía poco que habían vuelto a poner en marcha sus casas[135] después de las Guerras Médicas. Es- 2
taban apesadumbrados y soportaban mal el dejar sus casas y sus templos, que siempre habían sido suyos como una herencia de sus padres desde los tiempos de su antigua organización política, teniendo que cambiar de modo de vida y debiendo abandonar cada uno nada menos que su propia ciudad.

16

Su instalación en la ciudad. Expedición naval contra el Peloponeso

Y cuando llegaron a la capital, 17
eran pocos los que tenían su casa o encontraban alojamiento en casa de amigos o parientes; la mayoría se instalaron en los sitios deshabitados[136] de la ciudad y en todos los templos y santuarios

[134] Los manuscritos dan en este sitio el término *panoikesíāi*, «con toda su familia». Algunos editores, sin embargo, basándose en que en otras ocasiones se usa junto a palabras que indican idea de movimiento, lo trasladan a la frase siguiente, que, en este caso, se traduciría: «no procedieron de buen grado a los traslados con toda su familia». Este pasaje ofrece algunos problemas textuales; cf. L. PEARSON, «Thucydides II 16, 1», *Mnemosyne* s. 4, 17 (1964), 256-260.

[135] Sobre la destrucción llevada a cabo por los persas, cf. *supra*, I 89, 3, n. 486.

[136] Zonas no ocupadas por construcciones, como jardines, huertos, los *témenoi* de los santuarios, etc.

de los héroes, salvo la Acrópolis, el Eleusinio[137] y otros lugares bien cerrados. Incluso el llamado Pelárgico[138], situado al pie de la Acrópolis, sobre el que pesaba una maldición que prohibía habitarlo, del mismo modo que también lo impedía un final de verso de un oráculo pítico[139] que decía:

El Pelárgico está mejor desocupado,

a pesar de esto, debido a la necesidad del momento, fue
2 totalmente utilizado como alojamiento. Me parece que el oráculo se cumplió en orden inverso al que se esperaba, es decir, que las desgracias no sobrevinieron a la ciudad a causa de la instalación ilícita, sino que la necesidad de

---

137 Templo de las diosas de Eleusis, Deméter y Core, situado al sudeste del ágora, al nordeste de la Acrópolis.

138 La lectura *Pelargikón,* confirmada epigráficamente en el siglo V a. C. (cf. *Inscriptiones Graecae* I^2 76 [M. N. Tod, *Greek Historical Inscriptions* 74]), se encuentra en los mejores manuscritos de Heródoto, V 64, 2, de Aristófanes, *Aves* 832, y de Aristóteles, *Constitución de los atenienses* 19, 5. En este pasaje de Tucídides, aparece en el manuscrito C. *(Laurentianus* LXIX-2) frente a los otros, que dan *Pelasgikón.* En cuanto a la significación del término y a la identificación exacta del lugar se han planteado algunos problemas. Se piensa que era un espacio comprendido entre el muro Pelárgico interior, que rodeaba la Acrópolis, y el muro Pelárgico exterior, una segunda fortificación al oeste de la colina, por el lado por donde se accedía a la misma. Este muro en torno a la Acrópolis era una fortificación «ciclópea», de una anchura en algunos tramos de alrededor de los cinco metros, que fue construida en la segunda mitad del siglo XIII a. C.; la tradición atribuía su erección a los pelasgos, cuando éstos se establecieron en el Ática, y así se explicaría la forma «pelásgico» (cf. Heródoto, VI 137, 2; Clidemo, F. Jacoby, *FGrHist* 323, F 16; Mirsilo de Metimna, F. Jacoby, *FGrHist* 477, F 3; Pausanias, I 28, 3); la forma «pelárgico», en cambio, se relacionaría con *pelargós,* «cigüeña», ave que solía anidar en aquella zona.

139 Cf. *supra,* I 103, n. 578.

la ocupación fue debida a la guerra; el oráculo no hablaba de la guerra, pero preveía que el lugar no sería jamás
ocupado para bien[140]. También se instalaron muchos en 3
las torres de las murallas, y en otros sitios, como podía cada uno[141]. La ciudad, en efecto, no tuvo cabida para todos los que concurrieron; luego, repartiéndose el sitio, ocupaban los Muros Largos y la mayor parte del Pireo.
Al mismo tiempo también se cuidaban de la guerra, reu- 4
niendo aliados y preparando una expedición de cien naves
contra el Peloponeso. En este punto estaban, pues, los 5
preparativos de los atenienses.

Los peloponesios llegan a Énoe. Vacilación de Arquidamo

Entretanto el ejército de los pe- 18
loponesios seguía avanzando, y el primer lugar del Ática al que llegó fue Énoe[142], por donde iban a lanzar la invasión. Una vez acampados, se dispusieron a asaltar las murallas con máquinas

---

[140] Este oráculo debió de ser utilizado contra Pericles, responsable de la concentración dentro de las murallas.

[141] Cf. ARISTÓFANES, *Caballeros* 792 ss.

[142] No se conoce exactamente su emplazamiento, ya que no hay pruebas arqueológicas seguras y los datos literarios no son bastante precisos. Por este pasaje de Tucídides (cf. *infra*, 2, y, asimismo, *infra*, VIII 98, 2-3) sabemos que estaba en la frontera entre Beocia y Ática; seguramente se hallaba en el camino que, por Eleusis, iba de Atenas a Tebas. Arquidamo no entró en el Ática hasta llegar a Énoe, lo que significa que se desvió hacia el norte en lugar de seguir el camino que desde Mégara conducía directamente hasta Eleusis. Seguramente las tropas peloponesias entraron en Beocia por un lugar situado al oeste del punto donde se encuentran los límites de Beocia, de la Megáride y del Ática, y luego marcharon hacia el este en dirección a Énoe. Tucídides no explica, salvo en lo relativo al retraso intencionado de Arquidamo (cf. *infra*, 3-5), los motivos por los que la invasión se inició por Énoe, en lugar de seguir el camino directo de Mégara a Eleusis habitual en otras

2 de guerra[143] y otros medios; Énoe, en efecto, al estar en los confines del Ática y Beocia, se hallaba fortificada, y los atenienses la utilizaban como fuerte siempre que sobrevenía una guerra. Los peloponesios prepararon, pues, el asalto y perdieron el tiempo de diversas maneras en torno
3 a la plaza. Por esta pérdida de tiempo Arquidamo fue objeto de las mayores acusaciones: se consideraba que en la preparación de la guerra ya había sido blando y favorable a los atenienses, porque en sus exhortaciones no había mostrado entusiasmo por la guerra[144]; y cuando se reunió el ejército, la detención que se produjo en el Istmo y la lentitud en la marcha posterior fueron motivo de que se le censurara, pero sobre todo lo fue el retraso de Énoe.
4 Durante este tiempo, en efecto, los atenienses fueron metiendo sus bienes, y los peloponesios creían que si hubieran atacado rápidamente, de no ser por la dilación de
5 aquél, aún lo habrían encontrado todo fuera. En tal estado de irritación contra Arquidamo se hallaba el ejército durante la espera. Pero él, en la esperanza, según se dice, de que los atenienses, al estar su tierra todavía intacta, transigirían y se resistirían a permitir que fuera devastada, se retardaba.

La invasión

19 Sin embargo, una vez que hubieron asaltado Énoe y que, a pesar de probar todos los procedimientos, no lograron tomarla, y que los atenienses no enviaron ninguna propuesta por medio de heraldo, entonces, al fin, partie-

---

invasiones (cf. *supra,* I 114, 2; HERÓDOTO, V 74, 2). Énoe permaneció en poder de los atenienses hasta que en el 411 (cf. *infra,* VIII 98, 2-3) fue tomada por los beocios.

[143] Cf. *infra,* II 75-77, n. 498.

[144] Cf. *supra,* I 80-85.

ron de esta plaza y, unos ochenta días[145] después de los sucesos de Platea[146], en verano[147] y con el trigo en sazón[148], invadieron el Ática; Arquidamo, hijo de Zeuxida-

---

[145] Cf. *supra,* II 2, 1, n. 10, e *infra,* II 19, 1, n. 148. Si el ataque a Platea fue el 6-7 ó el 8-9 de marzo, la invasión del Ática tendría lugar en los últimos días de mayo del 431. Según Gomme, hacia el 20 de mayo; según Thompson, más tarde, hacia el 17 de junio.

[146] Los manuscritos añaden aquí: «cuando entraron los tebanos» *(tōn eselthóntōn thēbaíōn),* que normalmente, siguiendo a Classen, se suprime.

[147] Cf. *supra,* II 1, 1, n. 3. Se refiere al verano entendido como la amplia estación del buen tiempo. En la expresión *thérous kaì toû sítou akmázontos* adoptamos el texto del manuscrito C, que da *thérous* en lugar de *toû thérous* de los otros manuscritos, lo que facilita la separación de los dos elementos: *thérous* queda aislado, como genitivo de tiempo o entendiendo que hay una hipálage, y sólo *toû sítou* se une a *akmázontos.* En este sentido, cf. J. DE ROMILLY, *op. cit.* II, págs. 92-93, y A. W. GOMME, *op. cit.* II, págs. 70-71. En todo caso, si se tradujera uniendo también *thérous* a *akmázontos,* «en medio del verano» se referirá al comienzo del período central del verano en sentido lato y no al pleno verano del mes de julio.

[148] El trigo alcanza su madurez en el Ática hacia fines de mayo, en los últimos diez días aproximadamente. Por otra parte, según los datos que nos da Tucídides en relación con la fecha del ataque de Platea (cf. *supra,* II 4, 2, n. 22), que tuvo lugar a fin de mes con luna nueva (en una noche que puede corresponder a nuestro 6-7, de marzo), el dato que aquí añade referente a los ochenta días nos lleva a una fecha cercana al 26 de mayo para la invasión del Ática. W. E. THOMPSON (art. cit., págs. 219-220), sin embargo, discute la conclusión que se saca de la expresión referente a la madurez del trigo *(toû sítou akmázontos)* y piensa que tiene un sentido más amplio, referido a la época de siega que no finaliza hasta fines de junio. Con ello retrasa la fecha de la invasión a una fecha cercana al 17 de junio para acomodarla a la fecha en que sitúa el ataque a Platea con los cerca de ochenta días de diferencia entre los dos acontecimientos.

2 mo, rey de los lacedemonios[149], estaba al frente. Después de tomar posiciones, asolaron primero Eleusis y la llanura de Tría[150], y pusieron en fuga a la caballería ateniense cerca de los arroyos llamados Ritos[151]; luego avanzaron a través de Cropia[152], dejando el monte Egaleo[153] a la derecha, hasta que llegaron a Acarnas[154], el territorio más

---

149 Se ha señalado que en este pasaje Arquidamo, que ya había aparecido otras veces y que en II 10, 3 ya había sido presentado como jefe de la expedición, es nombrado, tras las indicaciones cronológicas que preceden, de un modo formal y solemne como para subrayar la importancia del momento histórico, de esta primera invasión del Ática que suponía el paso decisivo en el comienzo de la guerra. Ésta se había iniciado, según el propio Tucídides (cf. *supra,* II 1), con el ataque tebano a Platea, pero él mismo había dicho (cf. *supra,* I 125, 2) que la guerra comenzaba abiertamente con la invasión del Ática, que constituía la primera acción de guerra dirigida directamente contra Atenas.

150 Cf. *supra,* I 114, 2, n. 702. El llano del demo de Tría está situado al este de Eleusis y separado de este demo por el río Cefiso. Al este se halla el monte Egaleo. Era una llanura famosa por su fertilidad.

151 En griego *Reîtoi,* que significa «arroyos» o «corrientes»; eran unos arroyos, hoy lagunas o estanques de agua salada (Eleusis está en una costa baja), que corrían entre Atenas y Eleusis señalando sus límites (cf. PAUSANIAS, I 38, 1-3). Estaban consagrados a Deméter y a Core, y allí tuvo lugar el combate entre Eumolpo y Erecteo (cf. *supra,* II 15, 1).

152 No se conoce con exactitud el emplazamiento de Cropia; posiblemente estaba al norte del Egaleo (cf. A. W. GOMME, *op. cit.* II, pág. 71).

153 Desde los Ritos, situados en el extremo sudeste de la llanura de Tría y al pie del Egaleo, en lugar de avanzar hacia el este a través de las colinas del Egaleo por el paso de Dafne, los peloponesios, cuyo propósito no era atacar la ciudad sino saquear el país, se dirigieron hacia el norte o nordeste, «dejando el Egaleo a su derecha», y devastaron la llanura que desde el mar se extiende hacia el nordeste.

154 Era el demo más poblado de Atenas, situado al norte de Atenas y al pie de la vertiente nordeste del Egaleo. Sobre su importancia, cf. *infra,* II 20, 4; 21, 3.

extenso de los llamados demos[155] del Ática; allí tomaron posiciones y establecieron un campamento, y quedándose mucho tiempo en el lugar, se dedicaron a asolarlo[156].

Arquidamo decide permanecer en Acarnas

Se dice que la idea de Arquida- 20
mo al permanecer en Acarnas en orden de batalla, sin bajar a la llanura[157] durante aquella invasión,
era la siguiente: según sus cálculos, 3
cabía que los atenienses, que contaban con todo el vigor de una juventud numerosa y que estaban preparados para la guerra como nunca lo habían estado, efectuaran una
salida y no permitieran que su tierra fuera devastada. Así, 3
una vez que no le salieron al encuentro en Eleusis y en la llanura de Tría, hizo la prueba instalándose en Acarnas,
por ver si salían. El lugar le parecía idóneo para acampar, 4
y creía, además, que los acarnienses, que constituían un elemento importante de la ciudad (eran tres mil hoplitas)[158], no permitirían que sus bienes fueran destruidos e

---

[155] Los demos eran los distritos territoriales y administrativos en los que se dividía el Ática; recibían el nombre de su localidad más importante. Fueron creados por Clístenes (cf. *supra,* I 126, n. 798).

[156] Cf. Aristófanes, *Acarnienses* 175 ss.

[157] La llanura de Atenas, regada por el Cefiso, que se extendía al norte y al oeste de la ciudad y del Pireo, donde se encontraban principalmente las tierras de los aristócratas (cf. Heródoto, I 59, 4; Aristóteles, *Constitución de los atenienses* 13, 4); al norte de estas tierras bajas se hallaba la comarca de Acarnas, prolongación de la llanura que subía hacia el monte Parnes.

[158] Número sin duda exagerado. De acuerdo con las cifras totales de hoplitas que antes se han dado (cf. *supra,* II 13, 6, nn. 98 y 100), los hoplitas que podía tener Acarnas no superarían los mil doscientos. Por ello se ha pensado en un error en las fuentes o en la transmisión del texto, en el que XHH = 1.200 se habría transformado en XXX =

incitarían al combate a todos los demás. Y si, durante aquella invasión, los atenienses no salían a combatir, pensaba que en el futuro ya podía asolar la llanura y llegar hasta la misma ciudad con menor inquietud, puesto que los acarnienses, una vez despojados de sus bienes, no estarían igualmente dispuestos a arriesgarse por el territorio de otros[159], y se instalaría la discordia en el ánimo de los
5 atenienses. Con esta intención Arquidamo estaba en Acarnas.

Inquietud en Atenas. Irritación contra Pericles

21 Los atenienses, en tanto que el ejército estaba en la zona de Eleusis y en la llanura de Tría, mantenían aún alguna esperanza de que los peloponesios no se acercarían más en su avance; se acordaban de cuando Plistoanacte, hijo de Pausanias y rey de los lacedemonios, catorce años antes de esta guerra, después de invadir el Ática hasta Eleusis y Tría con un ejército peloponesio, se había retirado sin avanzar más[160] (razón que le valió, por cierto, el destierro de Esparta[161], al considerarse que se le había
2 inducido a la retirada mediante soborno). Pero cuando vieron al ejército en Acarnas, a sesenta estadios de la ciudad, ya no lo consideraron tolerable, sino que, naturalmente, al ser asolada su tierra ante sus ojos, espectáculo que nunca habían visto los más jóvenes, y tampoco los

3.000. Sea cual fuere su número, los acarnienses gozaban de gran fama por su valor (cf. PÍNDARO, *Nemeas* II, 16).

[159] Suposición que no se confirma, como puede comprobarse en los *Acarnienses* de Aristófanes, representadas seis años después, en el 425 a. C., tras los saqueos y la peste (cf. *Acarnienses* 227 ss). La estrategia de Arquidamo de dividir a los atenienses no dio resultado.

[160] Sobre estos hechos, cf. *supra*, I 114, 2.

[161] Cf. *supra*, I 107, 2, n. 619; 114, 2, n. 704; *infra*, V 16, 1-3.

más viejos si exceptuamos la época de las Guerras Médicas, les pareció indignante; y todos, pero sobre todo la juventud, opinaban que se debía salir a combatir y no permitir aquello. Se formaban grupos y andaban en conti- 3
nuas disputas, incitando los unos a salir al encuentro del enemigo y oponiéndose, en menor número, los otros. Había adivinos que pronunciaban toda clase de oráculos[162], que cada uno se sentía inclinado a escuchar según su deseo. Y los acarnienses, juzgando que una parte muy importante de la población ateniense era la suya, al ser su tierra la que era asolada, eran los que promovían la salida con más insistencia. La ciudad se hallaba en un estado de total excitación y estaban irritados contra Pericles: no recordaban ninguna de las recomendaciones[163] que les había hecho y lo insultaban porque, siendo estratego, no ordenaba la salida contra el enemigo[164]; lo consideraban, en fin, responsable de todos sus sufrimientos.

Pericles mantiene su estrategia. Combates de caballería

Pericles, viéndolos disgustados 22
por aquella situación y con unos propósitos que no eran los mejores, y convencido, por otra parte, de que su idea de no salir contra el enemigo era acertada, no los convocaba ni a la asamblea ni a ninguna reunión[165], para evitar que se equivo-

162 Cf. *supra,* II 8, 2.

163 Cf. *supra,* II 13, 2.

164 Lo acusaban de cobardía. Cf. *supra,* I 105, 6, y PLUTARCO, *Pericles* 33, 7.

165 No convocaba las reuniones ordinarias de la asamblea ni reuniones extraordinarias que los estrategos podían convocar en caso de necesidad. Para ello debió convencer al consejo y a los otros estrategos. Era la dictadura de la guerra. La estrategia de no arriesgarse a una batalla decisiva debía mantenerse por encima de todo.

caran al reunirse con más cólera que juicio; se cuidaba asimismo de la ciudad y la mantenía en calma tanto como
2 podía. No obstante, hacía salir constantemente a la caballería para impedir que las cabalgadas procedentes del ejército enemigo se lanzaran sobre los campos cercanos a la ciudad y los arruinaran. Y en Frigia[166] tuvo lugar una escaramuza entre una unidad de la caballería ateniense, con refuerzos tesalios, y la caballería beocia; en ella los atenienses y tesalios no llevaron la peor parte, hasta que acudieron los hoplitas en auxilio de los beocios y los pusieron en fuga; los tesalios y atenienses tuvieron algunas pérdidas, no muchas, pero pudieron retirar los muertos el mismo día sin mediar tregua[167]. Y los peloponesios, al día
3 siguiente, levantaron un trofeo[168]. Estos refuerzos tesalios fueron enviados a los atenienses en virtud de su antigua alianza[169]; llegaron a Atenas[170] fuerzas de Larisa[171], Fár-

---

[166] Probablemente en el demo de Atmonia, al nordeste de Atenas y al sudeste de Acarnas.

[167] Lo que implicaba que el enemigo no había quedado en posesión del campo de batalla y que, por consiguiente, no podía considerarse vencedor (cf. *supra,* I 30, 1, n. 216). Sobre el monumento dedicado a los caídos tesalios, cf. PAUSANIAS, I 29, 6.

[168] En oposición al levantamiento de cadáveres por parte ateniense sin mediar pacto, los peloponesios responderían con la erección del trofeo, para que no quedaran dudas sobre la victoria.

[169] Cf. *supra,* I 102, 4, y 107, 7. No están entre los aliados de Atenas en II 9, 4.

[170] Probablemente por tierra, pasando por Termópilas, Fócide y Beocia (cf. *infra,* III 92, 6); para la caballería, un traslado por mar no se podía improvisar.

[171] Era la ciudad más importante de Tesalia, situada en la llanura central de la Tesalia oriental.

salo[172], Pirasia[173], Cranón[174], Píraso[175], Girtón[176] y Feras[177]. Estaban al frente de ellas Polimedes y Aristónoo[178], de Larisa, cada cual por su partido, y de Fársalo, Menón[179]; también los contingentes de las otras ciudades tenían sus respectivos jefes.

Devastaciones en el Ática. Expedición naval contra el Peloponeso. Retirada de los peloponesios

23 Los peloponesios, visto que los atenienses no salían a presentarles batalla, levantaron el campamento de Acarnas y devastaron algunos otros demos situados entre los montes Parnes[180] y Brileso[181]. 2 Mientras ellos todavía estaban en el país[182], los atenienses enviaron

[172] Cf. *supra,* I 111, n. 664, e *infra,* IV 78, 1.

[173] Ciudad situada en la zona central de la Tesalia occidental, al oeste de Cranón.

[174] Al sudoeste de Larisa.

[175] Situada en la zona sur de la Tesalia oriental, en el Golfo de Págasas.

[176] Situada probablemente al norte de Larisa.

[177] Ciudad importante, en la zona sudoriental de la llanura, no lejos del Golfo de Págasas.

[178] Sólo aparecen aquí en la *Historia* de Tucídides. Sobre Aristónoo, cf. *Inscriptiones Graecae* I³ 55.

[179] Personaje que no vuelve a aparecer en la obra de Tucídides. Pertenecía probablemente a una ilustre familia de Fársalo muy ligada a Atenas a lo largo del siglo v a. C. Cf. *infra,* VIII 92, 8; MARCELINO, *Vida de Tucídides* 28; PLATÓN, *Menón* 70a-b; DEMÓSTENES, XIII 23; XXIII 199; DIÓGENES LAERCIO, II 6, 50; ATENEO, XI 505a-b.

[180] Al norte de la llanura del Cefiso. (Cf. *supra,* II 20, 1, n. 157.)

[181] Más conocido con el nombre de Pentélico, al sudeste del Parnes.

[182] Lo que demuestra que la presencia de los invasores no paralizaba en absoluto a los atenienses, que reaccionaban enviando una escuadra contra el Peloponeso (cf. *supra,* I 143, 4, donde Pericles expone su estrategia, e *infra,* II 56, 1).

en torno al Peloponeso las cien naves[183] que habían ido equipando, con mil hoplitas y cuatrocientos arqueros a bordo; sus comandantes eran Cárcino[184], hijo de Jenotimo, Proteas[185], hijo de Epicles, y Sócrates[186], hijo de An-
3 tígenes. Así, tras levar anclas con estos efectivos, emprendieron su navegación a lo largo de la costa peloponesia; entretanto los peloponesios, después de permanecer en el Ática todo el tiempo que les permitieron sus víveres[187], se retiraron a través de Beocia en lugar de seguir el camino por donde habían entrado[188]; y al pasar por Oropo[189] asolaron la región llamada Graica[190], que habitan los oropios, súbditos de Atenas. Luego, una vez llegados al Peloponeso, los diversos contingentes se separaron y volvieron a sus respectivas ciudades.

---

[183] Cf. *supra,* II 17, 4.

[184] Era el poeta trágico de quien se burlaba a menudo ARISTÓFANES (cf. *Paz* 781 ss.; *Avispas* 1498 ss).

[185] Ya había sido estratego en 433-432 a. C.; fue uno de los comandantes de las primeras naves enviadas a Corcira (cf. *supra,* I 45, 2).

[186] No vuelve a aparecer. Sobre los pagos efectuados a estos tres estrategos, cf. *Inscriptiones Graecae* I^2 296, 33 ss. (= I^3 365, 30 ss.).

[187] De treinta a treinta y cinco días. Cf. *supra,* II 10, 1, n. 65.

[188] Cf. *supra,* II 18, 1, n. 142.

[189] Llegaron a Oropo tras pasar por Decelia, entre el Parnes y el Brileso o Pentélico. Oropo estaba en la costa frente a Eubea y en el extremo septentrional de la frontera entre el Ática y Beocia. Había sido conquistada por Atenas hacia el 506 a. C., pero no había sido incorporada al Ática (cf. *Cambridge Ancient History* IV, págs. 162-163). En el invierno del 412-411, a consecuencia de una traición, fue tomada por los beocios.

[190] Nombre derivado del de la ciudad de *Graia,* después Oropo (cf. nota anterior), que aparece como ciudad de Beocia en el *Catálogo de las Naves* (cf. HOMERO, *Ilíada* II 498). Probablemente fueron colonos de este territorio los que difundieron entre los romanos el nombre de *Graeci,* que se aplicó a todos los pueblos helenos.

Precauciones de los atenienses

24 Después de retirarse los peloponesios, los atenienses establecieron puestos de vigilancia por tierra y por mar en las zonas que querían mantener vigiladas durante toda la guerra[191]. Decidieron asimismo retirar mil talentos del dinero de la Acrópolis[192] e instituir con ellos un fondo de reserva que no debía gastarse; con el resto se haría la guerra. Y para quien propusiera o pusiera a votación tocar este dinero para otro fin, sin que se diera el caso de que el enemigo atacara la ciudad con fuerzas navales y fuera preciso defenderse, decretaron la pena de muerte[193]. Jun- 2
tamente con este dinero también crearon una reserva de cien trirremes, las mejores de cada año, con sus trierarcos[194] correspondientes; ninguna de ellas debía ser uti-

---

191 Estas medidas, sin embargo, no comprendían la protección por mar del Pireo, aspecto del que no se preocuparon, por lo que parece, hasta que se produjo la alarma del 429 a. C. (cf. *infra,* II 93, 1 y 3; 94, 4). Ello fue debido probablemente a un exceso de confianza en su superioridad marítima. Se aseguraron, en cambio, las guarniciones de los fuertes que protegían el Ática, como Énoe, Oropo y Panacto, y las de puntos estratégicos como Salamina (cf. *infra,* II 93, 4) y Naupacto (cf. *infra,* II 69).

192 Cf. *supra,* II 13, 3.

193 Severa medida precautoria contra su propia precipitación o irreflexión. Cf. *infra,* VIII 67, 2. Era el único medio de frenar la tendencia al derroche del dinero público.

194 Era los ciudadanos más ricos de Atenas, a quienes cada año se les hacía responsables de una trirreme; debían cuidarse de equiparla y del reclutamiento e instrucción de sus tripulantes, que eran pagados por el Estado (cf. *infra,* III 17, 3). Los trierarcos eran, además, los comandantes («comandante de una trirreme» es el significado etimológico del término *triērarchos)* de sus respectivas naves, y estaban exentos de otro servicio militar durante el año en que desempeñaban su misión como

lizada para otro fin que no fuera para defenderse del mismo peligro, en caso de necesidad, juntamente con el dinero.

DIVERSAS EMPRESAS DE LOS ATENIENSES DURANTE EL VERANO

La flota ateniense por el Peloponeso

25 Entretanto los atenienses de las cien naves en torno al Peloponeso, en compañía de los corcireos que habían acudido en su ayuda con cincuenta naves[195] y de algunos otros aliados de aquella región[196], iban causando daños en el transcurso de su crucero. Entre otras regiones costeras[197], desembarcaron en Metone de Laconia[198] y ataca-

---

compensación de sus obligaciones económicas. Sobre ello, cf. *infra,* VI 31, 3. Para la dirección técnica de la navegación contaban con los pilotos *(kybernêtai).*

[195] Es ésta una de las escasas ocasiones en que vemos a los corcireos, ligados por una *epimachía* (cf. *supra,* I 44, 1, n. 265), combatir al lado de los atenienses. En este caso seguramente fueron persuadidos por la embajada mencionada en II 7, 3.

[196] Se refiere a los mesenios de Naupacto (cf. *infra,* II 25, 4) y a los acarnanios y zacintios (cf. *supra,* II 9, 4), que eran, con los corcireos, los aliados de Atenas en la Grecia occidental.

[197] Como Acte (cf. DIODORO, XII 43, 1), Epidauro y Hermíone. Cf. PLUTARCO, *Pericles* 34.

[198] Situada en la costa sudoeste de la más occidental de las tres penínsulas del sur del Peloponeso. Estaba fortificada, aunque las murallas que hoy se conservan no son de esta época, sino que fueron construidas después de que los mesenios recuperaron su independencia, en el IV a. C. o en época posterior, y, siglos más tarde, en el XVII, fueron restauradas y decoradas por los venecianos.

ron su muralla, que era débil y no tenía defensores[199].
Pero se daba la circunstancia de que el espartiata Brási- 2
das[200], hijo de Télide, se encontraba por aquella comarca
al frente de un destacamento; y al darse cuenta acudió en
auxilio de los habitantes del lugar con cien hoplitas. Pasó
corriendo a través del ejército ateniense, que estaba dis-
perso por el terreno y dirigía su atención hacia la muralla,
y penetró en Metone; con la pérdida de unos pocos de
los suyos en la irrupción, salvó la ciudad y, por este acto
de audacia, fue el primero en esta guerra que recibió la
felicitación en Esparta. Levaron los atenienses y siguieron 3
navegando a lo largo de la costa, y atracando en Fía de
Élide[201] devastaron el territorio durante dos días y ven-
cieron en una batalla a trescientos hombres escogidos[202]
que habían acudido en auxilio desde la baja Élide[203] y

---

199 El texto dice que no había hombres en la ciudad, que estaba deshabitada *(anthrṓpōn ouk enóntōn)*, pero muy probablemente *ánthrōpoi* se refiere a los defensores, a que no había guarnición.

200 Aparece aquí por primera vez el nombre de este gran general espartano, muy admirado por Tucídides. Lo vemos desempeñar un papel importantísimo en la segunda mitad del libro IV y al principio del libro V. Aquí, en esta rápida aparición, ya queda constancia de su audacia y decisión.

201 Puerto de la Élide meridional, junto al promontorio de Ictis, cercano a Olimpia.

202 Se ha señalado que el número de trescientos es un número habitual para tropas escogidas *(logádes)* en misión especial (cf. *infra,* III 22, 7; IV 70, 2; 125, 3).

203 La baja Élide o la Élide «cava» *(hē koílē Êlis)* era la Élide propiamente dicha, la Élide septentrional. Su denominación de «cava» le venía del valle del río Peneo, mientras que la del sur, la Pisátide, era montañosa.

4 desde la misma Élide aledaña[204]. Pero luego se levantó[205] un fuerte viento y, al verse azotados por la tempestad en un lugar sin puerto, los más embarcaron en las naves y doblaron el cabo llamado Ictis[206] para llegar al puerto de Fía; mientras tanto los mesenios[207] y algunos otros, los que no habían podido embarcar, fueron por tierra y to-
5 maron Fía. Inmediatamente las naves, después de dar la vuelta, los recogieron y se hicieron a la vela abandonando Fía, pues ya había acudido en ayuda de los suyos el grueso del ejército eleo. Luego los atenienses siguieron navegando a lo largo de la costa hacia otras regiones y las devastaron.

Expedición naval contra Lócride

26 Por esta misma época los atenienses enviaron treinta naves a las costas de Lócride[208], y al mismo tiempo en defensa de Eubea[209]; las mandaba Cleopompo[210], hijo de
2 Clinias. Éste, en los desembarcos que realizó, devastó algunos lugares de la costa, se apoderó de Tronio[211], tomó

---

204 Cf. nota anterior. La Élide aledaña *(hē perioikìs Êlis)* era la Pisátide, donde se hallaban Olimpia y Fía, a la que posiblemente debe añadirse la Trifilia, zona costera al sudeste de Fía.

205 El griego dice literalmente «descendió», «se echó encima», ya que concibe el fenómeno atmosférico de otra manera.

206 «El Pez.» En el extremo meridional del golfo situado frente a Zacinto.

207 Los mesenios de Naupacto. Cf. *supra,* I 103, 3, n. 579.

208 La Lócride oriental o septentrional, es decir, el territorio de los locros opuntios y epicnemidios. Cf. *supra,* II 9, 2, n. 50.

209 Cf. *supra,* II 32.

210 También estratego el verano siguiente (cf. *supra,* II 58, 1).

211 Era la ciudad principal de los locros epicnemidios; estaba en la costa, en el extremo occidental de su territorio (cf. ESTRABÓN, IX 4, 4).

rehenes de entre sus habitantes, y en Álope[212] venció en una batalla a los locros que habían acudido a prestar su ayuda.

Expulsión de los eginetas

27 También este mismo verano, los atenienses expulsaron de Egina[213] a los eginetas, con sus hijos y mujeres; les acusaban de ser los instigadores principales de la guerra contra Atenas[214]; además, al estar Egina próxima al Peloponeso, les parecía más seguro ocuparla enviando colonos propios. Así, no mucho después, enviaron nuevos habitantes a la isla[215]. A los eginetas desterrados los lace- 2
demonios les permitieron habitar Tirea[216] y cultivar su te-

[212] Situada también en la costa, al este de Tronio, en la Lócride oriental y en la parte occidental del territorio de los locros opuntios (cf. ESTRABÓN, IX 4, 3).

[213] La población entera fue expulsada de Egina y reemplazada por colonos atenienses. La preocupación que aquí se manifiesta era la proximidad de Egina al Peloponeso, que hacía temer una acción de Esparta en la isla, lo que suponía un peligro para el dominio marítimo ateniense. Se podía temer, asimismo, el riesgo que la proximidad del puerto de Egina suponía para el Pireo. Los eginetas no volvieron a su patria hasta que Lisandro los restableció en el 404 a. C., después de la batalla de Egospótamos (cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 2, 2 y 9).

[214] Recuérdese que Egina incitaba a los lacedemonios a la guerra (cf. *supra,* I 67, 2) y que éstos exigieron a Atenas que permitiera la independencia de Egina (cf. *supra,* I 139, 1; 140, 3).

[215] Con estas drásticas medidas acabó Atenas con unos vecinos hostiles (cf. *supra,* I 14, 3; 108, 4); durante la guerra también se enfrentó a los eginetas en su destierro (cf. *infra,* IV 56, 2-57, 4).

[216] Ciudad al sur de Argos y al nordeste de Esparta, cercana a la costa (cf. *infra,* IV 56, 2; V 41, 2; VI 95, 1). Los espartanos hicieron con los eginetas lo mismo que habían hecho los atenienses con los mesenios al establecerlos en Naupacto (cf. *supra,* I 103, 3, n. 584; DIODORO, XII 44, 3); ambos protegieron a los enemigos de sus propios enemigos.

rritorio, tanto por su enemistad con los atenienses como porque los eginetas les habían prestado un servicio en la época del terremoto y de la rebelión de los hilotas[217]. El territorio de Tirea es fronterizo de Argólide y Laconia, y llega hasta el mar. Una parte de los eginetas se establecieron allí, mientras que los otros se dispersaron por el resto de Grecia.

Eclipse de sol

28 Durante el mismo verano, al comienzo de un mes lunar[218] —el único período, según parece, en el que es posible el fenómeno— el sol se eclipsó después del mediodía[219] y luego volvió a su plenitud, después de mostrarse en forma de media luna y de aparecer algunas estrellas[220].

Con este establecimiento de los eginetas en Tirea los lacedemonios perseguían otro fin: asegurar un territorio fronterizo con Argos sobre el que existían pretensiones argivas.

217 Terremoto y rebelión ocurridos hacia el 464 a. C., de los que nos habla TUCÍDIDES, I 101, 2. En IV 56, 2, encontramos una nueva referencia a este servicio y se añade, además, como motivo de la concesión, los sentimientos filoespartanos de los eginetas.

218 La neomenia o el principio del mes lunar *(noumēnía katà selḗnēn)* señalaba el tiempo en que un eclipse de sol era posible. Tucídides debía de tener algunos conocimientos de las teorías astronómicas de filósofos como Anaxágoras. Observa aquí y en otra ocasión (cf. *infra,* IV 52, 1) que un eclipse de sol tuvo lugar coincidiendo con el novilunio *(katà noumēnían);* y en VII 50, 4 sabe igualmente que un eclipse de luna coincide con el plenilunio *(etýnchane gàr passélēnos oûsa).*

219 La fecha del eclipse es el 3 de agosto del 431 a. C. Según los cálculos astronómicos, en Atenas no fue total y se observó hacia las 5,22 p. m. PLUTARCO (cf. *Pericles* 35, 2) comenta los temores de la multitud y cómo los disipó Pericles (cf. también CICERÓN, *República* I 16, 25).

220 Por lo que respecta a Atenas, este dato se considera dudoso, ya que allí el eclipse fue anular y no total, y la oscuridad no debió de ser suficiente para que se hicieran visibles las estrellas. Basándose en esto,

Los atenienses buscan la alianza de Sitalces. Sitalces y Perdicas, aliados de Atenas

También en el mismo verano, a Ninfodoro, hijo de Pites, un abderita[221] con cuya hermana estaba casado Sitalces[222] y que tenía mucha influencia ante él, los atenienses, que antes lo habían considerado enemigo, lo nombraron próxeno[223] y lo llamaron a Atenas: querían que 29

J. A. R. MUNRO (cf. *The Classical Quarterly* 13 (1919), 127-128) pensó que Tucídides debía de estar en el interior de Tracia, donde el eclipse fue total, durante este agosto. Habría estado en Atenas durante la invasión peloponesia y posiblemente ya volvía a estar allí cuando tuvo lugar el funeral de los muertos en el primer año de guerra, pero en el ínterin debió de estar en Tracia como representante de Atenas negociando con Sitalces (cf. *infra,* II 29). Esta teoría es verosímil y tiene posibilidades de ser cierta. Otros astrónomos, sin embargo, eliminan el argumento básico al afirmar que la oscuridad sería suficiente en Atenas para que algunas estrellas se hicieran visibles.

221 De Abdera, una importante ciudad situada en la costa tracia al nordeste de la isla de Tasos, y al este de la desembocadura del Nesto; formaba parte de la Liga de Delos (cf. HERÓDOTO, VII 126; ESTRABÓN, VII, frs. 43 y 46). Su territorio limitaba con el de los ódrisas (cf. *infra,* II 97, 1). Este Ninfodoro aparece en HERÓDOTO, VII 137, a propósito de la detención de los embajadores peloponesios en Tracia durante el año siguiente, pero no vuelve a ser mencionado por Tucídides (cf. *infra,* II 67).

222 Luego nos enteramos de quién era este Sitalces y de las razones por las que Atenas buscó los buenos oficios de Ninfodoro. El orden lógico está invertido.

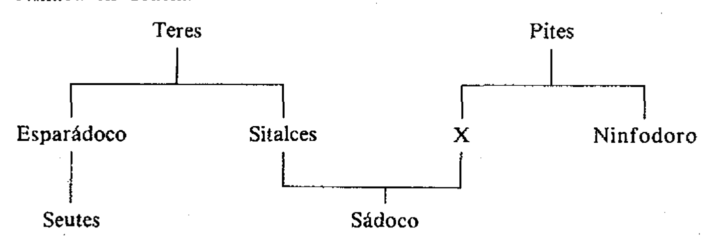
223 El próxeno *(próxenos)* era el representante de los intereses de un país en otro, de modo análogo a los cónsules generales actuales. Eran designados, a cambio de ciertos honores y privilegios, por el Estado que les confiaba el encargo, pero, por lo general, no eran ciudadanos del país que les encargaba la defensa de sus intereses, sino de aquel en que habitaban y en el que tenían que desempeñar su misión. En este caso Ninfodoro debía velar por los intereses de Atenas en el reino de Sitalces. Su misión tuvo éxito (cf. *infra,* 29, 5-7), ya que consiguió para Atenas el concurso de Sitalces de Tracia, y de Perdicas de Macedonia ante la

Sitalces, hijo de Teres[224] y rey de Tracia, fuera su alia-
2 do. Este Teres, padre de Sitalces, fue el primero en acrecentar el gran reino de los ódrisas entre los otros pueblos de Tracia[225]; pues hay una buena parte de los tracios que
3 son independientes. No tiene nada que ver este Teres con Tereo[226], el que en Atenas tomó por esposa a Procne,

---

revuelta de Potidea y de las ciudades de Calcídica. La amistad con Tracia era especialmente importante para Atenas, tanto por las minas de oro que allí tenían como por el hecho de ser una zona interesante para el reclutamiento de tropas auxiliares (cf. *infra,* 29, 5).

224 He aquí el árbol genealógico de la familia que en este tiempo reinaba en Tracia:



225 En tiempos de Teres, los ódrisas (u odrisas, del gr. *odrýsai,* llamados también odrisios, del lat. *odrýsius*) ocupaban la parte sudoriental de Tracia, desde la costa sudoeste del Mar Negro hasta el Helesponto. Sitalces amplió sus dominios hacia el norte. Cf. *infra,* II 96, 1-97, 2, donde se da la descripción de su imperio. HERÓDOTO, IV 92, menciona a los ódrisas entre las tribus tracias, pero como una de tantas, sin referirse a que fueran especialmente poderosos.

226 Esta identificación, con la que se justificaba la alianza, debía de ser común en Atenas en tiempos de Tucídides, que con esta explicación quiere rectificar el error de sus conciudadanos. El Tereo de la leyenda era hijo de Ares y rey de los tracios de la Dáulide (cf. ESTRABÓN, IX 3, 13; PAUSANIAS, X 4, 8-9). Según la leyenda, Tereo, casado con Procne, hija de Pandión, rey de Atenas, se enamora perdidamente de su cuñada Filomela. Después de seducirla o violarla, le corta la lengua y la encierra para evitar que Procne se entere. Filomela, sin embargo, consigue comunicarse con Procne enviándole por medio de un esclavo

hija de Pandión; ni siquiera proceden de la misma Tracia.
El uno —Tereo— vivía en Daulia[227], en el país que aho-
ra se llama Fócide y que entonces estaba habitado por los
tracios; y es en este país donde las mujeres perpetraron
su crimen contra Itis; así, muchos poetas, cuando mencio-
nan el ruiseñor, lo llaman el pájaro de Daulia[228]; y es
normal que con una ciudad tan cercana Pandión concerta-
ra la boda de su hija con miras a una ayuda recíproca,
y no se dirigiera al país de los ódrisas, a muchos días de
camino. Teres, en cambio, que ni siquiera tenía el mismo
nombre, fue el primer rey poderoso de los ódrisas. Era, 4
pues, a su hijo Sitalces a quien los atenienses querían ha-
cer su aliado, con la intención de que les ayudara a aca-
bar con las plazas de la costa tracia[229] y con Perdicas[230].
Una vez en Atenas, Ninfodoro concertó la alianza con Si- 5
talces y obtuvo la ciudadanía ateniense para Sádoco[231],

---

una tela en la que ha bordado su historia. Las dos hermanas se encuentran y en venganza asesinan a Itis, hijo de Tereo y de la misma Procne, y le hacen comer a Tereo la carne de su propio hijo. Tereo, al darse cuenta, las persigue, pero en el momento de darles alcance se produce una triple metamorfosis. Tereo se convierte en abubilla, Procne en ruiseñor y Filomela en golondrina (cf. Apolodoro, III 14, 8; Ovidio, *Metamorfosis* VI 424, ss.). Existen otras versiones de esta leyenda en las que cambian los papeles y las metamorfosis de las hermanas.

227 En la Fócide oriental, al este de Delfos, cerca de la frontera con Beocia. Cf. Estrabón, IX 3, 13; Pausanias, X 4, 7.

228 No se han conservado ejemplos de esta expresión en los poetas griegos; sí, en cambio, en los latinos. Cf. Catulo, 65, 14; Ovidio, *Heroidas* 15, 144.

229 Alusión a los calcideos y botieos que se habían sublevado (cf. *supra,* I 58, 1-2; 65, 2) y a Potidea, asediada por los atenienses.

230 Se había enemistado con Atenas. Cf. *supra,* I 56, 2, n. 322; 57-58; 62, 2.

231 La ciudadanía otorgada a un extranjero que se naturalizaba confería todos los derechos y privilegios salvo el acceso al arcontado y al

el hijo de Sitalces; se comprometió, asimismo, a poner fin a la guerra de la costa tracia: persuadiría a Sitalces a enviar a los atenienses un ejército tracio compuesto de caba-
6 llería y de peltastas[232]. También reconcilió a Perdicas con los atenienses, y los persuadió a devolverle Terme[233], con lo que Perdicas se unió en el acto a la expedición atenien-
7 se de Formión[234] contra los calcideos. Así fue como Sitalces, hijo de Teres, rey de los tracios[235], se hizo aliado de los atenienses, al igual que Perdicas, hijo de Alejandro, rey de los macedonios.

Nuevas acciones de la flota ateniense

30 Entretanto, los atenienses de las cien naves[236], que todavía seguían en torno al Peloponeso, tomaron Solio[237], una plaza perteneciente a los corintios, y la entregaron a los palereos para que ellos solos de entre los acarnanios ocuparan la ciudad y el territorio. Luego se apoderaron por

---

sacerdocio. Los hijos de un naturalizado y de una ateniense nacían ciudadanos de pleno derecho. Sádoco demostró muy pronto (el año siguiente, cf. *infra,* II 67, 2-3) su amistad por Atenas: arrestó a unos embajadores peloponesios que se dirigían a Persia y los entregó a los atenienses. Aristófanes, unos años más tarde (cf. *Acarnienses* 145-150), se refiere cómicamente a este personaje y a su padre.

232 Tropas intermedias entre los hoplitas y las armadas a la ligera (cf. *supra,* I 27, 2, n. 205); su nombre deriva de la *pelta,* escudo pequeño y ligero típico de los tracios. Cf. J. G. P. Best, *Thracian peltasts and their influence on Greek warfare,* Groningen, 1969.

233 Ciudad que había sido conquistada por los atenienses el año anterior (cf. *supra,* I 61, 2).

234 Cf. *supra,* I 65, 2-3; *infra,* II 31, 2.

235 Obsérvese aquí la mención formal, con su filiación y su título, de un personaje recientemente nombrado. Cf. *supra,* II 19, 1, n. 149.

236 Cf. *supra,* II 25.

237 No conocemos la ubicación exacta de Solio y de Palero; se cree que estaban en Acarnania. Solio estaría, se piensa, en Acarnania norocci-

la fuerza de Ástaco[238], donde gobernaba el tirano Evarco[239]; lo expulsaron e integraron el país en su alianza.
Navegaron seguidamente hasta la isla de Cefalenia y se la 2
ganaron sin necesidad de combate[240]; Cefalenia está situada frente a Acarnania y Léucade, y es una tetrápolis[241] formada por los paleos, los cranios, los sameos[242] y los
pronos. No mucho después las naves regresaron a Atenas. 3

Los atenienses invaden la Megáride

Hacia el período final de este 31
mismo verano[243], los atenienses, con todas sus fuerzas, ciudadanos y metecos[244], invadieron la Megáride[245], bajo el mando de Pericles, hijo de Jantipo. Los atenienses que habían navegado en

---

dental, frente a Léucade. Palero estaba probablemente en Acarnania occidental (cf. ESTRABÓN, X 2, 21), y se identifica con la actual Kechropula.

238 En la costa sudoeste de Acarnania, cerca de las islas Equínadas y de Eníadas. Cf. *infra,* II 102, 1; ESTRABÓN, X 1, 21.

239 De él no sabemos más que lo que se dice aquí y en II 33, 1.

240 Los atenienses habían enviado una embajada a Cefalenia. Cf. *supra,* II 7, 3.

241 Una reunión de cuatro ciudades: Pale, Crane, Same y Pronis. Cada una, sin embargo, acuñaba sus propias monedas. Sobre Pale, cf. *supra,* I 27, 2, n. 197; Crane estaba en la costa occidental en una profunda ensenada; Pronis, igual que Same (cf. nota siguiente), en la oriental.

242 Same, en la costa oriental, era la más importante de las cuatro; antiguamente había dado nombre a toda la isla. Cf. HOMERO, *Odisea* I 126, y IV 671, donde la isla recibe el nombre de *Same* en el primer caso y de *Samo* en el segundo.

243 Así como el verano, entendido como el amplio período del buen tiempo, comenzaba con la primavera (cf. *supra,* II 1: *háma êri arkhoménōi),* acababa con el otoño, que se concebía como una parte del verano, su período final *(tò phthinópōron toû thérous).*

torno al Peloponeso con las cien naves —que en su travesía de regreso a Atenas ya se encontraban en Egina— cuando se enteraron de que los de la ciudad estaban en Mégara con todo su ejército, hicieron rumbo hacia ellos
2 y se les unieron. Éste fue el mayor ejército ateniense que jamás se logró juntar, pues la ciudad estaba todavía en la plenitud de sus fuerzas y aún no había sufrido la peste. Los atenienses propiamente dichos no bajaban de los diez mil hoplitas[246] (aparte de los tres mil que tenían en Potidea)[247], y no menos de tres mil metecos participaban en la invasión como hoplitas, todo ello sin contar la restante tropa de infantería ligera, que no era poca. Devastaron
3 la mayor parte del país y se retiraron. Posteriormente, cada año en el transcurso de la guerra, se produjeron otras invasiones atenienses en Megáride, tanto de la caballería como del ejército completo, hasta que Nisea[248] fue conquistada por los atenienses[249].

Fortificación de Atalanta

32 También a fines de este verano, fue fortificada por los atenienses como una plaza fuerte Atalanta[250], la isla cercana a la costa de los locros opuntios, hasta entonces deshabitada, para impedir que piratas que se hacían a la vela

244 Parte de los hoplitas ciudadanos se hallaban en Potidea. Esto explica que también intervinieran los metecos.

245 Cf. Diodoro, XII 44, 3, y Plutarco, *Pericles* 34.

246 Cf. *supra,* II 13, 6, n. 98.

247 Según los datos del propio Tucídides, primero fueron enviados a Potidea 3.000 hoplitas (cf. *supra,* I 61, 4), y luego un refuerzo de 1.600 a las órdenes de Formión (cf. *supra,* I 64, 2).

248 El puerto de Mégara. Cf. *supra,* I 103, 4, n. 584.

249 En el año 424 a. C. Cf. *infra,* IV 66-69.

250 La actual Talantonisi. Cf. *infra,* III 89, 3.

desde Opunte[251] y otros lugares de la Lócride asolaran Eubea.

Éstos son los hechos que ocurrieron durante este verano después de la retirada de los peloponesios del Ática.

EXPEDICIÓN DE LA FLOTA CORINTIA CONTRA ACARNANIA Y CEFALENIA

En el invierno siguiente, el acarnanio Evarco[252], queriendo volver a Ástaco, persuadió a los corintios a zarpar con cuarenta naves y mil quinientos hoplitas para restaurarlo, y él mismo contribuyó con algunos mercenarios. Estaban al frente de la expedición Eufámidas[253], hijo de Aristónimo, Timóxeno, hijo de Timócrates y Éumaco, hijo de Crisis. Las naves arribaron a Ástaco y restauraron a Evarco. Luego quisieron hacerse con algunos lugares del resto de la costa de Acarnania y lo intentaron, pero, al no conseguirlo, se hicieron a la vela hacia su patria. En el transcurso de su travesía atracaron en Cefalenia y efectuaron un desembarco en el territorio de los cranios; pero fueron engañados por éstos mediante un cierto acuerdo y perdieron algunos hombres en un inesperado ataque de los 33 2 3

251 Quiere decir desde la costa del territorio de Opunte, ya que la ciudad se hallaba a algunos Km. de la costa. Opunte era la ciudad principal de la Lócride oriental.

252 Cf. *supra,* II 30, 1.

253 Volveremos a encontrarlo como firmante de la tregua con Atenas del 423 a. C. (cf. *infra,* IV 119, 2; cf., asimismo, V 55, 1). Se ha observado que Tucídides está bien informado sobre los nombres de los generales corintios (cf. *supra,* I 29, 2; 47, 1).

cranios; se hicieron al fin a la mar con bastantes apuros y volvieron a su patria.

EL INVIERNO EN ATENAS. FUNERALES DE LOS MUERTOS EN EL PRIMER AÑO DE GUERRA

34 En el mismo invierno[254], los atenienses, siguiendo la costumbre ancestral[255], celebraron oficialmente los funerales de los primeros muertos de esta guerra. La ceremonia
2 se desarrolla del modo siguiente: tres días antes instalan[256]

---

254 El invierno del 431-430 a. C.

255 En realidad la costumbre general de los griegos era sepultar a los caídos en el mismo campo de batalla. Así ocurrió después de las Termópilas, de Salamina, de Platea y en otros casos (cf. *infra,* III 58, 4; HERÓDOTO, V 63, 4; VII 228; IX 85; JENOFONTE, *Helénicas* II 4, 33). La costumbre ateniense de la que aquí habla Tucídides se salía, pues, del uso generalizado, tal como puede verse perfectamente después de la batalla de Queronea, donde los muertos atenienses fueron llevados a Atenas, mientras que los de Tebas y Macedonia fueron enterrados en el sitio donde habían caído (cf. DEMÓSTENES, XX 141, y XVIII 285-288). El tema de la antigüedad de este uso ancestral *(pátrios nómos)* de los atenienses ha sido objeto de controversia (cf. A. W. GOMME, *op. cit.,* págs. 94-101). Para algunos sería una innovación reciente (cf. F. JACOBY, «Patrios nomos. State burial in Athens and the public cemetery in the Kerameikos», *Journal of Hellenic Studies* 64 (1944), 37-66, que defiende la tesis de que fue introducida por una nueva ley en el 465-464 a. C., después del desastre de Drabesco (cf. *supra,* I 100, 3). Otros no creen en tal innovación y dan una mayor antigüedad a la costumbre particular ateniense a la que se refiere Tucídides. Tal es el caso de A. W. GOMME (cf. *op. cit.,* pág. 98). Es probable, en efecto, que se trate de una costumbre muy antigua.

256 Esta parte de la ceremonia probablemente tenía lugar en el ágora.

una tienda en la que exponen los huesos[257] de los di-
funtos[258], y cada persona lleva al suyo la ofrenda que
quiere[259]. Cuando tiene lugar la conducción, unos carros 3
transportan féretros de ciprés[260], uno por cada tribu[261];
los huesos están en el féretro de la tribu a la que cada
uno pertenecía. Sigue luego una litera vacía, con su cor-
tejo fúnebre, en honor de los desaparecidos que no han
podido ser hallados[262] al levantar los cadáveres para el 4
sepelio. Todos los que lo desean, tanto ciudadanos como
extranjeros, pueden participar en el cortejo, y las mujeres
de la familia están presentes en el entierro profiriendo sus
lamentaciones[263]. Los depositan luego en el sepulcro públi- 5
co, que está situado en el más bello arrabal de la ciu-

---

257 Los huesos se recogían después de quemar los cuerpos en el lugar de la batalla. Cf. *infra,* VI 71, 1.

258 *Tôn apogenoménōn,* de «los que se han ido, los que están ausentes».

259 Lecitos *(lḗkythoi)* con perfumes, flores, etc.

260 El ciprés ya era un árbol consagrado a los muertos.

261 Las diez tribus creadas por Clístenes (cf. *supra,* I 126, n. 798), sobre las que se basaba la organización política y militar de los atenienses. Habían sustituido a las cuatro tribus antiguas, basadas en los lazos de parentesco y en las que los nobles tenían un papel dominante. Las nuevas tribus comprendían a todos los ciudadanos y cada una de ellas los tenía de tres procedencias: las tres subdivisiones del Ática creadas por el mismo Clístenes.

262 Una anticipación de las honras fúnebres que en nuestra época se tributan al Soldado Desconocido. Los casos de desaparecidos eran frecuentes en las batallas navales.

263 Todas las restricciones que regían en otros entierros eran levantadas cuando se trataba de funerales nacionales. Incluso las mujeres podían participar en el cortejo, entonando cantos fúnebres y profiriendo lamentaciones (cf. *infra,* II 46, 2).

dad[264], y en el que siempre han enterrado a los que han muerto en la guerra, excepción hecha de los de Maratón[265]; a aquéllos, en atención a su valor excepcional, les
6 dieron sepultura en el mismo lugar de la batalla. Y cuando los han cubierto de tierra, un orador designado por la ciudad, que sea considerado hombre de no escasa inteligencia y que sobresalga por su reputación[266], pronuncia en su
7 honor un elogio adecuado; y después de esto, se retiran. Así es la ceremonia de estos funerales[267]; y durante toda la guerra, cada vez que se presentó el caso, siguieron esta
8 costumbre. Pues bien, para hablar en honor de estos primeros caídos fue designado Pericles, hijo de Jantipo. Cuando llegó el momento, dejando el sepulcro, avanzó hacia una elevada tribuna levantada para que pudiese ser oído por la muchedumbre lo más lejos posible, y habló del modo siguiente:

---

264 En la parte del Cerámico que estaba fuera de los muros, al noroeste de Atenas, junto al Dipilón *(Dípylon)*, la puerta principal de la ciudad; pasaba por allí el camino que conducía a la Academia. Como es sabido, los enterramientos en las ciudades griegas se hacían extramuros y junto a caminos. A lo largo de aquel camino Pausanias contempló numerosas tumbas de personajes ilustres (cf. PAUSANIAS, I 29, 3-15).

265 Maratón no debió de ser la única excepción. También ocurrió lo mismo en Platea (cf. *infra*, III 58, 4; HERÓDOTO, IX 85; PAUSANIAS, IX 2, 5-6) y probablemente en la guerra con Calcis en el 506 a. C. (cf. el epigrama atribuido a Simónides, núm. 87 DIEHL). El olvido de mencionar el caso de Platea tal vez se deba a su carácter panhelénico.

266 Sobre todo en ocasiones especiales, como era este caso, tras el primer año de una guerra que, según se preveía, iba a ser larga e importante. El orador era designado por la bulé.

267 Tucídides escribe para un público amplio, no exclusivamente para los atenienses.

DISCURSO FÚNEBRE DE PERICLES[268]

«La mayor parte de quienes han tomado aquí la pala- 35
bra en otras ocasiones han elogiado a quien introdujo este
discurso[269] en la ceremonia tradicional; según ellos resul-
ta oportuno pronunciarlo en las honras fúnebres de los
que han caído en la guerra. En mi opinión, sin embargo,
sería suficiente que a hombres cuyo valor se ha manifes-
tado en actos también se les tributaran los honores me-
diante actos, tal como hoy mismo estáis presenciando en
estos funerales dispuestos por el Estado; así el crédito de
los méritos de muchos no peligraría al depender de las
palabras más o menos elocuentes de uno solo[270]. Es difí- 2
cil, en efecto, pronunciar las palabras adecuadas en un
momento en que la valoración de la realidad[271] apenas se
establece con seguridad: el oyente que conoce bien los he-

---

268 Uno de los elogios fúnebres más famosos de toda la literatura. En él se une el recuerdo de los soldados muertos en el campo de batalla y el elogio de los ideales de un Estado por los que aquellos combatieron y dieron su vida, recuerdo y elogio magistralmente enlazados y expresados.

269 No se sabe quién fue. Según PLUTARCO (*Publicola* 9, 11), se trataría de Solón. Pero tal vez es una costumbre que se introdujo a partir de las Guerras Médicas (cf. DIONISIO DE HALICARNASO, V 17, 4; DIODORO, XI 33, 3).

270 El discurso, magnífica pieza oratoria, se inicia mediante una oposición retórica clásica: *palabra* frente a *acción,* la realidad de los actos frente a su valoración en las palabras.

271 *hē dókēsis tês alētheías.* La palabra *dókēsis* es una palabra querida por Tucídides, pero rara en otros prosistas.

chos y está bien dispuesto[272] pensará posiblemente que la exposición queda por debajo de sus deseos y de su conocimiento de la realidad[273]; por el contrario, el que no los conoce por propia experiencia, si oye algún elogio que esté por encima de sus propias fuerzas, creerá, por envidia, que son exageraciones. Porque los elogios que se pronuncian acerca de otros sólo resultan tolerables en la medida en que cada uno cree que él mismo es capaz de realizar las mismas acciones que oye elogiar[274]; pero ante lo que va más allá, los hombres enseguida sienten envidia[275] y
3 no lo creen. En fin, puesto que los antiguos aprobaron que esto fuera así, es preciso que yo, siguiendo la costumbre, trate de acertar en la medida de lo posible con el deseo y la opinión de cada uno de vosotros.

36 Comenzaré, ante todo, por nuestros antepasados. Es justo a la vez que adecuado en una ocasión como ésta tributarles el homenaje del recuerdo. Ellos habitaron siem-

---

[272] Hacia los muertos.

[273] Los «deseos» y el «conocimiento de la realidad» responden al «conoce bien los hechos y está bien dispuesto» de antes, en construcción quiástica.

[274] Cf. SALUSTIO, *Catilina* 3, 2, una reminiscencia de este pasaje de Tucídides.

[275] Según J. TH. KAKRIDIS, *Hermēneutikà Schólia stòn Epitáphio toû Thoukydídou*, págs. 4-9, este pasaje indicaría que Tucídides estaría pensando en la generación particularmente envidiosa del 404 a. C., generación que no comprendía el talento de Pericles y el valor de los ideales de la civilización ateniense y que, por tanto, tendría poco que ver con lo realmente dicho por Pericles al principio de la guerra. Pero probablemente no es necesario llegar a esta conclusión; las disquisiciones de este tipo y el gusto por la antítesis y la generalización son típicas de la Sofística de la que Tucídides es deudor. Es un pasaje perfectamente explicable en el 431-430, época en la que, por otra parte, ya se daba la «envidia» de quienes se oponían a la política de Pericles.

pre esta tierra[276] y, en el sucederse de las generaciones, nos la han transmitido libre hasta nuestros días gracias a su valor. Y si ellos son dignos de elogio, todavía lo son 2
más nuestros padres[277], pues al legado que habían recibido consiguieron añadir, no sin esfuerzo[278], el imperio que poseemos, dejándonos así a nuestra generación una herencia incrementada. Nosotros, en fin, los hombres que ahora 3
mismo aún estamos en plena madurez[279], hemos acrecentado todavía más la potencia de este imperio y hemos preparado nuestra ciudad en todos los aspectos, tanto para la guerra como para la paz, de forma que sea completamente autosuficiente. Respecto a todo eso, pasaré por alto 4
las gestas militares que nos han permitido adquirir cada uno de nuestros dominios, o las ocasiones en que nosotros o nuestros padres hemos rechazado con ardor al enemigo, bárbaro o griego, en sus ataques. No quiero extenderme ante un auditorio perfectamente enterado. Explicaré, en cambio, antes de pasar al elogio de nuestros muertos, qué principios nos condujeron a esta situación de poder, y con qué régimen político y gracias a qué modos de comportamiento este poder se ha hecho grande. Considero que en este momento no será inadecuado hablar de este asunto, y que es conveniente que toda esta muchedumbre de ciudadanos y extranjeros lo escuche.

---

276 Los atenienses se consideraban autóctonos, lo que constituía para ellos un motivo de orgullo. Cf. *supra*, I 2, 5-6.

277 La generación de la época de las Guerras Médicas, del 490 al 465 a. C., generación que gracias a sus éxitos puso las bases del Imperio ateniense.

278 Cf. *supra*, I 70, 8, e *infra*, II 38; 39; 62, 3; 64, 3.

279 La generación de Pericles, que estaba en su madurez (de los 40 a los 60 ó 65 años) entre el 465 y el 440 a. C. Fue la generación que consolidó el imperio.

37 Tenemos un régimen político que no emula las leyes de otros pueblos, y más que imitadores de los demás, somos un modelo a seguir. Su nombre, debido a que el gobierno no depende de unos pocos sino de la mayoría[280], es democracia. En lo que concierne a los asuntos privados, la igualdad, conforme a nuestras leyes, alcanza a todo el mundo, mientras que en la elección de los cargos públicos no anteponemos las razones de clase al mérito personal, conforme al prestigio de que goza cada ciudadano en su actividad; y tampoco nadie, en razón de su pobreza, encuentra obstáculos debido a la oscuridad de su condición social si está en condiciones de prestar un servicio a la
2 ciudad[281]. En nuestras relaciones con el Estado vivimos como ciudadanos libres y, del mismo modo, en lo tocante a las mutuas sospechas propias del trato cotidiano, nosotros no sentimos irritación contra nuestro vecino si hace algo que le gusta y no le dirigimos miradas de reproche, que no suponen un perjuicio, pero resultan dolorosas[282].
3 Si en nuestras relaciones privadas evitamos molestarnos, en la vida pública, un respetuoso temor es la principal causa de que no cometamos infracciones, porque prestamos obediencia a quienes se suceden en el gobierno y a las leyes, y principalmente a las que están establecidas pa-

---

280 O, según otros, «debido a que no se gobierna en interés de unos pocos sino en el de la mayoría».

281 Cf. Platón, *Menéxeno* 238 c-d. Sobre este pasaje de Tucídides y el del *Menéxeno* y su paralelismo, cf. I. Labriola, «Tucidide e Platone sulla democrazia ateniese», *Quaderni di Storia* 6 (1980), 207-229.

282 O «no le imponemos humillaciones, que no suponen un perjuicio, pero resultan dolorosas de ver». *Oudè azēmíous mén, lypēràs dè têi ópsei achthēdónas prostithémenoi.* Se refiere a humillaciones, como las miradas de reproche o el vacío dirigido al conciudadano, que no suponen un daño o un castigo, pero ofrecen un doloroso espectáculo.

ra ayudar a los que sufren injusticias[283] y a las que, aun sin estar escritas[284], acarrean a quien las infringe una vergüenza por todos reconocida[285].

Por otra parte, como alivio de nuestras fatigas, hemos 38
procurado a nuestro espíritu muchísimos esparcimientos. Tenemos juegos y fiestas durante todo el año, y casas privadas con espléndidas instalaciones, cuyo goce cotidiano
aleja la tristeza[286]. Y gracias a la importancia de nuestra 2
ciudad todo tipo de productos de toda la Tierra[287] son importados, con lo que el disfrute con que gozamos de nuestros propios productos no nos resulta más familiar que el obtenido con los de otros pueblos.

En el sistema de prepararnos para la guerra también 39
nos distinguimos de nuestros adversarios en estos aspectos[288]: nuestra ciudad está abierta a todo el mundo, y en ningún caso recurrimos a las expulsiones de extranjeros[289] para impedir que se llegue a una información u observa-

---

283 Un conocido principio ateniense, uno de los elementos más democráticos de la legislación de Solón, según Aristóteles, *Constitución de los atenienses* 9, 4. Cf. Plutarco, *Solón* 18, 3-8; principio adoptado por Platón, cf. *República* V 462d.

284 O «por no estar escritas», por su carácter de leyes no escritas.

285 El respeto a las leyes no escritas o naturales evidencia el alto sentido moral de un pueblo, sentido que se debilitará en el pueblo ateniense con ocasión de la peste (cf. *infra,* II 53). Sobre estas leyes, cf. Sófocles, *Edipo Rey* 863-870, y *Antígona* 450-461. Sobre las leyes no escritas de la *Antígona* y del discurso fúnebre de Pericles, cf. el libro de V. Ehrenberg, *Sophocles and Pericles,* Oxford, 1954, págs. 28-44.

286 Cf. Platón, *República* III 400d-401b.

287 Cf. Pseudo-Jenofonte, *Constitución de los atenienses* 2, 7; Hermipo, en Ateneo, I 27e-f; Isócrates, IV 42; 45, etc.

288 Las distinciones apuntan sobre todo a Esparta.

289 Cf. *supra,* I 144, 2, n. 935. Alusión a las *xenēlasíai,* al arbitrio de los éforos, tal como se practicaban en Esparta. Cf. Platón, *Leyes* XII 950-953.

ción de algo que, de no mantenerse en secreto[290], podría resultar útil al enemigo que lo descubriera. Esto es así porque no confiamos tanto en los preparativos y estratagemas como en el valor que sale de nosotros mismos en el momento de entrar en acción. Y en lo que se refiere a los métodos de educación, mientras que ellos, desde muy jóvenes, tratan de alcanzar la fortaleza viril mediante un penoso entrenamiento, nosotros, a pesar de nuestro estilo de vida más relajado, no nos enfrentamos con menos va-
2 lor a peligros equivalentes[291]. He aquí una prueba: los lacedemonios no emprenden sus expediciones contra nuestro territorio sólo con sus propias fuerzas, sino con todos sus aliados; nosotros, en cambio, marchamos solos contra el país de otros y, a pesar de combatir en tierra extranjera contra gentes que luchan por su patria, de ordinario nos
3 imponemos sin dificultad. Ningún enemigo se ha encontrado todavía con todas nuestras fuerzas unidas, por coincidir nuestra dedicación a la flota con el envío por tierra de nuestras tropas en numerosas misiones; ellos, sin embargo, si llegan a trabar combate con una parte, en caso de conseguir superar a algunos de los nuestros, se jactan de habernos rechazado a todos, y, si son vencidos, dicen que han sido derrotados por el conjunto de nuestras fuer-
4 zas. Pero, en definitiva, si nosotros estamos dispuestos a afrontar los peligros con despreocupación[292] más que con

290 El secreto se imponía con frecuencia en Esparta (cf. *infra*, IV 80, 4; V 68, 2).

291 Según unos: «iguales a aquellos a los que se enfrentan los lacedemonios». Según otra interpretación: «proporcionados a nuestras fuerzas» o «peligros en relación con nuestras fuerzas».

292 Cualidad considerada aquí en el buen sentido, pero que llegó a ser un grave defecto del carácter ateniense, tal como denunció Demóstenes.

un penoso adiestramiento, y con un valor que no procede tanto de las leyes como de la propia naturaleza, obtenemos un resultado favorable: nosotros no nos afligimos antes de tiempo por las penalidades futuras y, llegado el momento, no nos mostramos menos audaces que los que andan continuamente atormentándose; y nuestra ciudad es digna de admiración en estos y en otros aspectos.

Amamos la belleza[293] con sencillez[294] y el saber sin re- 40
lajación. Nos servimos de la riqueza más como oportunidad para la acción que como pretexto para la vanagloria, y entre nosotros no es un motivo de vergüenza para nadie reconocer su pobreza, sino que lo es más bien no hacer
nada por evitarla. Las mismas personas[295] pueden dedi- 2

---

293 *Philokaloûmen,* verbo que aparece aquí por primera vez en la literatura griega. Designa el gusto por lo bello *(tò philókalon)* como actitud vital. Aparece junto a *philosophoûmen,* verbo ya utilizado por Heródoto (cf. I 30, 3) que indicaba el gusto por la ciencia y la cultura.

294 *Met' euteleías,* que literalmente significa «con economía, con poco gasto». Algunos han objetado que esta «sencillez» no está de acuerdo con el gusto por la belleza de la época de Pericles, con las construcciones de la Acrópolis, por ejemplo, cuyos mármoles, oro y marfiles no eran precisamente económicos (cf. *supra,* II 13, 3-5). Pero probablemente no se piensa aquí en el esplendor y en las construcciones de los últimos años, sino en el estilo de vida y en la moderación y equilibrio atenienses, con una literatura y unas manifestaciones artísticas capaces de evitar los excesos.

295 Se ha visto en este pasaje (II 40, 1-2) una referencia a la oposición entre dos géneros de vida, la *vita activa* y la *vita contemplativa,* que para Pericles, según cree Kakridis, se presentarían combinadas en los atenienses (cf. J. Th. Kakridis, «Der thukydideische Epitaphios: ein stilisticher kommentar», *Zetemata* 26, Munich, 1961, pág. 51). Otros ven una alusión a tres actividades o tipos de vida que se combinarían en el carácter ateniense: la filosofía *(philokaloûmen te gàr... kaì philosophoûmen...),* la riqueza o actividad económica *(ploútōi te chrṓmetha kaì tò pénesthai...),* y la política *(éni te toîs autoîs oikeíōn háma kaì politi-*

car a la vez su atención a sus asuntos particulares y a los públicos, y gentes que se dedican a diferentes actividades tienen suficiente criterio respecto a los asuntos públicos[296]. Somos, en efecto, los únicos que a quien no toma parte en estos asuntos lo consideramos no un despreocupado, sino un inútil; y nosotros en persona cuando menos damos nuestro juicio sobre los asuntos, o los estudiamos puntualmente[297], porque, en nuestra opinión, no son las palabras[298] lo que supone un perjuicio para la acción, sino el no informarse por medio de la palabra antes de proceder
3 a lo necesario mediante la acción[299]. También nos distinguimos en cuanto a que somos extraordinariamente audaces a la vez que hacemos nuestros cálculos sobre las acciones que vamos a emprender, mientras que a los otros la ignorancia les da coraje, y el cálculo[300], indecisión. Y es justo que sean considerados los más fuertes de espíritu

kôn epiméleia kaì hetérois...): una combinación tripartita similar, por ejemplo, a la de ciencia, gloria y riqueza *(philósophon, philónikon, philokerdés)* que encontramos en PLATÓN (cf. *República* VIII 580d-581c). Cf. J. S. RUSTEN, «Two lives or three? Pericles on the athenian character (Thucydides 2. 40. 1-2)», *The Classical Quarterly* n. s. 35 (1985), 14-19.

296 Reconocimiento de la *isēgoría,* el derecho a la participación política.

297 En el primer caso se refiere al conjunto de ciudadanos que en la asamblea expresan su juicio mediante el voto; en el segundo alude probablemente a quienes meditan y estudian las propuestas que luego van a presentar.

298 En contraste con la escasa afición espartana a los discursos (cf. *supra,* I 86).

299 La unión de la *palabra* y la *acción* era para los griegos, desde el mismo HOMERO (cf. *Ilíada* IX 443), un objetivo digno de los mejores afanes, a pesar de que no fuera alcanzado a menudo (cf. *Ilíada* XIII 726-734).

300 Cf. *supra,* II 11, 7.

quienes, aun conociendo perfectamente las penalidades y
los placeres, no por esto se apartan de los peligros. Tam- 4
bién en lo relativo a la generosidad somos distintos de la mayoría, pues nos ganamos los amigos no recibiendo favores, sino haciéndolos. Y quien ha hecho el favor está en mejores condiciones para conservar vivo, mediante muestras de benevolencia hacia aquel a quien concedió el favor, el agradecimiento que se le debe. El que lo debe, en cambio, se muestra más apagado, porque sabe que devuelve el favor no con miras a un agradecimiento sino
para pagar una deuda. Somos los únicos, además, que 5
prestamos nuestra ayuda confiadamente, no tanto por efectuar un cálculo de la conveniencia como por la confianza que nace de la libertad.

Resumiendo, afirmo que nuestra ciudad es, en su con- 41
junto, un ejemplo para Grecia[301], y que cada uno de nuestros ciudadanos individualmente puede, en mi opinión, hacer gala de una personalidad suficientemente capacitada para dedicarse a las más diversas formas de actividad con
una gracia y habilidad extraordinarias. Y que esto no es 2
alarde de palabras inspirado por el momento, sino la verdad de los hechos, lo indica el mismo poder de la ciudad, poder que hemos obtenido gracias a estas particularidades
que he mencionado. Porque, entre las ciudades actuales, 3
la nuestra es la única que, puesta a prueba, se muestra superior a su fama, y la única que no suscita indignación en el enemigo que la ataca, cuando éste considera las cualidades de quienes son causa de sus males, ni, en sus súb-

[301] Con frecuencia se da la traducción de que Atenas «es la escuela de Grecia», traducción muy expresiva que recuerda aquel famoso epigrama de *Helládos Hellàs Athênai (Antología Palatina* VII 45). Sin embargo, el término *paídeusis* como nombre de acción, no significa «escuela», sino «enseñanza, lección, ejemplo o modelo viviente».

ditos, el reproche de ser gobernados por hombres indig-
4 nos. Y dado que mostramos nuestro poder con pruebas importantes, y sin que nos falten los testigos, seremos admirados por nuestros contemporáneos y por las generaciones futuras, y no tendremos ninguna necesidad ni de un Homero que nos haga el elogio ni de ningún poeta que deleite de momento[302] con sus versos, aunque la verdad de los hechos destruya sus suposiciones sobre los mismos; nos bastará con haber obligado a todo el mar y a toda la Tierra a ser accesibles a nuestra audacia, y con haber dejado por todas partes monumentos eternos en recuerdo
5 de males y bienes[303]. Tal es, pues, la ciudad por la que estos hombres han luchado y han muerto, oponiéndose noblemente a que les fuera arrebatada, y es natural que todos los que quedamos estemos dispuestos a sufrir por ella[304].

42 Por esto precisamente me he extendido en lo relativo a la ciudad, a fin de haceros entender que la lucha no tiene el mismo significado para nosotros y para aquellos que no disfrutan de ventajas similares a las nuestras, y, al mismo tiempo, a fin de esclarecer con pruebas el elo-
2 gio de aquellos en cuyo honor estoy ahora hablando. Así

302 Cf. *supra,* I 22, 4.

303 Fracasos y éxitos, ya que los primeros también pueden ser gloriosos. Así podía considerarse, por ejemplo, la expedición ateniense a Egipto (cf. *supra,* I 110), demostración del espíritu emprendedor y del poderío de Atenas, y del valor de los hombres que participaron en la expedición, valor que constituye un motivo de gloria aun en caso de fracaso.

304 Después de celebrar las excelencias de Atenas, tras este magnífico canto a los ideales de su ciudad, pasa, conforme al plan previsto (cf. *supra,* II 36, 4), al elogio de los que han muerto por ella. Nada puede resultar tan efectivo como la conexión del elogio de los méritos de los caídos a la exaltación de la patria por la que se sacrificaron.

pues, lo principal de este elogio ya está dicho, dado que las excelencias por las que he ensalzado nuestra ciudad son el ornamento que le han procurado las virtudes de estos hombres y de otros hombres como ellos; y no son muchos los griegos, como es el caso de éstos, cuya alabanza pudiera encontrar correspondencia en sus obras. Me parece, asimismo, que el fin que éstos han tenido es una demostración del valor de un hombre, bien como primer indicio, bien como confirmación final. Porque incluso en el caso 3
de aquellos que fueron inferiores en otros aspectos es justo que se anteponga su bravura en la guerra luchando en defensa de su patria, pues borraron el mal con el bien y el servicio que prestaron en beneficio público compensó sobradamente los perjuicios ocasionados por su actuación privada. Ninguno de estos hombres se acobardó prefirien- 4
do seguir con el goce de sus riquezas ni trató de aplazar el peligro con la esperanza de su pobreza, de que conseguiría librarse de ella y se haría rico. Al contrario, considerando más deseable el castigo al adversario que aquellos bienes, y creyendo además que aquél era el más hermoso de todos los peligros, decidieron, haciéndole frente, castigar a los enemigos y seguir aspirando a los bienes, fiando a la esperanza lo incierto del éxito, pero juzgando preferible de hecho, ante la inminencia del peligro, confiar en sí mismos; y llegado el momento, pensaron que era más hermoso resistir hasta la muerte que ceder para salvar la vida; evitaron así la vergüenza del reproche, afrontaron la acción a costa de su vida, y en un instante determinado por el destino, en un momento culminante de gloria, que no de miedo, nos dejaron[305].

---

305 El color poético, con usos de palabras como *eulogía, hýmnēsa* y *katastrophḗ,* y el contenido tono patético de todo el capítulo concluyen

43 Así es como estos hombres se mostraron dignos de nuestra ciudad; y es menester que los que quedan hagan votos por tener frente al enemigo una disposición que apunte a un destino más seguro[306] sin consentir por ello ninguna pérdida de audacia. No debéis considerar la utilidad de esta actitud —sobre la que cabrían largas explicaciones que vosotros ya conocéis— sólo a través de las palabras de un orador que exponga todos los beneficios que derivan de defenderse contra el enemigo; debéis contemplar, en cambio, el poder de la ciudad en la realidad de cada día y convertiros en sus amantes[307], y cuando os parezca que es grande, debéis pensar que quienes consiguieron este poder eran hombres audaces y conocedores de su deber, que en sus acciones se comportaban con honor y que, si alguna vez fracasaban en algún intento, no querían por ello privar a la ciudad de su valor, sino que le ofre-
2 cían la contribución más hermosa. Daban su vida por la comunidad recibiendo a cambio cada uno de ellos particularmente el elogio que no envejece y la tumba más insigne, que no es aquella en que yacen, sino aquella en la que su gloria sobrevive para siempre en el recuerdo, en cualquier tiempo en que surja la ocasión para recordarlos
3 tanto de palabra como de obra. Porque la Tierra entera[308]

---

con este expresivo final eufemístico: *apēllăgēsan*, «se fueron», «nos dejaron».

306 Cf. Sófocles, *Áyax* 550-551.

307 *Kath' hēméran theōménous kaì erastàs gignoménous autês*, «el amor a la patria conectado a la realidad de cada día». Se trata seguramente del amor a la ciudad, no a su poder, tal como parecen demostrar otros pasajes de autores contemporáneos en los que se utiliza el sustantivo *erastḗs* en el mismo sentido (cf. Aristófanes, *Acarnienses* 143; *Caballeros* 732, 1340-44; Platón, *Alcibíades* 132a).

308 *Andrôn găr epiphanôn pâsa gê táphos*. El tono poético, las imágenes y las fórmulas marcan el estilo de este discurso.

es la tumba de los hombres ilustres, y no sólo en su pa-
tria existe la indicación de la inscripción grabada en las
estelas, sino que incluso en tierra extraña pervive en cada
persona un recuerdo no escrito, un recuerdo que está más
en los sentimientos que en la realidad de una tumba. Tra- 4
tad, pues, de emular a estos hombres, y estimando que
la felicidad se basa en la libertad y la libertad en el co-
raje, no miréis con inquietud los peligros de la guerra.
No son, en efecto, los desgraciados, para quienes no existe 5
la esperanza de bien alguno, los que pueden despreciar la
vida con más razón, sino aquellos que, al seguir viviendo,
corren el riesgo de un cambio de fortuna desfavorable y
para quienes, en caso de fracaso, las diferencias son enor-
mes[309]. Porque para un hombre con pundonor la degra- 6
dación que acompaña a la miseria[310] resulta más doloro-
sa que una muerte que sobreviene sin ser sentida en la
plenitud de su vigor y de la esperanza colectiva.

Ésta es la razón por la que ahora no me voy a dirigir 44
a los padres de estos hombres, que asistís a este acto, con
lamentaciones de compasión, sino con palabras de con-
suelo[311]. Sabido es[312] que la vida se va haciendo a través

---

309 Cf. *supra,* II 42, 1.

310 *Kákōsis* tiene aquí probablemente, en relación con el contexto, el sentido de «pérdida de fuerza, cambio de fortuna o desventura, miseria». (Cf. A. W. GOMME, *op. cit.* II, pág. 139). Para otros tiene simplemente el valor habitual de «cobardía».

311 Cf. PLATÓN, *Menéxeno* 247c-d.

312 El texto dice literalmente «ellos saben» refiriéndose al parecer a los padres de los caídos que asisten al acto. Hay, pues, un paso brusco, de una segunda a una tercera persona que no resulta cómodo. Sobre la estructura de esta *consolatio* a los padres, cf. O. LONGO, «La *consolatio ad parentes* di Pericle (Tucidide II 44)», *Rivista di Cultura classica e medioevale* 19 (1977), 451-479. Se establece una gradación en el consuelo.

de vicisitudes de diverso signo, y la dicha es de quienes alcanzan la mayor nobleza con su muerte, como éstos ahora, y con su dolor, como es vuestro caso, y de aquellos cuya vida fue medida para que la felicidad y el fin
2 de sus días coincidieran[313]. Me doy perfecta cuenta de que es difícil convenceros tratándose de vuestros hijos cuyo recuerdo os vendrá con frecuencia cuando asistáis a los momentos de dicha de los otros, momentos dichosos con los que también vosotros os regocijabais un día; y el dolor no procede de los bienes de los que uno se ve privado sin haberlos experimentado, sino de aquel del que uno ha
3 sido desposeído una vez habituado a él. Pero es preciso ser fuertes, siquiera por la esperanza de tener otros hijos, los que todavía estáis en edad de engendrarlos; en la vida privada los hijos que vendrán serán para algunos un motivo de olvido de los que ya no están con nosotros, y la ciudad saldrá beneficiada por dos razones: no perderá población y ganará en seguridad. Porque no es posible que tomen decisiones justas y equitativas quienes no afrontan el peligro exponiendo también a sus propios hijos, igual
4 que los demás. Y cuantos ya habéis pasado la edad, considerad como una ganancia el hecho de haber sido dichosos durante la mayor parte de vuestra vida, pensad que la parte que os queda será breve[314], y consolaos con el renombre de estos muertos[315]. El amor a la gloria es, en efecto, lo único que no envejece, y en la época improduc-

[313] Conocido pensamiento griego. Cf. Sófocles, *Edipo Rey* 1528-30; Eurípides, *Troyanas* 509-510; Heródoto, I 30-32.

[314] Triste consuelo. Cf. Eurípides, *Alcestis* 649-650.

[315] Cf. Sófocles, *Antígona* 703-704.

tiva de la vida lo que da mayor satisfacción no son las ganancias, como dicen algunos[316], sino los honores.

Y para vosotros[317], hijos o hermanos de estos caídos 45
que os encontráis aquí, veo que la lucha para estar a su altura será ardua, porque todo el mundo tiene la costumbre de elogiar a quien ya no existe, y aun en el colmo del valor, difícilmente se os considerará no ya iguales, sino un poco por debajo de ellos. La envidia de los vivos, en efecto, se enfrenta a lo que se les opone, pero lo que no les supone ningún obstáculo es respetado con una benevolencia sin oposición[318]. Y si es necesario que me refiera 2
a la virtud femenina, a propósito de las que ahora vivirán en la viudez, lo expresaré todo con un breve consejo: si no os mostráis inferiores a vuestra naturaleza, vuestra reputación será grande, y será grande la de aquella cuyas virtudes o defectos anden lo menos posible en boca de los hombres[319].

---

316 Simónides de Ceos, entre otros, según ARISTÓFANES, *Paz* 697-699, y PLUTARCO, *Moralia* 786b.

317 Cf. PLATÓN, *Menéxeno* 246d-247b.

318 Acerca de este pensamiento han sido recordados los versos de HORACIO (*Odas* III 24, 31-32):

Virtutem incolumen odimus,
sublatam ex oculis quaerimus invidi.

Cf. ESQUILO, *Prometeo* 521, y *Agamenón* 382. Sobre la envidia, cf., asimismo, *supra,* II 35, 2-3.

319 Se ha señalado la frialdad del consuelo a los familiares de los caídos (del 44, 3 al 45) en contraste con el calor de las palabras pronunciadas acerca de la grandeza de Atenas y de los ideales de su ciudadanía. Este hecho estaría de acuerdo con las noticias que tenemos sobre el carácter de Pericles (cf. PLUTARCO, *Pericles* 5 y 7). Sobre los conceptos de «honor» y «amor a la honra» *(philotimía)* y de «reputación» *(dóxa)* y «vergüenza» *(aidṓs)* en la mujer que aquí se reflejan, cf. P.

46 He expuesto, pues, con mis palabras todo lo que, de acuerdo con la costumbre, tenía por conveniente; en cuanto a los hechos, por lo que respecta a los hombres a los que damos sepultura, ya han recibido los honores funerarios, y por lo que respecta a sus hijos, de ahora en adelante la ciudad los mantendrá a expensas públicas[320] hasta la adolescencia, ofreciendo así una útil corona, en premio de tales juegos[321], a los muertos y a los que quedan; pues las ciudades donde están establecidos los mayores premios al valor son también aquellas donde viven los
2 mejores ciudadanos. Ahora, en fin, después de cumplir las lamentaciones en honor de los parientes respectivos, retiraos[322].»

WALCOT, «The funeral speech. A study of values», *Greece and Rome* s. 2, 20 (1973), 111-121; J. G. PERISTIANY (ed.), *Honour and Shame, the values of Mediterranean Society = El concepto del honor en la sociedad mediterránea* [trad. J. M. GARCÍA DE LA MORA], Barcelona, 1968.

320 Cf. PLATÓN, *Menéxeno* 249b. Los hijos de los combatientes muertos eran educados por el Estado hasta los 16 años.

321 Metáforas tomadas de los concursos atléticos.

322 Este mismo final formulario lo encontramos en el *Menéxeno* (cf. 249c) de Platón.

SEGUNDO AÑO DE GUERRA

Fin del invierno y del primer año de guerra. Segunda invasión del Ática. Se declara la epidemia en Atenas[323]

47 Así se celebraron los funerales en este invierno, transcurrido el cual terminó el primer año de esta guerra[324]. 2 Y tan pronto como comenzó el verano[325], los peloponesios y sus aliados, con dos tercios de sus fuerzas[326], invadieron, como la primera vez, el Ática; los mandaba Arquidamo, hijo de Zeuxidamo, rey de los lacedemonios[327]. Y después de tomar posiciones procedieron a devastar el territorio. 3 No hacía aún muchos días que estaban en el Ática cuando comenzó a declararse por pri-

323 En este capítulo, tras el discurso fúnebre de Pericles, empieza la famosa descripción de la peste de Atenas, otro celebrado texto de Tucídides, elogiado por su capacidad de observación clínica y psicológica. La naturaleza de la epidemia que se describe es un tema que ha suscitado una larga controversia, no resuelta definitivamente, en la que han intervenido médicos y filólogos clásicos intentando conjugar los conocimientos de la ciencia médica con una exacta interpretación del texto tucidídeo. Se han sugerido numerosas identificaciones, y hoy día se considera muy problemático encajar la epidemia dentro del cuadro de una determinada enfermedad con sus características actuales. Lo que anima, sin embargo, a quien intenta una identificación es la confianza en Tucídides (aunque hay, desde luego, opiniones en sentido contrario: cf., por ejemplo, S. L. RADT, «Zu Thukydides' Pestbeschreibung», *Mnemosyne* s. 4, 31 [1978], 233-245). Para una posible identificación, cf. Apéndice.

324 Se cierra aquí el primer año de guerra. Cf. *infra,* II 103, 2; III 25, 2, etc.

325 Del 430 a. C.

326 Cf. *supra,* II 10, 2, n. 67.

327 Cf. *supra,* II 19, 1, n. 149; *infra,* II 71, 1.

mera vez entre los atenienses la epidemia[328], que, según se dice, ya había hecho su aparición anteriormente en muchos sitios, concretamente por la parte de Lemnos y en otros lugares[329], aunque no se recordaba que se hubiera producido en ningún sitio una peste tan terrible y una tal
4 pérdida de vidas humanas. Nada podían hacer los médicos por su desconocimiento de la enfermedad que trataban por primera vez[330]; al contrario, ellos mismos eran los principales afectados por cuanto que eran los que más se acercaban a los enfermos[331]; tampoco servía de nada ninguna

---

328 Esta *peste de Atenas* descrita por Tucídides fue objeto de interesantes imitaciones: LUCRECIO, VI 1138-1286, que nos ofrece una descripción vigorosa con algunos detalles no procedentes de Tucídides que sin duda fueron tomados de los tratados hipocráticos; PROCOPIO, *De bello Persico* II 22-23, con una descripción de la peste bubónica de Constantinopla del 542 y 543, y CANTACUCENO, IV 8, que describe la epidemia de 1347.

329 La localización no es muy precisa. Respecto a Lemnos, cf. *supra*, I 115, n. 719.

330 Es un dato importante; se trata de una enfermedad nueva en Atenas, desconocida por los médicos; estamos, pues, ante un mal que ataca a una sociedad que no lo ha sufrido anteriormente, con lo que sus efectos, en una población sin ninguna inmunización, son lógicamente más violentos. La epidemia de Atenas podría ser posteriormente una enfermedad mucho más benigna.

331 Enfermedad, por tanto, infecciosa (cf. *infra*, II 51, 5; 58, 2), que se transmitía, al parecer, por contagio de persona a persona. Este hecho fue utilizado por Sir William Mac Arthur como argumento para diagnosticar el tifus con una certeza casi absoluta, ya que «el tifus es único como *morbus medicorum*, y desde la Antigüedad hasta nuestros días ha sido la única enfermedad infecciosa por la que mueren los médicos» (palabras de una carta de W. P. Mac Arthur a A. W. Gomme, cf. A. W. GOMME, *op. cit.* II, pág. 153). El hecho de una transmisión persona a persona, en cambio, constituye un serio obstáculo para las posibilidades de la leptospirosis y la tularemia (cf. A. J. HOLLADAY, J. C. F. POOLE, art. cit., *C. Q.* 34 (1984).

otra ciencia humana. Elevaron, asimismo, súplicas en los templos, consultaron a los oráculos y recurrieron a otras prácticas semejantes; todo resultó inútil, y acabaron por renunciar a estos recursos vencidos por el mal.

La peste de Atenas

Descripción, proceso y efectos de la enfermedad

48 Apareció por primera vez, según se dice, en Etiopía[332], la región situada más allá de Egipto, y luego descendió hacia Egipto y Libia y a la mayor parte del territorio del
2 Rey. En la ciudad de Atenas se presentó de repente[333],

---

332 El país de los etíopes o «gentes de rostro quemado», el Egipto meridional y Sudán (cf. Heródoto, II 29, 3-7; 146, 2). El origen africano ha sido esgrimido por los defensores de la hipótesis de la viruela, enfermedad endémica en África.

333 Obsérvese que la descripción de la epidemia sigue inmediatamente al discurso fúnebre de Pericles, el más bello elogio probablemente que haya sido escrito sobre Atenas. El contraste es violento; Pericles morirá poco después de la peste; frente a los cálculos del hombre de estado, surge la peste, que modificará las previsiones. La Guerra del Peloponeso se abre prácticamente con esta trágica peste, en una curiosa similitud con la peste de Apolo de la *Ilíada,* puntos de partida de la tragedia posterior. Cf., en este sentido, M. C. Mittelstadt, «The Plague in Thucydides: an extended metaphor?», *Rivista di Studi Classici* 16 (1968), 145-154. Sobre el paralelismo política-medicina, los paralelismos literarios de la descripción tucidídea de la peste, y la gran sensibilidad artística de Tucídides al conectar el episodio de la peste al epitafio de Pericles. Cf. J. Alsina, «¿Un modelo literario de la descripción de la peste de Atenas?», *Emerita* 55 (1987), 1-13.

y atacó primeramente a la población del Pireo[334], por lo que circuló el rumor entre sus habitantes de que los peloponesios habían echado veneno en los pozos, dado que todavía no había fuentes[335] en la localidad. Luego llegó a la ciudad alta, y entonces la mortandad ya fue mucho
3 mayor. Sobre esta epidemia, cada persona, tanto si es médico como si es profano[336], podrá exponer, sin duda, cuál fue, en su opinión, su origen probable así como las causas de tan gran cambio que, a su entender, tuvieron fuerza suficiente para provocar aquel proceso[337]. Yo, por mi parte, describiré cómo se presentaba; y los síntomas con cuya

---

334 Introducida sin duda por las tripulaciones de los barcos que llegaban al puerto.

335 Fuentes construidas y con cañería *(krênai,* cf. *supra,* II 15, 5), cuyas aguas están más protegidas contra un envenenamiento, por oposición a los pozos o cisternas *(phréata).* Basándose en un escolio de ARISTÓFANES, *Aves* 997, se conjeturó que las fuentes del Pireo fueron construidas más tarde, en el 414 a. C., por el geómetra Metón. No existe, sin embargo, seguridad al respecto, y hay pruebas arqueológicas de que el agua llegaba al Pireo desde el Iliso en la época clásica. Es probable que después de la peste fueran construidos acueductos y fuentes; los pozos y cisternas estarían contaminados y se pretendería evitar otros desastres en el futuro. Cf., asimismo, PAUSANIAS, I 14, 1, que habla de la existencia —confirmada por la arqueología— de numerosos pozos, pero se refiere a una sola fuente, la Eneacruno (Calírroe). Cf. *supra,* II 15, 5, n. 131.

336 Los médicos y los filólogos clásicos, en efecto, así lo han hecho hasta nuestros días.

337 Se trasluce aquí el entusiasmo de Tucídides por los métodos hipocráticos, especialmente por la *prógnōsis.* Piensa que interesarán las causas de la enfermedad, pero él se limita a la descripción de los síntomas en la idea de que sus observaciones puedan resultar útiles en el futuro. Casi parece tener a gala haber padecido la enfermedad, lo que le permite un conocimiento más directo, como el de su método histórico (cf. *supra,* I 22, 1-2; 4; 23, 5).

observación, en el caso de que un día sobreviniera de nuevo[338], se estaría en las mejores condiciones[339] para no errar en el diagnóstico[340], al saber algo de antemano, también voy a mostrarlos, porque yo mismo padecí la enfermedad y vi personalmente a otros que la sufrían[341].

---

338 La epidemia se repitió muy pronto, en el 427 (cf. *infra,* III 87).

339 La esperanza de Tucídides, sin embargo, como observaba A. W. Gomme, *op. cit.* II, pág. 150, no se ha visto realizada. Buena prueba de ello la tenemos en la interminable controversia en torno al diagnóstico retrospectivo de la enfermedad.

340 El médico reconoce al enfermo y a partir de sus observaciones y de lo que el enfermo le cuenta construye la historia clínica. Lo esencial es la *prógnōsis* que, en palabras de Littré, es una «síntesis de pasado, presente y futuro», en el sentido de que el pronóstico abarca el diagnóstico, es decir, la observación de los síntomas presentes, y mediante la *anámnēsis* y el *logismós* conecta con el pasado y el futuro de la enfermedad (cf. E. Vintró, *Hipócrates y la nosología hipocrática,* Barcelona, 1973, págs. 175-195). Del mismo modo que al autor de *El Pronóstico* le parece excelente «que el médico se ejercite en la previsión», «pues si conoce de antemano y predice ante los enfermos sus padecimientos presentes, los pasados, y los futuros (en el sentido de deducir el pasado y el futuro del estado presente), y les relata por completo incluso los síntomas que los pacientes omiten contar, logrará una mayor confianza en que conoce las dolencias de los pacientes, de manera que las personas se decidirán a encomendarse a sí mismas al médico. Y así dispondrá del mejor modo el tratamiento, al haber previsto lo que va a ocurrir a partir de la situación actual» (traducción de C. García Gual, cf. *Tratados Hipocráticos* I, Madrid, B.C.G. 63, 1983, pág. 329), del mismo modo —decimos— le parece excelente a Tucídides el método hipocrático, método que no sólo preside este pasaje, sino que es trasladado por Tucídides a su *Historia,* que, en palabras de Cochrane, «supone un intento de aplicar al estudio de la vida social los métodos que Hipócrates utilizaba en el arte de curar, y tiene un exacto paralelo en los intentos de los modernos historiadores científicos de aplicar cánones de interpretación evolucionista derivados de la ciencia darwiniana» (cf. C. N. Cochrane, *op. cit.*, pág. 3).

341 Su propia experiencia y sus propias observaciones sobre la experiencia de otros.

49 Aquel año, como todo el mundo reconocía, se había visto particularmente libre de enfermedades[342] en lo que a otras dolencias se refiere; pero si alguien había contraído
2 ya alguna, en todos los casos fue a parar a ésta. En los demás casos, sin embargo, sin ningún motivo que lo explicase[343], en plena salud y de repente, se iniciaba[344] con una intensa sensación de calor en la cabeza y con un enrojecimiento e inflamación en los ojos; por dentro, la faringe y la lengua quedaban enseguida inyectadas[345], y la respiración se volvía irregular y despedía un aliento fétido.
3 Después de estos síntomas, sobrevenían estornudos y ronquera, y en poco tiempo el mal bajaba al pecho[346] acompañado de una tos violenta[347]; y cuando se fijaba en el estómago[348], lo revolvía y venían vómitos con todas las

---

342 *Ánoson.* Cf. Ch. Lichtenthaeler, *op. cit.*, págs. 45-46.

343 *Ap'oudemiâs prophásеōs.* Sobre *próphasis*, cf. *supra*, I 23, 6, n. 167. H. R. Rawlings III *(A Semantic Study of Prophasis to 400 B. C.*, Hermes Einzelschr. 33, Wiesbaden, 1975) ha estudiado el término.

344 A partir de aquí comienza la imitación de Lucrecio, VI 1143 ss.

345 *Euthýs haimatṓdē ên.* El adjetivo *haimatṓdēs* es normal en los médicos para indicar el color sanguinolento cuando ciertos órganos quedan inyectados de sangre.

346 *Katébainen es tà stḗthē ho pónos:* es frecuente que el mal se describa de esta manera, empezando en la cabeza y descendiendo a continuación.

347 Un hecho curioso: *bḗx*, «tos», es masculino en Tucídides, mientras que en Hipócrates es femenino.

348 Según otros: «cuando se fijaba en el corazón, lo alteraba...». El significado de *kardía* en este pasaje ha sido objeto de polémica. Según Galeno (V 275 Kühn, cf. *Schol. Thuc. ad loc.), kardía* significa aquí *tò stóma tēs gastrós*, «el orificio cardíaco del estómago, el cardias»; de ahí que se haya venido traduciendo por «estómago», seguramente bajo la influencia, además, del verbo *anastréphein*, «revolver», que viene a continuación, seguido de «vómitos» en la frase siguiente. Sin embargo,

secreciones de bilis que han sido detalladas por los médi-
cos, y venían con un malestar terrible. A la mayor parte 4
de los enfermos les vinieron también arcadas sin vómito[349]
que les provocaban violentos espasmos, en unos casos lue-
go que remitían los síntomas precedentes[350] y, en otros,
mucho después. Por fuera el cuerpo no resultaba excesiva- 5
mente caliente al tacto, ni tampoco estaba amarillento[351],
sino rojizo, cárdeno y con un exantema de pequeñas am-

---

no parece que éste sea el significado más corriente en los tratados médicos, donde *kardía* se aplica con frecuencia al «corazón» (cf. D. L. Page, *art. cit.*, pags. 100 y 106). A pesar de ello, influenciados por el contexto y apoyándonos en usos del término y de derivados aplicados al «estómago» en *Epidemias* I y III y en el *Pronóstico*, mantenemos la traducción de «estómago» (cf. Ch. Lichtenthaeler, *op. cit.*, págs. 53-55; 86).

349 Literalmente «hipo vano», pero incluye el esfuerzo por vomitar, las arcadas sin vómito. Cf. A. W. Gomme, *op. cit.* II, pág. 155, y D. L. Page, *art. cit.*, pág. 101.

350 *Metà taûta lōphḗsanta:* tomado junto, relacionado a los síntomas que precedían, los vómitos de bilis *(apokathárseis kholês)*. Otros, entendiendo el *lōphḗsanta* referido a *spasmón*, traducen «violentos espasmos, que en unos casos remitían en seguida y en otros mucho después».

351 *Khlōrón*, «amarillento», *hypérythron*, «rojizo», y *pelitnón*, «cárdeno» o «lívido» (en el sentido del latín *lividus*, de color plomizo, o del color cárdeno oscuro de los hematomas), son tres términos de colores que encontramos con frecuencia en los escritos médicos (cf., por ej., *Pronóstico* 24, 64; *Hippocrates* II, W. H. S. Stuart Jones, Loeb, págs. 52-53). En este caso la ausencia del color amarillento de la ictericia constituye un argumento, por ejemplo, en contra de que la epidemia fuera de leptospirosis, dado que la ictericia es un síntoma importante de las infecciones leptospirales (cf. A. J. Holladay, J. C. F. Poole, «Thucydides and the Plague: a further footnote», *The Classical Quarterly* n. s. 34 (1984).

pollas[352] y de úlceras; pero por dentro quemaba de tal modo que los enfermos no podían soportar el contacto de vestidos y lienzos muy ligeros ni estar de otra manera que desnudos, y se habrían lanzado al agua fría con el mayor placer. Y esto fue lo que en realidad hicieron, arrojándose a los pozos, muchos de los enfermos que estaban sin vigilancia[353], presos de una sed insaciable; pero beber más
6 o beber menos daba lo mismo. Por otra parte, la imposibilidad de descansar y el insomnio los agobiaban continuamente. El cuerpo, durante todo el tiempo en que la enfermedad estaba en plena actividad, no quedaba agotado[354], sino que resistía inesperadamente el sufrimiento; así, o perecían, como era el caso de la mayoría, a los nueve o a los siete días, consumidos por el calor interior, quedándoles todavía algo de fuerzas, o, si conseguían superar esta crisis, la enfermedad seguía su descenso hasta el vientre, donde se producía una fuerte ulceración a la vez que sobrevenía una diarrea sin mezclar[355], y, por lo común, se

---

[352] *Phlýktaina,* «flictena», es el término normal en los médicos para los exantemas de ampollas.

[353] Este deseo de los enfermos de lanzarse al agua es una de las semejanzas que se han señalado con la epidemia de sarampión de las islas Fidji de 1875: «Unless watched, the men have a tendency to walk into the water by way of reducing the fever under wich they suffer» (citado por D. L. Page, art. cit., pág. 118). Sobre la construcción de este pasaje, cf. S. L. Radt, «Zu Thukydides' Pestbeschreibung», *Mnemosyne* s. 4, 31 (1978), 233-245.

[354] La ausencia de postración física es un síntoma a tener en cuenta. Los enfermos eran capaces de realizar esfuerzo físico en la primera etapa de la enfermedad. Este hecho se utiliza de argumento contra la posibilidad de que fuera viruela, enfermedad caracterizada por la absoluta postración en la primera etapa (cf. D. L. Page, art. cit., págs. 111 y 113-114).

[355] *Diarroías háma akrátou epipiptoúsēs.* Literalmente, una diarrea «sin mezcla», o «mal mezclada»; *ákratos* es un epíteto que se aplica a

perecía a continuación a causa de la debilidad que aquélla provocaba. El mal, después de haberse instalado primero 7
en la cabeza, comenzando por arriba recorría todo el cuer-

---

diárroia indicando la ausencia de mezcla, de *krâsis*, concepto del que se habla con frecuencia en los escritos hipocráticos; la «mezcla» es garantía de salud y en la falta de *krêsis* de los humores, en la *apókrisis* o «disgregación», radica la enfermedad. La *pépsis*, la «cocción», equivalente en sentido amplio a nuestra «digestión», se presenta ligada a la «mezcla»; una buena digestión y una buena mezcla son signo de salud. Así lo leemos en los tratados hipocráticos: «En una enfermedad muy duradera, falta de apetito y deposiciones sin mezclar son mala señal» (*Aforismos* 7, 6); «a causa de una dieta fuerte y propia de animales, al tomar crudas y no equilibradas cosas que tenían grandes principios activos, los hombres padecían dolores, sufrimientos terribles y muertes fulminantes...»; por ello «mezclaron y equilibraron... los elementos fuertes con otros más débiles, adaptándolos todos a la naturaleza y capacidad del hombre, guiados por la idea de que si los comían siendo fuertes su organismo no podría asimilarlos y causarían dolores, enfermedades y muerte; y que, por el contrario, aquellos que pudieran asimilar redundarían en nutrición, crecimiento y salud» (*Sobre la Medicina Antigua* 3). «En el organismo se encuentran lo salado, lo amargo, lo dulce, lo ácido, lo astringente, lo insípido y otros muchos elementos más, dotados de principios activos distintos en cantidad y fuerza. Mezclados y combinados unos con otros, pasan inadvertidos y no perjudican al hombre; pero en el momento en que alguno se disgrega e individualiza, entonces se deja sentir y causa sufrimiento al hombre» (*Sobre la Medicina Antigua* 14). «Los flujos de humores que van a la garganta, que producen tos y anginas, erisipelas y perineumonías, salen al principio salados, líquidos y ácidos, siendo éste el momento en que las enfermedades alcanzan su máxima virulencia; cuando, por el contrario, se hacen más espesos y están más cocidos y sin ninguna acidez, es el momento en que cesan las fiebres y los otros males» (*Sobre la Medicina Antigua* 19); del mismo modo que antes se dice «el ardor en la nariz no cesa cuando empieza a salir la mucosidad y hay inflamación, sino cuando aquélla fluye más espesa y menos acre, cocida y más mezclada con la anterior. Entonces es cuando cesa también el ardor» (*Sobre la Medicina Antigua* 18). «El vómito más beneficioso es cuando está compuesto de flema y bilis en gran medida y no se vomita [ni] espeso [ni mucho] en demasía.

po, y si uno sobrevivía a sus acometidas más duras, el
8 ataque a las extremidades era la señal que dejaba: afectaba, en efecto, a los órganos genitales y a los extremos de las manos y de los pies; y muchos se salvaban con la pérdida de estas partes[356], y algunos incluso perdiendo los ojos. Otros, en fin, en el momento de restablecerse, fueron víctimas de una amnesia total y no sabían quiénes eran ellos mismos ni reconocían a sus allegados[357].

Los peores son los menos mezclados» (*Pronóstico* 13; cf. C. García Gual, M.ª D. Lara Nava, J. A. López Férez, B. Cabellos Álvarez, *Tratados Hipocráticos* I, Madrid, B.C.G. 63, 1983). Una diarrea «sin mezclar» es, por tanto, insana; igual que cuando un líquido, como es el caso del vino, es *merum* «puro», «sin mezcla», su fuerza y violencia son mayores; hay predominio de un elemento activo. D. L. Page («Thucydides description of the great plague», *The Classical Quarterly* 47 (1953), 102-103) entiende la diarrea *ákrātos* como una diarrea «uniformemente fluida», «completamente líquida» (cf. G. Donini, *op. cit.* I, pág. 351), argumentando que el término *ákrētos* no suele utilizarse como calificativo de la disentería en el sentido que se da a ésta en los escritos hipocráticos, es decir, a deposiciones de sangre, mucus, pus, etc.; la disentería, *dysenteríē*, ya es por naturaleza *ákrētos* (cf. *Aforismos* 7, 23), y el adjetivo sería superfluo; la diarrea, por el contrario, puede variar en su grado de mezcla o composición, y de ahí que el calificativo *ákrētos* sirva —dice Page— para indicar la diarrea de fluidez uniforme, completamente líquida. Sobre ello, cf. la crítica de S. L. Radt, «Zu Thukydides' Pestbeschreibung», *Mnemosyne* 31 (1978), 236-238.

356 Lucrecio entendió que esta pérdida era por amputación, *ferro;* es dudoso que fuera de este modo (cf. A. W. Gomme, *op. cit.* II, pág. 156). La gangrena en las extremidades, debida a trombosis vasculares, es frecuente en los tifus de guerra, como observó W. P. Mac Arthur («The Plague of Athens», 243), que vio en ello otro argumento de peso para pensar en el tifus antes que en otras fiebres epidémicas.

357 Se distinguen en la descripción de la epidemia cuatro períodos: 1) *Período de incubación.* La enfermedad no aparece gradualmente, sino de forma súbita, sin causa aparente. El enfermo pasa sin transición de la salud a la enfermedad. 2) *Un período de siete o nueve días,* con la

La naturaleza de esta enfermedad fue tal que escapa 50
sin duda a cualquier descripción; atacó a cada persona con más virulencia de la que puede soportar la naturaleza humana, pero sobre todo demostró que era un mal diferente a las afecciones ordinarias en el siguiente detalle: las aves y los cuadrúpedos que comen carne humana, a pesar de haber muchos cadáveres insepultos, o no se acercaban,
o si los probaban perecían[358]. Y he aquí la prueba: la 2
desaparición de este tipo de aves fue notoria, y no se las veía ni junto a ningún cadáver ni en ningún otro sitio; los perros, en cambio, por el hecho de vivir con el hombre, hacían más fácil la observación de los efectos.

---

enfermedad en plena actividad, fatal para la mayoría. La descripción de este período tiene dos partes: a) *los síntomas principales* en el orden en que aparecían: primero, sensación de calentura en la cabeza; enrojecimiento e inflamación en los ojos; faringe y lengua inyectadas; respiración irregular y aliento fétido; después, estornudos y ronquera; y, en poco tiempo, el mal baja al pecho, con violenta tos; se fija en el estómago/corazón, tras lo cual sobrevienen vómitos de bilis y malestar general; arcadas sin vómito y espasmos. b) *los fenómenos observables* durante este período: cuerpo no excesivamente caliente al tacto, pero calor interno irresistible; piel rojiza y cárdena, sin manifestaciones de ictericia; exantema de ampollas y úlceras; sed insaciable; hiperestesia, desasosiego e insomnio; depresión y sufrimiento, pero no postración. 3) *El período siguiente a los siete o nueve días,* en caso de sobrevivir. La enfermedad sigue su descenso: violenta ulceración intestinal, diarrea, seguida de gran debilidad y, generalmente, de muerte. 4) En caso de seguir sobreviviendo, *un período de complicaciones y secuelas:* gangrena de las extremidades y genitales; pérdida de visión, y, en algunos casos, de memoria. Este proceso debió de acentuarse debido a las deficiencias dietéticas, posiblemente al escorbuto. Piénsese que la epidemia estalló en el Pireo después del invierno, una época con falta de fruta fresca y de vitamina C, carencia sin duda agravada por el estado de sitio.

358 Era, por tanto, una enfermedad epidémica y epizoótica (cf. J. A. H. Wylie, H. W. Stubbs, art. cit., pág. 6). Las aves y los perros la sufrían.

51 Tal era, pues, en general el carácter de la enfermedad, dejando a un lado otros muchos aspectos extraordinarios, dado que cada caso presentaba alguna particularidad que lo diferenciaba de otros. Y durante aquel tiempo ninguna de las enfermedades corrientes hacía sentir sus efectos, y
2 si sobrevenía alguna, acababa en aquélla. Unos morían por falta de cuidados y otros a pesar de estar perfectamente atendidos. No se halló ni un solo remedio, por decirlo así, que se pudiera aplicar con seguridad de eficacia; pues lo que iba bien a uno a otro le resultaba perjudicial.
3 Ninguna constitución, fuera fuerte o débil, se mostró por sí misma con bastante fuerza frente al mal; éste se llevaba a todos, incluso a quienes eran tratados con todo tipo de
4 dietas. Pero lo más terrible de toda la enfermedad era el desánimo que se apoderaba de uno cuando se daba cuenta de que había contraído el mal (porque entregando al punto su espíritu a la desesperación, se abandonaban por completo sin intentar resistir)[359], y también el hecho de que morían como ovejas[360] al contagiarse debido a los cuidados de los unos hacia los otros[361]: esto era sin duda lo
5 que provocaba mayor mortandad. Porque si, por miedo, no querían visitarse los unos a los otros, morían abandonados, y muchas casas quedaban vacías por falta de alguien dispuesto a prestar sus cuidados; pero si se visitaban, perecían, sobre todo quienes de algún modo hacían

---

359 Se producía la depresión, el desánimo *(athymía)* y el estado de desesperación *(tò anélpiston)*, pero no la postración física en la primera fase (cf. *supra*, II 49, 6).

360 Cf. Lucrecio, VI 1236: «lanigeras tanquam pecudes et bucera secla».

361 Cf. *supra*, II 47, 4, y 50, 1. Se insiste en que era contagiosa.

gala de generosidad[362], pues, movidos por su sentido del honor no tenían ningún cuidado de sí mismos entrando en casa de sus amigos cuando[363], al final, a los mismos familiares, vencidos por la magnitud del mal, ya no les quedaban fuerzas ni para llorar a los que se iban. No 6
obstante, eran los que ya habían salido de la enfermedad quienes más se compadecían de los moribundos y de los que luchaban con el mal por conocerlo por propia experiencia y hallarse ya ellos en seguridad; la enfermedad, en efecto, no atacaba por segunda vez a la misma persona[364], al menos hasta el punto de resultar mortal. Así, recibían el parabién de los demás, y ellos mismos debido a su extraordinaria alegría del momento abrigaban para el futuro la vana esperanza de que ya ninguna enfermedad podría acabar con ellos.

En medio de sus penalidades les supuso un mayor ago- 52
bio la aglomeración ocasionada por el traslado a la ciudad de las gentes del campo, y quienes más lo padecieron fueron los refugiados[365]. En efecto, como no había casas dis- 2
ponibles y habitaban en barracas sofocantes[366] debido a

---

362 De espíritu humanitario, basado en el valor o en el sentido del deber. Sobre *aretḗ* en un sentido semejante, cf. *supra,* I 33, 2; 69, 1; II 40, 4.

363 O «dado que» con sentido causal.

364 Tras padecer la enfermedad, la inmunidad parece que debía de ser alta; el mal no solía atacar a la misma persona por segunda vez, al menos con efectos fatales. De todas formas, ninguna afirmación en este pasaje parece ser absoluta; sólo se deduce el alto grado de inmunización, dato que puede ser interesante al intentar la identificación de la enfermedad.

365 La situación de aglomeración debió de agravar, sin duda, los problemas de una enfermedad contagiosa. Cf. Diodoro, XII 45, 2.

366 Cf. Aristófanes, *Caballeros* 792-793.

la época del año, la mortandad se producía en una situación de completo desorden; cuerpos de moribundos yacían unos sobre otros, y personas medio muertas se arrastraban por las calles y alrededor de todas las fuentes movidos
3 por su deseo de agua[367]. Los santuarios en los que se habían instalado[368] estaban llenos de cadáveres, pues morían allí mismo; y es que ante la extrema violencia del mal, los hombres, sin saber lo que sería de ellos, se dieron al menosprecio tanto de lo divino como de lo humano[369].
4 Todas las costumbres que antes observaban en los entierros fueron trastornadas y cada uno enterraba como podía. Muchos recurrieron a sepelios indecorosos debido a la falta de medios, por haber tenido ya muchas muertes en su familia; en piras ajenas, anticipándose a los que las habían apilado, había quienes ponían su muerto y prendían fuego; otros, mientras otro cadáver ya estaba ardiendo, echaban encima el que ellos llevaban y se iban[370].

53 También en otros aspectos la epidemia acarreó a la ciudad una mayor inmoralidad. La gente se atrevía más fácilmente a acciones con las que antes se complacía ocultamente, puesto que veían el rápido giro de los cambios de fortuna de quienes eran ricos y morían súbitamente,

---

367 Cf. *supra,* II 49, 5.

368 Cf. *supra,* II 17. El hecho de que no se evitaran las muertes en los lugares sagrados ilustra claramente el carácter excepcional de la situación. Cf. *supra,* I 126, 11; 134, 4; *infra,* III 104, 1-2.

369 Se ha señalado el interés de Tucídides por analizar las consecuencias morales que derivan de las pruebas con las que el hombre se enfrenta. En el capítulo que sigue se ocupará de la inmoralidad acarreada por la epidemia, y más adelante (cf. *infra,* III 82 ss.) de los desórdenes morales debidos a la guerra.

370 En este momento, con una descripción de tono moralista de una lucha en torno a la pira, acaban los versos que Lucrecio dedica a la peste.

y de quienes antes no poseían nada y de repente se hacían
con los bienes de aquéllos. Así aspiraban al provecho 2
pronto y placentero, pensando que sus vidas y sus riquezas
eran igualmente efímeras. Y nadie estaba dispuesto a su- 3
frir penalidades por un fin considerado noble, puesto que
no tenía la seguridad de no perecer antes de alcanzarlo.
Lo que resultaba agradable de inmediato y lo que de cual-
quier modo contribuía a ello, esto fue lo que pasó a ser
noble y útil. Ningún temor de los dioses ni ley humana 4
los detenía; de una parte juzgaban que daba lo mismo
honrar o no honrar a los dioses, dado que veían que todo
el mundo moría igualmente, y, en cuanto a sus culpas,
nadie esperaba vivir hasta el momento de celebrarse el jui-
cio y recibir su merecido; pendía sobre sus cabezas una
condena mucho más grave que ya había sido pronunciada,
y antes de que les cayera encima era natural que disfruta-
ran un poco de la vida[371].

Tal era el agobio de la desgracia en que se veían su- 54
midos los atenienses; la población moría dentro de las mu-
rallas y el país era devastado fuera. Y en medio de su 2
infortunio, como era natural, se acordaron particularmen-
te de este verso, que los más viejos afirmaban haber oído
recitar hacía tiempo:

Vendrá una guerra doria y con ella una peste.

---

[371] Cuadro certero de las consecuencias de la peste y de la crisis que provoca, magnífico análisis del estado de ánimo colectivo provocado por la epidemia. En otros relatos de pestes se ha observado un hundimiento moral y un frenesí en el disfrute de los goces de la vida semejantes. J. CAPELLE (cf. *Thucydide, Histoire de la Guerre du Péloponnèse* I, trad. por J. VOILQUIN, París, 1936, n. 165) recordaba el relato de Manzoni sobre la peste de Milán de 1630. Se revela aquí el Tucídides psicólogo.

3 Por cierto que surgió una discusión entre la gente respecto a que la palabra usada por los antiguos en el verso no era «peste», sino «hambre»[372], pero en aquellas circunstancias venció, naturalmente, la opinión de que se había dicho «peste»; la gente, en efecto, acomodaba su memoria al azote que padecía[373]. Y sospecho que si después de ésta un día estalla otra guerra doria y sobreviene el hambre, recitarán el verso con toda probabilidad en este sentido.
4 También acudió a la memoria de quienes lo conocían el oráculo[374] dado a los lacedemonios cuando habían preguntado al dios[375] si debían emprender la guerra y éste les había respondido que, si hacían la guerra con todas sus fuerzas, la victoria sería suya, y les había prometido
5 que él mismo les prestaría su ayuda. Suponían, pues, que los hechos se desarrollaban conforme al oráculo: la epidemia, en efecto, se había declarado así que los peloponesios habían efectuado la invasión; y no se extendió al Peloponeso, al menos de forma que valga la pena mencionar,

---

372 La ambigüedad era posible por la similitud de *loimós*, «peste», y *limós*, «hambre». Ello no significa que en el griego de la época de Tucídides la pronunciación del diptongo *oi* fuera idéntica a la de la vocal *i*, como ocurre en el griego moderno. La semejanza entre las dos palabras bastaba para provocar la duda.

373 Ironía de Tucídides sobre la fragilidad y el carácter acomodaticio de la memoria. Cf. *supra*, I 22, 3, donde los relatos de las gentes dependen de las simpatías y memoria de cada uno, e *infra*, II 87, 4, donde el miedo es un obstáculo para la memoria *(Phóbos gàr mnḗmēn ekplḗssei)*. En caso de sobrevenir el hambre, el verso se recitará en el otro sentido. Se revela aquí el Tucídides racionalista.

374 Este oráculo ya ha sido mencionado antes. Cf. *supra*, I 118, 3.

375 Apolo, el dios de la medicina, que curaba las enfermedades, pero que también las enviaba y provocaba las pestes, como vemos en la *Ilíada*. En este sentido, la epidemia constituiría la ayuda del dios a los peloponesios.

sino que se fue cebando sobre todo en Atenas y luego en las localidades más pobladas de otras regiones[376]. Éstos son los hechos relativos a la epidemia[377].

Los peloponesios saquean el Ática. Pericles mantiene su criterio

Entretanto los peloponesios, des- 55
pués de asolar la llanura, pasaron
al territorio llamado Páralo[378] lle-
gando hasta Laurio[379], donde se
hallan las minas de plata de los
atenienses. Primero asolaron la parte que mira al Pe-
loponeso, y luego la que está orientada hacia Eubea y
Andros[380]. Pero Pericles, que también entonces era estra- 2
tego, mantenía el mismo criterio de que los atenienses no
salieran al encuentro del enemigo, como en la primera
invasión[381].

---

376 Tal vez hubo brotes en lugares como Quíos, Éfeso y Bizancio, pero en ningún sitio la epidemia alcanzó la importancia que tuvo en Atenas, sin duda por las deficiencias higiénicas debidas a la aglomeración que se produjo tras el abandono de los campos (cf. *supra,* II 17, 1-3; *infra,* II 52, 1-3).

377 Esta primera epidemia duró dos años: 430-429; de ella hablará también en II 57 y en II 58, 2-3. Tras esta primera fase violenta, se apaciguó durante unos dieciocho meses para resurgir con fuerza en el 427 (cf. *infra,* III, 87).

378 El territorio llamado Páralo *(Páralos),* es decir la Paralia *(Paralía),* la región costera del Ática, etimológicamente «la tierra a lo largo del mar». Se refiere a todo el cinturón costero del Ática, desde la zona del monte Himeto hasta el cabo Sunio, por la parte occidental, y, por la oriental, desde Sunio hasta Ramnunte, al norte de la bahía de Maratón, donde la costa mira a Eubea y tuerce hacia el Noroeste.

379 Zona montañosa cercana a Sunio, el promontorio situado en el extremo sur del Ática.

380 Isla situada al sudeste de Eubea.

381 Cf. *supra,* II 13, 2; 22, 1.

Expedición naval contra el Peloponeso

56 Sin embargo, mientras los peloponesios estaban todavía en la llanura, antes de que se dirigieran a la zona de la costa, estuvo preparando una expedición de cien naves contra el Peloponeso, y cuando todo estuvo listo, se hizo
2 a la mar. Llevaba a bordo de las naves cuatro mil hoplitas atenienses, y trescientos caballeros iban en transportes de caballería, construidos entonces por primera vez[382] aprovechando viejas embarcaciones; también participaron en la expedición fuerzas de Quíos y de Lesbos[383] con cin-
3 cuenta naves. Cuando se hizo a la mar esta armada ate-
4 niense, dejó a los peloponesios en la costa del Ática. Llegados a Epidauro[384], en el Peloponeso, asolaron la mayor parte del territorio y atacando la ciudad abrigaron la espe-
5 ranza de tomarla, pero no los acompañó el éxito. Después de retirarse de Epidauro asolaron los territorios de Trecén, Halias y Hermíone[385], todos ellos situados en la costa del

382 Expresión ambigua; quiere decir «por primera vez en Atenas (o en Grecia)», o «por primera vez en esta guerra» (cf. *infra,* IV 42, 1, y VI 43), o «por primera vez a partir de viejas trirremes» (cf. A. W. Gomme, *op. cit.* II, pág. 163). Los persas ya habían construido naves para transporte de caballos en tiempos de Darío (cf. Heródoto, VI 48, 2, y VII 97). Según J. de Romilly, *op. cit.*, pág. 99, la expresión «por primera vez» se refería a que era la primera vez en Atenas y en la guerra; se trataría de una novedad a los ojos de los atenienses, no acostumbrados al transporte de la caballería por mar de forma masiva, que explicaría la parodia de Aristófanes, *Caballeros* 599-603. Sobre la transformación de barcos en transportes de caballería, cf. J. S. Morrison, J. F. Coates, *The Athenian Trireme*, Cambridge, 1986, págs. 226-228.

383 Como aliados autónomos. Cf. *supra,* II 9, 5.

384 La conquista de Epidauro, enemiga de Argos, hubiera sido bien vista por ésta, que a su vez era hostil a Esparta y a sus aliados.

385 Cf. *supra,* I 27, n. 200; I 105, n. 599; y I 27, n. 199, respectivamente.

Peloponeso. Luego que zarparon de allí, llegaron a Prasias[386], una plaza de la costa de Laconia, asolaron parte de su territorio y tomaron la plaza misma y la saquearon[387]. Concluido esto, regresaron a casa. Ya no encontraron a los peloponesios en el Ática; se habían retirado. 6

Continúa la epidemia. Los peloponesios se retiran

57 Durante todo el tiempo en que los peloponesios estuvieron en territorio ateniense y los atenienses de expedición naval, la epidemia hizo estragos entre los atenienses, tanto en la armada como en la ciudad; y así se dijo que los peloponesios, al ser informados por los desertores de lo que pasaba en la ciudad y percatarse al mismo tiempo de las incineraciones[388], cogieron miedo a la enfermedad y se apresuraron a salir del territorio. No obstante, ésta fue la 2
invasión en que permanecieron más tiempo y asolaron todo el territorio; estuvieron en el Ática unos cuarenta días.

Expedición ateniense contra Calcídica y Potidea

58 En el mismo verano[389], Hagnón[390], hijo de Nicias, y Cleopompo[391], hijo de Clinias, que eran estrategos en compañía de Pericles, con la armada que éste acababa de utilizar emprendieron inmediatamente una expedición contra los calcideos de Tracia y contra Potidea, todavía ase-

386 En la costa oriental del Peloponeso, al sur del Golfo de Argos y de Tirea (cf. *supra,* II 27, 2), a la altura de Esparta. No debe confundirse con Prasias del Ática, mencionada en VIII 95, 1.

387 Cf. Aristófanes, *Paz* 242; e *infra,* VI 105, 2, y VII 18, 3.

388 Por el humo de las piras.

389 Hacia fines de junio del 430.

390 También estratego en 440-439 (cf. *supra,* I 117, 2, n. 737); de nuevo estratego en 429-428 (cf. *infra,* II 95, 3).

391 Cf. *supra,* II 26, 1, n. 210.

diada[392], y una vez llegados emplearon máquinas de guerra contra Potidea y trataron de tomarla por todos los
2 medios. Pero ni en la toma de la ciudad ni en lo demás tuvieron el éxito que sus preparativos merecían, pues también allí sobrevino la epidemia y puso en grave aprieto a los atenienses diezmando su ejército, hasta el punto de que incluso los soldados atenienses que ya estaban allí, que habían gozado de buena salud hasta entonces, contrajeron la enfermedad debido al contagio de las tropas de Hagnón. En cuanto a Formión y a sus mil seiscientos hom-
3 bres[393], ya no estaban en Calcídica. Hagnón regresó, pues,

---

392 Cf. *supra,* I 64, 3.

393 Se ha echado de menos una mayor precisión sobre las fuerzas enviadas a Potidea, especialmente sobre los 1.600 hombres de Formión, en relación con su composición y movimientos en los distintos momentos. Así, en I 61, 4, se nos dice que el número de hoplitas enviados a Potidea ascendía a 3.000: primero 1.000 a las órdenes de Arquestrato (I 57, 6) y luego 2.000 bajo el mando de Calias (I 61, 1). Esto ocurría en el 432 a. C. Pero, al no resultar suficientes estas fuerzas para sitiar Potidea por el lado de Palene, fueron enviados otros 1.600 hoplitas a las órdenes de Formión (I 64, 2). De estas tropas de Formión, sin embargo, no se nos vuelve a hablar hasta que en II 29, 6 se nos dice que Perdicas se unió a ellas, que estaban saqueando Calcídica y Botiea tras retirarse de Potidea una vez que ésta había quedado bloqueada por tierra y por mar (I 64, 3; 65, 3). Luego, II 31, 2, a propósito de la expedición contra la Megáride se habla de unas fuerzas atenienses de 10.000 hoplitas, dejando aparte los 3.000 de Potidea. Nada se dice acerca de que los 1.600 de Formión hubieran regresado. De ello nos enteramos aquí, en II 58, 2, donde se afirma que los 1.600 hombres de Formión ya no estaban en Calcídica. Lo normal, cuando se esperaba un largo asedio, era que, tras establecer el bloqueo, una buena parte de las tropas fueran retiradas, pero no se nos ha dicho que esto ocurriera en el caso de Potidea. Sólo en este pasaje nos enteramos de la partida de Formión. Podemos pensar que esta retirada de tropas se produjo después de los tratados con Sitalces y Perdicas (verano del 431 a. C.), de los que se nos

a Atenas con sus naves, después de haber perdido a causa de la epidemia mil cincuenta de sus cuatro mil hoplitas en unos cuarenta días; los soldados que ya estaban allí se quedaron en su sitio y continuaron el asedio de Potidea.

Descontento contra Pericles

Después de la segunda invasión 59
de los peloponesios, cuando el país había sido asolado por segunda vez y la enfermedad pesaba sobre ellos al mismo tiempo que la guerra, los
atenienses habían cambiado de sentimientos[394]; acusaban 2
a Pericles de haberlos persuadido a hacer la guerra y de ser el responsable de que hubieran caído en aquellas desgracias, y anhelaban llegar a un acuerdo con los lacedemonios; les enviaron incluso unos embajadores, pero no consiguieron nada. Así, puestos en apuro por todos lados,
acosaban a Pericles. Pero éste, viendo que estaban exas- 3
perados por aquella situación y que hacían todo lo que él mismo había previsto, convocó una asamblea (pues aún

---

habla en II 29, 5-7, pasaje en el que puede llamar la atención el silencio de Tucídides respecto a las tropas de Formión. Lo lógico habría sido (cf. A. W. Gomme, *op. cit.* I, pág. 93) que del primer ejército de 3.000 hoplitas hubieran sido retirados la mitad tras establecer el bloqueo, pues 1.500 hombres eran suficientes para mantenerlo, y que en el 430 las tropas de Hagnón (4.000 hoplitas y 300 caballeros, cf. II 56, 2), a las que se alude en este pasaje, hubieran sido enviadas, para intentar el asalto, en el momento en que se acababan de retirar los hombres de Formión que habían estado saqueando Calcídica. Según este supuesto, los 3.000 hombres mencionados en II 31, 2 hubieran podido ser los 1.500 que mantenían el bloqueo de Potidea más las tropas de Formión. Pero a esta hipótesis parece oponerse III 17, 3, donde al tocar de nuevo este tema, se habla claramente de los 3.000 hombres del primer contingente, número que no disminuyó hasta que terminó el asedio, y, como fuerza aparte, de los 1.600 hoplitas de Formión, que regresaron antes del fin.

394 Ya lo preveía Pericles. Cf. *supra*, I 140, 1.

era estratego)[395] con el propósito de animarlos y de llevarlos, después de alejar la irritación de su espíritu, a un estado de ánimo más tranquilo y confiado. Se adelantó, pues, para tomar la palabra y habló de este modo:

Discurso de Pericles

60 «Esperaba las manifestaciones de vuestro enfado contra mí, pues conozco sus causas, y por esto he convocado la asamblea, para refrescar vuestra memoria y recriminaros si es que sin ninguna razón os enojáis conmigo o cedéis
2 ante las desgracias. Tengo para mí, en efecto, que una ciudad que progrese colectivamente resulta más útil a los particulares que otra que tenga prosperidad en cada uno de sus ciudadanos, pero que se esté arruinando como Es-
3 tado[396]. Porque un hombre cuyos asuntos particulares van bien, si su patria es destruida, él igualmente se va a la ruina con ella, mientras que aquel que es desafortunado en una ciudad afortunada se salva mucho más fácilmente.
4 Siendo así, pues, que una ciudad puede soportar las desgracias privadas, mientras que los ciudadanos particularmente son incapaces de soportar las de aquélla, ¿cómo no va a ser misión de todos defenderla y no hacer lo que vosotros ahora? Abatidos por las desventuras de vuestras casas, os despreocupáis de la salvación de la comunidad, y me hacéis responsable a mí, que os exhorté a entrar en guerra, y a vosotros mismos, que participasteis conmigo
5 en la decisión. Os irritáis, sin embargo, contra un hombre

---

[395] Podía, por tanto, convocar una asamblea extraordinaria (cf. *supra*, II 22, 1, n. 165; *infra*, II 65, 3-4).

[396] Un pensamiento que Sófocles *(Antígona* 189-190) ya había puesto en boca de Creonte. Cf., asimismo, Heródoto, I 30, 4, y luego Jenofonte, *Recuerdos de Sócrates* III 7, 9.

como yo, que no soy, creo, inferior a nadie para idear
y explicar lo que conviene[397], y que soy patriota e inso-
bornable. Porque quien tiene ideas y no sabe exponerlas 6
claramente está en la misma situación que si no las conci-
biera; y quien tiene ambas capacidades, pero no ama a
su patria, no podrá expresarse con el mismo patriotismo;
y si alguien también posee esta cualidad, pero se deja do-
minar por el dinero, por esto sólo será capaz de venderlo
todo[398]. En vista de lo cual, si os dejasteis persuadir a 7
entrar en guerra considerando que yo poseía estas cualida-
des en más alto grado que otros, aunque sólo fuera por
poco, no existe ninguna razón por la que ahora se me
pueda acusar de haber obrado mal.

Para aquellos que tienen la posibilidad de elegir y que 61
por lo demás son afortunados, entrar en guerra es, sin
duda, una gran locura; pero desde el momento en que
era necesario o ceder y someterse inmediatamente a otros,
o correr el riesgo para mantener la superioridad, quien
merece el reproche es quien evita el peligro y no quien
lo afronta. Y yo soy el mismo[399] y no me aparto de mi 2
línea; sois vosotros los que cambiáis, porque el caso es
que os dejasteis persuadir cuando no habíais sufrido nin-
gún daño, y os arrepentís ahora que habéis sido alcanza-
dos por la desgracia; y en el estado de debilidad de vues-
tro ánimo mis razones no os parecen correctas, porque
mientras que el dolor ya se ha hecho perceptible a cada
uno, la demostración de la utilidad todavía se escapa a

[397] Cf. *supra,* I 138, 3, en relación a Temístocles.

[398] Están aquí indicadas las cualidades del estadista: capacidad de juzgar correctamente y de comunicar sus juicios de forma convincente, es decir, inteligencia y elocuencia, a lo que se une el patriotismo y la incorruptibilidad.

[399] Cf. *supra,* I 140, 1.

todo el mundo; y al haber sobrevenido un gran cambio de fortuna, y además súbitamente, vuestro espíritu no es
3 bastante fuerte para perseverar en lo que decidisteis. Porque lo que es repentino e imprevisto y ocurre contrariamente a todo cálculo abate el coraje; y esto es lo que ha ocurrido entre nosotros sobre todo, encima de los otros
4 males, con la epidemia. No obstante, al habitar una gran ciudad y haber sido educados en costumbres dignas de ella[400], es preciso estar dispuestos a soportar las mayores desgracias para no oscurecer la reputación (pues los hombres tienen por justo tanto inculpar a aquel que por flojedad se muestra inferior a la consideración que le corresponde como odiar a aquel otro que con su osadía aspira a la que no le pertenece); hay que dejar, pues, de dolerse por los sufrimientos individuales y ocuparse de la salvación de la comunidad[401].

62 Y en cuanto a las penalidades de la guerra, si teméis que duren mucho y que ni siquiera lleguemos a obtener la victoria, deben bastaros aquellos argumentos con que os he demostrado en otras muchas ocasiones que vuestro recelo es infundado. Pero quiero haceros ver algo más, y es la ventaja que tenéis en lo tocante a vuestro imperio y en razón de su grandeza, ventaja en la que ni vosotros, me parece, habéis pensado nunca, ni yo me he referido a ella en mis anteriores discursos; ni tampoco acudiría ahora a este argumento, por ser un tanto jactanciosa la pretensión que conlleva, si no os viera consternados fuera

---

400 Piénsese en las consideraciones del discurso fúnebre de Pericles (cf. *supra,* II 37-42).

401 *Toû koinoû tês sōtērías antilambánesthai.* Cf. *supra,* II 60, 2-4, n. 396, y concretamente 60, 4, donde Pericles reprochaba a los atenienses su despreocupación por la salvación de la comunidad *(toû koinoû tês sōtērías aphíesthe).*

de razón. Vosotros creéis sin duda que vuestro imperio se 2
extiende sólo sobre los aliados, pero yo declaro que de las dos partes del mundo abiertas al uso del hombre, la tierra y el mar, vosotros sois los señores absolutos de una en toda la extensión que ahora controláis, y en mayor medida si os lo proponéis[402]. Y no hay nadie que os pueda impedir el paso si vuestra flota se hace a la mar con todas las fuerzas de que disponéis, ni el Rey ni ningún otro pueblo
del momento. De suerte que es evidente que esta potencia 3
vuestra nada tiene que ver con el disfrute de las casas y las tierras, a cuya privación dais una gran importancia; y no es razonable que os disgustéis por ellas; debéis más bien considerarlas, en comparación con esta potencia, un jardín de recreo y un lujo de rico, y darles escasa importancia, y tener en cuenta además que la libertad, si nos ocupamos de ella y conseguimos conservarla, reparará fácilmente estas pérdidas, mientras que quienes se someten a otros suelen ver disminuidas, asimismo, las posesiones que tenían. No debéis mostraros inferiores a vuestros padres en dos aspectos: ellos, en efecto, adquirieron el imperio gracias a su esfuerzo, sin recibirlo de otros, y, por si fuera poco, lo conservaron y os lo dejaron en herencia (y es más vergonzoso dejarse arrebatar lo que se tiene que fracasar en el intento de apoderarse de algo nuevo). Debéis, en fin, ir al encuentro del enemigo movidos no sólo por el propio aprecio, sino también por el desprecio[403].
Porque que el orgullo puede nacer de una ignorancia afor- 4
tunada y darse incluso en un cobarde, mientras que el des-

[402] Cf. *supra,* I 143, 4-5; II 13, 2.

[403] *Mḗ phronḗmati mónon allà kaì kataphronḗmati.* Paronomasia en el texto. Es un pasaje interesante para observar cómo Tucídides utiliza los juegos de palabras y la *variatio* al servicio de la precisión y con la idea de llamar la atención sobre su pensamiento.

precio surge en aquel que racionalmente está seguro de ser superior al adversario, como es nuestro caso[404]. Y en iguales condiciones de fortuna, la inteligencia basada en el sentimiento de superioridad da más firmeza a la audacia, a la vez que confía menos en la esperanza, cuya fuerza[405] se manifiesta en los momentos desesperados, y más en la reflexión que parte del conocimiento de la situación, cuyas previsiones son más seguras.

63 Y es natural que vosotros defendáis el honor de la ciudad[406], honor que le viene de un imperio del que todos os enorgullecéis, y que no rehuyáis las fatigas o que, en caso contrario, tampoco busquéis los honores. No penséis que luchamos por una sola cosa, esclavitud o libertad, sino que también está en juego la pérdida de un imperio y el riesgo de sufrir los odios que habéis suscitado en el
2 ejercicio del poder[407]. Y a este imperio ya no es posible

---

404 Sobre la audacia lúcida y este sentimiento de superioridad justificado racionalmente, cf. *supra,* II 40, 3, e *infra,* II 89, 3.

405 Cf. *infra,* IV 65, 4; V 103.

406 Cf. *supra,* II 41, 4-5, e *infra,* II 64, 3.

407 La idea de que cualquier vacilación en el mantenimiento del imperio exponía a Atenas a los odios y a la hostilidad provocados por su política imperialista está ligada a un tema muy debatido: el de la popularidad o impopularidad del Imperio ateniense y el juicio de Tucídides al respecto. La política imperialista de una democracia como la de Atenas se defendía de la acusación de contradicción con el argumento de que el imperio preservaba la libertad de sus súbditos evitando que cayeran bajo el dominio persa. Diversos autores han insistido en sus aspectos positivos. J. de Romilly, por ejemplo, señaló algunas ventajas para los pueblos sometidos a Atenas: paz interior y unidad, gobierno democrático y libertad frente al riesgo de la tiranía, independencia respecto a Persia (cf. J. de Romilly, *Thucydide et l'impérialisme athénien,* París, 1947 = *Thucydides and Athenian imperialism,* Oxford, 1963 (Nueva York, 1979), pág. 95). Moore, para citar otro ejemplo, también ha sugerido la idea de que el dominio de Atenas ofrecía ventajas económicas y era más to-

renunciar[408], si es que alguien, debido a su miedo en la presente situación o a su deseo de tranquilidad[409], pretende hacer el papel de hombre bueno a este respecto. Este imperio que poseéis ya es como una tiranía: conseguirla parece ser una injusticia, pero abandonarla constituye un peligro[410]. Ciudadanos como éstos arruinarían rapidísima- 3 mente el Estado en caso de llegar a persuadir a los otros, o si se establecieran en alguna parte gobernándose por su propia cuenta; la tranquilidad[411], en efecto, no está libre de peligros si no se alinea junto a la acción, y vivir como esclavos en una situación de seguridad no es propio de una ciudad soberana, sino de una que es vasalla[412].

---

lerable que el persa (cf. J. M. MOORE, *Aristotle and Xenophon on Democracy and Oligarchy*, Los Ángeles, 1975, pág. 33), como había defendido Ferguson argumentando que el tributo que los aliados pagaban a Atenas era insignificante comparado con el gasto que hubiera supuesto el mantenimiento de una flota propia (cf. W. S. FERGUSON, *Greek Imperialism*, Boston, 1913, págs. 61-74). El Imperio, sin embargo, se fue haciendo cada vez más represivo. Primero, por el control ejercido por la *ekklēsía* y los *dikastēria;* en segundo lugar, por la actuación militar contra los Estados que intentaban mantener su autonomía, y, por último, mediante medidas económicas (cf. *supra,* I 99, 1).

408 Cf. *supra,* I 75, 4; 98-99, n. 548; *infra,* II 64, 5; V 91, 1-2. La idea del Estado imperialista prisionero de su política.

409 Alusión a los «inactivos», a los «pacifistas». Cf. *supra,* II 40, 2. Cf. J. DE ROMILLY, *Thucydide et l'impérialisme athénien,* París, 1947, págs. 113-114, 133. Entre la aristocracia había un sector que abogaba por la paz, mientras que los demócratas eran imperialistas y partidarios de la guerra.

410 Cf. *supra,* I 75, 4; *infra,* IV 61, 5-6.

411 La política pacifista, de pasividad. «El lujo de una opinión pacifista» que sólo puede darse si se alinea *(tetagménon,* metáfora militar) junto a la acción. Cf. A. W. GOMME, *Journal of Hellenic Studies* 71 (1951), 78-79. Cf., asimismo, *supra,* I 70, 8.

412 O libertad, *eleuthería,* o esclavitud, *douleía,* según la realista alternativa de I 63, 1 (cf. *supra,* I 141, 1). O imperio, *archḗ,* o esclavitud,

64 Vosotros, empero, no os dejéis engañar por ciudadanos como éstos ni estéis irritados contra mí —dado que vosotros mismos decidisteis la guerra de acuerdo conmigo— si nuestros enemigos nos han invadido y han hecho lo que era normal que hicieran al no estar vosotros dispuestos a someteros, y si ha sobrevenido además, más allá de nuestras previsiones, esta epidemia, la única cosa entre todo lo ocurrido que ha sobrepasado nuestros cálculos. Y es por ella en buena parte, bien lo sé, que soy más odiado, injustamente por cierto, a no ser que, cuando obtengáis
2 un éxito inesperado, también me lo atribuyáis a mí. Pero hay que soportar los males enviados por los dioses con resignación[413] y los que proceden de los enemigos con valor; tal era, en efecto, la costumbre de esta ciudad en el pasado, y ahora es preciso que no se interrumpa en voso-
3 tros. Daos cuenta de que ella goza del mayor renombre entre todos los hombres por no sucumbir a las desgracias[414] y por haber gastado en la guerra más vidas y esfuerzos que ninguna otra; pensad también que ella posee la mayor potencia conseguida hasta nuestros días, cuya memoria, aunque ahora llegáramos a ceder un poco (pues todo ha nacido para disminuir)[415], perdurará para siempre en las generaciones futuras; se recordará que somos los griegos que hemos ejercido nuestro dominio sobre ma-

---

douleía (cf. J. de Romilly, *op. cit.*, págs. 74-75). No hay término medio; cualquier sumisión a otro Estado supone *douleía*. La renuncia al imperio supondría para Atenas un *asphalôs douleúein*, la seguridad en la esclavitud, situación que podía ser ventajosa para una ciudad vasalla, pero que era totalmente inadecuada para una soberana e imperial.

413 Cf. Sófocles, *Filoctetes* 1316-17; Eurípides, *Fenicias* 382, 1763.

414 Cf. *supra*, I 70, 5, 7.

415 Conocido tópico. Cf. Demóstenes, XVIII 200; Apiano, *Punica* 132; Salustio, *Yugurta* 2, 3.

yor número de griegos, que hemos sostenido las mayores guerras tanto contra coaliciones como contra ciudades separadas, y que hemos habitado la ciudad más rica en toda
clase de recursos y la más grande[416]. El amante de la 4
tranquilidad reprobará, sin duda, estos méritos, pero quien también esté dispuesto a actuar[417], procurará emularlos,
y quien no los posea, los envidiará. Ser odiados y resul- 5
tar molestos de momento es lo que siempre les ha ocurrido a todos los que han pretendido dominar a otros[418]; pero quien se expone a la envidia por los más nobles motivos toma la decisión acertada. Porque el odio no dura mucho tiempo, mientras que el esplendor del presente y la gloria que se proyecta hacia el futuro perduran siempre
en el recuerdo[419]. Aprestaos, pues, para un futuro hon- 6
roso y para un presente sin oprobio y tratad de conseguir este doble objetivo con un ardor inmediato; no enviéis heraldos a los lacedemonios ni deis muestra de estar agobiados por las presentes penalidades, porque, ante las desgracias, quienes se afligen menos en su espíritu a la vez que resisten más en la acción, éstos, trátese de ciudades o de particulares, son los más fuertes.»

---

416 Cf. *supra*, II 43, 1. El tono elegíaco de este pasaje lleva a pensar en una fecha posterior al 404.

417 Cf. *supra*, II 63, 3.

418 Generalización del caso particular de Atenas. Cf. *supra*, I 75, 4; II 8, 5; 63, 2; *infra*, III 40, 3; IV 108, 3-4. Cf. J. de Romilly, *op. cit.*, págs. 262-268.

419 Algunos editores suprimen el enlace e interpretan el *dóxa* como predicado: «mientras que el esplendor del presente perdura como gloria inolvidable en el futuro».

65 *La figura de Pericles. Su política y sus previsiones respecto a la guerra. Su muerte y el cambio de política de sus sucesores*

Hablando de este modo, Pericles trataba de calmar la irritación de los atenienses contra él y de distraer su atención de las presentes
2 desgracias. Ellos, en su actuación pública, hicieron caso de sus palabras: no enviaron más embajadas a los lacedemonios y se entregaron a la guerra con más ardor; pero, en privado, seguían con el dolor de sus sufrimientos: el pueblo, porque contando inicialmente con menos recursos se veía privado incluso de éstos, y los poderosos, porque habían perdido las hermosas posesiones que tenían en el campo con sus construcciones y costosas instalaciones; pero lo más doloroso era que tenían la guerra
3 en lugar de la paz[420]. Por supuesto la irritación de todos contra Pericles no se apaciguó hasta que le hubieron im-
4 puesto una multa[421]. Pero no mucho después, como suele

[420] Según este pasaje de Tucídides todo el mundo se lamentaba a causa de la guerra, tanto el pueblo *(dêmos)* como los poderosos *(dynatoí)*. Se refiere sin duda a que en aquella situación el peso de la guerra y de la peste afectaba a todos, no a la orientación de los partidos, ya que entre los aristócratas había un sector que abogaba por la paz, mientras que los demócratas, que eran imperialistas, eran partidarios de la guerra. Cf. PSEUDO-JENOFONTE, *Constitución de los atenienses* II 14, según el cual los únicos que tenían que perder con la guerra eran los propietarios agrícolas *(geōrgoûntes)* y los ricos *(ploúsioi)*. El *dêmos* del Pseudo-Jenofonte, sin embargo, se refiere sólo a la población de la ciudad (a la que no le importaría la guerra por no verse directamente afectada por las invasiones), a diferencia del *dêmos* tucidídeo, en el que estarían los pequeños propietarios agrícolas, que tenían que permanecer inactivos ante la devastación de sus campos (cf. *supra*, II 21-22).

[421] Tenemos noticias diferentes respecto al importe de esta multa, que, según PLUTARCO *(Pericles* 35, 4), estuvo entre quince y cincuenta talentos y, según DIODORO (XII 45, 4), ascendió a ochenta. Al castigo

hacer la masa, lo eligieron de nuevo estratego y le confiaron la dirección de todos los asuntos públicos[422], pues ya se había debilitado el dolor que cada uno sentía por sus sufrimientos particulares y, por otra parte, lo consideraban el hombre más valioso para las necesidades de toda
la ciudad[423]. En efecto, durante todo el tiempo que estuvo 5
al frente de la ciudad en época de paz[424], la gobernó con moderación y veló por ella con seguridad, y durante su mandato Atenas llegó a ser la ciudad más poderosa; y una vez que la guerra estalló, también en aquellas circuns-
tancias quedó claro que había previsto su potencia[425]. So- 6
brevivió dos años y seis meses al inicio del conflicto[426], y después de su muerte se reconoció aún más la clarivi-
dencia de sus previsiones respecto a la guerra. Sostenía, en 7
efecto, que los atenienses vencerían si permanecían tranquilos y se cuidaban de su flota sin tratar de acrecentar

---

económico probablemente se unió la destitución del cargo de estratego (cf. *infra,* 4). Según PLATÓN *(Gorgias* 516a), la acusación fue de *klopē,* es decir, de apropiación indebida de fondos públicos.

422 Seguramente no significa que tuviera los poderes especiales de un *stratēgòs autokrátōr,* sino simplemente que el pueblo de Atenas estuvo de nuevo dispuesto a confiar en él totalmente.

423 Cf. PLUTARCO, *Pericles* 37.

424 Desde el tratado de paz de treinta años (445 a. C.) hasta el comienzo de la Guerra del Peloponeso (431 a. C.).

425 Cf. *supra,* I 140-144, e *infra,* II 65, 11-12.

426 Murió, por tanto, en otoño del 429 a. C. La epidemia se le había llevado a dos hijos y él mismo había contraído la enfermedad que le había dejado una salud quebrantada (cf. PLUTARCO, *Pericles* 38). Aquí desaparece el gran estadista que dejó un importante vacío en la política ateniense; no vuelve a aparecer en la obra de Tucídides, salvo en la rápida alusión de VI 31, 2, pero el historiador siente su ausencia al analizar la política de sus sucesores. En este capítulo, como despido y homenaje, le tributa un convencido elogio, del que se ha señalado un precedente en el dedicado a Temístocles (cf. I 138, 1-6, n. 877).

su imperio durante la guerra y sin poner la ciudad en peligro[427]. Pero ellos hicieron todo lo contrario[428], y, con miras a sus ambiciones particulares[429] y a su particular beneficio, emprendieron una política diferente que parecía no tener nada que ver con la guerra y que resultaba perjudicial para sus intereses y los de sus aliados. Era una política que en los casos de éxito redundaba sobre todo en honor y provecho de los particulares, pero que en los fracasos acarreaba a la ciudad un quebranto para la gue-
8 rra. La causa era que Pericles, que gozaba de autoridad gracias a su prestigio y a su talento, y resultaba además manifiestamente insobornable, tenía a la multitud en su mano, aun en libertad[430], y no se dejaba conducir por ella, sino que era él quien la conducía; y esto era así porque, al no haber adquirido el poder por medios ilícitos, no pretendía halagarla en sus discursos, sino que se atrevía incluso, merced a su prestigio, a enfrentarse a su eno-
9 jo[431]. Así, siempre que los veía confiados de modo inso-

---

427 La política anunciada en I 144, 1. Cf., asimismo, I 143, 5; II 22.

428 En este capítulo, Tucídides sólo se refiere en concreto a la expedición a Sicilia del 415-413 a. C., relatada en los libros VI y VII (cf. *infra,* 11), pero piensa seguramente en hechos como la primera intervención en Sicilia entre el 427 y el 424 a. C. (cf. *infra,* III 86; 88; 90; 99; 103; 115; IV 1; 24-25; 58-65) o la expedición de Demóstenes a Etolia y Acarnania, en el 426-425 a. C. (cf. *infra,* III 94-98; 105-114). Casos como éstos inspiraban posiblemente la condena general que se hace en este capítulo contra los sucesores de Pericles.

429 Puede pensarse en Alcibíades (cf. *infra,* VI 15, 2-3).

430 *Eleuthérōs.* Cf. *supra,* II 37, 1-2. La idea de libertad, fundamental en el discurso fúnebre, aparece aquí en armonía con la autoridad de Pericles.

431 *Pròs orgḗn ti anteipeîn.* O «a oponerse a ellos hasta suscitar su enojo» o «con idea de provocar su enojo» (poniendo el *pròs orgḗn* en

lente e inoportuno, los espantaba con sus palabras hasta que conseguía atemorizarlos, y, al contrario, cuando los veía dominados por un miedo irracional, los hacía retornar a la confianza. En estas condiciones, aquello era de nombre una democracia, pero, en realidad, un gobierno del primer ciudadano[432]. Sus sucesores, en cambio, al ser 10
más iguales entre ellos y aspirar cada uno a ser el primero, cambiaron de política hasta el punto de someter los asuntos públicos a los antojos del pueblo. De esta política 11
derivaron muchos errores, como era de esperar en una ciudad grande y dueña de un imperio, y entre otros el de la expedición a Sicilia, cuyo fracaso no se debió tanto a un error de cálculo respecto a las fuerzas contra las que se dirigía el ataque como al hecho de que aquellos que habían enviado la expedición no adoptaron luego las medidas que convenían al cuerpo expedicionario, sino que,

---

relación con el *pròs hēdonḗn* anterior [Gomme, Arnold]). Según otros (Classen, Steup), «con cólera», «para satisfacer su cólera». Pero es frecuente en Tucídides el giro *anteipeîn pròs...* según el que se diría simplemente que Pericles se enfrenta a la cólera, a la pasión de las masas (cf. J. DE ROMILLY, *Thucydide* II, París, 1962, pág. 101).

432 Tucídides valora positivamente esta concepción de la democracia en época de Pericles, a pesar de estar alineado en el lado conservador como lo demuestra claramente con su aversión a las masas y a las formas más radicales de democracia. Cf. *infra*, VIII 1, 4; 97, 2; PLUTARCO, *Pericles* 9, 1. Respecto a la posición política de Tucídides se han expresado opiniones incluso contradictorias. Posiblemente se hallaba a medio camino entre la democracia y la oligarquía (cf. M. F. MCGREGOR, «The politics of the historian Thucydides», *Phoenix* (1956), 93 ss.). Era «un hombre que amaba y deseaba, en política, la eficacia y la autoridad, el realismo» (cf. J. ALSINA, *Tucídides. Historia, ética y política*, Madrid, 1981, pág. 78). Pertenece a una familia aristócrata, se adhirió a la política de Pericles, que representaba los puntos de vista de una democracia moderada, y atacó duramente a sus sucesores manifestando su oposición a la democracia radical y a las veleidades en política.

a causa de sus desavenencias personales[433] respecto a la jefatura del pueblo, debilitaron la fuerza del ejército y, por primera vez, el gobierno de la ciudad se vio turbado
12 por disensiones internas[434]. Sin embargo, a pesar del revés que sufrieron en Sicilia con la mayor parte de su flota y con otras de sus fuerzas, y a pesar de que en la ciudad ya reinaba la discordia civil, todavía resistieron diez años[435] a los enemigos que tenían al principio, a los de Sicilia[436] que luchaban al lado de aquéllos, y, además, a la mayoría de sus propios aliados, que se habían sublevado[437], y, más tarde, a Ciro[438], hijo del Rey, que se ha-

---

433 Se refiere probablemente a hechos como el exilio de Alcibíades. Cf. *infra,* VI 61. Sobre el desacuerdo entre comandantes del ejército y demagogos, que Tucídides conocía por propia experiencia, cf. W. F. Thompson, «Thucydides 2. 65. 11», *Historia* 20 (1971), 141-151.

434 En el 411 a. C., dos años después de la expedición a Sicilia, las luchas civiles llevaron a la revolución oligárquica de los Cuatrocientos y al gobierno de los Cinco mil (cf. *infra,* VIII 48-98).

435 El «diez» es el resultado de una corrección y debe entenderse referido al período 413-404, desde el final de la expedición a Sicilia hasta la rendición de Atenas. La lectura de los manuscritos es, sin embargo, «tres», cifra que podría referirse al intervalo entre las luchas civiles del 411 y la llegada de Ciro a Asia Menor, para ayudar a los peloponesios, en el 408. Otros prefieren la corrección «cinco» (desde el 413 hasta el 408) y hay también quien se inclina por «ocho» (desde el 413-412 hasta el 405, fecha de Egospótamos, la batalla definitiva). De todas formas, la cifra «diez», la más lógica, es la que aparece en Isócrates (*Panatenaico* 57). Sobre la admiración de Tucídides por la resistencia ateniense cf. *infra,* VII 28.

436 Cf. *infra,* VIII 26, 1; 28, 2; 35, 1; 61, 2; 106, 3.

437 Cf. *infra,* VIII 5, 1-5.

438 El hijo de Darío II que, con el apoyo de su madre Parisátide, se enfrentó a su hermano Artajerjes II y trató de destronarlo sin lograrlo, puesto que fue vencido y muerto en Cunaxa, en el 401 a. C. (cf. Jenofonte, *Anábasis,* trad. y notas de R. Bach Pellicer, introd. de C. García Gual, Madrid, B.C.G. 52, 1982).

bía aliado a los peloponesios y les proporcionaba dinero
para su flota[439]; y no se entregaron hasta que no cayeron
derribados por sus propias rivalidades[440]. De tal modo le 13
sobraban razones a Pericles cuando pronosticaba que Ate-
nas vencería en la guerra a los peloponesios solos con ab-
soluta facilidad.

EMPRESAS PELOPONESIAS DURANTE EL VERANO

Expedición a Zacinto

El mismo verano, los lacede- 66
monios y sus aliados enviaron una
expedición de cien naves contra la
isla de Zacinto, que está situada
frente a Élide. Los zacintios son
colonos de los aqueos del Peloponeso[441] y eran aliados
de los atenienses[442]. Iban a bordo mil hoplitas lacedemo- 2

---

439 Como sátrapa de Sardes, donde había sustituido a Tisafernes, apoyó económicamente a la flota peloponesia contribuyendo de manera decisiva a la derrota final de Atenas (cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 4-6; II 1, 11-15; 3, 8; III 1, 1).

440 La política posterior a Pericles, condenada de forma implacable en este capítulo, estuvo caracterizada por los egoísmos y rivalidades. Después de los hechos del 411 (cf. *supra*, n. 434), se siguió con la misma política miope y mezquina puesta de manifiesto, por ejemplo, en el ignominioso proceso de los estrategos vencedores en la batalla de las islas Arginusas (cf. JENOFONTE, *Helénicas* I, trad., introd. y notas de O. GUNTIÑAS TUÑÓN, Madrid, B.C.G., 1977, 7, págs. 55-63). Un gobierno popular y veleidoso, que no supo estar a la altura del gran Estado que necesitaban las circunstancias, fue el culpable, parece pensar Tucídides, de una derrota contraria a todo pronóstico.

441 Para distinguirlos de los aqueos de Ftía (cf. *infra*, VIII 3, 1).

442 Cf. supra, II 9, 4.

nios y, como navarco[443], el espartiata Cnemo[444]. Desembarcaron en la isla y devastaron la mayor parte; pero, al no rendirse los zacintios, hicieron rumbo hacia su patria.

Embajadores peloponesios entregados a los atenienses

67 Al final del mismo verano el corintio Aristeo[445], los embajadores lacedemonios Aneristo, Nicolao[446] y Pratodamo, el tegeata[447] Timágoras y el argivo Pólide, éste a título privado[448], en el curso de su viaje a Asia para visitar al Rey, por ver si lo persuadían a procurar dinero y a intervenir en la guerra a su lado, llegaron primero a Tracia para encontrar a Sitalces[449], hijo de Teres, con un doble propósito: por una parte querían persuadirlo, si podían, a abandonar la alianza de los atenienses y marchar hacia Potidea, donde se hallaba un ejército ateniense sitiando la plaza, y, por otra, pasar con su ayuda, tal como habían proyectado, al otro lado del Helesponto para

---

[443] Era el comandante supremo de la flota espartana; su cargo era anual y sus poderes correspondían a los del rey en el ejército de tierra, aunque con la limitación del mandato anual y la imposibilidad (obviable, según vemos en JENOFONTE, *Helénicas* II 1, 7) de repetir en el cargo. Cf. ARISTÓTELES, *Política* II 6, 22 (1271a). Normalmente tenía el mando de toda la flota aliada.

[444] Cf. *infra,* II 80, 2, 4, 8; 81, 3-4; 82; 83, 1, etc.

[445] Cf. *supra,* I 60-65. Había sido enviado para ayudar a los potideatas en su lucha contra Atenas.

[446] Sobre Aneristo y Nicolao, cf. HERÓDOTO, VII 133-137.

[447] De Tegea, ciudad situada al norte de Esparta, que formaba parte de la Liga del Peloponeso.

[448] A título privado, y no en representación de su ciudad, porque Argos era neutral. Probablemente Pólide actuaba en nombre de un grupo de argivos que eran partidarios de aliarse con Esparta.

[449] Cf. *supra,* II 29, n. 222.

encontrarse con Farnaces[450], hijo de Farnabazo, que los enviaría hacia el interior para visitar al Rey. Pero ocurrió 2
que se encontraban en la corte de Sitalces los embajadores atenienses Learco, hijo de Calímaco, y Aminíades, hijo de Filemón[451], que procuraron convencer a Sádoco, hijo de Sitalces, que se había hecho ateniense[452], de que les pusiera en sus manos a aquellos hombres a fin de que no pasaran hasta el Rey y no perjudicaran a la ciudad que, en parte, era la suya. Sádoco se dejó persuadir y, mientras 3
marchaban por Tracia para llegar al barco en que iban a cruzar el Helesponto, enviando a unos hombres en compañía de Learco y Aminíades, los hizo detener antes de que embarcaran, y ordenó que los entregaran a los embajadores atenienses. Éstos los cogieron y los condujeron a 4
Atenas. A su llegada los atenienses temiendo que Aristeo, si escapaba, fuera para ellos causa de nuevos males, mayores que los anteriores todavía, dado que incluso antes de esto ya era considerado el responsable de todo lo que había ocurrido en Potidea y en las ciudades de la costa tracia[453], el mismo día, sin juicio a pesar de que ellos querían decir algo en su defensa, los mataron a todos y los arrojaron a un barranco. Se consideraban con derecho a 5
corresponderles con los mismos procedimientos que ya habían utilizado los lacedemonios al matar y arrojar a barrancos a los comerciantes de Atenas y de sus aliados que habían capturado a bordo cuando sus cargueros costeaban el Peloponeso. En efecto, al comienzo de la guerra los lacedemonios mataban como enemigos a todos los que cap-

---

450 Sátrapa de Dascilio. Cf. *supra,* I 129, 1, n. 825; *infra,* V 1; VIII 6, 1; 58, 1.

451 Estos dos personajes sólo aparecen en este pasaje.

452 Cf. *supra,* II 29, 5.

453 Cf. *supra,* I 60-65.

turaban en el mar, tanto a los que hacían la guerra como aliados de los atenienses como a los neutrales[454].

EXPEDICIONES ATENIENSES

Formión en socorro de Argos de Anfiloquia contra los ampraciotas

68 Por la misma época, al final del verano, los ampraciotas[455] con un gran número de bárbaros, a los que habían levantado, hicieron una expedición contra Argos[456] y el resto
2 de Anfiloquia. Las primeras manifestaciones de su enemistad contra los argivos habían surgido del modo siguiente.
3 Anfíloco[457], hijo de Anfiarao, fue quien, al regresar a su

454 No debía de haber ningún principio de derecho de gentes en los apresamientos de barcos.

455 Cf. *supra,* II 9, n. 52.

456 Anfiloquia era una región situada al sudeste de Ampracia y al nordeste de Acarnania. Argos estaba situada en la costa oriental del golfo de Ampracia. Cf. *infra,* III 105, 1; N. G. L. HAMMOND, «The campaigns in Amphilochia during the Archidamian War», *Annual of the British School at Athens* 37 (1936-37), 128-140; A. W. GOMME, *op. cit.* II, págs. 426-428.

457 Anfíloco era hijo del adivino Anfiarao y de Erífila. Tras la toma de Troya, se había embarcado con el también adivino Calcante y había sido arrojado por una tempestad en las costas de Panfilia (cf. HERÓDOTO, VII 91). Había fundado, según HERÓDOTO, III 91, 1, la ciudad de Posideo, en la frontera entre Cilicia y Siria. Al regresar a Argos, según nos cuenta este pasaje, descontento por la situación de su ciudad, donde su hermano Alcmeón había matado a su madre (cf. *infra,* II 102, 5), se marchó y fundó una nueva Argos. Cf., asimismo, ESTRABÓN, VII 7, 7; X 2, 25-26; APOLODORO, 7, 5-6. Tucídides, que no se muestra especialmente interesado en las historias legendarias respecto a los fundadores de ciudades, hace alguna excepción, como la de este caso.

patria después de la Guerra de Troya y no estar satisfecho
por la situación de Argos, fundó Argos de Anfiloquia,
con el resto de Anfiloquia, en el Golfo de Ampracia, y
la llamó Argos, el mismo nombre de su patria. Esta ciu- 4
dad era la más grande de Anfiloquia y sus habitantes los
más poderosos. Pero, muchas generaciones después, estos 5
argivos, abrumados por las desgracias, llamaron a los am-
praciotas, cuyo territorio confinaba con Anfiloquia, para
que formaran una comunidad con ellos; y fue entonces
cuando comenzaron a adoptar la lengua griega que hoy
usan, por influjo de los ampraciotas que se unieron a
ellos[458]; los otros anfiloquios, en cambio, siguen siendo
bárbaros[459]. El resultado de aquello es que, al cabo de 6
un tiempo, los ampraciotas expulsan a los argivos y pasan
a ser los únicos dueños de la ciudad[460]. Al ocurrir esto, 7
los anfiloquios se ponen bajo la protección de los acarna-
nios, y ambos pueblos llaman en su ayuda a los atenien-
ses. Éstos les enviaron entonces al estratego Formión[461]
con treinta naves[462]; y una vez llegado Formión, tomaron
Argos por la fuerza y redujeron a la esclavitud a los am-
praciotas, y anfiloquios y acarnanios habitaron la ciudad
en común. Después de esto se inició la alianza entre ate- 8
nienses y acarnanios. Los ampraciotas, por su parte, co- 9
menzaron a sentir enemistad hacia los argivos a partir de

---

458 Ampracia o Ambracia era una ciudad griega, colonia de Corinto.

459 O sea, siguen sin hablar griego.

460 Los conflictos, e incluso la expulsión como en este caso, eran el resultado lógico de la convivencia de dos comunidades étnicamente diferentes en una misma pólis sin haberse integrado plenamente. Cf. *infra,* VI 4, 1; ARISTÓTELES, *Política* V 2, 10-11 (1303a-1303b).

461 Cf. *supra,* II 29, 6; 31, 2; 58, 2.

462 Esto ocurriría pocos años después del 440 a. C.

este sometimiento de los suyos; y más tarde, durante la guerra, emprendieron la expedición a la que nos referimos en compañía de los caones[463] y de algunos otros bárbaros de las cercanías. Llegados a Argos se hicieron dueños del territorio, pero como no pudieron tomar la ciudad por asalto, regresaron a su patria y se dispersaron por pueblos. Esto fue lo que ocurrió durante el verano.

Diversas expediciones navales de los atenienses

69 En el invierno siguiente[464] los atenienses enviaron veinte naves alrededor del Peloponeso con el estratego Formión, que, tomando Naupacto como base, mantenía la vigilancia a fin de que ningún barco saliera de Corinto y del Golfo de Crisa[465], ni tampoco entrara; enviaron otras seis a Caria y Licia[466] capitaneadas por el estratego Melesandro[467], con la misión de recaudar dinero[468] en aquellas regiones y de impedir que la piratería peloponesia par-

---

463 Población que vivía en el Epiro septentrional, al norte de los tesprotos y frente a la isla de Corcira.

464 Dato que no sólo tiene un valor cronológico (invierno del 430-429), sino que revela asimismo un hecho no muy frecuente: el envío de una escuadra de crucero por aguas lejanas durante el período invernal, en el que normalmente cesaban o se reducían las operaciones. Cf. *supra,* I 30, 4, n. 224.

465 El actual Golfo de Corinto. Cf. *supra,* I 107, 3, n. 621.

466 Región costera en el Asia Menor sudoccidental, al sudeste de Caria.

467 En Tucídides sólo aparece en este pasaje. Pausanias vio su tumba en el Cerámico («la de Melesandro, que navegó con sus naves hasta la Caria Superior a través del Meandro»). Cf. PAUSANIAS, I 29, 7, trad. de A. DÍAZ TEJERA, Madrid, 1964.

468 Eran las *nêes argyrológoi,* encargadas probablemente de exigir el pago de atrasos. Cf. *infra,* III 19, 1-2; IV 50, 1; ARISTÓFANES, *Caballeros* 1070.

tiera de allí para estorbar la navegación de los mercantes procedentes de Fasélide[469], de Fenicia[470] y de aquella parte del continente. Pero Melesandro, internándose en Licia 2 con una tropa de atenienses de las naves y de aliados, encuentra la muerte vencido en una batalla en la que perdió una parte de su ejército.

Capitulación de Potidea

Acaba el segundo año de guerra

En el mismo invierno, los potideatas, dado que ya no podían seguir resistiendo el asedio[471] y que, por otra parte, las invasiones peloponesias en el Ática seguían sin contribuir en nada a que los atenienses levantaran el si- 70

[469] Fasélide *(Phásēlis)* era un importante centro comercial en la costa oriental de Licia, en el Golfo de Panfilia. Pertenecía a la Liga ático-delia, en la que había entrado durante la campaña de Cimón (cf. PLUTARCO, *Cimón* 12, 3-4). Cf. el decreto de Fasélide, que establecía que las causas comerciales entre atenienses y faselitas debían ser vistas en Atenas (R. MEIGGS, D. LEWIS, *A selection of Greek historical inscriptions to the end of the fifth century b. C.*, Oxford, 1969, 31.

[470] Se ha propuesto identificar esta *Phoiníkē* no con Fenicia, sino con una localidad del mismo nombre situada en la costa licia, el actual puerto de *Finike* (cf. A. W. DICKINSON, «A note on *Phoiníkē* in Thucydides 2, 69, 1», *The Classical Quarterly* 73 (1979), 213-214). Este puerto debía de ser bien conocido en Atenas a raíz de las operaciones de Cimón en aquella zona. De todas formas, también podría referirse a que Fasélide estaba a medio camino en la ruta entre Atenas y las ciudades fenicias.

[471] El asedio que había comenzado en el verano del 432 a. C. (cf. *supra*, I 64, 3).

tio[472], al faltar los víveres y llegar incluso algunos —entre otros muchos extremos a los que ya se había llegado allí por la necesidad de alimento— a comer carne humana, en esta situación hicieron proposiciones de capitulación a los estrategos atenienses que estaban al frente de las tropas que combatían contra ellos, Jenofonte[473], hijo de Eurípides, Hestiodoro, hijo de Aristoclides, y Fanóma-
2 co[474], hijo de Calímaco. Éstos las aceptaron, viendo los sufrimientos del ejército en aquel lugar de invierno tan riguroso, y siendo así que la ciudad ya había gastado dos
3 mil talentos[475] en el asedio. Se concluyó, por tanto, la capitulación en los términos siguientes: los potideatas saldrían de la ciudad con sus hijos, mujeres y auxiliares[476], ellos con un solo vestido, pero las mujeres con dos, y llevarían consigo para el viaje una determinada cantidad de
4 dinero. Salieron, pues, en virtud de este pacto y se dirigieron a Calcídica y adonde cada uno pudo. Los atenienses, sin embargo, reprocharon a sus estrategos que hubieran concluido el acuerdo sin contar con ellos (pues creían que habrían podido apoderarse de la ciudad a discreción); después enviaron colonos suyos[477] a Potidea y la repobla-

---

472 Cf. *supra,* I 58, 1.

473 Ya había sido estratego en el 441-440, en la expedición contra Samos (cf. Androción, *FGrHist* 324 F 38). En el año 429 lo encontraremos al frente de las tropas atenienses que combatieron en Espartolo contra los calcideos y botieos (cf. *infra,* II 79, 1). Fue elogiado por Lisias (XIX 14).

474 También fue uno de los tres estrategos de Espartolo (cf. *infra,* II 79, 1; Diodoro, XII 74, 3).

475 Cifra muy elevada que evidencia el esfuerzo económico que representaba un asedio. Cf. *supra,* I 117, 3, n. 742.

476 Cf. *supra,* I 60, 1.

477 *Epoikoi,* colonos enviados a una ciudad preexistente. Cf. *supra,* II 27, 1, n. 213. Según Diodoro, XII 46, 7, fueron mil.

ron. Éstos fueron los sucesos del invierno, y así acabó el segundo año de esta guerra que relató Tucídides. 5

TERCER AÑO DE GUERRA

EXPEDICIÓN PELOPONESIA CONTRA PLATEA

Protesta de los plateos

En el verano siguiente[478], los peloponesios y sus aliados no invadieron el Ática, sino que dirigieron una expedición contra Platea. Tenía el mando Arquidamo, hijo de Zeuxidamo, rey de los lacedemonios. Éste, después de situar a su ejército, se disponía a devastar el territorio, pero los plateos le enviaron rápidamente embajadores que hablaron de este modo[479]: «Arquidamo y lacedemonios, no actuáis de manera justa ni digna de vosotros ni de los padres que os han dado el ser al marchar contra el territorio de Platea. Digo esto porque el lacedemonio Pausanias, hijo de Cleómbroto, después de liberar Grecia de los medos en compañía de los griegos que quisieron afrontar con él los peligros de la batalla que se libró en nuestro territorio[480], ofreció un sacrificio a Zeus Libertador[481] en
71
2

478 El verano del 429.

479 Mediante el diálogo que sigue entre los plateos y Arquidamo se pone de relieve la importancia del drama plateo. Estos dramáticos intercambios de puntos de vista en momentos cruciales son muy del gusto de Tucídides. Cf. *infra*, III 52-68, el debate plateos-tebanos; V 85-113, el diálogo entre melios y atenienses.

480 Alusión a la batalla de Platea del 479 a. C. Cf. *supra*, I 23, 1.

481 Después de la batalla se erigió un altar en honor de Zeus *Eleutherios* («Liberador»). Cf. PLUTARCO, *Arístides* 19, 7; 20, 6; PAUSANIAS, IX 2, 5-7.

la plaza de Platea y, en presencia de todos los aliados, a quienes había convocado, concedió a los plateos el derecho de vivir autónomos en posesión de su ciudad y su territorio y de que nadie moviera jamás una expedición contra ellos injustamente o para esclavizarlos; en caso contrario, los aliados allí presentes deberían defenderlos en
3 la medida de sus fuerzas. Éste fue el reconocimiento de vuestros padres en premio al valor y al arrojo que mostramos en medio de aquellos peligros[482], pero vosotros hacéis lo contrario: habéis venido con los tebanos, nuestros
4 peores enemigos[483], para esclavizarnos. Poniendo, pues, por testigos a los dioses por quienes se juró entonces, que son tanto los de vuestros antepasados como nuestros dioses patrios, os decimos que no causéis daño al territorio de Platea ni violéis los juramentos, y que nos dejéis vivir autónomos como Pausanias consideró de justicia.»

Réplica de Arquidamo y contrarréplica de los plateos. Propuesta de Arquidamo

72 Esto fue todo lo que dijeron los plateos, y Arquidamo, tomando la palabra, dijo: «Es justo lo que decís, plateos, si actuáis de acuerdo con vuestras palabras. Como os concedió Pausanias, sed autónomos y ayudadnos a liberar a todos aquellos que participaron en los peligros de entonces y prestaron su juramento con vosotros y que ahora están bajo el dominio de los atenienses[484], pues el objeti-

---

482 No sólo los de la batalla de Platea, sino también los de la de Salamina, en la que los plateos demostraron su valor (cf. Heródoto, VIII 1, 1; cf., asimismo, *infra,* III 56, 5; 57, 2).

483 Era tradicional la enemistad entre tebanos y plateos. Cf. *supra,* II 2, 3-4; *infra,* VII 61, 2.

484 Sobre los estados que participaron en la guerra contra Persia, cf. Heródoto, VIII 1 y 43-47; R. Meiggs, D. Lewis, *A selection of Greek historical inscriptions...,* cit., 27. Muchos de ellos formaban ahora

vo de unos preparativos y de una guerra tan importantes es su liberación y la de otros. Permaneced fieles también vosotros a los juramentos participando, mejor que nada, en esta liberación; pero si ello no es posible, manteneos en paz disfrutando de vuestros bienes, como ya os hemos invitado a ello anteriormente, y sed neutrales; acoged a ambos bandos como amigos y a ninguno de los dos con fines de guerra. Esto nos bastará[485].» Esto fue todo lo 2
que dijo Arquidamo. Los embajadores plateos, luego que escucharon sus palabras, entraron en la ciudad y, después de comunicar al pueblo lo que había dicho, le respondieron que les era imposible hacer lo que les proponía sin consultar a los atenienses —pues sus hijos y mujeres estaban en Atenas[486]— y que también tenían miedo por toda la ciudad, no fuera que, una vez retirados los lacedemonios, vinieran los atenienses y no se lo permitieran, o que los tebanos, al quedar ellos ligados por el juramento de acoger a ambos bandos, intentaran de nuevo apoderarse de su ciudad. Entonces Arquidamo, para tranquilizarlos 3
respecto a aquello, les dijo: «En este caso confiadnos vuestra ciudad y vuestras casas a nosotros, los lacedemonios, e indicadnos los límites de vuestro territorio y el número de vuestros árboles y cualquier otra cosa que sea contable, y vosotros retiraos adonde queráis, mientras dure la gue-

---

parte de la Liga del Peloponeso; otros, sin embargo, estaban bajo el dominio de Atenas; no eran muchos: Calcis, Tenos, Ceos, Naxos, Eretria y algunos más, pero entre ellos estaba Egina (cf. *infra,* III 54, 3) que había tenido un papel destacado en la batalla de Salamina.

485 Ofrecimiento razonable, de acuerdo con la prudencia de Arquidamo.

486 Cf. *supra,* II 6, 4.

rra[487]; cuando haya pasado os devolveremos lo que hayamos recibido. Hasta entonces lo tendremos en depósito, cultivando las tierras y entregándoos una renta que os resulte suficiente.»

73 *Consulta a los atenienses* Los embajadores, después de escuchar la proposición de Arquidamo, entraron de nuevo en la ciudad y, tras consultar con el pueblo, dijeron que primero querían comunicar a los atenienses lo que se les proponía y que, si lograban convencerlos, lo harían; hasta entonces, le pedían que les concediera una tregua y no devastara el territorio. Arquidamo acordó, pues, una tregua hasta los días en que era previsible que hubieran regresado de Atenas, y no de-
2 vastó el territorio. Los embajadores plateos se presentaron ante los atenienses y, después de deliberar con ellos, regresaron y notificaron a sus conciudadanos lo siguiente:
3 «Plateos, ni en tiempo pasado, desde que nos hicimos sus aliados[488], en ninguna ocasión los atenienses han permitido, afirman, que vosotros fuerais víctimas de la injusticia, ni ahora lo tolerarán, sino que os ayudarán en la medida de sus fuerzas. Y os conjuran por los juramentos que hi-

---

487 Aparentemente una generosa oferta, pero en realidad era un traslado de población como el que habían hecho los atenienses con los eginetas (cf. *supra,* II 27). No debía de inspirar confianza. Platea no confiaba en Esparta y mucho menos en Tebas, y el mismo Tucídides no cree en la honestidad de las propuestas espartanas (cf. *infra,* III 68, 1). Los plateos se habrían retirado a Atenas, con sus mujeres e hijos, y una vez allí se habrían visto obligados a participar en la guerra al lado de Atenas, lo que hubiera sido el pretexto para que sus enemigos se quedaran definitivamente con sus bienes.

488 Hacía unos noventa años. Concretamente, en el 519 a. C., según el mismo Tucídides. Cf. *infra,* III 68, 5. Cf., asimismo, *supra,* II 2, 1, n. 15; *infra,* III 55, 1.

cieron vuestros padres a que no efectuéis ningún cambio respecto a la alianza».

Decisión de los plateos. Invocación de Arquidamo

Luego que los embajadores co- 74
municaron esta respuesta de Atenas, los plateos resolvieron no traicionar a los atenienses y soportar incluso, si era preciso, la visión de su territorio devastado y el padecimiento de cualquier otra desgracia que pudiera sobrevenir; decidieron, asimismo, que ya no saliera nadie de la ciudad, y contestar desde la muralla que les era imposible hacer lo que los lacedemonios
proponían. Así que contestaron, lo primero que hizo el rey 2
Arquidamo fue invocar como testigos a los dioses y hé-
roes[489] del país con estas palabras: «Dioses y héroes que 3
protegéis la tierra de Platea, sed testigos de que sin ninguna injusticia inicial, sino por haber faltado éstos primero a la alianza jurada, hemos venido contra esta tierra donde nuestros padres, implorando vuestro socorro, vencieron a los medos, la tierra que vosotros hicisteis propicia a los griegos para que combatieran en ella, y de que tampoco ahora, si tomamos alguna medida, cometeremos injusticia; pues les hemos hecho muchas proposiciones razonables, pero sin ningún resultado. Dad, pues, vuestro asentimiento a que sufran el castigo por la injusticia quienes la han iniciado, y a que obtengan satisfacción quienes imponen legítimamente la pena».

---

489 Cf. la mención de los nombres de estos héroes, a los que fueron ofrecidos sacrificios antes de la batalla de Platea, en PLUTARCO, *Arístides* 11, 3. Cf., asimismo, *infra,* IV 87, 2, donde escuchamos una invocación análoga en boca de Brásidas.

75 *Ataque de los peloponesios y defensa de los plateos. El asedio de Platea*

Después de esta invocación a los dioses, dispuso a su ejército para entrar en acción[490]. En primer lugar rodeó la ciudad con una empalizada hecha con los árboles que cortaron, a fin de que ya no saliera nadie; luego empezaron a levantar un terraplén[491] contra la ciudad con la esperanza de que muy pronto tendría lugar la conquista de la plaza, dado el gran número de tropas que trabajaban
2 en él. Con los troncos que cortaron en el Citerón[492] se pusieron a construir por los dos lados del terraplén, entrecruzándolos[493] de forma que hiciera las veces de muro, con el fin de que el terraplén no se desparramara mucho; adentro acarrearon fajina, piedras y tierra, y cualquier
3 otra cosa que si se echaba fuera a servir de algo. Estuvieron terraplenando durante setenta días y setenta noches[494] sin interrupción, distribuidos en turnos, de modo

---

490 Comienza aquí una precisa descripción del asedio de Platea, que revela el interés de Tucídides por los asuntos militares y concretamente por la poliorcética. Sobre este asedio, cf. G. B. GRUNDY, *Thucydides and the history of his age*, Oxford, 1948, págs. 282 ss.

491 La utilización de este sistema para facilitar el asalto contra las murallas enemigas ya había sido utilizado por los persas contra las ciudades jonias. Cf. HERÓDOTO, I 162.

492 Cadena de montañas situada al sudoeste de Beocia, que separa esta región del Ática y de la Megáride. Platea se encontraba al pie de estos montes por su ladera septentrional.

493 En un entramado de maderos a modo de reja o formando una empalizada para contener los desprendimientos.

494 Esta cifra ha sido considerada demasiado elevada y posiblemente se debe a un error en la transmisión. Sería el doble de la duración de una invasión del Ática (cf. *supra*, II 57, 2) y estaría en desacuerdo con el propósito peloponesio de evitar gastos (cf. *infra*, II 77, 2). Es difícil, sin embargo, proponer una sustitución. Tal vez fueron nueve (ϑ'

que mientras unos llevaban materiales, otros dormían o
comían; y los jefes lacedemonios[495] que estaban asociados
al mando de las fuerzas de cada ciudad los obligaban al
trabajo. Los plateos, entretanto, al ver que el terraplén 4
subía, construyeron un muro de madera y lo asentaron
sobre su muralla por la parte contra la que se levantaba
el terraplén, y luego lo llenaron de ladrillos que arranca-
ban de las casas vecinas. Los maderos eran su armazón 5
para evitar que la construcción, al ganar altura, perdiera
resistencia; y como protección tenía pieles y cueros, para
que los que trabajaban en la obra y los maderos no fue-
ran alcanzados por dardos incendiarios y estuvieran en se-
guridad. La altura del muro subía de forma considerable, 6
y, frente a él, el terraplén no se elevaba más lentamente.
Y entonces los plateos idearon la siguiente estratagema:
abieron un boquete en la muralla por la parte por donde
caía el terraplén y se pusieron a meter la tierra dentro de
la ciudad.

Pero los peloponesios se dieron cuenta y embutiendo 76
arcilla entre zarzos de caña la echaban en la brecha, a fin
de evitar que aquella masa se desmoronase y fuera vacia-
da como la tierra. Los plateos, obstaculizados por allí, 2
detuvieron el intento, pero desde la ciudad, calculando las
distancias, excavaron una mina debajo del terraplén, y em-
pezaron de nuevo a llevarse la tierra hacia su lado; du-
rante mucho tiempo los de fuera no lo advirtieron: a pe-
sar de los materiales que seguían acumulando, avanzaban

---

por O', según conjetura de Stahl), o incluso pudieron ser algunos más, pero probablemente no debieron, pasar de la veintena.

495 Los *xenagoí*, los jefes lacedemonios puestos al mando de tropas extranjeras, asociados a los comandantes de los contingentes de cada ciudad aliada, con la misión de conseguir una mayor uniformidad y eficacia operativa.

menos, debido a que les minaban el terraplén por debajo y continuamente se iba asentando sobre la parte vaciada.
3 Los plateos, sin embargo, temiendo que ni aun así podrían resistir, al ser pocos contra muchos, discurrieron esta nueva estratagema: dejaron de trabajar en la gran construcción situada frente al terraplén y, desde ambos extremos de la misma, partiendo de la parte interior de la muralla de abajo[496], se pusieron a construir, hacia la ciudad, un muro en forma de media luna, a fin de que, si la muralla grande[497] era tomada, este muro resistiera, y el enemigo se viera obligado a levantar otro terraplén frente a él y tuviera doble trabajo en su avance al quedar expuesto a
4 los ataques de ambos flancos. Juntamente con la construcción del terraplén, los peloponesios acercaban máquinas de asedio e ingenios de defensa[498] contra la ciudad; una de ellas, que fue llevada sobre el terraplén, derribó una gran parte de la gran construcción, y espantó a los plateos; otras fueron llevadas contra diversos puntos de la muralla y los plateos, echándoles lazos, trataban de desviarlas tirando hacia arriba; también suspendían grandes vigas, por medio de largas cadenas de hierro atadas a sus dos extremos, de dos perchas apoyadas en la muralla y salientes, dejando las vigas en alto y en posición perpendicular respecto a las máquinas[499], y cuando el ariete iba a chocar contra algún punto, dejaban caer la viga sol-

496 Es decir, la muralla antigua.

497 La parte de la muralla situada frente al terraplén, cuya altura había sido aumentada mediante la construcción del muro de madera (cf. *supra,* II 75, 4).

498 Estas máquinas de asedio eran, por lo que luego se dice, arietes *(krioí).* La poliorcética todavía no estaba muy avanzada y las máquinas que se utilizaban eran simplemente de choque, del tipo ariete.

499 En posición paralela a la muralla.

tando las cadenas sin sujetarlas con las manos; la viga caía con fuerza y tronchaba la cabeza del ariete.

Después de esto los peloponesios, viendo que sus má- 77
quinas no servían de nada y que frente al terraplén se levantaban las obras de fortificación enemigas, pensaron que era imposible tomar la ciudad con los medios de asalto que tenían y se prepararon para proceder a la circunva-
lación. Antes, sin embargo, decidieron hacer un intento 2
con el fuego por si podían, con la ayuda del viento, incendiar la ciudad, que no era grande; discurrían, en efecto, toda clase de procedimientos por ver si Platea se les
sometía sin gastos ni asedio. Acarrearon haces de leña y 3
los arrojaron desde el terraplén, primero al espacio entre la muralla y el talud delantero del terraplén, y luego, al quedar enseguida lleno debido a la gran cantidad de brazos, continuaron amontonando más leña junto al resto de la ciudad tan lejos como podían alcanzar desde lo alto, y lanzando azufre y pez encendidos prendieron fuego a
la leña. Y se levantó una llama como nadie había visto 4
nunca hasta aquel día, al menos provocada por mano de hombre; pues también en los montes las ramas se frotan entre ellas por efecto del viento y, a consecuencia de ello,
producen espontáneamente fuego y llamas. Fue éste un 5
incendio de enormes proporciones, y faltó muy poco para que los plateos, que habían escapado de los demás peligros, perecieran; no era posible, en efecto, acercarse a una buena parte de la ciudad, y si hubiera acompañado un viento que hubiera soplado en dirección favorable, como
esperaban los contrarios, no se hubieran salvado. Pero 6
lo que ocurrió, según se dice, fue que cayó del cielo un fuerte aguacero[500], acompañado de truenos, que apagó las llamas, y así desapareció el peligro.

---

500 *Hýdōr ex ouranoû polý...* Cf. Heródoto, I 87, 2.

78 Los peloponesios, después de fracasar también en este intento, dejando sólo una parte del ejército y haciendo partir a la mayoría, se pusieron a cercar la ciudad con un muro de circunvalación[501] distribuyéndose los trechos entre las fuerzas de las distintas ciudades; y tanto por la parte de dentro como por la de fuera quedaba un foso, del que se había sacado la arcilla para hacer los ladrillos.
2 Y cuando estuvo terminada toda la obra, hacia la época de la aparición de Arturo[502], dejando una guarnición para la mitad del muro (la otra mitad la guardaban los beocios), se retiraron con el ejército y se dispersaron hacia
3 sus respectivas ciudades[503]. Anteriormente los plateos habían hecho trasladar a Atenas a niños, mujeres y viejos y a la población inútil, y se habían quedado a resistir el asedio cuatrocientos, con ochenta atenienses, y ciento diez
4 mujeres para preparar la comida. Éste era el número total[504] cuando comenzó el asedio, y no había nadie más en la muralla, ni esclavo ni libre. De este modo se estableció el sitio de Platea[505].

---

501 Descrito en III 21. Cf. R. Weil, «Le rempart des péloponnésiens a Platée», *Revue des Études Grecques* 80 (1967), 187-190.

502 Arturo («cola de la osa») es la estrella α de Boyero, constelación boreal situada a continuación de la Osa Mayor. Es la sexta de las estrellas más brillantes del cielo y se hace visible, antes del amanecer, algunos días antes del equinocio de otoño (23 de septiembre), después de un período en el que es invisible por salir después del sol. Su aparición se considera, por tanto, el signo del paso del verano al otoño.

503 Era una práctica normal la reducción de tropas después de concluir las obras de fortificación en torno a la ciudad asediada.

504 También era normal este número para resistir un asedio en una ciudad bien fortificada. Cf. *supra,* I 65, 1, donde se nos dice respecto a Potidea que quinientos defensores eran suficientes. Cf., asimismo, I 93, 6.

505 Para la continuación y el trágico desenlace de este sitio, cf. *infra,* III 20-24; 52-68.

Expedición ateniense contra los calcideos y botieos, coincidiendo con los hechos de Platea

En el mismo verano y coincidiendo con la expedición 79
contra Platea, los atenienses con dos mil hoplitas propios
y doscientos jinetes marcharon contra los calcideos de Tra-
cia[506] y los botieos[507], en la época en que el grano estaba
maduro[508]; los mandaba el estratego Jenofonte[509], hijo de
Eurípides, con dos colegas. Llegados a la comarca de Es- 2
partolo[510], en la Bótica[511], se pusieron a destruir las mie-
ses. Parecía incluso que la ciudad se les iba a pasar por
obra de algunos que lo gestionaban desde el interior; pero
los que se oponían a ello habían enviado emisarios a Olin-

[506] La rebelión de los calcideos (cf. *supra,* II 29, 6; 58, 1) continuaba a pesar de la capitulación de Potidea (cf. *supra,* II 70). Sobre los calcideos, cf., asimismo, *supra,* I 57, 5, n. 327.

[507] Cf. *supra,* I 57, 5, n. 328.

[508] Hacia fines de mayo del 429.

[509] Cf. *supra,* II 70, 1.

[510] Ciudad de Calcídica que estaba situada al noroeste de la península de Palene y al oeste de Olinto; su emplazamiento, sin embargo, no ha sido localizado. Era, al parecer, la *pólis* más importante de la Bótica o Botiea (cf. nota siguiente) y se había rebelado contra Atenas junto a otras ciudades de la región. Cf. *supra,* I 57, 5; 58, 1; B. D. Meritt, H. T. Wade-Gery, M. F. McGregor, *The Athenian tribute list* I, págs. 412-413.

[511] Tucídides llama Bótica (cf. *supra,* I 65, 2; *infra,* II 101, 5) a la Botiea o país de los botieos, en Calcídica, mientras que reserva los nombres de Botiea y Botia para la tierra originaria de los botieos (cf. *infra,* II 99, 3; 100, 4). Sobre el país de los botieos cf. *supra,* I 57, 5.

to[512], y vinieron hoplitas y otras fuerzas en defensa de la ciudad; y cuando estas tropas hicieron una salida desde Espartolo para atacarlos, los atenienses les presentaron ba-
3 talla bajo los mismos muros de la ciudad. Entonces los hoplitas calcideos y algunas tropas auxiliares que iban con ellos son vencidos por los atenienses y se retiran a Espartolo, pero la caballería de los calcideos y su infantería ligera vencen a la caballería y a la infantería ligera de los
4 atenienses. Tenían éstos[513] algunos peltastas[514] procedentes de la región llamada Crúside[515]. Pero, apenas concluido el combate, peltastas del otro bando acuden en auxilio
5 desde Olinto. Y la infantería ligera de Espartolo, al verlos, enardecida por la llegada de aquel refuerzo y porque antes no había sido derrotada, ataca de nuevo a los atenienses, en unión de la caballería de los calcideos y de las fuerzas que habían acudido en auxilio; entonces los atenienses se repliegan hacia las dos compañías que habían dejado junto
6 a la impedimenta. Y todas las veces que los atenienses pasaban al ataque, aquellos cedían, pero cuando se reple-

---

[512] La *pólis* principal de los calcideos. Cf. *supra,* I 57, 5, n. 327; I 58, 2, n. 335.

[513] El sujeto del «tenían» no está claro en el texto. Algunos (Krüger, Poppo, Böhme, Croiset, Voilquin, Berenguer, etc.) entienden que son los calcideos el sujeto principal del pasaje, mientras que otros (Classen, Marchant, C. F. Smith, Gomme, Romilly, Adrados, Donini, Moggi, etc.) piensan que son los atenienses. La frase sería —entendemos— una explicación sobre la procedencia de las tropas ligeras atenienses a las que se acaba de referir.

[514] Formaban parte de la infantería ligera, igual que los arqueros, los honderos, etc. Cf. *supra,* II 29, 5, n. 232.

[515] Región costera de Calcídica, en el Golfo de Terme y al noroeste del país de los botieos. Cf. HERÓDOTO, VII 123, 2.

gaban, los acosaban y les lanzaban dardos[516]. Además, la caballería de los calcideos cabalgaba contra los atenienses y cargaba sobre ellos por donde parecía más oportuno, y espantándolos en gran manera los puso en fuga y los persiguió un buen trecho. Entonces los atenienses se refu- 7
giaron en Potidea, y posteriormente, después de recoger sus muertos en virtud de una tregua, regresaron a Atenas con lo que quedaba de su ejército; habían muerto cuatrocientos treinta hombres y todos los estrategos. Los calcideos y los botieos erigieron un trofeo y, después de levantar sus muertos, se dispersaron volviendo a sus respectivas ciudades.

Expedición peloponesia contra Acarnania

En el mismo verano, no mucho después de estos he- 80
chos[517], los ampraciotas y los caones[518], queriendo someter toda Acarnania[519] y apartarla de los atenienses, persuadieron a los lacedemonios a equipar una flota con fuerzas de sus aliados y a enviar mil hoplitas a Acarnania; argumentaban que, si se unían a ellos con naves e infantería a la vez, al no poder acudir en una expedición de defensa conjunta los acarnanios de la costa[520], ocuparían

516 Sobre estas intervenciones decisivas de la infantería ligera, cf. *infra,* III 97, 3; IV 33, 2.

517 Probablemente hacia fines de junio o principios de julio. Cf. *supra,* II 79, 1, n. 508.

518 Cf. *supra,* II 68, 1, n. 455; 68, 9, n. 463.

519 Tras su fracaso del año anterior (cf. *supra,* II 68) emprenden un proyecto más ambicioso, en el que logran interesar a los lacedemonios. Cf. *infra,* III 102, 6.

520 Debido a la presencia de la flota peloponesia.

fácilmente Acarnania y se apoderarían de Zacinto y Cefalenia[521], y los atenienses ya no podrían realizar la circunnavegación del Peloponeso en las mismas condiciones que
2 antes; existía además la esperanza de tomar Nupacto. Los lacedemonios les hicieron caso y enviaron inmediatamente a Cnemo[522], que todavía era navarco, con los hoplitas a bordo de unas pocas naves, y transmitieron la orden de que la flota se aparejase para zarpar cuanto antes hacia
3 Léucade[523]. Los corintios eran quienes más apoyaban a los ampraciotas, sus colonos[524]. Y mientras las fuerzas navales de Corinto, Sición y de los países vecinos estaban haciendo sus preparativos, las de Léucade, Anactorio[525] y Ampracia, que habían llegado antes, esperaban en Léu-
4 cade. Entretanto, Cnemo y los mil hoplitas que iban con él, una vez que hubieron hecho la travesía sin que se diera cuenta Formión[526], que mandaba las veinte naves atenienses que estaban de vigilancia en aguas de Naupacto, se pusieron inmediatamente a preparar la expedición por tie-
5 rra. Las fuerzas griegas que tenía a su disposición eran los ampraciotas, los anactorios y los leucadios, además de los mil peloponesios que se había traído consigo; y, en cuanto a los bárbaros, contaba con mil caones, pueblo sin rey, al frente de los cuales estaban, con un mando anual,

---

521 Islas aliadas de Atenas. Cf. *supra,* II 9, 4, n. 59; 30, 2, n. 241.

522 Cf. *supra,* II 66, 2.

523 Isla aliada de Esparta que, al estar a muy poca distancia de Acarnania, constituía una base excelente para atacarla.

524 Aparte de los lazos con su colonia, Corinto se mostró siempre muy interesada ante empresas que podían reportar el dominio de bases en aquella ruta, y estaba especialmente interesada en Naupacto, que controlaba la entrada del Golfo de Corinto.

525 Aliada de Esparta, situada en la costa meridional del Golfo de Ampracia. Limitaba con Acarnania.

526 Cf. *supra,* II 69, 1.

Fotio y Nicanor, miembros de la familia dominante. Y con los caones también tomaron parte en la expedición los tesprotos, pueblo sin rey[527]. A los molosos[528] y a los atin- 6
tanes[529] los mandaba Sabilinto, tutor del rey Táripe[530], que todavía era niño, y a los paraveos[531], Oredo, que era su rey[532]. Mil orestas[533], sobre los que reinaba Antíoco, participaban en la expedición junto a los paraveos, puesto que Antíoco los había confiado a Oredo. También Perdi- 7
cas, a escondidas de los atenienses[534], envió mil macedonios, que llegaron tarde. Con este ejército se puso en mar- 8
cha Cnemo, sin esperar la flota de Corinto; y al pasar

---

527 Pueblo del Epiro meridional, situado al noroeste de los ampraciotas (cf. *supra,* I 30, 3; 46, 4). En esta época estaban probablemente bajo la hegemonía de los caones. Ambos pueblos son definidos como *abasíleutoi,* «sin rey», lo que posiblemente es un indicio de que la monarquía había acabado hacía poco evolucionando hacia un gobierno aristocrático.

528 Cf. *supra,* I 136, 2, n. 861. Este pueblo se convirtió en el más importante del Epiro. Rey suyo sería el famoso Pirro (319-272 a. C.).

529 Pueblo que habitaba el Epiro septentrional, al noroeste de los molosos y al nordeste de los caones.

530 Táripe *(Thárγps)* fue educado en Atenas y recibió la ciudadanía ateniense; introdujo la cultura griega en su reino. Era el bisabuelo de Olimpia, la madre de Alejandro Magno. Cf. PLUTARCO, *Pirro* 1, donde aparece con el nombre de *Tharrýpas;* M. N. TOD, *A selection of Greek historical inscriptions* II, cit., 173, pág. 216; PAUSANIAS, I 11, 1.

531 Pueblo situado al nordeste de los atintanes.

532 Los molosos, los atintanes y los paraveos tenían, pues, un régimen monárquico, igual que los orestas citados a continuación y a diferencia de los caones y tesprotos a los que se ha referido antes.

533 Habitaban el territorio situado al este de los paraveos, junto al curso alto del río Haliacmón. Nada más se sabe de su rey Antíoco.

534 Cf. *supra,* I 56, 2, n. 322; 57, 2; 58, 2; 59, 2; 61, 3; 62, 2. Era un rey voluble en sus alianzas. Dos años antes (cf. *supra,* II 29, 6) había sellado una alianza con Atenas, lo que explica que ahora actuara en secreto.

por el territorio de Argos[535], saquearon Limnea[536], un poblado sin murallas. Se pusieron luego en el camino de Estrato[537], la ciudad más grande de Acarnania, pensando que, si se apoderaban primero de ésta, el resto del país se les pasaría fácilmente.

81 Cuando los acarnanios se dieron cuenta de que un ejército numeroso había irrumpido por tierra, y de que, por mar, el enemigo se iba a presentar a la vez con su flota, no organizaron una defensa conjunta[538], sino que cada pueblo se dispuso a proteger su propio territorio, y enviaron un mensaje a Formión pidiéndole que los ayudara. Pero éste respondió que le era imposible dejar Naupacto sin protección cuando una flota iba a zarpar de Corin-
2 to[539]. Entretanto, los peloponesios y sus aliados, después de dividir sus tropas en tres cuerpos, marchaban contra la ciudad de Estrato a fin de establecer su campamento cerca, y de tratar de apoderarse de su muralla con la acción en caso de no lograr persuadir a sus defensores con

---

535 Por la Argía *(Argeía)*. Se refiere naturalmente a Argos de Anfiloquia. Cf. *supra*, II 68, 1, n. 456.

536 Su ubicación no es segura. Parece que estaba en la Acarnania septentrional, al norte de Estrato y en el ángulo sudoriental del Golfo de Ampracia. Se hallaría así al norte y cerca de dos lagos situados junto al camino de Argos a Estrato, circunstancia que explicaría su nombre *(Limnaía*, de límnē = lago).

537 En el interior de Acarnania, en el centro de su territorio oriental, muy cerca del río Aqueloo y en el camino del Golfo de Ampracia al Golfo de Corinto.

538 Se cumplían las previsiones: cf. *supra*, II 80, 1. Interesaba evitar la defensa conjunta de los acarnanios. Cf. *infra*, II 83, 1.

539 Naupacto, uno de los objetivos de la expedición peloponesia (cf. *supra*, II 80, 1), era una base de extraordinaria importancia para Corinto (cf. *supra*, II 80, 3, n. 524). De ahí el empeño de Formión por conservarla.

las palabras. Los caones y los otros bárbaros avanzaban 3
ocupando el centro; a su derecha iban los leucadios, los anactorios y sus aliados, y a la izquierda Cnemo con los peloponesios y los ampraciotas; estaban muy separados unos de otros, y a veces ni siquiera se veían. Los griegos 4
estuvieron avanzando en formación y manteniéndose en guardia, hasta que acamparon en un lugar adecuado[540]. Los caones, en cambio, que confiaban en sí mismos y tenían fama entre los habitantes de aquella parte del continente de ser los mejores guerreros, no se detuvieron a establecer su campamento, y, lanzándose con ímpetu en unión de los otros bárbaros, pensaron que tomarían la ciudad al primer asalto y que la acción se debería a ellos solos. Los de Estrato, dándose cuenta de su intento cuan- 5
do todavía estaban avanzando, y pensando que si los vencían mientras estaban solos, los griegos ya no los atacarían del mismo modo, se emboscaron en posiciones avanzadas de los alrededores de la ciudad, y cuando los enemigos estuvieron cerca, cayeron sobre ellos, saliendo a su encuentro desde la ciudad y desde los sitios en que estaban emboscados. A los caones les entró el pánico y perecieron 6
en gran número, y los otros bárbaros, al ver que aquéllos cedían, ya no resistieron, sino que se dieron a la fuga. Ninguno de los dos campamentos griegos se enteró de la 7
batalla, porque los bárbaros se habían adelantado mucho y los griegos pensaban que habían acelerado su marcha para establecer el campamento. Pero cuando los bárbaros 8
en fuga toparon con ellos, los recogieron, y, después de

[540] Seguramente, una o dos divisiones debieron de marchar por el camino al oeste de los dos lagos (cf. *supra,* n. 536) y el otro cuerpo por el del este. Debía de haber un campamento diferente para cada grupo. Cf. *infra,* 7. Este distanciamiento hizo posible la imprudencia de los caones.

reunir los campamentos, permanecieron allí quietos durante el resto del día, ya que los de Estrato no intentaban trabar combate con ellos debido a que los otros acarnanios todavía no habían acudido en su auxilio; desde lejos, sin embargo, les disparaban con sus hondas y los ponían en aprieto, pues no era posible hacer el menor movimiento sin estar armados. Los acarnanios, en efecto, pasan por ser muy hábiles en el manejo de la honda.

82 Así que se hizo de noche, Cnemo se retiró rápidamente con su ejército hacia el río Anapo[541], que dista ochenta estadios de Estrato, y al día siguiente recogió los muertos en virtud de una tregua y, dado que los eníadas[542], por amistad, le prestaban ayuda, se retiró a su territorio antes de que llegara el socorro conjunto del enemigo. Desde allí cada uno volvió a su patria[543]. Los de Estrato levantaron un trofeo por la batalla contra los bárbaros.

Batallas navales de Patras y Naupacto

83 La flota de Corinto y de los otros aliados del Golfo de Crisa[544], que debía apoyar a Cnemo, a fin de impedir que los acarnanios de la costa marcharan tierra adentro para participar en la defensa conjunta, no se presentó; por los mismos días de la batalla de Estrato, se vieron obliga-

---

541 Situado, al parecer, en el camino de Estrato a Eníadas, pero no ha sido identificado.

542 Pueblo de la ciudad de Eníadas, sobre la cual, cf. *supra,* I 111, 3, n. 671. Cf. la descripción del lugar *infra,* II 102, 2-6.

543 Cnemo, sin embargo, volvió a su base en Léucade (cf. *infra,* II 84, 5).

544 El Golfo de Corinto.

dos a entablar combate contra Formión y las veinte naves atenienses que estaban de vigilancia en Naupacto[545]. For- 2
mión, en efecto, estaba al acecho de que pasaran a lo largo de la costa para salir del golfo, puesto que quería atacarlos en mar abierto[546]. Los corintios y sus aliados, en 3
cambio, no navegaban para trabar una batalla naval, sino

[545] Antes Cnemo había logrado pasar burlando la vigilancia de Formión (cf. *supra,* II 80, 4), pero no lo consiguió esta flota que debía apoyar a Cnemo.

[546] Pensaba en un principio estratégico básico: el mar abierto, la *eurychōría,* favorecía a una flota con experiencia que, con su habilidad de maniobra podía situarse en la posición más ventajosa para llegar a encerrar en un espacio reducido *(es olígōn; en olígoi:* cf. 84, 1; 84, 3) el adversario y así provocar el desorden en una flota más numerosa, consiguiendo el mismo efecto que en situaciones de *stenochōría,* en las que un gran número de barcos quedaban encerrados en un campo de batalla estrecho frente a naves más maniobreras. En las batallas navales de la Guerra del Peloponeso los atenienses prefirieron la *eurychōría,* que les permitía desarrollar su habilidad táctica frente a la menor experiencia peloponesia. Por el contrario, durante las Guerras Médicas se pensaba que la *stenochōría* era más ventajosa frente a una flota numéricamente superior (cf. HERÓDOTO, VII 211; VIII 16; 60). Naturalmente, cuando una flota numerosa encerraba a una inferior en número impidiendo toda maniobra, la batalla se convertía en una especie de combate de tierra y el número se imponía (cf. *infra,* II 89, 8). En Naupacto los peloponesios querían evitar el mar abierto, es decir, el mar que se ensanchaba a la salida del Golfo de Corinto en el Golfo de Calidonia; no querían que los atenienses tuvieran libertad de movimiento y consiguieron llevarlos al interior del Golfo de Corinto contra su voluntad (cf. *infra,* II 89, 8; 90, 1; 90, 4). Habrían tenido éxito si no hubieran dejado escapar a una parte de la flota ateniense que consiguió ganar mar abierto y recuperar así su libertad de movimiento y su superioridad táctica, lo que permitió la reacción y la victoria. Es posible que Tucídides participara personalmente en esta campaña de la que hace un admirable relato (cf. J. CLASSEN, *Thukydides,* cit., Introd., pág. XXVI). Cf., asimismo, el análisis de esta narración en J. DE ROMILLY, *Histoire et raison...,* cit., págs. 125 ss.

que se habían preparado más bien para una expedición por tierra[547] contra Acarnania, y no pensaban que contra sus cuarenta y siete naves los atenienses con sus veinte se atrevieran a presentar batalla; sin embargo, una vez que los vieron que costeaban por el litoral de enfrente mientras ellos pasaban a lo largo de la costa[548], y que, al realizar la travesía desde Patras de Acaya[549] hacia el continente de la costa opuesta rumbo a Acarnania, observaron que los atenienses navegaban contra ellos desde Calcis[550] y el río Eveno[551], y una vez que, finalmente, no consiguieron pasar inadvertidos a pesar de iniciar la travesía de noche, en tales circunstancias se vieron obligados a
4 combatir en medio del brazo de mar[552]. Había comandantes de cada una de las ciudades que habían contribuido a equipar la flota; los de los corintios eran Macaón, Isó-
5 crates y Agatárquidas[553]. Los peloponesios dispusieron sus naves en un círculo, el más grande que podían formar sin dar lugar a la ruptura de la línea[554], con las proas hacia fuera y las popas hacia adentro, y colocaron dentro las

---

547 Es decir, que las naves eran utilizadas como transportes, con muchas tropas de tierra para combatir en Acarnania, una sobrecarga que les restaba velocidad y capacidad de maniobra.

548 Las dos flotas navegaban paralelamente, la ateniense por el norte costeando Etolia y la corintia al sur, bordeando la costa de Acaya.

549 Ciudad costera de la Acaya septentrional que da nombre al Golfo que se abre ante ella (el *Patraikòs kólpos)*, aguas que querían atravesar los peloponesios. Al sudoeste de la entrada del Golfo de Corinto.

550 En el continente, en la costa opuesta y al noroeste de Patras.

551 Río de Etolia que desemboca al oeste de Cálcide en el Golfo de Calidonia.

552 En aguas del Golfo de Patras, entre Patras y la desembocadura del Eveno.

553 Ninguno de los tres vuelve a ser mencionado por Tucídides.

554 Cf. *supra,* I 49, 3, n. 292.

embarcaciones ligeras que acompañaban a la flota y cinco naves que eran muy marineras, a fin de que pudieran salir en breve tiempo a prestar ayuda a cualquier punto que atacasen los contrarios.

Victoria ateniense

84 Los atenienses, alineados una nave tras otra, comenzaron a navegar en círculo[555] alrededor de los peloponesios y los fueron encerrando en un espacio reducido, pasando siempre a ras de ellos y dando la impresión de que se lanzarían al ataque enseguida; pero Formión les había dado la orden de no atacar hasta que él diera la señal.
2 Creía, en efecto, que la formación de los peloponesios no se mantendría como la de un ejército de infantería en tie-

[555] Para estas maniobras y tácticas navales, cf. G. B. GRUNDY, *Thucydides and the history of his age*, Londres, 1911, págs. 301 ss. (2.ª ed., Oxford, 1948). Acerca del extraordinario talento de Formión, cf. W. L. RODGERS, *Greek and Roman Naval Warfare*, Annapolis, 1937, págs. 129 ss. Sobre la táctica de la *períplous*, cf. J. TAILLARDT, «La trière athénienne et la guerre sur mer aux Vᵉ et IVᵉ siècle», en *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*, París-La Haya, 1968, págs. 183-205. Se ha dicho que la guerra naval era una guerra «democrática», dado que las maniobras eran ejecutadas por los atenienses del pueblo. P. VIDAL-NAQUÊT (cf. «La guerre tragique», en *Athènes au temps de Périclès*, París, 1966, pág. 259) ha sugerido que esto se reflejaba en las técnicas de combate y que la *períplous* concretamente tenía su origen en el mundo de la pesca; se trataría de una traslación al mundo de la guerra del procedimiento de la almadraba utilizado en la pesca de atunes. Respecto a las maniobras de la trirreme y, concretamente, a la *diékplous* y a la *períplous*, cf., asimismo, J. S. MORRISON, R. T. WILLIAMS, *Greek Oared Ships*, Cambridge, 1968, págs. 137-139, 314-319; J. S. MORRISON, J. F. COATES, *The Athenian Trireme*, Cambridge, 1986, y los recientes puntos de vista de J. F. LAZENBY, J. WHITEHEAD, *Greece and Rome* 34 (1987), 169-185.

rra, sino que las naves chocarían unas con otras y las embarcaciones provocarían desorden, y que, si el viento soplaba del golfo, que era lo que estaba esperando mientras navegaba dando vueltas y que solía levantarse al alba, aquéllos no estarían ni un momento en su sitio. Pensaba también que el inicio del ataque estaba en su mano, en el momento en que quisiera, dado que sus naves eran más marineras, y que aquel momento era el más favorable.
3 Efectivamente, así que el viento empezó a soplar y las naves, que ya estaban en un espacio reducido, comenzaron a desordenarse por la acción simultánea de dos causas, el viento y las embarcaciones, y a chocar unas con otras en tanto que los hombres trataban de separarlas con botadores, y, entre gritos y recíprocas llamadas de atención y vituperios, no oían las órdenes ni a los cómitres[556], y, siendo incapaces, en su inexperiencia, de levantar los remos en medio de aquel mar agitado, hacían que las naves obedecieran menos a los pilotos[557], entonces, en aquel preciso momento, Formión dio la señal, y los atenienses se lanzaron al ataque y hundieron primero una de las naves capitanas, y después se pusieron a destruir las otras por donde pasaban, y consiguieron que ningún enemigo, debido al desorden, se pusiera en posición de defensa y que
4 huyeran hacia Patras y Dime[558] de Acaya. Los atenienses

[556] En el primer caso se refiere a las órdenes que se transmitían de una nave a otra y en el segundo a las voces de los jefes de los remeros *(keleustaí)*, que regulaban el ritmo de los remos.

[557] El piloto *(kybernḗtēs)* dirigía la navegación como el capitán actual. Sobre el piloto y el trierarco *(triḗrarchos)*, cf. *supra*, I 143, 1, n. 925; II 24, 2, n. 194.

[558] Dime estaba al sudoeste y a bastante distancia de Patras, lo que significa que la flota corintia se había dispersado mucho en el combate y había huído en direcciones diferentes.

los persiguieron y, después de capturar doce naves y de llevarse consigo a la mayor parte de sus tripulaciones, se dirigieron hacia Molicrio[559]; levantaron un trofeo en Río[560] y consagraron una nave a Posidón[561], y luego regresaron a Naupacto[562]. Los peloponesios, por su parte, con las naves que les quedaban, también hicieron rumbo inmediatamente desde Dime y Patras, a lo largo de la costa, hacia Cilene, el puerto de los eleos[563]; y desde Léucade, Cnemo y las naves de aquellos pueblos[564], que debían

---

559 Era una colonia de Corinto (cf. *infra*, III 102, 2) cuya ubicación es incierta. Estaba en la costa septentrional del Golfo de Corinto, al sudoeste de Naupacto, posiblemente cerca de Velvina, que está situada a una cierta distancia de Río (Antirrío, cf. nota siguiente); según otros, estaría en la misma zona del cabo. Cf. ESTRABÓN, IX 4, 8; PAUSANIAS, V 3, 6.

560 Promontorio situado en la parte norte del estrecho que da entrada al Golfo de Corinto; es el extremo meridional de Etolia entre los Golfos de Calidonia y de Corinto. Enfrente, en la costa sur y a una distancia de algo más de una milla marina, está Río de Açaya. Para distinguirse, el Río de Etolia se llama Antirrío (cf. ESTRABÓN, X 2, 21), por cuanto está contrapuesto a Río de Acaya. Tucídides, sin embargo, lo llama «Río de Molicrio» (cf. *infra*, II 86, 2). Los dos Ríos, hoy con el castillo de Rumeli y la fortaleza veneciana de la Morea, han custodiado desde antiguo la entrada del Golfo de Corinto.

561 Una nave apresada al enemigo que era dejada en el recinto sagrado de su templo. Cf. *infra*, II 92, 5; HERÓDOTO, VIII 121, 1; PAUSANIAS, X 11, 6.

562 Así acabó la batalla de Patras, que constituyó un brillante triunfo ateniense, dada la relación numérica entre las dos flotas. Los atenienses demostraron su gran habilidad y su experiencia de marinos eligiendo el lugar, la disposición y el momento en que el viento soplaba a su favor.

563 Cf. *supra*, I 30, 2, n. 219.

564 Las naves de Léucade, Anactorio y Ampracia (cf. *supra*, II 80, 3) que debían haberse reunido con las naves de Corinto y sus aliados.

unirse a estas últimas, llegaron también a Cilene después de la batalla de Estrato.

Refuerzos peloponesios. No llegan los refuerzos de Atenas

85 Los lacedemonios enviaron a Cnemo, en calidad de consejeros navales[565], a Timócrates[566], Brásidas[567] y Licofrón[568], con la orden de preparar otra batalla naval con un mejor planteamiento y de no dejarse cerrar las rutas
2 del mar por unas pocas naves. Lo ocurrido constituía para ellos una gran decepción, más que nada por ser la primera vez[569] que intentaban un combate naval, y no creían que su flota fuera tan inferior, sino que de alguna manera había habido cobardía; no tenían en cuenta la larga experiencia de los atenienses frente a su corta práctica. Así pues, enviaron a los consejeros en un momento de cólera.
3 Éstos, una vez llegados, enviaron, de acuerdo con Cnemo, una petición de nuevas naves a las distintas ciudades y pusieron las que ya tenían en disposición de entablar bata-
4 lla. Formión, por su parte, también envió mensajeros a Atenas para que informaran sobre los preparativos del enemigo y dieran a conocer la victoria naval que habían conseguido; pedía, asimismo, que le enviaran cuanto antes el mayor número posible de naves, dado que cada día era

---

565 Los *sýmbouloi,* cuyas atribuciones no aparecen muy definidas, aunque de III 79, 3 se deduce que estaban subordinadas al navarco. Cf., asimismo, III 69, 1; V 63, 3; VIII 39, 2. Los lacedemonios los usaban con frecuencia. Respecto al navarco, cf. *supra,* n. 443.

566 Cf. *infra,* II 92, 3.

567 Cf. *supra,* II 25, 2, n. 200. Ésta es la segunda mención de Brásidas en la *Historia* de Tucídides.

568 Sólo aparece en este pasaje.

569 Se sobreentiende «en esta guerra» o «después de mucho tiempo». Sería inadmisible la afirmación tomada de manera absoluta.

constante la perspectiva de una batalla naval. Los atenien- 5
ses le enviaron veinte naves, pero ordenaron a quien las conducía[570] que recalara primero en Creta. Nicias, un cretense de Gortina[571], que era próxeno[572] de los atenienses, los había persuadido a efectuar una expedición naval contra Cidonia[573], prometiendo ganar a su causa aquella ciudad, entonces enemiga; pero en realidad los llamó por hacer un favor a los policnitas, vecinos de los cidoniatas.
Así el comandante se hizo cargo de las naves y partió 6
hacia Creta, y juntamente con los policnitas devastó el territorio de los cidoniatas, y a causa de los vientos y de las condiciones desfavorables para la navegación[574] perdió no poco tiempo en aquellas aguas.

---

[570] Curiosamente no se da su nombre, lo que es inusual en Tucídides.

[571] Importante ciudad cretense situada en el centro de la isla, no lejos de Festo y de la costa sur. Este Nicias era el próxeno de Atenas en Gortina. Es injustificada la tesis de W. R. CONNOR («Nicias the Cretan?», *American Journal of Ancient History* 1 (1976), 61-64), que ve en este Nicias el Nicias famoso que aparecerá luego (cf. *infra,* III 51, 1). Cf. G. DAUX, «Thucydide et l'evenement (à propos de l'intermède crétois, II 85, 4-6)», *Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions* (1979), 89-103.

[572] Cf. *supra,* II 29, 1, n. 223.

[573] En la costa noroccidental de Creta. Cf. ESTRABÓN, X 4, 13.

[574] *Hyp' anémōn kaì aploías. Aploía* suele indicar la imposibilidad de navegar a causa del mal tiempo. Con esta expresión Tucídides insiste en las circunstancias meteorológicas, debido a la importancia que tenían estos retrasos (cf. *infra,* II 92, 7), como él mismo pudo experimentar (cf. *infra,* IV 106, 3-4; V 26, 5).

86 *Las dos flotas frente a frente*

Mientras los atenienses se hallaban retenidos en Creta, los peloponesios que estaban en Cilene, una vez en disposición de entablar batalla, navegaron a lo largo de la costa rumbo a Panormo[575] de Acaya, adonde había acu-
2 dido en su ayuda el ejército de tierra peloponesio. También Formión navegó costeando hasta Río de Molicrio[576] y fondeó después de doblar el promontorio con las veinte
3 naves con las que había librado la batalla. Este Río era un territorio amigo de los atenienses, mientras que el otro Río, el del Peloponeso, está en la costa de enfrente: entre uno y otro el mar alcanza unos siete estadios[577], abertura
4 que constituye la boca del Golfo de Crisa. Junto a Río de Acaya, que no dista mucho de Panormo, donde tenían su infantería, fondearon a su vez los peloponesios con setenta y siete naves[578] cuando vieron que lo habían hecho

---

[575] A escasa distancia (15 estadios) y al este de Río de Acaya, enfrente de Naupacto (cf. *infra,* 3-4). Cf. Polibio, V 102, 9; Pausanias, VII 22, 10.

[576] Cf. *supra,* II 84, 4, n. 559 y 560.

[577] Si se calcula sobre la equivalencia del estadio = 177,6 metros (cf. *supra,* I 63, 2, n. 364), la distancia es, en realidad, de unos 11 estadios, algo más de una milla marina, pero sobre ello hay mucha discrepancia en los autores antiguos, lo que se explica por las muchas variaciones de la línea de costa.

[578] O «cincuenta y siete», según el manuscrito C, cifra adoptada por Hude con la que no está de acuerdo Gomme *(op. cit.* II, pág. 222). Este número explicaría mejor lo que se dice en II 89, 11, pero el «setenta y siete» está más de acuerdo con otros pasajes: II 88, 1, donde se habla del temor ateniense frente al número de naves enemigas (temor que no se explicaría dado que con una diferencia como la de la batalla de Patras las naves atenienses se impusieron fácilmente; cf. *supra,* II 83, 3; 84, 3-4), y II 89, 2, donde se insiste en la gran desproporción numérica entre las dos flotas.

los atenienses. Y durante seis o siete días estuvieron fon- 5
deados unos frente a otros[579] ejercitándose y preparando la batalla; los unos tenían la intención de no doblar los Ríos rumbo a mar abierto[580], arredados por su experiencia anterior, y los otros no estaban dipuestos a entrar en el estrecho, considerando que una batalla naval en un espacio reducido era ventajosa para sus enemigos. Pasados estos días, Cnemo, Brásidas y los otros jefes peloponesios[581], queriendo provocar la batalla enseguida, antes de que pudiera llegar alguna ayuda de Atenas, convocaron primero a los soldados, y al ver que muchos de ellos, debido a la derrota anterior, estaban asustados y faltos de ánimo, les dieron alientos y les hablaron de este modo:

Arenga de los jefes peloponesios

«La pasada batalla naval, pelo- 87
ponesios, si es que a causa de ella alguno de vosotros tiene miedo a la que va a venir, no ofrece ningún motivo fundado que justifique el
temor. Porque, como sabéis, estuvo falta de preparativos, 2
y nos habíamos hecho a la mar no tanto para una batalla naval como para una expedición por tierra[582]; y ocurrió, además, que muchas circunstancias dependientes de la suerte nos fueron contrarias, y en cierto modo la inexperiencia también contribuyó al fracaso, dado que era la primera

---

579 *Anthórmoun:* es un verbo que, como tantos otros compuestos con *anti-*, aparece por primera vez en Tucídides (circunstancia que se da, por ejemplo, en 53 de los 80 verbos compuestos con *anti-* que aparecen a lo largo de su obra). El número extraordinario de estos compuestos y su carácter único en muchos casos define uno de los rasgos más característicos del léxico y el estilo tucidídeos.

580 Cf. *supra,* n. 546.

581 Se refiere también a los *sýmbouloi.* Cf. *supra,* II 85, 1, n. 565.

582 Cf. *supra,* II 83, 3, n. 547.

3 batalla naval que librábamos. De modo que no fue por nuestra cobardía que sobrevino la derrota, y no es justo que un espíritu que no ha sido vencido por la fuerza, sino que mantiene dentro de sí una capacidad de respuesta, se deje debilitar por lo que ha sido resultado del azar; hay que pensar que los hombres pueden sufrir fracasos por obra de la suerte, pero que en su espíritu estos mismos hombres pueden mantenerse siempre valerosos como es debido, y que, si el valor existe, no puede haber razón para mostrarse cobardes en ningún caso alegando inexperiencia.
4 Además, en vuestro caso, la inferioridad en que os deja la inexperiencia no pesa tanto como la superioridad que alcanzáis gracias a vuestra audacia; en el caso del enemigo, en cambio, la ciencia, causa principal de vuestro temor, si va acompañada del valor, también tendrá memoria en medio del peligro para poner en práctica lo que aprendió, pero sin coraje ninguna técnica vale frente a los peligros, porque el miedo turba la memoria y la técnica sin
5 bravura no sirve de nada. Colocad, pues, la superioridad de vuestra audacia frente a la de su experiencia, y frente al temor debido a vuestra derrota, el hecho de que enton-
6 ces no estabais preparados[583]. Juegan a nuestro favor el mayor número de naves y la circunstancia de que la batalla tenga lugar junto a una tierra amiga y en presencia de nuestros hoplitas; y por lo general la victoria es de los
7 que son más numerosos y están mejor preparados. De modo que no encontramos ni un solo motivo para pensar razonablemente en el fracaso; y los errores que antes co-

[583] Estas antítesis y balances son frecuentes en Tucídides. Cf. J. DE ROMILLY, *Histoire et raison chez Thucydide*, París, 1956, págs. 223-231. Hay aquí una figura tomada de la contabilidad, como en II 85, 2, con verbos compuestos con *anti-* (*antitithéntes* [85, 2], *antitaxasthe* [87, 5]), reflejo de un espíritu amante de la antítesis.

metimos, ahora estos mismos errores actúan a nuestro fa-
vor y nos servirán de lección. Ánimo, pues, y que cada 8
uno, piloto o marinero, cumpla con su deber, sin aban-
donar el puesto que le haya sido asignado. Por nuestra 9
parte, nosotros no prepararemos el ataque peor que los
comandantes de antes[584], y no daremos a nadie pretexto
para mostrarse cobarde[585]; pero, si alguno se empeña en
serlo, será castigado con la pena merecida, en tanto que
los valientes serán honrados con las recompensas al valor
que convengan.»

Inquietud en la flota ateniense

Tales fueron las palabras con 88
las que sus jefes alentaron a los pe-
loponesios. Formión, por su parte,
temiendo también él el espanto de
sus soldados y enterado de que en
sus reuniones manifestaban su temor por el número de
naves enemigas, quiso convocarlos para darles ánimo y di-
rigirles una exhortación en aquellas circunstancias. Antes, 2
en efecto, no había dejado de preparar su ánimo dicién-
doles continuamente que no existía una flota tan numerosa
a cuyo ataque, si se producía, no pudieran hacer frente;
y los soldados desde hacía mucho tiempo se habían hecho
a esta idea y consideraban que, siendo atenienses, no de-
bían retroceder ante ninguna concentración de navíos pelo-
ponesios. Entonces, sin embargo, viéndolos desanimados 3
ante el cariz que tomaban las cosas, quiso recordarles la
confianza perdida; convocó, pues, a los atenienses y les
habló de este modo:

584 Cf. *supra,* II 83, 4.

585 Cf. *supra,* II 85, 2.

Arenga de Formión

89 «Viendo, soldados, que estáis asustados por el número de nuestros adversarios, os he convocado, porque creo que no debéis espantaros por algo que no es de temer.
2 En primer lugar, porque éstos, por haber sido vencidos anteriormente y por creer ellos mismos que no son iguales a nosotros, han equipado esta flota tan numerosa en lugar de presentarse en pie de igualdad; en segundo lugar, respecto a aquello en lo que más confían al atacarnos, esto es, la idea de que ser valerosos es un *patrimonio* suyo, no basan su confianza en otra cosa que en el hecho de que generalmente han obtenido éxitos merced a su experiencia en las batallas por tierra, y creen que conseguirán
3 lo mismo en las navales. Pero esto es una ventaja que ahora debe ser nuestra con mayor razón, si es cierto que ellos la tienen en los combates por tierra, puesto que no nos aventajan nada en coraje, sino que unos y otros somos más animosos en el campo en que tenemos una ma-
4 yor experiencia. Además, los lacedemonios, que están al frente de ellos, llevan al peligro a la mayor parte contra su voluntad, con miras a la propia gloria, porque, de otro modo, no hubieran intentado de nuevo combatir por mar
5 después de haber sido derrotados por amplio margen. No temáis, pues, su audacia. Mucho mayor es el miedo que vosotros les provocáis, y más fundado, por haber vencido antes, y porque piensan que vosotros no les haríais frente si no fuerais a realizar una proeza digna del amplio mar-
6 gen de vuestra anterior victoria. Por lo general, quienes se hallan en igualdad de fuerzas, como es el caso de estos peloponesios, atacan más confiados en su fuerza que en su corazón; por el contrario, quienes lo hacen con inferioridad de medios y sin estar, además, obligados a ello se

enfrentan audazmente al enemigo con la gran firmeza de su espíritu. Esto es lo que ahora reflexionan los peloponesios, y nos temen más por nuestro comportamiento ilógico que por nuestros preparativos normales. Y ya son muchos 7
los casos de ejércitos que han sucumbido ante fuerzas inferiores a causa de su inexperiencia, y a veces incluso por falta de audacia, dos defectos que no tienen nada que ver con nosotros. En cuanto a la batalla, mientras pueda, no 8
la daré en el golfo, ni entraré en él. Sé, en efecto, que contra una flota numerosa e inexperta un espacio estrecho no resulta ventajoso para unas pocas naves experimentadas y que maniobran mejor. No sería posible abordar con el espolón[586] como es debido sin ver al enemigo desde lejos, ni retirarse a tiempo en caso de acoso. Tampoco son posibles las rupturas de la línea enemiga ni las viradas[587], táctica propia de las naves que maniobran mejor. La batalla naval se convertiría necesariamente en una batalla de tierra, y en tal caso la flota más numerosa resulta superior[588]. De esto, de todas maneras, yo tendré cuidado 9
en la medida de lo posible; vosotros permaneced en vuestros puestos junto a las naves y obedeced a las órdenes con rapidez, tanto más con el anclaje[589] enemigo a esca-

---

[586] El abordaje con el espolón *(embolḗ, émbolon)* debía causar destrozos en el flanco, los remos o la popa de los barcos enemigos evitando los daños en el propio. Cf. *infra,* VII 36, 3; 70, 4.

[587] Sobre estas maniobras *(diékplous, anastrophḗ),* cf. *supra,* I 49, 3, n. 292. Cf. G. B. GRUNDY, *op. cit.,* pág. 303; J. S. MORRISON, J. F. COATES, *The Athenian Trireme,* Cambridge, 1986, págs. 64 ss.; J. F. LAZENBY, J. WHITEHEAD, *Greece and Rome* 34 (1987), 169-185.

[588] Cf. *supra,* II 83, 2, n. 546.

[589] *Ephórmēsis* era anclaje y particularmente anclaje frente al enemigo para observar los movimientos de la flota contraria, lo que obligaba a las tripulaciones a no alejarse de las naves.

sa distancia; y en el momento de la acción prestad la máxima atención al orden y al silencio, que son útiles en la mayor parte de las acciones de guerra, y sobre todo en una batalla naval, y rechazad al enemigo de una forma
10 digna de vuestras anteriores hazañas. Lo que está en juego es de gran importancia para vosotros: o acabar con la esperanza de los peloponesios en su marina o poner a los
11 atenienses más cerca del miedo por el mar. Y os recuerdo de nuevo que vosotros ya habéis vencido a la mayoría de estos enemigos[590]; y los sentimientos de los hombres que han sufrido una derrota no suelen mostrar igual entereza frente a los mismos peligros.»

Estratagema de los peloponesios. Su victoria inicial

90 Tales fueron las exhortaciones que a su vez hizo Formión. Y los peloponesios, en vista de que los atenienses no hacían rumbo contra ellos hacia el golfo y el estrecho, queriendo llevarlos hacia dentro contra su voluntad, zarparon al alba y, con sus naves ordenadas en formación de a cuatro[591], se pusieron a navegar a lo largo de su

[590] Esta expresión no es muy exacta: en la primera batalla los peloponesios tenían 47 barcos (cf. *supra,* II 83, 3) frente a 20 de Formión (II 83, 1); en la segunda, tenían 77 (II 86, 4). Dado, pues, que en la batalla de Patras habían perdido 12 barcos, más de la mitad de la flota peloponesia no había participado en Patras.

[591] Los barcos peloponesios debían estar fondeados en línea de cuatro en fondo con la popa hacia su costa; al zarpar, efectuaron un giro de 45° y quedaron formados en columna de cuatro de frente; de esta forma, tras pasar de cuatro en fondo a cuatro en línea, navegaban en cabeza las naves que constituían el ala derecha cuando estaban ancladas. Con esta formación navegaron costeando hacia el interior del golfo y poco después, cuando la flota ateniense ya había penetrado en él, viraron hacia Naupacto. Sobre el paso del orden de marcha al orden de batalla y, en general, sobre la batalla de Naupacto, cf. D. ROUSSEL, «Re-

territorio hacia el interior del golfo, con el ala derecha,
según la disposición en que estaban fondeadas, al frente.
En esta ala habían colocado las veinte naves más mari- 2
neras, a fin de que, si Formión, pensando que hacían
rumbo contra Naupacto, se ponía a navegar también él
hacia allí a lo largo de la costa para prestar su ayuda a
la plaza, no pudieran los atenienses escapar a su ataque
rebasando su ala, sino que estas naves les cortaran el pa-
so. Formión, tal como ellos esperaban, temiendo por la 3
plaza, que se hallaba indefensa, cuando los vio zarpar,
contra su voluntad y a toda prisa dio la orden de embar-
car y se puso a navegar a lo largo de la costa; y a la vez
marchaba por tierra la infantería mesenia[592] para darles
apoyo. Cuando los peloponesios vieron que los atenienses 4
costeaban en columna, una nave tras otra, y que ya esta-
ban dentro del golfo y cerca de tierra, que era precisa-
mente lo que más deseaban, de pronto, a una señal[593],
haciendo que sus naves viraran, se pusieron a navegar de
frente contra los atenienses a la máxima velocidad que
cada navío podía alcanzar, y en la esperanza de intercep-
tar todas las naves. Pero de ellas las once que iban de- 5
lante consiguieron escapar al ala de los peloponesios y a
su maniobra de conversión ganando mar abierto[594]; a las

marques sur deux batailles navales, Naupacte (429) et Chios (201)», *Revue des Études Grecques* 82 (1969), 336-341.

592 Los mesenios de Naupacto. Cf. *supra,* I 103, 3, n. 579; II 9, 4.

593 *Apò sēmeíou henós,* a una sola señal convenida de antemano, que no tuviera que pasarse de barco a barco sino que fuera vista por todos, a fin de atacar por sorpresa en una maniobra preparada. El mismo procedimiento fue utilizado poco después por los atenienses. Cf. *infra,* II 92, 1.

594 *Eurychōría* no se refiere aquí (y tampoco en II 91, 1) al golfo que se abre al oeste de los dos Ríos, como ocurría en II 86, 5 (cf.

otras, en cambio, las sorprendieron y, echándolas hacia tierra en su huida, las dejaron fuera de combate, y mataron además a todos los atenienses que no pudieron huir
6 a nado. Algunas de estas naves las sujetaron con cables y las remolcaron vacías (una ya la habían capturado antes con su tripulación), pero las otras, los mesenios, que habían acudido en auxilio y, entrando con las armas en el mar, habían subido a bordo, luchando desde los puentes lograron arrebatárselas cuando ya eran remolcadas.

Reacción ateniense

91 Así pues, por este lado, quedaban vencedores los peloponesios y dejaban fuera de combate las naves atenienses; pero sus veinte naves del ala derecha salieron en persecución de las once naves atenienses que habían logrado escapar a la maniobra de conversión ganando mar abierto[595]. Y he aquí que todas estas naves, a excepción de una, se adelantan a los peloponesios y logran refugiarse a tiempo en Naupacto, y deteniéndose con las proas, haciendo frente al enemigo delante del templo de Apolo, se disponen a defenderse por si se dirigían hacia tierra con-
2 tra ellos. Aparecieron después los peloponesios; cantaban el peán[596] como vencedores mientras avanzaban, y una nave leucadia que iba muy por delante de las demás se puso a perseguir a la única nave ateniense que había que-

supra, n. 546 y 579), sino a la zona de mar abierto dentro del Golfo de Corinto en la que los atenienses se libraron de la maniobra envolvente de los peloponesios.

595 Cf. nota anterior.

596 Cf. *supra*, I 50, 5, n. 301. Cf. W. K. PRITCHETT, *Ancient Greek military practices* I, Berkeley, 1971.

dado rezagada. Había casualmente[597] un barco mercante 3
anclado en aquellas aguas, y la nave ateniense, dando la vuelta rápidamente a su alrededor, embiste por el flanco a la nave leucadia que la perseguía y la hunde[598]. A los 4
peloponesios, ante este suceso inesperado y contrario a todo cálculo, les entra el miedo, y al darse a la vez la circunstancia de que llevaban la persecución desordenadamente por sentirse vencedores, algunas naves dejando caer los remos detuvieron su marcha —maniobra inoportuna teniendo en cuenta la posibilidad de un contraataque desde escasa distancia— con el propósito de esperar al grueso de la flota, mientras que algunas otras, por desconocimiento de aquellas aguas, encallaron en los bajíos.

Los atenienses, al ver lo que ocurría, cobraron con- 92
fianza, y a una voz de mando[599] con fuerte griterío se lanzaron contra el enemigo. Los peloponesios, a causa de los errores cometidos y del desorden reinante, resistieron poco tiempo y enseguida se volvieron hacia Panormo de donde habían partido. Yendo en su persecución los ate- 2
nienses capturaron las seis naves más cercanas y recuperaron las suyas[600], las que aquéllos habían puesto a remolque después de dejarlas fuera de combate junto a tierra;

---

597 El azar interviene a favor de los atenienses. Su experiencia sabe aprovechar la oportunidad y consiguen transformar la derrota en victoria. Cf. *infra,* II 92, 4-5. La batalla de Naupacto, comparada al enfrentamiento de los Horacios y los Curiacios, es una muestra de la mejor estrategia naval, en la que se combina el espíritu de iniciativa individual a las maniobras de conjunto correctamente ejecutadas.

598 Sobre esta maniobra, cf. C. B. Grundy, *op. cit.,* págs. 303-304, y J. S. Morrison, J. F. Coates, *op. cit.,* págs. 75-76.

599 *Apò henòs keleúsmatos.* Cf. *supra,* II 90, 4, n. 593. Aquí, sin embargo, no debía de tratarse de una señal preestablecida; era una simple orden a once barcos.

600 Cf. *supra,* II 90, 5-6.

y en cuanto a los tripulantes, a unos los mataron y a
3 otros los hicieron prisioneros. A bordo de la nave leucadia, hundida junto al barco mercante, se hallaba el lacedemonio Timócrates[601], que, cuando se iba a pique la nave, se suicidó, y su cuerpo fue arrojado por el mar al puerto
4 de Naupacto. Los atenienses se retiraron y levantaron un trofeo[602] en el sitio de donde habían partido[603] para obtener la victoria; recogieron luego los muertos y todos los restos que había en su costa, y devolvieron al enemigo los
5 suyos en virtud de una tregua. Los peloponesios también levantaron un trofeo[604] como vencedores por poner en fuga las naves que dejaron fuera de combate junto a la costa, y la nave que habían capturado[605] la consagraron[606]
6 en Río de Acaya, al lado del trofeo. A continuación, por temor a los refuerzos procedentes de Atenas[607], al ampa-

---

601 Cf. *supra,* II 85, 1. Era uno de los consejeros enviados a Cnemo. Un antiguo ejemplo de los comandantes que se hunden con su barco.

602 Tal vez también está relacionada con esta batalla una placa de bronce hallada en Dodona con esta inscripción: *Athênaîoi apò Peloponnesíon: naumachíai nikésantes a[néthesan]* (G. DITTENBERGER, *Sylloge Inscriptionum Graecarum,* Leipzig, 1915-1924, 73). Cf., asimismo, PAUSANIAS, X 11, 6.

603 Se refiere al templo de Apolo de Naupacto, desde donde efectuaron la última salida (cf. *supra,* II 91, 1), no a Río de Molicrio (cf. *supra,* II 86, 2).

604 He aquí un ejemplo en que ambos contendientes levantaron un trofeo, lo que solía ocurrir cuando el resultado se consideraba dudoso. Sobre la práctica de los trofeos, cf. R. LONIS, *Guerre et Religion en Grèce à l'époque classique. Recherches sur les rites les dieux, l'idéologie de la victoire,* París, 1979.

605 Se trata de la primera nave capturada, que había sido apresada con su tripulación. Cf. *supra,* II 90, 6.

606 Probablemente a Posidón. Cf. *supra,* II 84, 4.

607 Cf. *supra,* II 86, 6.

ro de la noche, hicieron rumbo hacia el Golfo de Crisa y hacia Corinto, todos menos los leucadios. Los atenienses 7
que venían de Creta, con las veinte naves[608] que debían haberse unido a Formión antes de la batalla, no mucho después de la retirada de las naves llegaron a Naupacto. Y el verano tocaba a su fin.

Proyecto peloponesio de atacar el Pireo. Ataque a Salamina

Antes de disolver la flota que se había retirado a Co- 93
rinto y al Golfo de Crisa, a principios del invierno[609], Cnemo, Brásidas y los otros comandantes peloponesios quisieron, por consejo de los megareos, hacer una intentona contra el Pireo, el puerto de Atenas[610]; no estaba guardado ni cerrado[611], como era natural debido a la gran superioridad naval ateniense. El plan era que cada marine- 2
ro cogiera su remo, cojín[612] y estrobo[613], y fuera por tie-

[608] Cf. *supra,* II 85, 5-6.

[609] A comienzos de noviembre, no mucho después de la batalla de Naupacto.

[610] Una aposición que, por conocida, sorprende. Probablemente Tucídides piensa en lectores no atenienses, o es más bien un comentario, tendente a insistir en la audacia de la empresa, que una explicación.

[611] Después de las victorias de Formión, lo último que los atenienses podían esperar era un ataque al Pireo. Se trató, efectivamente, de un ataque sorpresa, efectuado de noche, que al final se desvió hacia Salamina (cf. E. Heza, «Ruse de Guerre. Trait caractéristique d'une tactique nouvelle dans l'oeuvre de Thucydide», *Eos* 62 (1974), 227-244).

[612] No tanto para proteger las nalgas de los remeros, *dià tò mē̂ syntrîbesthai autòn tàs pygás,* como dice el escoliasta en una expresión propia de Aristófanes, como para que no resbalaran, especialmente cuando remaban con fuerza.

rra desde Corinto hasta el mar que mira hacia Atenas; llegarían rápidamente a Mégara y en Nisea, el arsenal de los megareos, echarían al agua cuarenta naves que se encontraban allí, y enseguida se harían a la vela contra el
3 Pireo. No había allí, en efecto, ninguna escuadra de vigilancia, ni existía temor alguno de que un día el enemigo pudiera atacar súbitamente por mar de aquel modo, puesto que no pensaban que abiertamente se atreviera a hacerlo con tranquilidad, ni que, en caso de proyectarlo,
4 ellos dejaran de enterarse a tiempo. Así que los peloponesios trazaron el plan, enseguida lo llevaron a la práctica. Llegaron de noche y, después de echar las naves al agua en Nisea, zarparon, pero ya no contra el Pireo, como habían proyectado, pues ante el peligro, les entró el miedo (aunque también hay quien dice que un viento[614] se lo impidió); su objetivo fue el promontorio de Salamina que mira hacia Mégara. Allí había un fuerte[615] y tres naves de vigilancia a fin de que no entrara ni saliera nada del puerto de Mégara. Asaltaron el fuerte, se llevaron las trirremes sin tripulación y, cayendo sobre sus habitantes por sorpresa, saquearon el resto de Salamina.

94 Para dar aviso de la presencia del enemigo, se hicieron señales de fuego[616] hacia Atenas, donde se produjo un

---

[613] Una cincha que servía para sujetar el remo e impedir que se deslizase por el ojo del costado de la nave por el que salía.

[614] Otra vez el azar interviene, y hace cambiar el objetivo.

[615] El fuerte de Búdoro. Cf. *infra,* II 94, 3, n. 618; W. E. McLeod, «Boudoron, an Athenian fort on Salamis», *Hesperia* 29 (1960), 316-323; A. J. Beattie, «Nisaea and Minoa», *Rheinisches Museum* 103 (1960), 21-43.

[616] Señales luminosas *(phryktoí)* realizadas con antorchas y hogueras desde torres o alturas. Era un procedimiento ya utilizado en tiempos de la Guerra de Troya para conseguir una rápida transmisión de las noticias.

pánico no inferior[617] a ninguno de los que se produjeron a lo largo de la guerra. Los de la ciudad creían que el enemigo ya había entrado en el Pireo, y los del Pireo, que se había apoderado de Salamina y que de un momento a otro iba a entrar en su puerto, cosa que habría ocurrido fácilmente, si hubieran querido actuar sin vacilación; el viento no se lo habría impedido. Con el día, los 2
atenienses en masa acudieron al Pireo, echaron unas naves al agua y, después de embarcar a toda prisa y con gran tumulto, se dirigieron con sus naves hacia Salamina, mientras que con sus fuerzas de tierra montaron la guardia del Pireo. Cuando se dieron cuenta de que llegaba una expe- 3
dición de socorro, los peloponesios, que habían recorrido la mayor parte de Salamina capturando prisioneros y botín, además de las tres naves del fuerte de Búdoro[618], zarparon a toda vela hacia Nisea. En cierta medida también les arredraban sus propias naves debido al hecho de que no habían sido echadas al mar desde hacía mucho tiempo y hacían agua. Una vez llegados a Mégara, emprendieron de nuevo a pie el camino de Corinto. Los atenienses, al 4
no encontrarlos ya en Salamina, regresaron a puerto también ellos; y a partir de entonces ya guardaron mejor el

---

617 Parece que sólo se refiere a la guerra arquidámica y que esta referencia se hizo antes del 415, cuando no se conocían pánicos posteriores. Cf. *infra,* VII 71, 7; VIII 96, 1.

618 Cf. *supra,* II 93, 4, n. 615. El fuerte de *Boúdoron* debe ubicarse probablemente en el promontorio situado en el extremo noroeste de Salamina, al norte de la bahía de *Trypika,* donde estarían las trirremes de vigilancia; en la costa de enfrente, en la Megáride, está la península de Tijó *(Teichó)* y la bahía de Vurkadi. La misión del fuerte y de las trirremes allí destinadas era vigilar la entrada del Golfo de Eleusis. Búdoro estaba a una media hora de trirreme del puerto de Mégara. Cf. *supra,* I 104; *infra,* III 51, 1; 67-73.

Pireo mediante el cierre de los puertos[619], y otras precauciones.

EXPEDICIÓN DE SITALCES CONTRA PERDICAS

95 Por el mismo tiempo, al comienzo de aquel invierno, el ódrisa Sitalces, hijo de Teres y rey de los tracios, hizo una expedición contra Perdicas, hijo de Alejandro y rey de Macedonia, y contra los calcideos de la costa tracia; de dos promesas quería exigir el cumplimiento de una y
2 cumplir él otra que había hecho. Perdicas, en efecto, cuando al principio de la guerra se encontraba en apuros[620], se había comprometido con él a condición de que lo reconciliara con los atenienses y no restaurara en su reino a su hermano Filipo, enemigo suyo[621]; y no había cumplido lo prometido. Y Sitalces, por su parte, se había puesto de acuerdo con los atenienses, cuando concertó la alianza, para poner fin a la guerra contra los calcideos en la costa
3 tracia[622]. Por estas dos razones, pues, emprendió la expedición, y llevó consigo a Amintas, hijo de Filipo[623], con

---

619 El conjunto del Pireo comprendía el Pireo o Cántaro, Zea y Muniquia; aparte estaba el Falero. La boca se cerraba con cadenas.

620 Económicos, según el escoliasta. Cf. *supra,* II 29, 4-7.

621 Cf. *supra,* I 57, 3, n. 325. Tras el primer acuerdo de Perdicas y los atenienses (cf. *supra,* I 61, 3), Filipo se había refugiado en la corte de Sitalces. El reino en cuestión podía ser el que era propiamente de Filipo, en la Macedonia oriental (cf. *infra,* II 100, 3), o el mismo reino de Perdicas, lo que parece más probable dadas las intenciones de Sitalces (cf. *infra,* II 95, 3).

622 Cf. *supra,* II 29, 5.

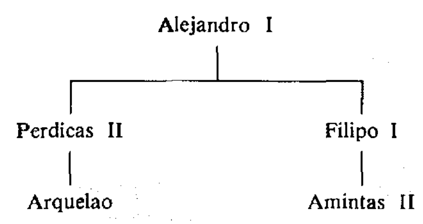
623 La presencia de Amintas induce a pensar que Filipo ya había muerto. Este Amintas fue el padre de Filipo II el Grande y abuelo, por

el propósito de establecerlo en el trono de Macedonia, a unos embajadores atenienses, que se encontraban allí con este fin, y a Hagnón[624] como general; pues los atenienses también debían presentarse contra los calcideos con naves[625] y con un ejército lo más numeroso posible.

Partiendo, pues, del país de los ódrisas[626], movilizó 96
primero a todos los tracios que estaban bajo su dominio desde los montes Hemo[627] y Ródope[628] hasta el mar —esto es, hasta el Ponto Euxino[629] y el Helesponto[630]—, y después a los getas[631] del otro lado del Hemo y a todos los demás pueblos que habitaban al sur del río Istro[632],

---

tanto, de Alejandro Magno (Alejandro III). He aquí el cuadro genealógico de la familia real macedonia en este momento:



624 Cf. *supra*, II 58, 1.

625 Cf. *infra*, II 101, 1.

626 Cf. *supra*, II 29, 2, n. 225. La sede de este pueblo debió de ser la cuenca media del Hebro, desde donde se extendieron hasta el mar.

627 La principal cadena de los Balcanes actuales, que se extienden hasta el Mar Negro (Ponto Euxino); en el centro de la actual Bulgaria.

628 Esta cordillera, que mantiene su nombre actualmente, se extiende al sur de los Balcanes y casi paralelamente, en dirección sudeste, hacia los Dardanelos (Helesponto) y la Propóntide (Mar de Mármara).

629 Literalmente «mar hospitalario», el Mar Negro actual.

630 Algunos consideran este paréntesis como una interpolación.

631 Población establecida en el sur y sudeste de los Cárpatos, en el área comprendida entre el bajo Danubio y la vertiente septentrional de los Balcanes.

632 El actual Danubio.

sobre todo hacia el Ponto Euxino. Los getas y los habi-
tantes de aquellas regiones son vecinos de los escitas[633] y
van armados de la misma manera: todos son arqueros a
2 caballo. Llamó también a muchos de los tracios de la
montaña, pueblos independientes y armados con sables
que se llaman díos[634] y que en su mayor parte habitan
en la cordillera de Ródope; a unos los sedujo con una
3 soldada, y otros lo acompañaron voluntariamente. Movili-
zó también a los agrianes y a los leeos y a todos los de-
más pueblos de Peonia[635] que estaban bajo su dominio;
eran éstos los pueblos más extremos de su imperio, que
se extendía hasta los leeos de Peonia y el río Estrimón[636],
río que nace en el monte Escombro[637] y atraviesa el te-
rritorio de los agrianes[638] y los leeos; allí su imperio limi-
4 taba con los peonios independientes. Por la parte de los
tribalos[639], independientes también éstos, los pueblos limí-

633 Pueblo que habitaba el territorio situado al norte del Mar Negro y la zona comprendida entre éste y el Caspio, al sur de la actual Rusia. Cf. *infra,* II 97, 5-6; Heródoto, IV *passim.* Hipócrates también se interesó por ellos en su tratado *Sobre las aguas, los aires y los lugares.*

634 Habitaban la zona del Ródope. Los encontraremos más adelante en un episodio de gran crueldad, la matanza de la población de Micaleso que no perdonó ni a los niños de una escuela. Cf. *infra,* VII 27, 1-2; 29-30.

635 Peonia era la región situada al oeste del Ródope. La poblaban varias tribus, entre las que estaban los agrianes y los leeos. Se designa a sus habitantes en conjunto con el nombre de *paíones,* peones o peonios. Cf. Heródoto, V 16, 1; Estrabón, VII 5, 1.

636 El Struma búlgaro y el Strimonas griego.

637 El actual Vitosha, al sur de Sofía.

638 Preferimos *agrianes,* según la corrección de Classen, en lugar del desconocido *graeos (graaîoi)* de los manuscritos.

639 Pueblo que habitaba el territorio situado al oeste del Oscio (cf. *infra,* n. 642), que corresponde a la actual Servia.

trofes eran los treres[640] y los tilateos[641]; éstos habitan al norte del monte Escombro y se extienden hacia occidente hasta el río Oscio[642]. Este río nace en la misma sierra[643] donde también nacen el Nesto y el Hebro[644], una sierra grande y deshabitada, que es una estribación de la cordillera de Ródope.

Por la parte de la costa, el imperio de los ódrisas[645] 97
se extendía desde la ciudad de Abdera[646] al Ponto Euxino, hasta el río Istro[647]. El recorrido de este territorio por mar supone para una nave mercante[648], por el cami-

---

640 Establecidos al oeste del Oscio.

641 En el territorio situado al norte del Escombro, en la zona noroccidental de la actual Bulgaria.

642 El actual Isker, afluente del Danubio.

643 La cordillera del Rila *(Rila Planina),* a la que pertenece el Vitosha (Escombro).

644 Los dos desembocan en el Egeo septentrional. El Nesto (el Mesta) fluye al este del Estrimón y vierte sus aguas frente a la isla de Tasos. El Hebro (el Marica/Evros/Meriç) desemboca al nordeste de la isla de Samotracia.

645 Cf. *supra,* II 29, 2; 96, 1.

646 Cf. *supra,* II 29, 1, n. 221. Esta referencia a Abdera para marcar los límites del imperio de los ódrisas no implica que fuera una ciudad griega que pagara tributo a Sitalces (cf. *infra,* II 97, 3); Abdera era aliada de Atenas. Conocemos el sitio de la antigua Abdera; está a unos 7 Km. del pueblo que hoy tiene el mismo nombre (cf. *Journal of Hellenic Studies* 71 (1951), 245).

647 Cf. *supra,* II 96, 1, n. 632.

648 Según HERÓDOTO (IV 86, 1), una nave recorría «en la estación de los días largos» setecientos estadios durante el día y seiscientos durante la noche, es decir, unos 124 Km. y unos 106, respectivamente, 230 en total. Según la indicación de Tucídides, por tanto, respecto a los cuatro días y noches de navegación, la distancia era de algo más de 900 Km., dato que coincide con la realidad. Sobre la velocidad de las naves griegas, cf. R. VAN COMPERNOLLE, «La vitesse des Voiliers grecs à l'époque

no más corto y teniendo siempre el viento de popa, una travesía de cuatro días y otras tantas noches; y por vía terrestre un buen andador, por el camino más corto, reali-
2 za el trayecto entre Abdera y el Istro en once días[649]. Por la parte de la costa ésta era la extensión; y tierra adentro, desde Bizancio[650] hasta el territorio de los leeos y el Estrimón (pues ésta es la máxima distancia del mar al interior), un buen andador recorre el camino en trece días[651].
3 El importe del tributo procedente de todo el territorio bárbaro y de las ciudades griegas que los ódrisas habían llegado a dominar[652] en época de Seutes[653], que reinó después de Sitalces y lo elevó a las cifras más altas, era de unos cuatrocientos talentos de plata[654], que se ingresaban en oro y plata. También se ofrecían presentes de oro y plata por un valor no inferior, sin contar las telas, tanto recamadas como lisas, y otros regalos en especie; y no sólo se los ofrecían al rey, sino también a los que gober-
4 naban con él y a los nobles ódrisas. Habían establecido, en efecto, de forma contraria a la monarquía persa[655], la

classique», *Bulletin de l'Institut Historique Belge de Rome* 30 (1957), 5-30.

649 Siguiendo también un cálculo de Heródoto (IV 101, 2), un día de camino supone doscientos estadios (= unos 35,5 Km.). O sea que, según el dato de Tucídides, la distancia era de unos 390 Km., en este caso una distancia inferior a la real.

650 Tampoco Bizancio era tributaria de Sitalces. Cf. *supra*, n. 646.

651 Con un cálculo similar al de la nota 649, unos 460 Km.

652 Probablemente ciudades de la costa occidental del Mar Negro.

653 Hijo de Esparádoco (cf. *infra*, II 101, 5) y sobrino de Sitalces, a quien sucedió al morir (en el año 424 a. C.; cf. *infra*, IV 101, 5).

654 Cifra importante, comparable al tributo anual que percibía Atenas. Cf. *supra*, I 96, 2, n. 531; II 13, 3 n. 87.

655 Cf. Jenofonte, *Ciropedia* VIII 2, 9; *Anábasis* VII 3, 16 ss.

costumbre de recibir más que de dar (y era más vergonzoso no dar[656] siendo requerido a ello que no tener éxito al formular una petición); esta costumbre existe también entre los demás tracios, pero quienes más la observaban, de acuerdo con sus recursos, eran los ódrisas, pues no era posible conseguir nada sin hacer regalos. Y así el reino
alcanzó un alto grado de poder. Entre todos los de Euro- 5
pa[657] que se hallan entre el golfo Jonio[658] y el Ponto Euxino, llegó a ser, en efecto, el más importante tanto por sus ingresos en dinero como por sus riquezas en general, aunque era muy inferior al de los escitas[659] en poten-
cial bélico y en número de tropas[660]. Pero a éste no se 6
le pueden igualar no ya sólo los pueblos de Europa, sino que ni siquiera en Asia hay un pueblo que pueda, individualmente, enfrentarse a los escitas si éstos actúan de acuerdo. Sin embargo, tampoco se parecen[661] a otros pueblos por lo que respecta a la sensatez en general y a la inteligencia referida a las circunstancias de la vida.

Tal era, pues, el país sobre el que reinaba Sitalces 98
cuando preparaba su ejército. Y una vez que lo tuvo todo

---

656 Naturalmente se refiere a los súbditos, ya que los reyes y nobles tenían la «costumbre» de recibir.

657 Alusión a reinos como los de Epiro e Iliria (cf. *supra,* II 80, 5-6) y Macedonia.

658 El Adriático.

659 Cf. *supra,* II 96, 1, n. 633.

660 Cf., sin embargo, respecto al número, HERÓDOTO, V 3, 1, donde leemos que «el pueblo tracio, después de los indios, es el más numeroso del mundo» y que si estuviera unido «resultaría invencible y sería, con ventaja, el pueblo más poderoso de la tierra» (cf. HERÓDOTO, *Historia* V-VI, trad. de C. SCHRADER, Madrid, B.C.G. 39, 1981, págs. 18-19).

661 Cf. HERÓDOTO, IV 46; HIPÓCRATES, *Sobre las aguas, los aires y los lugares* 19-22.

a punto, se puso en marcha camino de Macedonia, primero a través de su imperio y luego a través de Cercina[662], una montaña deshabitada que constituye el límite entre los sintos[663] y los peonios. La cruzó por el camino que él mismo se había abierto anteriormente talando el bosque,
2 en su expedición contra los peonios. Al atravesar la montaña desde el territorio de los ódrisas, tenían a su derecha el país de los peonios y a su izquierda el de los sintos y el de los medos[664]. Y después de atravesarla llegaron a
3 Dobero de Peonia[665]. Durante la marcha, Sitalces no tuvo ninguna baja en su ejército, salvo algún caso de enfermedad; al contrario, se le unieron nuevas fuerzas. En efecto, muchos de los tracios independientes, sin ser llamados, lo siguieron con miras al botín, de suerte que el número total se dice que llegó a alcanzar una cifra no inferior a
4 los ciento cincuenta mil hombres; de este número la mayor parte era infantería y una tercera parte aproximadamente, caballería. El mayor contingente de caballería lo formaban los mismos ódrisas, y después de ellos, los getas. De la infantería los más belicosos eran los guerreros armados con sables de las tribus independientes que habían bajado de la cordillera de Ródope, mientras que la restante multi-

662 Entre el valle del Axio (Vardar) y el del Estrimón.

663 Pueblo que habitaba al oeste del río Estrimón y al sur del monte Cercina, al norte del cual estaban los peonios leeos (cf. *supra*, II 96, 3).

664 Los *Maidoí*, cuya transcripción castellana se presta a confusión con los conocidos *Mêdoi* (cf. *supra*, I 14, 2, n. 108). También habitaban al oeste del Estrimón y al sur del monte Cercina.

665 Ciudad cercana a Cercina y al este del Axio, cuyo emplazamiento no se conoce exactamente. El determinante «de Peonia» evitaría la posible confusión con los doberes, una tribu de peonios que se había establecido al nordeste de Anfípolis (cf. HERÓDOTO, VII 113, 1).

tud que seguía era heterogénea y temible más que nada por su número.

99 Se concentraron, pues, en Dobero y se prepararon para lanzarse por los caminos que descendían de la altura contra la baja Macedonia, que estaba sometida a Perdicas. 2 Entre los macedonios también se cuentan, en efecto, los lincestas[666], los elimiotas[667] y otros pueblos del interior, que son aliados y súbditos suyos, pero conservan sus propios reyes. 3 En cuanto a la Macedonia actual, que se extiende junto al mar, Alejandro[668], el padre de Perdicas, y sus antepasados, que eran antiguos Teménidas[669] procedentes de Argos, fueron los primeros en conquistarla y en establecer allí un reino, después de derrotar y expulsar de Pieria[670] a los pieres, que después se establecieron en Fagres[671] y en otros lugares al pie del Pangeo[672], al otro lado del Estrimón (y todavía hoy el territorio que se extiende hasta el mar al pie del Pangeo se llama valle de Pieria); también expulsaron de la región llamada Botia[673]

666 Pueblo establecido en el extremo sudoccidental de Peonia, en un territorio recorrido por el río Erigón, en los confines de la Iliria. Cf. ESTRABÓN, VII 7, 8.

667 Pueblo de la zona meridional de Macedonia, junto al Epiro y Tesalia.

668 Cf. *supra,* I 56, 2, n. 322; 57, 2; 137, 1, n. 866; II 95, 3, n. 623.

669 Cf. *infra,* V 80, 2; HERÓDOTO, VIII 137-139. Témeno era uno de los Heráclidas (cf. *supra,* I 12, 3, n. 87); se estableció en Argos.

670 Región situada al norte del monte Olimpo, al oeste del Golfo Termaico y al sudeste del río Haliacmón.

671 Al pie del Pangeo y al este de Eyón. Cf. HERÓDOTO, VII 112.

672 Monte situado al este de la Calcídica y del rio Estrimón; era conocido por sus minas de oro y de plata. Cf. HERÓDOTO, VII 112.

673 Región situada al sur y al sudeste de Pela, en el curso bajo del Axio. Sobre Botia y los botieos, cf. *supra,* II 79, 2, n. 511.

a los botieos, que ahora son vecinos de los calcideos[674].
4 Conquistaron, además, una franja de tierra de Peonia, que, a lo largo del río Axio[675], desciende desde el interior hasta Pela[676] y el mar[677]; y, después de desalojar a los edones[678], ocupan asimismo la región llamada Migdonia[679], que se extiende al otro lado del Axio hasta el Estri-
5 món. También expulsaron de la región que actualmente se llama Eordia[680] a los eordios, que en su mayor parte fueron aniquilados, pero un pequeño grupo de ellos está establecido en los alrededores de Fisca[681]; y de Almopia[682]
6 expulsaron a los almopes. Estos macedonios[683] se adueñaron también de otros pueblos, a los que todavía hoy tienen bajo su dominio; tal es el caso de Antemunte[684],

---

674 Cf. *supra,* I 57, 5.

675 El Vardar, que desemboca en el Golfo Termaico.

676 Importante ciudad macedonia situada al oeste del Axio y a unos 20 Km. del Golfo Termaico; a fines del siglo V a. C. se convirtió en la capital de Macedonia.

677 Este pasaje respecto a la franja de tierra presenta algunas dificultades en su interpretación geográfica. Si llegaba hasta el mar, coincidiría en parte con el territorio del que fueron expulsados los botieos; probablemente el país de éstos se limitaba a una zona al oeste del Axio.

678 Pueblo que fue a establecerse en la zona del Pangeo, al norte de Anfípolis. Cf. *supra,* I 100, 3.

679 Cf. *supra,* I 58, 2, n. 336.

680 Región situada al este del territorio de los lincestas y al norte del de los elimiotas.

681 No se conoce su emplazamiento.

682 Región de Macedonia septentrional, al oeste del Axio y al norte de Eordia.

683 Los macedonios de la baja Macedonia que estuvieron desde el principio bajo la dinastía de los Teménidas (cf. *supra,* II 99, 3).

684 En la Calcídica occidental, a orillas del río del mismo nombre y al sur de Terme (cf. *supra,* I 61, 2, n. 348; II 21, 6, n. 233).

Grestonia, Bisaltia[685] y de una gran parte de los territorios de los macedonios propiamente dichos[686]. Su territorio recibe en su conjunto el nombre de Macedonia, y Perdicas, hijo de Alejandro, era su rey cuando Sitalces atacó.

Estos macedonios[687], no estando en condiciones de de- 100
fenderse ante el ataque de un gran ejército, se refugiaron en los lugares protegidos y en las plazas fuertes que había
en el país. Y éstas entonces no eran muchas, sino que 2
más tarde, cuando fue rey Arquelao[688], el hijo de Perdicas, mandó construir las que ahora se encuentran en el país a la vez que abrió caminos rectos y, entre otras cosas, organizó sus fuerzas para la guerra con mayor número de caballos, armas y recursos que el que tuvieron juntos los otros ocho reyes que le habían precedido[689].
Partiendo, pues, de Dobero el ejército de los tracios, se 3
lanzó primero contra el que antes había sido dominio de

---

685 Regiones situadas al norte de Calcídica. Grestonia estaba al noroeste del lago Bolbe y Bisaltia al este de Grestonia, hasta el Estrimón. Cf. *infra,* IV 109, 4; HERÓDOTO, VII 115; 124; 127.

686 Por oposición a los pueblos de las regiones anteriores que no eran macedonios, aunque después todo el territorio en su conjunto recibiera el nombre de Macedonia.

687 La misma expresión griega de 99, 6; designa a todos los macedonios sujetos al poder de Perdicas o a los habitantes de la baja Macedonia, objeto inmediato del ataque tracio (cf. *supra,* II 99, 1).

688 Reinó en Macedonia desde el 413 hasta el 399 a. C. Fue tan famoso por sus grandes obras como por sus crímenes. Hijo de Perdicas y de una esclava, se desembarazó de la familia legítima de Perdicas para subir al trono y asegurar su reinado (cf. PLATÓN, *Gorgias* 471). No obstante, fomentó el engrandecimiento de Macedonia, como aquí nos dice Tucídides, y se esforzó por helenizar el país, para lo que hospedó y protegió a diversos hombres ilustres de su tiempo, entre ellos a Eurípides.

689 Sus nombres aparecen en HERÓDOTO, VIII 139.

Filipo[690], y tomó Idómena por la fuerza, y Gortinia, Atalanta y algunas otras plazas mediante capitulación, ya que se les pasaban debido a su amistad con Amintas[691], el hijo de Filipo, que estaba presente; a Europo[692], sin embar-
4 go, a pesar de sitiarla, no pudieron tomarla. Después, el ejército prosiguió su avance por la otra parte de Macedonia, la que está a la izquierda de Pela y de Cirro[693]. Pero no llegaron más acá de estas plazas, hasta Botia[694] y Pieria, sino que se pusieron a saquear Migdonia, Gresto-
5 nia y Antemunte. Los macedonios, por su parte, ni siquiera pensaban en defenderse con la infantería, pero enviaron a buscar caballería de sus aliados del interior[695], y, por donde les parecía oportuno, se lanzaban, pocos contra mu-
6 chos, contra el ejército de los tracios. Y allí donde acometían, nadie resistía a unos hombres que eran expertos jinetes e iban armados de coraza, pero, cercados por una multitud, se ponían en peligro a causa de la muchedumbre muchas veces mayor; de suerte que acabaron por estarse quietos, pensando que no eran bastante fuertes para correr el riesgo de enfrentarse a un número superior.

101 Sitalces, entretanto, entró en negociaciones con Perdicas sobre los temas que habían motivado la expedición;

---

690 Cf. *supra,* II 95, 2, n. 621. Las tres plazas que se citan a continuación estaban a lo largo del Axio, al oeste del río, lo que sitúa el dominio de Filipo en esta zona del valle del Axio.

691 Cf. *supra,* II 95, 3, n. 623.

692 Ciudad situada en la misma zona que las tres anteriores, al sur de Atalanta, concretamente.

693 No conocemos el emplazamiento de esta ciudad, que no aparece mencionada en otro sitio.

694 La región a la que se hace referencia en II 99, 3 (cf. *supra,* n. 511 y 673), no la de Calcídica, atacada luego por Sitalces (cf. *infra,* II 101, 1).

695 Los macedonios de la alta Macedonia. Cf. *supra,* II 99, 2.

y, dado que los atenienses, por no creer que viniera, no se presentaban con sus naves[696] (aunque le enviaron embajadores con regalos), envió una parte de su ejército contra los calcideos y botieos[697], y después de obligarlos a encerrarse detrás de sus murallas, se puso a devastar su territorio. Ante su presencia en aquellas regiones, los pue- 2
blos situados al sur, los tesalios y magnesios[698], los otros súbditos de los tesalios, y los griegos hasta las Termópilas[699], empezaron a tener miedo de que el ejército también avanzara contra ellos, y hacían sus preparativos. Igualmente tuvieron miedo los tracios que habitaban allen- 3
de el Estrimón, hacia el Norte, todos los que ocupaban las llanuras, o sea, los paneos, los odomantos, los droos y los derseos[700], pueblos independientes todos ellos. Dio 4

---

696 Una escena de ARISTÓFANES (*Acarnienses* 134 ss.) sugiere que la Tracia de Sitalces debía de parecer a los atenienses algo así como el fin del mundo. Tucídides, muy ligado a Tracia y buen conocedor de aquellas tierras, no pensaba, evidentemente, lo mismo. Esta tentativa de Sitalces, tan ambiciosa como inútil, fue importante a ojos del historiador, tal como se desprende de este relato. La desconfianza de los atenienses se explicaba por el hecho de que Sitalces había tardado dos años en cumplir su promesa de prestar ayuda a Atenas y porque, una vez decidido, había iniciado la campaña en invierno (cf. *supra,* II 29, 5; 95, 1-3).

697 Se trata naturalmente de los botieos en su nuevo territorio (cf. *supra,* II 99, 3), donde se unieron a la política de los calcideos, sus vecinos (cf. *supra,* I 57, 5; 58, 1; 65, 3; II 79, 1; 7; 101, 5; *infra,* IV 7).

698 La Magnesia era una franja costera al este de Tesalia, al sur del paso de Tempe y del río Peneo; por el sur se prolongaba en la península que cierra por el este el Golfo de Págasas. Allí está el Pelión (Pilio), la famosa morada de los centauros.

699 Paso famoso por la resistencia de Leónidas durante las Guerras Médicas; por allí se entraba ya en la Grecia central y meridional. Era natural, pues, el miedo de los griegos enemigos de Atenas.

700 Pueblos tracios que habitaban las tierras comprendidas entre los ríos Estrimón y Nesto, al norte de los edones (cf. *supra,* II 99, 4).

que pensar, asimismo, a los griegos enemigos de los atenienses, no fuera que aquellas tropas hubieran sido llamadas por éstos en virtud de su alianza y avanzaran contra
5 ellos. Sitalces, entretanto, ocupaba y saqueaba a la vez Calcídica, Bótica[701] y Macedonia; y dado que no alcanzaba ninguno de los objetivos que habían motivado la invasión, y que su ejército no tenía víveres y sufría penalidades a causa del invierno, se dejó persuadir por Seutes, hijo de Esparádoco, que era su sobrino y el hombre más poderoso después de él, a retirarse enseguida. A Seutes Perdicas se lo había ganado en secreto con la promesa de dar-
6 le la mano de su hermana y una dote con ella. Persuadido Sitalces, después de permanecer en total treinta días, de los que pasó ocho en el territorio de los calcideos, regresó rápidamente a su patria con el ejército. Y más tarde Perdicas dio la mano de su hermana Estratonice a Seutes, como había prometido. Tales fueron, pues, los acontecimientos de la expedición de Sitalces.

EXPEDICIÓN DE FORMIÓN A ACARNANIA. DIGRESIÓN SOBRE LAS ISLAS EQUÍNADAS Y LA LEYENDA DE ALCMEÓN

102 Los atenienses que estaban en Naupacto, durante este mismo invierno, una vez que se disolvió la flota de los peloponesios[702], hicieron una expedición bajo el mando de Formión; navegaron a lo largo de la costa hasta Ástaco[703] y, después de desembarcar, marcharon hacia el in-

---

[701] Cf. *supra*, II 79, 2.

[702] Después del proyecto de ataque al Pireo. Cf. *supra*, II 93, 1.

[703] Cf. *supra*, II 30, 1, n. 238; 33, 1-2, donde se nos contaba cómo el tirano Evarco, enemigo de Atenas, fue repuesto en Ástaco por obra

terior de Acarnania con cuatrocientos hoplitas atenienses de la dotación de las naves[704] y con cuatrocientos mesenios; expulsaron de Estrato[705], de Coronta[706] y de otras plazas a algunos hombres que no parecían de fiar, y después de restablecer en Coronta a Cines, hijo de Teólito[707], regresaron a las naves. Los eníadas[708], que eran sus 2
enemigos de siempre, eran los únicos acarnanios contra los que no parecía posible marchar debido al invierno. En efecto, el río Aqueloo[709], que procedente del monte Pindo[710] corre a través de Dolopia[711], de los territorios de los agreos y de los anfiloquios[712], y a través de la llanura de Acarnania, pasando tierra adentro junto a la ciudad de Estrato, vierte sus aguas al mar cerca de la ciudad de los eníadas, y rodeándola de lagunas, hace inviable con

de los corintios en el invierno del 431-430. Ahora, sin duda, ya habría sido expulsado de nuevo y la ciudad tendría un gobierno filoateniense.

704 Serían los hoplitas embarcados en las naves *(epibátai),* normalmente en número de diez por trirreme, dato que coincidiría con el número de cuarenta naves de la flota de Formión (cf. *supra,* II 69, 1; 85, 5).

705 Cf. *supra,* II 80, 8, n. 537.

706 Su emplazamiento no es seguro. Tal vez estaría junto a la actual *Chrysovitsa.*

707 Personajes desconocidos, así como el emplazamiento exacto de su ciudad.

708 Cf. *supra,* II 82, n. 542.

709 Río procedente del Pindo, que desembocaba junto a Eníadas en una zona pantanosa formada por los materiales aluviales.

710 Cordillera situada entre Tesalia y Epiro, en la Grecia noroccidental. Era rica en agua y vegetación y estaba consagrada a Apolo y a las Musas.

711 Territorio situado al sudoeste de Tesalia.

712 Los anfiloquios estaban establecidos junto al Golfo de Ampracia (cf. *supra,* II 68, 1, n. 456). Los agreos estaban al sur de los anfiloquios.

3 sus aguas una expedición durante el invierno. Además, la mayoría de las islas Equínadas están situadas enfrente de Eníadas, a muy poca distancia de las bocas del Aqueloo, de suerte que el río, al ser caudaloso, acumula continuamente aluviones, y algunas de las islas han quedado unidas al continente[713], y es de esperar que a todas les ocu-
4 rra lo mismo en un tiempo no muy largo. Porque la corriente es fuerte, caudalosa y turbulenta, y las islas están apiñadas y unas con otras actúan de puntos de unión de los materiales de aluvión impidiendo que se dispersen, pues están situadas en zig zag y no en línea recta, y no
5 dejan al agua salidas directas hacia el mar. Están deshabitadas y no son grandes. Se cuenta, por cierto, que cuando Alcmeón[714], el hijo de Anfiarao, andaba errante después del asesinato de su madre, el oráculo de Apolo le ordenó que fuera a habitar esta tierra, al indicarle que no se vería libre de sus terrores hasta que no encontrara y se estableciera en aquel lugar que, cuando mataba a su madre, todavía no era visto a la luz del sol ni era tierra, dado que cualquier otro sitio había sido contaminado por
6 su crimen. Ante el problema, según se cuenta, pensó al fin en aquellas tierras aluviales del Aqueloo, y le pareció que, durante el no escaso tiempo en que anduvo peregrinando después de dar muerte a su madre, se habría acumulado allí terreno suficiente para poder vivir. Instalándose, pues, en el territorio de Eníadas, estableció su autoridad y dio nombre al país[715], un nombre derivado

---

[713] La mitad, según HERÓDOTO, II 10. También ESTRABÓN, X 2, 2) se refiere a los efectos del Aqueloo. La profundidad del mar en aguas cercanas a la costa ha impedido que les ocurriera a todas.

[714] Cf. *supra*, II 68, 3, n. 457.

[715] Acarnania.

del de su hijo Acarnán. Tal es la tradición que hemos recibido acerca de Alcmeón.

FORMIÓN REGRESA A ATENAS. ACABA EL TERCER AÑO DE GUERRA

Formión y los atenienses, que habían partido de Acarnania y habían llegado a Naupacto, al comienzo de la primavera[716] hicieron vela de regreso hacia Atenas, llevando consigo a los prisioneros de las batallas navales que eran hombres libres[717] —los cuales fueron rescatados hombre por hombre—, y las naves que habían capturado. Y acabó este invierno, y acabó el tercer año de esta guerra, cuya historia escribió Tucídides. 103

716 Del año 428 a. C.

717 Los esclavos capturados habrían sido vendidos.

APÉNDICE

[Se incluye en este «Apéndice» la casi totalidad de la nota sobre la «peste en Atenas», puesta por el traductor en II 47, y que razones de espacio han impedido su inclusión en aquel lugar.]

Evidentemente, si una de las características esenciales del léxico tucidídeo no fuera la precisión, cualquier investigación que tratara de esclarecer y definir la naturaleza de la enfermedad se encontraría de antemano condenada al fracaso. Pero éste no es el caso. Sabido es que, en este pasaje, Tucídides se expresó generalmente con términos utilizados por la ciencia médica contemporánea. En su uso de la terminología médica demostró que estaba familiarizado con los escritos hipocráticos, tal como ya había evidenciado su concepción del método histórico, influenciado sin duda por métodos y preocupaciones hipocráticas, como señaló C. N. Cochrane en su *Thucydides and the Science of History,* Oxford-Londres, 1929. Su descripción de la peste es esencialmente hipocrática. Una introducción general sobre sus orígenes, gravedad y aparición (II 47-48) conecta (II 49) con la *katástasis,* es decir la presentación sucinta de las condiciones que se daban al estallar la epidemia. Narra luego escuetamente los hechos derivados, da los síntomas sin otros comentarios, pero con la indicación de los días críticos y concluye con las complicaciones que solían presentarse en el caso de superar la crisis. La preocupación básica es la *prógnōsis,* el conocimiento previo del desarrollo de la enfermedad de principio a fin con la finalidad de que este conocimiento anticipado resulte útil en caso de una nueva manifestación de la enfermedad, un objetivo similar al que inspira su *Historia.* El proceso de la enfermedad se consideraba irreme-

diable, pero el conocimiento de su desarrollo, permitía, por ejemplo, la mayor atención al enfermo en los días críticos con vistas a fortalecer su residencia.

Este relato tucidídeo, al ser básicamente hipocrático en su concepción y al presentar una terminología precisa, coincidente además en muchos casos con los usos médicos, resulta fiable y ofrece una base bastante sólida a los estudios sobre la naturaleza de la enfermedad. Los valores del léxico tucidídeo, y entre ellos el de su precisión, han sido puestos de relieve repetidamente. Piénsese, por ejemplo, en la excelente tesis de J. EHLERT, *De verborum copia thucydidea,* Berlín, 1910, en las observaciones de J. H. FINLEY, *Thucydides,* Cambridge Mass., 1942, en las precisiones del artículo de D. L. PAGE, «Thucydides' description of the Great Plague at Athens», *The Classical Quarterly* n. s. 3 (1953), 97-119 (sobre el que han expresado sus reservas algunos estudios como A. PARRI en su «The Language of Thucydides' description of the Plague», *Bulletin of the Institute of Classical Studies of the University of London* 16 (1969), 106-118, y S. L. RADT, art. cit.), en el estudio de K. WEIDAUER, *Thukydides und die hipokratischen schriften,* Heidelberg, 1954, y en el de CH. LICHTENTHAELER, *Thucydide et Hippocrate vus par un historien-médicin,* Ginebra 1965, que analiza las concordancias y discordancias entre la descripción de Tucídides y los libros III y I de las *Epidemias* y el *Pronóstico,* etc. En general se reconoce la precisión léxica de Tucídides y su afinidad con los escritos médicos de su época. Constituyen una garantía de observaciones como la de que la gran mayoría de los términos utilizados por Tucídides en los capítulos de la peste, y concretamente en el 49, son términos estándar o normales en los escritos hipocráticos (y no es óbice el que muchos de ellos sean también de uso general, dado el carácter no esotérico de aquellos escritos médicos), en los que aparecen con los mismos significados que en Tucídides, y la de que la mitad aproximadamente de los *hapax eirēména* del capítulo 49 aparecen en el breve *Pronóstico* hipocrático. Éstas y otras constataciones nos llevan a confiar en la descripción tucidídea en el momento de intentar compararla con enfermeda-

des actuales y con modernas historias clínicas. Debemos tener presente, además, que junto a su precisión léxica y a sus magníficas dotes como observador agudo y escritor cuidadoso está el hecho de que él mismo sufrió la enfermedad en propia carne, circunstancia que debió de acentuar su propósito de dejar una descripción exacta, útil si la enfermedad sobrevenía de nuevo.

A pesar de todo ello, la identificación no es sencilla, como prueban los numerosos intentos y la abundante bibliografía al respecto. Por una parte se piensa que, al intentar establecer una identificación, es muy importante ceñirse a los fenómenos y síntomas realmente observados por Tucídides, sin menospreciar ninguno y sin pensar tampoco en olvidos del historiador; dado el cuidado que preside todo el relato, hay que creer que los fenómenos que Tucídides pudo haber observado y no observó no ocurrieron realmente (cf. D. L. PAGE, art. cit., 111; en contra está, sin embargo, S. L. RADT, art. cit., 241-242). Pero si ya así es difícil dar con una identificación exacta dada la diversa interpretación de algunos síntomas, el problema se complica cuando se comparte el criterio anterior y se sostiene la teoría de que Tucídides acentuó la importancia de síntomas menores mientras que menospreciaba algún síntoma esencial. (Cf. R. J. LITTMAN-M. L. LITTMAN, «The Athenian Plague; smallpox», *Transactions and Proceedings of the American Philological Association* 100 (1969), 261-275.) A ello se añade la constatación del hecho de que la sintomatología puede modificarse —en unas enfermedades más que en otras— al paso de los años. Es, pues, fácilmente explicable que diversos intentos de identificación se hayan sucedido con más o menos fortuna. He aquí algunas de estas identificaciones:

— *Viruela:* R. KOBERT, «Ueber die Pest des Thukidides», *Janus* 4 (1899), 240 ss.; B. VON HAGEN, «Die sogennante Pest des Thukydides», *Gymnasium* 49 (1938), 120 ss., quien incluso llegó a examinar en Nápoles el busto de Tucídides en busca de las cicatrices de la viruela; H. ZINSSER, *Rats, Lice and History*, Boston, 1963, págs. 119-127; R. J. LITTMAN-M. L. LITTMAN, art. cit., págs. 261-275. Se suele descartar debido a la ausencia en la descripción tucidídea de síntomas y efectos importantes (como

la característica piel picada que deja la viruela) y por la presencia, en cambio, de algunos síntomas que no se dan en esta enfermedad (amnesia, gangrena; cf. D. L. PAGE, art. cit., 113-114; en contra está, asimismo, Sir W. MAC ARTHUR, «The Plague of Athens», *Bulletin of the History of Medicine* 32 (1958), f. 3, 245-24; cf., sin embargo, la defensa de R. J. y M. L. LITTMAN, quienes se inclinan por identificar las manifestaciones cutáneas con las de la viruela, a pesar de que no se mencione su efecto más característico.

— *Sarampión:* tesis defendida por J. F. D. SHREWSBURY, «The Plague of Athens», *Bulletin of the History of Medicine* 24 (1950), 1-25, y por D. L. PAGE, en la segunda parte del artículo citado (págs. 110-119) y en su réplica a Sir William P. Mac Arthur. (D. L. PAGE, «The Plague: A lay comment on a medical note», *The Classical Quarterly* 14 (1954), pág. 174). Analizan la estrecha relación entre los síntomas descritos por Tucídides y descripciones modernas de epidemias de sarampión, como la ocurrida en las islas Fidji en 1875. Se opuso a esta hipótesis W. P. MAC ARTHUR («The Athenian Plague: A Medical Note», *The Classical Quarterly* n. s. 4 (1954), 171-174).

— *Tifus epidémico exantemático:* cf. R. CRAWFORD, *Plague and Pestilence in Literature and Art,* Oxford, 1914, págs. 23 ss.; W. P. MAC ARTHUR, art. cit., 1954; «Historical Notes on Some Epidemic Diseases associated with Jaundice», *British Medical Bulletin* 13 (1957), n. 2, 146-149; «The Plague of Athens», *Bulletin of the History of Medicine* 32 (1958), 3, 242-246; «The medical Identification of Some Pestilences of the Past», *Transactions of the Royal Society of Tropical Medicine and Hygiene* 53 (1959), f. 6, 423-429; Prof. T. FERGUSON de Glasgow (carta citada por A. W. GOMME, *A Historical Commentary on Thucydides II,* pág. 150); J. C. SNYDER, «Epidemic Typhus and Prill-Zinsser Disease», *Proceedings of the Sixth International Congreses on Tropical Medicine and Malaria* 5 (1958), 603; F. W. MITCHEL, «The Athenian Plague: New Evidence inviting Medical Comment», *Greek, Roman and Bizantine Studies* 5 (1964), 101-102. Las tres enfermedades hasta aquí mencionadas son, posiblemente, las que pre-

sentan una sintomatología más aproximada a la descripción tucidídea, y el tifus, a pesar de algunas objeciones, probablemente es la hipótesis más fundada (cf. A. W. GOMME, *op. cit.* II, 1956, pág. 153; J. SCARBOROUGH, «Thucydides, Greek medicine and the plague at Athens. A summary of possibilities», *Episteme* 4 (1970), 77-90; *infra,* II 47, 4, n. 331). Para algunos, la epidemia habría sido más compleja; según B. VON HAGEN (cf. art. cit.), por ejemplo, el tifus exantemático habría podido coincidir con una epidemia de viruela; para W. H. HOLMES, *Bacillary and Rickettsial Infections,* Nueva York, 1940, se trataría de una combinación de tifus y fiebre tifoidea; R. H. MAJOR, *War and Disease,* Londres, 1942, piensa en una combinación de tifus y peste bubónica.

— *Peste bubónica:* Cf. J. A. F. OZANAM, *Histoire médicale générale et particulière des Maladies épidémiques, contagieuses et épizootiques* IV, París, 1835, 2.ª ed., 6 ss.; E. W. WILLIAMS, «The Sickness at Athens», *Greece and Rome* 26 (1957), 97-103; E. M. HOOKER, «Buboes in Thucydides?», *Journal of Hellenic Studies* 78 (1958), 78-83. Esta posibilidad es descartada sobre todo por la ausencia de bubones en la descripción, y se sugiere a este respecto la comparación con la descripción de Procopio de la epidemia de Constantinopla del año 542. E. W. WILLIAMS, sin embargo, ha intentado resucitar esta antigua hipótesis basándose principalmente en el hecho de que algunos animales también contraían la enfermedad, y E. M. HOOKER ha querido solucionar el problema de la ausencia de bubones en la descripción identificándolos con las *élkē,* las úlceras, de II, 49, 5.

— *Ergotismo:* Defendido últimamente por P. SALWAY, W. DELL, «Plague at Athens», *Greece and Rome* 24 (1955), 62-70. La principal objeción contra esta posibilidad es que el ergotismo no es infeccioso, mientras que la enfermedad descrita por Tucídides lo es (cf. II 47, 4; 51, 5; 58, 2), pero hay además otros importantes argumentos en contra (cf. J. H. FINLEY, *op. cit.*, págs. 158-159; E. W. WILLIAMS, art. cit., 99-103).

— *Gripe:* Cf. A. D. LANGMUIR, M. D.; TH D. WORTHEN, PH. D.; JON SOLOMON, PH. D.; D. G. RAY, M. D.; E. PETER-

SEN, M. D., «The Thucydides Syndrome. A New Hypothesis for the Cause of the Plague of Athens», *New England Journal of Medicine* 313 (1985), 1027-1030, quienes, últimamente, han defendido la hipótesis de una gripe pandémica, causante del síndrome descrito por Tucídides.

— También se han rechazado hipótesis como la de la *fiebre tifoidea* (G. GROTE, *History of Greece* V, pág. 78, la consideraba una «eruptive typhoid fever»), cuyos síntomas encajan en parte con la descripción de Tucídides, pero que presenta, asimismo, diferencias considerables (cf. D. I. PAGE, art. cit., 115-116), y la de la *escarlatina (escarlatina maligna),* posibilidad que encontró su valedor en sir CLIFFORD ALLBUTT *(Greek Medicine in Rome,* 1921, págs. 340 ss.), pero que había sido absolutamente rechazada por H. BRANDEIS *(Die Krankheit zu Athen nach Thucydides,* Stuttgart, 1845, pág. 24).

— Recientemente, asimismo, J. A. H. WYLIE-H. W. STUBBS («The Plague of Athens 430-428 B. C.: Epidemic and Epizootic», *The Classical Quarterly* n. s. 33 (1983), 6-11), sosteniendo la tesis de que la enfermedad de Atenas era epizoótica tanto como epidémica, han pensado en algunas enfermedades epidémicas y epizoóticas conocidas hoy día y que pudieran conectarse con la peste de Atenas. Tras destacar enfermedades como la *rabia,* el *ántrax* y la *fiebre de Malta* (hipótesis ésta atrayente por su carácter típicamente mediterráneo, pero cuyas características se relacionan difícilmente con la epidemia ateniense), han estudiado dos posibilidades: la *leptospirosis* y la *tularemia.* Anteriormente ya se había tenido en cuenta la posibilidad de que fuera *muermo,* una infección pulmonar que ataca a los équidos y que puede afectar a los hombres (cf. C. H. EBY y H. D. EVJEN, «The Plague of Athens: A New Oar in Muddied waters», *Journal of the History of Medicine and Allied Sciences* 17 (1962), 258-263), hipótesis rechazada por J. C. F. POOLE, A. J. HOLLADAY, «Thucydides and the Plague: A further footnote», *The Classical Quarterly* n. s. 32 (1982), 235-236). En cuanto a la *leptospirosis* (de la que J. A. H. WYLIE es un renombrado especialista: cf. J. A. H. WYLIE, «Relative importance of the renal and hepatic lesions

in experimental leptospirosis icterohaemorrhagica», *Journal Path. Bact.* 58 (1946), 351-365), la ausencia en la descripción de Tucídides en algunas características de esta enfermedad como la ictericia le resta posibilidades, mientras que la sintomatología de la *tularemia* en alguna de sus formas parece más cercana al cuadro presentado por Tucídides (cf. J. A. H. Wylie, H. W. Stubbs, art. cit., 8-9). Critican esta hipótesis A. J. Holladay, y J. C. F. Poole en «Thucydides and the Plague: a further footnote», *The Classical Quarterly* n. s. 34 (1984), 483-485), insistiendo en el problema que supone la ictericia de la *leptospirosis* y en que las aves (salvo la gallina experimentalmente) no parecen afectadas, y señalando, además, la falta de acuerdo con el texto tucidídeo respecto a la transmisión de la enfermedad. En relación con la *tularemia* en su forma moderna, igual que ocurría con el sarampión, no coinciden los niveles de mortalidad ni hay coincidencia tampoco respecto a su actividad y transmisión: el perro es prácticamente inmune (en contra de Tucídides, II 50, 2) y la transmisión de persona a persona es rara. En definitiva, tras la larga serie de tentativas para identificar la peste de Atenas con una enfemedad actual, vista la dificultad que entraña tal empresa y dado que muchas enfermedades infecciosas tienden, a lo largo de los años y siglos, a cambiar de forma significativa sus manifestaciones clínicas y su virulencia (cf. J. H. Finley, *op. cit.*, pág. 158), se han ido abriendo paso conclusiones como las expuestas por A. J. Holladay y J. C. F. Poole en su artículo de 1979, «Thucydides and the Plague of Athens», *The Classical Quartely* n. s. 29 (1979), 282-300 y confirmadas en sus notas posteriores. Así, a la luz de la moderna medicina, de cuatro posibilidades a considerar —1.ª) la epidemia era una enfermedad, o una combinación de enfermedades, en una forma todavía existente; 2.ª) una enfermedad que existe en algún lugar o lugares desconocidos por la ciencia médica —posibilidad descartada—; 3.ª) una enfermedad ya extinguida, y 4.ª) una enfermedad causada por un agente que en nuestros días provoca un síndrome sensiblemente diferente—, la tercera y, sobre todo, la cuarta parecen las más plausibles, aunque no se puede descartar la primera. Di-

fícilmente se puede contestar a la pregunta «¿qué enfermedad era la peste de Atenas?», si se piensa hacerlo exactamente con el nombre de una de las enfermedades de hoy día con todas sus características. Lo que podemos hacer es aproximarnos a un cuadro clínico semejante, provocado tal vez por el mismo agente o por un agente similar. Por otra parte, la constatación de hecho de que la enfermedad afectara no sólo al hombre sino también a otros animales (cf. II 50) es importante para la definición de la peste y parece restar posibilidades a las hipótesis relativas a enfermedades exclusivas del hombre o que no estuvieran, al menos, relacionadas con animales o combinadas de alguna forma a una enfermedad epizoótica. El moderno equivalente de la epidemia de Atenas debe hallarse probablemente entre enfermedades conocidas cuyo campo de acción no se limite al hombre. Y es posible que se trate de un cuadro tífico en concurrencia con alguna manifestación epizoótica. Cf., asimismo, los recientes artículos: A. J. HOLLADAY, «The Thucydides sydrome another view», *New England Journal of Medicine* 315 (1986), 1170-73; T. B. MASSER, «What caused the plague of Athens?», *West Journal of Medicine* 145 (1986), 104-105; J. R. PINAULT, «A diagnostic challenge from the past: the «plague» at Athens in 430 B. C.», *Philadelph. Medicine* 83 (1987), 427-432.

ÍNDICE DE NOMBRES

ÍNDICE GENERAL

Págs.

Págs.

HISTORIA DE LA GUERRA DEL PELOPONESO